

Hella S. Haasse

El bosque de la larga espera

Lectulandia

Entre finales del siglo XIV y principios del XV Francia e Inglaterra se enzarzaron en una contienda que por su duración recibió el nombre de guerra de los Cien Años.

En ella se desataron inquinas, ambiciones y alianzas entre poderosas familias, aparecieron heroínas Como Juana de Arco, y reyes con resonancias shakespearianas que decidieron el curso de la guerra y el destino de sus países. El bosque de la larga espera —novela de gran precisión histórica y espléndida ambientación— capta toda la belleza y las pasiones de ese mundo tardo-medieval, en el que Carlos de Orléans heredará de su padre la sangrienta disputa con la casa de Borgoña. El bosque de la larga espera es también una metáfora de la vida.

Lectulandia

Hella S. Haasse

El bosque de la larga espera

ePub r1.0
Titivillus 30.04.2018

Título original: *Het Woud der Verwachting*
Hella S. Haasse, 1949
Traducción: Javier García Alves
Diseño portadilla V Aniversario: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com


PROYECTO SCRIPTORIUM
Más libros, más libres
5
ANIVERSARIO
epublibre
EDICIÓN CONMEMORATIVA

En la forest de Longue Attente
Chevauchant par divers sentiers
M'en voys, ceste année présente,
Où voyage de Desiriers.
Devant sont aller mes fourriers
Pour appareiller mon logis
En la Cité de Destinée.
Et pour moan coeur et moy ont pris
L'ostellerie de Pensée

Dedans mon Livre de Pensée,
J'ay trouvé escripvant mon coeur
La vraie histoire de douleur,
De larmes toute enlumineé.[1]

CARLOS DE ORLÉANS

PRELUDIO

(24 de noviembre de 1394).

Peperrit autern dicta domina Valentina filium quem Karolum nominavit, anno Christi 1394, die XXIIII navembris, hora quarta nocyis, felici ut puto, sidere. [2]

ANTONIO ASTESAÑO

Desde su lecho ceremonial de colgaduras verdes, Valentina, duquesa de Orléans, escuchaba el repicar de las campanas de Saint-Pol. La iglesia estaba cerca del palacio real, tan sólo a un tiro de piedra. Las voces de las campanas, aún diferenciables por su tono y su volumen al aumentar su intensidad, se fundían en un torbellino de oscuros sonidos. Valentina unió sus manos por encima del cendal verde del cobertor. La comitiva que llevaba a bautizar a su cuarto hijo, Carlos, acababa de abandonar el palacio.

Quien se encontrara en París, en medio del pueblo que se agolpaba tras las vallas de madera que protegían a la comitiva, podía ver al rey Carlos VI, padrino del principesco infante, así como al hermano de aquél, Luis, padre de la criatura, precedidos de portadores de antorchas, nobles, dignatarios y clérigos. Los seguían los tíos de ambos: Felipe, duque de Borgoña, y los duques de Berry y de Borbón. El rey caminaba más rápido de lo que permitía la solemnidad de la ocasión; los movimientos nerviosos de su cabeza y su mirada perdida delataban su desequilibrio mental, incluso a los no iniciados. Pero la sonrisa del duque de Orléans y la magnificencia de su atuendo llamaban más la atención de los espectadores; como también la aparición de Isabel, la reina, rodeada de princesas y parientes de la realeza, y seguida por numerosas damas de palacio. En medio de las coronas y los velos, los sombreros adornados, las colas y los mantos ribeteados de armiño de las damas, llevaban al bautizando, Carlos de Orléans, en su primera visita a la iglesia.

Valentina, con el cuerpo cansado extendido bajo el cobertor, contemplaba a las mujeres que se afanaban junto al hogar, el aparador cargado de platos y jarros, las antorchas embutidas en sus soportes cilíndricos de forja a lo largo de los muros, y el tapizado verde de la sala de alumbramientos ducal. Frente al hogar encendido se hallaba la cuna sobre ruedecillas de madera en la que había dormido Carlos desde el momento en que, una vez lavado, untado con miel y envuelto en paños de lino, lo habían confiado a los cuidados de su nodriza Jeanne la Brune. Las mujeres iban y venían desde la estancia contigua, llenando las fuentes del aparador de dulces y frutas y colocando cojines verdes en los bancos situados junto a la pared. Las antorchas difundían un mareante olor a resma; el calor de la iluminación y del hogar junto resultaba casi insoportable en la estancia cerrada. La duquesa comenzó a transpirar.

Cuatro partos en cuatro años habían agotado su cuerpo, pero quizás aún más el ritmo de la vida de corte, la serie interrumpida de bailes, mascaradas y banquetes. Para Valentina Visconti el cansancio era como veneno. A ella lo que le atraía eran las reuniones reducidas, frecuentadas por poetas y sabios, la música en la intimidad de sus propias dependencias, los debates y juegos de palabras, que ya constituían su pasatiempo preferido en la corte de su padre en Pavía. Aunque tachado de tirano y de hechicero, Gian Galeazzo Visconti tenía un ojo más certero para las ciencias y las bellas artes que los habitantes de Saint-Pol, con sus ansias de ostentación.

Los destellos de las antorchas, reflejados en los objetos de oro y plata del

aparador, la cegaban; cerró los ojos y al instante se sumió en un estado de profunda fatiga, una oscuridad sin reposo, entrecruzada por las voces y las risas contenidas de las mujeres. Le parecía como si fueran los propios muros de Saint-Pol los que temblaban con el ruido, como las paredes de un gigantesco panal. Todo el palacio en su inmensidad, con sus complejos de edificios, y sus series interminables de salones, cámaras, torres, baluartes, patios, anejos, cuadras y jardines, la cercaba como si fuera un panal con sus alvéolos, lleno de abejas zumbantes. Al mismo tiempo era consciente del ir y venir de los cortesanos por las escaleras y los pasillos, del incesante rumor en las inmediaciones de las cocinas, despensas y bodegas, en las que se preparaban el banquete bautismal y el festín; de las pisadas de los caballos y el resonar de las armas y armaduras en los puestos de guardia; de la algarabía que armaban los pájaros en las grandes pajareras de palacio, y de los rugidos de los leones de la casa de fieras del rey en sus recintos de invierno. Pero el repicar de las campanas la trastornaba aún más; rezando en voz baja, Valentina intentaba concentrarse en la ceremonia, allá en la iglesia de Saint-Pol, donde su hijo estaba recibiendo el bautismo en la pila revestida de brocados de oro. Pensaba en su cuñado, el rey, quién en su calidad de padrino debía sostener al niño en su brazo derecho durante la ceremonia. Le habían dicho a Valentina que el nacimiento y los consiguientes festejos le llenaban de contento. Por primera vez en varios meses había abandonado el castillo de Creil, donde lo cuidaban, para mostrarse en público. Sus parientes, avisados por los médicos, lo contemplaban no sin preocupación, temiendo un nuevo ataque repentino de locura. Valentina sentía una compasión desgarradora hacia el rey, a quién había cobrado un aprecio que era correspondido. La noticia de la inesperada manifestación de su enfermedad mental, dos años antes, la había afectado al menos tanto como a la reina, aunque de modo distinto. A pesar de sus arrebatos de tristeza desesperada, Isabel creía —o fingía creer— en la posibilidad de un restablecimiento; Valentina, en cambio, sabía, debido quizás a una intuición más rápida de su sangre meridional, que el gen de la locura, desde siempre presente en el espíritu infantil y caprichoso del rey, había arraigado de manera inextirpable. Hasta cierto punto compartía el parecer de que un loco no era más que un bicho más o menos peligroso; pero cuando pensaba en su cuñado, preso en su balcón enrejado, en lo alto de los muros de Creil, mirando como desde una jaula a los nobles de su séquito, que allá abajo jugaban a la pelota en el foso seco del castillo, Valentina se llenaba de compasión y espanto. Si bien sabía que la pena de Isabel no era fingida, no podía cerrar los ojos a la avidez con que la reina se había hecho con la organización de la vida de corte, y el duque de Borgoña con el gobierno de los asuntos de Estado.

El médico de cámara, Guillaume de Harselly, por muy eficiente que fuera, le inspiraba escasa confianza; ella ya no creía en la posibilidad de erradicar las enfermedades mediante confesiones y exorcismos. Aún menos beneficioso le parecía el tratamiento aconsejado el invierno precedente por otro médico: mantener al rey alejado de la sala del Consejo y de las preocupaciones del gobierno, y distraerlo y

divertirlo, tal como él deseaba. Desde entonces Saint-Pol se había convertido en una casa de locos, donde no callaba la música ni enmudecía el barullo de los bailes y bacanales; donde Isabel, de la mano de Luis de Orléans, precedía velada tras velada a las filas abigarradas de bailarines, mientras el rey, algo restablecido en efecto, marcaba el ritmo batiendo palmas y contemplaba complacido toda nueva diversión.

La luz de las antorchas atravesaba los párpados cerrados de Valentina; el calor sofocante de la sala de alumbramientos le recordaba las interminables noches pasadas bajo un dosel de tapices y flores medio mustias junto al rey, quién disfrutaba de su compañía y no permitía que se retirara. A menudo, cuando contemplaba a la multitud en la sala repleta desde el estrado sobre el que se encontraba el trono, creía hallarse en un purgatorio más cruel y terrible que aquél cuyo temor le enseñaba la Iglesia. Las esculturas de los pórticos de la catedral, las gárgolas que en forma de demonios y monstruos contemplan Paris con sus muecas sardónicas desde lo alto de las galerías de Notre-Dame, cobraban vida en los bailarines grotescamente enmascarados, a la luz de las antorchas: en las mujeres, que llevaban altos tocados ornados de cuernos y almohadillas, y en los hombres, con sus mangas dentadas y amplias como alas de murciélagos y sus *bounes* puntiagudos, parecidos a los picos de extraños animales.

Valentina movía inquieta la cabeza sobre la almohada. El afluir de la leche le daba fiebre; sin embargo, la habían privado del remedio normal, que hubiera sido él poder amamantar a su hijo. De ello se encargaba la nodriza, quién, junto al fuego del hogar, plegaba un paño sobre su pecho. Una camarera echó nuevos leños al fuego, provocando altas llamaradas en las profundidades del lar. Las mismas llamas que habían visto un fin prematuro a la loca mascarada organizada por Isabel en el mes de enero con motivo del casamiento de su amiga y confidente, la viuda del señor de Hainceville. Una segunda fiesta nupcial brindaba amplias posibilidades de diversión desenfrenada, burlas equívocas y excesos salvajes. Una procesión interminable de invitados se movía por los salones bailando cogida de la mano, y el rey, contagiado por la euforia a su alrededor, se había dejado convencer para participar en un juego de disfraces ideado por varios nobles con ánimo de asustar a las damas. En una estancia contigua les cosieron, ceñidas sobre sus cuerpos desnudos, unas mallas de punto embadurnadas de pez y cubiertas de *pítimas*, que completaron con unos tocados también de plumas, para asemejarse a salvajes. De esta guisa se lanzaron gritando y saltando entre los bailarines, quiénes huían en todas direcciones, con gran deleite de los espectadores. La duquesa de Berry, jovencísima esposa del tío del rey, estaba sentada junto a Valentina, bajo el dosel. Reconoció al rey por su constitución y no pudo contener la risa ante sus saltos, más desmesurados y eufóricos que los de los demás. Luis de Orléans penetró borracho en la sala empuñando una antorcha y acompañado por varios amigos; los salvajes se acercaron a ellos sin dejar de bailar, mientras el griterío de los presentes ahogaba la música. Se produjo una escaramuza, en la que se incendiaron los tocados de plumas. En sus pesadillas, Valentina aún podía oír los gritos de las antorchas vivientes, perdidas sin remedio dentro de sus

mallas cosidas herméticamente; corrían de un lado a otro, incapaces de despojarse de sus fatídicos atuendos, o se revolcaban por la pista de baile dando alaridos. Isabel, quién sabía que el rey se encontraba entre las figuras disfrazadas y enmascaradas, se desmayó al ver las llamas. Pero la joven duquesa de Berry, con el rostro aún lleno de lágrimas de la risa, envolvió al rey con la cola de su vestido, sofocando así el fuego. Los demás siguieron ardiendo durante media hora, pero no murieron hasta pasados varios días.

Valentina gimió en voz alta y se cubrió el rostro con las manos. Rebulleron las mujeres junto a la puerta, y una de ellas acudió rápidamente al lecho: la dama de Maucouvent, aya de Luis, el primogénito de Valentina.

—Señora —dijo, inclinándose—, la comitiva regresa de la iglesia. —La duquesa abrió los ojos. Todavía estaba sobrecogida por el recuerdo de aquella noche terrible, que provocó una nueva y más larga depresión del rey. Contempló durante unos instantes el rostro familiar y ya algo marchito de la dama de Maucouvent.

—Ayúdame —dijo Valentina finalmente, mientras extendía los brazos. Las mujeres la ayudaron a incorporarse, enjugaron el sudor de su rostro y dispusieron las amplias mangas de su gramalla encima del cobertor. El repicar de las campanas iba enmudeciendo.

La dama de Maucouvent colocó en el regazo de Valentina una bandeja de plata, llena de dulces y especias; la costumbre exigía que la parturienta, al recibir la visita del rey, abandonara el lecho para ofrecerle personalmente un refrigerio. Las mujeres destaparon los jarros del aparador, y un olor a hipocrás caliente invadió la estancia. En la antecámara se percibían las voces de los invitados que entraban; los pajes abrieron las puertas de acceso a la sala de alumbramientos y el rey entró rápidamente entre una fila de portadores de antorchas y damas que se inclinaban. Valentina, quién no había vuelto a verlo desde el inicio de la primavera, se conmovió y sobresaltó tanto ante su aspecto cambiado que, olvidando la etiqueta, permaneció sentada en la cama. Lo vio aproximarse, desaliñado en su rico atuendo, con los ojos desencajados en una euforia aterradora. Detrás de él, en el umbral de la sala y en la antecámara, estaban los parientes de la realeza y los cortesanos. El neófito lloraba a gritos. Rápidamente las damas retiraron el cobertor, y Valentina, apoyándose en la dama de Maucouvent, puso los pies en el suelo.

—Majestad —susurró Valentina, alzando hacia él la bandeja y cegada por un mareo. Dos damas de palacio la sostenían por debajo de los brazos, mientras el rey, indeciso como un niño, escogía entre las Figuritas de azúcar de la bandeja.

—Tomad ésta, Majestad; es un ciervo —musitó Valentina casi sollozando, al verlo contemplar tan indeciso la figurita de azúcar que tenía en la mano. Por encima del hombro del rey su mirada se encontró con la de la reina, fría y recelosa. Luis, su esposo, se apoyaba en la jamba de la puerta, mientras jugueteaba con sus guantes bordados; se los llevó a la cara para ocultar un bostezo. El rey agarró la figurita de azúcar y por primera vez miró de frente a Valentina.

—¿Un ciervo? —dijo, indicando que podían retirar la bandeja—. ¿Un ciervo? Sí, claro, un ciervo. Tenéis razón, mi señora cuñada, Valentina, querida Valentina. Un ciervo. ¿Sabéis sin duda que me trae suerte? ¿No conocéis la historia? —Su mirada recorría la estancia; nadie decía palabra—. Os contaré lo que me sucedió —prosiguió el rey en tono misterioso, mientras acompañaba a Valentina, a quién conducían nuevamente al lecho—. Fue tras mi coronación, aunque yo era tan sólo un muchacho. Me hallaba cazando en el bosque de Senlis…

La reina, los duques de Borgoña, Berry, Borbón y Orléans, los príncipes y princesas de la casa real y todos los condes y barones y sus damas, y también las mujeres que llevaban al pequeño Carlos, entraron tras el rey en la sala de alumbramientos. Tomaron del hipocrás y de las frutas confitadas que les ofrecían las damas de honor de la duquesa, mientras intercambiaban miradas significativas: no era la primera vez que el rey relataba este episodio de su juventud que para él era de la mayor trascendencia.

—Veréis, Valentina —dijo el rey, inclinándose hacia su cuñada, mientras mantenía cogida una de sus frías manos entre las suyas—: En una encrucijada me topé con un ciervo. No disparé, pues se dejó cazar con las manos. Era como el ciervo de San Huberto, pero en lugar de una cruz llevaba un collar de cobre dorado, ¿qué os parece?, con una inscripción en latín que decía… —Se llevó los dedos abiertos de la mano izquierda a la boca, mirando con ojos brillantes a Valentina, quién sonreía tristemente—. Que decía… Pero, ¿qué es lo que decía… en latín? —exclamó, pataleando súbitamente de impaciencia.

Uno de los nobles se acercó a él, inclinándose:

—Caesar hoc mihi donavit, Majestad —murmuró, manteniéndose sobre una sola pierna junto al lecho y arrastrando sus amplias mangas rojas por la alfombra.

—Eso es: el César me dio este collar —prosiguió el rey, tartamudeando por la prisa—. Esto significa que el ciervo tenía más de mil años. Figuraos, Valentina. ¿No fue eso un buen presagio? ¡¿Qué me decís?! —insinuó, tirando de la mano que mantenía agarrada.

—Fue un buen presagio, Majestad —musitó la duquesa, sin dejar de ser consciente de los ojos de Isabel, quién no lejos del lecho miraba fijamente a su esposo.

—Eso pensé yo también. Es más, ¡lo sé con certeza! —exclamó el rey—. Soñé con un ciervo, la víspera de la batalla de Roosebeke. ¿Y no obtuve entonces una victoria gloriosa? ¿Quién se atreverá a negarlo? Doce años tenía yo, no más. Pero deberíais haber visto aquel campo de batalla… Diez mil muertos, diez mil… Todo gracias a mí. —Se golpeaba el pecho, jadeando de excitación—. Fui yo quien venció, fui yo quien dio la señal de atacar. Cuándo mandé izar la oriflama, apareció el sol por vez primera en cinco días… ¿No es cierto? ¡¿No es cierto?! ¡*Montjoye* para el rey de Francia! —gritó con voz ronca, mientras descendía del estrado sobre el que estaba el lecho. Isabel se dirigió hacia él, pero el rey retrocedió mirándola furioso y asustado.

—Pero ¿quién es esa mujer? —exclamó dirigiéndose a los caballeros que le rodeaban—. ¿Qué quiere de mí? No hace sino importunarme, pretende tocarme. ¡Haced que se marche!

Valentina abrió los labios, asustada. Era cierto lo que había oído murmurar en los últimos meses: que el rey no reconocía a su mujer y que se negaba a verla. Isabel palideció, pero su boca no perdió su mueca de desprecio. Se encontraba en medio de la sala de alumbramientos, algo gruesa y pesada en su manto forrado de armiño, cuyos extremos mantenían alzados dos damas de honor. Llevaba en la cabeza un sombrero coronado, de dimensiones fuera de lo común; debajo de él, su cara aparecía pequeña y regordeta, con sus párpados casi sin pestañas, sus mejillas redondeadas y sus labios bien formados. Por encima del escote cuadrado de su corpiño temblaban las joyas en forma de estrella que llevaba sobre el pecho, al compás de su agitada respiración. Valentina, cuyas mejillas ardían de la vergüenza que le producía el agravio inferido a la reina, hizo un gesto a sus damas, y de nuevo se pasaron los platos con los dulces. El niño no dejó de llorar ni tan siquiera cuando lo acostaron en su cuna; finalmente lo llevaron a una estancia contigua.

El rey no hacia ademán de abandonar la sala de alumbramientos. Mandó que le trajeran una silla y se sentó junto a Valentina sin dejar de mirarla, en silencio. La corte, que no podía marcharse antes de que el rey hubiera dado la orden de partir, permanecía de pie alrededor del lecho formando un semicírculo. Este muro de cuerpos y rostros que sonreían ceremoniosamente agobiaba sobremanera a la duquesa. Casi le resultaba imposible permanecer incorporada debido a un zumbido en sus oídos que disminuía y aumentaba a intervalos regulares. Si bien ninguno de los presentes dejaba traslucir su impaciencia en sus palabras o miradas, Valentina era plenamente consciente de los pensamientos que se ocultaban tras las máscaras de la cortesía. La predilección del rey por su cuñada no era ningún secreto; desde el momento en que ésta había llegado a Melun como prometida de Luis, por entonces aún duque de Turena, para desposarse allí con él, Carlos le había rendido en público las mayores muestras de afecto. Corrió con todos los gastos de las fiestas nupciales, dio orden de que las fuentes de la ciudad manaran leche y agua de rosas, como en la entrada solemne de la reina varios años antes, y colmó a Valentina de regalos. Pero este afecto, que antes de la enfermedad del rey había sido para la corte una prueba del favor real digna de respeto, que había acrecentado aún más, si cabe, la consideración hacia monseñor de Orléans y su esposa, ahora, al provenir de un demente, cobraba un carácter distinto. El contraste entre el amor casi enfermizo hizo del rey hacia su cuñada y la aversión que manifestaba hacia Isabel, era demasiado violento. Indignación, burla, delectación: todos estos sentimientos estaban sin duda presentes en el ánimo de los cortesanos.

También Isabel optó por sentarse; hablaba en voz baja con Luis de Orléans, quien se encontraba detrás de ella. Fue finalmente el duque de Borgoña quién puso fin a la embarazosa espera. Quitándose el sombrero, se aproximó al lecho. Había sido tutor

de Carlos y el verdadero soberano de Francia durante los primeros años del reinado de éste. El ascendiente que parecía haber perdido cuando el rey, ya adulto, había elegido a otros consejeros, lo había recuperado por completo. Se dirigió a Carlos como si éste fuera un niño, al tiempo que inclinaba su rostro amargado y hermético hacia el del rey.

—Majestad, mi señor, es la hora.

—¿Ya? —exclamó el rey impaciente. Se había despojado de sus anillos y los había colocado al borde del lecho de Valentina. Entonces los tomó y los esparció por el regazo de la parturienta—. Para el niño…, de parte de su padrino —dijo, conteniendo la risa, mientras se incorporaba—. Valentina, querida Valentina, no olvidéis ir a visitarme mañana… o pasado mañana.

La besó en ambas mejillas, acariciando los mechones húmedos de sus cabellos a ambos lados de la frente. El duque de Borgoña tiraba de él.

—Sobre todo no lo olvidéis —murmuró el rey, volviendo la cabeza. Los cortesanos se hicieron a un lado para dejarlo pasar, e Isabel se despidió de la parturienta, pero su beso no fue más que el roce fugaz de unos labios apretados y una mirada fría. Las damas de honor alzaron la cola de su manto. El viejo duque de Borbón, tío materno de Carlos, tomó a la reina de la mano y la condujo fuera de la estancia. Los cortesanos los siguieron. Aun antes de que se cerraran las puertas de la antecámara, Valentina se dejó caer sobre las almohadas. El calor en la sala de alumbramientos era insoportable, pero la costumbre prohibía que entrara la menor corriente de aire fresco antes de que la madre hubiera acudido a la misa de purificación. Ni la dama de Maucouvent ni las demás mujeres podían facilitarle la respiración a la parturienta aflojando los cordones de su corpiño, ya que Luis de Orléans, quién había permanecido en la estancia, se sentó al borde del lecho. Las mujeres se retiraron junto al hogar.

—Bien, querida —dijo Luis, sonriente, mientras recogía del suelo el pañuelo de su mujer—, nuestro hermano, el rey, ha estado hoy dadivoso contigo. —Tomó los anillos diseminados por el lecho uno a uno en su mano y los miró con atención; se colocó uno de ellos en el dedo índice—. ¿Cómo te encuentras hoy? Pareces fatigada.

—Lo estoy, en efecto —contestó la duquesa, sin abrir los ojos. Se produjo un breve silencio. Luis contempló el rostro de su mujer, que parecía de color marfil por el reflejo verdoso de las colgaduras de la cama. En un arranque de ternura y compasión tomó su mano, que descansaba entreabierta y lánguida sobre el cobertor. Valentina volvió levemente la cabeza hacia él y en sus finos labios se dibujó una sonrisa: una tenue sonrisa no exenta de melancolía.

—Maese Darien me trajo esta mañana el horóscopo de nuestro hijo recién nacido —prosiguió Luis—. Dice que el niño ha nacido bajo un signo favorable.

La sonrisa de Valentina se acentuó. Su marido se deslizó del lecho.

—Adiós, Valentina —dijo, apretando por un momento sus fríos dedos—. Supongo que querrás dormir ahora. —Ágilmente saltó del estrado sobre el que se

encontraba el lecho, se echó la manga derecha por encima del hombro y, saludando a las mujeres abandonó la estancia.

La duquesa hizo un gesto. La dama de Maucouvent acudió rápidamente y le quitó la pesada corona que llevaba en la cabeza.

Luis de Orléans se dirigió directamente a la sala de armas, estancia contigua a su biblioteca. La parte del palacio de Saint-Pol que ocupaba con su familia no desmerecía en lujo a la parte habitada por la familia real, y seguramente la aventajaba en refinamiento. La sala de armas era, en pequeño, un reflejo de la opulencia que rodeaba al duque. Un tapiz flamenco que representaba la coronación de Nuestra Señora, recubría dos de las paredes con una diversidad de colores semejantes a los de las piedras semipreciosas: verde apagado, rojo oxidado, amarillo oscuro como de ámbar viejo. Frente a las ventanas arqueadas colgaba en panoplias la colección de armas de Luis: dagas en sus vainas forjadas en oro, espadas de Lyon, y alfanjes sarracenos en cuyas empuñaduras, cuajadas de piedras preciosas, figuraban divisas grabadas y cuyas vainas tenían guarniciones de oro y esmalte. Al penetrar Luis en la estancia, se volvieron los tres hombres que conversaban junto al fuego. Se trataba del mariscal Boucicaut y los señores Mahieu de Moras y Jean de Bueil, nobles del séquito del duque con quiénes éste solía tener un trato muy familiar. Los caballeros hicieron una reverencia y se dirigieron hacia él.

—Bien, caballeros —dijo Luis, arrojando sus guantes sobre un arcón—, habéis podido ver hoy al rey.

El de Bueil se dirigió hacia una mesa, en la que había jarras y copas de plata repujada, procedentes de la dote de Valentina; siguiendo una indicación del duque, sirvió vino.

—Sin duda alguna, el rey está loco —dijo el de Moras. Clavó su mirada en Luis, mientras en su rostro desfigurado por las cicatrices asomaba una sonrisa—. ¿Cuál será el motivo de nuestro brindis, monseñor?

—Beberemos por el rey, por supuesto. —Luis, que se había sentado en una silla, llevó con ambas manos la copa hasta sus labios—. No interpretéis mal mis palabras.

—Monseñor de Borgoña no está presente —dijo Jean de Bueil significativamente. Luis frunció el entrecejo.

—He notado que eso apenas supone diferencia —comentó, bebiendo despaciosamente—. Mi tío oye todo, incluso lo que no he dicho nunca hubiera pensado decir. Cosas que ni siquiera se me pasan por la imaginación —añadió—. Ni Satanás en persona podría hacer más daño que yo, a juicio de monseñor de Borgoña. —Echándose a reír, puso su copa sobre la mesa.

—Menos mal que no os oye hablar tan a la ligera sobre el Maligno —dijo el de Moras—. Dudo que beneficiara mucho a vuestra reputación… En las posadas y el mercado…

—He oído decir que sospechan que practicáis la brujería, monseñor —habló Jean de Bueil, mientras rellenaba las copas a petición de Luis—. Habéis traído tantos astrólogos de Lombardia…

Luis lo interrumpió con un gesto.

—Ya lo sabía. ¿Acaso no dicen también que mi suegro, el señor de Milán, ha hecho un pacto con el Maligno? Eso son habladurías de los sabios doctores de la Sorbona, que me tienen tanta aversión que también querrían aprender las artes de brujería, si con ello pudieran borrarme de la faz de la tierra. Mi suegro es todo menos un hombre devoto y tal vez sepa más del Diablo de lo que le convendría… Pero lo prefiero mil veces a esos clérigos que no hacen más que expulsar aire, como si fueran fuelles.

El mariscal Boucicaut alzó rápidamente la cabeza.

—Monseñor —dijo gravemente—, esas palabras pueden interpretarse mal. Todo aquel que os conozca sabe que sois un buen cristiano.

—No estáis bien informado, señor Boucicaut —dijo Luis en tono burlón—. De otro modo, sabríais que no es sino apariencia. ¿No conocéis el nombre que da el pueblo a la capilla de Orléans? El monumento al delito…, a mi delito, claro está. Al construirla he hecho penitencia por mis pecados. Tampoco olvidéis que la pasada primavera prendí fuego al rey…, por no hablar de los otros seis nobles que no salieron tan bien parados.

—Bromeáis, monseñor —repuso Boucicaut fríamente—, pues sabéis que guardamos bien el secreto de vuestras bromas. Pero, sin duda, recordaréis tan bien como nosotros la furia del pueblo el día después del accidente.

—Vinieron por centenares a Saint-Pol para ver al rey vivo y para maldecimos —prosiguió Luis, sin que se borrara la sonrisa irónica de su boca—. Nos habrían hecho pedazos, a los duques y a mí, si se hubiera chamuscado un solo cabello de la cabeza de Carlos. El pueblo quiere mucho al rey.

—También os querría a vos, si os conociera —dijo Jean de Bueil, convencido. Luis se levantó.

—Debería interesaros más el mantener buenas relaciones con los ciudadanos de París, monseñor —dijo Boucicaut en voz más baja—. Si el rey muriera, vos os convertiríais en regente.

Luis se volvió rápidamente. Poniéndose en jarras, miró a los tres hombres durante un buen rato.

—Si muriera, en efecto —dijo al fin—. Plegne a Dios que el rey viva muchos años. —Se dirigió a una de las ventanas. Dando la espalda a los demás, siguió mirando al exterior. Bajo las ventanas de esa parte del palacio había un jardín rodeado de galerías, con una fuente de mármol en el centro. Los árboles, de cuyas ramas pendía aún alguna que otra hoja roja medio marchita, se destacaban tristemente de la bruma otoñal. Apenas si podían distinguirse las torrecillas y almenas de los muros de palacio al otro lado del jardín. El duque se volvió. Los tres jóvenes nobles

permanecían de pie junto a la mesa—. Tenéis razón, señorías, bromeo demasiado —admitió Luis—. Y no debiera hacerlo, sobre todo tratándose de señores tan dignos como los doctores de la Sorbona. Pero dejemos estos temas. —Tomó un laúd de una de las mesas y se lo pasó a Jean de Bueil—. Tocad esa canción de Bernhard de Ventadour —dijo, sentándose. El de Bueil, tras un breve preludio, entonó con voz clara:

Quan la doss aura venta
Deves vostre pais
M'es veiare que senta
Odor de Paradis…

Dos sirvientes con las armas de Orléans bordadas en el pecho entraron en la estancia. Uno de ellos comenzó a encender las antorchas que colgaban de los muros; el otro se dirigió al duque, pero se detuvo vacilante, al ver que Luis escuchaba con los ojos cerrados. Jean de Bueil terminó la estrofa con varios acordes; el duque de Orléans abrió los ojos y preguntó:

—¿Por qué calláis, De Bueil? —Entonces se percató de la presencia del ayuda de cámara—. ¿Y bien? —preguntó impaciente.

El hombre hincó una rodilla y le susurró algo al oído. La expresión de irritación desapareció del semblante de Luis; sumido en reflexiones, miraba sonriente al criado. Finalmente chasqueó los dedos, indicando que éste podía retirarse. Levantándose, se desperezó como queriendo sacudirse toda huella de languidez; rió disimuladamente, con las aletas de la nariz ligeramente dilatadas.

—Me disculparéis, caballeros —dijo a sus amigos, mientras pasaba rápidamente junto a ellos—, pero me requieren en otra parte. —Saludando con la mano, desapareció por una puerta camuflada bajo los tapices, que un criado mantenía abierta. El de Bueil volvió a tomar el laúd y tocó de nuevo el canto que acababa de entonar.

—Es curioso ver cómo está repartido el mundo —observó, sin levantar la mirada de las cuerdas—. El rey es un niño que juega con figuritas de azúcar y monseñor de Orléans merecería otro juguete mejor que no fuera una corona ducal. No creo que seamos los únicos que pensemos así.

Boucicaut frunció el entrecejo.

—Pero esperemos que todo aquel que piense así sea lo suficientemente juicioso como para callar por ahora —dijo secamente.

El de Moras, quién estaba a punto de seguirle, se volvió hacia el joven que tocaba el laúd.

—No os preocupéis, De Bueil. Nadie escapa a su destino.

En una de las torres del ala ducal había una pequeña estancia, a la que muy pocos tenían acceso. Luis de Orléans la utilizaba para recibir a sus astrólogos; dos de ellos, maese Darien y Ettore Salvia, tenían allí la oportunidad de realizar sus experimentos sin ser molestados, con los polvos y líquidos con los que pretendían fabricar oro. Sin duda, se realizaban también otras cosas más extrañas en aquella habitación en semipenumbra, que incluso en pleno día no recibía suficiente luz a través de los pequeños cristales verdosos. Los atributos habituales de la magia estaban diseminados por encima de una mesa colocada delante de la ventana: pergaminos, calaveras, botellas de cristal con líquidos, anillos, bolas y figuras matemáticas forjadas de metal. Había un fuerte olor a hierbas quemadas. En esta habitación dos hombres esperaban al duque. Uno de ellos era Ettore Salvia, un astrólogo de Padua que Galeazzo Visconti había enviado a su yerno con calurosas recomendaciones. Estaba sentado en un banco junto a la mesa, con el cuerpo inclinado hacia adelante. Su compañero, un hombre sucio y harapiento, estaba de pie tras él y miraba hacia la puerta con la mirada inquieta de un animal que ha caído en una trampa.

Ettore Salvia se incorporó de un salto al oír pasos. Luis penetró en la estancia.

—¿Lo has conseguido? —preguntó al astrólogo, que hincaba la rodilla ante su presencia—. Levántate, levántate —añadió, impaciente—, y cuéntame lo que has encontrado.

Ettore Salvia se incorporó. Era más alto que Luis; al estar situado entre el fuego del hogar y la pared, su sombra se extendía por las vigas del techo. Haciéndose a un lado, señaló hacia el otro hombre; éste, al entrar Luis, había caído de rodillas; sus ojos, hundidos bajo una frente abultada y surcada de cicatrices, brillaban atemorizados.

—¿Quién es? —preguntó Luis, sentándose—. Levántate, hombre, y responde.

—No puede, monseñor —se apresuró a decir Ettore Salvia en voz baja—. Hace tiempo le cortaron la lengua… por traidor.

Luis soltó una carcajada.

—No te has andado con remilgos al buscarte un cómplice —dijo.

Salvia se encogió de hombros.

—No es fácil encontrar gente para un encargo como el que queréis ver realizado —respondió en tono apagado, bajando la mirada. El rostro de Luis se tiñó de rubor; estuvo a punto de contestar ásperamente, pero se contuvo.

—Lo importante es que me traigas lo que he pedido —dijo fríamente. Salvia habló con voz queda al hombre vestido de harapos. Éste, palpando entre los pliegues de su jubón, sacó una bolsita de cuero, bien cerrada con una cuerda. El sudor perlaba su frente.

—Teme que le persigan —observó el astrólogo, mientras tendía la bolsita a Luis —. Ha pasado dos días y dos noches en el campo de los ahorcados y cree que ha sido

descubierto.

Sin decir palabra, Luis sacó una bolsa de dinero de su manga y la arrojó sobre la mesa. El mudo extendió rápidamente la mano y la guardó entre sus harapos. Salvia sonreía despectivo. Volviéndose, se quedó mirando al duque de Orléans. Luis había abierto la bolsita de cuero y había extraído de ella un anillo de hierro pulido, que colocó en la palma de su mano. Fingía una tranquila atención, pero el astrólogo sabía que no era sino apariencia. Para él, el joven duque era tan transparente como las figuras sopladas de cristal veteado con las que los artesanos venecianos adornan sus copas. Así pues, se anticipó a la pregunta que rondaba a Luis.

—No cabe la menor duda —dijo suavemente y sin énfasis, como si se tratara de una declaración sin la menor importancia—. Este anillo estuvo durante dos días y dos noches bajo la lengua de un ahorcado. Este hombre lo puede garantizar. No ha perdido de vista la horca: sólo él ha tocado el cadáver tras el ajusticiamiento.

Luis levantó la mano, indicando que ya era suficiente. Salvia calló. Una leve sonrisa brillaba bajo sus párpados entornados. Un anillo sometido a dicho procedimiento era considerado un poderoso amuleto: quién lo portara se volvía irresistible a las mujeres. Aparte de la preparación de alguna que otra pócima para reforzar tan sólo una tendencia existente, Salvia jamás había tenido que prestar servicios al duque en este aspecto. La juventud y los encantos de Luis habitualmente le abrían el camino hacia cualquier cenador en el que quisiera ofrecer sacrificios a la diosa Venus. Mas ahora deseaba a Mariette d’Enghien, una doncella del séquito de Valentina. Mariette era aún muy joven y llevaba poco tiempo al servicio de la duquesa. Las costumbres de Saint-Pol parecían resultarle ajenas; venía de fuera. Su actitud reservada excitaba sobremanera a Luis, al no conseguir descubrir si detrás de ella se escondía virtud o artes refinadas de seducción. Los ojos, que raramente levantaba hacia él, eran verdes; tan verdes como no llegaba a ser la hierba en primavera; pensaba Luis, consumido por la pasión. El deseo de poseer a Maret —así la llamaban— le dominaba por completo; tanto era así que estaba incluso dispuesto a recurrir a un procedimiento tan repulsivo como el anillo que tenía en la palma de la mano. Este amuleto, colgado de una cadena sobre su cuerpo desnudo, debía facilitarle la conquista.

El duque de Borgoña, a punto de abandonar con su séquito el palacio de Saint-Pol para regresar a su propia vivienda, fue estorbado en su propósito por varios caballeros del cortejo de Isabel, quiénes le rogaron que, antes de partir, pasara aún a ver a la reina. Acompañado por varias personas de su confianza, el duque siguió a los mensajeros de Isabel. Halló a ésta en uno de los salones amplios y oscuros que habían servido antaño como salas de audiencias y de consejos, pero que en la actualidad apenas si se utilizaban. Isabel siempre había mostrado predilección por el castillo de Vincennes; cuando se veía obligada a residir en Saint-Pol, prefería sus propias

dependencias, que, aunque menos amplias, eran más acogedoras en su decoración. Sin embargo, allí había demasiados ojos y oídos, lo que hacía imposible mantener conversaciones confidenciales; en ese sentido, los salones abandonados de la parte vieja de palacio ofrecían mayor seguridad.

La reina estaba sentada junto al hogar. La chimenea, que sobresalía de la pared, estaba decorada hasta el techo con grandes figuras esculpidas: doce animales heráldicos y profetas envueltos en túnicas que caían formando numerosos pliegues. Alrededor, a lo largo de las paredes, colgaban tapices de colores oscuros, que representaban escenas de caza. Delante de Isabel ardían varios cirios encima de una mesa. El damasco de seda de sus vestiduras y las joyas que llevaba despedían destellos tornasolados que iban del carmín al violeta, según las iluminaran las velas o la luz del crepúsculo que entraba por las ventanas a sus espaldas. En un oscuro rincón de la sala vio el duque a varias damas de honor y otras personas del cortejo de Isabel; dio orden a las personas de su propio séquito de permanecer junto a la puerta, y se dirigió hacia la reina. Se arrodilló delante de ella, a pesar de la rigidez de sus miembros. El duque de Borgoña concedía gran importancia a las manifestaciones externas y, en particular, a todas las formas de respeto frente a los superiores. Ni la diferencia de edad entre Isabel y él, ni el hecho de que sólo se soportaran por interés y que, en realidad, él fuera el más poderoso de los dos, podía impedirle cumplir este ceremonial.

Tuvo que insistir la reina tres veces para que se incorporara. Isabel, a quién normalmente sí la complacía la humillación voluntaria, aunque puramente formal, a la que se sometía el de Borgoña, no estaba en aquel momento de humor para formalidades. Tenía el entrecejo fruncido y los labios apretados, lo que en ella constituía signo inequívoco de irritación. Se mantenía erguida, con las manos apoyadas en los brazos de su asiento. Habíase despojado de su manto de ceremonia; de este modo, a pesar del corpiño hábilmente ensanchado, no podía ocultarse que de nuevo se hallaba encinta: esto era el resultado del acercamiento entre el rey y ella en el corto período de relativa Lucidez de Carlos durante la primavera. La llegada de un segundo varón era un acontecimiento que todos esperaban; el delfín era frágil y débil. Isabel ya había perdido dos hijos debido a la misma falta de fuerza vital. El hecho de que ella, a pesar de su salud y fuerte constitución, no fuera capaz de dar al país herederos más vigorosos, era para muchos motivo de decepción y asombro; pero predominaba la sangre enferma de la última generación de reyes de Francia.

El duque de Borgoña aguardaba. A la luz de las velas, sus facciones parecían aún más afiladas que de día, y más profundas las sombras junto a su nariz y en las cuencas de sus ojos. Mantenía los labios apretados, costumbre que casi se convertía en símbolo de su propia esencia. Era una boca que sabía sonreír en el momento oportuno, pero que nunca perdía un rasgo de astucia; a menudo era la boca de un avaro, que escrita con labio prominente el contenido de sus arcas. A Isabel le constaba que sólo salían de esa boca palabras cuidadosamente sopesadas una y otra

vez. En los años de la regencia del de Borgoña durante la minoría de edad del rey Carlos, y ahora que había vuelto a asumirla con visos de autocracia, la reina se había acostumbrado a briscar un doble e incluso un triple sentido a todo lo que decía el duque. Aun cuando éste le parecía peligroso, lo admiraba en grado sumo. Reconocía en él un alma gemela; al igual que él, ella buscaba su propio provecho, la consolidación de su propia posición, el acopio de dinero y bienes, y el poder. La reina sabía muy bien que su matrimonio se lo debía a él, principalmente; no en vano los propios hijos del de Borgoña estaban casados con miembros de la casa real bávara, que tenía posesiones en los Países Bajos, tan codiciados por el duque. Nada le parecía más importante que un sólido vínculo entre Baviera y Francia. Isabel pensaba que podía aprender mucho de él. En un aspecto, al menos, ya lo igualaba: sabía callar sus planes, también frente a él. Detrás de su aparente docilidad, ocultaba una creciente ansia de poder.

—El rey no se encuentra bien —dijo la reina al pronto, sin preámbulos. En su manera de hablar se distinguía del resto de la corte: nunca había perdido del todo su acento extranjero y acostumbraba utilizar frases cortas y directas, sin recurrir apenas a las floridas expresiones y descripciones ceremoniosas tan en boga.

—Señora, lamento lo ocurrido en presencia de la duquesa de Orléans —habló el de Borgoña quedamente, sin alzar la mirada—. En efecto, el rey no debe de encontrarse nada bien, cuando cede abiertamente a una inclinación que…

—¡Silencio! —exclamó la reina con vehemencia, mientras su semblante se tornaba púrpura.

El duque de Borgoña calló; aún temblaba en el blanco la flecha recién disparada.

—¿Cómo se encuentra ahora? —inquirió Isabel tras un breve silencio—. ¿Acaso no lo acompañasteis de nuevo a sus aposentos? ¿Qué hace?

—El rey está descansando un poco; estaba muy excitado —contestó el de Borgoña, siempre en tono apagado—. Según creo, los médicos juzgan preferible que no asista al banquete bautismal…

—¡Eso es absurdo! —Isabel alzó de golpe la cabeza, haciendo oscilar sus pendientes de perlas en forma de pera—. ¿Por qué no habría de poder sentarse a la mesa? Una comida no resulta más fatigosa que un acto religioso. No quiero que le lleven la comida a sus aposentos —decidió repentina y bruscamente.

El duque la miró entonces de frente, arqueando fugazmente las cejas.

—¿Qué podéis objetar a eso? —preguntó.

Isabel lanzó una mirada en dirección a donde estaban los cortesanos, quienes, reunidos en un extremo de la estancia ya en semipenumbra, hablaban en voz baja. No contestó inmediatamente, sino que, apartando la vista, miraba el fuego mientras jugueteaba con una joya que el rey le había enviado en una ocasión en los primeros años de su matrimonio, cuando éste se encontraba en el sur de Francia: un pequeño tríptico de oro cuyo reverso era un espejo.

—El rey es víctima de un hechizo —dijo al fin, inclinándose hacia él. La

expresión en los ojos del de Borgoña no varió; pero en su boca se dibujó un gesto de satisfacción.

—Señora, ¿puedo preguntaros en qué hechos basáis vuestra opinión?

—Alguien ha venido a verme. Un hombre de Guyena. Se llama Arnaud Guillaume —respondió la reina, sin apartar la vista de la mirada hermética que tenía delante.

—¿Qué ha venido a ver a Vuestra Majestad? —preguntó el duque, sin apenas mover los labios. Isabel percibió el reproche y alzó la cabeza.

—Fui yo quién le mandó venir. Había oído hablar de él —se limitó a decir—. Piensa que puede proteger al rey contra influencias perniciosas. Es un experto en artes de magia…

—¿Magia? —repitió Felipe. Isabel se encogió de hombros. Dejó caer en su regazo el tríptico de oro y lo miró casi desafiante.

—¿Cuál si no es el remedio contra los hechizos? —inquirió altiva—. Ya vemos cuan poco efectivos son los remedios de los sabios. El rey ya no me reconoce —añadió. Bajando la mirada, calló.

También el duque de Borgoña guardó silencio. En el árbol que con tanto esmero había plantado maduraba un nuevo fruto.

—Maese Guillaume afirma —prosiguió Isabel— que quiénes han hechizado al rey dedican todos sus esfuerzos a impedir su restablecimiento…

—¿Qué motivos podrían impulsar a alguien —inquirió el duque, recalcando la última palabra— a hechizar al rey? ¿Acaso el rey tiene enemigos, señora?

Isabel lo miró directamente a la cara.

—Soy yo quien tiene enemigos —dijo—. Hechizan al rey para sustraerlo de mi influencia. Hay quienes quieren utilizarlo para sus propios fines. Vos mismo lo sabéis, monseñor. La duquesa de Orléans…

El de Borgoña levantó la mano.

—Mi señora —habló en tono apagado—, ¿es preciso que se citen nombres entre nosotros? Ya conocemos las aficiones de un hombre de alcurnia de esta corte.

—No me refiero a eso —repuso la reina inmediatamente. Apreciaba a Luis de Orléans. Le interesaba apoyar a su cuñado. Por parte de madre, Isabel descendía de la estirpe de los Visconti, a la que también pertenecía Valentina. Pero desde que Gian Galeazzo había accedido al poder en Milán y perjudicaba allí los intereses de sus parientes bávaros, la tolerancia mutua se había enfriado para dar paso al odio—. Antes de su matrimonio no tenía esas aficiones —dijo intencionadamente. El duque sonrió. Isabel prosiguió, con mayor vehemencia—. ¿Acaso no es de todos sabido cómo se hizo con el poder el tirano de Milán, ese envenenador de Gian Galeazzo?

—Señora —dijo Felipe, arrodillándose de nuevo delante de ella—, tal vez sea conveniente que demos ocasión a maese Guillaume de hacer lo que pueda. La situación en que se halla el rey es realmente lamentable.

Ha roto rocías sus copas de cristal, porque no le gustaba el blasón de Vuestra

Majestad.

—¿El escudo de Wittelsbach? —preguntó Isabel, encendida—. Pero todo el servicio de mesa lleva mi blasón junto al del rey. Fue él mismo quien encargó que se grabara.

—El rey no reconoció el blasón —dijo el duque en tono apagado—. Pisoteó los añicos, y los ensucié.

Isabel se alzó tan repentinamente que las largas mangas de su vestido rozaron la cara del de Borgoña. Cruzó sus manos por encima de su ancho regazo y, llena de furia, contuvo la respiración. También Felipe se incorporó, haciendo un gesto como queriendo apoyarla. Pero la reina se dominó rápidamente.

—Arnaud Guillaume está en palacio —dijo tensa—, puedo mandarlo llamar. Será mejor que hablemos con él cuanto antes.

—En presencia de los monseñores de Borbón y de Berry —añadió Felipe, involucrando a los demás regentes con formal modestia—. Haré que les avisen.

—Que sea entonces en mis aposentos —dijo la reina, tambaleándose por un momento—; aquí hace demasiado frío.

El duque de Borgoña golpeó un gong de plata situado en la mesa junto a los candelabros. El grupo de damas de honor se puso en movimiento, precedido por la condesa de Eu, maestra de ceremonias de Isabel, quién colocó el manto sobre los hombros de la reina.

De la mano de Felipe, Isabel abandonó parsimoniosamente la sala. Aparecieron en la puerta los portadores de antorchas. La cola roja del manto de la reina y las largas mangas violetas del de Borgoña parecían confundirse, como matices de un mismo color. Los seguía, conteniendo el paso, la comitiva de cortesanos.

La estancia en la que se reunieron la reina y los regentes parecía un cenador; de los muros colgaban tapices tan profusamente bordados con flores y cepas frondosas, que apenas podía distinguirse el fondo azul. Bajo un dosel se hallaba sentada Isabel. Un galgo tendía la pata al anciano duque de Borbón, quién incitaba al animal a que mostrara sus habilidades. La reina contemplaba la escena sonriendo distraídamente. El de Borgoña y su hermano, el duque de Berry, se hallaban de pie junto a una mesa con libros. Hojeaban un libro de horas que había mandado confeccionar la reina no hacía mucho tiempo. Ambos eran bibliófilos, sobre todo el de Berry, quién gastaba grandes cantidades de dinero en libros. Su castillo de Bicétre guardaba numerosos tesoros artísticos; su corte era un centro de peregrinación para pintores, escritores y escultores, quienes eran acogidos con hospitalidad y recibían, como pago por su trabajo, generosas pensiones anuales y rentas vitalicias. También Felipe llevaba varios años reuniendo una biblioteca de los escritos eclesiásticos, didácticos e históricos que encontraba en sus residencias borgoñonas y flamencas. Sin embargo, sus motivaciones eran bien distintas. Así como su fallecido hermano, Carlos V,

buscaba primordialmente el saber y el de Berry el placer estético, el duque de Borgoña consideraba que un personaje poderoso debía ser un mecenas, si quería verse glorificado junto con sus actos memorables en el arte de su época.

El de Berry acercó el libro de horas de la reina a la luz de las velas, para poder ver mejor una de las miniaturas. A sus sesenta y cinco años, su obesidad y sus fláccidas facciones eran las de alguien que había disfrutado en demasía de las excelencias terrenales: tenía bolsas bajo los ojos, la barbilla y las mejillas caídas y carnosas, y un aspecto poco saludable. Llevaba el cabello corto, como Felipe, pero rizado. El manto que envolvía su cuerpo amorfo era de brocado verde y dorado, ribeteado de piel de marta. Los ungüentos orientales con que le daban masajes regularmente desprendían un olor penetrante. Su hermano, quién se encontraba a su lado para poder contemplar también las ilustraciones del libro, miraba despectivamente cómo sus dedos gordezuelos atiborrados de anillos pasaban las páginas. Junto a la sobria apariencia del de Borgoña, el de Berry parecía tan abigarrado como un papagayo. El duque de Borgoña despreciaba en secreto a su hermano, quien carecía de otras ambiciones que no fueran el coleccionar libros y objetos curiosos, y el embellecer su castillo de Bicétre, donde pasaba la mayor parte del tiempo, junto con su joven esposa, a la que llevaba casi cincuenta años.

—Vaya, vaya —dijo el de Berry quedamente, mostrando interés—. Estas iniciales están recubiertas de pan de oro. Bastardilla, no hay letra más bonita. Hay que reconocer que ocupa mucho espacio: cuesta más tiempo y dinero. Pero ¡qué formas tan nobles!

Mantenía el libro a una cierta distancia, extendiendo los brazos; la luz de las velas se reflejaba en los dorados ornamentos, entre los pámpanos pintados de azul y verde, que enmarcaban el texto. Sus ojillos penetrantes brillaban. Chasqueó varias veces la lengua antes de cerrar el libro, en señal de admiración; el de Borgoña se hizo cargo de él y se puso a contemplar los cierres colocados en la cubierta de cuero.

—He de admitir, señora, que el libro es magnífico —prosiguió el de Berry, mientras se dirigía hacia Isabel y se detenía ante ella—. Mi enhorabuena; he de conseguir que ese hombre trabaje también para mí. ¿Quién es? ¿Hennecart? Un trabajo maravilloso, espléndido. Pero he de enseñaros también, en su momento, algunas hojas de mi nuevo libro de horas. Maese Paúl de Limburgo y sus hermanos están ilustrándole el calendario. No exagero al calificarlo de maravilla. Uno diría que podrían arrancarse las flores y la hierba y que los cuervos podrían emprender el vuelo en cualquier momento destacándose de la nieve. Las iniciales son realmente vistosas, como éstas, pero en bermellón…

—Pero, ¿dónde se mete ese hombre? —exclamó el de Borgoña interrumpiendo irritado el torrente de palabras de su hermano. Colocó el libro de nuevo sobre la mesa: los cierres estaban labrados con todo esmero y engastados con perlas y carbunclos; sin duda le había costado una fortuna a la reina. Isabel volvió la vista hacia él.

—Han ido a buscarlo —dijo con frialdad—. Mandé que no lo condujeran de inmediato hacia aquí. Al fin y al cabo era menester informar previamente a los monseñores de Berry y de Borbón sobre nuestros propósitos.

El duque de Borbón había dejado de jugar con el perro. El animal seguía saltando hacia él, incitante, pero él ya no le prestaba atención.

Finalmente Isabel le ordenó que se tumbara en el suelo.

—No puedo decir que este nuevo plan me parezca enteramente favorable —dijo el de Borbón con parsimonia. Era conocida su cautela en toda ocasión; en las deliberaciones solía aburrir al de Berry y suscitar la impaciencia de Isabel y el de Borgoña—. ¿Por qué habríamos de alentar un proceder que provocará en todas partes desconfianza y descontento? ¿No sería más apropiado ceñirnos a los remedios que puedan soportar la luz del día? La ciencia de los doctores y la misericordia de la Iglesia a la larga beneficiarán más al rey.

—¡¿A la larga?! —La expresión de Isabel se hizo dura como el cristal—. ¿Acaso no hemos aguardado lo suficiente? Llevamos dos años de miseria y preocupaciones; y la situación del rey sólo ha empeorado, si cabe. A estas alturas, todo el mundo sabe que todos los auxilios espirituales de la Iglesia son ineficaces cuando se trata de brujería…

—¡Señora, señora! —El de Borbón alzó sus manos en son de aviso—. Vuestra Majestad no se hace cargo de lo que está diciendo.

Isabel se santiguó.

—No blasfemo —dijo altiva, intentando ocultar su azoramiento—. Pero ya no sé qué hacer. Lo que ocurre con el rey no obedece a causas naturales. Eso salta a la vista —prosiguió con más vehemencia, inclinada hacia adelante, mirando a los tres regentes. El de Berry hizo un gesto elocuente, dando a entender su postura imparcial y benévola en la cuestión. El de Borgoña callaba; tan sólo el movimiento con que restregaba los dedos índice y pulgar de su mano izquierda denotaba su impaciencia. Isabel se percató de ello. Estaba nerviosa pero se dominaba. Con un gesto llamó al perro, que acudió de inmediato y puso la cabeza en su regazo.

Se abrió una puerta recubierta, al igual que las paredes, de tapices floreados los dos hombres penetraron en la estancia. Uno de ellos era Jean Salaut, secretario particular de la reina, y el otro, Arnaud Guillaume. Los recién llegados se arrodillaron ante Isabel y los regentes. Arnaud Guillaume, vestido con una túnica mugrienta y profusamente remendada, a caballo entre un tabardo y un hábito, con su cabellera larga y sucia y su cara descarnada, parecía uno de esos anacoretas semisalvajes que se mortifican por el bien de la humanidad. Sin embargo, los ayunos y flagelos que se infligía obedecían a intenciones menos sagradas. Aunque permanecía arrodillado, su actitud distaba mucho de ser sumisa. Mientras el secretario hablaba a la reina, Guillaume, sin recato alguno, paseaba su fría mirada por los presentes: los duques, quienes lo contemplaban con la mayor reserva, e Isabel, quien con aparente despreocupación permitía que su perro jugara con su tríptico dorado.

—Está bien, maese Salaut —dijo la reina—, podéis retiraros. —El secretario se incorporó y, tras las reverencias de rigor, marchó caminando hacia atrás en dirección a la puerta, cerrándola sin hacer ruido. Se hizo un silencio. Los tres duques permanecían inmóviles, igual que la reina.

De no haber sido por el perro, que, jadeando y jugando, intentaba morder la joya del regazo de Isabel, el regio grupo recortado sobre los abigarrados ramos floridos de los tapices murales hubiera parecido sacado de un cuadro. Finalmente habló el de Borbón.

—¿Vienes de Guyena? —preguntó. Guillaume asintió inclinando la cabeza—. Ya que dices ser monje —prosiguió el de Borbón—, ¿a qué orden perteneces?

El hombre clavó sus ojos claros y glaciales en la reina.

—Creía que me habían llamado para curar al rey —dijo—, no para responder de un pasado que no viene al caso.

—Este granuja es extremadamente insolente —murmuró el de Berry, llevándose a la cara sus guantes impregnados de perfume. Felipe de Borgoña puso ambas manos en la cintura y colocó uno de los pies en el travesado del banco.

—Así pues, crees poder curar al rey —dijo secamente—. ¿De qué manera? Ten presente que aquí no hay perdón para los impostores.

La boca pequeña y descolorida de Guillaume se contrajo en una sonrisa burlona y altiva.

—Vuestra Merced no ha de temer verse engañado —contestó con voz ronca y ruda—. Estoy seguro de mis poderes. Aquí en el pecho, bajo mi hábito, llevo un libro que me confiere poder sobre todo lo creado: sobre los cuatro elementos y sobre todas las materias y sustancias que contienen. Gracias a este libro milagroso soy señor de los planetas: si quisiera, podría desviar sus órbitas. ¿Acaso no anuncian los señores astrólogos la llegada de un cometa que traerá desgracias para Francia, una mortandad de personas y animales, sequías, y pérdidas de los cultivos de los campos? Yo podría conjurar otro cometa del cielo, un cometa desconocido por todos y que ningún astrólogo ha contemplado jamás, más potente que el primero, tan poderoso que desvíe de su órbita al causante de las calamidades.

—¿Qué libro es ése? —preguntó el duque de Berry con curiosidad. La figura del asceta mugriento le producía aversión, pero la mención del libro maravilloso despertaba su curiosidad Guillaume sonrió astutamente y apretó aún más los brazos cruzados sobre su pecho.

—El libro no puede ser visto por muchos ojos —replicó, inclinándose encogido hacia el de Berry—. Además, Vuestra Merced no sabría leer los signos. La escritura es más antigua que la humanidad misma, más que Adán, nuestro padre común, que nos legó el pecado original…

El de Berry dilató desdeñoso las aletas de la nariz. Dio un par de pasos hacia donde estaba la reina, y le dirigió la palabra en voz baja.

—Me parece ésta una impostura totalmente repugnante. Mandad que se marche

este hombre, señora.

—U obligadle a mostrar lo que oculta bajo su hábito —propuso el de Borgoña, impaciente… Ya habéis utilizado vuestro látigo con bribones menos altivos.

El de Berry le lanzó una mirada fría y colérica. Hacía ya años que había desistido finalmente del empeño de superar a su hermano en cualquier aspecto. Su manifiesto desgobierno en las provincias que le habían sido asignadas había suscitado ya las críticas y el desagrado del de Borgoña durante la minoría de edad del rey; más tarde, al verse privado el de Berry por el rey de la administración de Languedoc aquél sospechó, no sin parte de razón, que su hermano mayor tenía que ver en el asunto. Nunca se lo perdonó a Felipe.

—No estoy muy seguro de que, en este sentido, tengáis nada que enviudarme monseñor —repuso en un tono cortés pero cortante…, Nadie se dignó nunca llamarme «el Atrevido» por haber conquistado un lugar en la mesa a puñetazo limpio…

El de Borbón alzó rápidamente la cabeza e Isabel palideció. El brujo, olvidado por unos instantes, contuvo una sonrisa burlona ante la alusión del de Berry. Los enemigos del duque de Borgoña solían afirmar que su mote, «el Atrevido» no obedecía a su valentía en la batalla de Poitiers, sino a la disputa por un lugar preferencial entre el fallecido duque de Anjou y él, durante el banquete de la coronación de Carlos. El de Borgoña apretó los labios, lo cual no presagiaba nada bueno. La reina, quién tenía motivos para temer las disputas personales de los regentes, intervino rápidamente.

—Señores —dijo—, éste no es el momento para desavenencias. Por lo que respecta a maese Guillaume, me lo han recomendado personas de gran autoridad, que merecen mi confianza. Muchas personas de la corte lo consultan con éxito. ¿Qué más nos da que nos enseñe su libro o no? Se trata de los consejos que pueda darnos. Continúa —prosiguió, dirigiendo a Guillaume. Nadie te obligará a enseñar el libro. Pero ten presente que para convencernos no bastarán tus palabras.

El asceta le dirigió una mirada rápida y malévola.

—¿Convenceros? —murmuro… ¿Cómo puedo demostrar lo que me fue revelado en estado de gracia? En el país de los ciegos, yo soy vidente. Signos ocultos me han revelado que nuestro rey por la gracia de Dios es víctima de un embrujo: dentro de estos muros se conjura al diablo y a todos los poderes infernales a fin de perder a Su Majestad.

—Basta, hombre, basta —dijo el de Borbón—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Tienes una acusación contra alguien? ¿Puedes citar nombres?

—Monseñor, hay un hombre que ha velado durante dos días y dos noches en Montfaucon bajo la horca en la que se ajustició hace poco a un ladrón. ¿Acaso he de contarle a monseñor para qué se utilizan los cadáveres de los malhechores?

Isabel se santiguó rápidamente. Los conjuros para los que se requerían los miembros de los ahorcados eran los más temidos.

—A este hombre —prosiguió Guillaume— lo he visto hoy en palacio.

¿Cómo es eso posible? —inquirió el de Borgoña, impasible—. El palacio no es una plaza de mercado, donde entra y sale cualquiera.

—No, monseñor. —Guillaume se inclinó de nuevo, cruzando las manos sobre el pecho—. Pero es que no iba solo: iba en compañía de ese astrólogo de magia negra de origen meridional, de quien se oye hablar tanto.

—Salvia —dijo el de Borgoña arqueando las cejas—. Al servicio del de Orléans —añadió, dirigiendo una mirada hacia Isabel. La reina se dio cuenta, pero su propia mirada permaneció fría e impávida.

—Oriundo de Milán —corrigió ella en el mismo tono—. Salvia de Milán, una persona de confianza de Gian Galeazzo. —Recalcó las últimas palabras para indicarle al de Borgoña que rechazaba cualquier otra asociación. El duque se encogió de hombros para asentir luego con una inclinación—. Como desee Vuestra Majestad —dijo impasible.

El de Borbón, quién había estado contemplando ceñudo al asceta, dio un paso hacia donde estaba Isabel.

—Suponiendo que este hombre diga la verdad, ¿qué medidas convienen tomar ahora? Lo más sencillo será someter a un interrogatorio tanto a Salvia como al profanador de cadáveres.

Los ojos de Guillaume se iluminaron; Isabel hizo un gesto rápido de desaprobación.

—No me parece prudente. Con ello nos exponemos. Lo que hagamos no ha de divulgarse.

Le hizo una señal al de Berry, quién estaba más cerca de la mesa. Éste hizo caer una bola de plata en una bandeja destinada a este fin; las prolongadas resonancias del tintineo hicieron acudir al secretario Salaut de la estancia contigua. Mientras Isabel le encargaba a éste que hospedara a Guillaume en palacio y que le pagara una cierta cantidad como anticipo, el de Borgoña, con las manos aún en la cintura y un pie en el travesaño del banco, miraba al asceta. La sucesión cambiante de doctores y remedios no le inspiraba el menor interés, aun cuando participara en las conversaciones con aparente atención. Sin embargo, esta vez era distinto: adivinaba en Arnaud Guillaume a un sujeto sobornable y útil. A las reverencias que éste le destinaba de manera preferente, respondía con la mirada fría de sus párpados entornados. Le constaba con casi total seguridad que Guillaume comprendía dónde podía sacar mayor provecho.

—¡Bah! —exclamó el de Berry desdeñosamente, una vez que se hubo cerrado la puerta detrás de ambos hombres—. ¿De veras creéis, señora, que este bellaco será capaz de hacer algo por el rey?

Isabel se había levantado y apartaba con el pie la pesada cola de su vestido. Sentía un cansancio mortal y no se encontraba con fuerza para seguir discutiendo.

—¿Por qué no? —preguntó irritada. El duque de Berry, con su desmedido interés por las obras de arte y los artistas, no era de su agrado; además, le parecía poco de

fiar y, aunque menos peligroso que el de Borgoña, más insoportable como persona. Era consciente de que el de Berry se manifestaba en términos tan despectivos al hablar de Guillaume, por no haber podido contemplar el libro en cuestión; sin duda había esperado de ella que colaborara con una orden. Ni por un momento creía Isabel en la preocupación de los duques por el bienestar del loco. Sabía que el restablecimiento del rey no se avenía en modo alguno con los planes de sus regios parientes. El de Borbón era, en este sentido, aún el menos interesado, y el único cuya compasión por el rey no era fingida. Normalmente no le costaba mucho a Isabel desempeñar en este tipo de reuniones un papel igualmente diplomático; llevaba en la sangre el placer y la predisposición hacia las intrigas, y en los últimos años había aprendido el arte de adaptarse sin exponer los propios pensamientos ni fiarse de los actos de los demás. Pero ahora se sentía presa de un abatimiento rayano en la desesperación; era del todo consciente de que se encontraba totalmente sola y de que debía mantenerse firme ahora y en el futuro, si quería defender todo lo que ella consideraba legítimo. Se hallaba en el centro mismo del reino, en apariencia bien amparada, como las pepitas en el corazón de los frutos; pero por todas partes había gusanos que se abrían camino comiendo ávidamente de la pulpa. Hizo un gesto para impedir que el de Berry expusiera su opinión con más detalle.

Pasando junto a los reverenciosos regentes, se dirigió a una puerta situada enfrente de aquélla por la que habían desaparecido Salaut y Guillaume; tuvo que ladear un poco la cabeza para evitar que la punta de su sombrero coronado tropezara con el marco de la puerta. El galgo blanco la acompañaba dando saltos.

—Perdisteis la compostura, monseñor —dijo el de Borgoña al de Berry, mientras éste se enfundaba los guantes. El duque de Borbón hizo un gesto de impaciencia.

—No tiene sentido desempolvar viejas pasiones —observó, dirigiéndose hacia donde estaba Felipe—. Monseñor de Berry se precipitó un poco.

—No me gusta esa precipitación. —El de Borgoña apartó el brazo que quería tirar de él—. Mi hermano el duque de Berry no es lo bastante impulsivo como para soltar cosas que no acostumbre pensar… y decir. Lo que penséis me es indiferente —añadió, mientras se acentuaba el rictus de amargura de su boca—, pero lo que digáis, sobre todo a mis espaldas, me afecta sobremanera. ¿Así que en vuestra opinión soy un fanfarrón y un pendenciero? ¿No os merece respeto el nombre que me honro de llevar?

El de Berry se encogió de hombros. Se encontraba en semipenumbra y las sombras que caían sobre su cara regordeta le conferían un aspecto parecido al de un sapo; su amplia vestimenta, brillante y verdosa, reforzaba esta impresión.

—¿Acaso habéis sabido ganaros mi respeto, hermano? —preguntó en tono afable, no exento de burla—. ¿Habéis procurado vos defender mis intereses o, en todo caso, no perjudicarlos, desde que detentáis un puesto de poder, por no decir el poder absoluto? No puedo decir que me hayáis dado muchos motivos para honraros o para honrar vuestro nombre.

El de Borgoña frunció el entrecejo y se sentó en el banco bajo el dosel, bien erguido, como era su costumbre.

—Nunca he tenido motivos para aprobar el modo en que solíais resolver vuestros asuntos —dijo severamente—. Dios sabe que en todas las provincias reina el desorden, pero el caos en Languedoc y Guyena supera todo lo que nos haya tocado vivir en este sentido. ¿Qué se puede esperar, cuando no se tiene mesura a la hora de recaudar los impuestos? Ningún gobernante juicioso se deja arrastrar de ese modo en su afán de hacerse con obritas de arte y torres esculpidas.

—No, claro, vos lo hacéis de otra manera —observó el de Berry, burlón, golpeando furiosamente la mesa con su guante derecho, aún sin enfundar—: Vos os desposáis con la rica heredera de Flandes y dejáis que los gansos asados vuelen directamente hasta vuestra boca. No os cuesta trabajo ser generoso al recaudar las contribuciones. No obstante, he oído decir que tampoco vos hacéis ascos a los ingresos extraordinarios, cuando podéis sacar tajada en algún sitio sin menoscabo de vuestro renombre. No faltarán quiénes maldigan vuestro nombre dentro de estas fronteras, mi señor hermano.

—La vida no es mala ni insegura en Borgoña ni en Flandes —repuso Felipe tranquilamente—, y si alguna vez ha surgido o surge algún motivo de descontento, estoy dispuesto a investigar el caso. Es posible que, como afirmáis, me llamen «el Atrevido» por haber expulsado por la fuerza al de Anjou de su lugar en la mesa; pero no soy tan cobarde como para dejar que el pueblo queme en la hoguera a mis recaudadores de impuestos como ofrenda expiatoria por mis actos.

El duque de Berry levantó el guante y avanzó un paso hacia el imposible duque de Borgoña. El de Borbón se interpuso rápidamente entre ambos.

—Monseñores —les reconvino—, verdaderamente, creo que os estáis propasando. Todo eso es agua pasada. ¿No es preferible ceñirse al presente?

—De acuerdo, de acuerdo, noble señor —dijo el de Borgoña, sin que su mirada se apartara del de Berry—. Pero, ¿acaso puede negar mi hermano que tengo razón? Cuando el rey, nuestro malhadado sobrino, fue a informarse personalmente de la situación en Languedoc, al haber llegado hasta aquí los lamentos de la población, no consiguió apaciguar los ánimos sino quemando a vuestro tesorero, el señor de Bétisac. Tengo buena memoria, hermano. ¿Aún os extraña que el rey prefiriera privaros de la responsabilidad por una temporada?

—¡El rey, el rey! —El de Berry arrojó el guante al suelo—. ¿Por qué no hacer cargar una vez más a ese pobre diablo con las culpas? Le aconsejasteis bien; sabíais lo que hacíais.

—No os pongáis en evidencia, hermano. —El rostro severo y astuto del de Borgoña se ensombreció—. ¿Cuánta era mi influencia, o la de cualquiera de nosotros, por entonces, después de que el rey nos hubiera agradecido tan cortésmente nuestra ayuda en el Consejo Mayor de Reims? ¿Pensáis que en algún momento he intentado imponerle mis consejos, cuando él prefería tan claramente a los necios de los

marmousets, a ese hatillo de burgueses y clérigos envanecidos y arribistas que él consideraba sus consejeros?

—No es difícil odiar de boquilla —repuso el de Berry—. No, monseñor de Borbón, ¿por qué queréis imponerse silencio? Diré lo que me plazca. Mi hermano gusta de hablar con desprecio de la manera en que fuimos despachados en Reims. Pero, ¿qué hicisteis para remediarlo, Borgoña? ¿Opusisteis resistencia, intentasteis vengaros?

—Para eso ya estabais vos, hermano —repuso secamente Felipe—. El cardenal de Lion, quién nos expuso tan sutil y arteramente en el Consejo que nuestro sobrino Carlos era capaz de reinar por sí solo, no vivió mucho tiempo para contarlo. ¿No fue envenenado? Eso deberíais saberlo vos —añadió irónicamente.

—¡Monseñores! —El duque de Borbón lanzó una mirada fugaz a la puerta por la que había desaparecido Isabel—. Por amor de Dios, ¿habéis olvidado dónde nos encontramos? Las paredes oyen. En la estancia contigua…

—¡Una sala llena de mujeres! —observó el de Berry, soltando una risa desagradable—. Ya están acostumbradas a escuchar, y a contemplar, cosas mucho peores, cuando lo desean. Estáis aún más loco que nuestro sobrino, el rey —prosiguió, dirigiéndose al de Borgoña—, si pretendéis insinuar que yo…

—¿Acaso yo he afirmado algo semejante? —El de Borgoña rió en voz baja, juntando las yemas de los dedos—. Me limito a los hechos, hermano. Me consta que no os hizo mucha gracia cuando el rey os pidió que marcharais a Bretaña con vuestros vasallos, para buscar a los autores.

—¡Por las llagas de Cristo! —juró el de Berry, con un gesto de furia impotente—. Tergiversáis todo. ¿Acaso os mostrasteis cooperativo? ¿O lo fue el duque de Borbón, aquí presente? No, monseñor de Borgoña, a mí no me engañáis. Sé perfectamente quién daba aquí las órdenes…

Si, por mucho que porfiéis que os relegaron a un segundo plano cuando nuestro sobrino escogió como consejeros a los *marmousets*, conocíais suficientes rodeos y vericuetos como para conseguir vuestros objetivos. Sois más astuto que un zorro, hermano. Y nunca dudé que el incidente aquel de Languedoc os lo debiera a vos.

—Estáis tan seguro de lo que afirmáis —dijo el de Borgoña, levantándose—, que sin duda podréis indicarme por qué razón os puse esa zancadilla. —Miraba fijamente a su hermano, por encima de la cabeza del de Borbón. El duque de Berry, que se había excitado tanto que le brillaban gotas de sudor en la frente, exclamó, casi sofocado por la ira: corazón—. ¿Por qué, por qué? ¿Acaso yo lo sé? Maquina tantas cosas ese vuestro tan astuto, que apuesto a que solamente el diablo conoce vuestros pensamientos, o tal vez ni aun él, pues seguramente también sabréis despistarlo. ¿Quién me asegura que vos no quisierais haceros también con Languedoc en vuestra avidez por poseer más tierras, hermano? Basta con mirar el mapa. Os arrastráis sigilosamente alrededor del corazón de Francia, cual serpiente. Ni yo mismo sé dónde termina vuestra codicia…

El de Borgoña retiró el pie del banco y, encogiéndose de hombros, tomó su sombrero de terciopelo del arcón donde lo había dejado al entrar. El duque de Borbón, viendo en esto una señal de que había terminado la embarazosa conversación, suspiró aliviado. Recogió el guante del de Berry, que había caído cerca de él, y se lo devolvió a su dueño.

—Dad todo esto por concluido, monseñor —dijo a media voz—. Al fin y al cabo, el rey os ha restituido la administración de Languedoc…

El de Borgoña soltó una carcajada seca y burlona.

El duque de Borbón, quién había mantenido demasiado tiempo su compostura como mediador, perdió entonces la paciencia.

—Pienso que es profundamente vergonzoso, monseñores —dijo con vehemencia —, que nos andemos aquí con sutilezas, cuando sería en provecho de todos nosotros obrar unidos. No hay en Francia otra autoridad que la nuestra. Nos aguarda una dura tarea, monseñores.

El de Borgoña sonrió sarcástico, pero el de Berry estalló:

—¡Palabras, palabras! ¡No seáis hipócrita, monseñor de Borbón! Me temo que nos conocemos demasiado bien. Tal vez sea mejor no mencionar los intereses que se persiguen aquí.

—Compruebo con satisfacción, hermano —dijo el de Borgoña, desde la puerta—, que a la sazón has hallado un nuevo contrincante para tus disputas. Os saludo, monseñores. Esta noche puede haber gran animación en el banquete bautismal del pequeño Orléans si nos presentamos en la mesa con esta disposición de ánimo.

En el gran patio de palacio, junto a las caballerizas, los criados mantenían preparados desde hacía un buen rato los caballos del duque y su séquito. La yegua del de Borgoña, Charlemagne, negra como el azabache, escarbaba impaciente la tierra con las pezuñas delanteras. Los ornamentos de cobre y plata de la silla y las guarniciones brillaban a la luz de las antorchas que sostenían los sirvientes. Había también un resplandor procedente de las puertas entreabiertas de las caballerizas, atestadas de caballos y mozos de cuadra. Estos últimos se afanaban por sacar brillo a las guarniciones y cuidar de los numerosos animales que había allí. Un intenso olor a heno y estiércol invadía las inmediaciones de los edificios. Flotaba el vaho alrededor de los caballos del patio. Los miembros del séquito que aguardaban allí, a duras penas conseguían contener sus monturas, que pataleaban y resoplaban. Uno de los criados puso un manto forrado de pieles sobre los hombros del duque.

Éste colocó el pie en el estribo y saltó con destreza sobre el caballo. Se abrieron las verjas de Saint-Pol y atravesó el portalón la comitiva del duque, entre el sonoro estampido de los cascos y el griterío de los criados y portadores de antorchas que la acompañaban corriendo mientras se alejaba en dirección a la morada del de Borgoña, el Hotel dArtois.

La tarde estaba fría y brumosa; las gotas se adherían al sombrero del de Borgoña y a las pieles de su manto. Las antorchas humeaban en la niebla difundiendo una luz rojiza. Rápidamente atravesaron las angostas calles del barrio de Saint-Pol; el lodo y las piedras salían despedidos por el impacto de los cascos. Felipe manejaba las riendas de forma maquinal; sus pensamientos estaban en otra parte. Miraba fijamente, sin ver, las guarniciones de cobre de la cabezada entre las orejas de Charlemagne, con sus destellos rojizos. El hecho de que hubiera dejado hablar al de Berry era contrario a su costumbre, pues sentía una aversión innata hacia las disputas mezquinas. Lo que sí le divertía era que su hermano fuera tan consciente de la relación existente entre ambos; el que el de Berry careciera del orgullo y del tacto, necesarios para mantener un silencio cortés y altivo sobre estos asuntos, le parecía una prueba más de la incapacidad de aquél para la diplomacia. Efectivamente, el de Borgoña no estaba sin culpa en cuanto al episodio de Languedoc: había sido el rencor, nunca reconocido abiertamente pero tanto mejor guardado, lo que le había movido en aquel momento a minar los intereses de su hermano. En 1385 el duque de Borgoña había concebido el plan de aventurar un ataque directo contra Inglaterra, a fin de reanudar —y tal vez concluir— la interminable guerra con dicho país. Mediante promesas de nuevas hazañas bélicas consiguió trastornar el ánimo del rey, que a la sazón contaba diecisiete años de edad y estaba recién casado con Isabel. Además, el plan contó con gran aceptación entre los nobles, quiénes tenían a su vez sobradas razones para querer pillar y saquear las costas inglesas. Se reunieron casi mil cuatrocientos barcos, en su mayoría embarcaciones de recreo, ornados de manera tan inútil y recargada como los propios combativos señoritos de la corte. Todavía le invadía la rabia al de Borgoña cuando pensaba en aquella armada: macules plateados, proas doradas, en las cubiertas pabellones de seda pintada de vivos colores; flámulas y banderas, que eran el vivo reflejo de la heráldica francesa cuando el viento hacia ondear las abigarradas telas: leones y grifos, y dragones y unicornios. Más ridícula aún era la ciudad de madera, con sus casas y palacios, empaquetada y repartida entre setenta y dos barcos de carga; una ciudad destinada a albergar al ejército entero tras el desembarco en las costas inglesas.

Una invasión brindaba en aquel momento al de Borgoña una oportunidad sin igual para lograr influencia y poder en las relaciones entre Flandes e Inglaterra. De haber resultado todo tal como él había querido, el de Borgoña se hubiera convertido ya entonces en el hombre más poderoso del continente; pero su sueño era demasiado ambicioso, había demasiadas personas de su entorno que le odiaban y envidiaban la aparente comodidad con que efectuaba jugada tras jugada en el tablero de la política. Su hermano el de Berry era desde hacía tiempo uno de sus adversarios. Sabía éste que era cuestión de dejar pasar el momento propicio para zarpar y atacar, de demorar la salida de la flota hasta que las tormentas invernales imposibilitaran la travesía. Mientras el de Borgoña esperaba en Arras con el ejército de nobles, consumiéndose de impaciencia, el de Berry remoloneaba, involucrando también al rey en esta

tardanza. Se celebró una boda entre el hijo del de Berry y la hermana menor del rey, con las consiguientes festividades que ocuparon la atención de todos; el rey vio llegó a Arras hasta mediados de septiembre. El tiempo aún era favorable, y la travesía, factible; pero esta vez el de Berry no apareció con su ejército, imprescindible para la guerra. Ni cartas ni mensajes le disuadieron de esta demora intencionada. Finalmente apareció en diciembre; se levantaron tormentas, las noches eran largas y oscuras, el mar rugía en las costas inglesas. El de Borgoña hubo de desistir de su proyecto. Soportó este revés con su habitual circunspección, sin dejar traslucir en modo alguno su furia o resentimientos. En lugar de tender las velas en sentido literal, lo hizo en sentido figurado: de modo inimitable cambió de política y, desde entonces, comenzó a buscar el acercamiento a Inglaterra. A la larga esto le había dado resultados más favorables, si cabe, de los que jamás hubiera obtenido con la expedición marítima; de modo que, a la postre, no lamentaba el fracaso de su proyecto. Fue Francia la que experimentó las desastrosas consecuencias de ese fracaso. Si bien ni sus palabras ni sus acciones dejaban traslucir que conocía la participación del de Berry en ese malogro, no lo olvidaba.

Los cascos de los caballos golpeaban contra el pavimento del patio del Hotel d'Artois. Felipe desmontó delante del portón principal. Lanzó su manto, pesado por la humedad, a uno de los nobles de su séquito y penetró rápidamente en el palacio. En las estancias en las que acostumbraba pasar el tiempo cuando estaba en casa, se encontró a su hijo Juan, conde de Nevers. El joven, de pie junto a un pupitre, hojeaba un manuscrito. Al entrar su padre, cerró el libro y se volvió.

—Llegáis tarde, monseñor —dijo, inclinándose ceremoniosamente.

El de Borgoña saludó a su hijo frunciendo el ceño.

—No te vi en el cortejo bautismal —dijo secamente.

Juan hizo una mueca despectiva.

—Si tuviera que asistir a las ceremonias bautismales de todos los descendientes del de Orléans, tanto legítimos como ilegítimos… —comenzó, pero una mirada de su padre le hizo callar. Éste caminó hacia la chimenea y escupió en el fuego.

—Sabes a qué me refiero —dijo el de Borgoña severamente.

—Si, en eso no soy tan diplomático como vos, monseñor. No sé fingir. Dios sabe que nada me sería más grato que hacer que le retorcieran el pescuezo al de Orléans: lo considero aún demasiado vil como para manchar mi espada o mi daga con él.

—Conoces mi parecer. —El de Borgoña miró a su hijo, que ahora estaba de espaldas al fuego. Los cirios del pupitre iluminaban sus rasgos afilados y avejentados; tenía los mismos ojos penetrantes que su padre y una boca avinagrada con el labio inferior carnoso. Era bastante bajo y desgarbado, con el tronco desproporcionadamente fornido, que resaltaba aún más con el jubón corto y plisado que vestía. En el reino, Luis de Orléans y Juan de Nevers estaban en pie de igualdad;

tenían la misma edad, prácticamente el mismo rango y eran igualmente perspicaces.

Luis tenía muchos enemigos en la corte, pero no menos admiradores; con una suerte sin par sabía mantenerse en cualquier circunstancia y salir airoso de todo tipo de lances; la naturaleza no le había privado de ninguno de sus dones. Juan, por el contrario, carecía de todas las cualidades por las que hubiera podido destacar; su espíritu, más agudo y mordaz que desenvuelto, no brillaba en el mundo cortesano de Saint-Pol, y su carácter arisco no le granjeaba muchas amistades. Ya desde su infancia llevaba clavada la espina de la preferencia de todos por el de Orléans. Él, en cambio, tenía el carácter reservado de su padre. Ardía en él el resentimiento, como un fuego lento y humeante, alimentado por multitud de pequeñeces: una deferencia en alguna fiesta, una victoria en algún torneo, las miradas de admiración de las mujeres, palabras de encomio y, sobre todo, la actitud despreocupada y afable de Luis, también en el trato con él, su desenvoltura, su capacidad de adaptación y su garbo cortesano.

En una fiesta que había dado el rey varios años antes, Juan de Nevers había encontrado a su mujer, Margarita, en los brazos del de Orléans; ya anteriormente, durante los festejos, había tenido motivos de queja por sus miradas desviadas y su atención hacia las bromas del hermano menor del rey. Como quiera que ninguno de los presentes estaba sobrio y el ritmo de la fiesta no permitía interrupciones, no se llegó a disputas ni a las manos. El resabio de la resaca fue para Juan más amargo que el producido únicamente por el exceso del vino. En su fuero interno la duda y la furia se disputaban la primacía; no tenía la certeza de sí, en su ebriedad, había visto bien; no sabía muy bien qué creer ni qué medidas tomar. No hubo testigos; Margarita callaba. El de Orléans se comportaba con cortés indiferencia. Los espías, criados al acecho, no descubrieron ningún indicio que apuntara hacia una relación ilícita. Pero Juan, torturado por los celos, creía ver signos allí donde no los había; en un poema de contenido simbólico compuesto y declamado por el duque de Orléans con ocasión de una fiesta cortesana, creía descubrir alabanzas a los encantos de su esposa. Había perdido el dominio de sí mismo; se dejaba arrastrar, aguijoneado por un odio frenético. De todos aquellos que conspiraban en secreto contra el de Orléans en beneficio del de Borgoña, él era el más activo; controlaba a los hombres que, por orden de su padre, intentaban amotinar al pueblo. De él procedía también la idea de utilizar la afición de Luis por el ocultismo como un arma contra él.

La cautela del de Borgoña obligaba a Juan a emplear todos estos métodos tan prolijos; él hubiera preferido poder dar rienda suelta de modo más violento a su odio contenido. Sin embargo, su padre se oponía de manera muy decidida a un asesinato a traición o una copa emponzoñada. Una vez más, no le quedó a Juan otro remedio que esperar e incubar solitariamente el resentimiento que amargaba su existencia.

Al no sentirse capaz de fingir benevolencia o siquiera indiferencia, la presencia del de Orléans suponía siempre un Tormento para él. Eludía la vida de corte; a su

esposa Margarita, a quién la etiqueta asignaba un lugar entre las damas que rodeaban a la reina, no podía prohibirle la presencia en Saint-Pol. Pasaba su tiempo en la biblioteca del Hotel d'Artois, o fuera, en sus numerosas posesiones campestres, desfogándose con la caza o los deportes.

—Conozco, en efecto, vuestra postura —repuso a la mirada fría de desaprobación de su padre—. Pero vuelvo a repetiros que no soy capaz de tanta diplomacia. Ni aun arrastrado por caballos salvajes asistiría esta noche al banquete bautismal.

—Eres un necio —exclamó el de Borgoña, levantándose cansino del banco en el que se había sentado al entrar—. Y sería muy incierto el futuro de las posesiones del patrimonio familiar si mantuvieras esta postura también en otros terrenos. Pero te conozco demasiado bien, mejor que tú mismo. Tengo confianza en ti; eres calculador y muy previsor, cuando es preciso. Como yo, te dejas llevar por el dicho: lo que saben tres, lo sabe todo el mundo. Pero, por Dios, domínate. No te dejes arrastrar por la ira. Sé lo que significa la furia: yo mismo conozco ese sentimiento; pero antes preferiría sellar mi boca con candados de hierro o encadenar mis manos que pasar a palabras o acciones precipitadas.

En el rostro astuto y afilado de Juan asomó una sonrisa; se encogió de hombros. En muchos aspectos su padre le parecía demasiado cauteloso; a él le atraían más los métodos de los tiranos italianos, que eran más directos y no desdeñaban ningún medio con tal de conseguir su objetivo. En su interior bullían unas ansias de acción que no se ajustaban a su apariencia ni su comportamiento; él se maldecía y se tachaba a sí mismo de cobarde. Para poder dar salida a la inquietud que le consumía, seguía con atención todo cuanto acontecía tanto en el interior del país como en el extranjero. Estaba al corriente de todos los disturbios y de todas las actuaciones bélicas, y estaba preparado para tomar partido y participar en cuanto lo permitiera la ocasión. Consideraba su falta de gloria una oportunidad para poder alcanzar la mayoría de edad al menos en este aspecto.

Creía haber encontrado ahora dicha oportunidad.

—He esperado aquí porque quería hablaros, monseñor —comenzó, abandonando el lugar que ocupaba delante de la chimenea. El de Borgoña, que ya se encaminaba hacia la puerta, se detuvo.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo, irritado; estaba fatigado pero no quería dejarlo translucir. Durante el trayecto a casa se le habían mojado los zapatos y le molestaban; además, debía prepararse para el banquete bautismal—. Yo no puedo sustraerme a mis obligaciones tan fácilmente como tú —añadió, mirando a su hijo por encima del hombro—. Debo regresar a palacio.

—Desgraciadamente —dijo Juan, soltando una risotada. Aguardó un instante, pero el duque de Borgoña no se movió. Conocía a su hijo, sabía lo que se agitaba en su interior. Aun cuando rara vez exteriorizaba sus sentimientos, le preocupaba Juan de Nevers. Durante las conversaciones formales que mantenían, jamás llegaban a confidencias.

No obstante, el de Borgoña, quién comprendía rápidamente lo que su hijo le permitía adivinar, se preocupaba mucho y seriamente por las inquietudes del joven. Conocía a Juan lo suficiente como para saber que nunca reclamaba la atención si no había sopesado antes detenidamente un proyecto o idea. Por eso, tras dudar unos instantes, volvió a sentarse en el banco.

—No es preciso tomar una decisión inmediata —indicó Juan, sentándose frente a su padre—. Solamente quiero conocer en principio vuestro parecer. —Aguardó un instante, rozando su nariz con su dedo índice largo y huesudo: un gesto que era también característico del de Borgoña—. Sin duda estaréis al corriente de las noticias procedentes de Hungría. Los emisarios del rey Segismundo nos han visitado con tanta frecuencia en los últimos tiempos que por fuerza han de ser tenidos en consideración, y sus noticias son demasiado alarmantes como para olvidarlas rápidamente. Estos emisarios no vienen en balde, monseñor. A veces tengo la impresión de que aquí en la corte se toman estas cosas con demasiada ligereza.

No es de extrañar que Segismundo esté preocupado, si es cierto que los turcos han avanzado hasta las fronteras húngaras. Pero, ¿qué quieres decir con tu observación? No es éste el momento más favorable para que Francia envíe un ejército auxiliar a Hungría.

—En eso no estoy de acuerdo con vos, monseñor. —Juan de Nevers se inclinó hacia su padre, apoyando ambas manos en las rodillas—. Al contrario, estoy convencido de que existe un gran entusiasmo por emprender una cruzada contra los turcos. En los últimos años no ha habido ninguna empresa digna de importancia, y en Francia hay suficientes hombres que querrían demostrar su destreza en el manejo de las armas fuera de la palestra. Sería lamentable para nuestra caballería si se conformara con danzas y música de laúd y con componer canciones de amor. —Soltó una risa despectiva. El de Borgoña miró a su hijo, sumido en sus cavilaciones.

—En caso de que consiguiéramos reunir un ejército —dijo con lentitud, esbozando una leve sonrisa—, tú presumiblemente no querrás desempeñar un papel secundario.

—Quiero estar al frente de ese ejército. Me considero plenamente capacitado para ello.

—No eres muy modesto, hijo mío —dijo el de Borgoña, sin poder evitar un tono irónico—; pero, como ya te dije, me temo que no hayas elegido un momento muy favorable. Costará mucho trabajo reunir el dinero y el material precisos para una empresa semejante. No creo poder permitirme imponer nuevos tributos: todo tiene un límite.

—Estoy seguro de que casi todos los que tengan un cierto renombre responderán a este llamamiento. Es un asunto que no debe demorarse demasiado tiempo, monseñor. Los emisarios de Segismundo que están aquí en estos momentos, regresarán en breve a su país. Quisiera enviar con ellos una respuesta satisfactoria. Hemos de evitar que a los húngaros les suceda lo mismo que al ejército de los serbios

en Kosovo.

—Claro, claro. —Felipe asintió con cierta impaciencia—. Ya volveremos a hablar de este asunto, en un momento más propicio. Ven a verme mañana, después de la misa del alba —añadió, saludando a su hijo con la mano. Juan de Nevers se inclinó y se mantuvo en esa postura hasta que el duque hubo salido. Arqueando las cejas, sumido en sus pensamientos, y sacando el labio inferior, regresó lentamente al pupitre. Despabiló una vela y prosiguió su lectura: las cartas de los Apóstoles, escritas con hermosa caligrafía en pesados pergaminos, con iniciales rojas y doradas. Las velas y el fuego del hogar arrojaban un intenso resplandor sobre los muebles, los oscuros tapices y las vigas del techo.

La reina doña Blanca, viuda del bisabuelo del rey, fallecido hacía ya más de cuarenta años, penetró en la sala de alumbramientos. Era la última descendiente de la estirpe del amado y llorado Felipe el Hermoso, el primer monarca, casi legendario, de la Casa de Valois. En cierto modo se la consideraba como la cabeza de toda la familia real. Aunque vivía retirada en su castillo de Néauphle, en la región de Sena y Oise, solían pedir su consejo y parecer, y la mantenían informada de los acontecimientos. Nunca faltaba en los días de fiesta de la casa real.

La reina doña Blanca tenía unos sesenta y cinco años, y era majestuosa y hermosa como ninguna mujer de la corte. El luto, del que nunca se había despojado durante sus cuarenta años de viudedad, hacia su aparición aún más impresionante. Avanzando por entre una hilera de damas de palacio y camareras que se inclinaban, se dirigió hacia la cama de Valentina, arrastrando su largo manto tras ella.

La duquesa de Orléans, refrescada por un sueño profundo, estaba tendida en el lecho; sus cabellos castaños, recogidos en dos trenzas, colgaban a ambos lados de su rostro, reposando sobre la almohada.

—¿Y bien, Valentina? —dijo la reina doña Blanca cordialmente, sentándose en una silla que las camareras se habían apresurado a acercar al lecho. La duquesa sonrió e hizo ademán de incorporarse para besar la mano de la anciana. Doña Blanca la retuvo—. Permanece echada, querida. Estarás bastante fatigada tras la recepción de esta tarde. Estás tan blanca como un exvoto de cera. ¿Fue muy pesado esta vez?

—No, en absoluto. —Valentina negó con la cabeza—. Pero me encuentro tan cansada… —prosiguió en un susurro—. Es como si nunca pudiera volver a reunir las fuerzas para levantarme. Dios sabe que es un pensamiento pecaminoso…, pero a veces desearía haber muerto en el parto.

—Calla, calla, querida. —La reina doña Blanca se inclinó hacia adelante, para que las damas de su séquito, que permanecían a cierta distancia, no vieran las lágrimas que corrían por las mejillas de Valentina—. No cedas: ten valor. La vida es dura para nosotras, las mujeres. Nadie lo sabe mejor que yo, querida; hemos de soportar muchas enfermedades, penas y soledad, antes de que Dios nos libere. Somos

marionetas, dirigidas contrariamente por una voluntad distinta de la nuestra. No nos queda sino resignarnos y tener paciencia, Valentina, hasta el final de nuestros días. Reza para que la Madre de Dios, quien Hubo de soportar más que ninguna otra mujer en la tierra, te dé fuerzas.

Valentina asintió, sin poder contener las lágrimas.

—Y en cuanto a monseñor de Orléans —prosiguió la anciana, en tono más bajo —, hay maridos peores, querida. Al fin y al cabo, él es cortés y servicial y no te descuida. Oye al testigo —prosiguió sonriente, al oír llorar al lactante en la estancia contigua—. Todos los hombres son así, querida, irrefrenables e impetuosos en su juventud, y necios en la vejez. Un cuello blanco, unos ojos bonitos bastan para alborotarles la sangre. Mírame a mí, hija mía, sé de lo que hablo. Cuando tenía dieciocho años, el rey me escogió como esposa para el delfín. Era bonita: más bonita que cualquiera de las muñecas de cera de esta corte. Doña Blanca la Bella, me llamaban en Navarra; Dios mío, cómo pasa el tiempo… —Su sonrisa se acentuó, llena de sabiduría y humor; al sonreír se dibujaban pequeñas arrugas en torno a sus ojos brillantes y juveniles, negros y redondos cual enduras—. El rey no me había visto nunca.

Me hizo venir a Paris, con mi padre, para redactar las capitulaciones matrimoniales. Mi primo, el delfín, no me desagradó: era algo flaco, pero al menos tenía suficiente juventud y vitalidad, y no ocultaba sus deseos de poseerme. Pero entonces me vio el rey, y en lugar de pasar a ser la esposa del príncipe heredero, me convertí en reina. Mi esposo tenía casi sesenta años. ¿Acaso crees, Valentina, que yo no derramé lágrimas amargas al verme ante el altar junto a aquel anciano, por no hablar de lo demás? Plugo a Dios llamar a mi marido dos años después de nuestra boda. Tal vez pienses que tengo pocos motivos para quejarme, pero mi sangre era joven, aunque llevara luto, y yo no tenía hijos. No, querida, no te das cuenta de tu riqueza.

—No creáis, señora, que estoy descontenta —dijo Valentina, algo más animada, mientras sus mejillas cobraban color—. De niña aprendí que no merece la pena soñar mucho; también en Pavía la realidad era bastante dura y amarga. Pero a veces parece como si en los últimos años todo se precipitara. Apenas repuesta de un golpe, se anuncia otro. No me refiero tanto a la muerte de mis hijos o a…, o a monseñor de Orléans —prosiguió rápidamente tras una breve pausa, enredando sus dedos en los bordados del cobertor—: ese dolor es la suerte de toda mujer, según creo; no por eso es menos duro, pero son cosas a las que una puede acomodarse.

La reina doña Blanca sonreía, llena de compasión. Adivinaba el heroico intento de Valentina de autoengañarse.

—Entonces, ¿qué es lo que te atormenta, querida? No quiero sino ayudarte, si ello está en mi mano. Un oído atento puede servir también de apoyo, allí donde no valen los consejos.

—El rey —susurró Valentina, mirando de reojo a las damas de honor que

aguardaban—. Me preocupa el rey. —La anciana se inclinó hacia adelante, con lo que los bordes de su velo cayeron sobre el cobertor.

—Entre nosotras no es preciso andar con tapujos. Sabes tan bien como yo que la enfermedad del rey es incurable. Aún me asombra que hayan tardado tanto en comenzar los ataques. Cuando era niño ya lo percibí en él: era tan inquieto y tenía ideas tan extrañas… Por cierto que su madre, la reina doña Juana, también sufría de debilidad mental; había temporadas en las que no conseguía recordar nada, ni siquiera su propio nombre, su rango o las caras de sus hijos. Esto le causaba un gran dolor cuando se recuperaba, y todos sufrían con ella, pues era una mujer entrañable la reina doña Juana; su esposo dijo de ella, tras su muerte, que había sido el sol del reino; un sol algo pálido, tal vez —concluyó sonriente, sumida en sus recuerdos—, pero estaba en lo cierto al decirlo y expresaba la opinión de muchos. Era grácil y afable, dos cualidades importantes que monseñor de Orléans ha heredado de ella.

—El rey no reconoce a la reina —dijo Valentina, levantando su mirada hacia el rostro de doña Blanca—. Esto la hace sufrir. Esta tarde, cuando estaban aquí, él la rechazó. Mi corazón sangraba por ella: ama tanto al rey…

—¡Amar…! —exclamó la reina doña Blanca con cierta sorna—. No es sino locura. Es como el amor de la corza por el corzo, de la oveja por el carnero: irresistible en primavera, y marchito al caer las hojas.

Valentina sacudió la cabeza.

—No debéis decir eso, señora. Yo estaba con la reina cuando le trajeron la noticia del primer ataque de locura del rey en el bosque de Mans; yo vi cómo acusaba el golpe: era como si ella misma hubiera perdido la razón. ¿Y acaso no hace ella todo lo que puede por él? Todos los días enviaba un emisario a Creil, cuando él estaba allí, para que le preguntaran si tenía algún deseo determinado. He oído contar que ella llora junto a su puerta cuando él no la quiere ver. ¡Ay, cuanto la compadezco! —prosiguió, con más vehemencia—. Resulta insoportable saber que aquél a quien se ama está cerca y, a la vez, inalcanzablemente lejos…

—La reina tiene en ti una buena defensora, querida —dijo la anciana con cierta ironía—. Y no lo merece.

El rostro de Valentina se cubrió de rubor, y bajó la mirada.

—Ya sé que ella no me puede sufrir. Ésa es otra de las cosas que me duelen. Y yo lo comprendo: la lucha entre los de Baviera y los Visconti…

—Y aún hay más… —La reina doña Blanca movió la cabeza significativamente —. Mucho más: y eso es peor. Ya sabes a lo que me refiero.

—¡Sí, Dios mío! —susurró la duquesa de Orléans, alzando sus manos en un gesto de desesperación—. Pero yo no quiero: no es culpa mía. Yo amo mucho al rey…, siempre ha sido amable y tierno conmigo…, pero nadie se atreverá a decir… —Llevando las palmas de las manos a sus mejillas, mecía suavemente la cabeza—. La reina no puede pensar eso, señora; sabe que entre el rey y yo nunca ha existido otra cosa que una buena amistad.

—En ese sentido tú nunca le has dado motivo de queja —asintió doña Blanca—. El rey solía buscar y hallar sus placeres lejos de palacio, con rameras y muchachas del campo; una pobre diversión para un monarca. Pero eso nunca pudo provocar el enojo de la reina: los amores anónimos de una hora no despiertan celos. No, querida, los celos que te tiene le vienen como anillo al dedo; ella quiere creer que tiene motivos para echarte algo en cara.

Valentina se incorporó un poco entre las almohadas; en sus mejillas se perfilaban claramente dos manchas encendidas de carmín.

—Se dicen tantas cosas —musitó— que ya no sé lo que debo creer.

Una de las camareras ha oído una historia que cuenta la gente en las calles: al parecer, yo habría introducido una manzana envenenada en el cuarto de los niños, mientras el delfín jugaba allí con mi hijo.

—¡Calla! ¡Eso es una locura! —Doña Blanca se incorporó a medias en su asiento e hizo que la joven se echara de nuevo sobre las almohadas—. Quédate así echada, Valentina; tu cara está ardiendo de fiebre.

—¿No comprendes que esas calumnias carecen de fundamento? También tu pequeño Luis habría podido comer de esa manzana. —Acarició la mejilla de Valentina para consolarla, pero hubo de bajar la vista para ocultar su mirada de vigilante inquietud. Conocía la extraña historia. Isabel no procedía siempre con la misma discreción. La parturienta movía inquieta la cabeza sobre la almohada, como si estuviera sufriendo dolores; sus labios estaban secos por la sed. Al ver esto, la reina doña Blanca hizo una seña a una de las doncellas para que se acercara y le pidió que le trajera una bebida especiada.

—Siento una amenaza, en todas partes —susurró Valentina—. Tal vez sean figuraciones mías, tal vez no sea cierto. Quiera Dios que me equivoque. Pero no lo sé: en esto nunca me ha engañado mi intuición.

—Claro, claro —asentía la anciana, tranquilizándola, mientras cogía la copa de manos de la doncella y ayudaba a Valentina a beber—. Intenta dormir ahora, querida; no debí dejarte hablar tanto.

—No puedo dormir ahora —dijo la duquesa de Orléans, apartando la copa tras haber tomado unos tragos—. Desearía que alguien me leyera algo, eso distraería mi mente. Estoy demasiado fatigada para hacerlo yo misma, pero quizá pueda sentarse conmigo la dama de Maucouvent con las Historias de Troya, que yo estaba leyendo antes del parto.

—Te la enviaré —prometió doña Blanca, levantándose. Las damas de su séquito se acercaron rápidamente para retirar la silla y levantar la larga cola de su manto cuando ésta bajara el peldaño del estrado. La anciana volvió a inclinarse sobre Valentina—. Sé valiente —susurró, amparada por el velo que al caer ocultaba a ambas de las miradas de los presentes. A continuación se dirigió a la estancia contigua. Varias de las doncellas de Valentina rodeaban a la nodriza, que amamantaba al pequeño Carlos. La cabecita arrugada y encarnada del lactante parecía más

pequeña que el pecho orondo del que mamaba; agitaba sus manecitas y emitía sonoros ruiditos ventosos, lo que provocaba la hilaridad de las muchachas. Al entrar la reina doña Blanca, ellas se hicieron a un lado, inclinándose; también la nodriza hizo ademán de levantarse.

—Quédate sentada, La Brune —dijo doña Blanca, haciendo un gesto. El niño, que había perdido el pezón, movía su cabecita de un lado a otro. Estaba sujeto a una almohada alargada y estrecha y envuelto con tiras apretadas.

—Un buen muchacho —dijo la nodriza, orgullosa—, y mama bien, mejor de lo que lo hacía monseñor Luis.

Doña Blanca sonrió y acarició con el índice la mejilla del niño, fría y suave como seda fina. Recorrió la estancia con la mirada; ésta, al igual que la sala de alumbramientos, tenía las paredes recubiertas de tapices verdes y en su interior había dos lechos de respeto.

—¿No se encuentra aquí la dama de Maucouvent? —preguntó a una de las doncellas—. La duquesa desea que le lean algo. —La muchacha se inclinó, ruborizándose, y contestó negativamente. La dama de Maucouvent se hallaba en el cuarto de los niños acostando a monseñor Luis.

La reina doña Blanca, frunciendo el ceño, arrojó una mirada rápida y preocupada en dirección a la sala de alumbramientos. Cuando estaba a punto de mandar buscar al aya, se adelantó otra de las doncellas.

—Permitid que sea yo quién se siente junto a la señora —dijo—. Yo sé leer. —La reina doña Blanca tuvo la impresión de que este ofrecimiento no fue acogido con agrado por las demás mujeres; los rostros se endurecieron casi imperceptiblemente y las miradas se tornaron hostiles. La muchacha que estaba ante ella era casi una niña, alta y espigada, con la piel blanca y transparente. Mantenía aún la mirada baja en actitud de modestia, con las manos cruzadas sobre el pecho en presencia de doña Blanca, en la postura que prescribían los usos y la etiqueta, con el cuerpo algo hacia atrás y la cabeza ladeada. A la reina le sorprendieron agradablemente la voz y la apariencia de la muchacha, a la que no había visto nunca entre las doncellas de Valentina.

—De acuerdo, ve pues, muchacha —dijo benévola—. Y llévate las Historias de Troya.

La joven dama de honor se inclinó; antes de levantarse cruzo su mirada un instante con la de la reina, una mirada de un verde intenso como agua clara y profunda de un manantial. Aquellos ojos sorprendentes llamaron aún más la atención de la reina viuda que todo lo demás: le recordaba una antigua cantiga de amor medio olvidada, que hablaba del tierno follaje de los meses de primavera; le parecía como si se encontrara en los prados que rodeaban Néauphle-le-Château, envuelta en la brisa fresca de la primavera.

—¿Quién es? —preguntó, contemplando a la recién llegada que se alejaba. Hubo miradas significativas, tanto entre sus propias damas como entre las de la duquesa de

Orléans. Pero el silencio fue demasiado largo, contrariamente al respeto debido a la reina doña Blanca. Por ello, una de las damas se apresuró a contestarle, en el tono impasible y apagado de una inferior.

—Señora, es la doncella d'Engbien.

Por la escalera de caracol que descendía del comedor a las cocinas, se apretujaban los criados vestidos con jubones cortos, con una servilleta al hombro. Llevaban las fuentes grandes sobre la cabeza y las más pequeñas, a veces varias a la vez, en los brazos extendidos. Un cortinaje doble de cuero repujado, lastrado con plomo en su doblez inferior, daba acceso a la sala de la que procedían conversaciones y carcajadas de los invitados, estrépito de cubiertos y música. Los criados que llevaban caza o aves, iban con sus bandejas primero a los trincheros, dispuestos inmediatamente junto a la entrada; los demás, que llevaban fruta, pasteles y vino, seguían directamente a donde estaban los invitados.

La sala donde se celebraba el banquete bautismal del hijo menor del de Orléans, era larga y estrecha, y aún la hacían más angosta dos hileras de pilares de mármol jaspeado. Al fondo de la sala, junto a la entrada de servicio, había un estrado, en el que estaban sentados los invitados de la realeza. Por encima de las galerías porticadas había balconadas en las que se hallaban músicos y cortesanos que miraban.

Ardía gran número de antorchas; los pajes se afanaban sin cesar de un lado a otro de la sala para cuidar y renovar estas fuentes de luz. Tendidos en el suelo de mosaicos, varios perros pertenecientes al duque mordisqueaban huesos y gruñían cuando los criados se aproximaban demasiado al pasar. Los músicos de la balconada tocaban sin interrupción sus instrumentos de viento y de cuerda. Un enano agachado tras la balaustrada del balcón apretujaba su cara entre dos barrotes, observando al grupo de gente abajo en el estrado, y sobre todo al de Orléans, quien departía cortésmente con su vecina, la joven esposa del duque de Berry. En su honor y en el de la reina Isabel, el enano sería llevado a la mesa dentro de un pastel para recitar unos versos compuestos por Luis.

El duque llevaba una túnica color carmesí con amplias mangas tan profusamente bordadas de hileras de uno de sus emblemas preferidos, la ballesta, que vista desde una cierta distancia no era posible distinguir si el fondo de la tela era rojo o dorado. El de Orléans estaba eufórico, y la jovial duquesa de Berry reía casi sin parar.

La reina, sentada al otro lado del de Orléans, estaba callada y distraída. Un profundo cansancio la oprimía más que la corona y los collares. Sonreía maquinalmente y respondía con ademanes y gestos a las palabras que le dirigía su cuñado. Miraba al rey, quien, a su lado, pero lo más apartado posible de ella, estaba acurrucado en un rincón del banco bajo el dosel real. Con su cuchillo extraía hilos del entramado del tapiz murmurando palabras ininteligibles. A pesar de los consejos de los médicos, lo habían traído a la mesa. Al comienzo de la comida, distraído por el ajetreo y los ruidos a su alrededor, el rey había permanecido sentado, callado y atento, delante de su plato, aunque sin mirar ni hablar tampoco a Isabel. Como quiera

que se manchaba como un niño con la comida, pronto las mangas y los faldones delanteros de su vestido estuvieron sembrados de migas, y manchas de grasa y vino. Al final ya no podía estarse quieto: allí no le era posible levantarse de la mesa y pasearse a su antojo, como hacía en sus aposentos. La reina se mordió los labios. Le parecía como si todo el mundo mirara el estrado real, como si se tratara de un escenario enmarcado por tapices y guirnaldas.

Carlos tan pronto volcaba una copa como derramaba la comida que nobles arrodillados humildemente colocaban en su plato de pan blanco cocido. Se mordía las uñas y se rascaba el pelo rubio ceniciento, ya ralo. Tras el largo encierro en Creil, su rostro estaba blanco como la cera y su nariz se destacaba afilada; tenía además profundos surcos entre los pómulos y la boca, que parecía casi la de un anciano, al haber perdido varios dientes. Aunque el rey era sólo pocos años mayor que el duque de Orléans, la diferencia entre ellos era la que podía haber entre un joven y un viejo. La suavidad de los ojos pálidos de Carlos, con sus párpados enrojecidos, le confería un aspecto aún más melancólico; eran las ventanas por las que el alma podía asomar aún al exterior, encerrada solitariamente en su jaula, aislada para siempre. De cuando en cuando se dibujaba en su semblante una mueca, debido a una contracción involuntaria de los músculos faciales.

Finalmente escuchó las advertencias que le susurró el de Borgoña, que estaba sentado a su lado, y se retiró a la penumbra del dosel. Parecía haber perdido todo el interés por la comida y los festejos; murmurando en voz baja, pinchaba con la punta de su cuchillo entre los hilos de colores de los tapices que le rodeaban. El de Borgoña, como siempre sumamente austero en su paño negro de Flandes, que había costado un capital, y con su sombrero tocado de rosas de rubíes, comía sonriendo fríamente, como si no se percatara de nada. Únicamente los labios de su mujer, Margarita, apretados en una mueca de desdén, denotaban desaprobación.

El duque de Borbón no podía ocultar su disgusto; aún estaba molesto por la discusión con el de Berry, y se sentía profundamente ofendido por la acusación de que perseguía sólo su propio interés, ahora que volvía a pertenecer a los regentes. Naturalmente, en la época anterior a la mayoría de edad de Carlos, al igual que los duques de Berry, de Anjou y de Borgoña, no había dudado en sacar provecho allí donde se le ofreciera, pero ahora los negocios mundanos ya no despertaban particularmente su interés; estaba con un pie en la tumba, según creía: su salud iba mermando. Además, él sí apreciaba al rey, en quien veía de continuo el parecido con su hermana, la difunta reina doña Juana. ¿Era por un sentimiento de culpabilidad por lo que ahora quería erigirse en protector de la familia real? El de Berry había osado suponerlo. El de Borbón lo contempló sentado al otro extremo de la mesa, ataviado a su parecer de manera casi estrafalaria con una túnica de brocado floreado, como un turco pagano ornado de joyas. Del de Berry su mirada pasó a Isabel, sin advertir lo forzado de su sonrisa; a ella le reprochaba su poco juicio, por haber insistido en traer al rey a la mesa, para burla y oprobio de la corte. El de Borbón escuchaba sin ganas

las observaciones de su vecina, la duquesa de Borgoña, cuyo espíritu le parecía tan frío y gris como sus posesiones flamencas. El de Berry seguía de lejos la conversación; conocía la antipatía del de Borbón por la mujer de Felipe y se alegraba en secreto por el hecho de que la etiqueta los hubiera sentado juntos. Él mismo estaba sentado entre dos hermosas y obsequiosas princesas: su propia mujer, Juana, y la joven esposa de Juan de Nevers, Margarita, de quien se murmuraba que recibía a Luis de Orléans en su cenador; aunque de esto no había pruebas.

Los obispos de Saint-Denis y Saint-Pol y varios otros prelados estaban sentados a ambos extremos de la mesa real en forma de herradura, al igual que los duques de Bar y Lorena y sus respectivas esposas. La reina doña Blanca no había aparecido en el banquete: la vida recogida de Néauphle le había hecho detestar las largas comidas. Con su séquito había ido a una de las capillas de palacio para ofrecer cirios en honor del recién nacido. En las mesas situadas en un plano inferior había nobles del entorno más inmediato del de Orléans: los señores de Garenciéres, de Morez, de Béthencourt, Jean de Bueil y el mariscal Boucicaut. Los sirvientes vestidos de libreas color verde hoja traían sin cesar nuevas fuentes con perniles de corzo, carne de jabalí, capones y pollos, trufados o estofados en salsas ácidas, todo ello acompañado de compota, pasteles de carne con especias y platos a base de huevos. Los dos altos aparadores a ambos lados de las mesas estaban cargados de bandejas llenas de fruta, uvas pasas, dátiles y nueces, apiladas en forma de pirámide. Allí también estaba expuesto el valioso juego de jarras y copas que le había traído Valentina al duque con ocasión de su matrimonio. Los criados, ocupados en traer y servir las bebidas, vaciaban garrafas estrechas y de gran altura para rellenar las jarras ornamentales con vinos de Burdeos y Borgoña, mosto especiado con miel y bayas, malvasía e hipocrás dulce. La música no callaba; en la balconada habían aparecido también unos cantores, que entonaron las coplas de Bernhard de Ventadour que el de Orléans apreciaba tanto.

—¡Escuchad! —exclamó el duque, interrumpiéndose a sí mismo—. ¿Acaso existe una manera más perfecta de alabar el placer del amor?

M’es veiaire que senta
odor de paradis…

… canturreó con voz cálida pero poco firme.

—¡Utilizáis la música como pretexto fácil para sustraeros al debate! —exclamó la duquesa de Berry con fingida indignación—. ¡Pongo a todos por testigos! Monseñor de Orléans falta a su deber al servicio de la diosa del Amor, rehúsa responder a la pregunta que le he hecho en nombre de todos los que profesan la verdadera cortesía. ¿No puede obligarle a responder Vuestra Majestad? Una orden real obliga más que la de una mujer como yo, que ni en rango ni en asuntos amatorios soy la maestra de monseñor.

Su voz clara y sonora atrajo la atención de todos hacia el centro de la mesa real.

Riendo dirigía sus miradas por turnos hacia Isabel y hacia Margarita de Nevers. Esta última sonreía algo fría y burlonamente, pero sin timidez, como si el asunto no la afectara de manera directa; la reina, saliendo sobresaltada de su ensimismamiento, dirigió su mirada hacia la oradora con un movimiento algo incontrolado de la cabeza.

—¿Qué pregunta? —inquirió, esbozando forzadamente una sonrisa cortés, a la que sin embargo no acompañaban sus ojos.

La joven duquesa de Berry repitió en voz alta:

—Preguntaba a monseñor: Mi señor, ¿qué preferiríais: que calumniaran a Vuestra amada y vos la encontrarais perfecta o que la elogiaran y vos describierais que no lo era?

—¡Cielo santo! —exclamó el de Berry, limpiándose los dedos en un paño de lino que le ofrecía un paje—. Ésta sí que es una pregunta capciosa para un tribunal de asuntos amatorios. Habrá que recurrir a poetas para contestarla: me temo que ni aún la elocuencia de monseñor de Orléans alcanzará a ello. Y vos, ¿qué opináis, señora? —preguntó, dirigiéndose a la condesa de Nevers. El de Borgoña frunció el ceño y también la mirada de su mujer se tomó fría y vigilante. Las alusiones a la supuesta infidelidad de su nuera, encubiertas bajo las bromas, eran para ambos como ataques a su honra y la de su Casa.

La condesa de Nevers hizo un leve ademán y dijo en tono modesto:

—No sería correcto que yo emitiera un juicio antes de que hubiera hablado la reina. —Con lo que desvió la atención de su persona.

—La pregunta va dirigida a monseñor de Orléans —habló Isabel, quién en aquellos momentos no se sentía capaz de hacer ingeniosos juegos de palabras. Luis, que golpeaba su copa con un anillo al ritmo de la canción, se encogió de hombros, sonriente.

—Puedo dar la respuesta que me prescribe la cortesía —dijo— y decir que preferiría considerar perfecta a mi amada, y descubrir que no lo era, que lo contrario, para poder así preservar su honra y buen renombre. Probablemente obraría bien de este modo, con arreglo a la situación irreal, puesto que (*est vérité sans doubtance: femme n’a point de bonsejen ce, vers ce qu’elle hait ou qu'elle ame*) —concluyó, citando un verso De Jean de Meung e inclinándose con un gesto irónico de disculpa ante sus dos compañeras de mesa. La duquesa de Berry apartó la vista ofendida en apariencia, pero Isabel no estaba para chanzas. Sus ojos permanecían fríos tras el leve velo de gasa dorada que caía de lo alto de su tocado de doble pico y que le cubría la parte superior del rostro. El de Berry, riendo sonoramente, alzó su copa para efectuar un brindis.

—¡Bravo! —exclamó—. Hemos llegado al fin a donde debíamos llegar: a un debate sobre el valor del amor de las mujeres. ¿Dónde está doña Crisuna de Pisan, quién recientemente nos obsequió en casa de mi hermano el de Borgoña con una defensa apasionada de la honra femenina? Ella es una excelente poetisa, monseñor. —Se inclinó por encima de la mesa para poder dirigir una mirada burlona al de

Borgoña—. Y sabe ser agradecida con sus mecenas. He leído el panegírico que dedicó a nuestro difunto hermano. Dice que era «bueno y sosegado», él, que no podía ser más desabrido. Según dicen, canta incluso tu devoción y heroicidad. ¡En verdad es un talento peculiar el que has tomado bajo tu protección! La castidad —continuó el de Berry en tono armonioso y pulido, más mordaz que el de cualquier burla—. No es de extrañar que Crisuna cante a la castidad, ahora que vive en la proximidad de la señora de Nevers.

El ademán con que la duquesa de Borgoña puso su mano sobre la manga de su esposo para calmarlo, aunque fue lo suficientemente recatado, no pasó inadvertido, y menos al de Berry, quien hallaba satisfacción en aquella pequeña venganza. Pero Margarita inclinó la cabeza, como en agradecimiento por la máxima alabanza; no dejaba traslucir pensamiento ni inclinación alguna.

—Pues la dama de Pisan no es la única que piensa así —repuso el de Borbón rápidamente, para salvar la embarazosa situación—, por no hablar de mí mismo ni de muchos de mis coetáneos. Pero incluso en esta corte conozco a un defensor acérrimo de la verdadera cortesía: no es casualidad que la excelsa Crisuna dedique tantas palabras elogiosas al mariscal Boricicaut.

Luis prorrumpió en carcajadas e hizo una señal a uno de los escanciadores que pasaba con una jarra.

El hombre se acercó presuroso y, a petición del duque, llevó la copa de éste, llena hasta rebosar, al mariscal, que estaba sentado en una de las dos mesas más bajas. Boricicaut se levantó y dedicó un brindis a Luis, un tanto perplejo, ya que no había podido seguir la conversación en la mesa real y desconocía el motivo de aquel homenaje.

—Señor —exclamó el de Orléans—, bebed a la salud de las mujeres virtuosas y castas, que habéis cantado en vuestras baladas. Aquí estamos, como de costumbre, enzarzados en una contienda sobre el Roman de la Rose, cómo no; parece ser que a falta de odios más enconados, hemos de romper continuamente lanzas al servicio del amor.

Yo lucho bajo el estandarte de la Rosa, con gran disgusto de monseñor de Borbón, quien os proclama campeón. Yo os desafío, Boucicaut, con este vaso de vino: escoged vuestras armas y entrad en liza.

Boricicaut levantó su rostro joven y serio hacia el duque. La postura tensa de su cuerpo enjuto y musculoso, su pelo cortado en redondo y el color negro de su vestimenta lo hacían destacar de sus ruidosos compañeros de mesa con sus vestidos abigarrados. Apenas tenía treinta años; su gran valentía y su prudente proceder le habían hecho merecedor del título de mariscal, varios años antes, durante una expedición militar a Oriente. Una vez que Boucicaut hubo devuelto la copa vacía al criado que esperaba, dijo serio y pausado, como era su costumbre:

—Es cierto, monseñor, que honro mucho a las mujeres y que gusto de servirlas sin excepción, sin consideración de rango o edad.

—Alto ahí, alto ahí, señor. —El de Berry le interrumpió, con los ojos brillantes de malicia y el rostro hinchado por el vino y el calor; el joven mariscal, a pesar de su conducta y seriedad intachables, le parecía un tanto ridículo—. Rango y edad, todo eso está muy bien. Pero, ¿qué opináis de las mujeres feas, desprovistas de encanto, y de las malas pérfidas, como por desgracia hay tantas, con gran pena de la propia diosa Venus?

—A todas sirvo yo —respondió Boricicaut, con una leve inclinación. Isabel, a quien no interesaba esta conversación, suspiró. Sentía calor, y el peso de la vestimenta y de las joyas comenzaba a oprimirla. Además, el rey empezaba a agitarse de nuevo; se había deslizado hacia adelante, de tal modo que estaba medio echado sobre la mesa, y murmuraba sin cesar. El de Borgoña intentaba calmarlo en vano; cuando finalmente quiso sentarlo de nuevo en el banco tirando de su brazo, se produjo un pequeño incidente, y cayeron de la mesa copas, platos y cubiertos. El de Orléans hizo una señal a los maestresalas. Se levantaron los cortinajes de cuero delante de la entrada de servicio y un cortejo de figuras disfrazadas y enmascaradas entró con los postres. Salvajes ornados con hojas y frutas llevaban en una bandeja un paisaje montañoso de bizcocho y azúcar, en torno a un lago en el que flotaban cisnes; todo ello como muestra de cortesía hacia Isabel, puesto que pretendía representar su patria bávara. Caballeros en sus armaduras trajeron el gigantesco pastel, del que más tarde habría de salir el enano; había además pájaros plateados, rellenos de dulces y pasteles, y una fuente que, al son de un carillón hábilmente disimulado, manaba distintas clases de vino. Al final de la comitiva venían prestidigitadores, cantores y músicos, quienes empezaron a mostrar su repertorio por las mesas. Esta diversión distrajo la atención de los invitados del rey; éste, por mi parte, mostraba un interés pueril por el gigantesco pastel, que había sido colocado en una bandeja sustentada por caballetes, delante del sitial real. El enano, disfrazado de heraldo para la ocasión, trepó hacia afuera por un orificio en lo alto del pastel y dirigió un discurso rimado a Isabel y a las demás mujeres A Margarita de Borgoña, quien limpiaba la manga de su manto del vino derramado por el rey, toda esta representación le parecía bastante pobre comparada con los entremeses y los suntuosos platos que se presentaban en las festividades de su Flandes natal.

—¿No es ése el enano italiano de doña Valentina? —pregunto a media voz al de Borgoña. El rey, al percibir el nombre amado, empezó a agitarse.

—Valentina, Valentina —repetía, levantándose de su asiento. Sus ojos desorbitados vagaban de una persona a otra—. No está aquí —dijo, asustado e impaciente—. ¿Por qué no han invitado a mi señora cuñada?

—Que la hagan venir enseguida. Inmediatamente —decidió, tirando nervioso del hombro del de Borgoña.

El enano calló, confundido; también los in físicos, que se hallaban junto a las mesas más bajas, dejaron de tocar. Las buenas maneras prohibían que los invitados se volvieran hacia la mesa real, pero repentinamente se hizo un silencio embarazoso. La

reina palideció; inclinándose hacia su marido, le susurro:

—Pero, Majestad, la duquesa de Orléans está en el lecho de parturienta, le sería imposible estar aquí. El banquete que celebramos es en honor de su hijo, que vos mismo habéis llevado hoy a bautizar. —Le ofreció su mano para invitarle a sentarse; sin embargo, el rey se ciñó la túnica y, lanzando una exclamación de rechazo, retrocedió hasta el extremo más alejado del banco.

—Ya está aquí otra vez —dijo, con la voz alterada por el pavor—. Marchaos, marchaos de una vez. No me miréis así. Pero ¿qué querrá de mí? ¡Qué sé vaya! Valentina… ¡Valentina! —exclamó, golpeando con el puño los laterales del dosel.

—¡Majestad! —exclamó Isabel, completamente lívida, en tono áspero y silbante —. No olvidéis dónde estáis, ni quién sois. ¡Sois el rey de Francia!

—¿Quién ha dicho eso? —Carlos, estremeciéndose, se asió con ambas manos crispadas al brazo tallado del banco, con el cuerpo medio vuelto hacia el de Borgoña —. ¡Eso es mentira! ¿Por qué quieren obligarme a creer que soy rey? ¡Marchaos, dejadme en paz! No creáis esas sandeces, damas y caballeros —prosiguió en voz alta, dirigiéndose a sus compañeros de mesa—. Son calumnias, el rey castigará a todos los que lo afirmen, si se llega a enterar…

El de Borgoña se levantó con gesto decidido, pero Isabel, fuera de sí, lo retuvo. En su interior pugnaban por la primacía la vergüenza y la rabia impotente. Tomó la mano de Carlos y la apretó hasta hincarle las uñas en la carne.

—He ahí los lirios y los escudos de Valois. Estáis ante el trono, Majestad, pues, como sabéis, vos mismo sois el rey.

Carlos lanzó un grito de furia y dolor y se desasió violentamente. En su impetuosidad cayó sobre el de Borgoña, quien le echó el brazo por encima de los hombros para mantenerlo en pie. El rostro del rey estaba blanco como la cera, y entre sus labios comenzó a asomar espuma. Isabel, quien jamás lo había visto así —nunca había estado presente durante los ataques de locura del rey en Creil—, retrocedió buscando apoyo en el borde de la mesa. Los invitados permanecían inmóviles; los criados y músicos se retiraron bajo la galería porticada. El enano se deslizó de la mesa y desapareció tímidamente bajo los pliegues de un tapiz que colgaba de la pared.

—Sosegaos, Majestad, sosegaos —dijo el de Borgoña, abrazando el cuerpo que se resistía—. Nadie quiere haceros daño, estáis entre amigos. Sentaos tranquilamente; haremos venir a un hombre que realiza juegos malabares con antorchas encendidas.

Pero la referencia al fuego despertó en el alma enferma del rey los recuerdos de la noche terrible que había marcado el inicio de su segundo período de demencia. Dando un alarido, comenzó a golpear a su alrededor. El de Borbón, quien se había acercado apresuradamente, agarró el puñal de la vaina que colgaba del cinto de Carlos, poniendo el arma fuera del alcance del loco, al acordarse de lo ocurrido en el bosque de Mans, donde el rey, en un arranque de furia, había matado a puñaladas a dos nobles de su séquito.

—Vuestra Majestad… —comenzó nuevamente el duque de Borgoña.

No pudo terminar la frase. El rey escupía sobre los lirios del dosel, intentaba rasgar el tapiz y hacía gestos de burla y desprecio.

—¡Fuera con esas malas hierbas! —chillaba—. ¡Qué se lleven esas plantas! Majestad, majestad…: son todo calumnias. Yo me llamo Jorge: mi escudo tiene un león atravesado por una espada. ¡Soy un valeroso caballero! ¡A las armas! ¡A las armas! —Sus labios cobraron un color azulado, y sus ojos se perdían en las órbitas.

—Por amor de Dios, llamad a un médico —exclamó Luis de Orléans—. Caballeros, perdonad esta interrupción: el rey se encuentra gravemente indispuesto. Lamento no haber suspendido el banquete en estas circunstancias.

Jean de Bueil abandonó rápidamente la sala, seguido de varios sirvientes. El arzobispo de Saint-Denis se acercó arrastrando su largo manto de púrpura y mostró al rey una cruz, moviendo los labios mientras rezaba. El rey, que, gracias al vino con que alguien le había rociado la frente, había recobrado en parte el sentido, sacudió asustado la cabeza.

—Dejadlo en paz de una vez: dadle ocasión de respirar. —El de Orléans, que había entrado también bajo el dosel, tomó una de las manos heladas del rey entre las suyas—. Hermano, ¿no me conoces? —preguntó en voz baja pero insistente—. Siéntate aquí junto a mí y hablemos los dos. Cuéntame el episodio de la espada y el casco, que te regaló nuestro padre cuando éramos niños.

El enfermo tiritaba; parecía querer sacudirse su demencia, como un perro mojado se libera de las gotas de agua. Parpadeó.

—Ven —le invitó Luis, dando unas palmadas sobre los cojines del banco.

El de Borgoña miró al arzobispo, arqueando las cejas.

—Parece que, efectivamente, monseñor de Orléans conoce un remedio que es más poderoso que el de la Iglesia —observó a media voz Isabel, aún jadeante, le dirigió una mirada furiosa, pero permaneció en silencio. Junto a las sienes, el velo que llevaba estaba húmedo; no era capaz de tenerse en pie. Ayudada por la duquesa de Berry, se sentó. El rey se apoyó en el hombro de su hermano. La proximidad de ambas cabezas resaltaba tanto el parecido como la terrible diferencia entre ambos: era como si el rostro de uno fuera la imagen deformada del otro.

—Sí, hermano mío —habló el rey, quien al reconocer al de Orléans recuperaba con él el tono de su infancia—, fue una historia prodigiosa la de aquellas armas. Estaban colgadas encima de mi cama. Se me dio a escoger… ¿Qué fue lo que pasó…? —Se sumió en reflexiones, con la cabeza inclinada sobre el pecho. El de Orléans lo contemplaba con una sonrisa no exenta de amargura.

En las mesas reinaba el caos. Los manjares permanecían intactos sobre las fuentes y los platos. El carillón de la fuente de vino tocaba sin cesar su monótona melodía. Los invitados de las mesas más bajas hablaban quedamente. Boucicaut, pensando que sería mejor conceder la menor atención posible a la situación del rey, lo había dispuesto así.

Se abrió una puerta bajo la galería porticada y reapareció Jean de Bueil en la sala, acompañado por maese d'Harselly y otros médicos del rey, dos ayudas de cámara y un viejo criado que gozaba de la especial confianza del rey y que también lo había acompañado siempre en Creil. Como quiera que el rey asociaba la presencia de los doctores con suplicios físicos y psíquicos, nuevamente perdió el dominio de sí. Ni los argumentos persuasivos ni el empleo moderado de la fuerza pudieron moverle a acompañar a los médicos de cámara. Finalmente hubo que llevarlo por la fuerza, por entre las mesas, los invitados, los músicos y los criados, y el grupo cada vez más nutrido de espectadores de la balconada.

—¡Valentina! ¡Valentina! —gritaba con desesperación el enfermo, antes de que la puerta se cerrara tras él y los doctores. Inmediatamente Luis de Orléans hizo una señal a sus sirvientes; sonaron de nuevo los compases de baile desde el balcón, y los escanciadores y camareros reanudaron apresuradamente su trabajo. Varios perros jugaban en la sala con unas plumas plateadas que habían caído de uno de los pájaros ornamentales; el enano desapareció sin ser visto entre los pilares de la galería. El de Orléans volvió a sentarse junto a la reina. Por primera vez vislumbró un gesto cruel en las comisuras descendentes de su boca. La reina miró a su cuñado de una manera que éste desconocía en ella.

—Valentina —musitó, sin apenas mover los labios—, siempre Valentina. Esta situación es insufrible, monseñor.

Luis se encogió de hombros.

—El rey es como un niño —dijo, también en voz baja, indicando a uno de los escanciadores que llenara la copa de Isabel. Ésta, sin embargo, la tapó con su mano blanca y algo carnosa. El paje hizo una reverencia y continuó su camino.

—¿No queréis beber conmigo, señora? —preguntó el duque de Orléans con una sonrisa de asombro, que sólo disimulaba en parte el desaire sufrido.

—Esta situación no ha de quedar así —prosiguió Isabel, sin dejar de mirarlo.

El de Orléans se echó a reír, algo irritado. Aún no la comprendía por completo.

—En vuestra mano está el evitar mayores problemas en el futuro, monseñor —dijo la reina, tras un silencio, con voz glacial. A Luis se le ensombreció el rostro, y se mordió los labios. Como quiera que el ánimo de los comensales era aún muy forzado, pesaba sobre él la obligación de restablecer hasta cierto punto el ambiente desenfadado. Mientras contemplaba a su alrededor, pensando en un tema con el que podría iniciar la conversación, su mirada se cruzó con la del de Berry, quien, algo encogido y amorfo en su brocado multicolor, estaba observándole, mientras hacía girar lentamente su copa.

—Con todos los acontecimientos hemos olvidado, por cierto, de beber a la salud del recién nacido —dijo éste, con su sonrisa malévola—. ¿No sería éste el momento de desearle bienestar y un futuro glorioso? —Riendo quedamente alzó su copa—. ¡Por Carlos de Orléans, que viva!

Era bien pasada la medianoche cuando Luis se dirigió a la estancia que en Saint-Pol denominaban «la habitación donde monseñor de Orléans acostumbra rezar sus oraciones». En ella solía pasar largos ratos, sobre todo cuando las circunstancias le impedían ir a la capilla de los Celestinos. Al abrir la puerta, le acogieron un olor a incienso y un profundo silencio que resultaban gratos después de la algarabía de la sala del banquete. Tras los postres, el ambiente en la mesa se había vuelto deliberadamente ruidoso, debido al vino y a la actuación de los seis bufones de Luis, cuyas atrevidas agudezas tenían fama. El de Orléans recordaba con desagrado el rostro acalorado del de Berry, la risa algo incontrolada de la joven esposa de éste y la amargura mal disimulada de Isabel. Por encima del damasco arrugado y sembrado de migas y pepitas de frutas, los enemigos se habían lanzado mutuamente acusaciones e improperios, sin que la forzada alegría de los demás comensales, que aplaudían ruidosamente todo lo que decían y hacían los bufones en su recorrido por las mesas, consiguiera moderarlos. La marcha repentina de la reina había puesto fin al banquete. A modo de compensación por el fracaso del banquete bautismal, el de Orléans había prometido celebrar justas en honor de su hijo recién nacido, encargando la organización de ellas a su gentilhombre de cámara. Mientras caminaba por los angostos pasillos expuestos a las corrientes de aire, se preguntaba si iría aún a la capilla de los Celestinos. Después de la tensión a la que había estado sometido durante el banquete, ansiaba profundamente la plena quietud de aquel lugar. Arrodillado sobre el mosaico de baldosas, bajo las que estaban enterrados sus dos hijos mayores, en la penumbra olorosa de aquella capilla, creía recuperar en ocasiones algo de la paz imperturbable, de la tranquilidad en la fe que había conocido de niño, no lastrada por la culpa. También el aposento fresco y silencioso en el que ahora penetraba le traía recuerdos de su más tierna infancia; era aquí donde solía arrodillarse junto con su hermano, apoyado en el regazo de su aya, la dama de Roussel. Carlos, el mayor, sabía recitar de corrido y sin equivocarse todas las oraciones, cosa que gustaba hacer, con orgullo apenas disimulado; Luis, que escasamente sabía hablar y a quien suponía ya bastante esfuerzo centrarse al mismo tiempo en arrodillarse y mantener juntas las manitas, balbucía vacilante repitiendo las palabras del aya: “Ave María… gratia plena…”.

Con cuidado cerró la pesada puerta tras él. Una lámpara votiva, colgada de largas cadenas, se movía impulsada por la corriente. Las sombras en el rostro de la imagen de la Virgen se desdibujaban y acentuaban alternativamente, con lo que parecía como si cobraran vida los ojos pintados y los labios sonrientes, artísticamente tallados. La Madre de Dios llevaba una corona dorada en la cabeza, y el manto que envolvía a ella y al Niño estaba bordado con hilo de oro y joyas.

Había algo en la pálida carita de madera que le recordaba a su mujer, tendida bajo el cobertor de su lecho de parturienta, igualmente frágil y descolorida; ¿era la sonrisa melancólica y paciente o la gracilidad con que mantenía ladeada la cabeza bajo el peso de la corona? Luis sintió cómo le invadía una ola amarga y ardiente de

vergüenza y arrepentimiento; cayó de rodillas delante de la imagen, oprimiendo la frente con los puños. Las baldosas desprendían un frío glacial, pero él no lo notaba. En el silencio sólo oía los latidos de su corazón y el suave chisporroteo de la cera caliente de las velas al gotear sobre el candelabro. Se sentía oprimido por la pesadumbre que siempre seguía a los períodos de vitalidad y acción, por la desaparición total de toda alegría e inocencia. ¿Dónde estaban aquellos dos niños envueltos en idénticas capas de brocado, los dos infantes que habían aprendido allí de rodillas sus oraciones? ¿Adónde había llevado el viento el sonido de sus voces, de sus pies ágiles, el tintineo de los arneses guarnecidos de cascabeles que portaban por turnos cuando hacían de caballo? En algún lugar dentro de aquellos muros debía de resonar aún el eco de sus gritos excitados, cuando simulaban batallas o torneos con sus compañeros de juegos, Henri de Bar y Charles d'Albret. El hueco de cada ventana había sido una fortaleza; cada mosaico en el suelo, un territorio por conquistar. Aún no eran muchos los años que separaban a Luis de su infancia; no obstante, le parecía que hacía una eternidad desde que había estado aquí como niño y mozalbete. Recordaba muy bien a su padre, aunque sólo tenía once años cuando murió Carlos V. Normalmente el rey mandaba que le trajeran a sus hijos cuando se encontraba en la biblioteca, su estancia preferida, entre pilas de manuscritos y hojas de pergamino profusamente adornadas. El coleccionar libros y leerlos con atención, en un cuarto silencioso, entre muros que lo aislaban del mundanal ruido, era su único afán, rayano en la pasión. Una de las torres del Louvre, su soberbio castillo que dominaba Paris con sus altas almenas y tejados inclinados, albergaba su biblioteca. Se colocaron barrotes delante de las ventanas, para evitar que entraran pájaros volando y estropearan los libros. Gustaba de acompañar a sus hijos enseñándoles la biblioteca, después de una subida casi interminable por la escalera de caracol que serpenteaba por los muros encalados de la torre. El recuerdo de aquellas horas aún estaba grabado nítidamente en la memoria de Luis. Primero la pequeña procesión por la escalera: precedía su padre, el cuerpo flaco y algo deforme envuelto en un manto forrado de piel, negro como todos sus vestidos, y con un capirote de terciopelo en la cabeza para protegerse contra las frías corrientes, seguido de Carlos y Luis, quienes aparentemente subían la escalera con todo el decoro que se exigía a unos infantes, pero en realidad iban contando los escalones entre dientes o intentaban adelantarse en los estrechos descansillos; detrás de ellos iba el bibliotecario, Pilles Malet, quien tras la muerte del rey ocuparía el mismo cargo en la servidumbre ducal de Luis. Ya en la biblioteca, junto a las mesas atestadas de manuscritos, no era tan fácil distraerse; la entrevista entre padre e hijos cobraba el carácter de un pequeño examen, una prueba. Apoyado en un pupitre, el rey les hacía tranquila y pacientemente preguntas en latín, lengua de la que prefería servirse en tales ocasiones, pronunciando frases primorosamente construidas, plagadas de citas de su escritor favorito, Aristóteles. Cuando Luis pensaba en su padre, lo veía así, en actitud docente; bajo el capirote, su pálido semblante, con la frente prominente y la larga nariz, tenía el color del marfil

viejo. Su boca era grande, con labios sensibles e inteligentes; sus ojos castaños eran agudos y vivaces, propios de un hombre muy juicioso y con una visión clara de las cosas.

Carlos V parecía haber nacido viejo. Antes de que hubiera llegado a la mayoría de edad física, había capeado suficientes temporales como para haberse dado cuenta de la relatividad de todas las cosas. En el cuerpo enfermizo habitaba un espíritu que contemplaba con calma y serenidad el caos en Francia, azotada por la peste y la guerra. En aquella confusión de hambruna, destrucción y miseria desmedida, comenzó a poner orden siguiendo un sistema que halló poco eco en su entorno inmediato: consiguió reducir casi por completo a la nobleza, con sus ansias de ostentación y su altivez, que no solamente perdía una batalla tras otra contra los invasores ingleses, sino que además destruía sus propias tierras explotando desmesuradamente a los ciudadanos y agricultores; se rodeó de consejeros de la propia burguesía, hombres que, con su conciencia social recién adquirida, eran de una actividad incansable. Mediante una organización adecuada de los ejércitos, consiguió liberar progresivamente al país de las bandas de soldados errantes de todas las nacionalidades, que se dedicaban a robar y a saquear; dejó que los ingleses se agotaran en escaramuzas de poca monta, ora en la costa, ora tierra adentro; se alzaron construcciones, fortalezas, palacios, el majestuoso Louvre, la Bastilla y los salones de Saint-Pol. El rey era austero y ahorrador, y carecía de necesidades y caprichos que hubiera que saciar a costa del bienestar y el tesoro públicos. Día tras día observaba escrupulosamente las mismas reglas en cuanto a obligaciones y esparcimiento; los placeres de la mesa no representaban nada para él: siempre consumía poca carne y vino aguado. Era amante de su familia y de su trabajo; sin embargo, por encima de todo, apreciaba sus libros, y a los escritores, los filósofos y astrólogos, que en gran número residían en la corte. «Le Sage», lo bautizó su época: el sabio, el reflexivo. Así lo veían, entre sus libros y escribientes, reinando desde su sala de estudio; así también lo veía Luis, cuando lo recordaba: apoyado en el pupitre, con los dedos de una mano metidos entre las hojas del manuscrito, y la otra mano, paralizada para siempre —a consecuencia de un veneno que le administró en su juventud su enemigo mortal el de Navarra—, descansando entre los pliegues de su manto. Mientras vivió el rey, ambos muchachos recibieron una educación esmerada: varios preceptores competentes les enseñaron todos los saberes considerados necesarios para príncipes de la sangre, bajo la supervisión directa del rey, de manera más concienzuda de lo que hubiera sido el caso en otras circunstancias. Siguiendo su costumbre, el rey era previsor; no sin razón desconfiaba de su constitución física. La herencia que había de dejar atrás, una Francia renaciente, hostilidades apenas conjuradas con Inglaterra, nobles descontentos, al acecho en sus castillos por si se presentaba una ocasión de rehabilitación, y un pueblo de agricultores y burgueses que despertaba: esta herencia era un juguete peligroso en manos de niños, de muchachos imprudentes. Además había otros competidores ambiciosos que aspiraban al trono: los hermanos del rey; el

de Anjou, con sus ansias de oro; el de Borgoña, con sus astucias; el de Berry, frío y epicúreo, y su cuñado el de Borbón, entrometido y convencido en demasía de sus propias excelencias: una banda de aves de rapiña temible en grado sumo.

Por esta razón el rey instruyó a tiempo un consejo de tutela, compuesto de prelados y de algunos de sus consejeros, entre ellos Felipe de Maiziéres y también Clisson, el que sería más tarde condestable de Francia. Pertenecían éstos al grupo que los hermanos del rey y la caballería llamaban, en son de mofa, «*marmousets*», los «mamarrachos». Carlos V esperaba que estos servidores de fidelidad probada ejercieran una influencia moderadora sobre la tutela de los duques, que distaría mucho de ser desinteresada. Asimismo dispuso que a su hijo primogénito se le considerara mayor de edad a los catorce años. Mientras el rey agonizaba, los duques se apresuraron a asumir la regencia. Al frente de hombres armados aparecieron por turnos, procedentes de sus posesiones, para disputarse el poder supremo. El rey luchaba contra la muerte, rodeado de la corte; junto a su cama estaban arrodillados sus hijos, sus amigos y sus fieles servidores. Mientras le estaban administrando los sacramentos, en las antesalas se producían acaloradas disputas entre sus hermanos; que acabaron en un expolio que llevó a cabo el de Anjou por las estancias desiertas de palacio. Muebles, vajillas de oro, joyas, todo se lo llevó sin justificación alguna. El de Anjou se retiró como regente, ya que el oro robado oportunamente le permitía continuar la guerra por la posesión de Sicilia, territorio sobre el que hacia valer sus aspiraciones. Los duques de Borbón, de Berry y de Borgoña hincaron entonces sus garras en la corona de Francia, que había sido colocada en Reims sobre la cabeza de un niño de doce años. Luis lo recordaba con toda nitidez: las enseñas de seda de colores, que ondeaban movidas por la corriente junto a las columnas de piedra; el resplandor de las velas encendidas que se reflejaban en los incensarios de oro, en las joyas, en el acero reluciente de las armaduras. Estaba arrodillado detrás de su hermano sobre las gradas que llevaban al altar, portaba en sus caños la espada Joyosa, que había pertenecido a Carlomagno y que para la ocasión se había sacado del tesoro real. Aún más que la frágil silueta de su hermano, envuelta en el oro y la púrpura de su manto real, era la espada legendaria lo que llenaba a Luis de orgullo y respeto: donde sus dedos infantiles reunían asida la empuñadura y la vaina, había reposado la mano del gran emperador. El hecho de que le hubieran encargado portar la espada le parecía un presagio favorable, un indicio del destino, que, al parecer, le predestinaba a grandes hazañas.

Tras la muerte de su padre, los dos muchachos se habían unido más que antes, quizá como reacción inconsciente frente a la actitud de los duques, que los sometían a una vigilancia palpable a pesar de sus manifestaciones de cortesía. Pero el tiempo de los juegos había terminado irremisiblemente; Carlos fue una presa fácil para el poder de persuasión del de Borgoña: atraído por la perspectiva de la gloría militar, se dejó arrastrar al frente de un ejército camino de Flandes para castigar las regiones que se habían sublevado contra el dominio francés; sin darse cuenta de que al obrar así le

hacía el juego al de Borgoña, cuya autoridad en Flandes se vio sólidamente asentada por las victorias francesas en Roosebeke y otros lugares. A Luis, que había esperado con ardor poder ir también a la guerra, se le mantuvo sabiamente a una prudente distancia del camino de batalla, gracias a la previsión de otros miembros del Consejo: el peligro de que le ocurriera algo al joven rey mío era en absoluto remoto, por lo que resultaba aconsejable tener reservado un heredero de la corona. Entre los antiguos ministros de su padre, los «marmousets», siempre y cuando no hubieran sido desterrados o encarcelados por los regentes, halló suficientes consejeros perspicaces y desinteresados; sobre todo Felipe de Maiziéres, hombre de edad, quien apreciaba mucho a Luis y sólo por él permanecía próximo a la corte. Ésta, por otra parte, había perdido rápidamente la austeridad que la había caracterizado durante el reinado de Carlos V. Luis se sentía a gusto en aquel ambiente despreocupado y sediento de placeres, rodeado de un lujo que llegó a ser proverbial. Temía una personalidad demasiado brillante como para no ser el primero entre aquellos bailarines, aquellos seguidores de la diosa del Amor, a la caza y al juego. Sólo era un niño, pero era lo suficientemente consciente de la impresión que causaba en las mujeres. Parecían estar dondequiera que iba, como por casualidad, en una abigarrada diversidad, de ojos claros u oscuros, las trenzas peinadas de mil maneras distintas, vestidas de largas túnicas gráciles, resplandecientes de joyas, mucho más bellas que los santos que lo contemplaban fría y castamente desde lo alto del retablo del altar y el tapiz mural. ¿Era de extrañar dime hiriera de inmediato con las reglas y consignas del amor? Pero al mismo tiempo soñaba también con otras conquistas. Sólo tenía catorce años y era considerado mayor de edad.

El joven rey le obsequió con el ducado de Turena y con otras muchas posesiones y castillos, con los correspondientes títulos y rentas. También se le buscó en la vecina Italia una prometida, heredera de importantes territorios. Aun en los años que siguieron, Valentina no fue para él más que un nombre: un nombre unido a largas negociaciones referentes a la dote, consistente en treinta mil florines de oro, la ciudad de’Asu y otras plazas fuertes con nombres tan resonantes como las palabras de una canción: Montechiaro, Serravelle, Castagnole; Luis participaba con interés en todas las deliberaciones y en la elección de los funcionarios que lo habían de representar en sus nuevos territorios. Se intercambiaron presentes entre él y Valentina, con quien ya estaba prometido. Mientras tanto, la espera de su prometida no le resultaba demasiado larga: se había organizado una campaña contra el duque de Gúeldres, en la que por fin se le permitía participar. El muchacho se había convertido en hombre; el niño vivaz y agudo, en un talento de la diplomacia con el que había que contar. Desde aquel momento, las miradas del duque de Borgoña permanecieron clavadas en su sobrino menor; no volvió a perderlo de vista, sondeaba los sentimientos de los amigos de Luis, buscaba cautelosamente las causas de su enemistad contra él, todo ello con el ánimo de descubrir dónde estribaba la fuerza y dónde la vulnerabilidad del joven. El de Borgoña consideraba al rey como un mozalbete bienintencionado pero

algo atolondrado, fácilmente influenciable y que se distraía rápidamente con toda suerte de fantasías; además, la salud de Carlos por entonces ya se veía afectada por los excesos. Luis no parecía sufrir tara hereditaria alguna, física ni psíquica; esto, unido a la gran popularidad que disfrutaba en la corte, lo convirtió en una figura de primer orden en el escenario político que el de Borgoña quisiera dominar como un titiritero. Sin embargo, rápidamente se convenció de que Luis no quería ser una marioneta, pendiente de hilos sin voluntad propia: el joven obraba a su antojo, cortés y afable, pero sin dejarse influir en modo alguno. Las regiones y provincias que le habían ido concediendo el rey a lo largo de los años —o que Luis había sabido obtener de él— parecían agruparse en torno al corazón de Francia con arreglo a un plan determinado, como un cinturón de puntos de apoyo bien escogidos; el de Borgoña contemplaba la situación con recelo.

En agosto del año 1389 llegó Valentina a Melun para unirse a Luis en matrimonio. Fue allí, en medio del espeso follaje, intensamente verde, en la plenitud del verano, donde los novios se encontraron por vez primera, en la pradera junto al castillo donde se organizaban bailes, bajo un cielo claro lleno de nubes de agosto. Ella se había dirigido hacia él destacándose de un grupo de damas nobles lombardas; sobre el fondo de los amplios mantos de aquéllas, bordados con oro y piedras preciosas, su silueta destacaba nítidamente por la sencillez, más refinada que cualquier joya. En su vestido de boda de color carmesí Valentina surgía como una llama de entre la hierba; la luz que hacia tan esplendoroso aquel día de verano parecía arder también en su interior, como un blanco resplandor que emanaba de sus ojos y su piel.

Ahora, arrodillado en el frío suelo de piedra ante la imagen de la Madre de Dios, Luis gemía por la pérdida de aquella felicidad estival, por el afán de otros placeres más intensos, que una y otra vez lo habían arrebatado de los brazos de Valentina. El hecho de que la tuviera en gran estima por su pureza, que se sintiera cercano a ella por un interés idéntico hacia las artes y las ciencias, ¿qué sentido podía tener, si no era suficiente para satisfacer su corazón inquieto? A menudo los matices de ámbar y marfil de su belleza se le antojaban demasiado pálidos: había colores más fulgurantes, formas más llenas que le atraían. ¿Cómo podía desdeñar los frutos redondos y maduros que le reclamaban entre el follaje de su huerto, aunque tuviera en sus manos un lirio?

Por otra parte, la recaudación de la dote de Valentina resultó ser una actividad lenta y laboriosa: Galeazzo Visconti soltaba los florines de oro a regañadientes, y la suma llegaba a su yerno tan sólo gota a gota. Tampoco en Asu y en las ciudades lombardas la situación prosperaba, ya que la nobleza del lugar no quería rendir pleitesía sin más a Luis. Todo ello requería una intervención personal. Una vez en Italia y cara a cara con su astuto suegro, Luis comprendió perfectamente que la posesión de Asu y las regiones circundantes y, más aún, el parentesco con el señor de Milán, le traerían un sin fin de complicaciones. No solamente los intereses, sino

también los enemigos de los Visconti eran ahora los suyos; por otra parte, como señor de los territorios lombardos, no podía dejar de mantener buenas relaciones con sus vasallos y vecinos, aun cuando esto no siempre se ajustara a la política de Galeazzo. Visconti colgaba como una araña en una red de intrigas; a diestro y siniestro atrapaba lo que le apetecía, sin dejar de urdir astutamente nuevas tramas. El tirano ambicionaba un botín más importante que un puñado de ciudades italianas; estaba decidido a servirse de su relación con la poderosa Francia. Luis tenía en perspectiva una corona: un reino en el Adriático, creado artificialmente por un grupo de personajes ambiciosos entre bastidores: el antipapa de Aviñón, Clemente VII, quién quería penetrar en Roma valiéndose de un puesto avanzado como aquél; Galeazzo, quien, apoyándose en un baluarte nacional de poder, quería verse coronado rey de Toscana y Lombardía; los descendientes de la casa de Anjou, ansiosos aun por el trono de Sicilia; y, por último, el de Borgoña, que apoyaba todos aquellos planes a cambio de ciertas compensaciones, ya que le beneficiaría sobremanera el que Luis se encontrara en el futuro a buen recaudo en las costas del Adriático, lejos de su patria, lejos de Francia.

Se esperaba que la realización de estos planes suscitaría en Italia una enconada resistencia. La lucha se desarrollaba tanto soterradamente como en la superficie: una serie ininterrumpida de negociaciones y escaramuzas entre las partes interesadas: Florencia, Bolonia, Padua, Mantua, la poderosa ciudad de Génova y también Savona, todas ellas amenazadas directa o indirectamente por las intrigas de Gian Galeazzo y por las disensiones y traiciones en su propio campo. Génova, más dividida que ninguna por las luchas intestinas, constituía un punto particularmente conflictivo: la conquista de esta ciudad podía suponer un hito en la ruta hacia el reino adriático. La responsabilidad de toda la empresa la descargaron, tanto el rey como Gian Galeazzo, en Luis: Carlos, por estar enfermo y cansado, ya bajo el peso de la locura, y el señor de Milán, por conveniencia. Con dinero y promesas Luis reclutó un ejército de mercenarios y de nobles sedientos de aventuras, con sus séquitos. Envió emisarios y representantes para que se efectuaran todos los preparativos para la campaña; al frente de sus tropas puso a Enguerrand, señor de Coucy, desde hacía años uno de sus mejores amigos, y uno de los jefes de ejército más expertos del reino. Al mismo tiempo instó al Papa Clemente a que le concediera una bula que confiriera un aspecto legal a la empresa. El pontífice de Aviñón no se avino a esto: aunque deseaba cosechar más tarde los frutos de la campaña y recorrer el camino hacia Roma que había de despejar Luis, consideraba que no sería muy prudente manifestar ya abiertamente que el asunto le interesaba. La negativa decepcionó a Luis, pero no le extrañó. Envió a Enguerrand de Coucy a Lombardía.

Cuando gran parte de las dificultades parecían conjuradas, un suceso tan inesperado como repentino conmocionó profundamente al mundo occidental: en septiembre falleció Clemente, el papa de Aviñón. Ni una piedra arrojada en medio de un hormiguero hubiera ocasionado mayor revuelo en la Cristiandad dividida. Se

acumularon tantos nuevos interrogantes que Luis, en un acceso de desánimo, se apartó durante un tiempo de las intrigas políticas. Inspirado por un deseo de paz interior marchó en peregrinación a Asniéres, donde poseía un castillo cercano a un convento y a una iglesia. Sin embargo, la inminencia del parto de Valentina lo hizo regresar a Paris hacia finales de noviembre.

El hecho de hallarse arrodillado en su capilla privada le trajo a la memoria las numerosas horas de meditación pasadas en Asniéres, lejos de la guerra y los planes ambiciosos, lejos de la corte, lejos de cualquier tentación. Con una sonrisa de amargura recordaba las palabras de los clérigos, que en la confesión le exhortaban a moderar sus pasiones: ¡era tan fácil ser casto y desprovisto de ambiciones entre los muros encalados de una celda, escuchando el repicar de las campanas y los cánticos piadosos! Pero ¿quién podía participar de la vida mundana sin ceder a la pasión? Los actos de los prelados cercanos a la corte y, sobre todo, el comportamiento de Clemente y de sus cardenales de Aviñón, habían enseñado a Luis que ni siquiera la púrpura cardenalicia brindaba protección contra el pecado. Había momentos en que la conciencia de la maldad del mundo llegaba casi a asfixiar a Luis; el cinismo despreocupado con que habitualmente conseguía adaptarse a cualquier circunstancia le abandonaba entonces, y se sentía como la serpiente aplastada bajo el pie diminuto de la Madre de Dios en la escultura que tenía delante. Ni siquiera en la estancia silenciosa, entre el olor a incienso, le abandonaba la desazón; se persignó y se levantó. Sabía que, si se acostaba ahora, pasaría la noche sin dormir. Aun en aquella estancia consagrada le invadió el pensamiento de otro pasatiempo: había suficientes lugares en Paris en los que uno podía evadirse temporalmente de la realidad jugando a los dados y en compañía de mujeres. En un gesto de desprecio, se golpeó la boca con los guantes que mantenía sujetos; luego abandonó rápidamente la habitación. Se dirigió a la puerta que daba acceso a sus aposentos, pero permaneció indeciso, con la mano en la argolla de la puerta, mirando al centinela que dormía apoyado en la pared. Las antorchas, colgadas de las paredes del pasillo a distancias regulares en sus cilindros metálicos, ardían con suave chisporroteo; el hombre se movía en sueños.

Luis se volvió y cautelosamente se dirigió a una puerta baja situada al otro extremo del pasillo. Desde aquí, por dentro de una torreta, una escalera de caracol conducía hacia la planta baja. Al abrir la puerta que daba al patio, le azotaron el rostro el aire gélido de la noche y un olor a tierra húmeda. El viento había dispersado la niebla y las nubes; la luna se reflejaba en los charcos que habían dejado las lluvias de la noche anterior. Surcaban el patio pequeños caminos empedrados en forma de estrella; en los espacios abiertos entre ellos se habían plantado arbolillos. En el corazón de la estrella de caminos empedrados había una fuente.

Luis se detuvo, apoyado en un pilar de la galería que delimitaba el patio por un lado, y miró hacia arriba, hacia los tejados inclinados de Saint-Pol revestidos de pizarra azulada, y las innumerables torres, voladizos y galerías, que en la luz fría aparecían misteriosos como un laberinto. Detrás de una hilera de ventanas se

observaba un suave resplandor: eran los aposentos de Valentina y sus damas. Luis suspiró y comenzó a anudarse con una mano la capa que se había echado al hombro. Bajo la túnica y la camisa sentía sobre su pecho el anillo de metal que le había traído Salvia por la mañana; lo apretó. A Mariette d'Enghien solamente la había visto de pasada, cuando él asistía con el cortejo del rey a la visita de la parturienta; en cuanto la muchacha había sentido su mirada, se había retirado tras un grupito de damas de palacio.

El de Orléans cruzó los brazos ocultando sus manos en las amplias mangas de su capa. Un leve ruido de pasos sobre el embaldosado de la galería lo sobresaltó. Se volvió con rapidez. La luz de la luna, que brillaba a través de las rosetas recortadas en los arcos de piedra, formaba en el suelo un patrón de manchas plateadas, cuyo reflejo iluminaba el rostro y la silueta de su escudero, Jacques van Herssen, a quien había dispensado de servicio tras el banquete.

—Monseñor… —dijo el muchacho, arrodillándose.

—¿Qué sucede? —preguntó Luis secamente; le irritaba la interrupción.

—¿No me necesitáis, monseñor?

—Ya que me has encontrado —dijo Luis, dando la espalda al paje y penetrando en el jardín—, puedes acompañarme.

Atravesaron la puerta abovedada. El pasillo desembocaba en los jardines de Saint-Pol, un terreno rodeado de altos muros, cuyo arbolado, al haber sido plantado hacia pocos años, aún era bajo. Los tiernos arbolillos, envueltos en paja para protegerlos contra el frío invernal, se alineaban rígidamente junto a los caminos, formando figuras grotescas: mendigos, malhechores, bailarines, estilitas… En el verano lucían allí los macizos de lirios y campanillas de colores; los rosales y cenadores de espino blanco dividían los jardines en una sucesión de huertos más pequeños, ornados con fuentes y pajareras. Ahora la luz difusa de la luna rodeaba troncos y ramas, los setos sin hojas y los cenadores desnudos. El duque apretó el paso, sumido en sus pensamientos. Mientras caminaba se cubrió la cabeza con el capirote de su capa. Comprendió entonces el paje adónde se dirigían: el sendero que había tomado Luis conducía directamente a los edificios del convento de los Celestinos, un aglomerado de torres y tejados situado al exterior de los muros de palacio. Antes de que el duque abriera el postigo que había en el muro del jardín, y que utilizaba siempre que iba al convento, el muchacho se volvió una vez más; pero los jardines aparecían amplios y desiertos y totalmente iluminados por la luz de la luna. Desde aquel lugar, los altos muros y las torres afiladas del palacio de Saint-Pol ofrecían un aspecto irreal: un castillo encantado, suspendido entre el cielo y la tierra, una imagen visionaria tejida con luz de luna y nubes.

—Vamos, muchacho —dijo Luis, impaciente, desde la penumbra.

Jacques se apresuró a seguir a su señor por debajo del postigo, que cerró tras él. Se encontraban en un pasillo cubierto, con ventanas estrechas en uno de los laterales. La luz de la luna que entraba por ellas arrojaba manchas alargadas en el suelo. Aquí

el duque se encontraba como en su casa. No lejos de la capilla fundada por él, disponía de oratorio propio, en el que pasaba determinados días del año; llevaba entonces la misma vida que los religiosos, vestía hábito y andaba descalzo por los suelos empedrados. Aquí vivía también su viejo amigo y consejero, Felipe de Maiziéres, quien se había retirado entre los Celestinos poco tiempo después de la declaración de mayoría de edad de Luis.

Luis vaciló un instante al llegar a la puerta de la capilla, que estaba adosada a los muros del convento. Sin embargo, en lugar de entrar marchó en dirección opuesta hasta llegar, atravesando escaleras y galerías, al dormitorio, que estaba sumido en una penumbra casi total. De pronto se detuvo, conteniendo una exclamación de sobresalto.

—¿Qué fue eso, monseñor? —preguntó el paje, adelantándose rápidamente.

Luis buscó apoyo en el hombro del muchacho, con mano temblorosa; pero procuró tranquilizarlo con sus palabras.

El paje envainó su puñal, si bien siguió escrutando la oscuridad, receloso. Había un punto de luz en la sala, un recuadro iluminado por la luna, bajo el respiradero en lo alto del muro. Pero aquel resplandor azulado únicamente hacía que la oscuridad y el silencio que los rodeaban parecieran más profundos. Así y todo Jacques notaba cómo el frío le subía por entre los omóplatos: por un momento sintió deseos de salir huyendo sin pensarlo dos veces; también los pasos del duque parecían más apresurados que antes. Alcanzaron la puerta que comunicaba con los aposentos del de Maiziéres; Luis golpeó la madera con una señal corta y rápida que utilizaba siempre para identificarse; sin esperar respuesta, entró inmediatamente. El antiguo consejero del rey vivía en dos celdas que se comunicaban, de paredes encaladas y techo bajo y abovedado. Un crucifijo de tamaño natural colgaba frente a la puerta; a la luz temblorosa de una lámpara votiva, parecía brillar en las heridas la sangre oscura coagulada. En la celda contigua se oyó un suave crujido; al cabo de unos momentos apareció el de Maiziéres, un anciano vestido de hábito.

—Perdonad lo intempestivo de la hora —dijo Luis apresuradamente, aun antes que el de Maiziéres pudiera hablar—. No habría venido a veros si no supiera que rara vez dormís pasada la medianoche. Sentía necesidad de cambiar impresiones con vos.

El anciano se apartó en el vano e hizo un signo a Luis para que entrara.

—Tenéis mal aspecto monseñor —dijo el de Maiziéres, apartando yo hacia un rincón de la mesa los manuscritos que había estado leyendo—. No puedo decir que la tranquilidad de Asniéres y la alegría por el nacimiento de vuestro hijo os hayan sentado bien. ¿Qué sucede? Te tiemblan las manos —añadió, pasando al tono confidencial que empleaba antaño, en ocasiones, al dirigirse a Luis cuando éste era niño.

—Maiziéres —dijo Luis quedamente—, si es cierto que uno puede prever su propio fin… —Aguardo unos instantes—. Mi poca suerte en los asuntos que emprendo, ya me constaba —continuó, bajando aún más la voz—, pero ahora parece

realmente que ni siquiera podré disponer de tiempo suficiente para intentar cambiar mi suerte. No creo que viva ya mucho tiempo. Maiziéres, esta noche he visto a la Muerte en persona.

El anciano levantó rápidamente la cabeza. Protegiendo con una mano sus ojos contra el resplandor de la vela que había entre ellos sobre la mesa, dirigió a Luis una mirada penetrante.

—En el dormitorio la Muerte pasó a mi lado —repuso Luis, sosteniendo la mirada del anciano—. Si hubiera extendido la mano, la habría podido tocar si es que fuera tangible. No digáis que me lo he imaginado: mis pensamientos estaban en cosas completamente distintas. Sin quererlo, sin estar preparado para ello, sentí de pronto el frío que emanaba de ella, y también la vi, aunque a mí alrededor reinaba la oscuridad más completa. ¿Cómo, si no, podría saber que puede mirar penetrantemente desde sus cuencas vacías, que susurra sin tener lengua ni labios?

—Veníais de una fiesta, Monseñor; con el vino y la música tal vez hayáis pensado poco en lo pasajero del deleite. No es raro que la Muerte asalte al hombre en momentos semejantes. Fue bueno que esto os recordara cosas más serias.

Luis reprimió una creciente irritación y se obligó a esbozar su sonrisa habitual de cortesía.

—Si no se me pueden imputar excesos más graves que el banquete bautismal de mi hijo… —dijo, intentando bromear, pero no llegó a concluir la frase.

—Dios sabe, monseñor, que concedéis suficiente atención a cosas que en realidad son tan vanas como los excesos —dijo el de Maiziéres, cruzando sus manos descarnadas sobre la mesa.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Luis, sin alzar la mirada y tamborileando con los dedos sobre el tablero de la mesa.

—Ya sabéis a qué me refiero, monseñor —prosiguió el de Maiziéres prudentemente—, pero entre estas paredes no nos perjudicará ni a vos ni a mí el que yo reitere mi parecer: ya os he manifestado en repetidas ocasiones que a mi juicio perdéis vuestro tiempo en empresas que están abocadas tan irremisiblemente a la nada como los círculos en el agua. ¿Qué sentido tiene perseguir conquistas en Italia, cuando, a menos de cien pasos de la puerta de vuestro palacio reina un caos que está pidiendo a gritos medidas urgentes?

Luis se mordió los labios y frunció el entrecejo; en su voz había un fondo de cólera e impaciencia cuando respondió:

—¿Acaso fui yo quien dio el primer paso en esas empresas que vos mencionáis? ¿Creéis que jamás se me hubiera ocurrido hacer algo tan insensato como meter la mano en ese avispero allende los Alpes, sin ayuda alguna del rey ni del Papa? Pero cuando el rey cayó enfermo, ya habían sucedido demasiadas cosas como para que yo pudiera echarme atrás: tenía que seguir adelante, incluso después de que mi suegro y el papa Clemente me abandonaran. Ahora que ha muerto el papa, no tenéis ya por qué preocuparos por mí: no creo que sea factible mi reino en el Adriático. Si ahora

quisiera imponer mi voluntad en Italia, probablemente lucharían contra mí todos los antiguos gallos de pelea, en fraternal unión.

—De veras celebro que lo veáis así, monseñor. Temía que no quisierais renunciar a ese asunto, pese a los acontecimientos de los últimos tiempos. En estos momentos se presentan problemas más graves. Ocupáis una posición de suma responsabilidad, que os impone la obligación de sacrificaros casi por completo. Ahora que el rey no puede reinar, habéis de actuar en nombre de la corona.

Luis rió quedamente, pero con un tono sarcástico que no escapó al de Maiziéres.

—Ya quisiera yo que pronunciarais este discurso ante mi tío el de Borgoña, que piensa que todos mis actos obedecen exclusivamente al interés…, o, al menos, prefiere pensarlo…, y que no desaprovecha ninguna ocasión para señalar a todos que estoy minando el trono de mi hermano. Como si todos mis actos no hubieran sido realizados siempre de común acuerdo con el rey, cuando éste aún estaba sano. Pero aun después, en los dos últimos años, he obrado exclusivamente en interés de Francia, en toda circunstancia. Las provincias y regiones que me asignó el rey, y toda la empresa italiana…: en el fondo de todo ello siempre está únicamente la necesidad de que Francia cuente con cierto respaldo. Mis señores tíos no actuarán como defensores del reino, si ello fuere necesario; pero mi hermano sabe que yo jamás me volvería contra él; al contrario. Es ridículo buscar oscuras intenciones en la donación de unas pocas tierras, como hace el duque de Borgoña. —Se inclinó hacia el anciano y prosiguió, con más vehemencia—: Y ahora, este verano, el rey me ha confiado el condado de Angulema, como sabéis. Cuando su cabeza estaba lúcida lo hemos hablado juntos: él mismo comprendía que era de la máxima importancia que un territorio tan cercano al frente inglés estuviera en manos legítimas de Su confianza. Pues si en Londres triunfan los partidarios de la guerra, todos los tratados serán letra muerta. ¿Y creéis que mis señores tíos acudirán a defender París? Pero comprenderéis que mi nueva adquisición da pie al de Borgoña a echar sapos y culebras contra mí… ¡Bah! —Soltó una exclamación de profunda repulsa, apretando los puños sobre la mesa—. Me repugna hablar así de mis parientes y Dios sabe que hago todo lo posible por mantener buenas relaciones, pero a veces me siento como quien ha de bailar en un campo lleno de cardos; girando con elegancia, realizando complicadas piruetas, sin arañarme ni pincharme, pues de otro modo… Es como la visión de un mal sueño…

Se inclinó hacia adelante apoyando la frente sobre los puños. El de Maiziéres le oyó reír. Más que todas las palabras de amargura, le inquietaba al anciano aquella risa, que casi se asemejaba a un sollozo.

Jamás había visto a Luis perder tan abiertamente el dominio de sí mismo. El de Maiziéres permaneció sentado en silencio, demasiado consternado como para poder articular palabra. Pero Luis sabía reponerse perfectamente: levantando la cabeza, esbozó su peculiar sonrisa, algo irónica, y dijo, mientras le temblaban levemente las aletas de la nariz:

—Por suerte, la cortesía no me prohíbe elegir mis propias armas en esta lucha secreta. Si mi tío el de Borgoña es tan listo como dicen, comprenderá lo que significa el que haya elegido ahora un cardo como nueva divisa, el que haya concedido a mi hijo recién nacido el título de conde de Angulema… y el que haya fundado en su honor una orden, la Orden del Puerco Espín.

—Me parece que no debierais perder vuestro tiempo en disputas infantiles con emblemas y títulos —dijo el de Maiziéres ásperamente—. ¿Qué era lo que queríais tratar conmigo, monseñor?

—La reina quiere alejar a mi esposa de la corte. Hace tiempo que deseaba hacerlo; pero nunca encontraba una razón válida, y en realidad sigue sin haberla, por mucho que la reina se esfuerce por hallar una, ayudada por la señora de Borgoña, quien envidia el que mi esposa ocupe el primer lugar en la corte. Circulan extrañas habladurías, que no repetiré aquí. ¿Las conocéis, tal vez? —El de Maiziéres negó con la cabeza y Luis prosiguió rápidamente—: Considero que me rebajo si presto atención a este tipo de invenciones, pero lo cierto es que con ello se crea un ambiente hostil contra mi esposa, que es la que menos merece un trato semejante. Ella ya sospecha muchas cosas, según veo; si ella supiera cuáles son las verdaderas intenciones de la reina, sería la primera en marcharse, y no regresaría sin que se lo pidiesen, así cayeran las estrellas del firmamento. La situación se está volviendo tan tensa, que he de hacer algo…, pero ¿qué? Quisiera ahorrarle a mi esposa cualquier humillación, pero no puedo hacerla marchar sin motivo. A veces pienso que tal vez fuera mejor que yo abandonara Paris con ella y con nuestros hijos… para siempre.

El de Maiziéres se levantó tan bruscamente que cayeron al suelo las hojas sueltas de un manuscrito, al barrerlas de la mesa con sus mangas.

—Monseñor, lo que acabáis de decir no podéis pensarlo en serio. ¿Acaso queréis dejarnos sin la única esperanza que nos ha quedado desde la muerte de vuestro padre? Monseñor, se nota que jamás habéis estado en un campo de batalla, en el fragor del combate: de otro modo, sabríais lo que significa la palabra deserción…

A Luis le subió la sangre a la cabeza; también él se levantó.

—Sí, he dicho deserción —continuó el de Maiziéres, cuya voz temblaba de excitación—. Incluso diría alta traición, señor. En estos momentos, el único rey que tiene Francia sois vos. Es un papel ingrato el que os ha tocado desempeñar, lo repito, oculto tras el trono y amenazado por todos lados. Pero en ningún momento debéis abandonar este papel, señor, ¡en ningún momento! Nadie mejor que yo es consciente de cuántas decepciones habéis de sufrir, de la cantidad de disgustos que tenéis…, pero no debéis ceder.

—Callad ahora, Maiziéres —dijo Luis casi con rudeza, poniendo su mano en el hombro de su preceptor, por encima de la mesa—. ¿Qué sandeces son ésas de una realeza oculta? Es cierto que estoy escondido tras el trono y que estoy expuesto a recibir muchos golpes de todos lados, pero más como un animal doméstico indeseado, un perro al que se odia, que como un portador oculto de la corona.

—Monseñor, monseñor —insinuó el de Maiziéres, juntando las manos—, tenéis más influencia de lo que vos mismo parecéis sospechar: mucha más. El lugar que ocupáis no debe quedar vació bajo ningún concepto. Nunca hubierais tenido por qué asegurarme que servís los intereses de Francia. Me consta sobradamente: os conozco demasiado bien. ¡Seguid haciéndolo, monseñor, sois el único que puede hacerlo!

—No me hagáis mejor de lo que soy —dijo Luis secamente—. Tal vez no sería el paladín de Francia, si no coincidieran mis intereses con los del reino. Soy humano, al fin y al cabo.

—La reina mantiene relaciones con Baviera, y los intereses de Baviera no coinciden con los de Francia. Los duques no contrariarán los planes de la reina, si éstos no les estorban. Y así se desmigaja el reino, monseñor, como una corteza de pan seca. Habrá hambre, sublevaciones, rapiñas, una miseria desmedida; y los ingleses no dejarán de aprovecharse del caos.

—¿Y ahora pretendéis hacerme luchar como un segundo David contra Goliat, sin otras armas que una honda y un puñado de guijarros? ¿Aún me consideráis realmente un niño, señor de Maiziéres?

—Os tengo por un hombre que conoce su obligación —dijo el de Maiziéres, agachando la cabeza—. No soy astrólogo ni tampoco un cortesano zalamero, no me atrevo a predeciros nada ni a exhortaros con palabras vanas. Es muy posible que sólo os aguarden decepciones, monseñor.

—O una muerte pronta —repuso Luis. Creía sentir de nuevo el frío que se le había acercado de manera casi palpable en el dormitorio. Se anudó la capa y se encaminó hacia la puerta. El de Maiziéres preguntó, sin moverse:

—¿Ya os marcháis, monseñor?

—Quiero oír la misa del alba en la capilla de Orléans —dijo Luis—. ¿Qué puedo hacer sino entregarme resignadamente a la suerte que me está reservada? Dios me conceda más humildad y paciencia. —Durante unos instantes permaneció en silencio, mirando el mosaico que formaban las baldosas blancas y negras del suelo—. ¿Sabes, Maiziéres? —prosiguió, empleando el tono juvenil que lo hacía tan afable—: cuando éramos niños, nos ocurrió una vez algo al rey y a mí. ¿Ya no te acuerdas? Yo tenía once años, y hacia poco tiempo que había muerto mi padre. Habíamos ido de caza a los bosques de Bouconne, cerca de Tolosa, con mi tío el de Borbón y Henri de Bar. Creo incluso que también nos acompañaba Clisson…

—Sí he oído hablar de una pintura mural en el convento de Caues —dijo el de Maiziéres, sonriendo vagamente—, que se realizó allí hace unos diez años, en conmemoración de un milagro obrado por Nuestra Señora. Y sé que representa una comitiva de caza, en un bosque oscuro, rodeada de lobos y ciervos y animales salvajes.

—A eso me refiero. —Luis se volvió y regresó junto a la mesa; mirando la llama de la vela, siguió narrando, sumido en sus recuerdos—: La noche nos sorprendió en medio de los bosques y ya no éramos capaces de encontrar el camino. Los caballos se

nos rebelaban, temerosos, al oír aullar a los lobos no lejos de donde nos hallábamos. Por añadidura reinaba una oscuridad total: el cielo estaba repleto de nubarrones y no se veía ni una sola estrella; y nos habíamos alejado de donde estaban los criados y los portadores de antorchas. El rey se cayó de su caballo, pues el animal se volvió espantadizo al notar la angustia de mi hermano. Recuerdo nuestra desesperación, allí juntos en la oscuridad. Entonces mi hermano hizo un voto: ofrecería a Nuestra Señora de la Esperanza el peso de su caballo en oro, si salíamos indemnes de aquel bosque. Poco después vislumbramos las antorchas de la comitiva entre los árboles. Los monjes de Caues, cerca de Tolosa, habían consagrado una capilla a Nuestra Señora de la Esperanza. Hicieron pintar nuestra aventura en los muros, a modo de ejemplo…

—¿Por qué me contáis esta historia, monseñor? —preguntó el de Maiziéres, levantando sus ojos cansados y enrojecidos hacia el joven—. ¿Qué relación guarda un episodio de vuestra infancia con los asuntos que estábamos tratando ahora?

—¿No os parece como si todos nosotros… el rey y yo y nuestros buenos amigos…, estuviéramos perdidos en plena noche en un bosque lleno de lobos y zorros astutos? La oscuridad alberga un sin fin de peligros, y estamos abandonados a nuestra suerte, sin la luz protectora de las antorchas. Pero aunque el rey ofreciera ahora todo el oro de Francia, me temo que no habrá una Virgen que nos libre de la noche y de las calamidades; no hay para nosotros una Esperanza, De Maiziéres. Estamos perdidos en el Bosque de la Larga Espera, una selva, sin perspectivas de salir —dijo Luis, empleando una imagen en boga entre los poetas para expresar la impaciencia de los enamorados sin remedio—. El Bosque de la Larga Espera… —repitió, deleitándose melancólico en la eufonía de las palabras. El de Maiziéres, a quien impresionaban menos las artes retóricas, suspiró meneando la cabeza. Estaba cansado y se había enfriado durante la conversación. Además, se oía repicar una campana en algún lugar del convento, lo que indicaba que la noche había llegado a su fin.

Isabel despertó sobresaltada de unos sueños confusos; estaba empapada en sudor bajo el pesado cobertor forrado de pieles, y sentía cómo el corazón le palpitaba en la garganta. En aquel momento comenzaron a repicar las campanas de las capillas de Saint-Pol y de las iglesias y conventos de Paris, tocando a misa del alba. Le invadió a la reina un sentimiento de alivio; aunque su cuerpo acusaba un cansancio doloroso, la perspectiva de tener que esperar aún varias horas hasta que llegara el día le parecía insoportable. Volvió la cabeza hacia el hogar; su camarera, Femmette, dormitaba junto al fuego.

—Femmette —dijo Isabel en voz alta; la mujer se incorporó sobresaltada, arreglándose la toca. Al ver que la reina tenía los ojos clavados en su persona, se arrodilló apresuradamente en la alfombra que había delante de la cama.

—Perdone Vuestra Merced: me había quedado dormida. Hacia tanto calor junto al

fuego…

—Está bien —dijo Isabel secamente—, ayúdame ahora a levantarme.

Había retirado el borde del cobertor y temblaba en su camisa húmeda. La camarera, acostumbrada desde hacía muchos años a obedecer ciegamente los deseos de Isabel, intentó objetar con cautela: la reina se había acostado tarde, las damas de su cortejo, que habían de ayudar a vestirla, aún no estaban en la antecámara, y, además, el estado de la reina aconsejaba un descanso más prolongado. Isabel suspiró enfurecida, apretando los labios. Cuando estaba irritada, a veces estallaba en un torrente de improperios y reprimendas; el dominio de sí, que era preceptivo en la corte frente a parientes y altos dignatarios, suponía un gran esfuerzo para sus nervios. Acostumbraba resarcirse en el trato con las mujeres que la servían. También ahora afluyeron a sus labios las imprecaciones, pero las tragó al ver que la camarera ya se había arrodillado junto a ella y le calzaba unas chinelas. Femmette, al percibir el mal humor de la reina, calló; normalmente Isabel aprovechaba los breves instantes antes de recibir a sus damas de honor para que la camarera le informara de los rumores que corrían en la ciudad y en el palacio, de los chismes o de palabras escuchadas al azar, pero ahora estaba distraída e irritada. Dejó que la camarera le colocara un manto y se dirigió, pesada y lentamente, a su reclinatorio. Los pensamientos que la atormentaban y el repicar de las campanas le impedían concentrarse; murmuro maquinalmente una plegaria. Mientras deslizaba las cuentas del rosario entre sus dedos, pensaba en las cosas que quería hacer a lo largo del día: mandar venir a alguien del Tribunal de Cuentas para insistirle en que se regulara rápidamente su asignación anual; tratar con Salaut, el secretario, acerca de los regalos que quería entregar el día de Año Nuevo a sus parientes, a los cortesanos y a la servidumbre; interrogar nuevamente a Arnaud Guillaume; mandar despedir a los médicos del rey, sobre todo al de Harselly, aquel chapucero testarudo y obstinado, que había osado afirmar que la enfermedad del rey obedecía a un exceso de vino y amor. También quería dictarle cartas a Salaut: anhelaba la presencia de su hermano Luis de Baviera, quien residía a menudo en Francia desde la boda de Isabel. Cuando la soledad traicionera de la vida de corte le hacía sentir a ésta que necesitaba la compañía de alguien con quien pudiera mostrarse sin reservas tal como era, mandaba recado a Luis, quién normalmente no andaba lejos, cazando y bebiendo con los barones de Francia.

Hacia un buen rato que Isabel había dejado de rezar; el rosario colgaba inmóvil entre los pliegues de su manto. Se sobresaltó cuando callaron las campanas de la ciudad; el continuo repicar la había sumido en una especie de somnolencia, un estado de duermevela en el que los acontecimientos de su vida, los innumerables proyectos y deseos que la dominaban, adoptaban formas casi tangibles. Se incorporó con dificultad, apoyándose en el reclinatorio. Femmette, que no se había atrevido a perturbar la devoción de la reina con ruido alguno, se disponía a abandonar la antecámara para avisar a la maestra de ceremonias, cuando la reina la llamó y retiró el tapiz que cubría otra puerta. La camarera, comprendiendo entonces las intenciones

de su señora, se apresuró a alumbrar con una vela el camino de Isabel por las estancias aún oscuras. Llegaron a una puerta pequeña, provista de cerrojos y con guarniciones de hierro en forma de lirios, que daba acceso a las habitaciones en las que se alojaba el rey; hubo un tiempo en que esta puerta estaba abierta permanentemente, para que los esposos pudieran encontrarse a cualquier hora del día o de la noche, junto a esta puerta, cerrada ahora por ambos lados, solía Isabel apoyarse para escuchar, esperando captar algún ruido de lo que sucedía al otro lado; a veces oía gritos ahogados y las voces monótonas y tranquilizadoras de los médicos y sirvientes; las más de las veces, como también ahora, reinaba un silencio completo y siniestro. La reina abandonó con rapidez el lugar, tomando seguidamente la galería semicerrada que comunicaba los aposentos reales con los del delfín y las tres infantas. Por entre los postigos penetraba el viento frío de la mañana tras su paso por los campos que lindaban con el palacio; construido en el último extremo de París. El viento traía un hedor de residuos putrefactos; la gran cloaca municipal, la Pont-Perun, desembocaba en las inmediaciones de Saint-Pol en un foso que rodeaba las murallas. Isabel volvió el rostro en un gesto de repugnancia. Aquel hedor a comida podrida, harapos y basura le recordaba, a su pesar, la existencia del populacho que hormigueaba por las calles estrechas, sus necesidades, y las quejas y peticiones que traían incesantemente. La suciedad y la indigencia despertaban la irritación de Isabel, nunca su compasión. Consideraba su deber que se arrojaran monedas al populacho que mendigaba, cuando salía en carruaje o litera; pero la sonrisa y las palabras benévolas que tan generosamente repartía el rey en ocasiones parecidas, incluso a mendigos deformes y mugrientos, eran superiores a sus fuerzas. Miraba condescendientemente a los notables, mercaderes y artesanos; la opulencia que lograban con su trabajo acababa a la larga en sus propias arcas, la existencia de la reina justificaba la de ellos. Pero ante la multitud oscura y opresiva de los pobres sentía un secreto temor; sus ásperos vítores a menudo le parecían amenazas o exclamaciones de burla.

La reina abrió cuidadosamente la puerta que conducía a las estancias de los regios infantes. Prefería visitarlos muy de mañana, sin previo aviso; a esas horas, los niños solían aún estar dormidos, con lo que Isabel podía contemplarlos sin que éstos la importunaran. Sus sentimientos maternales se centraban en una sola cosa: quería poder enorgullecerse del delfín y de las tres infantas; quería poder enorgullecerse de su hermosura, sus buenos modales, sus bonitos vestidos, del poder y la riqueza que les corresponderían, de los matrimonios ventajosos que les concertaría. Su amor por ellos era como el de un jugador de ajedrez por las piezas valiosas de su tablero. La dedicación con que la duquesa de Orléans acostumbraba llevar en brazos a sus hijos recién nacidos suscitaba en Isabel una leve burla: un trono no era una silla de nodriza. Vigilaba estrictamente a las ayas y preceptores de sus hijos: no podía caberles mayor suerte que la de tener una madre que se encargaba de que les educaran para portadores de coronas. Las sirvientas de los niños, que estaban avivando el fuego de

los hogares, abandonaron su trabajo al entrar la reina, para rendirle las debidas muestras de respeto. Por lo demás reinaba una calma total en las habitaciones en semipenumbra. Isabel se dirigió a la cama en la que dormía el delfín y apartó una de las colgaduras. El niño estaba echado en medio de la cama, de espaldas; tenía el pelo húmedo pegado a la frente. Dormía con la boca abierta y respiraba con dificultad, resollando. Como siempre, Isabel trataba de convencerse de que la palidez del niño, las sombras bajo sus ojos y su respiración silbante eran fenómenos pasajeros, que no apuntaban en modo alguno hacia una enfermedad o siquiera una debilidad. Con obstinación casi infantil se negaba a conceder importancia a las palabras de los médicos, quienes veían una similitud entre la constitución del delfín y la del rey. El niño se movía en sueños, posiblemente molesto por la luz que la reina mantenía en lo alto; sus párpados temblaban, mostrando el blanco húmedo de los ojos. Se parecía ahora tanto al rey, tal como lo había visto la noche anterior, presa de convulsiones, en los brazos del de Borgoña, que Isabel soltó rápidamente la colgadura. Atravesó la habitación contigua, donde aún dormía la aya, y llegó al aposento de las infantas. Isabela y Juana dormían juntas en una cama grande, que casi parecía una tienda de color carmesí; el reflejo de la tela roja unido al fuego recién reavivado del hogar hacia resplandecer sus caritas, que parecían aún más pequeñas que de día, bajo los ajustados gorros de dormir de muselina. María, la más pequeña de sus hijos, de algo más de un año de edad, aún dormía en su cuna; con un brazo se tapaba la cara, por lo que Isabel no la veía bien. María había nacido durante una temporada en la que parecía que el rey se recuperaba y, en agradecimiento, había sido consagrada al servicio de Nuestra Señora de Poissy: un pequeño peón colocado en el tablero de ajedrez de Isabel, esta vez no para obtener unos beneficios mundanos, sino para comprar el favor de Dios para el rey de Francia.

La aurora teñía de un rojo pálido el horizonte por encima de las colinas y los campos al este de Saint-Pol, cuando el duque de Orléans, seguido de Jacques, abandonó la capilla. La neblina matinal flotaba baja, por encima del suelo cubierto de una ligera capa de escarcha; el palacio se alzaba por entre los jardines como si emergiera de un mar impreciso y gris. La Bastilla, construida en el último extremo de la ciudad, como cierre de las murallas, se perfilaba alta y oscura contra el cielo. El parque de Saint-Pol se hallaba justo en el ángulo agudo formado por dos murallas de la ciudad en la ribera derecha del Sena; detrás del convento de los Celestinos fluía el río, dividido en dos por la isla de Louviers. Al oeste surgía la ciudad, con sus decenas de torres de iglesias, conventos, castillos, con los tejados altos y bajos de las casas, apiñadas a ambos lados de las angostas callejuelas. El silencio que había reinado en Paris antes de que las campanas de las iglesias comenzaran a repicar, había desaparecido; la ciudad despertaba.

Por la mañana temprano salían por las innumerables puertas de la ciudad todos

aquellos que tenían sus ocupaciones en los campos que circundaban las murallas; comenzaba la labor cotidiana en las calles, las plazas de mercado, en los muelles del Sena, en las oficinas del preboste, en las casas de comercio, almacenes, molinos y mataderos y en la totalidad de las cuatro mil tabernas de Paris.

En el Hotel d'Artois —vivienda del duque de Borgoña— solíase madrugar. Felipe y Margarita asistían siempre a la misa del alba; además, el duque prefería aprovechar las primeras horas de la mañana para recibir a los empleados del gobierno de su casa y tramitar numerosos asuntos relacionados con las provincias que le pertenecían. También en aquella mañana de noviembre la estancia contigua a la sala de audiencias estaba repleta de personas que esperaban: burgueses, comerciantes, granjeros, clérigos y abogados; muchos de ellos llevaban peticiones en la mano. Tras un alto tabique de madera había varios granjeros procedentes de los dominios de Borgoña, a quienes se había pedido cuentas por su negligencia a la hora de abonar el impuesto debido por la vendimia. La luz gris de la mañana, que penetraba por las estrechas ventanas situadas en lo alto de las paredes, hacía que la estancia pareciera aún más fría. Las personas de más aplomo se paseaban de un lado a otro taconeando suavemente y frotándose las manos; los que venían por vez primera se alineaban, impresionados por el ambiente, junto a las paredes, con la mirada atenta, temblorosos en sus mejores galas. Sin embargo, transcurrió más tiempo que de costumbre antes de que se llamara al primer visitante; los escribanos y secretarios del duque lanzaban miradas hacia la puerta que comunicaba con los aposentos del de Borgoña. El duque no venía; estaba conversando con su mujer. Margarita estaba sentada en el profundo hueco del poyo de una ventana y contemplaba por los cristalitos opacos los campos más allá de la muralla cercana. La luz de la mañana otoñal se posaba pálida sobre la colina de Montmartre. El de Borgoña estaba de pie delante de ella, con las manos en la espalda y uno de los pies en el peldaño que llevaba al hueco de la ventana.

—Ayer era demasiado tarde para abordar el tema. Hay varias cosas que deseo saber, señora.

—No olvidéis, monseñor, que os están esperando —observó la duquesa, sin apartar la mirada de las colinas en la lejanía.

El de Borgoña frunció el entrecejo.

—¿Acaso no soy señor de mi propia casa? —preguntó secamente, irritado.

Las comisuras de la boca de Margarita apenas si esbozaron una sonrisa, más elocuente que cualquier respuesta. Juntó las manos sobre el regazo, indicando que estaba dispuesta a escuchar.

—En primer lugar, me agradaría saber cómo puede ser que la reina hable a solas con un sujeto tan indeseable como ese mendigo de Guyena, de cuya presencia sin duda estáis enterada.

La duquesa de Borgoña se encogió de hombros por un momento, mirando a su

esposo de soslayo.

—Creía que habíamos convenido hace tiempo —prosiguió el de Borgoña— que cualquier contacto entre la reina y el mundo exterior discurriría por vuestra mediación. Vos tenéis la oportunidad de controlar escrupulosamente todo lo que suceda en las inmediaciones de Su Majestad.

—La reina no es una niña —dijo Margarita—. No puedo tumbarme en el umbral de su puerta como si fuera un perro guardián. Tampoco creo que haya motivos para estar insatisfecho de mi control. Hago lo que puedo.

—Sí, ya lo sé. Además he descubierto que este asunto carece de importancia. Pero eso no significa que visitas similares sean igualmente inofensivas en el futuro. Tras la reina, sois la primera dama de la corte.

—Me perdonaréis, monseñor, pero no lo soy —observó Margarita. Sus finos labios parecían tornarse aún más afilados y su mirada más penetrante, lo que indicaba que la flecha que el de Borgoña había disparado deliberadamente había hecho diana. El duque aguardo unos instantes, con la cabeza algo ladeada, como si se hubiera dado cuenta de una equivocación casual.

—Tenéis razón, mi señora, sois tan sólo la tercera dama de Francia, y eso que de vos depende ser la primera, si lo deseáis.

—Hago lo que puedo —repitió Margarita; apartando la cabeza, miraba, sin ver, por encima de las casas y edificios situados entre el Hotel d'Artois y las murallas de la ciudad. Pensaba en las humillaciones que había de soportar en la corte: en cualquier reunión más o menos oficial, en la que también estuviera presente la duquesa de Orléans, Margarita debía ceder el paso a aquella mujer mucho más joven que ella, entre profundas reverencias. Guardaba estrictamente las formas prescritas, pero las palabras de cortesía le sabían a hiel y a ajenjo, y las reverencias intachables eran otros tantos suplicios. El hecho de que Valentina la tratara invariablemente con benevolencia y respeto no hacía sino agravar sus resentimientos. No perdonaba a la italiana que ésta fuera sincera y afable por naturaleza, pues esto hacia aparecer cualquier intriga contra ella como algo reprobable y de mal gusto. Margarita era plenamente consciente de que la tarea que había emprendido "meter cuña entre la familia real y la de Orléans" requería de ella palabras y hechos de los que se avergonzaba en secreto. Estos sentimientos de culpabilidad, que estaba arraigado en el fondo de su ser, royendo suavemente las raíces de su dignidad, originaban en ella un estado permanente de insatisfacción que dibujaba ásperas marcas de irritación en su rostro y confería a su boca un rictus invariable de desagrado.

—Me consta que hacéis todo lo que está en vuestra mano —dijo el de Borgoña—. Ayer aún tuve ocasión de observar que la reina está totalmente convencida de la habilidad de Valentina para la magia negra. Pero cuidad de que la reina no tome ahora partido por el de Orléans; al contrario, sería deseable que recayera sobre ambos las mismas sospechas. No sé si me expreso con claridad.

La duquesa de Borgoña dirigió a su marido una mirada áspera y fugaz; en sus

pupilas brillaban inmóviles dos puntos de luz.

—Comprendo muy bien lo que queréis decir —dijo finalmente—. Pero me temo que no será fácil. No olvidéis que la antipatía hacia la señora de Orléans es algo casi innato en la reina. Además, a una mujer rara vez le cuesta trabajo odiar a otra mujer, siempre encontrará algún motivo para ello. Pero el papel que desempeña monseñor de Orléans cerca de la reina no lo puede asumir sin más cualquier otra persona. Ella lo necesita, por ello él no perderá su favor, aunque fuera el propio Maligno. La reina está ávida de diversiones y distracciones; ¿quién la ayudaría en la preparación de todas esas mascaradas y bailes si no fuera monseñor de Orléans?

—Lo único que me asombra es que aún encuentre tiempo para otras diversiones menos exentas de riesgo —dijo el de Borgoña secamente, dirigiéndose a la pared opuesta de la estancia. Colgaba allí un tapiz flamenco que representaba el nacimiento de la Virgen María. Se detuvo delante del tapiz, mientras le invadía una sensación de profunda complacencia; no tanto porque le maravillara la magnificencia del carmesí, el azul verdoso y el oro rojizo, sino porque era el propietario de aquella valiosa obra de arte.

—Es una lástima —dijo Margarita desde el hueco de la ventana— que nuestro hijo Juan muestre tan poco interés por los asuntos cortesanos.

A la reina no le resulta simpático, aunque apenas lo deja traslucir. Esto hace que la posición del de Orléans sea bastante más firme.

El de Borgoña frunció el entrecejo y asintió. Con un dedo palpaba las gruesas letras de hilo de oro junto al borde inferior del tapiz.

—También hemos de hablar ahora de Juan —dijo, sin volverse—. Me ha pedido permiso para capitanear una cruzada contra los turcos. ¿Lo sabíais? —añadió interrogativamente, al deducir de un sonido que hizo Margarita que ésta ya sabía todo del asunto.

—No me lo ha dicho él directamente —repuso la duquesa— ni conozco todos los pormenores al detalle, pero sé lo suficiente como para comprender que hemos de alentar al máximo ese propósito.

—Eso he pensado yo también. —Felipe se dirigió de nuevo hacia donde estaba ella, midiendo con paso reflexivo las baldosas del suelo—. Supondrá grandes gastos, pero encontraremos los recursos para hacer frente a ellos. Naturalmente, no soy contrario a la idea: creo que una empresa semejante tiene su utilidad. Además, Basaach constituye un peligro para la Cristiandad: no es un hombre, es una fiera aniquiladora. Y ahora que resulta que el de Orléans hace poco prometió ayuda a los húngaros, consistente en una considerable suma de dinero, si mis informaciones no me engañan, y varios de los caballeros de su corte con sus soldados…

—Al de Orléans le resulta imposible ausentarse en estos momentos. —Margarita pasaba sonriente los dedos por sus amplias mangas—. Aunque seguramente ésa sería una solución…

El duque de Borgoña se detuvo.

—Eso es una locura —dijo ásperamente—. Sabéis que me resultaría imposible ejercer mi influencia para conseguirlo, sobre todo ahora que la situación del rey deja tanto que desear. Quiero que Juan marche a esa cruzada; he reflexionado detenidamente sobre el asunto y creo que sería imprudente no aprovechar esta oportunidad. Ha de llevar con él a los mejores hombres que se pueda encontrar. Estoy pensando en enviar emisarios a Enguerrand de Coucy en Italia. Es el único que sabe lo que significa una campaña en Oriente.

Margarita levantó rápidamente la mirada; en un gesto había algo que recordaba a un galgo que aguza el oído, con ganas de iniciar una persecución.

—Pero el señor de Coucy está en Italia al mando de las tropas del de Orléans —objetó—; su regreso causaría allí grandes demoras. Además, yo creía que la situación en Italia contaba con vuestra total aprobación, monseñor.

—Así es —dijo el de Borgoña, apoyando las manos a ambos lados del hueco de la ventana—. Así es, pero ha muerto el Papa Clemente y sin él esa empresa carece de sentido. Además, ahora necesito al señor de Coucy —concluyó—: puedo ofrecerle un mejor empleo para sus aptitudes; no me conformo ni con lo mejor.

—Eso causará gran sensación —corroboró Margarita—, sobre todo en Inglaterra. —Aguardó unos instantes. Mientras plegaba con aparente atención alrededor de sus pies la larga cola de su vestido ribeteada de piel, para protegerse de la corriente de aire frío que pasaba por encima de las baldosas, soltó como de pasada la noticia que consideraba como su aportación más importante a la conversación—: Froissart ha regresado de Inglaterra. Ha solicitado entrevistarse con la reina. Casualmente oí algo sobre las noticias que trae; creo que a vos también os interesará conocerlas, amigo mío.

—¿A qué se refieren, pues, esas importantes noticias de las que os has enterado, querida? —preguntó el de Borgoña, mientras se sentaba frente a su esposa en el apoyo de la ventana. La duquesa juntó sus manos largas y huesudas; en el anillo que llevaba en el dedo índice estaba grabado el lema flamenco de los Borgoña: «*Ic houd*». Yo mantengo.

—El rey Ricardo quiere volver a contraer matrimonio —dijo lentamente—. Desea saber sí una legación sería bien recibida aquí en la corte. Parece ser que su intención es pedirle al rey la mano de la pequeña Isabela. Mi informante parecía estar muy seguro de lo que contaba.

El duque de Borgoña permaneció un buen rato en silencio; sumido en sus reflexiones, miraba fijamente a su mujer.

—Si eso es realmente cierto —observó al fin—, éstas son las mejores noticias que he oído en mucho tiempo. Un matrimonio entre Inglaterra y Francia impediría la guerra o, al menos, la haría muy poco deseable. Ello supondría ventajas nada desdeñables para nosotros, querida. La guerra contra Inglaterra opone de manera tan diametral los intereses de Francia y de Flandes, que yo tendría que romperme en dos mitades para poder cumplir con mis obligaciones. Confió, pues, en que apoyaréis

vigorosamente la embajada de Froissart, y que le señalaréis a la reina las ventajas de dicha petición de matrimonio. Yo intentaré hablar con el rey, siempre y cuando ello sea posible.

—¿Y… el de Orléans? —preguntó Margarita, levantándose. Era amante del orden y la regularidad, por lo que le molestaba que su marido aplazara la audiencia. El duque de Borgoña le ayudó a bajar el peldaño que conducía del poyo de la ventana al suelo. Lentamente la acompañó hasta la puerta.

—El de Orléans sin duda será contrario al proyecto —dijo—. Por eso es muy conveniente que se tomen decisiones antes de que pueda hacer valer su influencia.

La duquesa se detuvo y recogió por encima del brazo la larga cola de su vestido, que arrastraba por el suelo con suave crujido.

—Normalmente se entera de estas cosas con más rapidez de lo que yo desearía; el de Orléans está alerta.

—Lo sé. —Felipe apartó el tapiz de la puerta para que pasara su mujer—. Y no se esfuerza por disimularlo, como ya habréis podido comprobar anoche. Tendré que levantar fuertes muros para contrarrestarlo.

—Dios os ampare, monseñor —dijo la duquesa, con ironía. Aun antes de que Felipe se hubiera incorporado de su ceremoniosa reverencia, había cruzado el umbral y volvió a caer la cortina. Calándose su sombrero de terciopelo, el duque se dirigió a la sala de audiencias.

Luis de Orléans se había acostado vestido para poder dormir aún un rato durante las primeras horas de la mañana. Sin embargo, no conseguía conciliar el sueño. Racaille, su ayuda de cámara, al ver que no se movía y que respiraba pausadamente, creyó que dormía; se acercó sigilosamente y comenzó a quitarle los zapatos llenos de lodo. El fuego bajo la campana del lar ardía ruidosamente, debido al viento matutino que entraba por la chimenea; la temprana luz del sol refulgía en los pequeños vidrios redondeados de la ventana. Mientras el sirviente desataba los cordones de la ropa de su señor, se oyó en la antecámara un rumor de voces, fuertes e insistentes, y una silla que se corría. Rápidamente Racaille se dirigió a la puerta, temiendo que los amigos de Luis vinieran a recordarle alguna promesa de un paseo matutino a caballo, una comida o una cacería. En la antesala había dos gentiles-hombres de cámara y un paje jadeante, que acababa de subir corriendo muchas escaleras.

—¿Dónde está monseñor? —preguntó uno de los gentiles-hombres excitado, mientras intentaba mirar dentro de la alcoba por encima del hombro de Racaille.

—Monseñor de Orléans duerme —respondió el sirviente desabridamente; maldecía la interrupción, pero más aún la locura y temeridad de su señor, quien creía poder prescindir del sueño, vagando por Dios sabía dónde durante las horas destinadas al descanso nocturno.

Los gentiles hombres seguían insistiendo en que se les recibiera; Luis oía sus

voces a través del leve velo que le separaba de la realidad. Si bien no le apetecía reconocer que en realidad no dormía, abrió los ojos y gritó:

—¿Qué sucede, Racaille?

Los gentiles-hombres aparecieron en el marco de la puerta.

—Monseñor —dijo uno de ellos—, acaba de llegar un correo procedente de Lombardia con un mensaje del señor Enguerrand de Coucy.

—¿Y bien? —preguntó Luis, mientras se incorporaba apoyándose en los codos.

—La ciudad de Savona se ha rendido, monseñor —prosiguió el gentil-hombre de cámara alzando la voz—, antes de que se llegara a sitiarla. Sus habitantes quieren concluir con vos una alianza ofensiva y defensiva, cualquiera que sea la postura que adopte Génova. —Luis se sentó, colocando los pies en el escalón delante de la cama. Racaille le trajo unos zapatos secos. Los gentiles-hombres de cámara, quienes habían esperado que el duque mostrara signos de alegría o, cuando menos, de aprobación, lo miraban asombrados y desilusionados; Luis permaneció sentado, sin moverse, mientras Racaille le abrochaba la hebilla de los zapatos.

—Bueno, eso está muy bien —dijo al fin—. Un triunfo para Chassenage y para los soldados mercenarios de Armañac, aunque les haya pesado a los gascones el no haber podido recurrir a la fuerza de las armas. Si todo esto hubiera sucedido en la primavera o durante el verano —prosiguió, levantándose—, habría tenido más motivos de satisfacción. Dadle al emisario ocasión de refrescarse. —Se dirigió a la ventana y miró afuera; el resplandor del sol de la mañana sobre los tejados azulados de las torres casi le cegaba. Entornó los ojos, sin volverse; no le apetecía seguir hablando con los gentiles-hombres de cámara, quienes permanecían aún algo indecisos y desconcertados en el marco de la puerta—. Enviádmelo en cuanto esté listo —concluyó Luis, haciendo un gesto elocuente para indicar que daba por terminada la conversación.

Ya entrado el día, Luis se dirigió a los aposentos de su mujer; como siempre, sentía finalmente la necesidad de hacerla participe de los acontecimientos que le parecían importantes, y de pensamientos y reflexiones que ocupaban su mente. Hacía ya bastante tiempo que había consultado a Valentina por última vez; en los últimos meses no había querido cansarla con conversaciones sobre la campaña italiana o la cuestión de las elecciones papales.

La duquesa de Orléans estaba acostada en el vasto lecho ceremonial, apoyada en almohadones; dos doncellas a ambos lados de la cama la estaban peinando, de pie sobre los escalones. Valentina había dormido mejor que los días precedentes y se sentía despejada, en la medida en que esto era posible en el ambiente cargado de la estancia aún cerrada. En sus ojos se dibujó una sonrisa cuando lo vio entrar; las doncellas se retiraron de inmediato a una estancia contigua. Luis saludó a su mujer más calurosamente de lo que lo había hecho en mucho tiempo; sus deseos de hallar

un oído bien dispuesto y una atención amorosa despertaban en él involuntariamente una mayor cordialidad. Valentina mantenía sus ojos color miel clavados en su esposo, mientras éste arrimaba un banco junto a la cama y se sentaba sobre él; sus mejillas se habían teñido de un leve rubor y la sonrisa le temblaba en las comisuras de la boca. Juntó las manos encima del cobertor. El hecho de que hubiera acudido a ella la llenaba de un contento rayano en la felicidad, aunque no desprovisto de un fondo de melancolía, ya que lo que él buscaba no era tanto a ella como su atención consoladora. Si bien la hija de Gian Galeazzo en modo alguno enjuiciaba sin sentido crítico la política llevada a cabo por el de Milán, no podía tampoco dejar de apoyar los planes realizados o inspirados por su padre, sobre todo aquéllos en los que estaba implicado Luis. En repetidas ocasiones el tirano de Milán había intentado ejercer influencia sobre el rey y sobre su propio yerno, por mediación de Valentina; pero aunque ésta estaba plenamente dispuesta a iniciar negociaciones o formular recomendaciones, nunca se había dejado utilizar como instrumento. Era consciente de que las apariencias estaban contra ella, sobre todo a los ojos de Isabel y de sus parientes bávaros; y es que parecía casi antinatural que una hija no sirviera ciegamente los intereses de su padre.

—Savona se ha rendido —dijo Luis, tras interesarse por la salud de su mujer y la de su hijito—. Enguerrand de Coucy me ha enviado un correo, que llegó esta mañana a palacio. He mantenido una breve conversación con el hombre; estaba rendido, pues al parecer estuvo cabalgando día y noche sin interrupción. —Valentina aguardó unos segundos en silencio antes de responder.

—¿No son ésas entonces buenas noticias? —inquirió finalmente; Luis, quien inclinado hacia adelante trazaba líneas con los dedos sobre el borde de terciopelo del cobertor, se encogió de hombros. Sin contestar, prosiguió tras un breve silencio:

—El de Coucy ha nombrado a Jean de Garenciéres capitán del castillo y la fortaleza de Savona y ha dejado atrás una tropa de ocupación relativamente numerosa. Las noticias me dan la impresión de que los de Savona sobrestiman sus fuerzas; quieren apoyarnos en ulteriores empresas contra Génova, siempre y cuando les paguemos mensualmente mientras dure la campaña, y no poco dinero.

—La alianza con Savona no carece de importancia —dijo Valentina—. Hará que tanto Génova como Florencia se sientan inseguras.

Luis soltó una risa sarcástica.

—No me fío de ninguno de ellos —observó, atusando el terciopelo con la mano y sentándose derecho—. A lo largo de los años he podido comprobar lo que entienden en aquellas latitudes por «negociar». Mientras el cabildo viene a ofrecernos las llaves de la ciudad y una larga lista de condiciones, sus emisarios se escabullen por una puerta trasera para llegar a un arreglo con nuestros enemigos acérrimos. En cualquier caso, las victorias italianas suponen poco para mí, cuando no cuento con el apoyo de la Iglesia; la alianza con Gian Galeazzo por sí sola no constituye recomendación alguna, más bien todo lo contrario: no toméis a mal, querida, que os lo diga con tanta

franqueza. Si me estableciera en el territorio conquistado allá en Italia, viviría tan seguro como una oveja descarriada entre lobos; aunque tal vez éste no sea un símil muy apropiado para mí, que ni soy inocente ni estoy indefenso. Y, además —se apoyó de lado contra el borde de la cama y cruzó los brazos amparándose en la holgura de sus mangas verdes—, ¿por qué razón habría de perseguir conquistas en tierras lejanas, mientras que aquí, bien lo sabe Dios, puedo ser de utilidad, aunque sólo sea como fisgón? En repetidas ocasiones he podido realizar cosas, directamente o ejerciendo mi influencia, que sabía que el rey aprobaría, si conseguía comprenderlas. Los duques jamás tendrán en cuenta los deseos de mi hermano, en cuanto éstos no se ajusten a sus proyectos. En sus momentos de lucidez, el rey no hace sino manifestarme su aprobación por el modo en que he arreglado tal o cual asunto, vos misma lo sabéis, querida. Espero que la enfermedad de mi hermano sólo revista carácter temporal…

—Si —musitó la duquesa de Orléans, sin convicción—. Dios sabe que pido a diario por su recuperación…, a pesar de todo lo que puedan decir de mí… —concluyó con voz temblorosa, conteniendo las lágrimas. Luis alzó rápidamente la mirada.

—Señora —dijo casi con severidad—, debéis estar por encima de las habladurías. Lamentaría profundamente que vuestra serenidad sufriera el más mínimo menoscabo debido a las sandeces que circulan de cuando en cuando.

—Ay, pero no son sandeces —dijo Valentina, con voz aún temblorosa; se esforzaba por no prorrumpir en llanto, el llanto traicionero y vergonzante que se solía apoderar de ella en los momentos de debilidad física—. No son habladurías vanas, monseñor, vos también lo sabéis. Es un baluarte de odio y calumnias, que se está construyendo piedra a piedra. No creáis que estoy ciega y sorda —continuó, en un susurro vehemente, mientras apretaba los dedos—: en las calles de Paris dice la gente que quiero matar al rey…

—Callad, callad, Valentina —la interrumpió Luis, buscando a ciegas su mano por encima del cobertor. Le molestaba sobremanera que ella estuviera al corriente de todo aquello. No se lo esperaba. Valentina prosiguió rápida y acalorada:

—Dicen que mi padre exclamó al despedirse de mí antes de que yo partiera para Francia: «Adiós, hija mía, procurad ser reina cuando nos volvamos a ver»… Pero, Dios mío, eso son calumnias… Si todo el mundo sabe que me vine sin saludar a mi padre, que por aquel entonces se encontraba en Padua…

—Callad, callad —repitió Luis, encolerizado al ver lo que ella tenía que soportar por el odio y la necedad de otros; pero Valentina continuaba:

—Ven la prueba en el blasón que llevo… Sí, parece una simpleza, pero es la verdad… Sabéis cómo es la gente, ella misma crea las pruebas para aquello en que quiere creer…

La mirada de Luis se desvió involuntariamente al escudo de armas bordado en oro en las colgaduras de la cama detrás de su mujer: un campo dividido en dos, en el que

a la izquierda se divisaban los lirios de Valois y a la derecha la víbora que simbolizaba Milán, una víbora dispuesta a devorar a un niño que jugaba. Luis sentía cómo bajo su mano latía el pulso de su mujer; le invadió una profunda compasión.

—No lo sé —se limitó a decir, retirando su mano de la suya—. Esta situación se está volviendo sumamente difícil. Supongo que habré de desaconsejaros que, por ahora, visitéis al rey más de lo estrictamente imprescindible.

—Eso es imposible —repuso Valentina con voz apagada—. Si yo no voy a verlo, viene él aquí, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Le sienta bien. A mi lado se encuentra a menudo más alegre y tranquilo que en otros lugares; da gloria ver cómo en ocasiones es por completo el de antes, hablando con sensatez sobre toda suerte de cuestiones aunque sólo sea por breves momentos —concluyó, sonriendo tristemente. Sin hablarse, los esposos se miraron, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Eran ellos, pensaba Valentina, como los árboles solitarios que a veces consiguen echar raíz en el suelo pelado y pedregoso de las cimas de las montañas. Expuestos a tormentas y rayos, permanecen en pie, viendo pasar las nubes, y las inclemencias del tiempo los pulen gradualmente hasta convertirlos en cepas tan desnudas como las rocas que los rodean. Cuando ella atravesó los Alpes italianos para contraer matrimonio, había visto árboles semejantes, sobre rocas escarpadas, por encima de abismos; torcidos por el viento, calcinados por el rayo. Todo lo que aún llevara follaje en aquella altitud, parecía predestinado a un final terrible.

Se abrió una puerta y penetraron en la sala de alumbramientos varias mujeres: la dama de Maucouvent y la nodriza, que llevaba en brazos al lactante, seguidas de las doncellas del séquito de Valentina. Mariette d’Enghien pertenecía a estas últimas; en cuanto vio al duque, hizo un movimiento como si quisiera retroceder y escabullirse de nuevo por la puerta, pero su compañera la sujetó de la mano. Luis, que se había puesto de pie al entrar las mujeres, saludó a la dama de Maucouvent y levantó, al pasar junto a él, una punta del velo que cubría parcialmente al pequeño Carlos; del niño dormido apenas si podía verse más que una carita encarnada, del tamaño de un puño. El duque pasó sonriendo al lado de las muchachas prosternadas en una reverencia; la mirada que lanzó a la cabeza inclinada de Mariette d’Enghien ni siquiera escapó esta vez a Valentina; tendida inmóvil bajo el cobertor vio alejarse a su marido, mientras los latidos de su corazón casi la asfixiaban.

LIBRO PRIMERO

Juventud

Je suis celuy au coeur vestu de noir[3].

CARIOS DE ORLEANS

I.- Luis de Orléans, el padre

Se j'ay aimé et on m'amé, ce a faict amours;
je l'en mercie, je m'en répute bien heureux[4].

LUIS DE ORLÉANS, en una carta

En un día del mes de julio del año 1395 estaba el rey sentado en una galería abierta, a la que daban sus aposentos en Saint-Pol por el lado del jardín. Para protegerle del sol, habían tendido un dosel verde por encima de su cabeza; en los laterales colgaban tapices hasta el suelo.

En esta tienda se entretenía el rey desde hacía cierto tiempo con un juego de naipes grandísimos, pintados de vivos colores: los ordenaba encima del tablero de una mesa que tenía frente a él, construía torres tambaleantes, y de vez en cuando los barría en un montón con dedos temblorosos. El médico de cámara, Renaud Fréron, contratado personalmente por Isabel tras el despido del de Harselly, se paseaba de un lado a otro por el embaldosado rojo y blanco de la galería, con las manos en la espalda. Varios cortesanos permanecían en la sombra bajo el pórtico, aburridos y cansados. Para distraer al rey, se habían sacado las pajareras al exterior; entre los barrotes dorados de las jaulas había innumerables pájaros de diverso tamaño y colorido que saltaban de un lado a otro gorjeando ruidosamente. La luz blanca y caliente vibraba por encima de los tejados de pizarra del palacio. Hacía más de una semana que el sol recorría un cielo despejado: el calor aumentaba de día en día.

Las calles de Paris estaban desiertas bajo el sol, como si reinara una epidemia en la ciudad. Junto a las riberas del Sena y en las plazas había un olor a desperdicios. El agua del río fluía lentamente bajo los ojos de los puentes, turbia y llena de fango y suciedad. Sólo en los prados y campos extramuros de París proseguía incesante la labor, a pesar del calor abrasador. Los granjeros querían recolectar el grano antes de que se desataran las tormentas devastadoras. Desde las ventanas de Saint-Pol y los castillos circundantes se veía a los segadores moviéndose como puntitos en el campo; el sol se reflejaba en sus hoces y guadañas. Semidesnudos, chorreando de sudor, iban despejando el campo de espigas; tras ellos venían, inclinadas y agachadas, las mujeres, con pañuelos anudados a la cabeza y a los hombros, atando las gavillas. Cegados por el sol y el sudor, rodeados de moscas, recogían el pan para la ciudad de París y el forraje para los animales.

El rey había dispuesto cuidadosamente los naipes en un montón, apartándolos hacia un rincón de la mesa. Permanecía ahora en silencio, con la mirada baja, esperando a su hermano, Luis de Orléans, y al preboste de Paris, cuya presencia había solicitado. Reconocía a las personas de su entorno, era consciente de los acontecimientos y participaba en las festividades organizadas en honor de la legación que había venido de Inglaterra para pedir formalmente la mano de la pequeña Isabela. Aunque Fréron, el médico, prescribía descanso a instancias de la reina y aconsejaba mantenerlo apartado de los asuntos de Estado, el rey aprovechaba el corto respiro entre los períodos de demencia. Sabía demasiado bien que la lúcida calma en su cabeza, el sentimientos apacibles de liberación, no serían duraderos; que en breve —pero, ¿cuándo?, ¿cómo?— volvería a invadirle aquella angustia mortal, el dolor punzante en su cerebro, la oscuridad llena de visiones infernales. Veía con desesperación el tiempo transcurrido desde su último periodo de salud mental. Conseguía recordar vagamente algunos sucesos posteriores: una conversación con su cuñada, la duquesa de Orléans, que estaba en cama —¿por qué?, ¿cuándo?— y el nacimiento en enero de su propia hija menor, Micaela. Carlos meneó lentamente la cabeza y se mordió las uñas pensativo. Anhelaba ver a Valentina; había querido enviarle un recado, pero de las conversaciones de los cortesanos creía inferir que ella no estaba en Saint-Pol. Un sentimiento de vergüenza y orgullo frente a los altivos y burlones caballeros que le rodeaban, con sus sonrisas de conmiseración, le impedía al rey hacer preguntas. Las informaciones sobre aquello que más le interesaba únicamente podía obtenerlas de las personas de su confianza; se consideraba afortunado por poder contar con la cercanía de su hermano, como también del preboste, un hombre competente y honesto, que lograba mantenerse a pesar de los obstáculos.

En el fondo, el rey se sentía aliviado por el hecho de que el intenso ajetreo impidiera a Isabel venir a visitarlo. Era ella quien corría con toda la responsabilidad de recibir a los legados ingleses. Una conversación con su mujer era lo que más temía; si bien nadie aludía en su presencia a las ofensas que había inferido a la reina, cegado por la locura, comprendía lo suficiente. Recordaba las lágrimas y los reproches de Isabel, las revelaciones nocturnas; petrificado de horror por su propia crueldad inconsciente, había escuchado sus susurros desde la cama. Aquello había sucedido en la primavera del año anterior. «¿Qué habré dicho o echo yo desde entonces?», se preguntaba, inquieto; miró un instante, rápida y tímidamente, a los cortesanos, que conversaban bajo el pórtico. Frente a él había sobre la mesa una fuente de plata con fruta; quitó los melocotones uno por uno y levantó la fuente a la altura de su rostro. Aún no se había atrevido a quejarse de la ausencia de espejos en sus aposentos, porque ya sospechaba cuál era la causa de esta medida. Ahora, semioculto entre los tapices de su tienda, se contemplaba en el fondo pulido del plato, mientras se palpaba con dedos fríos las mejillas y la frente; su boca se abrió involuntariamente, incrédula y horrorizada. Percibió el ruido de pisadas y voces en

las galerías colindantes; los pájaros trinaban cada vez más ruidosamente batiendo sus alas contra los barrotes. Se apresuró a colocar la fuente de nuevo sobre la mesa. Vio a su hermano que se dirigía hacia él; la boca de Luis temblaba de emoción.

—Majestad, mi señor —dijo, arrodillándose delante del rey, sin apartar la mirada de su semblante—. ¿Es verdad que estáis mejores?

El rey dio unas palmadas sobre el banco cubierto de cojines.

—Siéntate a mi lado —dijo en voz baja— y ordena que nos dejen solos.

Los caballeros y los pajes se retiraron al fondo de la galería; sin embargo, Renaud Fréron siguió paseándose de un lado a otro, contrariado; el rey recibía visitas en contra de su dictamen, y temía una reprimenda por parte de Isabel. Bajo el dosel estaban los dos hermanos sentados uno junto al otro; Luis, bronceado por la vida frecuente al aire libre, en la postura distendida del que sabe dominar cualquier músculo de su cuerpo; Carlos, con una palidez cenicienta y el decaimiento propio de un anciano.

—Cuéntame cómo te va, hermano —dijo Luis, colocando su mano sobre la del rey—. ¿Ya no sientes dolores? ¿Tienes la mente despejada? Hace mucho tiempo que no he disfrutado mayor felicidad que ésta: la de poder hablar juntos gozando de buena salud.

—Mi situación es comparable a la de alguien que ha cambiado temporalmente el infierno por el purgatorio —respondió el rey, con una sonrisa triste y cansada—. No, no tengo dolores… Pero me hace sufrir más la incertidumbre. —Miró tímidamente de soslayo a su hermano—. No me acuerdo de nada —susurró suspirando.

Luis calló. No encontraba palabras para expresar su conmiseración. El rey permanecía completamente inmóvil, encogido dentro de los pliegues de su manto. Guiñaba nerviosamente los ojos algo enrojecidos.

—Has de contármelo todo —prosiguió al cabo de un rato—. Nadie sabe por cuánto tiempo podré ocuparme de mis asuntos. Pero tú, hermano. Habrás estado vigilante, como me prometiste. ¿No es así?

—Así es —dijo Luis, también en voz baja. Tomó de la mesa los naipes y los abrió en forma de abanico; veía a la Dama sonriente, que llevaba un halcón sobre el puño, al Valet vestido de armadura y al Bufón con su gorro de cascabeles.

—Ayer recibí en audiencia a los legados ingleses —prosiguió el rey—. Al parecer yo autoricé su venida aun antes de las Navidades.

—Nuestro tío el de Borgoña era partidario acérrimo de ello —dijo Luis como sin darle importancia, mientras contemplaba uno a uno los naipes artísticamente decorados—; por ello al final también los monseñores de Berry y de Borbón dieron su voto favorable. En cuanto a la reina, su hermano mantiene relaciones de amistad con Inglaterra. La mejor manera, y la más fácil, de consolidar una relación es celebrando un matrimonio, sobre todo cuando el grado de parentesco con la novia es tan colateral que no acarrea obligaciones pecuniarias.

—¿Cuál es tu opinión, hermano? —preguntó el rey sin desviar la mirada de su

ocupación, que consistía en trenzar y destrenzar los flecos del mantel. El de Orléans sonrió amargamente.

—Comparto la opinión de aquellos que afirman que carece de sentido sellar un acuerdo entre dos reinos a los que sólo les quedan pocos años de armisticio —dijo, colocando los naipes sobre la mesa—. Es inútil desde un punto de vista político, pues no creo en la posibilidad de que esto suponga el fin de las hostilidades. Y para la infanta Isabela es un acto criminal, ya que al convertirse en reina de Inglaterra sufrirá si se reanuda la guerra. —El rey se encogió de hombros dubitativamente—. Están ahora aquí, han traído obsequios y cartas amistosas del rey Ricardo. Ese Norwich, el duque de Rutland, ¿no es así?, parece un embajador competente y cortes.

—También los señores de Notungham y Scrope, que hasta ahora se han mantenido en un discreto segundo plano durante las recepciones, deben de ser igualmente avezados para las negociaciones. Me consta que se pretende presentar una propuesta tendente a revisar los términos del armisticio, por espacio de veinte o treinta años. —El rey arqueó sus finas cejas por un instante—. Parece que Ricardo desea realmente la paz —observó vacilante—, cuando es él quien la pide y deja que nosotros fijemos las condiciones.

—¡Bah! —Luis hizo un gesto de irritación—. No creas que Inglaterra, ni por supuesto tampoco el de Borgoña, saldrán perjudicados de un acuerdo. Supongamos que Ricardo no tenga ganas de reanudar la contienda, ¿por qué no? Dicen que es un hombre noble, en quien se puede confiar, y pronto a dirimir disputas. Pero aún está por ver hasta qué punto una nueva tregua supondrá realmente el fin de las correrías y las incursiones. No olvides, hermano, que en los dos últimos años me he encargado de la realización del plan que examinamos en su momento, poco antes de que enfermaras por primera vez. Tras las batallas de Poitiers y Crécy, cualquiera que entienda un poco de estas cosas habrá podido percatarse de que nuestros soldados no pueden medirse con los arqueros ingleses. Resulta inexplicable que a ninguno de nuestros señores jefes de ejército jamás se le ocurriera adiestrar a nuestros hombres con el mismo material que utilizan los ingleses. Pues bien, puedes tener la certeza de que me he encargado de ello. La mayoría de los pueblos y ciudades disponen a la sazón de grupos de tiradores, que son tan diestros en el manejo de los arcos como en el de las ballestas. Esto les fue de gran utilidad a los habitantes de Normandia y Bretaña el pasado año, cuando los ingleses infestaban las costas. —Calló por un momento, y en su boca reapareció el rictus de amargura—. Por ello resulta doblemente duro tener que presenciar continuamente los intentos de los señores de la alta nobleza de disolver los grupos de defensa. Temen tanto las rebeliones populares que prefieren dejar el país en manos de los ingleses.

El rey suspiró tan profundamente que casi pareció que gimiera. El médico de cámara se volvió y se acercó de inmediato. El rey, que tenía motivos para odiar y temer a Fréron, comenzó a temblar, pero supo dominarse y, en un alarde aparente de su antigua autoridad, gritó que no quería que le importunaran. Haciendo reverencias,

el médico retrocedió a donde estaba el grupo de nobles que aguardaba.

—No quiero volver a ver a ese hombre a mí alrededor —dijo el rey, tirando nerviosamente a la cortina; se cambió de sitio en el banco, para quedar oculto a las miradas del médico—. Me extrae demasiada sangre, y la debilidad me produce vértigo. No, no, hermano, deja que termine de hablar. Dios sabe cuándo podré volver a hacerlo. Te compadezco —prosiguió con vehemencia, apartando la copa que le ofrecía Luis—: de los dos te ha tocado la peor suerte. Pocos te agradecerán tus actos…, es más, tu labor se ve entorpecida y bien poca es la ayuda que yo puedo ofrecerte. ¡Dios mío! ¿Por qué no me quitarán la vida cuando soy presa de los ataques de demencia? —En sus párpados hinchados asomaron las lágrimas; permaneció inmóvil, como anonadado.

—Calla ahora; domínate —dijo el duque de Orléans casi con rudeza—. Hago lo que puedo, aunque no puedo mover montañas. Hemos de ayudarnos nosotros mismos, hermano; los lobos avanzan sigilosamente y no nos respetarán. He de afrontar muchas trabas y decepciones, pero no por ello pienso abandonar la lucha. Sabré ser más hábil que el de Borgoña. El cree que me ha ganado la partida si se logra la alianza matrimonial con Inglaterra; pero se equivoca una vez más nuestro señor tío. Buscaré una fuerza allí donde también él la ha buscado: en la amistad Ricardo de Inglaterra. Ya he hecho gestiones para tal fin.

El rey frunció el entrecejo, sumido en cavilaciones. Apenas alcanzaba a abarcar la situación: desde su último período de lucidez habían sucedido tantas cosas de las que desconocía el desarrollo exacto… Unas palpitaciones lentas e intensas detrás de sus ojos presagiaban un nuevo ataque de jaqueca; se colocó una mano sobre la frente, reclinándose hacia atrás.

—¿Te canso, hermano? —preguntó Luis, lleno de remordimientos. Pero el rey meneó rápidamente la cabeza.

—Sigue hablando —susurró—. ¿De modo que tú me aconsejas dar curso favorable a las negociaciones?

—No habrá otro remedio. Los caballeros ingleses están aquí y la reina ha indicado que esta tarde pueden presentar sus respetos a doña Isabela. Los duques deliberan incesantemente para fijar las condiciones. Al parecer hay muchos deseos con los que hay que contar. Ahora bien, te aconsejo una cosa —se inclinó hacia el rey, colocando una mano en su rodilla—: Insiste en que se incluya una cláusula en las capitulaciones por la que doña Isabela quede excluida de la sucesión al trono, e incluso de la herencia de cualquier territorio francés. Sé generoso en la dote, pero ¡exige dicha cláusula, hermano!

El rey, pensativo, se mordía los nudillos de la mano izquierda. Contemplaba el rostro de su hermano, tan cerca del suyo; veía cómo se traslucía la sangre saludable bajo la piel morena de Luis, y su mano alargada y musculosa alzada en ademán de advertencia. La desesperación y repulsa ante su propia decadencia le provocaron un escalofrío.

—Tú puedes insistir en ello —dijo, vacilante—. Al fin y al cabo, estarás presente… —Luis suspiró impaciente.

—Esto es demasiado importante —recalcó—. Gracias a Dios, tu condición actual te permite intervenir en este punto. Como era de esperar, a mí me han mantenido al margen de todo cuanto han podido. El de Borgoña procuró tenerme ocupado con otras cuestiones. ¿Sabes algo de nuestros problemas con el Papa? —inquirió cautelosamente, tras un breve silencio. El rey hizo una mueca nerviosa y negó con la cabeza. Luis permaneció en silencio durante unos instantes, con la mirada perdida. No era tarea fácil informar al rey; sin embargo, quería omitirle lo menos posible ya que sin duda los regentes aprovecharían el restablecimiento temporal del rey para imponerle sus propias opiniones—. ¿Aún recuerdas —prosiguió lentamente— que hace más de un año, aconsejado por la Universidad, hiciste que se celebrara una votación entre el clero? En aquella ocasión éste se pronunció por la cesión en beneficio de una reelección.

—Sí —respondió Carlos, aún titubeante—. ¿Se salieron con la suya los doctores de la Sorbona? Tú siempre les pusiste trabas, no es así, hermano. —Luis se encogió de hombros, irritado.

—Eso ahora no viene al caso —dijo malhumorado—. Confieso que no podía, ni puedo, soportar su grandilocuencia. «Corregir y juzgar». «*Et doctunaliter, et judicialiter*». —Imitó la voz algo ronca de uno de ellos—. Actúan como si lo supieran todo. Además, eran partidarios de Roma, lo cual era de esperar, ya que casi todos los sabios vienen del extranjero. Maldecían Aviñón de todas las maneras imaginables. Pero a todo esto, el pasado otoño murió el Clemente…

El rey asintió, y sus ojos empezaron a brillar.

—Sí, sí —dijo rápidamente—, ya lo sé. Firmé cartas dirigidas a los cardenales de Aviñón… pidiéndoles que no eligieran un nuevo papa.

—Los cardenales no se dignaron abrir las cartas y eligieron inmediatamente a Pedro de Luna. —Luis soltó una risa burlona al recordar su propio ánimo esperanzado de aquella época—. En aquel momento me pareció un signo favorable, ya que me constaba que el de Luna era favorable a la cesión. Sin embargo, muy pronto tuve motivos para dudar de sus buenas intenciones. La Universidad no nos dejaba en paz, y enviaba a diario a sabios doctores y oradores para abogar por la causa de la cesión. Así pues, la pasada primavera me desplacé a Aviñón con monseñor de Berry y una legación de la Sorbona. Hablamos día y noche con el de Lima, pero es un hombre astuto que en ningún momento se Mostró tentado a hacer promesas. ¿Y cuál ha sido el resultado? En Aviñón hay un papa que se llama a sí mismo Benedicto y que no piensa renunciar en beneficio de una reelección. Adiós unidad de la Iglesia.

—Dios mío —musitó Carlos—. ¿Cómo podremos hallar la paz ante las tribulaciones del mundo, si hasta nuestra consoladora, la Iglesia, se ve desgarrada por las disputas y disensiones?

Luis hizo un gesto de impaciencia y disgusto.

—La Iglesia, la Iglesia… A veces pienso que hemos de buscar nuestro consuelo, como tú dices, en cualquier lugar que no sea la cercanía de clérigos y prelados. ¿Quién puede alumbrar nuestra oscuridad? Somos ignorantes, hermano, apenas si nos atrevemos a tantear en derredor nuestro.

El rey comenzó a inquietarse. Estaba fatigado y le molestaba el calor.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —murmuró—. Lo que acabas de contarme ya es lo bastante grave, pero ¿qué puedo hacer para remediarlo? ¿Qué esperan de mí? ¿Dónde está la señora de Orléans? —preguntó repentinamente, incorporándose—. ¿Por qué aún no me ha visitado? Desearía verla. Hace mucho tiempo que vino a verme por última vez; ¿acaso está enferma? ¿Por qué no me contestas? —prosiguió, receloso. El de Orléans permanecía con la cabeza agachada.

—Mi mujer ya no está en Saint-Pool —dijo al fin, sin mirar al rey—. Desde su misa de purificación, tras el nacimiento de nuestro hijo Carlos, vive en el Hotel de Béhaigne. —Era ésta una de las innumerables casas que poseía Luis de Orléans en París, dispuesta con toda clase de comodidades y rodeada de hermosos jardines.

En las mejillas del rey se encendieron dos manchas de carmín a la altura de los pómulos. Ahora fue él quien bajó la mirada.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro. Le había invadido un sentimiento de culpabilidad y vergüenza que no sabía explicarse.

—Vuestras simpatías hacia la señora de Orléans han levantado sospechas —contestó Luis formalmente—. Me pareció más aconsejable que abandonara Saint-Pool.

—Pardiez —dijo el rey—, ésta es una grave ofensa. ¿Tiene algo que ver en esto el de Borgoña?

Luis de Orléans se encogió de hombros.

—Eso es imposible de comprobar. Tan difícil es sorprender a una serpiente en su escondrijo como averiguar el origen de un bulo calumnioso, eso lo sabes tú tan bien como yo, hermano.

El rey, que ya estaba intranquilo y muy fatigado, no conseguía contener las lágrimas. Derrumbado sobre el banco, gemía convulsivamente. Luis intentaba en vano calmarlo con reprensiones, palabras de consuelo y promesas.

El médico Fréron, cuya mirada no se había apartado ni por un instante del pabellón real, acudió seguido del anciano ayuda de cámara del rey. A pesar de su manera de hablar suave y sumisa y sin actitud de extrema cortesía hacia el duque de Orléans, había en el proceder del médico un elemento de fría insolencia. Fréron tenía reputación de médico competente; sólo Isabel sabía que anteponía su propio interés al de su regio paciente. Lo que su antecesor, el de Harselly, nunca hubiera hecho, a él no le costaba trabajo; a petición de Isabel, administraba al rey brebajes y polvos preparados por el exorcista Guillaume; en algunas ocasiones, incluso, permitía que el asceta entrara a medianoche en la cámara del rey para efectuar conjuros secretos.

Fréron se había opuesto, mientras le fue posible al propósito del rey de recibir a varios amigos de confianza en audiencia privada. La excitación podía provocarle una recaída. El médico dirigió una mirada contrariada a Luis de Orléans, cuando éste salió de debajo del dosel. No soportaba al hermano del rey, quien entorpecía tanto su labor como la de Guillaume. El de Orléans se mordió los labios, reprochándose a sí mismo su imprudencia. Por otra parte, sabía por experiencia que era preciso aprovechar cualquier momento de lucidez del rey, antes de que los regentes o Isabel lo acapararan, obligándole a dedicar su atención a asuntos de importancia secundaria. No le cabía la menor duda de que tanto el de Borgoña como la reina, influida por éste, velarían por evitar que hablara a solas con su hermano. Si bien la reina y los duques se encontraban aún demasiado ocupados con la importante visita de los nobles ingleses, era más que probable que se percatara rápidamente del alcance de la mejoría del rey.

—Descansad ahora, mi señor —dijo Luis en voz baja al enfermo, el cual, apoyado en el ayuda de cámara, acababa de beber algo; el médico asistía a la escena con ojos fríos y vigilantes—. Volveré más tarde: aún quedan muchas cosas por hablar.

El rey asintió e hizo una señal con la mano. Se había recuperado algo, pero todavía le temblaban los labios y tenía los ojos enrojecidos.

En el grupo de nobles al otro lado de la galería se percibió un movimiento. El preboste de París, De Tignonville, precedido por escuderos y pajes del cortejo real, apareció por el portón que comunicaba esta parte de Saint-Pool con las dependencias oficiales. Le acompañaban un secretario y varios escribientes. El de Orléans respondió al grave saludo del magistrado. Con mirada preocupada, se despidió ceremoniosamente de su hermano y se retiró.

—Mandad que coloquen dentro a los pájaros: hace demasiado calor —dijo a uno de los pajes antes de abandonar la galería. Fréron, quien había ordenado sacar los animales, entornó los ojos. El rey invitó al de Tignonville a sentarse frente a él bajo el dosel.

—No habléis de mi estado de salud, señor. Quiero aprovechar las escasas horas de cordura que Dios me concede, para poner en orden mis asuntos.

El de Tignonville, hombre de edad madura, de apariencia tranquila y austera, cerró los ojos por un instante, en ademán de asentimiento y comprensión; llamó al secretario, que se acercó con varios rollos de papel: cuentas, sinopsis, peticiones. Mientras el preboste se ocupaba de los papeles, el rey retiró rápidamente el montoncito de naipes de la mesa.

—¿Qué nuevas traéis de París? —preguntó el rey, mirando inquieto el sinfín de hojas de apretada letra que el preboste alisaba concienzudamente antes de presentar al rey.

—La ciudad siente gran preocupación por Vuestra Majestad —contestó el de Tignonville con lentitud— y por el cisma dentro de la Santa Iglesia. Reina entre la población la inquietud y el miedo, el invierno ha sido crudo, ha habido mucho

sufrimiento en la ciudad y en sus alrededores. Ahora es la sequía la que azota el país… He observado con frecuencia —prosiguió, tras un breve silencio— que en los tiempos de tensión y estrechez las gentes reaccionan de dos maneras: unas buscan una vida de penitencia y austeridad, otras caen en la delincuencia y el libertinaje. Lo mismo ocurre en Paris. Majestad: hay procesiones y asambleas en el cementerio de los Inocentes; pero las posadas y los burdeles están tan llenos como las iglesias, y el Châtelet, las picotas y el campo de los ahorcados están abarrotados. No creo que jamás haya vagabundeando por la ciudad tanta gentuza como en los últimos años. Las casas están descuidadas y las calles parecen basureros. No son noticias agradables las que os traigo, Majestad, pero es la verdad.

El rey permaneció encogido durante unos instantes, sin tocar los documentos extendidos ante él. El reflejo verdoso de los tapices hacía que su rostro pareciera el de un ahogado, fofo, transparente, completamente descolorido.

—¿Cómo puede estar sano el cuerpo, si el cerebro está corroído por la enfermedad? —musitó—. Por fuerza ha de reinar mucho embrutecimiento y desorden en Francia, De Tignonville; pues cuando el rey estaba sano, no tenía voluntad ni entendimiento para reinar, y ahora que quisiera dedicarse a su tarea como un buen soberano, bien lo sabe Dios, ha perdido el juicio. —Meneaba la cabeza como si sintiera dolores. El preboste suspiró, pero no respondió.

Luis de Orléans se dirigió a sus propios aposentos; aunque oficialmente residía en el Hotel de Béhaigne, pasaba seis de cada siete días en Saint-Pool. Dispensó a su paje y a los nobles de su séquito de ulterior servicio y se retiró a la fresca penumbra de la sala de armas. Le invadió allí de nuevo la sensación de desánimo que había arrastrado durante todo el invierno y la primavera; la inquietud, la duda y el disgusto ante la propia impotencia lo atormentaban de tal modo, que andaba presuroso entre los gobelinos de colores otoñales y las panoplias en las que relumbraban las espadas y los cuchillos. Pensaba, lleno de amargura, cuán poco gratificante era la labor que había acometido: a qué aspiraba sino a desbaratar los logros del de Borgoña, a debilitar cualquier medida del regente mediante un contragolpe. Aún no acertaba a ver adónde podía llevarle tal resistencia: no se sentía capaz de empuñar las riendas, de controlar la situación, de desplazar al de Borgoña de escena. Se veía a sí mismo como uno de esos insectos acuáticos llamados escribanillos del agua, que están en constante movimiento sin lograr avanzar. Así también se movía él de un lado a otro entre Isabel, los duques y el rey; casi siempre algo rezagado con respecto a los acontecimientos y, si en alguna ocasión lograba anticiparse, su tío el de Borgoña iba pisándole los talones. El traslado de Valentina al Hotel de Béhaigne, las negociaciones fracasadas con el papa de Aviñón, los proyectos del matrimonio real: todas estas cosas constituían para él otras tantas derrotas. Sabía que tenía que recurrir de nuevo a la estrategia que había demostrado ser la que mejor le permitía entorpecer

la política del de Borgoña: renunciar a sus propios proyectos iniciales y hacer lo que aquél menos esperaba de él.

Luis era consciente de que un proceder semejante revestía en varios aspectos el carácter de una acción desesperada. Le repugnaba el tener que maniobrar constantemente, cambiando por completo de dirección. Una vez más veía ante sí una larga serie de complicadas jugadas políticas. Había desviado su atención de los asuntos italianos: Gian Galeazzo había sido proclamado duque de Milán por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Wenceslao; esto confería al tirano un poder más grande en su entorno del que jamás había tenido. Luis pensaba que en los tiempos venideros su suegro tal vez preferiría arreglar sus asuntos sin ayuda extranjera. La posibilidad de que el papa Benedicto de Aviñón renunciara voluntariamente le parecía muy remota, después de todo lo acontecido en la primavera. Los partidarios de la cesión tenían en el duque de Borgoña un adepto y promotor convencido; por ello Luis estudiaba la posibilidad de apoyar en el futuro al papa de Aviñón, por mucho que desconfiara de él. Por otra parte, se sentía obligado a revisar a fondo su actitud frente a la cuestión inglesa. El único problema para el que no hallaba solución era el del desconsuelo de Valentina; contemplaba impotente cómo la hostilidad frente a ella crecía día tras día, en el círculo de los parientes de la realeza —aunque le enviaran cartas y obsequios—, en la corte y entre la población de Paris.

Luis de Orléans permaneció con las manos en la espalda ante una de las panoplias. En alguna ocasión había oído contar la historia de un caballero que llevaba la desgracia día y noche colgada del cuello en forma de demonio; ahora él mismo conocía aquella carga pesadísima, aquella opresión que no remitía nunca. Incluso con el vino y las distracciones, durante la breve exaltación de las aventuras amorosas que perseguía buscando el olvido, en ningún momento le abandonaban los pensamientos sombríos. Pensaba en su hermano, el rey: avergonzado e inquieto, encogido bajo los tapices verdes de su pabellón, atemorizado por su médico, y asustado ante la perspectiva de nuevos ataques de locura. En pocos años aquel joven bondadoso, entregado al placer y las diversiones, se había convertido en una ruina, en un enfermo indefenso, que en vano pugnaba por reparar en los momentos de lucidez lo que había estropeado con su necedad durante los diez años de su reinado. Aquel ser martirizado por la fiebre y el desconcierto llevaba la corona de Francia. Su mano, incapaz de sostener una copa de vino sin derramarla, recurría con demasiada rapidez a la pluma para firmar decretos y órdenes, de cuyo alcance él mismo no se percataba. Se alternaban en él rachas de suspicacia con otras de confianza ciega, en las que por la mañana Luis conseguía convencerlo con la misma facilidad que por la tarde el de Borgoña. Luis lo sabía por experiencia: no era raro que el rey, tras una conversación con el de Borgoña, revocara una decisión que hubiera tomado antes a instancias de Luis.

El duque de Orléans suspiró y reanudó sus paseos por la sala de armas. En las paredes sonreían las santas vírgenes que acompañaban a María al Paraíso para su

coronación; sus túnicas de rígidos pliegues se extendían alrededor de sus pies por los campos celestiales. Entre rosas y lirios avanzaban en procesión santa Catalina, santa Bárbara, Úrsula, Verónica…, llevando coronas y velos como princesas mundanas. Luis contemplaba aquellas sonrisitas dulces y misteriosas, aquellas manos cruzadas castamente sobre el pecho o el regazo; Mariette d'Enghien solía adoptar una expresión parecida y una postura igualmente casta cuando se encontraba entre las mujeres del séquito de Valentina. Ni las dotes de persuasión de Luis ni el anillo mágico que le había traído el astrólogo Salvia habían podido quebrantar su resistencia. Rechazaba los regalos tímida pero resueltamente; cuando él intentaba abordarla, permanecía inmóvil, con la mirada baja. Si se hubiera tratado de otra mujer, sin duda Luis habría abandonado al poco tiempo sus infructuosas tentativas; por lo general no se esforzaba tanto sólo por mor de la belleza. Normalmente tampoco se veía obligado a hacerlo, ya que eran casi siempre las propias mujeres las que se le ofrecían antes de que él se dispusiera a conquistarlas. Ni él mismo sabía por qué deseaba a Mariette d'Enghien cada día más; en las coplas que le enviaba, la comparaba con un prado oculto bajo la nieve, un arroyo helado como el cristal, una gélida brisa de primavera. Ella rara vez le contestaba cuando él le hablaba; en alguna ocasión le dirigía una mirada fugaz, de un resplandor verde y reluciente, en la que latía algo que él no acertaba a comprender. Intentaba olvidar su decepción y su disgusto en los brazos de otras mujeres: aventuras fugaces con desconocidas que encontraba en la calle o en las tabernas, relaciones de pocos días con una dama de honor de la reina, o con la esposa casquivana de algún noble que residiera en Saint-Pool. A Valentina la trataba con muchísima ternura; tras el parto aún no había recuperado las fuerzas y sufría, aunque no lo dejara traslucir, con las calumnias que intentaban hacerle la vida imposible en Paris.

Luis contrajo los labios en una mueca sarcástica, al tiempo que alzaba la mirada a los santos imperturbables del tapiz mural. «¿Acaso ella tiene un talismán que la protege del amor?» —preguntó a media voz, en tono burlón—. Pero, con todo, es insegura. Huye, sin saber ella misma por qué. —Surgió ante él una visión tentadora: Maret, con el pelo rojizo suelto por los hombros, y el casto vestido a punto de caer. Se cubrió los ojos con la mano, apartándose rápidamente del tapiz.

* * *

En el jardín de recreo del Hotel de Béhaigne hallábase sentada valentina, duquesa de Orléans, entre el espeso follaje de un pequeño cenador. Los árboles sombreaban la hierba; bordeado por lirios y alhelíes, brotaba un surtidor de una pila de mármol. Rodeaba el jardín un seto de arbustos recortados; era aquello como una estancia verde y olorosa. La sombra y una nebulosa de gotas de agua mantenían fresco, el aire; el calor seco y sofocante que ardía fuera del pequeño jardín en las piedras y la arena, no llegaba hasta las mujeres en el cenador.

Valentina llevaba la cabeza descubierta y vestía una camisa ligera; en su regazo tenía su arpa, artísticamente decorada, que había traído de Lombardia. A su alrededor había en la hierba rollos de música. En lugar de tocar el instrumento, se limitaba a rozar las cuerdas con las yemas de los dedos, sumida en reflexiones. Había ordenado a las mujeres que la habían acompañado durante la mañana que volvieran a la casa, excepto a Mariette d'Enghien; la muchacha había solicitado entrevistarse con ella. Valentina sabía muy bien de qué se trataba; temía la conversación, pero por otra parte anhelaba oír la verdad. Su intuición le decía que Mariette d'Enghien rechazaba las mentiras y los secretos; la muchacha no sabía adular, y carecía de la tendencia a intrigar. La duquesa de Orléans, que la espiaba sin cesar, había tenido sobradas ocasiones para comparar a Maret con las doncellas de su séquito, expertas en el ceremonial. Inicialmente le había asombrado un poco el tímido orgullo de la doncella d'Enghien, su modo de hablar arisco, su mirada llena de reserva interior. Sus compañeras se mofaban de ella por lo que denominaban su provincianismo; era sabido que procedía de una región solitaria y que había pasado su infancia en un castillo remoto y poco confortable, rodeada de parientes que se preocupaban poco o nada de las maneras cortesanas. Por mucho que Valentina se rebelara contra el hecho de que Mariette consiguiera fascinar a Luis como ninguna otra mujer, tenía que reconocer que la honradez vía fría sencillez de la muchacha era auténtica. No creía que existieran relaciones amorosas entre su esposo y aquella dama de honor callada y esquiva. Si sabía instintivamente que la relación tensa que se adivinaba en la rabia semicontenida de Luis y la sufrida resistencia de Maret, representaba un peligro mayor que una pasión expresada abiertamente. Valentina contemplaba confusa la situación; nunca había motivo para una conversación esclarecedora, no había nada que reprochar, ni siquiera que advertir. La duquesa de Orléans recordaba llena de melancolía el día en que —cuatro o cinco años antes— se había enterado por primera vez de que su esposo aspiraba a los favores de una hermosa ciudadana. Había mandado llamar a la mujer y la había amenazado, en caso de que accediera a las pretensiones de Luis. Aquella dolorosa conversación le había ocasionado mucha amargura y desencanto; desde entonces jamás había vuelto a pedir cuentas a las queridas del de Orléans. El caso de Mariette d'Enghien era distinto: no tenía pruebas, ni siquiera una sospecha fundada. Pero ahora era la propia Maret la que le pedía una audiencia.

Las dos mujeres jóvenes estaban sentadas frente a frente a la sombra del follaje. Pequeñas manchas de sol temblaban en la tela de sus vestidos, en el papel pautado, en la hierba espesa y corta. Hasta los pájaros habían enmudecido con el calor. En las calles cercanas no se oía un solo ruido.

—Señora —dijo Mariette d'Enghien pausadamente, clavando sus grandes ojos claros en Valentina—, os pido que me dispenséis de vuestro servicio.

La duquesa de Orléans se sobresaltó involuntariamente: no había esperado una cosa así.

—¿Queréis regresar junto a vuestros parientes? —preguntó en voz baja—. Esto podría prestarse a interpretaciones erróneas: quisiera ahorrároslo. Yo no estoy descontenta —añadió rápidamente; se arrepintió de inmediato de su tono confidencial, al ver que Maret palidecía de vergüenza y disgusto.

—No tengo por qué volver a casa —repuso ésta, bajando la mirada. Valentina seguía rozando las cuerdas del arpa con los dedos, produciendo sonidos vagos y suaves. No buscaba una melodía: lo hacía inconscientemente.

—¿Adónde podéis ir? —preguntó, sin mirar a la muchacha.

Mariette cruzó las manos rígidamente sobre su regazo.

—Veréis, señora: he accedido a convertirme en la mujer del señor Aubert de Cany, quien sirve en el séquito del rey.

Valentina levantó rápidamente la cabeza.

—Nunca supe que existieran promesas matrimoniales entre vos y el señor de Cany.

—Mis parientes se han encargado de todo —respondió la muchacha, impasible—. El señor de Cany pedirá al rey su consentimiento. Pero, si he entendido bien, eso es una mera formalidad; nadie puede impedir que se celebre el matrimonio.

El corazón de Valentina latía con tal fuerza, que ésta pensaba que tenía que oírse en el profundo silencio. Intentó buscar un tono burlón para la pregunta que más la atormentaba.

—Así pues. ¿Vuestro corazón no estaba en la corte de Orléans mientras estuvisteis a mi servicio?

Mariette se levantó; los pliegues de su vestido crujían al rozar la hierba.

La marquesa de Orléans vio que los ojos verdes de la muchacha estaban llenos de lágrimas. Pero su boca mantenía sus contornos severos. Apretados.

—Mi corazón estaba con vos, señora —dijo Maret en tono casi áspero—. Por eso me marcho. Os pido que me disculpéis.

Valentina dejó el arpa sobre la hierba y tomó la mano de Mariette d’Enghien en la suya.

—¿Es que no podemos hablarnos con toda franqueza? —susurro. Mariette se mantenía inmóvil; la duquesa sentía que algo dentro de la muchacha ofrecía resistencia: la mano que sostenía estaba fría, a pesar del calor.

—Señora —contestó Maret d’Enghien con dificultad—, deseo convertirme en la mujer del señor de Cany. Es un hombre noble, señora…, demasiado bueno para ser engañado. Allí donde me crié no existe mucha comprensión o palabras de disculpa ante el adulterio. Esto así me lo enseñaron, no puedo verlo de otra manera. Para mí es una gran suerte desposarme con alguien como el señor de Cany, cuyas ideas no son menos estrictas que las mías.

—Maret, Maret… —preguntó la duquesa de Orléans—, ¿acaso huís de algo?

En los ojos verdes de Mariette d’Enghien asomó un destello de impaciencia.

—Ponéis en duda mi valentía, señora —dijo—, y la firmeza de mi carácter. —

Valentina suspiró y soltó la mano fría y húmeda de la muchacha. La doncella se agachó para recoger los rollos de papel pautado.

—¿Puedo retirarme ya, señora? —preguntó al fin. Valentina asintió.

—Yo permaneceré aún aquí fuera. Mandad venir a las mujeres… pero no inmediatamente.

Mariette d'Enghien hizo una reverencia y abandonó el verde recinto. La duquesa de Orléans la siguió con la vista, sin moverse. El hecho de que aquel joven cuerpo flexible, aquella boca decidida y aquellos ojos de un verde intenso hubieran despertado el deseo de Luis, la atormentaba e inquietaba, pero lo entendía; más profunda, en cambio, era su tristeza, ahora que comprendía que en Maret se ocultaba un atractivo que no se dejaba desentrañar tan fácilmente, por lo que, precisamente, era más poderoso que la belleza y la gracilidad. Valentina permanecía como aprisionada dentro de los setos de su jardín; en el silencio sólo se escuchaba el murmullo de la fuente. Con Maret parecía haber desaparecido todo el frescor del lugar; a pesar de la sombra, la hierba y el follaje a su alrededor desprendían calor. Las gotas de la fuente caían en la pila desbordante, cual lluvia de lágrimas. El olor de los alhelíes le recordó repentinamente los perfumes fragantes pero venenosos con que su padre obsequiaba en Milán a todos aquellos que habían perdido su favor. Evocó su infancia, pasada en los jardines y palacios de Pavía, rodeada de una gran opulencia, pero también de la mayor crueldad que jamás había conocido; recordaba los sueños de su adolescencia, la melancolía ante el dolor del mundo, el deseo de una felicidad cálida, todos los presentimientos vagos de penas futuras que ya la habían atormentado bajo el cielo esplendoroso de su país natal. Sentada inmóvil bajo el follaje del cenador, sabía que en el horizonte de su vida se arremolinaban nubes tormentosas; como presa de un mal hechizo, estaba condenada a esperar a que el temporal se desatara encima de su cabeza, hasta que la tormenta y el granizo destrozaran su jardín florido.

En el palacio de Saint-Pool, la reina Isabel recibía a los legados ingleses.

Ya a su llegada a Paris, los caballeros habían solicitado urgentemente poder ver a la joven novia. La hija mayor del rey, plenamente consciente de que era la protagonista de aquella ceremonia, estaba de pie tras Isabel, cogida de la mano de su hermano, el delfín. La regia compañía se hallaba en la sala de audiencias de las dependencias habitadas por la reina. Isabel había mandado reentelar las paredes con tejidos nuevos, de gran belleza; el patrón no podía ser más apropiado: palomas de la paz, doradas y coronadas, sobre un fondo granate. Además de la reina y de sus dos hijos mayores, sólo estaban presentes los duques de Borgoña, la maestra de ceremonias, señora d'Eu, y Margarita de Nevers; también se encontraban en la sala varios miembros del Consejo. El rey no estaba; habían decidido presentarlo a los caballeros ingleses al final de la recepción de Isabel. Luis de Orléans condujo a los

legados hasta el estrado en el que se hallaba la reina junto a sus hijos. Isabela se desprendió con dificultad de la mano del delfín, quien, como de costumbre, se cohibía cuando veía caras desconocidas.

—Hija mía —dijo la reina con una sonrisa, colocando su mano sobre el hombro de la niña. Pero Isabela no necesitaba estímulos. Sabía lo que se esperaba de ella; aquella infanta altiva y precoz no había echado en saco roto los consejos maternos. Con las manos cruzadas sobre la parte delantera de su vestido profusamente bordado, la niña se acercó al borde del estrado; llevaba corona y velo como una persona adulta y tenía que mantener juntos los dedos para no perder sus sortijas. Los condes de Rutland y Notungham se arrodillaron.

—Señora —dijo el de Rutland, en un francés lento y cauteloso, levantando la mirada a aquella carita delicada y circunspecta—, si place a Dios, os convertiréis en nuestra dueña y señora y en reina de Inglaterra. —Tras estas palabras, se hizo un silencio. Isabel hizo un gesto involuntario de susto; no podía acudir en ayuda de la niña, pues la distancia entre ambas era demasiado grande. Continuó sonriendo a los legados, pero sus ojos delataban inquietud. Los parientes de la realeza, el séquito los miembros del Consejo contemplaban inmóviles la escena; los caballeros ingleses aguardaban arrodillados, con la cabeza inclinada. Al otro lado de las ventanas arqueadas brillaba el sol con luz cegadora; las moscas zumbaban en el silencio. La reina se repuso rápidamente, y buscaba una posibilidad para acudir en ayuda de Isabela.

Ésta no dejaba traslucir ningún temor, si lo sentía. Permanecía impertérrita en su vestido de ceremonia, que lanzaba destellos dorados sobre el embaldosado, mientras mantenía los dedos cuidadosamente apretados. La sonrisa preceptiva, considerada de la máxima importancia, no desaparecía de su boca. Por encima de las cabezas de los legados mantenía la mirada fija, intentando recordar las palabras que debía pronunciar. Más que miedo sentía irritación ante su propia estupidez, por haber podido olvidar las frases que había aprendido con tanta aplicación. Tras ella oyó la tos nerviosa de su madre; fue entonces cuando la invadió por primera vez una sensación de miedo. Frente a Isabela, detrás de los caballeros ingleses, estaba su tío el de Orléans, quien movía los dedos a la altura de su corazón, como jugando. La niña comprendió que quería llamar su atención y lo miró; él, para tranquilizarla, cerró los ojos un instante, asintiendo. Isabela recuperó el color: va se acordaba de lo que tenía que decir. La voz aguda de la niña no tembló; el silencio previo a su contestación parecía fruto de la reflexión y aumentó la impresión que causaron sus palabras.

—Señor —dijo Isabela—, si place a Dios y a mi padre que me convierta en reina de Inglaterra, esto me satisfará también a mí, pues siempre he oído decir que entonces seré una soberana poderosa.

Con cuidado extendió la mano, sin separar los dedos, pidiendo al lord mariscal que se alzara. El legado tomó la mano infantil, cargada de pesadas sortijas, en la suya y se dejó conducir por su futura reina hasta donde estaba Isabel. La emoción que ésta

experimentaba se debía más al alivio que al orgullo materno. La niña había causado una excelente impresión; los ingleses declararon que superaba sus mayores expectativas. Elogiaron el aspecto y la actitud de la infanta, y, por encima de todo, la tranquilidad de su proceder y lo aunado de sus palabras.

Isabel escuchó las alabanzas de los legados en silencio, sin dejar de sonreír. Ahora que la recepción, que coronaba cinco meses de negociaciones, había transcurrido según deseaba, ella había logrado su objetivo, al menos en lo que respectaba al matrimonio inglés. Isabela había parecido una novia digna de un rey en todos los aspectos; en cuanto a la firma de las condiciones, probablemente los representantes de Ricardo tendrían pocas objeciones. Ahora le aguardaba un sinfín de nuevas tareas.

Isabel se retiró.

En el frescor de su dormitorio intentaba prepararse para el encuentro con su esposo. En los últimos días sólo lo había visto durante los banquetes oficiales. Sabía que estaba algo recuperado, lo cual le causaba más temor que alegría. No conseguía identificar con el rey, su esposo, a aquel hombre avejentado y enfermizo que apenas si se atrevía a mirarla durante la comida. La pasión que la había empujado a sus brazos año y medio antes, había muerto; en lugar de compasión sentía repulsa, como ante un ser extraño. Pero no podía rehuirlo, aunque lo hubiera querido: necesitaba su cooperación, debía someterlo a su voluntad, mientras él tuviera capacidad de raciocinio.

Isabel, quien sufría con los calores —después de su último parto había engordado aún más—, dejó que le quitaran el alto tocado de la cabeza y todas las joyas. Mientras las camareras se afanaban a su alrededor, contemplaba, con un mohín de mal humor, los arbolillos en flor que se alineaban en macetas junto a la pared. Su hermano Luis de Baviera le había traído noticias dignas de reflexión. Isabel sabía por experiencia que éste tenía buen olfato para los acontecimientos importantes que se anunciaban, por lo que confiaba en su juicio. La reina había oído que los príncipes electores alemanes se proponían deponer al emperador; con el paso de los años, Wenceslao, el Beodo, había demostrado irrefutablemente su incapacidad. Ya había un nuevo candidato al trono del Sacro Imperio Romano Germánico: Roberto de Baviera, duque de Heidelberg, miembro de la estirpe de los Wittelsbach. Era cuestión de ganarse la simpatía de Francia para Roberto.

Luis, que consideraba a su hermana, con razón, como la mejor defensora de los intereses de los Wittelsbach, estimaba que el objetivo ya se había logrado en tres cuartas partes. Isabel, por el contrario, no estaba tan segura del éxito: gran parte de la corte y del gobierno eran favorables a Wenceslao; Luis de Orléans formaba parte de este grupo. Isabel, encargada de influir en las opiniones de la corte en favor de Roberto de Baviera, veía que su única posibilidad de éxito estribaba en el apoyo del de Borgoña. No excluía la posibilidad de ganarse al duque y a su mujer para el proyecto de los príncipes electores, puesto que Borgoña y Baviera tenían en gran parte intereses comunes. Isabel ya había hablado con la duquesa de Borgoña, en

presencia de su hermano Luis; Margarita, con su habitual cautela, no dejó caer ninguna palabra decisiva, y pidió tiempo para poder tomar partido con tranquilidad. La reina sabía con certeza que el de Borgoña había sido informado aquel mismo día y que los esposos tomarían medidas. Sucedió lo que había esperado: Margarita aprovechó que la reina, tras la recepción de los legados, se encontraba sola para proseguir la entrevista. La duquesa de Borgoña era la única de entre las damas de alcurnia de la corte que entraba y salía sin avisar en los aposentos de Isabel; consideraba que su papel de guardiana de la reina le confería tal derecho. Isabel, que aborrecía a la flamenca fría y en exceso avispada, no hubiera tolerado mío esto en modo alguno, de no haber sido tan consciente de que no podía prescindir de Margarita. Por ello esbozó una sonrisa forzada cuando apareció en la puerta la duquesa de Borgoña. Esta última pensaba que no era prudente irritar a Isabel haciendo ostentación de su poder; por otra parte, apenas se había hecho a la idea de que podía acercarse a la reina una y otra vez, sin observar un rígido ceremonial. Entró en la estancia pausada y recatadamente e hizo una profunda reverencia.

—¿Tiene a bien recibirme Vuestra Majestad? —preguntó, a sabiendas de que Isabel no respondería con una negativa. Las camareras se retiraron.

Margarita rehusó ceremoniosamente el asiento que se le ofrecía.

Permaneció a una prudente distancia de la reina, con las manos cruzadas a la altura del pecho. Primero habló de lo lograda que había estado la recepción, alabando a la infanta Isabela y felicitando a la reina, en términos elocuentes, por su brillante presentación.

—Si —asintió Isabel, impaciente—. ¿Habéis reflexionado mientras tanto acerca de lo que nos comunicó el duque de Baviera?

Margarita arqueó las cejas por un momento; le costaba acostumbrarse a la falta de delicadeza de la reina.

—Es ésa una cuestión sobre la que no es posible formular un juicio en espacio de pocos días, señora. Nunca hemos sido partidarios del emperador Wenceslao, según os consta. Pero Vuestra Majestad no ignora tampoco que el emperador tiene muchos amigos aquí en la corte… y que goza del apoyo del duque de Orléans, vuestro cuñado. —Calló unos instantes, escudriñando a Isabel—. Supongo que a Vuestra Majestad le importa mucho ganarse el apoyo del rey para su causa, ¿no es cierto?

—Me consta que en toda circunstancia el juicio de monseñor de Borgoña es de suma importancia —observó la reina, irritada; tomando un peine de la mesa, lo pasó por su pelo suelto, que era relativamente fino y no muy largo: la moda introducida por Isabel de ocultar el pelo bajo el tocado tenía su porqué.

—Bien, señora —dijo Margarita en voz baja—. Mi esposo ha escuchado con atención las noticias procedentes de Alemania, y Vuestra Majestad puede estar convencida de que se ocupará concienzudamente de la cuestión. Presumo que tendrá oportunidad de hablar con el duque de Baviera aun antes de que Su Merced abandone la corte.

Isabel asintió con la cabeza; las comunicaciones de Margarita no le parecían insatisfactorias.

—Aún hay otro asunto que querría consultar con Vuestra Majestad —prosiguió de pronto la duquesa de Borgoña; su voz parecía ahora muy determinada—. Se trata de mi nieta, la primogénita de mi hijo Juan. Monseñor, mi esposo, ya habló hace un año con el rey de la posibilidad de un matrimonio entre Margarita y el delfín. Semejante acuerdo puede ser sumamente favorable para nuestros intereses comunes, señora. Además —añadió, acercándose algo a la reina—, mis hijos tienen descendientes varones…, y Vuestra Majestad tiene varias hijas de corta edad para las que, si no me equivoco, aún no se han hecho planes.

Isabel dejó caer el peine en su regazo.

—También monseñor de Orléans tiene dos hijos —repuso altiva—. Y creo recordar que el rey ya ha concertado un acuerdo con el de Orléans por lo que respecta al delfín.

—No es seguro que monseñor de Orléans llegue a tener una hija.

Un acuerdo semejante tiene poco valor. Confió en que Vuestra Majestad logre convencer al rey de que tome una decisión más acertada, sobre todo teniendo en cuenta las noticias procedentes de Baviera.

—Sí, sí. —Isabel suspiró, echando la cabeza hacia atrás; la invadió una sensación asfixiante de irritación e impaciencia—. ¿Acaso tengo yo tanta influencia sobre el rey? —estalló de pronto—. ¿Acaso no ha quedado claro ante todo el mundo que no soy yo quien puede influir en el rey?

—Ay, señora —recalcó Margarita—. Una mujer inteligente nunca deja de influir en su esposo. Todos hemos visto cómo el rey buscó vuestro amor antes de que la enfermedad se apoderara de él. Vuestra Majestad sabe sin duda cómo agradar al rey. —Aguardó unos instantes y prosiguió—: Me parece que bastaría con que Vuestra Majestad mandara descerrajar la puerta entre sus aposentos y los del rey.

Isabel se levantó impetuosamente de su asiento. La duquesa de Borgoña, viendo que ya había hablado bastante, abandonó de espaldas la estancia, haciendo una profunda reverencia.

Durante la tarde cambió el tiempo. Se formaron hileras de nubes, y casi imperceptiblemente hicieron su aparición densas neblinas, quebrando la luz cegadora del cielo azul grisáceo. En espacio de pocas horas desapareció también el sol; se hizo una oscuridad total, y por encima de los cerros empezaron a centellear los relámpagos. Los segadores se apresuraron a recoger las gavillas en los graneros, hasta que comenzó a llover torrencialmente y la tierra se confundió con el aire.

Entre los muros y las altas torres de Saint-Pool retumbaba sin cesar el eco de los truenos.

Las grandes salas de audiencias estaban repletas de gente. Ahora que las

condiciones meteorológicas les impedían permanecer en los jardines y los campos de juego, los centenares de nobles que se alojaban en palacio con ocasión de la venida de los legados ingleses buscaban distracción jugando a los naipes y a los rudos. Luis de Orléans había logrado superar su ánimo deprimido; ya no estaba sobrio y andaba bromeando ruidosamente entre los grupos. El viento arrastraba las ráfagas de lluvia por los patios, y una vaharada de gotas penetraba hasta los salones por las ventanas y galerías. Las antorchas iluminaban las paredes con su luz temblorosa. En la mayoría de las mesas de juego, los jugadores hacían ademán de hacerle un sitio al de Orléans cuando éste se aproximaba, pero él se limitaba a saludar con el guante y contemplar la situación del juego, para continuar su camino tarareando. En una estancia contigua se encontraba Juan de Nevers con un grupo de amigos jugando a los dados en una mesa sembrada de monedas de oro. Un nutrido grupo de espectadores —pertenecientes al séquito del de Nevers— los rodeaba.

—¡Caramba, primo! —exclamó Luis en voz alta, una vez que se hubo abierto camino hasta donde estaba sentado el de Nevers—. Veo que te dedicas seriamente a colectar los fondos necesarios para tu cruzada contra los turcos. Déjame ver cuántas tiendas y lanzas has conseguido reunir jugando.

Juan de Nevers alzó la cabeza; le resultaba imposible esbozar una sonrisa.

—No es preciso que me digas lo bueno que estaba el vino —dijo en tono sarcástico—. Ya me lo ha delatado tu aliento, primo, como también tu comportamiento tan desmesuradamente infantil. No es que te envidie el que bebas —añadió con rapidez, al ver que Luis hacía ademán de querer alejarse entre risas—. Al fin y al cabo, ¿por qué habías de permanecer sobrio? Tú puedes atiborrarte de fiestas y vino, ya que no has de luchar.

—Ah, ya… —dijo el de Orléans lentamente, pero sin abandonar su tono burlón —. No es culpa mía, querido primo, que jamás hayamos medido nuestras fuerzas en un duelo…

Juan hizo ademán de levantarse, pero su amigo Philippe de Bar, que estaba sentado a su lado, puso la mano sobre su pierna.

—Te interesará saber que todos cuantos se precian y saben llevar armas se han declarado dispuestos a acompañarme. Pero tal vez ya lo sepas. Tu viejo amigo, el señor de Coucy, quien te ha prestado tantos servicios en Lombardia, te habrá informado.

—El señor de Coucy está demasiado ocupado con la organización de tu cruzada, primo —dijo Luis, arrojando al aire su guante y volviéndolo a recoger—. El reclutar y armar a los guerreros es una tarea ardua, incluso para un general experimentado: no queda tiempo para conversar y jugar a los dados…

El rostro del de Nevers se tiñó lentamente de rubor; apretó el puño sobre la mesa, intentando dominarse.

—Sin embargo. Sí parece ser posible aunar ambas cosas —observó, con la voz empañada por la cólera—. Según cuentan, en la corte de tu suegro Gian Galeazzo

reina la alegría, a pesar de que envía tropas auxiliares a los turcos.

Durante esta conversación habían enmudecido las voces en torno a la mesa de juego; se escuchaba el ruido de la lluvia sobre los tejados y el estrépito de la tormenta. La estancia estaba llena de espectadores; desde la malhadada fiesta de la abadía de Saint-Denis, era la primera vez que los señores de Orléans y de Nevers se manifestaban en público su enemistad. Luis permaneció inmóvil, con el guante en su mano alzada; la sonrisa desapareció de su semblante.

—Si no supiera, primo, que el difundir calumnias se ha convertido en tu segunda naturaleza, tal vez me dispusiera a defender seriamente a mi suegro —dijo, obligándose a hablar pausadamente a pesar de su embriaguez. Veía los ojos oscuros y penetrantes de Juan de Nevers clavados en él; el otro esperaba que perdiera el dominio de sí. Hubo un momento en que el de Orléans se sintió tentado a arrojar su guante a aquel rostro contraído por el odio y el desprecio. Sólo un combate entre ambos les permitiría expresar los sentimientos que se profesaban.

Luis sabía que el hijo del de Borgoña no quería otra cosa que llegar a las manos, sobre todo si el reto para aquel duelo entre parientes provenía de parte del de Orléans, pero Luis pensaba que no podía permitirse aún semejante acto descontrolado: una disputa abierta con la casa de Borgoña seria en aquellos momentos muy inoportuna. Así pues, se contentó con meter el guante en su cinturón y con decir a los presentes:

—Caballeros, sería muy triste para la corte del rey de Francia si perdiéramos la capacidad de gastar bromas. Tal vez te habrías tomado mejor las cosas, primo, si hubiera empezado preguntándote si te estabas jugando tus tiendas y lanzas. —Saludando al de Nevers con la mano, abandonó la estancia, inclinando la cabeza y hablando animadamente con todos los que se dirigían a él. Sin embargo, se sentía dominado por la vergüenza y la amargura; deseaba más vino, así como las diversiones salvajes que se vendían en muchas tabernas de París. Entre los jugadores buscó y halló a varios amigos de confianza, que solían acompañarlo en sus correrías nocturnas por la ciudad, y les hizo señas de que le acompañaran.

Isabel estaba sentada junto al rey. Entre ambos ardían velas sobre la mesa, iluminando un sinfín de hojas de vitela de apretada escritura. El rey, bastante fatigado tras una jornada de deliberaciones y recepciones, y atemorizado además por la tormenta, miraba con los ojos nerviosamente entornados los libros que le presentaba Isabel una y otra vez; en ellos podía ver con sus propios ojos lo que costaba al tesoro el mantenimiento de los palacios, las posesiones y los dominios de ella, qué gastos necesarios había realizado en ropa y representación, y qué obsequios había hecho a parientes y cortesanos el día de Año Nuevo, con ocasión de fiestas y solemnidades.

—No hago esto por molestaros, señor —dijo la reina en tono suave pero muy pragmático—. No quiero importunaros con números y cifras, más el Tribunal de Cuentas ha de tomar una decisión acerca de mis ingresos. Hace ya casi dos años que

espero que se llegue a un arreglo.

Primero me fueron asignados unos territorios que se encuentran muy desperdigados. Si quiero recaudar impuestos en ellos, necesito un ejército de funcionarios. Ahora se me dice que puedo obtener otras tierras si muere la reina doña Blanca. Pero eso hay que consignarlo por escrito, señor; de otro modo, no tengo seguridad alguna. Podéis ver cuáles son mis gastos: he de mantener y vestir a los miembros de mi servidumbre y a mis hijos. Resulta insufrible tener que mendigar cada libra al Tribunal de Cuentas.

Isabel se había acalorado con la conversación. En cuanto se había quedado a solas con su esposo había abordado aquel tema en primer lugar. El rey la miraba extrañado; recordaba vagamente a una Isabel distinta: una Isabel fresca, lozana y joven, pronta a las burlas y los besos, sin interés alguno hacia todo lo que oliera a documentos oficiales y cifras. La mujer gruesa y atiborrada de joyas que tenía delante no se parecía en nada a la Isabel a quien había enviado una vez un *tríptico* de oro como prenda de su amor. Sus ojos castaño oscuro le miraban duramente, sin un asomo de ternura. ¡Estaban solos por primera vez en año y medio, y ella no hablaba sino de ingresos, dominios, oro, oro, oro!

—Daré orden al Tribunal de Cuentas de que arreglen inmediatamente este asunto —dijo el rey, fatigado, apartando de si los papeles— y que tramiten la asignación que se os pasará cuando yo fallezca, señora. —Giró levemente la cabeza para escuchar el retumbar de la tormenta—. ¡Cómo llueve! —prosiguió, intranquilo—. ¿Sería así cómo empezó el diluvio universal en tiempos de Noé? No merecemos mejor suerte.

Isabel no contestó; apretando los labios comenzó a recoger las hojas. De cuando en cuando miraba al rey. Sobre la mesa había vino, dulces y fruta, intactos. Los tapices de las paredes se movían con la corriente. El ruido del viento, la lluvia y los truenos ahogaba todos los demás sonidos, acentuando la soledad del rey y la reina en el corazón de su palacio. Permanecieron un rato sin hablar, frente a frente: Carlos, con la mirada intranquila y errante; Isabel, mirando fijamente los candelabros de oro. Aquel silencio la oprimía. Rápidamente comenzó a hablar, en tono forzado, de sus hijos: del delfín, que ya sabía recitar sus oraciones, y del digno comportamiento de Isabela durante la recepción; también refirió sus negociaciones con el convento en el que entraría María, y le contó cosas de Micaela, su hija de pocos meses, a quien había bautizado con el nombre del santo patrón del rey. Carlos escuchaba nervioso; tamborileaba con los dedos sobre el tablero de la mesa, se revolvía en su silla y se rascaba la cara y la ropa. Adivinaba la repulsa de su mujer y, a su vez, se sentía atemorizado ante la presencia de aquella persona extraña de mirada dura. Para ambos fue una liberación cuando Colin de Bailly, un noble del séquito del rey, entró pidiendo atención para un emisario procedente de Lombardia, que había estado esperando más de medio día en una de las antesalas. El rey recordó entonces que ya por la mañana había mandado esperar al hombre, y se declaró dispuesto a oír al emisario.

El italiano traía una carta de Gian Galeazzo. El duque de Milán manifestaba, en frases ceremoniosas, su extrañeza y consternación al haberse enterado de las noticias procedentes de Francia, que esperaba fueran infundadas. Se trataba, escribía, «de rumores referentes a la muy alta y excelente señora, nuestra hija, la duquesa de Orléans, de quien al parecer se dice que trata de impedir el restablecimiento del rey mediante brujería y conjuros». Esperaba que el rey, «si place a Dios concederle buena salud», o el entorno directo del rey, no escatimara los medios para rebatir públicamente aquellos rumores difamatorios, y que se buscara y castigara adecuadamente a los calumniadores.

Tras leer esta carta, el rey estaba muy excitado.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha osado decirlo? —repetía, mientras arrugaba las mangas de su manto hasta formar rebujos, temblando de los nervios—. ¿Se ha marchado por eso? —preguntó de pronto, mirando a su mujer, quien leía la carta con una extraña sonrisa. Veía cómo, bajo sus párpados entornados, sus ojos se movían de un lado a otro. Isabel dejó caer la carta sobre la mesa, como si el pergamino estuviera infectado, y se encogió de hombros.

—Lombardía es la cuna de la magia negra —repuso altiva—. Eso lo sabe todo el mundo.

El rey sacudió la cabeza, con gesto vehemente pero impotente.

—Pero ¿quién se atreve a acusar a nuestra querida hermana? —preguntó, casi sollozando, con labios temblorosos.

—¿Quién? —La voz de Isabel se disparó repentinamente—. ¿Quién, señor? El pueblo de Paris arroja piedras a su carruaje, cuando se aventura fuera de los muros del Hotel de Béhaigne. Los criados aquí podrán contaros que la gente la llama la bruja de Orléans. Frecuentan su morada multitud de adivinos y alquimistas; sus sirvientes profanan cadáveres…

—¿Quién dice eso? ¿Quién dice eso? —gritaba el rey; la sangre le subía a la cabeza, y el sudor le perlaba el labio superior. La reina se asustó: ¿volvería a ser el rey presa de la locura?

—Tengo a alguien a mi servicio —dijo, más tranquila—: un hombre que posee facultades milagrosas de curación. Él ha visto con sus propios ojos cómo…

—¿Ese cadáver viviente? —El rey se apoyaba sobre el borde de la mesa, mirando a la reina con ojos desorbitados; le vino a la memoria una imagen horrible: un rostro cadavérico iluminado por una vela, que aparecía a medianoche entre las colgaduras de su cama—. ¿El hombre que coloca ranas muertas sobre mi pecho y me obliga a tragar polvos hediondos? ¿Es él quien acusa a Valentina, ese nigromante?

¡Fuera! ¡Fuera! —exclamó de pronto, pataleando colérico, mientras golpeaba sobre la mesa—. ¡Mandaré que lo ahorquen a ese puerco asqueroso…! ¡De Bailly! ¡A mí la guardia!

Isabel se levantó apresuradamente.

—¡Señor! —exclamó, intentando calmar al rey con un tono más tranquilo—.

Arnaud Guillaume os trata con mis consentimientos. Monseñor de Borgoña está al corriente. El hombre es de fiar. Calmaos, calmaos, señor…

—¡Ha difamado a nuestra cuñada! —El rey se derrumbó sobre la silla, aún jadeante de la excitación—. Nuestro hermano el de Orléans y su mujer nos son muy caros, señora, muy caros. Deseo que Valentina regrese a Saint-Pool, ¡inmediatamente!

—Señor, señor… —Isabel se aproximó a él, sin saber qué hacer; tiró de la cola de su vestido, que se había enganchado en la mesa—. Descansad ahora. Cualquier exaltación es peligrosa. Fue por vuestro bien por lo que yo…, por lo que se aconsejó a la señora de Orléans que se marchara de palacio…

—Pero yo no quiero volver a ver a esos impostores —murmuró el rey quedamente, entre los pliegues de las largas mangas de Isabel; la reina le había echado los brazos al cuello—. Ordenad que se vayan, el médico y ése…, ése… Entregad a ese mentiroso al de Orléans: que lo castigue mi hermano a ese calumniador.

—Sí, si —Isabel susurraba desesperada los nombres que acostumbraba dar a su marido antaño; aquellas palabras no pronunciadas— durante tanto tiempo le resultaban extrañas en sus labios. Cerró los ojos, para no tener que contemplar de cerca aquel semblante desencajado y sudoroso. Tenía al rey en sus brazos, llena de aversión y amargura, pero comprendía que sólo podría conservar su posición si aparentaba pasión, al menos mientras durara el restablecimiento temporal del rey. El rey se apoyaba en silencio contra ella; de vez en cuando temblaba. Las manos acariciantes de Isabel despertaron en él urna sensación semiolvidada; ¿existía aún la mujer que había conocido otrora?, ¿le perdonaba ella su demencia? Sin mirarse, los esposos se dieron un beso. Los ojos del rey se llenaron de lágrimas; quería colmarla de honores, recompensaría por su dedicación y su paciencia; no podía estarle lo bastante agradecido, ni admirarla lo suficiente. Isabel pensaba en las numerosas empresas que quería llevar a buen fin, en las concesiones que quería arrancarle al rey respecto de asuntos familiares, cuestiones financieras, problemas de política nacional y exterior. Los emisarios de Florencia esperaban una respuesta: ¿cómo haría para convencerle de que concediera ayuda a los enemigos de Gian Galeazzo, sobre todo ahora que estaba claro que quería seguir manteniendo relaciones amistosas con el duque de Milán? ¿Cómo podría evitar que Valentina se instalara de nuevo dentro de los muros de Saint-Pool?

En el mes de marzo del año siguiente la duquesa de Orléans abandonó definitivamente Paris. Las amenazas del pueblo enardecido, que crecían en intensidad de día en día —sobre ella recaían ahora abiertamente las sospechas de que quería envenenar al rey y a sus hijos—. Hacían desaconsejable que permaneciera por más tiempo en el Hotel de Béhaigne. Las gentes se agolpaban repetidamente ante las

puertas del edificio, pidiendo justicia a gritos: ¿por qué se condenaba a diario a brujas, cuando permanecía a salvo la hechicera más malvada de todas, por causa de su rango? Los criados armados de Luis de Orléans dispersaban a los instigadores, pero éstos regresaban continuamente, a veces en cantidades tan numerosas que quedaban cortados los caminos que rodeaban el Hotel de Béhaigne. Cuando a finales del otoño se supo que el rey había enloquecido de nuevo, la desconfianza y el odio hacia Valentina alcanzaron su punto culminante. Se planteó el tema en el Consejo; uno de sus miembros insinuó, en presencia de los regentes, en que se expulsara cuanto antes de Paris a la duquesa de Orléans. Luis respondió desabridamente; aunque también él temía por la seguridad de Valentina si ésta permanecía por más tiempo en el Hotel de Béhaigne, le parecía que hacerla marchar de la ciudad equivalía a reconocer públicamente su culpa. Sabía, además, que esto supondría una separación entre él y su mujer; si no quería renunciar a su actividad política, estaba obligado a permanecer en Paris, o, cuando menos, en la cercanía inmediata del rey y de la corte. Finalmente tuvo que claudicar; pasado el Año Nuevo comenzaron los preparativos para el viaje de la duquesa.

Firme el deseo de Luis que ésta abandonara la ciudad de manera principesca, con un séquito de carruajes y jinetes armados. La acompañaban su cortejo y un nutrido séquito de sirvientes; llevaba consigo tapices y muebles, objetos de arte y libros; compartirían su desconsuelo enanos, músicos, un médico de cámara, un bibliotecario y su poeta de corte, Eustache Deschamnps.

En un día ventoso de inicios de la primavera salió Valentina de los portales del Hotel de Béhaigne. Las gentes que se agolpaban en las calles contemplaban en silencio cómo pasaba el cortejo en dirección al palacio real. La duquesa permanecía oculta; había corrido las cortinillas de su carruaje. Descendió en el gran patio de Saint-Pool; allí la saludó Luis de Orléans y la condujo hasta las antesalas de la reina. La doncella que había llevado la cola del vestido de Valentina arreglaba los pesados pliegues sobre el brazo de su señora. Sin acompañamiento alguno la duquesa de Orléans realizó la visita formal de despedida a Isabel. La reina estaba sentada en un sitial junto a un lecho de respeto, rodeada de un gran número de damas de alcurnia; Margarita de Borgoña, Margarita de Nevers y la joven duquesa de Berry se hallaban de pie junto a la reina, por orden de rango. En medio de un profundo silencio, Valentina hizo las tres reverencias de rigor. Vestía de luto riguroso: en septiembre había muerto su hijo primogénito, Luis, a causa de una enfermedad intestinal. Isabel dispensó a la duquesa de la tercera reverencia con mayor lentitud de lo que era habitual; no fue sino pasados varios minutos cuando, con desgana, tendió la mano a su cuñada para que ésta se levantara. Se hizo un breve silencio; a continuación se adelantó Margarita de Borgoña para rendirle por última vez los debidos honores a Valentina como segunda dama de Francia en la corte.

—Bien, mi señora cuñada —dijo la reina con cierta altanería, una vez realizado el largo ceremonial conforme a los preceptos—. Tengo entendido que nos abandonáis

para visitar los dominios y territorios de monseñor de Orléans. —Ésta era la razón oficial que se había aducido para la marcha de Valentina.

—Sí, señora —contestó la duquesa de Orléans, en voz baja pero firme—. Marcho al castillo de Asniéres en Beaumont. Aquello debe de ser muy hermoso en primavera.

Isabel sonrió no sin malicia. Acariciaba despaciosamente los brazos de su sitial con sus dedos gordezuelos, cargados de anillos.

—¿Cuándo pensáis regresar? —preguntó en tono demasiado empalagoso; Margarita de Borgoña levantó la mirada rápidamente y frunció el entrecejo en señal de manifiesta desaprobación.

—Señora, sólo a Dios le es dado saberlo —respondió Valentina con tranquilidad. La reina desvió la mirada; no era capaz de pronunciar las frases que había preparado tan cuidadosamente, con el propósito de ofender so capa de ceremoniosa amabilidad. Era consciente de que apenas si podía herir a aquella esbelta mujer de ojos tristes, que permanecía en silencio en su presencia. La pena que llevaba era más honda que las ofensas. En Isabel afloró un leve sentimiento de vergüenza; por un brevísimo instante casi llegó a desear poder borrar la hostilidad que había suscitado contra Valentina, y revocar las calumnias.

Haciendo de nuevo tres reverencias, Valentina se despidió de la reina; las mujeres que rodeaban a esta última se inclinaron a su vez ante la duquesa que se marchaba. Entre ellas se encontraba también la señora de Cany, de soltera Mariette d’Enghien, quien desde su matrimonio había entrado al servicio de la reina. Valentina le sonrió, con el corazón henchido de dolor; sabía que Luis deseaba a la casta dueña aún más intensamente que a la esquiva muchacha de antaño.

En la antecámara, la dama de honor volvió a tomar de nuevo la pesada cola del vestido de Valentina, quien abandonó el palacio de Saint-Pool de la mano de su esposo. Antes de montar en el carruaje, alzó por última vez la mirada a las hileras de ventanas, las galerías y almenas. En algún lugar dentro de aquellos muros grises permanecía el rey, delirante de fiebre y locura, vigilado como una fiera destructora tras puertas bien cerradas. La duquesa no había vuelto a ver a su cuñado desde la ceremonia del bautizo, hacia año y medio. Valentina musitó un saludo, mientras las lágrimas le empañaban la mirada. Luego tomó asiento en el carruaje. Dejó abierta una de las cortinillas de cuero, a fin de poder ver a Luis, quien, a caballo, acompañaría a la comitiva durante un trecho. Jinetes y carruajes se pusieron en movimiento; los pesados vehículos se desplazaban lentamente por el patio, y los caballos que tiraban de ellos, inquietos, se desviaban a los lados una y otra vez.

Las gentes que se habían congregado frente al palacio contemplaban ceñudas y silenciosas los carruajes artísticamente pintados, los jinetes en sus armaduras, los abanderados y los heraldos. Entrevieron el pálido perfil de Valentina, y vieron pasar a Luis, vestido de oro y negro, montado en un noble corcel; finalmente percibieron en uno de los carruajes del séquito a un niño pequeño que jugaba en el regazo de su ama, ajeno al bullicio que le rodeaba: era el único hijo que les quedaba a Luis y Valentina,

el último de los nacidos, Carlos de Orléans.

La marcha de la duquesa de Orléans produjo menor conmoción de lo que hubiera cabido esperar inicialmente. Los ánimos en la corte del rey, en la ciudad de Paris y en toda Francia se centraron al poco en un acontecimiento de mayor relevancia: la partida del ejército que marchaba a luchar contra los turcos, capitaneado nominalmente por Juan de Nevers, y, de hecho, bajo el mando de Enguerrand de Coucy. El ejército se componía de grupos de caballeros y barones, acompañados de sus escuderos, arqueros y lansquenetes. A las tropas ya formadas se unieron nobles sin séquito y guerreros independientes. Los mayores séquitos los tenían los cuatro príncipes de sangre real, el condestable conde d'Eu y los señores de Coucy y Boucicaut. La mayoría, sobre todo aquellos que nunca antes habían ido a la guerra, no habían escatimado medios en su equipo ni en el de su séquito. En las filas abundaban los estandartes y gualdrapas bordados en oro; en hileras de carros se transportaban tiendas de seda y cuberterías y vajillas de plata, y los barcos descendían por el Danubio cargados de víveres y toneles de buen vino. En el tren de artillería iba también un cortejo de rameras.

En el mes de octubre partió la joven reina de Inglaterra —la infanta Isabela había contraído ya matrimonio por poder con Ricardo II— hacia Caláis, para encontrarse allí con su esposo y embarcarse con él. Jamás habíase visto despedida más brillante. Todos los personajes de la realeza y de alcurnia que habían permanecido en la corte se desplazaron a Caláis en el cortejo de la novia. Ricardo, quien llevaba ya varios meses en Francia para arreglar los detalles de las capitulaciones matrimoniales, había sido huésped, junto con sus cortesanos, de los duques de Borgoña en Saint-Omer. Además de los señores de Rutland y Notungham, los legados del año anterior, también acompañaban al rey de Inglaterra los duques de Lancaster y Gloucester. Estos últimos se oponían acérrimamente a la paz con Francia, lo que provocaba continuos retrasos en las negociaciones.

El de Borgoña veía esto no sin preocupación; los partidarios de la guerra en Inglaterra cada día eran más poderosos: ¿qué importaba el matrimonio real, el armisticio firmado provisionalmente hasta 1426, si los príncipes y el pueblo anhelaban con tanta intensidad la guerra?

Acompañada por su padre —el rey se encontraba relativamente tranquilo aquella temporada, si bien no estaba en plena posesión de sus facultades— y por los duques de Orléans, Berry y Borbón, llegó Isabela a la costa. En la playa se había levantado una ciudad de tiendas, refulgente de oro, púrpura y azur, y adornada con banderas y pendones. Cuatrocientos caballeros ingleses y otros tantos franceses, vestidos de armaduras y espada en mano, formaban una doble hilera entre las dos tiendas reales. A las diez de la mañana ambos reyes salieron a su encuentro, con la cabeza descubierta; acompañaban a Carlos los duques de Lancaster y de Gloucester, y a

Ricardo los duques de Berry y de Borgoña. El rey de Francia, muy desmejorado, mantenía los ojos clavados en el suelo que pisaba; le inquietaban las espadas y las armaduras de la guardia de honor, que resplandecían con el sol. Tras la comida, Isabela fue entregada a su esposo; rodeada de duquesas y condesas de ambos reinos apareció en la tienda, una niña pequeña de ocho años, pálida de la emoción. Cuando colocó su mano en la de su padre, el rey pareció darse cuenta por vez primera dónde se encontraba y para qué había venido a aquellos parajes.

—Siento mucho —murmuró, mirando tímidamente a los presentes—, siento mucho que nuestra hija sea aún tan joven. Si fuera adulta, ella y nuestro hijo de Inglaterra celebrarían este día con mayor alegría.

Isabela levantó la mirada con inquietud, y los parientes de la realeza que la rodeaban, así como sus esposas, esbozaron una sonrisa contenida. Ricardo se percató de la timidez de la niña; la pequeña le parecía muy linda con su vestido de ceremonia bordado de lirios dorados. Se apresuró a contestar:

—Mi señor suegro, la edad de nuestra esposa nos parece excelente. Si Francia e Inglaterra llegan a lograr una unión tan sólida en el amor como yo espero alcanzar más adelante con mi esposa, no habrá poder en el mundo que pueda perturbar jamás nuestra paz.

Con estas palabras tomó la mano que Isabela tendía a su padre; mientras los cortesanos se inclinaban, le susurró al oído que en Inglaterra había un hermoso perro esperándola, blanco como la nieve y con un collar de oro. Sin decir palabra, la niña alzó la mirada hacia aquellos ojos penetrantes pero amables. Le parecía mucho más impresionante como rey que su propio padre; no era tan joven como su tío el de Orléans, pero sí más alto. El contacto de su mano le daba calor. Tras el largo ceremonial de despedida, los reyes de Inglaterra se embarcaron con su cortejo; aquel mismo día llegaron a Dover.

La partida de su mujer inicialmente había entristecido a Luis; ni las horas de oración y meditación en el convento de los Celestinos, ni la atenta dedicación a los asuntos de Estado, ni el entretenimiento del juego y la caza podían curar su melancolía. Lleno de envidia había contemplado la marcha de los cruzados; en aquellos momentos no podía imaginarse una suerte más envidiable que la de aquellos hombres, que tenían la libertad de buscar la aventura. Sobre todo le atormentaba la idea de que podía haber sido él, y no Juan de Nevers, quien capitaneare los ejércitos. La situación en Italia era cada día más confusa: las ciudades de Florencia, Génova, Savona y Adorna hacían doble juego entre ellas, frente a Francia y frente a Milán. Las negociaciones que no conducían a nada, los acuerdos que no respetaba ninguna de las partes, y las declaraciones ambiguas, no hacían sino enturbiar aún más la situación.

En el transcurso de aquel año tuvo repetidamente la impresión de que todo lo que

emprendía o había emprendido en su vida estaba condenado al fracaso. Con el papa de Aviñón era imposible negociar; el pontífice se había atrincherado en su ciudad, declarando que no se dejaría ahuyentar. La Universidad pedía incesantemente que se pasara a la acción; en cambio, los soberanos europeos, cuya opinión y apoyo se había pedido, respondían en general con evasivas. Nadie mostraba deseos de ocuparse de la espinosa cuestión del cisma. El rey apenas si estaba en condiciones de pronunciarse, y los duques de Berry y de Borbón se mantenían al margen. Como quiera que el de Borgoña defendiera cada vez con más fuerza la cesión, Luis se sentía obligado a buscar el sometimiento a la autoridad de Aviñón. Por el momento, sin embargo, no podía emprenderse gran cosa: había demasiada agitación y división; además, el ánimo de las gentes se centraba en otros asuntos de extraordinaria importancia, como la cruzada y los esponsales de la infanta.

En el mes de agosto Luis había visitado a su esposa en el castillo de Asniéres, con motivo del nacimiento de su hijo Felipe, a quien, no sin ironía, había puesto el nombre del duque de Borgoña. Durante su estancia allí, Luis pudo dedicar por primera vez algo de tiempo y atención al pequeño Carlos. Éste tenía a la sazón casi dos años de edad, no gozaba de una constitución demasiado fuerte y, en opinión de su padre, era en exceso callado y tranquilo. Solía jugar durante horas sin moverse, en el jardín o en los salones, entretenido con una piedra, una flor o un trozo de tela de colores.

—¿Nunca se ríe este hijo mío? —preguntaba Luis a la dama de Maucouvent. El aya pensaba que la seriedad del niño se debía al ánimo abatido de Valentina durante el embarazo y a la agitación que había reinado a su alrededor en el Hotel de Béhaigne durante el primer año de su vida. Luis levantaba al niño en alto y dejaba que jugara con su cadena dorada y con la empuñadura de su daga, que tenía forma de erizo enrollado. El niño contemplaba las relucientes joyas con sus ojos claros de color gris acastañado; pero no reía ni retozaba como lo había hecho su hermanito fallecido.

Luis obsequió a Valentina con regalos de gran valor y una importante suma de dinero para el embellecimiento de sus dependencias.

Sin embargo, no permaneció mucho tiempo junto a su esposa. Le reclamaban en París los preparativos de la expedición matrimonial de Isabela.

Para Luis la principal significación de los días pasados en Saint-Omer y Caláis estribaba en el hecho de haber conocido allí a un hombre peculiar e interesante: Enrique Bolingbroke, el hijo mayor del duque de Lancaster. En aquel joven taciturno, algo nido y malhumorado, Luis veía a un compañero de fatigas; también él era un príncipe de la realeza lleno de talento y ambición, que condenaba la política de su gobierno. Era aproximadamente de la misma edad que el de Orléans; sin darse cuenta, procuraba estar juntos en las comidas y en las cacerías, en medio de los restantes príncipes. Su relación no llegó a alcanzar el grado de amistad; aunque se entendían bien, ninguno de los dos olvidaba, tanto en las bromas como en las veras, que perseguían intereses totalmente opuestos. En silencio, cada uno de los dos

intentaba calibrar mi qué medida el otro podía serle útil en el futuro. Su despedida fue lo suficientemente fraternal como para alentar en Ricardo de Inglaterra y el duque de Borgoña la esperanza de que tal vez se pudiera ganar al hijo del de Lancaster para la causa de la paz.

Hacia finales de noviembre regresaron a Paris el rey de Francia y los regentes. El de Orléans aprovechó una mejoría temporal de la salud del rey para ampliar considerablemente sus propiedades y obtener el usufructo de los correspondientes territorios. Una vez firmados todos los documentos pertinentes, pudo verificar con satisfacción que sus propiedades tenían poco que envidiar, en cuanto a extensión y valor, a las de otros príncipes de la sangre. Los duques, sumamente incomodados ante esta jugada, le recriminaron su codicia. Llegaron las Navidades, pero distaba mucho de reinar la paz.

Siguiendo una antigua tradición, el rey de Francia ofrecía por Nochebuena un copioso festín, al que no sólo se invitaba a las personas de la realeza, los cortesanos y los altos dignatarios, sino también a numerosos ciudadanos. Además, el pueblo de Paris podía acceder libremente a las mesas dispuestas en las salas inferiores de Saint-Pool. En este aspecto, las Navidades de 1396 no diferían de las celebraciones anteriores; como siempre se servían grandes cantidades de caza y dulces, y había abundancia de los mejores vinos. En la sala de banquetes de palacio, alta y espaciosa como la nave de una catedral, el rey acogía a su invitados. La sala estaba repleta y reinaba un calor sofocante; ardían tantas antorchas que parecía que fuera de día. En la mesa real estaban sentados, además del rey y de Isabel, nuevamente encinta, los duques de Borgoña y de Berry con sus respectivas esposas, el viejo duque de Borbón y Luis de Orléans, rodeados de numerosas personas de alcurnia, entre ellas muchas mujeres de la nobleza cuyos maridos habían partido a Turquía con Juan de Nevers. Desde principios del verano se habían recibido muy pocas nuevas de los guerreros; los emisarios que el rey había enviado a Hungría e Italia traían tan sólo noticias vagas. El ambiente durante la cena de Navidad resultaba forzado, al menos en la mesa real. El rey contemplaba, adormilado, el espectáculo que discurría en el centro de la sala, consistente en un combate entre caballeros armados y un dragón; Isabel, cuyo estado le restaba movilidad, no se sentía con fuerzas para fingir interés por nada de lo que sucediera a su alrededor. Las conversaciones en la mesa adolecían de apatía, a pesar del vino; el mismo Luis de Orléans, quien normalmente brillaba en ocasiones semejantes, se mostraba poco locuaz. Sus miradas se desviaban continuamente a un lugar determinado de una de las mesas inferiores; allí estaba sentada entre las damas y los caballeros del cortejo real, junto a su esposo, la señora de Cany, vestida con una túnica de color verde intenso. Aubert de Cany dedicaba a su mujer todas las atenciones imaginables; pero Mariette no reía y apenas respondía: era continuamente consciente de la mirada del de Orléans. Cuando levantaba la cabeza,

lo veía, sentado junto al sitial del rey; mantenía la barbilla apoyada en el puño y apenas probaba bocado, pero sí bastante vino. Si en algún momento se cruzaban sus miradas, la joven señora de Cany volvía a experimentar la sensación que la había atormentado mientras sirvió a la duquesa de Orléans: su corazón comenzaba a latirle en el pecho con golpes intensos y pausados. Por ello, se obligaba a mirar sólo a su marido o a su plato; pero no oía lo que le decían y olvidaba dónde se encontraba.

Hacia las nueve de la noche se originó un tumulto junto a una de las entradas de la sala; se oyó un fuerte ruido de voces que superaba el barullo de las mesas. Del gentío de la puerta se destacó un hombre, calzado con botas y espuelas, con los vestidos rotos y la cara sudorosa y fatigada. Atravesó la sala, sin importarle el combate simulado que se desarrollaba allí, y se postró de hinojos ante el rey, aún jadeante y sin poder articular palabra. Al principio no supieron quién era; sin embargo, Luis de Orléans reconoció en aquel hombre sucio y exhausto a Jacques de Helly, uno de los caballeros del séquito del de Nevers: un vagabundo y aventurero, que tenía fama de conocer bien los caminos a Oriente. El rey lo contempló con indiferencia, sin comprender qué significaba aquello; su semblante ni siquiera se alteró cuando el de Helly exclamó con voz ronca:

—Majestad, mi señor, vengo del campamento de Basaach: ¡nuestro ejército ha sido destruido junto a Nicópolis el día de San Miguel! —En la mesa real los comensales contuvieron la respiración; muchos se levantaron de un salto. La noticia se difundió rápidamente por la sala, se oyeron exclamaciones de sobresalto y ruido de bancos que se corrían; a continuación se hizo un profundo silencio, bajo el millar de antorchas y los pendones y estandartes. Los participantes en el espectáculo desaparecieron rápidamente por una puerta lateral; tan sólo quedó en medio de la sala el envoltorio lleno de escamas del dragón, un trapo pintado de colores.

—Monseñor de Nevers y los señores de Bar, de Coucy y de Boucicaut permanecen cautivos, junto con otros veintitrés —dijo el de Helly, con voz apenas perceptible—. Sus vidas no corren peligro, pues Basaach se propone entregarlos a cambio de un rescate.

—¿Y los demás? —preguntó el de Orléans, inclinándose sobre la mesa.

Jacques de Helly ocultó el rostro entre las manos.

—Basaach ordenó que se matara a todos aquellos que no habían perecido —dijo en voz queda—. Nadie ha sobrevivido excepto aquellos que he nombrado y yo mismo. No creo que haya grandes probabilidades de que alguien haya podido escapar a la matanza.

Luis de Orléans contuvo al rey, quien, creyendo que había terminado la cena, pretendía marcharse.

—Enumera a los supervivientes —ordenó el de Orléans secamente.

El caballero obedeció; aunque no hablaba en voz muy alta, su voz se percibía perfectamente en el silencio sepulcral de la sala. Una mujer soltó un chillido; ésta firme la señal para los sollozos y lamentos generalizados.

Para el pequeño Carlos de Orléans los días transcurrían tan plácidos y, a la vez, tan festivos como la procesión que había visto una vez junto a la iglesia de Asniéres. En primer lugar estaban los numerosos viajes, cuyo sentido por lo demás no acertaba a comprender; pero para él era un gran placer el atravesar los coloridos paisajes. De pie junto a la portezuela del carruaje contemplaba las colinas cubiertas de bosques, los viñedos y campos de labor, los terrenos en declive teñidos de verde y castaño, y los ríos anchurosos y resplandecientes. A veces los prados aparecían cuajados de flores; cuando atravesaban un bosque, el follaje susurraba por encima de sus cabezas. En otras ocasiones colgaban de los árboles hojas rojas y doradas; bajo las ruedas del carruaje había crujidos y chasquidos misteriosos, y el cielo estaba repleto de bandadas de pájaros. Otras veces iba envuelto en pieles y terciopelo, con una piedra caliente bajo sus pies; los árboles estaban entonces desnutridos, en los campos había franjas de nieve, y el viento que soplaba a través de las rendijas del coche hacía temblar a las damas de honor. Más tarde el niño recordaría muy bien que en aquellos viajes todo le fascinaba: el vaho que exhalaban los caballos, los paquetes y sacos que transportaban con ellos, los guerreros y jinetes que cabalgaban junto a los carruajes y las banderolas de colores que pendían de sus lanzas. Carlos iba de castillo en castillo, siempre en compañía de su madre, su hermanito y los demás caballeros, damas, damas de honor, criados y pajes.

Vistos desde fuera, todos los castillos se parecían. Carlos era incapaz de recordar sus nombres, eran demasiados: Châteauneuf, Blois, Montils y toda una retahíla…; pero quien intentare seguir un camino conocido por los pasillos y escaleras, se equivocaba de medio a medio. Solamente las ventanitas, los gruesos muros y las escaleras de caracol eran idénticas en todas partes. Carlos dormía además siempre en su propia cama, ya que la transportaban de un lado a otro, al igual que su caballo de madera pintado de colores para jugar en el jardín de cualquiera de aquellos castillos extraños.

El niño no se complicaba por el cómo ni el porqué de tantos traslados; se contentaba rápidamente y era feliz, ya que había infinidad de cosas en el mundo con las que podía entretenerse. No era consciente de que siempre jugaba solo; inventaba de todo, con ayuda de un palito, una piedra o un trozo de vidrio coloreado. Si bien las damas de honor de su madre intentaban enseñarle juegos en los que había que correr, esconderse o saltar en cuclillas, y en los que participaba dócilmente, éstos no le divertían. Prefería contemplar, desde las angostas troneras de las torres o galerías, el paisaje ora bañado por el sol ora ensombrecido por las nubes y desprovisto de brillo y resplandor; veía los tejados de las casitas que rodeaban la fortaleza formando una aldea, y la torre afilada de una iglesia, un castillo lejano, recortándose sobre el horizonte. No le atraía tanto la vista de lo que había al otro lado de la ventana, sino más bien le fascinaban la inmovilidad, la espera, aquella sensación peculiar de que en cualquier momento podía suceder un milagro. ¿Qué? No lo sabía. Sólo conocía los

milagros de las narraciones y de los murales de las iglesias y capillas. Un ángel de alas doradas que llevaba un lirio en la mano y se aparecía a la Virgen María…: aquello era un gran milagro, según había oído decir. Un hombre que había muerto pero resucitó y el peregrino en cuyo báculo habían comenzado a brotar rosas. No, no eran milagros de aquel tipo los que él esperaba.

Era la dama de Maucouvent, su aya, quien solía poner fin a aquellos ratos disfrutados a escondidas. Las escaleras de las torres y las galerías eran demasiado peligrosas para un niño de cinco años; podía desnucarse. Entonces tenía que acompañarla a la estancia donde su hermanito Felipe se arrastraba con ayuda de un andador, y donde durante todo el día hablaban las mujeres o miraban por la ventana, bostezando, en cuanto desaparecía la dama de Maucouvent. También gustaba Carlos de emprender expediciones en solitario por las amplias salas, generalmente desiertas, donde se movían misteriosamente los tapices que colgaban de las paredes. Su madre le contaba lo que representaban: en uno de los castillos era la vida de Carlomagno, en otro la de san Luis o la historia de Lanzarote o la de Teseo y el águila dorada.

Las siluetas de los héroes y los santos parecían cobrar vida en la penumbra que reinaba en las salas; por la noche, con el resplandor de los cirios y las antorchas, Carlos veía cómo brillaban sus ojos y se movían sus labios; asentían, levantaban las manos. Los perros saltaban por los matorrales, los caballos se encabritaban; incluso le parecía oír el ruido de los pendones al agitarse.

A nadie contaba estas figuraciones, ni siquiera a su madre, a quien quería más que a ninguna otra persona. Le agradaba sentarse cerca de ella, en las tardes de invierno, cuando ya oscurecía en los pasillos y le invadía el miedo en las escaleras silenciosas y los zaguanes desiertos. Su madre estaba sentada junto al fuego, y tocaba el arpa o bordaba con hilos dorados. La luz brillaba en las cuentas de colores del collar y en los ojos de Valentina, mientras ésta narraba largas historias emocionantes que a él le parecían preciosas, aun cuando apenas las comprendía. Otras veces cantaba con sus damas canciones que sonaban extremadamente tristes. A menudo también permanecía en silencio; entonces abrazaba a su hijito, apretándolo contra su pecho. Los profundos pliegues de su vestido emanaban un olor a miel y rosas. Carlos contemplaba entonces de cerca su bonita cara, sus labios finos y pálidos y los suaves mechones de sus cabellos. Notaba que ella suspiraba, y aquello le entristecía; se sentía aliviado cuando ella pedía que le trajeran su tablero de ajedrez, para jugar una partida con Marie d’Harcourt, o cuando encargaba a maese Gilles Malet, el bibliotecario, que fuera a buscar un libro, alguno de sus libros de horas con pequeñas ilustraciones en oro y azur, o el gran libro del rey Arturo.

En la primavera su madre estaba más animada, pero también más inquieta; generalmente quería volver a viajar, para visitar nuevos castillos, aún desconocidos. La perspectiva de desplazarse en carruaje reconciliaba a Carlos rápidamente con la agitación de puertas adentro, el ajetreo de las mujeres y los criados, y el arrastrar de muebles, tapices y enseres. Cuando llegaba el verano, con el sol, las flores y el

verdor, su madre abandonaba el castillo casi a diario para sentarse fuera en la hierba, trenzar coronas y recoger hierbas olorosas. A menudo montaba también a caballo; los arneses estaban claveteados con botones dorados y adornados con campanillas, y de la gualdrapa y la carona colgaban flecos dorados. Así se iba de caza, con un halcón sobre su guante. Para Carlos su madre estaba más hermosa que nunca cuando regresaba de una de aquellas expediciones, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

A menudo le contaba a Carlos cosas de su padre, que era hermano del rey, un valeroso caballero, y un personaje tan extraordinario como los héroes de las novelas. Las escasas veces que veía a su padre, para él esta opinión no hacía sino confirmarse. Rodeado de caballeros vestidos de armaduras, entraba en el patio por el puente, montado en un soberbio caballo; luego aparecía en la gran sala, con las espuelas tintineantes, y saludaba hincado de hinojos a la madre de Carlos, quien lo esperaba junto al sitial de honor. Durante los días que su padre permanecía con ellos, el castillo era un hervidero de gente y había fiestas todas las noches; se añadían largas mesas para los invitados. Tras la cena cantaban los juglares que siempre acompañaban a su padre, Colinet y Herbelin, y Gilot, el bufón, daba volteretas junto a las mesas.

Más tarde se presentaban los obsequios traídos de Paris a lomos de animales de carga: mantos de seda y oropel para la Madre de Carlos, liii para la casa, pieles y cuero, vajillas de plata y libros; para Carlos y Felipe, capas como las que llevaban los adultos, de color verde o negro y bordadas con emblemas: cardos, pámpanos y lobos heráldicos. En una ocasión, Carlos había recibido un estuche de cuero que contenía tres peines y un espejito; lo llevaba colgado del cinto, lleno de orgullo.

A menudo se organizaban cacerías durante la visita de su padre; aquello sí que era un espectáculo. Por la mañana temprano, aun antes del amanecer, la comitiva se ponía en camino. Una niñera adormilada aupaba a Carlos junto a una ventana, envuelto en una manta, para que pudiera echar un vistazo al patio, donde ardían las antorchas, los criados mantenían a los inquietos perros sujetos por docenas con largas riendas, y los caballos pataleaban y resoplaban. Durante todo el día, el niño oía el sonido de los cuernos de caza en el bosque y los furiosos ladridos de los perros. El botín expuesto más tarde le parecía menos atractivo: las rígidas patas de los corzos, sus grandes ojos vidriosos, y el jabalí recubierto de oscura sangre coagulada, los cuerpecillos inanes de las liebres y los pájaros muertos, aquellos amasijos de plumas pegoteadas, despertaban en él un sentimientos de vergüenza y compasión.

Carlos admiraba a su padre sobre todo cuando éste soplaba su cuerno de caza: nadie lo hacía mejor que él. Para agradar a su hijo, a veces tocaba para él, en alguna galería o en alguna parte del jardín del castillo, todas las señales conocidas y también pequeñas melodías que inventaba sobre la marcha. De alguna manera, el sonido quedó asociado en la memoria de Carlos a la imagen de un atardecer rojizo, con la oscura silueta del castillo recortándose en el cielo, el olor a hierbas y flores y tierra en la penumbra. Luego siempre se encontraba con que una mañana su padre había

partido de nuevo repentinamente; estas retiradas siempre le cogían desprevenido, y se enfurecía porque no le habían avisado.

En una ocasión —era en pleno invierno, los árboles en los campos estaban recubiertos de una capa blanquecina de escarcha— se celebraba una gran fiesta. Se alojaban a la sazón en un castillo llamado Epernay; Carlos había memorizado el nombre, porque al viaje que les había conducido allí habían precedido unos preparativos más numerosos y largos que los habituales. Se adornó el castillo con tal profusión de tapices, candelabros, cojines y objetos de valor, que Carlos se preguntaba si ya se acercarían de nuevo las Navidades; pero nadie parecía tener tiempo de informarle. La dama de Maucouvent supervisaba a las camareras, que doblaban y extendían el lino; bajo la dirección de la madre de Carlos se limpiaron y expusieron todas las bandejas y jarras de oro; los criados hacían trabajos de carpintería en las caballerizas, y las damas de honor bordaban letras coronadas en unas colgaduras nuevas para un lecho. Finalmente fueron a buscar a Carlos y le probaron una capita cuajada de oro y pedrerías. Le informaron entonces también sobre lo que iba a acontecer. El emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Wenceslao, venía a visitar a sus padres, le contó la dama de Maucouvent, mientras se encontraba arrodillada delante de Carlos para ver sí su indumentaria de ceremonia le quedaba bien.

—El emperador Wenceslao, Wen… ces lao —repitió ella—. Decidlo ahora vos, monseñor.

—Wen… ces… lao —dijo Carlos, vacilante. Sin duda la dama de Maucouvent estaba muy excitada, pues su tocado, contrariamente a lo que era habitual en ella, estaba torcido, y su vestido, arrugado.

Más tarde, aquella misma noche, vino su madre a sentarse junto a él en el borde de su cama; poniéndole la mano fina y fresca en la mejilla, le dijo:

—Mañana viene aquí el emperador, hijo mío.

—Wen… ces lao —susurró Carlos apresuradamente, para mostrarle que no había olvidado aquel nombre tan peculiar. Su madre sonrío—. Tu padre traerá al emperador a Epernay —continuó—; el emperador viene a verte a ti. No lo olvides, sé valeroso y pórtate como un caballero de verdad. Ya vas siendo mayorcito, hijo mío. Póstrate de hinojos ante el emperador cuando te lleven ante su presencia y dile: «Bienvenido, Majestad».

—Bienvenido, Majestad; bienvenido, Majestad —repitió Carlos, sin recordar luego si estaba despierto o soñando.

Amaneció el día entre barullo y ajetreo; de las cocinas, donde se había trabajado toda la noche, surgía un olor a caza asada y pan recién hecho, y los sirvientes vestidos de librea de gala encendían lumbre en todas las salas. Al oír los clarines y el ruido de cascos, no le permitieron a Carlos que mirara por la ventana; aguardaba en un rincón de la gran sala, junto a la dama de Maucouvent y Jeanne la Brune, su nodriza, quienes llevaban para la ocasión nuevos mantos forrados de pieles.

Entró en la estancia su padre, seguido de una comitiva de caballeros y pajes, y condujo a un hombre corpulento, de rostro colorado y reluciente, al sitial de honor. Por primera vez en su vida vio Carlos cómo su madre se inclinaba profundamente, haciendo tres reverencias. En el estanque del castillo de Montils había un cisne negro; cual descendía éste sobre la superficie del agua con las alas extendidas, se inclinaba su madre entre las leves resonancias de su vestido negro. Luego le llegó el turno a él. Esforzándose lo que pudo, hincó las rodillas ante aquel hombre gordo que le miraba desde lo alto con una mueca socarrona, y dijo:

—Bienvenido, Majestad. —Todo había pasado en un momento. La dama de Maucouvent lo devolvió a su habitación.

Tras el banquete, volvieron a buscarlo. El rostro del emperador estaba aún más colorado que por la mañana; estaba arrellanado en el sitial de honor y soltaba sin cesar grandes risotadas. Incluso cuando el padre de Carlos se levantó para hablar, seguía prorrumpiendo en risas contenidas y socarronas.

—Carlos, hijo mío —dijo el duque de Orléans—. Su Majestad el emperador ha tenido a bien prometerte como esposa a su sobrina Isabel, la heredera de Bohemia.

—¡Si, sí, sí! —exclamó Wenceslao con voz ronca, rebullendo en su asiento—. ¡Bravo, bravo!

—Dale las gracias al emperador —prosiguió el padre de Carlos sosegadamente; sin embargo, el niño adivinaba en cierto brillo que había en sus ojos que estaba malhumorado.

—¡Qué niño más guapo, que criatura más rica! —gritaba Wenceslao riendo a carcajadas—. ¡Qué beba! ¡Vino, vino!

Agitaba su copa, salpicando la mesa con el vino. Carlos bebió apresuradamente varios tragos de la copa que le tendía su padre.

Comprendía ahora que el emperador Wenceslao estaba completamente ebrio, y a él le asustaban los borrachos. Su madre lo tranquilizó al hacerle una seña con la cabeza indicándole que podía retirarse.

—¡Vamos, vamos, mi sobrina aportará una buena dote! —Vociferaba el emperador, golpeando el borde de la mesa con el pomo de su puñal—. Cien mil libras, ¡ahí es nada! —Hablaba francés como un afilador callejero, vulgar en su pronunciación y en su léxico, plagado de exclamaciones juramentos ininteligibles en polaco—. Y tú —prosiguió Wenceslao, apuntando al duque—, por lo que a ti respecta, Orléans, haré lo que te he prometido…, para eso he venido aquí. ¡A fe mía, que no soy ningún fanfarrón! —tartamudeaba confuso—. Convocaré a mis obispos… y les diré: «¡Voto a bríos, ya está bien! Emplead vuestra influencia en pro de la unidad de la Iglesia. ¡La unidad de la Iglesia! Mantened la mirada fija en lo que ocurre en Francia», les diré. ¡Y tampoco dejaré de recalcar lo que me has pedido, Orléans!

El duque de Orléans le atajó rápidamente con muestras de agradecimiento. Wenceslao estaba demasiado bebido para percatarse de la interrupción; en sus ojos

asomaron lágrimas de emoción, y golpeó a Luis repetidamente en el hombro.

—¡Contigo se puede hablar, Orléans! —dijo, mientras se levantaba tambaleante de su asiento—. Mejor que con ese hermano tuyo, el rey, allá en Reims. Cuando él está sereno… yo estoy borracho. Y cuando yo estoy sobrio… ¡él está loco! Pero contigo puedo hablar, Orléans, a todas las horas del día.

Luis se mordió los labios; los comensales se daban codazos entre sí y reían con disimulo. Era del dominio público que quien quisiera negociar con Wenceslao, debía acudir al emperador antes del desayuno: sólo entonces estaba lo suficientemente sobrio como para saber lo que hacía.

Valentina, a quien el comportamiento de su invitado le parecía extremadamente embarazoso, e infiriendo además de la actitud de Luis que el emperador estaba divulgando informaciones confidenciales, hizo un gesto a los músicos y trovadores, que esperaban su turno al fondo de la sala. Pero Wenceslao hacia caso omiso de la música y de la poesía.

—¿Y no viste las miradas hostiles que me lanzaba la gorda esa de Baviera, durante las conversaciones? —proseguía a voz en grito—. Ese hermano suyo, Luis, también andaba por allí. ¿Qué se traerán entre manos esos intrigantes de los Wittelsbach? ¿Acaso querrán copiar mis habilidades? ¿Tú qué crees, Orléans?

Luis suspiró impaciente, haciendo un gesto de duda. Sabía que Isabel había acudido a Reims llena de recelo, temiendo que una alianza con Francia salvara a Wenceslao de la suerte que le tenían reservada los príncipes electores: deponerle en un futuro próximo. Aun cuando el emperador le parecía a Luis un cerdo borracho, deseaba que permaneciera en el trono. Si Roberto, un Wittelsbach, se convertía en emperador, sin duda alguna correrían peligro los intereses de Francia; o, al menos, los intereses tal como los veía él, Luis de Orléans. Un Wittelsbach seguiría los consejos del de Borgoña en toda circunstancia. Ya en Reims Luis había captado al vuelo varias palabras de Luis de Baviera a Isabel:

—No te preocupes, hermana. El Beodo ha venido aquí en contra de la voluntad de los príncipes electores. Con ello se ha infligido a sí mismo el golpe de gracia. —Luis esperaba aún que los Wittelsbach se equivocaran. En cualquier caso, había anudado fuertes lazos entre él y Wenceslao, al lograr una alianza matrimonial entre Carlos y la sobrina del emperador. Ésta podría llegar a ser la heredera de las coronas de Bohemia, Polonia y Hungría. Lo que no le estaba reservado a él, tal vez le aguardara a su hijo: una corona real.

El de Orléans se había esforzado mucho por hacer venir a Francia a Wenceslao. El emperador era prácticamente el único de los soberanos extranjeros que no había rehusado intervenir en los asuntos de la Iglesia. Dispuesto favorablemente gracias a la calurosa acogida que de continuo se le dispensaba, al emperador todo le parecía excelente; prefería las conversaciones de Luis a las interminables y pesadas negociaciones con maese Gerson de la Universidad, y la compañía del hermano del rey la juzgaba más agradable que la de Carlos con su demencia, Isabel con su

hostilidad y el de Borgoña con su fría altanería.

En la reunión celebrada en Reims a todo había dicho que sí, prometiendo también apoyo al de Orléans. Si bien Luis esperaba pocos resultados de la colaboración de Wenceslao, creía haber triunfado en un aspecto: había impedido que el emperador se convirtiera en un instrumento en manos del de Borgoña.

La relación entre tío y sobrino atravesaba una fase peligrosa. Hasta entonces siempre habían dirimido sus diferencias de manera encubierta; por mucho que desaprobaran mutuamente sus actos y opiniones, nunca habían sido públicamente enemigos. En la corte se rendían las debidas muestras de respeto, con la mayor meticulosidad, y hablaban de forma pausada y ceremoniosa sobre asuntos que les hacían hervir la sangre. Sólo ocasionalmente perdían los estribos durante las reuniones del Consejo: entonces se combatían sin piedad en términos durísimos. Ahora, sin embargo, se iba agrandando el abismo entre ambos: un abismo que ni la cortesía ni la buena voluntad parecían capaces de salvar. En el transcurso de aquel año Francia había acogido a un huésped de alcurnia: Enrique Bolingbroke, el hijo del de Lancaster, que había sido desterrado de Inglaterra por Ricardo II. En Paris se desconocían los pormenores del asunto. Por cortesía hacia aquel hombre que había elegido Francia como lugar de desconsuelo, se le recibió con hospitalidad, con todas las muestras de respeto. El rey de Inglaterra le reprochó a su suegro este comportamiento falto de tacto: el desterrado era un rebelde que se había alzado contra el ajusticiamiento de su pariente el de Gloucester, el instigador de la guerra.

Francia se ponía en evidencia al acoger a un adversario. Tal vez hubieran surtido efecto estos argumentos, y se hubiera dado la espalda a Bolingbroke, si no hubiera llegado de Inglaterra, precisamente en aquellos días, la noticia del fallecimiento del viejo duque de Lancaster, seguida casi de inmediato de la noticia de que el rey Ricardo había incautado la mayoría de las posesiones de aquél para evitar que el heredero de Lancaster regresara a Inglaterra.

Esta noticia suscitó una gran indignación en la corte francesa. Se consideraba que el proceder de Ricardo era contrario a la auténtica caballerosidad. También bajo la influencia del de Orléans, quien había sellado con Bolingbroke una hermandad de armas, se tomó partido abiertamente en favor del desterrado, en uno de esos arrebatos caballerescos de magnanimidad que a veces perjudican los propios intereses. Saint-Pool se vistió de luto por el fallecido Lancaster, y se celebraron misas por su eterno descanso. Posteriormente el duque de Berry acogió al inglés en su castillo de Bicétre. También Luis había pasado repetidamente varios días en el castillo durante la estancia de Enrique, con la esperanza de desentrañar su misterioso carácter, y de ganar un amigo, tal vez un futuro aliado. Sin embargo, durante su última visita a Bicétre se le había caído a Luis la venda de los ojos. Más tarde recordaría aquellos días con amargura: en una ocasión, tras cacerías y fiestas de extraordinaria abundancia —el de Berry era inagotable cuando se trataba de inventar nuevos placeres—, el de Lancaster se había delatado inesperadamente durante una partida de

ajedrez iniciada sin demasiadas ganas. Hablaba de Ricardo y de su gobierno en unos términos que, para un oído atento, no reflejaban sino odio y envidia. Luis mantenía los ojos fijos en las piezas, mientras el de Lancaster, frío y contenido, hablaba con aparente indiferencia; pero sus sentidos, agudizados por la experiencia, permitían al de Orléans descubrir la pasión que el otro trataba de ocultar con tanto cuidado.

—El rey de Francia está loco —decía Enrique de Lancaster con dureza—, y eso es grave. Pero en Inglaterra hay quienes consideran a Ricardo un loco aún más peligroso. Jamás he visto a nadie que se despreocupe tanto de su corona como mi querido primo. Parece desconocer los principios más elementales del gobierno: él mismo destruye los pilares en los que se asienta su trono. Sólo un demente puede ser tan osado. Desde que es rey, no ha hecho sino enemistarse con aquéllos a quienes más necesita: la Iglesia, el Parlamento y la nobleza. Los despacha con buenas palabras, los ignora: él sabe arreglárselas solo.

Ahora ha acusado de alta traición a diecisiete de sus vasallos al mismo tiempo y ha embargado sus posesiones y bienes, que luego vuelve a vender a sus antiguos propietarios, ya que necesita dinero. Si eso no es la demencia llevada a sus extremos…, aun sin contar con el hecho de que lleva a cabo una política exterior con la que nadie puede estar de acuerdo.

—Ya —asentía Luis en tono cortés; pero le invadían la decepción y los recelos.

También el de Borgoña había aparecido por Bicétre con gran aparato, para visitar al huésped inglés.

El de Orléans sabía ahora con certeza que su tío actuaba con arreglo a un plan cuidadosamente preparado: buscaba deliberadamente aliados que, sin excepción, tuvieran o creyeran tener motivos para volverse contra Francia. A pesar de toda la pompa externa, los ánimos entre los parientes de la realeza estaban decaídos; el rey, aun cuando desde hacía varias semanas parecía haber recuperado el juicio en gran medida, sufría terribles dolores de cabeza y ataques de melancolía; la reina estaba preocupada por la falta de noticias de Inglaterra: lo último que le habían sabido comunicar los emisarios era que muchos de los dignatarios de corte franceses que servían a Isabela habían sido despedidos y estaban a punto de regresar a casa. La actitud de Isabel frente a su cuñado era de suma frialdad: sabía que éste apoyaba a Wenceslao, y que en asuntos eclesiales seguía una política opuesta a la de las casas de Baviera y Borgoña. Su hermano Luis le había advertido acerca del papel que desempeñaba el de Orléans; por primera vez se daba plenamente cuenta de que era un adversario al que no había que subestimar. Había considerado la posibilidad de ganarlo para su causa mediante promesas y quimeras, pero desechó la idea. El mejor apoyo se lo brindaba —de momento— el duque de Borgoña; un acercamiento al de Orléans la distanciaría de su poderoso aliado.

Los días de verano transcurrían lentamente en Normandía. El rey solía sentarse en

una estancia fresca y oscura o cabalgaba a lomos de un palafrén, rodeado de nobles, por los vastos bosques. Luis de Orléans se hallaba alternativamente en el séquito de su hermano o en el de Isabel.

Los miembros de la casa de Borgoña pasaban el verano en sus propios territorios.

Isabel había recibido del rey como obsequio una finca en Saint-Onen, con las correspondientes granjas, campos de labor, prados y ganados. Allí solía pasar los días de buen tiempo, acompañada de sus hijos y de su cortejo. Tal vez aquellos parajes campestres, donde olía a heno y cerdos, y donde aleteaban las ocas en el patio, le hacían creerse en alguna de las residencias de montaña bávaras de su padre, donde había andado descalza por el cieno y había jugado con las ordeñadoras y los mozos de cuadras. Sin embargo, Isabel no deseaba entregarse de nuevo a aquellos sencillos placeres; sí alimentaba en cambio ella misma las aves arrojándoles puñados de cebada y trigo, o cogía bayas en el huerto, seguida de una comitiva de damas de honor.

Firme durante una de aquellas visitas al Hotel de la Bergerie —como llamaba Isabel a su posesión— cuando Luis, tras apartarse del grupo, se internó en la maleza de la arboleda. Por entre los troncos de los árboles veía brillar, a la luz del sol, la pradera donde se solazaban las damas y los caballeros del séquito de Isabel. Una de las mujeres permanecía quieta, sola, a cierta distancia de los demás, atisbando el lindero del bosque. Como el encantador de la vieja canción, Luis hubiera deseado conocer el reclamo que atrajera a Mariette de Cany hacia sí, para siempre, sin mirar atrás. Oculto tras el follaje, la espiaba. ¿Cuál sería la causa de que deseara incesantemente a aquella mujer? ¿Qué poseía ella que lo fascinaba aun tanto como al principio, después de años de infructuosa espera?

Tras las cercas que separaban el prado del campo de labor, había niños semidesnudos y sucios que contemplaban el brillante espectáculo; continuamente los llamaban los hombres y mujeres del campo, los labriegos, a quienes se había dado a entender que la selecta compañía no deseaba ser importunada. Ya que había venido para participar de la vida campestre, ésta debía seguir su ritmo habitual. Luis rió en voz baja mirando el vergel donde Isabel, vestida de seda y oro, comía fruta.

Luego se volvió y lentamente prosiguió su camino por la alta hierba de color verde intenso, a la sombra de los árboles. Le venían al pensamiento dos conversaciones que había mantenido el último año: la primera con Boucicaut, quien acababa de regresar de su cautiverio en Turquía, y la segunda con su viejo amigo Felipe de Maiziéres, en su lecho de muerte. Ambos le habían formulado las mismas preguntas y los mismos reproches.

—¿Qué estáis haciendo, monseñor? —le había preguntado Boucicaut en tono serio, tras haberle informado Luis de la situación en el reino—. ¿Os estáis convirtiendo en un príncipe noble y caballeroso, que protege al pueblo y le da la oportunidad de prosperar? ¿O sólo deseáis lograr poder para dejar atrás a vuestros enemigos, para servir vuestros propios intereses?

—Siempre creí firmemente, Luis, que algún día serías digno heredero de la sabiduría de tu padre —habían sido las palabras que había murmurado el de Maiziéres, agonizante, dirigiéndose a su principesco alumno—. La causa de Francia, ¿sigue siendo la tuya? ¿Prefieres aventajar a tus enemigos en lugar de salvar a un pueblo de la ruina que sobrevendrá si los gobernantes se dedican a combatirse?

A Boucicaut le había contestado con evasivas; frente al anciano agonizante había guardado silencio. Sabía que la lucha contra el de Borgoña le importaba más que ninguna otra cosa; que en el transcurso de los últimos años en más de una ocasión le había rondado la idea de apoderarse él mismo de la corona, una vez que le hubiera ganado la partida al de Borgoña. Los ataques de locura del rey eran cada vez más largos e intensos; nadie creía ya que fuera posible su curación.

—¿Querría yo eso realmente? —se preguntaba Luis en voz alta, deteniéndose. Los troncos lisos a su alrededor emergían de la maleza como las columnas de la nave de una iglesia; los arándanos relucían oscuros entre los matorrales. Lejos quedaban las risas de los cortesanos y las voces de los agricultores; estaba solo en el verdor silencioso del bosque. Ante él, el sendero se bifurcaba formando dos estrechos surcos que desaparecían bajo la penumbra de los árboles, sin que él supiera a dónde conducían. Durante un instante la elección le pareció de una trascendencia infinita. Pero a sus espaldas un cuco rompió el silencio con voz clara y aguda; Luis se volvió sin haber tomado una decisión, buscando el lugar donde se ocultaba aquel sonido tentador, dulce y estival.

Al llegar el otoño, la corte regresó a París, al palacio de Saint-Pool. La epidemia se había extinguido, aunque aún ardían grandes hogueras en las plazas y esquinas, como medida precautoria, y en las inmediaciones de las casas en las que había habido enfermos flotaba en el aire el olor acre a vinagre pero se consideraba que va no había peligro de contagio. Bajo un cielo plomizo que anunciaba lluvia hizo su entrada en la ciudad la comitiva real, que pasó junto a la abadía de Saint-Genain des Prés, atravesó la Puerta de los Agustinos, y dejó atrás el Temple, donde se guardaban los tesoros del rey y el oro de Francia.

Los parisinos, que se agolpaban en las calles, miraban con curiosidad; por encima de todo, deseaban ver al rey. El rey y Luis cabalgaban juntos, delante del carruaje en el que viajaba Isabel con el delfín. El rey, cansado por la larga marcha, iba tendido hacia adelante encima del cuello de su caballo; la brisa fresca le hacía temblar. La multitud en el *pont* Saint-Michel gritaba: «¡*Noél! ¡Noél*!». Aquellas exclamaciones despertaron al rey de su sopor; le recordaban los días en que cabalgaba triunfante por las mismas calles, bajo un palio sembrado de lirios. Sonrió confuso al gentío junto a su camino. Muchos espectadores —sobre todo aquellos que no lo habían visto desde hacía varios años— prorrumpían en llanto, pues apenas lo reconocían. Luis de Orléans sostenía al rey, sin que se percataran los presentes; cabalgaba tan cerca de él

que podía sujetarlo por el codo bajo una de las puntas de su manto.

En una esquina de la rue Saint-Antoine, cerca de la iglesia de Saint-Pool, se armó un revuelo entre la gente. Una voz gritó:

—¡Fuera Orléans, el hechicero, el traidor! —Los alguaciles armados del preboste, que caminaban delante y a ambos lados de la comitiva, se internaron entre los espectadores. Los caballos, asustados por el griterío y los empujones, se encabritaron; el carruaje de la reina se detuvo.

Durante el trayecto Isabel había mantenido la mirada fija; las calles, aún llenas de hedor y humo, los rostros y las miradas ávidas y ansiosas de la gente a lo largo del camino, le inspiraban siempre cierto temor secreto. Prefería alzar la vista hacia las ventanas de los castillos y las ricas mansiones de los comerciantes; divisaba allí a los burgueses bien vestidos, y a los nobles y sus familiares, que sonreían y saludaban desde lo alto. La mayoría de los espectadores que se congregaban en las calles revelaban, por su vestimenta y expresión, que padecían hambre y privaciones y que sufrían enfermedades y adversidades. Entre los artesanos, buhoneros y la plebe, con sus mujeres y niños, entre los estudiantes y clérigos, escribientes y funcionarios, aparecían en todas partes figuras aterradoras, que en los últimos años habían ido invadiendo Paris en número cada vez mayor, procedentes de todas partes; envueltas en harapos, sucias y abandonadas, escuálidas e insolentes, vagaban en grupos por la ciudad, infestaban los caminos exteriores, provocaban disputas en las tabernas, y cometían crímenes y homicidios.

Mientras los alguaciles hacían retroceder a la multitud inquieta hacia una estrecha franja de tierra junto a las casas, Isabel, quien asistía a la escena llena de miedo y disgusto abrazando al delfín, creyó ver a dos hombres que se escabullían agachados entre los circunstantes. Isabel reconoció a Guillaume, el exorcista, que el rey había entregado cuatro años antes al de Orléans. En un principio Luis había pensado en hacerlo ajusticiar, pero finalmente lo soltó sin someterlo a interrogatorio, como muestra de mayor desdén. Poco tiempo después había despedido también a Ettore Salvia, el astrólogo, cuya labia y comportamiento impenetrable comenzaban a hartarle. Isabel se inclinó hacia adelante mirando fijamente al compañero de Guillaume; ambos hombres se abrieron camino a codazos desapareciendo entre la multitud que abarrotaba la bocacalle de Sainte-Catherine.

El de Orléans no dejaba traslucir en modo alguno que hubiera advertido el grito amenazador o la presencia de Guillaume y su compinche; necesitaba toda su atención para contener su caballo y el del rey.

Los sirvientes del preboste abrieron camino, los heraldos alzaron sus trompetas, y la comitiva se puso nuevamente en movimiento.

Al poco tiempo se originó una gran conmoción en la corte debido al repentino regreso a Paris de la dama de Courcy, la camarera mayor que había sido enviada a

Inglaterra con doña Isabela. La reina ya se había enterado de la noticia en la madrugada del día siete de diciembre, por boca de una camarera; profundamente preocupada, mandó avisar al rey. Aun antes de que amaneciera, acudió a palacio el señor de Courcy; fue conducido a la pequeña sala de audiencias, donde, además del rey y la reina, se encontraban también presentes los duques de Orléans y de Borgoña. Durante la ceremonia de salutación, Isabel apenas si podía contenerse.

—Por Dios, señor de Courcy —exclamó al fin, haciendo ademán de incorporarse de su asiento—, contadnos qué nuevas traéis de nuestra hija, la reina de Inglaterra. Nos hemos enterado de que la señora de Courcy regresó anoche a la ciudad, de manera totalmente inesperada.

El de Courcy no levantaba la mirada.

—Señora —dijo en tono apagado—, la reina de Inglaterra ya no tiene ni un solo súbdito francés a su servicio. Todo su séquito ha sido despedido en espacio de veinticuatro horas por orden de…, del rey.

—No puedo creerlo —exclamó Isabel; miraba a su esposo, pero éste apretaba nervioso los largos dedos de sus manos, haciendo crujir los nudillos. Los duques de Orléans y de Borgoña permanecían inmóviles el uno junto al otro—. No puedo creerlo —repitió Isabel con vehemencia—. El rey Ricardo simpatiza con nosotros, jamás se atrevería a infligir semejante ofensa a nuestra hija.

—No, señora —dijo el de Courcy, afligido—, es cierto que nunca lo haría. Pero Ricardo ya no es rey de Inglaterra. Ha cedido voluntariamente su corona y dignidad a su primo…, a aquel que estuvo aquí el año pasado, el duque de Lancaster.

Isabel se puso lívida. Tambaleante, volvió a sentarse con dificultad.

—¿Voluntariamente? —exclamó Luis de Orléans, burlón—. ¿A qué llaman en Inglaterra «voluntariamente», señor de Courcy?

El de Courcy se enjugó el sudor de la frente; en toda su vida, jamás había tenido que cumplir cometido más penoso que aquél.

—Los de Londres saludaron al de Lancaster como rey, cuando se enteraron de que se encontraba en la ciudad —respondió—. Los señores de Arundel y Gloucester y otros muchos nobles de renombre, cuyos parientes cercanos habían sido ajusticiados o desterrados por orden del rey Ricardo, apoyaron al de Lancaster. Con una corte de soldados fueron a buscar a Ricardo al castillo de Conway; lo llevaron a Londres, donde lo encerraron en la fortaleza llamada la Torre. Mi mujer me ha dicho que el propio rey Ricardo solicitó mantener una conversación a solas con…, con el duque de Lancaster. Estuvieron reunidos durante más de dos horas y, al parecer, fue entonces cuando el rey Ricardo renunció al trono. Poco después, en presencia del Parlamento, los grandes del reino y el clero, entregó personalmente la corona y el cetro al de Lancaster. Y éste ya ha sido coronado en Westminster, con el nombre de Enrique IV.

—Bueno, pero ¿y mi hija? —exclamó Isabel, quien mantenía apretados los puños sobre los brazos de su asiento—. Mi hija, señor de Courcy, ¿qué ha ocurrido con mi

hija?

El de Courcy sacudió la cabeza, vacilante.

—Sólo sé, señora, que le han asignado un nuevo séquito, compuesto exclusivamente de damas y caballeros ingleses, al que han prohibido terminantemente hablarle de lo que ha acontecido al rey Ricardo. Mi mujer está fuera de sí, por haber tenido que abandonar a doña Isabela —añadió bajando la voz. La reina permanecía inmóvil en su asiento.

El rey había estado escuchando boquiabierto; cuando el señor de Courcy se hubo callado, comenzó a temblarle todo el cuerpo.

¡¿Cómo es posible?! —preguntó en el tono agudo y quejumbroso que solía caracterizarle durante los períodos de demencia—. ¿Cómo es posible que nuestro yerno de Inglaterra haya entregado su reino como si fuera un mendrugo de pan? Por Dios y san Miguel, ¿cómo pudo suceder?

Entonces habló por vez primera el duque de Borgoña.

—No es la primera vez que un soberano acaba mal, cuando no es capaz de gobernar. Ricardo se labró su propia desgracia: quien siembra vientos, recoge tempestades.

—Exactamente, mi señor tío de Borgoña —exclamó Luis de Orléans, quien había perdido el dominio de sí, al ver que el de Borgoña osaba hacer semejante alusión en presencia del rey—. Vemos, en efecto, que en todas partes existen traidores ambiciosos, que necesitan pocos motivos para asestar sus golpes. Las personas confiadas pueden verse engañadas fácilmente por semejantes bellacos.

El de Borgoña mantenía la cabeza apartada de Luis, mientras éste hablaba, como si sus palabras no le concernieran. Cuando calló el de Orléans, suspiró brevemente, pero no contestó. Se dirigió al lugar donde estaba sentado el rey y dijo en tono irritado:

—Yo ya lo había visto venir. Todo el asunto del casamiento entre Ricardo y doña Isabela era una empresa disparatada. Cuando hace cuatro años vinieron aquí los legados, yo me opuse a dicha unión…

—¡Eso es mentira! —dijo Luis de Orléans con voz fuerte. El señor de Courcy se encogió aterrorizado; Isabel, alzando la cabeza, lanzó a su cuñado una mirada de advertencia. El de Borgoña prosiguió como si no se hubiera percatado de la interrupción.

—Yo sabía que Ricardo había perdido el favor popular, y que prácticamente todo aquel que pudiera considerarse de cierta importancia, estaba en contra de él. Y el de Gloucester, el muy ladino, no hizo sino avivar aún más el fuego. Todo esto lo expuse yo en su momento con todo detalle ante el Consejo.

—¡De nuevo mentís descaradamente, señor tío! —exclamó Luis, colocándose con un movimiento violento entre el de Borgoña y el rey—. Vos mismo insististeis en que se celebrara dicho matrimonio; ni siquiera me extrañaría que la idea hubiera procedido también de vos.

La única persona que manifestó su desaprobación en el Consejo fui yo… ¡Cómo podéis ser tan flaco de memoria!

—Estimado sobrino —observó el de Borgoña, encogiéndose de hombros—, no tengo ganas de discutir contigo sobre ese tema. Creo que hay asuntos más importantes que tratar: las noticias procedentes de Inglaterra nos han cogido completamente desprevenidos. Claro que a ti, tal vez, no te cojan de nuevas. En Bicétre pasabas tanto tiempo en compañía de tu amigo Enrique de Lancaster…

—Pardiez, monseñor de Borgoña —dijo Luis, dando un paso hacia adelante—. ¿A qué os referís al decir eso?

Isabel hizo un gesto, iracunda por el hecho de que su cuñado y el de Borgoña se propasaran en presencia de un cortesano. El de Courcy no era alguien a quien pudiera confiarse un secreto; si había algo que no conviniera divulgar, era, sin duda, aquella acalorada disputa. El rey permanecía sentado, con la cabeza apoyada en las manos en un rincón de su asiento, demasiado impresionado por las recientes noticias como para prestar atención a la disputa.

—¿A qué podría yo referirme? —repuso el de Borgoña, frío y burlón—. ¡Ya sabemos que Ricardo no gozaba de tus simpatías desde que dijo que eras un individuo ambicioso y peligroso!

—¡Volvéis a mentir, monseñor! —exclamó Luis, apretando los puños—. Nunca oí que Ricardo pensara eso de mí. En cambio, me consta que Enrique de Lancaster recibió de vos unas cantidades de dinero considerables, y que su viaje por Bretaña fue una componenda.

El de Borgoña resopló despectivamente, pero sus ojos adquirieron una expresión dura y vigilante.

—Lo que no subestimo es tu capacidad para urdir embustes —dijo en tono glacial —. Eres muy osado, sobrino, si pretendes dar la impresión de que yo y monseñor de Bretaña estábamos al corriente de los planes del de Lancaster.

—Aun oso decir más. Me atrevo a afirmar sin ambages que es esto lo que vos pretendisteis desde el principio. Señora —prosiguió Luis, dirigiéndose a Isabel—, habéis de permitir que monseñor de Borgoña y yo continuemos esta conversación hasta el final. Hemos llegado demasiado lejos como para callarnos ahora.

—¿Y pedís para ello mi consentimientos? —preguntó Isabel, furiosa—. Olvidáis al rey, monseñor de Orléans; ¡no habéis pensado en él, que al fin y al cabo es el único que ordena y manda aquí!

La reprensión de la reina hizo mella en Luis; se dio cuenta, con amargura, de que se tendía a olvidar con harta rapidez que la incapacidad del rey no era permanente. Cuando se disponía a dirigirse a su hermano para pedirle perdón, el de Borgoña habló en voz alta y pausada:

—Sólo vos, señora, parecéis capaz de recordarle a monseñor de Orléans que no es él quien lleva la corona.

—¡Maldito hipócrita! —Luis se golpeaba el brazo con el puño—. ¿Acaso os

atrevéis a negar, tío, que la revolución inglesa os interesa? A vuestro juicio, el rey Ricardo no os hacía suficientemente el juego; era demasiado independiente. No se dejaba manejar por sus parientes, el alto clero ni la nobleza. Ahora Enrique de Lancaster habrá de agradeceros vuestra ayuda. Aunque pronto venga de ultramar con un ejército para luchar contra Francia, sin duda alguna respetará vuestros territorios e intereses comerciales. No os esforcéis por hacernos creer el cuento de que únicamente servís los intereses de Francia, pues seré yo quien os tachará de mentiroso siempre que pronunciéis esas palabras.

Por primera vez desde que Luis tenía memoria, el duque de Borgoña abandonó su actitud altiva y moderada; la ira tiñó su rostro de un color ceniciento, y su voz temblaba cuando respondió:

—¡Dime tú entonces, sobrino, si es el amor por Francia lo que te mueve a mantener relaciones con un emperador que está demasiado bebido como para poder escribir hasta su propio nombre; a apoyar a sus parientes de la Casa de Luxemburgo con dinero, y a colmarlos de regalos y muestras de amistad! ¡Dime también si es sólo por motivos de justicia el que se te asignen continuamente nuevas ciudades y provincias, y se te pague tan generosamente con cargo al tesoro!

Los labios del rey comenzaron a temblar; sus manos se movían rápida y caprichosamente por encima de su manto y de los brazos de su asiento.

—Ya está aquí otra vez —dijo de pronto, en tono quejumbroso. En su semblante se dibujó una expresión de terror; miraba a Isabel como buscando ayuda—. Vuelve a invadirme. Dios mío, siento cómo se acerca, ¡ayudadme! —gemía con voz aguda, casi imperceptible; se deslizó del asiento hasta quedar casi de rodillas. La reina se levantó, con los labios contraídos en una mueca de repulsa. Sabía lo que seguiría; en los últimos años había presenciado en repetidas ocasiones los momentos en que el rey caía presa de un ataque de locura.

—Haced que se lo lleven —dijo al de Borgoña, a media voz—. Llamad a su séquito. Mandad que vengan los médicos, ¡rápido!

El de Courcy aprovechó la oportunidad para abandonar la estancia sin ser visto. El rey se arrastraba por el suelo, lloroso y quejumbroso; intentaba agarrarse al vestido de su mujer, a las mangas del de Borgoña. Luis de Orléans se había acercado a la puerta y llamaba a varios de los nobles del séquito del rey, que se encontraban en la antecámara. Instantes después, la sala de audiencias estaba repleta de gente; trajeron más luz, una copa con una bebida fresca y paños húmedos.

Aquella escena tan lastimera se había repetido desde 1392 a intervalos regulares; suponía, cuando menos, varios meses de enajenación mental completa. Luis sujetaba a su hermano por debajo de los brazos; se maldecía a sí mismo por haber agravado sin duda la situación de agotamiento del rey, con el altercado entre él y el de Borgoña.

—En el nombre de Cristo —suplicaba el rey, agarrándose a Luis—, ¡ayudadme! Son los dolores…, ¡los dolores! Se acercan a mí. Por Dios, si alguien aquí me quiere mal, me martiriza de este modo, que me mate ahora mismo, aquí mismo. ¡No aguanto

más! ¡No aguanto más!

Luis rodeó al rey con ambos brazos, tranquilizándolo como a un niño. No vio la mirada que intercambiaba el de Borgoña e Isabel. Mientras en torno al rey se afanaban las ayudas de cámara y los médicos, el duque de Borgoña y la reina abandonaron la estancia.

Luis condujo al rey hasta su cámara. Sin embargo, su disposición de ánimo actual le impedía permanecer allí para contemplar cómo los médicos intentaban desnudar y calmar al enfermo, que daba fuertes manotazos a su alrededor. El eco de sus gritos parecía perseguirle hasta los confines de los pasillos de palacio. En uno de los zaguanes desiertos se detuvo, apoyando el rostro contra el gélido muro.

—Dios mío, Dios mío —susurró—, ¿qué he de hacer? ¿Defenderme… o atacar? ¿Importunar solamente a mi adversario o entablar con él una lucha a muerte? Hasta ahora me contenté con adoptar una postura relativamente pasiva; pero a partir de ahora, ¡vive Dios!, descargaré mis golpes y ¡ay de aquel que se atraviese en mi camino!

Calló al oír ruido de pasos que se acercaban, y rápidamente se volvió. Un noble del séquito del rey pasó de largo, saludando; era Aubert de Cany.

Con el paso del tiempo, Carlos de Orléans recordaba tres acontecimientos, todos los cuales habían tenido lugar en torno al año 1400, y que, de pequeño, no había asociado. No fue sino al alcanzar la edad adulta cuando, al volver la vista atrás, descubrió su interrelación. El primero de ellos fue la visita de doña Crisuna de Pisan a su madre, cuando vivían en Château-Thierry. En aquellos días, el ánimo de la duquesa de Orléans estaba entristecido: había muerto la anciana reina doña Blanca, la única de las damas de la realeza que, a pesar del desconsuelo y el estado de desgracia de Valentina, no se había comportado de manera menos benévola que antes. Valentina se sentía ahora muy sola. Hacía mucho tiempo que Luis no la visitaba. Por otra parte, esperaba de nuevo un hijo para la primavera. Por todo ello le resultaba doblemente agradable la visita de la dama de Pisan, quien, como la propia duquesa de Orléans, era de origen italiano y que, además, sabía también por experiencia propia cuán amargo era el sabor de las lágrimas.

La compañía de la poetisa consolaba a Valentina. Los días transcurrían rápidamente entre conversaciones confidenciales, música y lecturas en voz alta.

Carlos estaba a menudo con su madre y la invitada de ésta; mientras ambas conversaban en la estancia situada en lo alto del castillo, cuyas paredes estaban recubiertas de tapices de vivos colores, el niño permanecía sentado en su lugar favorito, en la profundidad del hueco de la ventana. A través de los cristales diminutos, gruesos y algo opacos, contemplaba el paisaje invernal y los altos árboles que rodeaban el castillo, con sus innumerables nidos de cuervos.

En una ocasión, una tarde grisácea de ráfagas de lluvia, se entretuvo exhalando su

aliento sobre el cristal conllevo, para dibujar luego un monigote en el vaho. Fue más tarde, cuando oscurecía y él comenzaba a aburrirse, cuando percibió retazos de la conversación que mantenía su madre con la dama de Pisan; al oír nombrar a su padre aguzó el oído. Doña Crisuna describía una fiesta deslumbrante que había dado el duque de Orléans en el Hotel de Béhaigne en Paris; ella había asistido también y había contemplado el baile y los juegos, sentada en un banco junto a la pared. Describía el abundante banquete, amenizado por la música de los afamados juglares del de Orléans; se había representado una alegoría, en la que aparecían el Amor y la Fidelidad con su cortejo. Unas jóvenes muchachas tocadas con coronas de flores habían cantado un nuevo motete con voz clara y dulce, y tras el banquete se había instituido una orden en honor a las mujeres, la Orden de la Rosa. A continuación los asistentes se habían dirigido al baile en largas filas. La dama de Pisan, viuda, que habría de llevar luto durante el resto de sus días, ya no participaba en las diversiones de la fiesta; pero no por eso era ajena a la alegría de los demás. Veía cómo las mujeres y los caballeros se desplazaban lentamente y con elegancia por el suelo de mosaicos esmaltados de la gran sala del Hotel de Béhaigne; el baile no parecía terminar nunca. Ninguna de las parejas que, tomadas de la mano, se movían bajo las lámparas entre reverencias y giros, quería deshacer el hechizo.

—¿Con quién bailaba monseñor, mi marido? —preguntó Valentina, con una sonrisa triste; el resplandor y el brillo de las fiestas de Luis en el Hotel de Béhaigne le parecían tan lejanos como las imágenes de un sueño.

—Pues con la mejor bailarina de todas —respondió la dama de Pisan cándidamente—: con la mujer del señor Aubert de Cany. Jamás había visto tanta gracilidad.

La duquesa de Orléans inclinó profundamente la cabeza sobre el bordado que tenía en la mano.

—Carlos —dijo, llamando a su hijo al cabo de un largo silencio—, pídeles a las mujeres que traigan velas. Es tanta ya la oscuridad que no acierto a ver el hilo.

El niño obedeció, extrañado ante el cambio en el tono de voz de su madre.

Una mañana a principios de la primavera, Marie d’Harcourt vino a comunicarle a Carlos que había tenido un nuevo hermanito, monseñor Juan de Orléans. Más tarde lo llevaron a ver a su madre; estaba ésta postrada en la cama, blanca como la nieve, con los ojos cerrados. El lactante era tan feo, que Carlos se apartó asustado; había imaginado ver a un niño como Felipe, que corría por todas partes con sus piernas gordezuelas detrás de su hermano mayor. Todos los días le permitían a Carlos que entrara unos instantes, por la mañana y por la tarde, en la cámara de la parturienta: su madre ya estaba incorporada, pero tenía un aspecto extraño y demacrado, y apenas hablaba.

—¿No va a venir mi padre? —preguntó el niño. Las damas de honor de la

duquesa lo miraron asustadas, advirtiéndole por señas que debía callarse.

Los árboles y arbustos estaban llenos de yemas que se abrían. Una neblina verdosa Flotaba entre las ramas de los árboles del bosque, y el cielo estaba cuajado de nubes blancas y resplandecientes. Ahora que su madre y sus hermanos pequeños reclamaban toda la atención de la servidumbre, Carlos estaba menos sometido a vigilancia; gustaba de frecuentar la cercanía de los halconeros, que se dedicaban a adiestrar a los pájaros jóvenes. Servían de señuelo las alas de una garza, atadas a un palo; continuamente se azuzaba a los halcones a que se arrojaran sobre su presa y a que la soltaran en un lugar determinado. Carlos observaba atentamente cómo se les ataba a los animales, antes del ejercicio, un cordel fino y resistente alrededor de una de las patas, y cuán diestramente manejaban los halconeros el palo y el capirote.

Pero también la misa de purificación de su madre constituyó un acontecimiento para él: en su calidad de pariente masculino más cercano, Carlos debía conducirla de la mano, tarea que desempeñó con la mayor seriedad y compostura. La duquesa de Orleans ofreció, como era costumbre, un cirio y un doblón de oro; Sin embargo, sus labios pálidos permanecieron apretados y sus ojos estaban inundados de lágrimas.

Poco tiempo después llamó a su lado a su primogénito. Hallábase Valentina en la sala de armas, una estancia larga y estrecha de techo bajo; colgaban de las paredes arcos, escudos y partes de armaduras, debidamente engrasados y relucientes. En una mesa en medio de la sala, la duquesa había mandado exponer todo el oro y la plata que poseía; constituía éste un tesoro tan resplandeciente, que Carlos, cegado, hubo de cerrar los ojos por un momento al entrar. Gilles Malet, el bibliotecario, y un escribiente tenían preparado el recado de escribir; Valentina le comunicó al niño que se proponía redactar su testamento, por lo que mandaba contar y describir sus objetos de valor.

—Pero a ti quiero hacerte hoy un obsequio, Carlos —dijo, conduciéndolo ante la mesa—, por haber sustituido de manera tan digna a tu padre con ocasión de mi misa de purificación, tras el nacimiento de tu hermano Juan. He apartado dos cosas para ti: una copa de plata y esto…

Tomó de la mesa una caja dorada y la mantuvo en alto durante un instante, cogida de su mano delgada y pálida.

—Ábrela, hijo mío.

Carlos obedeció. La caja contenía una cruz grande de oro y un crucifijo esmaltado de colores, que pendía de una cadena. El niño dio las gracias. Un tanto retraído. Hubiera preferido que le regalaran un anillo o una hebilla reluciente para su sombrero; pero comprendía que su regalo era de mayor importancia, y que en realidad se trataba de un regalo para adultos, lo cual lo llenaba de satisfacción.

—Éste es el único consuelo que hay en el mundo, Carlos —dijo su madre lentamente, mientras cerraba de nuevo la tapa de la caja—. No lo olvides, cuando te invada el dolor. Acuérdate entonces de lo que te digo ahora, hijo mío: la vida es una larga espera del descanso en el Señor.

—Sí, mi señora madre —respondió Carlos; su atención se dividía entre ella y la actividad de maese Malet y el escribiente. Este último escribía lo que le dictaba el bibliotecario: «A nuestro muy querido hijo Carlos, conde de Angulema, una copa de plata…».

En la tarde de aquel día memorable, llegó un emisario de Paris, con cartas y regalos de parte del padre de Carlos; el duque se interesaba por la salud de su mujer y de sus hijos, y enviaba al mismo tiempo, para distracción de su señora esposa, al juglar Herbelin.

Valentina leyó las cartas, pensativa; examinó los fardos de terciopelo y lana, y, tras la cena, recibió a Herbelin. El juglar, un hombre aún joven, de pelo negro y ensortijado y rostro expresivo, era muy querido por su jovialidad y su habilidad tocando el arpa. La duquesa lo admiraba en grado sumo y solía aprender de él nuevas canciones.

También aquella vez tocó y cantó Herbelin hasta altas horas de la noche. El séquito de Valentina lo escuchaba como encantado, y la propia duquesa disfrutaba en silencio, con la mano ante los ojos. Los perros dormían tumbados frente al fuego. Carlos, acurrucado sobre un banquito junto al hogar, no rechistaba por miedo a que lo mandaran acostarse; no quería perderse ni una sola nota, ni un solo sonido de aquella música, clara como las gotas de lluvia, fresca y resplandeciente como un río verde, lleno de olores y colores de cosas desconocidas. Veía cómo los largos dedos de Herbelin rozaban las cuerdas, rápidos y seguros; pero aún más hermosa le parecía su voz, en la que podía oír el viento y el repicar de campanas, el murmullo del agua como también el fragor de las armas.

—Una última canción, Herbelin —dijo finalmente la duquesa—. Es tarde y estarás cansado. Toca algo que nos acompañe en nuestro descanso.

—Señora, si place a Vuestra Merced, tocaré una música compuesta por mí mismo… para un poema que escribió recientemente monseñor de Orleans —contestó el juglar.

—¿Sigue escribiendo poesía monseñor? —preguntó Valentina con una extraña sonrisa; pero ya había comenzado la música del arpa. El pequeño Carlos escuchaba sin aliento: nunca había oído que su padre supiera hacer versos; esto lo llenaba de un profundo asombro. La canción que cantaba Herbelin hablaba de un caballero que vagaba errante por un bosque, un bosque de larga espera. Carlos no comprendía nada; recordaba vagamente que su madre había hablado aquella tarde de una espera…, pero ¿qué bosque era aquél? «Allí crecen en abundancia espinas y cardos y plantas venenosas», cantaba Herbelin, «por todas partes amenazan peligros y no hay escapatoria. Pero en un claro silencioso del bosque hay un árbol, cargado de manzanas de oro. Los frutos relucientes atraen al caballero, que está cansado de vagar, y que tiene hambre y sed. Sabe que no le está permitido coger aquellas manzanas, pues el árbol pertenece a otro. A pesar de todo, coge una fruta y la prueba…». Carlos veía cómo la mano de su madre agarraba convulsivamente el brazo

de su asiento; permanecía como inmovilizada por dolores agudos. El niño se movió, esperando que ella mandara callar a Herbelin. Pero la duquesa de Orléans no decía nada y el juglar seguía cantando sobre el caballero perdido en el bosque de la larga espera.

«Quien haya saboreado una vez los frutos dorados, está dispuesto a afrontar la muerte y la condenación, con tal de poder probarlos de nuevo… Que nadie compadezca al pecador que no quiere cambiar su lugar bajo aquel árbol prodigioso siquiera por el cielo…». Así terminaba la canción compuesta por monseñor de Orléans y a la que el juglar Herbelin había puesto música. Valentina mandó a su séquito a la cama. Como prueba de su aprecio, regaló a Herbelin una copita dorada, que podía llevar colgada del cuello con una cadena. A Carlos lo besó distraídamente, deseándole buenas noches, sin mencionar para nada el hecho de que se acostara tan tarde. Flanqueada por Marie d'Harcourt y la dama de Maucouvent, abandonó la sala. No firme el cansancio lo que la hizo tambalearse en el umbral.

Carlos no volvió a ver a su padre hasta finales de aquel año; su llegada no se pareció en nada a las visitas solemnes y festivas que el niño recordaba de antaño. El duque no había enviado previamente emisarios, como otras veces; llegó un día al atardecer, y entró a caballo en el patio de la residencia temporal de Valentina, el castillo de Villers-Cotterets, acompañado únicamente de un reducido séquito. La servidumbre y el cortejo de la duquesa quedaron tan sorprendidos que no lograron avisarle con tiempo. Valentina estaba sentada en su dormitorio con Carlos y Felipe, quienes retozaban en la gran cama; los niños no se dieron cuenta de que sucedía algo extraño hasta que oyeron cómo el libro que leía su madre caía al suelo de un golpe. Vieron entonces a su padre en medio de la habitación, calzado con botas y espuelas, y con una capa oscura encima de su jubón de cuero; sus botas y el borde de su capa estaban recubiertas de lodo, y él ofrecía un aspecto preocupante y cansado.

La duquesa se apoyó con una mano en el respaldo de su silla; no salió al encuentro de su marido.

—Hijos míos —dijo Valentina a los niños, que rápidamente se deslizaron de la cama sin decir palabra—, saludad a monseñor e id luego junto a la dama de Maucouvent.

Esa noche, tras acostarse, Carlos permaneció despierto en la oscuridad, mientras el corazón le palpitaba con fuerza; asustado, se preguntaba por qué su padre había presentado un aspecto tan extraño, por qué había entrado inesperadamente, jadeante y extenuado, con unas ropas tan sucias y toscas que parecía que viniera disfrazado. Carlos pasó una noche agitada; en un momento dado se despertó, al oír voces y pasos en el cuarto de los niños, contiguo al suyo, y bajo el borde de la cortina de la puerta vio el resplandor de una luz. «¿Ya es de día?» —susurró el niño—; se incorporó en la cama, pero no acudió nadie. En el otro lecho dormía su hermanito Felipe con respiración profunda y pausada. Entonces comenzó a llorar un lactante en el cuarto de los niños.

Carlos supo en seguida que no era el pequeño Juan. «El niño que llora ahí es otro niño», pensó, asombrado. «Ha de ser recién nacido». Su primer arranque fue de desilusión y enfado, por no haberse su madre confiado a él en esta ocasión. Seguramente era su padre quien venía esta vez para conducirla él mismo a la iglesia. Carlos ocultó la cabeza bajo las mantas para no seguir oyendo los lloros. Ofendido en su orgullo, a la mañana siguiente no preguntó nada. La dama de Maucouvent, que acostumbraba despertarlos a él y a Felipe, se comportaba exactamente igual que siempre; únicamente había en su boca un rictus de dureza. En el cuarto de los niños, Jeanne la Brune se ocupaba del pequeño Juan; junto al fuego había, sin embargo, una mujer desconocida, que tenía en sus brazos a un lactante. Felipe contemplaba boquiabierto al niño forastero. Carlos no mostró asombro alguno, a sabiendas de que La Brune y la dama de Maucouvent lo estaban espiando.

A los dos hijos mayores los condujeron junto a la duquesa. Ésta estaba sola en la pequeña estancia habilitada como capilla. Carlos, que había esperado encontrar a su madre en la cama, ya no pudo contenerse por más tiempo.

—Hay un niño nuevo —observó en tono de reproche—; ¿por qué no está con vos en la sala de alumbramientos?

Valentina miró a sus hijos con una sonrisa tranquila; parecían haber desaparecido la desazón y la amargura del último año.

—Acercaos —dijo—. Escuchad bien lo que voy a deciros. Y prometedme, aquí mismo, que sabréis callar como auténticos caballeros. El lactante que ha venido esta noche a nuestra casa, no es hijo mío. Pero es medio hermano vuestro, y por eso debéis quererlo y protegerlo, igual que queréis y protegéis a vuestro hermano Juan.

—¿Medio hermano? —preguntó Carlos vacilante: se apoyaba contra la rodilla de su madre y veía de cerca un brillo en sus grandes ojos acastañados.

—Eso significa —prosiguió Valentina— que monseñor vuestro padre es también su padre. Su madre ha muerto de sobreparto; por esta razón viene a vivir con nosotros.

Felipe, que no comprendía nada, apenas prestaba atención; contemplaba el reflejo de las llamas de las velas en el retablo dorado del altar. Carlos, sin embargo, frunció el ceño, sumido en cavilaciones.

—Entonces, ¿dónde está monseñor mi padre? —preguntó al fin.

—Duerme aún —contestó la duquesa, mientras acariciaba el pelo de su primogénito, tras dirigirle una mirada escrutadora. Con seis años de edad, ¿comprendería su hijo realmente el alcance de sus palabras?

Carlos calló, tal como había prometido; amonestaba incluso a Felipe, cuando éste quería formular preguntas sobre el nuevo habitante de la casa, en el cuarto de los niños. La dama de Maucouvent no dedicaba mirada ni palabra alguna al lactante; iba de un lado a otro con gesto malhumorado, como si la hubieran agraviado a ella personalmente.

Sin embargo, los criados que andaban por las cuadras y el patio no eran tan

reservados. En alguna ocasión mencionaron, en presencia de Carlos, al bastardo de Orléans que había sido acogido en la familia ducal. Carlos sabía lo que era un bastardo, pues había aprendido a emplear la palabra refiriéndose a un perrillo que pertenecía a uno de los pinches de cocina. Pero no comprendía qué relación podía guardar aquella denominación con su medio hermano.

—¿Por qué el pequeño es un bastardo? —preguntó más tarde a su madre. El duque, su padre, que estaba sentado junto al fuego con la cabeza entre las manos, levantó la mirada.

—Has de saber que no siempre es una deshonra ser un bastardo —contestó, aun antes de que hubiera hablado Valentina—. Pero te prohíbo que llames así a tu medio hermano, hijo mío, antes de que tengas edad para saber lo que dices. Se llama Juan y es señor de Châteaudun, igual que tú eres conde de Angulema. Llámalo, pues, Dunois, ya que es el nombre que se merece.

—No te muestres hostil frente a tu medio hermano, Carlos —dijo la duquesa suavemente—. A él lo quiero tanto como a ti y a Felipe y a Juan, hijo mío. En realidad, tendría que haber sido mío… —Por encima de la cabeza de Carlos miraba a su marido con su sonrisa tranquila y triste—. Me ha sido robado, el pequeño Dunois.

La muerte repentina de Mariette de Cany había devuelto a Luis al fragor de la batalla. Con ella había conseguido olvidar durante unos meses los desengaños del último año: la muerte del antiguo rey de Inglaterra, Ricardo, y la caída de Wenceslao, seguida de la coronación de Roberto de Baviera. A pesar de todo, no había podido disfrutar de una felicidad completa en el castillo de Epernay, adonde había conducido a la dama de Cany tras haberla hecho suya. Ella nunca mencionaba la palabra amor, pero sus silencios eran más elocuentes de lo que hubieran podido ser las palabras. Su entrega desesperada asustaba a Luis; aunque también él era profundamente consciente de la culpa y el pecado, creía que su pasión podría justificar aquella relación. Para Mariette el futuro no existía. Consideraba que había muerto desde el momento en que le fue infiel a Aubert de Cany, y atravesaba un purgatorio de humillación y arrepentimiento. Luis atribuía su estado de ánimo al embarazo; hasta el último momento la comprendió mal.

—Perdonadme que huya —dijo Maret, antes de retirarse a la sala de alumbramientos. Ya habían comenzado las contracciones, pero ella se mantenía erguida, rechazando la ayuda de las mujeres que la rodeaban. Luis, que pretendía animarla, se despidió bromeando:

—¡Ahora ya no puedes escaparte de mí, querida!

—Si puedo —repuso Mariette lentamente, volviendo hacia él su pálido semblante —. Pero pensad alguna vez en mí, cuando no podáis encontrarme.

Luis tenía motivos para pensar en ella; cuando volvió a verla, después del parto, yacía yerta e inmóvil entre dos hileras de cirios encendidos. Sin un saludo, sin una sonrisa, lo había abandonado para siempre.

Tras la disputa en presencia del rey, la enemistad entre el de Borgoña y el de Orléans era un hecho consumado. Tío y sobrino se rehuían cuanto podían; pero en el Consejo se producían repetidamente violentas explosiones, reproches y amenazas. El odio que se profesaban mutuamente no era ya un secreto para nadie; en Paris, la chusma azuzaba a los miembros de la servidumbre del de Orléans gritando: «¡Borgoña! ¡Borgoña!».

A principios del año 1401 apareció en la corte francesa el padre de Isabel, el duque Esteban de Baviera, para intentar concertar una alianza entre Carlos y el nuevo emperador, Roberto. Isabel, sumamente satisfecha ante la situación, prometió emplear toda la influencia de que disponía. Pero aun antes de que pudiera emprender nada, hubo de encajar un duro golpe: el delfín murió de un resfriado, apenas cumplidos los ocho años de edad. Hacia tan sólo unos meses que había hecho su entrada solemne en la ciudad de Paris; acompañado por sus tíos abuelos y un brillante cortejo, había cabalgado por la ciudad entre los vítores de la población. Ni los cuidados de los médicos, ni las misas que se celebraron por orden del rey en todas las iglesias de Paris, pudieron salvar al niño. Durante una temporada Isabel perdió todo el interés por los problemas políticos. Dejaba actuar al de Borgoña; éste inició inmediatamente las negociaciones para concertar una alianza matrimonial entre la pequeña Margarita de Nevers y el nuevo delfín, aun antes de que el niño recién fallecido hubiera sido enterrado.

El duelo por el delfín hizo aumentar también la preocupación de Isabel por su hija; la viuda del rey de Inglaterra, que contaba once años de edad, permanecía en el castillo de Windsor, y aunque todo lo que la rodeaba era acorde a su estado, de hecho era prisionera del de Lancaster. A las legaciones procedentes de Francia se les permitía entrar a verla para una breve conversación formal; sin embargo, todas las negociaciones relativas a su regreso a Paris y la devolución de su dote tropezaban con el escollo de la fría actitud negativa del rey Enrique.

Esto suscitaba desconfianza e inquietud; el de Borgoña creía saber, incluso, que el de Lancaster consideraba la posibilidad de concertar un matrimonio entre su hijo y la joven viuda. Pero Isabel tenía otros planes que, en realidad, también le convenían más al duque de Borgoña: deseaba buscarle a su hija un esposo en Alemania. Hacia el verano, el de Lancaster cambió de parecer: no le compensaba conservar la dote a riesgo de perder el favor popular. Hasta la fecha, ningún rey de Inglaterra había buscado impunemente una esposa francesa para sí o para sus parientes. Así Pues, se realizaron todos los preparativos para el viaje de doña Isabela. El de Borgoña aguardaba, acompañado de un gran séquito, en Caláis, con todos los honores.

El inminente regreso de su hija puso fin al estado de ánimo depresivo que había arrastrado Isabel durante toda la primavera, pero también a su propósito de hacer penitencia por todo aquello que en los últimos años había emprendido deliberadamente contra los intereses de Francia, y contra todos aquellos que le estorbaban en la realización de sus propios planes. Durante una tormenta de verano

había caído un rayo en la cámara de Isabel; el impacto del golpe y el espectáculo de las colgaduras de la cama envueltas en llamas la habían impresionado tanto que decidió cambiar de proceder. Pero en cuanto pasó el aguacero y se repararon los daños en su cámara, la reina volvió a ver las cosas de distinta manera; fundó una iglesia y mandó decir misas semanalmente por el eterno descanso del fallecido delfín. Con ello dio por cumplida su obligación.

El duque Esteban de Baviera, su padre, había reanudado sus visitas a la corte francesa. Sus atenciones se centraban en la viuda del señor de Coucy, caído en Nicópolis. La hija de éste se había convertido en heredera de extensos e importantes territorios, la baronía de Coucy, situada en Picardía lindando con Flandes, Henao y Brabante. Era de esperar que la joven regalara o vendiera en su momento sus posesiones a su poderoso padrastro de Baviera. El dominio de Coucy no solamente suponía un magnífico complemento del conjunto de países pertenecientes a la Casa de Baviera, sino que además constituía un acceso a Francia, una posición clave.

Naturalmente, el de Borgoña apoyaba la petición de matrimonio; Isabel se mostraba igualmente favorable, y también el de Berry, quien se dedicaba a coleccionar animales exóticos en su castillo de Bicétre, manifestó su conformidad. El viejo duque de Borbón vacilaba aún; el asunto no le parecía del todo conveniente. El de Orléans no apareció en las reuniones que se convocaron para deliberar sobre las capitulaciones matrimoniales; pero logró coger desprevenidos a Isabel y a los demás regentes al comprarle a la heredera la baronía de Coucy. El rey ratificó con su firma el contrato en que la hija del señor de Coucy declaraba «que no podía actuar de mejor manera en interés del reino sino transfiriendo el dominio de Coucy a monseñor el duque de Orléans». Por primera vez Luis pudo saborear las mieles de un triunfo: había logrado aventajar al de Borgoña y a los príncipes de Baviera. La decepción y la rabia de éstos le revelaron al mismo tiempo dónde debía situar su siguiente jugada.

En medio de los territorios bávaros estaba el ducado de Luxemburgo, que pertenecía al marqués de Moravia, pariente y aliado de Wenceslao. Este territorio, que hacía de cuña entre Flandes, Henao y Brabante, por un lado, y los territorios sometidos a Roberto de Baviera, por otro, constituía un punto estratégico de primer orden. El marqués de Moravia deseaba a toda costa preservar su posesión contra la influencia del odiado bávaro, por lo que sugirió la posibilidad de poner Luxemburgo bajo la protección del de Orléans.

Luis intensificó aún más su actividad política, al darse cuenta de que su estrella estaba mejorando. Durante una temporada en que la reina apenas aparecía en público, consiguió que su amigo, el mariscal Boucicaut, fuera enviado a Génova como gobernador. Boucicaut, quien conocía y apoyaba las ideas de Luis, supo mantener el orden allende los Alpes, sin poner en peligro la paz con vecinos y aliados.

Una vez más, Isabel y el de Borgoña tuvieron motivos de grave queja contra el hermano del rey. Intentaron entorpecer sus planes, cada uno a su manera. La reina, furiosa porque quedaba descartada la posibilidad de una guerra contra Gian Galeazzo

en tanto Boucicaut permaneciera como gobernador de Génova, se entregó en cuerpo y alma a las intrigas del emperador Roberto; mientras tanto, el de Borgoña asestó un golpe en otro lado. Mediante hábiles maniobras políticas, consiguió atraer el ducado de Bretaña dentro de su esfera de influencia.

Luis se encontraba en un estado de ánimo enconado, también como consecuencia del contragolpe certero del de Borgoña. El rey, más enfermo que nunca, no resultaba accesible: apenas podía considerársele ya un ser humano. Isabel recibía casi a diario a legados procedentes de Alemania; el de Orléans lo sabía muy bien, aunque la reina hiciera como si no ocurriera nada de particular. Los duques de Berry y de Borbón se mantenían al margen; ambos deseaban ver el desarrollo de los acontecimientos a una prudente distancia. En el Consejo reinaba la confusión y el descontento: ante tantas opiniones encontradas, era imposible determinar un rumbo fijo. Luis de Orléans deseaba poder dar rienda suelta a sus sentimientos de odio hacia el rey Enrique IV y el duque de Borgoña; decidió hacerlo, enviando a su antiguo hermano de armas una carta de desafío para un duelo. Se le había ocurrido la idea al ver a su sobrina, la pequeña Isabela, quien deambulaba, pálida y triste, por las salas de Saint-Pool, mientras aún se la servía y reverenciaba como a una reina. Había venido de Inglaterra con una actitud de majestad agraviada, que en una muchacha tan joven casi parecía grotesca, pero la pena de sus grandes ojos claros no era fingida. Había amado mucho al rey Ricardo, quien siempre se había portado bien con ella.

—Y él me amaba —decía la niña, llorando—. Al despedirse de mí, antes de marchar a Irlanda, me levantó en el aire y me besó al menos cuarenta veces. — Cuando Isabela contaba esto, no dejaba de derramar abundantes lágrimas.

Luis sentía una gran compasión por la reina destronada, la niña que se había convertido en viuda aun antes de haber llegado a ser mujer; no sería fácil concertar para ella en el futuro un matrimonio igualmente brillante. En breve tal vez tuviera que volver a despojarse de aquel rango supremo, que ahora ostentaba aún con tanto convencimiento. Rodeada de princesas y duquesas, se exhibía, ataviada con los vestidos de ceremonia de su dote, en una parte del palacio habilitada para «Su Majestad la reina viuda de Inglaterra». Pero ni aun todo el ceremonial, ni todas las manifestaciones de respeto y pompa conseguían devolver la lozanía a su carita seria. Conmovido e indignado, Luis se creía obligado a hacer algo que en la corte francesa al parecer se consideraba superfluo: se erigió en paladín de su sobrina y desafió al de Lancaster a que se batiera con él en duelo. El inglés respondió lacónicamente que la propuesta le parecía ridícula en grado sumo y que, además, no sentía deseos de luchar con una persona de rango inferior.

Por otra parte, no todo iba viento en popa para el nuevo rey de Inglaterra; al poco tiempo se dio cuenta de que no se aprende a reinar en pocos días. Gracias a una intervención del de Borgoña, logró que se Mantuviera el armisticio con Francia. Tenía tantos asuntos que atender en su propio país, que de momento quedaban descartadas nuevas incursiones en terreno francés. Luis, pensando que de esta manera

Francia quedaba deliberadamente privada de la oportunidad de luchar contra Inglaterra ahora que este país se veía debilitado por las disensiones, jugó su última y más valiosa carta contra el de Borgoña.

En el verano de 1402 marchó de nuevo, con gran acompañamiento, a Coucy, que estaba situado favorablemente junto a las fronteras; allí negoció con los delegados del marqués de Moravia acerca de la compra del ducado de Luxemburgo. El contrato se formalizó sin problemas. El de Moravia vendió al de Orléans su posesión por la suma de cien mil ducados. Luis partió casi de inmediato hacia su nuevo territorio; allí estableció relaciones con los señores de la comarca, ganándose su favor de la manera probada desde antiguo: mediante regalos y rentas vitalicias. De resultas de la intervención del duque de Orléans, se originó una grieta amenazadora en la hegemonía territorial bávara; por otra parte, en caso de guerra Luis podía contar con un ejército de vasallos con sus seguidores. Ambos partidos, el de Orléans y el de Borgoña, habían adoptado una actitud sumamente amenazante frente al contrario; ninguno de los dos podía hacer ya una jugada sin sucumbir o asestar un golpe fatal al adversario.

Una tarde del mes de mayo del año 1403, al regresar Isabel, en compañía de su séquito, de un paseo por los jardines de Saint-Pool, se enteró, con gran asombro por su parte, de que el duque de Orléans había solicitado ser recibido por ella en audiencia; hacía ya bastante que esperaba en la antecámara. En los tres últimos años la relación entre la reina y su cuñado había sido extremadamente fría; únicamente se hablaban en ocasiones oficiales, y sólo mantenían la apariencia de una cortesía mutua frente al mundo exterior. Isabel participaba demasiado en la política llevada a cabo por el de Borgoña como para poder tratar al de Orléans sin desconfianza. Durante los últimos meses incluso lo había rehuido muy conscientemente.

Isabel se dirigió a la pieza donde solía pasar más tiempo: la estancia cuyas paredes estaban recubiertas de tapices floreados, junto a la sala de audiencias. Sabía que aquella mañana Luis de Orléans había sido recibido en audiencia por el rey, junto con un gran número de clérigos. Carlos se encontraba algo restablecido; podía volver a ocuparse de los asuntos de Estado, durante un breve espacio de tiempo.

Isabel aguardaba, malhumorada y llena de impaciencia, la llegada de su cuñado; se abanicaba con ayuda de un paño y olía repetidamente un pomo de filigrana de oro lleno de hierbas aromáticas. Se abrieron las puertas, y anunciaron al duque de Orléans. Luis penetró solo en la estancia de la reina y la saludó haciendo una reverencia; si bien sus palabras y gestos eran irreprochables, Isabel adivinaba bajo el comportamiento cortés de su cuñado un frío aplomo, que la irritaba tanto más cuanto que demostraba que Luis había conseguido su objetivo.

—¿Y bien, monseñor? —preguntó la reina, a su vez fría y altiva—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

Luis paseó la mirada por la fila de damas de alcurnia. Margarita de Borgoña desvió la vista, y su rostro permaneció impávido y gris como si fuera de piedra; la condesa de Nevers sonreía ceremoniosamente, con una mirada glacial. Luis, quien había visto brillar aquella mirada en otras circunstancias por un sentimiento muy opuesto a la hostilidad, arqueó las cejas por un momento, con gesto irónico. Las demás damas del cortejo de Isabel mantenían la mirada clavada en el suelo, con discreción.

—Haced que se retiren vuestras damas, señora —prosiguió Luis—. Lo que vengo a tratar con vos no está destinado a oídos extraños.

La reina hubiera rehusado gustosamente dar cumplimiento a su petición: se dio cuenta de que esto era lo que indudablemente esperaba de ella Margarita de Borgoña. Por otra parte temía, empero, que el de Orléans, en ese caso, no hablara: se sentía obligada a descubrir lo que éste tramaba. Dio orden a sus damas de que se retiraran; profundamente ofendidas, las damas borgoñonas abandonaron la estancia, encabezando la comitiva.

—He visitado al rey —prosiguió el de Orléans, en cuanto se cerraron las puertas detrás del cortejo de Isabel. ¿Vuestra Majestad tal vez no sabe que se encuentra de nuevo restablecido?

Isabel levantó la mirada, asombrada:

—Pues claro que lo sé…

—Así y todo, hace varias semanas que no habéis visitado al rey —repuso Luis, sin apartar los ojos de ella—, a pesar del hecho de que continuamente os envía recados. Me ha expuesto sus quejas al respecto, señora.

—Pero eso no es cierto —dijo la reina, haciendo un movimiento brusco que hizo rodar al suelo el pomo con las hierbas aromáticas—. He ido a visitarlo dos veces, con el delfín. Y todos los días me intereso por su estado de salud.

—De acuerdo, señora —dijo Luis, impaciente—, pero es que no queréis comprenderme. El rey es vuestro esposo…

El rostro de Isabel y su grueso cuello se tiñeron de un vivo carmín; la reina bajó la mirada. Se hizo un profundo silencio en la habitación.

Fuera se oían el canto de los pájaros en el parque y las voces de los nobles que jugaban a la pelota.

—No quiero —estalló la reina de pronto—. No puedo, Jesús, María, yo ya no quiero.

Luis de Orléans miraba los dedos gordezuelos de Isabel, sus manos tan blandas en apariencia, que ahora mantenía apretadas de tal manera que delataban una fuerza fuera de lo común.

—¿Qué queréis decir con eso, señora? —preguntó Luis en voz baja; a pesar de todo, le impresionaba la desesperación de la mujer que tenía delante. Isabel permanecía encogida en su asiento.

—He tenido diez hijos, monseñor —respondió con voz ahogada. Le avergonzaba

que su cuñado la hubiera arrastrado a una conversación semejante—. He traído siete niños al mundo, desde que mi marido fue presa de su enfermedad por vez primera. —Calló un momento; Luis le tendió el pomo—. Me da miedo el rey —prosiguió Isabel, con vehemencia—. Todo el mundo sabe cómo me amenaza cada vez que sufre un ataque. Tiene unos altibajos que lo vuelven irreconocible. En alguna ocasión me ha expulsado de su habitación entre golpes e insultos. ¿Es que no hay nadie que me compadezca a mí? ¿Nadie que se imagine lo que yo he de soportar?

En el silencio de aquella estancia, de aquel templete de abigarrados bordados, la reina y el de Orléans se lanzaban miradas escrutadoras. A Luis le pareció de pronto como si jamás hubiera visto antes a aquella mujer. Gruesa y marchita, no se parecía en nada a la lozana princesa que él había ido a recibir a Melun como prometida de su hermano; pero su desesperación le conmovía más profundamente que las risitas de antaño. Se le antojó que la actividad política de Isabel tal vez no fuera sino un intento de huir de la pesadilla de su vida conyugal.

Lleno de vergüenza, Luis se reprochaba no haber enjuiciado nunca su comportamiento desde esta perspectiva. Por otra parte, él, como admirador de las mujeres, tendía rápidamente a respetarla por su actitud orgullosa, y su silencio altivo respecto de los secretos de su vida marital.

Involuntariamente, su comportamiento se tomó menos formal; el tono de su voz se suavizó y su mirada perdió su dureza.

Luis le dirigió a la reina una fugaz sonrisa; era la sonrisa que, en la corte, sólo le dedicaba de tiempo en tiempo a la pequeña Isabela: tranquilizadora, cómplice, llena de comprensión y simpatía. Se parecía ahora tanto al rey, tal como había sido quince años antes, que Isabel sintió en su corazón un extraño dolor; comenzó a sollozar, movida por el autoconmiseración y por la pena ante la felicidad perdida. «A fin de cuentas, sólo es una mujer», pensaba Luis, mirando la cabeza inclinada de la reina. «Dios mío, también ella se siente sola. El de Borgoña ha abusado del hecho de que sea desdichada». Le parecía que el frío orgullo que siempre le había reprochado a Isabel sólo había sido apariencia, una máscara a la que se había aferrado. «¿Se dejará llevar?», se preguntaba. «¿Será posible hacerla entrar en razón? Si se pone de mi parte, habré ganado la partida». El de Borgoña se aprovecha de ella, pero aparte de la política, apenas si le ofrece algo a cambio. Naturalmente, es una mujer: ¿cómo he podido olvidarlo?, pensaba Luis, cada vez más asombrado. “Desea ser comprendida sin tener que mendigar compasión. Mi señor tío pierde de vista estas cosas”.

—Conozco vuestros problemas, señora —dijo, en tono suave y cálido—. No creáis que soy ajeno a los sacrificios que se os piden. Pero el rey os tiene mucho afecto, cuando está recuperado; y no podemos sino conjeturar lo que sufre, avergonzado y arrepentido, por los agravios que os ha infligido. Sé que os resulta extremadamente embarazoso tener que hablar conmigo sobre estos asuntos. El rey se ha confiado a mí, por ser su pariente más próximo. Sabe, además, que yo sólo quiero su bien, en todos los aspectos. Quizá no compartamos los mismos puntos de vista al

respecto, señora —añadió apresuradamente, pero sin perder la cordial sonrisa, al ver que Isabel le dirigía una mirada llena de escepticismo. La reina secó sus lágrimas con gesto enérgico; le avergonzaba haberse dejado llevar por los sentimientos, si bien era perfectamente consciente de que ello había despertado el interés del de Orléans. Al ver que ella había recobrado el dominio de sí misma, Luis prosiguió, algo más circunspecto—: El rey tiene ahora dos hijos varones, señora; ninguno de los dos es de constitución fuerte. Si algo le ocurriera al delfín o a su hermano, no lo quiera Dios, Francia se quedaría sin heredero de la corona.

—Me sorprende que seáis precisamente vos quien se preste a oficiar de mediador en…, en un asunto como éste —dijo Isabel, irónica—, pues no ignoráis que, en tal caso, el trono pasaría a vos y a vuestros descendientes, monseñor.

Luis hizo una reverencia y retrocedió varios pasos.

—Me temo que no nos entendemos —dijo con frialdad, pero la reina le rogó rápidamente que se quedara. No era propio de Isabel dejarse llevar mucho tiempo por un estado de ánimo. Las lágrimas habían desaparecido sin dejar rastro, y la breve pena había dado paso al cálculo. Se preguntaba si no sería posible restablecer hasta cierto punto la relación amistosa de antaño; bajo la influencia del de Borgoña y su mujer, la vida de corte se había tornado más rígida hasta convertirse en un espectáculo solemne, desprovisto de contenido. Isabel echaba de menos la exuberancia y la fantasía de las fiestas que solía dar Luis.

Echaba en falta la alegría despreocupada, la entrega a la exaltación de los sentidos y a los placeres; movida por su anhelo, olvidaba que la juventud no vuelve y que lo hecho, hecho estaba. En las circunstancias actuales, otro factor que abogaba aún con más fuerza a favor de Luis era el hecho de que, con toda probabilidad, él no recortaría lo que ella consideraba sus merecidas rentas. El de Borgoña, que aprovechaba cualquier oportunidad para que el tesoro público pagara sus gastos y deudas, exhortaba a Isabel a que se moderara, pretextando preocupación. Él la vigilaba y se informaba celosamente de cualquier adquisición o donación en la que ella participara. Este control demasiado escrupuloso la irritaba sobremanera; pero había de soportarlo, puesto que necesitaba al de Borgoña. Mientras contemplaba ensimismada a su cuñado, pensaba en lo infinitamente más agradable que sería para ella que pudieran sumarse en una sola persona la utilidad en el terreno político y una actitud más complaciente en los demás aspectos. En más de una ocasión había acariciado la idea de ganarse al de Orléans para su causa; si nunca lo había intentado, era porque Luis no le había parecido lo suficientemente importante. Ahora, sin embargo, éste le había demostrado que podía medirse con el de Borgoña; para ella no existía mayor prueba de capacidad.

—Monseñor —dijo Isabel, clavando en Luis la mirada dura de sus ojos oscuros —, intentaré meditar en mis oraciones sobre las cosas que acabáis de decirme. Dios sabe que tengo buena voluntad. Pero todo tiene sus límites. A veces me parece como si el rey hubiera muerto. No soy capaz de sentir amor por aquello que ha ocupado su

lugar.

Luis de Orléans tomó la mano que le tendía Isabel y la ayudó a levantarse.

—Solamente os he hablado porque mi hermano, el rey, así me lo ha pedido —dijo en tono cortés, como sí considerara la cuestión como definitivamente zanjada—. Comprendo muy bien vuestros escrúpulos, señora. Si me lo permitís, os conduciré adonde están vuestras damas.

Isabel le sonrió con un asomo de su antigua coquetería. Estuvo a punto de olvidar que su hermosura se había eclipsado y que, en realidad, ella tampoco era una inocente víctima. No había sido la humildad ni la paciencia lo que la había movido a aguantar los intentos de aproximación del rey durante los diez últimos años. Castillos, joyas y grandes cantidades de dinero habían sido el precio de su amor.

El de Orléans había conseguido aún más del rey; la venta de objetos de valor no le bastaba para poder afrontar los enormes gastos en que había incurrido para poder comprar Coucy y Luxemburgo. Así como la posesión de estos territorios beneficiaba al reino, parecía evidente que el reino también había de desembolsar las cantidades de dinero requeridas para su adquisición. Por otra parte, Luis consiguió convencer a su hermano de que era preciso tomar precauciones ante la actitud de Inglaterra. Sin duda alguna, Enrique reanudaría la guerra en cuanto se le presentara la oportunidad; por esta razón, era conveniente prepararse ahora que la situación en Inglaterra garantizaba aún cierta demora de las hostilidades. Por un decreto real, en toda Francia se impuso, por espacio de tres años, una contribución de igual cuantía que la recaudada con ocasión del matrimonio de Isabela. Esta vez ni siquiera se dispensó al clero, que hasta la fecha había estado exento de este tipo de impuestos. La indignación de los clérigos no tuvo límites; el de Borgoña, ofendido por el hecho de no haber sido consultado en aquel asunto, no vaciló en ponerse de su parte. Por otra parte, en sus posesiones tampoco alentaba a la población a que pagara el tributo; antes bien, lo contrario.

Desde ese momento, los parisinos hubieron de soportar la presencia inquietante, tanto en la ciudad como en sus alrededores, de facciones de gente armada procedente de Picardía, Luxemburgo y Gúeldres, que decían estar al servicio del duque de Orléans, como también de tropas procedentes de los dominios borgoñones de Artois y Flandes. El príncipe elector de Lieja, Juan de Baviera, se encontraba en el Hotel d’Artois como huésped del de Borgoña; el ejército que había traído, compuesto principalmente por arqueros y lansquenetes, se alojaba en los barrios que rodeaban dicho palacio. El temor de una guerra civil aumentaba de día en día; la ciudad de Paris envió una delegación al rey, con objeto de solicitarle que pusiera fin a la caótica situación. Se aseguró a la población, en nombre del rey, que las tropas presentes en la ciudad en modo alguno comprometerían la seguridad de los ciudadanos; su manutención estaba asegurada y el comportamiento indisciplinado estaba gravemente

penalizado. A pesar de estas declaraciones, los ciudadanos vivían constantemente atemorizados; muchos abandonaron la ciudad, y los más se armaron e hicieron acopio de víveres, como si se prepararan para un asedio.

Para Carlos de Orléans comenzó a la sazón una nueva etapa de su vida; había concluido su infancia, la época en que jugaba despreocupadamente sin otra obligación que la de recitar sin equivocarse las oraciones matutinas y vespertinas. Con sus nueve años, dejó de estar bajo el cuidado y la vigilancia de la dama de Maucouvent; era demasiado mayor para tener una aya. El duque de Orléans envió a su propio secretario, maese Nicolás Garbet, que había estudiado teología, como preceptor de «monseñor Carlos, duque de Angulema» a Château-Thierry, donde Valentina pasaba temporadas cada vez más frecuentes con sus hijos. Carlos aguardaba la llegada de maese Garbet con emoción y alegría; desde hacía mucho tiempo había esperado con impaciencia el momento en que le enseñaran a leer. Nada le parecía más maravilloso que ser capaz de desentrañar por sí solo el sentido de las hileras de signos de hermosa caligrafía que contenían los libros que su madre mandaba encuadernar e ilustrar con tanto esmero. Aún más apasionante debía de ser, a su juicio, el poder manejar la pluma. Gustaba de trazar figuras en la arena con un palo, figurándose que eran letras y que escribía un cuento a través del jardín, como si fuera la página de un libro para gigantes. Durante horas enteras miraba atentamente los folios de apretada escritura de La historia del rey Arturo, Las metamorfosis de Ovidio o los Evangelios. Aunque no sabía lo que ponía, la imagen de las hojas, el espacio rectangular lleno de letras, rodeado de abigarrados pámpanos, y las iniciales sobre un fondo dorado, lo llenaban de una profunda delectación. Obedecía con desgana cuando su madre le exhortaba a que fuera a jugar con sus hermanos.

—Más adelante habrás de aprender tantas cosas, hijo mío… —le decía Valentina —. Los libros te darán muchas satisfacciones cuando hayas olvidado lo que significa jugar.

Así pues, cabalgaba en el jardín con Felipe, a lomos de caballos de madera, o saltaba a la pata coja sobre el embaldosado de pasillos y salones. El pequeño Juan se limitaba a contemplar el juego de sus hermanos mayores, pero Dunois, que aún no había cumplido los cuatro años, siempre quería participar. Sin miedo a caerse o golpearse, se abalanzaba resueltamente entre los dos niños, con sus piernecitas llenas de vigor y sus fuertes manecitas. Era de pocas palabras, nunca lloraba y, cuando se trataba de alcanzar una meta determinada, mostraba una voluntad de hierro. Carlos y Felipe tendían a considerarlo como de su propia edad; con cierto asombro, de vez en cuando caían en la cuenta de que su incansable compañero de juegos era más pequeño que Juan, aquel niñito tímido y amedrentado. Parecían haber olvidado que Dunois no era sino medio hermano suyo y, por añadidura, bastardo; pertenecía a la familia, compartía ropa y alimento con ellos, dormía en la misma cama que Juan y

recibía idénticas muestras de respeto que los demás hijos del duque, también por parte de extraños y subordinados. Valentina le profesaba un cariño extraordinario; se sentía orgullosa de su aspecto saludable y de su rápido desarrollo físico e intelectual. Sus propios hijos eran de constitución menos vigorosa, más pálidos y se cansaban con más rapidez. Carlos sufría frecuentes afecciones pulmonares; a su juicio, era demasiado callado, demasiado introvertido para ser un niño de nueve años.

Valentina, de natural soñadora, deseaba ahorrarle la suerte que corren los temperamentos sensibles; consideraba preferible que una persona fuera capaz de defenderse y permaneciera vigilante. Con la llegada de maese Garbet, sin embargo, hubo de renunciar en cierto modo a su propósito de encauzar a tiempo el espíritu de Carlos por otros derroteros. El niño contemplaba con las mejillas arreboladas cómo su preceptor abría las bolsas de cuero en las que había transportado sus libros.

Los expuso sobre la mesa de la sala de estudio: el *Katholicon*, libros de texto para aprender la gramática latina, las obras de Catón, Terencio, Salusuo y Cicerón, y el Doctunal de Alexandre de Villedieu. Nicolás Garbet, un hombre enjuto y vivaracho, no mucho más alto que el propio Carlos, andaba de un lado a otro sin parar de hablar, dando indicaciones a los criados que cargaban con libros, explicando al pequeño Carlos el contenido de los gruesos tomos de cuero y recordando en voz alta lo que tenía que comunicar a la duquesa de parte de monseñor de Orléans. Gesticulaba sin cesar, enérgica y rápidamente, con el consiguiente revoloteo de sus mangas. Carlos comprobó también que su calzado estaba completamente desgastado, cosa que no le extrañaba, puesto que maese Garbet no se estaba quieto ni un solo instante.

Al día siguiente comenzaron ya las clases. Valentina quiso que también asistiera Felipe; esperaba que esto frenara algo a Carlos en su afán de estudiar. La presencia del hermano menor exigía un ritmo lento, al que en otras circunstancias no se hubieran atenido ni Carlos, con sus ansias de saber, ni el entusiasta maese Garbet. Fue así como ambos hermanos, sentados juntos a la larga mesa, trabaron conocimiento con el abecedario; leían lentamente salmos de un libro que Valentina había encargado confeccionar para ellos a Hugues Foubert, ilustrador de manuscritos. Por encima de sus capitas negras —llevaban luto, al haber fallecido repentinamente en Milán su abuelo Gian Galeazzo—, sus jóvenes caritas permanecían serias y tensas, mientras manejaban el estilo, con la punta de la lengua entre los dientes. Al poco tiempo siguieron los vocablos latinos, las conjugaciones y declinaciones y mil cosas más; luego, la lógica, la retórica y la aritmética. Sobre todo Carlos hacia rápidos progresos; Felipe era más juguetón, y le vencían rápidamente las ganas de jugar y distraerse. Tras las clases, Carlos solía demorarse en la sala repleta de libros y recados de escribir. Maese Garbet, siempre activo y ocupado —estaba escribiendo un tratado versificado sobre un tema teológico—, alentaba al muchacho; mientras fuera resonaban los gritos de Felipe, Dunois y Juan, que se dedicaban a atacar y defender montículos de arena, a lanzar piedras o flechas a una diana de madera o a saltar jadeantes por encima de varas, Carlos permanecía en la silenciosa sala, leyendo, con

los brazos apoyados en el borde de la mesa.

Una y otra vez se sentía maravillado ante aquel milagro: cómo detrás de las letras negras podía surgir un mundo de aventuras, lleno de belleza, cómo en el espacio de una sola página se desplegaba una vida, y en escasas palabras iba contenido el secreto de la muerte y el heroísmo. Leía un renglón, en voz alta, tal como le habían enseñado: he aquí que cabalgaba Perceval por medio del bosque, mientras se vislumbraba el castillo de Montsalvat en la cumbre de la cordillera. Las palabras «montaña» y «bosque» despertaban un sinfín de imágenes en la mente el muchacho: veía las hojas que colgaban de los árboles, verdes y relucientes, y oía el rumor de un arroyo oculto; los cascos del caballo dejaban una huella profunda en el musgo. La luz del sol iluminaba la pared rojiza de la montaña, las ventanas del castillo brillaban, y un águila real alzaba el vuelo desde su nido, soltando un chillido. Durante la lectura, la estancia desaparecía en una profundidad insondable; en los meses de verano, Carlos no percibía el zumbido de las moscas junto a la pared ni el rascar de la pluma de maese Garbet; en el invierno no oía el crepitar de la leña en la chimenea y nunca recordaba en qué momento una mano solícita había colocado una vela junto a él.

Habían terminado los frecuentes viajes y desplazamientos; vivían en Château-Thierry prácticamente todo el año. La relación de Carlos con su madre se hizo muy entrañable en esta época; conversaban y leían juntos, y escuchaban el canto de los juglares con idéntica admiración. Por primera vez también el muchacho comprendió algo de la pena que sobrellevaba su madre. Sabía ahora que había sido desterrada de la corte de París y por qué motivo, y sabía también que tenía diariamente además muchos motivos de tristeza. Aunque ella nunca se quejaba y en su presencia siempre hablaba con gran circunspección de sus sentimientos y pensamientos, Carlos adivinaba, con la aguda intuición de un niño precoz, qué era lo que la oprimía. Su padre venía a visitarlos ahora muy a menudo, apareciendo siempre con gran acompañamiento, y generalmente en compañía de caballeros de alcurnia procedentes de sus provincias o de Luxemburgo. A sus hijos, sin embargo, concedía Luis escasa atención; cuando residía en Château-Thierry tenía tantas cosas que hablar con Valentina y con sus ilustres huéspedes, que no le quedaba tiempo para ellos. Carlos lo miraba desde lejos y lo admiraba sobremanera; nunca había visto a un hombre tan apuesto y tan elegante como su padre. Involuntariamente identificaba al duque con los héroes de las novelas, con Perceval, Lanzarote, Arturo y Eneas. Sabía que a su madre le ocurría lo mismo; en más de una ocasión captó casualmente la mirada con la que ésta seguía a su marido: el brillo de sus ojos casi lo asustaba.

La duquesa solía vestir con preferencia de negro, y sólo excepcionalmente llevaba joyas. Pero cuando monseñor estaba en Château-Thierry, aparecía ataviada como una princesa, con el cuello adornado de joyas. El pequeño Carlos observaba este cambio, maravillado; en aquellas ocasiones se daba cuenta, además, de que su madre era una mujer de extraordinaria belleza, esbelta y espigada, con trenzas color miel, como las hojas de las hayas en otoño. El duque la saludaba con cortés elegancia, y durante su

estancia la trataba con respeto y amabilidad; pero nunca vio el muchacho en sus ojos la mirada profunda y ardiente que advertía en su madre en algunas ocasiones.

Por aquella época nació otro de los hijos de los duques, una niñita que fue bautizada con el nombre de María. No permaneció por mucho tiempo en la cuna con los cortinajes verdes de sarga; aun antes de que Valentina hubiera abandonado el lecho de parturienta, llamaron a Carlos y Felipe para que se despidieran de su hermanita, una muñeca blanca como la cera entre los pliegues de su sudario.

En la primavera de 1404, la duquesa de Orléans recibió una carta de su esposo que contenía una noticia importante, sobre todo para Carlos. Luis había acordado con el emperador Wenceslao que la promesa de matrimonio concertada en su momento entre la joven Isabel de Goerlitz y Carlos era nula. Habíase encontrado una nueva prometida, a saber, doña Isabela, la viuda del rey Ricardo de Inglaterra, de catorce años de edad. Aunque ciertamente habría que aplazar el casamiento hasta varios años después, debido a la corta edad del novio, se hizo público el compromiso una vez cumplidas todas las formalidades.

El papa otorgó su dispensa para este matrimonio entre primos carnales; el rey declaró que Isabela recibiría trescientos mil francos de oro en concepto de dote, de los cuales el de Orléans podría emplear dos tercios para adquirir propiedades en Francia.

Aquel otoño Luis de Orléans se llevó a su primogénito de caza a Senlis, con objeto de presentarlo allí a los personajes de la realeza y a la corte. Ataviado con hermosos ropajes, que —como de costumbre— tenían profusión de bordados en forma de cardos, ballestas y ortigas, el muchacho caminaba junto a su padre entre las hileras de caballeros de alcurnia. Nunca había visto tal magnificencia de caballos, carruajes, arneses, y criados y pajes ataviados de vivos colores. Los condes y barones, con sus mujeres, brillaban por la abundancia de oro y pedrería; bajo una tienda roja de seda estaba sentado el rey, tío y padrino de Carlos. El muchacho se llevó una decepción. Aunque sabía que el rey estaba enfermo, se había imaginado un personaje más impresionante que aquel hombre escuálido y encogido, de rostro cerúleo y ojos inquietos y enrojecidos. El rey, sin embargo, saludó a Carlos con gran cordialidad: primero lo llamó «dilecto sobrino», y luego «hijo mío», le hizo bonitos regalos y le concedió una renta vitalicia. Carlos le dio las gracias con la mirada baja, algo confuso por el hecho de que todos lo miraran. Fue precisamente su tierna timidez lo que suscitó elogios; a todos les pareció un muchacho sano de buenos modales. Decían que tenía la nariz y la boca de su padre, pero los ojos de Valentina. El duque de Orléans, satisfecho por la impresión que había causado el muchacho, regaló a su hijo una sortija de sello y un caballo de silla, como recuerdo de los días pasados en Senlis.

Aquel invierno trajo mucha nieve y lluvia; los ríos crecidos se desbordaron a principios de la primavera, y el viento seguía siendo gélido.

Se achacó al mal tiempo la aparición de una enfermedad hasta entonces desconocida, que iba acompañada de fuertes dolores de cabeza y pérdida del apetito.

Casi nadie escapó al mal, pero sólo unos pocos sucumbieron al mismo. Entre las víctimas se contaba el duque de Borgoña.

Una noche de la primavera de 1405 se había congregado una nutrida multitud en los locales de la taberna El Ciervo de Oro de la rue Barre du Bec, no lejos del Hotel d'Artois. Las puertas estaban cerradas, para que no pudiera entrar nadie más; sólo ardían unas pocas antorchas. El tabernero se llamaba Thibault aux dés, Thibault el de los dados, porque en todo momento disponía de alguna estancia apartada donde se podía jugar tranquilamente junto a una copa de vino, tanto tiempo como se quisiera y apostando cualquier cantidad imaginable; Thibault no hacía preguntas, siempre que se le pagara rápido y bien: su establecimiento era un conocido lugar de reunión para todo aquel que quisiera divertirse o hacer negocios sin riesgo de reprensión. La justicia no gustaba de hacer incursiones en la taberna de Thibault, ya que en ella siempre había gente armada, tanto de día como de noche, y se echaba mano a las navajas con harta facilidad. Generalmente las peleas degeneraban en un baño de sangre; al final no se distinguían los adversarios de los compinches, y la gente se atacaba por el mero hecho de pelear y por la oportunidad de rajarse las bolsas de dinero y robarse objetos de valor. Quien no tuviera nada que hacer en la taberna evitaba el lugar y hasta la calle en que se hallaba El Ciervo de Oro.

Aquella noche la tertulia que se celebraba en los locales de Thibault tenía el carácter de una reunión preparatoria; los hombres se apiñaban sentados o de pie en torno a una mesa que hacía las veces de tribuna. El orador tenía el don de cautivar en grado sumo a su auditorio, a pesar de su apariencia repulsiva; anudaba sus sucios andrajos con un cordel a la cintura, y sobre los hombros le caía una larga melena.

Como no había nadie en la taberna que tuviera interés en delatar a la autoridad competente que Arnaud Guillaume predicaba la rebelión contra el de Orléans, aquél se había despojado de su gorro. Sus dos acompañantes, que estaban sentados a la mesa, por el contrario, no querían ser reconocidos: se habían envuelto en sus capas, y con el borde de los gorros se tapaban la cabeza y las mejillas. Inmóviles, contemplaban en silencio a los hombres a su alrededor.

Arnaud Guillaume hablaba empleando la técnica que tanto le había aprovechado en su anterior oficio: despacio, en tono bajo, con voz temblorosa, como si estuviera embargado por la emoción; de la misma manera que había pronunciado los conjuros por encima de la cabeza del rey durmiente.

—¿Y que ha sido del dinero que reunisteis a costa de tantos sacrificios, hermanos? —preguntaba Guillaume, elevando las manos. Esta pregunta cerraba una larga alocución, en la que había descrito, una vez más, la miseria originada por las contribuciones impuestas el año anterior. Aguardó unos instantes; entre los presentes se elevó un murmullo de indignación—. ¿Acaso se ha empleado realmente en los asuntos que los recaudadores enumeraban con tanta precisión? ¿Se han reforzado los

fuertes, se ha armado a las tropas, se han construido reservas de invierno? Y aun si se hubiera hecho, cosa que realmente dudo, hermanos, aun suponiendo que se hubiera hecho, ¿qué nos importa? ¿Acaso os beneficia una nueva guerra, pillajes, asesinatos…; que se saqueen vuestras casas, que se robe vuestro ganado, que se destruyan vuestros campos, que se deshonre a vuestras mujeres e hijas, y que tal vez a vosotros mismos se os ahorque en cualquier árbol? Pues eso es lo que sucede, compañeros, eso es lo que sucede cuando hay guerra: ¡y los saqueadores son generalmente los soldados que habían de defenderos! ¡Sois vosotros las víctimas, hermanos, sois vosotros los derrotados, y no el enemigo, pues éste contraataca! ¿Acaso querríais que vuestros dineros fueran utilizados para vuestra propia perdición? No, compañeros, no es eso lo que queréis. Vosotros no, ¡pero el de Orléans sí, ese instigador de la guerra, que quiere servir sus propios intereses con vuestras libras!

—Pero si acabas de decir que el dinero de nuestros impuestos no se emplea para eso —repulso una voz de entre el público congregado.

—Tienes razón, amigo, pero ¡atención! Vuestros doblones siguen otro camino.

Un hombre levantó la mano y exclamó:

—¿Que siguen otro camino? ¡Pero si están amontonados en una habitación, en una de las torres del Louvre!

—Allí estaban, efectivamente —prosiguió Guillaume, alzando la voz—. Pero hace dos noches llegó un carruaje, acompañado por hombres armados. Cargaron en él todo el oro, amigos míos: no ha quedado ni un solo escudo en la torre del Louvre. ¿Quién creéis que pudo cometer semejante acción, hermanos? Vamos, reflexionad, ¿quién necesita siempre más y más dinero, para sí mismo y para su regia amante?

—Vamos, vamos —dijo un hombre joven, sentado a horcajadas sobre un banquito, justo debajo de donde estaba Guillaume—. ¿Quieres hacernos creer que has estado mirando personalmente en la cama del rey?

Ésta era la réplica que había estado esperando el aventurero de Guyena. Tras proferir un juramento acompañado de las peores blasfemias —de las que nunca se empleaban en vano—, declaró que, efectivamente, él había gozado de semejante prerrogativa. Esto despertó gran interés, pero también recelos; uno de los acompañantes de Guillaume le dio un codazo, añadiendo en tono acre varias palabras que no entendieron los presentes. El asceta reanudó su discurso.

—¿Quién ha puesto en peligro la salvación de vuestras almas, hermanos, obligándoos a obedecer de nuevo al anticristo de Aviñón? ¿No hubiera correspondido más bien a los sabios y piadosos eruditos de la Universidad el mostraros el camino de la gracia verdadera? A estas alturas, es evidente que ni el de Orléans ni el de Aviñón están dispuestos a aceptar las condiciones que estipularon en su momento nuestros clérigos de la Sorbona. Volvemos, pues, a la situación de antaño: aquellos que le lamen los pies al de Luna obtienen los altos cargos y se visten de púrpura. Y los sacerdotes y obispos que permanecen fieles a la fe verdadera acabarán muriendo de

hambre y frío; por no hablar de vosotros, amigos, ¡pues a vosotros os conducen derechitos a los brazos del demonio! ¿Quién es el culpable? ¡No creo que sea preciso mencionar el nombre de ese adúltero y hechicero, que, movido por el propio interés, quiere involucraros en una guerra contra Inglaterra…, que se llena los bolsillos con el dinero que os habéis ganado a costa de sacrificios…, que busca los medios de exterminar al delfín y los demás infantes, para colocar en el trono a su propia progenie…!, ¡que se entiende públicamente con la bávara y la ayuda a saquear el tesoro público, para gastarlo en ropas y objetos de valor!

Calló un instante para tomar aliento, mirando a su alrededor con ojos centelleantes. Reinaba ahora el silencio bajo las vigas ennegrecidas del techo; la luz de las antorchas iluminaba los rostros del auditorio. Había allí hombres de todos los estamentos sociales; cualquiera que fuera su profesión su ocupación, todos tenían motivos de temor o descontento.

—Vamos —prosiguió Guillaume, tras deliberar brevemente con sus acompañantes—, acabáis de lamentaros amargamente del modo en que se os obliga a pagar el tributo. Los alguaciles acompañan a los recaudadores para llevar a prisión a todo aquel que rehúse entregar su dinero. En vuestras puertas y postigos se pintan las armas del de Orléans, vuestro dueño y señor, quien, recubierto de oro por valor de una fortuna, se dedica a cazar o a bailar, mientras vosotros sudáis. ¿Y cómo podría uno oponerse? ¿Recordáis al señor Jean Gilbert de Donnery, quién la semana pasada se atrevió a decir en presencia de los funcionarios del de Orléans que más valiera ahorcar a monseñor que dejarlo gobernar? Pues ahora es el señor de Donnery quien pende de la horca, y el duque de Orléans se ha marchado con la reina al castillo de Saint-Genain. ¿Y qué está haciendo allí, hermanos?

Los oyentes soltaron una carcajada grosera y ruidosa. Arnaud Guillaume aprovechó rápidamente el ambiente favorable.

—Pero creedme, amigos, aún no hay motivos para desesperar. El pueblo de Paris, ¿qué digo?, del reino entero, tiene como amigo y protector a un hombre de alcurnia, ¿he de mencionar su nombre?, que no desea otra cosa que proseguir la labor de su noble progenitor.

Por favor, hermanos, atended a razones antes de que sea demasiado tarde. Tomad partido antes de que os pese amargamente el haberos mantenido al margen. El hombre a que me refiero es un valiente caballero, un príncipe poderoso, y es vuestro protector. Él está indignado por las elevadas contribuciones que se os imponen…; si, incluso os exhorta a que no paguéis el tributo… bajo su propia responsabilidad. Él se esfuerza en pro de la paz y el mantenimiento del tratado de armisticio: ayudadlo, no entreguéis más dinero para hacer la guerra. El lucha con los devotos clérigos de la Sorbona por obtener la cesión: apoyadlo, negaos a obedecer a Aviñón. Él se erige en defensor de nuestro desventurado rey, de nuestro indefenso delfín. Se ha propuesto como tarea entorpecer al de Orléans en todos los sentidos, a ese aliado del Maligno, quien con su difunto suegro se confabuló con los turcos para provocar la ruina de

nuestros caballeros cristianos en Nicópolis. Sí, ese héroe sin miedo al que me refiero —exclamó Guillaume, enardecido por el entusiasmo que él mismo había ido acrecentando artificialmente—, ¡ese héroe, amigos, quiere velar por que la joven e inocente hija de nuestro rey no sea entregada en matrimonio al hijo de una envenenadora, una bruja, que vosotros mismos habéis expulsado de la ciudad!

Mientras la concurrencia asentía ruidosamente, uno de los acompañantes de Guillaume arrojó el contenido de una bolsa de dinero sobre la mesa; las monedas de oro y plata rodaron en todas direcciones.

Por encima del tumulto que se originó, el asceta de Guyena volvió a alzar la voz:

—¡Thibault aux dés! ¡Vino para todos los buenos amigos aquí presentes! ¡Bebamos en nombre de nuestro bienhechor y protector! Sus intenciones para con vosotros son buenas, hermanos; es un hombre valeroso, un hombre de bien, un hombre que prefiere gastar el dinero a manos llenas antes que robaros una sola moneda de vuestros bolsillos. ¡Dios y Nuestra Señora, con Borgoña!

El grito fue coreado inmediatamente, hasta hacer retumbar las paredes con el clamor. El tabernero, vestido con su delantal de cuero, se abrió camino con dificultad hasta una de las cubas de vino que se amontonaban contra la pared posterior del local e hizo saltar el tapón de la abertura de una de ellas. Rápidamente pasaron de mano en mano jarras y copas; en espacio de pocos minutos la taberna se había quedado pequeña. Se abrieron puertas y ventanas, y los hombres salieron del espacio caluroso y sofocante de la taberna a la calle. Thibault aux dés, quien seguía llenando los vasos para una nueva ronda, veía con preocupación cómo relucían los cuchillos en el lugar donde había caído la bolsa con monedas.

—Deja pelear a esos tipos —le dijo una voz al oído; a su lado, uno de los compañeros de Guillaume deslizó un puñado de monedas en el bolsillo de su delantal —. No olvides lo que se ha dicho aquí esta noche y procura que se divulgue.

—Sí, señoría —respondió el tabernero, confuso; no era la primera vez que recibía a aquel extraño. Sospechaba que el orador y sus amigos procedían del Hotel d’Artois. Por ello añadió—. Pero corro peligro. Esto es menos inofensivo que jugar a los dados o pelear, señoría. ¿Quién me protege a mí si el de Orléans envía aquí a sus hombres?

El forastero se inclinó hacia adelante, con lo que se soltaron los bordes de su sombrero negro. La luz de la vela adherida a la cuba iluminaba su rostro: la nariz grande y aguileña, la boca con el prominente labio inferior y los ojos pequeños pero vivos. Thibault contuvo la respiración y volvió a mirar; luego cayó de rodillas, dejando manar el vino.

—Levántate —dijo Juan de Borgoña ásperamente—. Domínate. Haz lo que te he ordenado y no te preocupes por tu vida. Manda a tus amigos que recorran la ciudad, tú conoces los caminos, y que hablen como ha hablado Guillaume, en las plazas, en los puentes, en el mercado y en los arrabales. Recluta a hombres de confianza y envíalos al Hotel d’Artois. La contraseña es: «Llega la hora: *Le ternps viendra*». ¿Entendido? —El tabernero asintió, y se incorporó agarrándose a la cuba. Los tres

visitantes se alejaron con rapidez entre el gentío que bebía, peleaba y discutía a voces, dirigiéndose hacia la salida. Al rato habían desaparecido en la oscuridad de la calle.

La muerte del de Borgoña propició aquello que había sabido evitar cuidadosamente durante su vida: el acercamiento entre la reina y el de Orléans. Juan de Borgoña le inspiraba a Isabel un temor y una repulsa inexplicables; le parecía feo, zafio y desagradable. En ningún momento se le ocurrió la idea de traspasar al hijo la confianza que había depositado en el padre. Ya sólo el modo en que, tras la muerte de éste, había hecho su presentación en la corte como duque de Borgoña, había provocado la irritación de la reina; su actitud de autocomplacencia y sus toscos modales le hicieron perder todo el favor que hubiera podido disfrutar en algún momento. El que Isabel tomara de nuevo partido por su cuñado fue consecuencia lógica de las circunstancias. Ahora que el de Borgoña había muerto, que los duques de Berry y de Borbón apenas se dejaban ver en el Consejo o en la corte, y que el hijo del de Borgoña había resultado ser inaceptable como hombre de confianza, Luis de Orléans era el único cuyo apoyo podía buscar la reina. Ambos habían abandonado gradualmente la actitud de frialdad de los últimos años; se consultaban, evitando, no obstante, todos aquellos puntos en los que pudieran diferir de opinión. El de Orléans volvió a desempeñar, junto a Isabel, el papel de anfitrión del reino; pero era precisamente en aquellas ocasiones cuando la reina se percataba realmente de cuánto había cambiado su cuñado en espacio de diez años. Había perdido gran parte de su espontaneidad, de su natural buen humor; pero estas cualidades habían dado paso a otras, que, pensándolo mejor, fascinaban aún más a Isabel: una cierta dureza y reconcentración, unidas a la capacidad de actuar rápidamente y en el momento oportuno. Su espíritu, que antaño se limitaba a brillar, era ahora en ocasiones agudo y cortante, podía asestar golpes mortales o relucir amenazador, a discreción. Era, en resumidas cuentas, un hombre que había madurado; y, además, muy atractivo y cortés.

Isabel, que tenía la oportunidad de experimentar la cercanía de su cuñado prácticamente a diario, al poco tiempo hubo de rendirse a la evidencia de que sus sentimientos hacia él iban perdiendo su carácter meramente amistoso. No se resistió a este impulso; no quería resistirse.

Tenía treinta y cinco años; los mejores años de su vida los había entregado a un demente, que la maldecía en su delirio y la atemorizaba con sus palabras y comportamiento extraños durante sus períodos de supuesta mejoría. Tras el nacimiento del último de sus hijos, inicialmente sólo anhelaba la tranquilidad: la tranquilidad para poder defender sus intereses, para poder entregarse a sus aficiones sin ser molestada.

Pero repentinamente descubrió en su interior un nuevo anhelo de gozar del amor;

un anhelo que era tanto más intenso cuanto que ahora habían desaparecido para siempre su juventud y belleza. Un sentimiento innato de amor propio le impedía buscarse un amante entre los nobles de su cortejo, pero estos reparos no contaban para ella cuando se trataba del hermano del rey, Puesto que éste de hecho ya reemplazaba al rey en muchos aspectos. ¿No se le ofrecía así, además, una oportunidad de vengarse de Valentina Visconti? Por otra parte, esperaba que Luis, al estar unido a ella por una relación amorosa, sirviera también sus intereses.

En tanto Isabel se encontraba en la proximidad del de Orléans, se dejaba deslumbrar de buen grado por el comportamiento de éste, pero cuando más tarde escrutaba, a solas ante el espejo, las líneas de su rostro marchito, le invadían las dudas y temores. Si no la hubiera consumido la pasión por el de Orléans, habría sido menos insegura, menos vulnerable; tal vez entonces lo hubiera calado y hubiera respondido a su galantería con cinismo o indiferencia. Aun así Isabel no se abandonó por completo: para eso era demasiado fría e interesada. Estaba intranquila, caprichosa e irritable; tan pronto quería una fiesta, como una cacería, una excursión al Hotel de la Bergerie o una comida en los jardines de Saint-Pool, o bien una peregrinación recorriendo conventos y capillas. Abandonó los asuntos de Estado; incluso las cartas y mensajes procedentes de Baviera permanecieron durante algún tiempo sin contestación. Por primera vez en su vida apenas se preocupaba por sus hijos; sobre todo esto último provocó gran extrañeza.

El rey se enteró de ello cuando volvió a sentirse algo restablecido; mandó llamar al delfín y preguntó al niño cuánto tiempo hacía que no veía a su madre. El niño, asustado ante el tono y el aspecto del enfermo —el rey se hallaba, sucio y desatendido, en una habitación en semipenumbra—, al principio no se atrevía a responder, pero finalmente manifestó vacilante que hacía tres meses que no lo había visitado su madre, y que tan sólo su aya lo cuidaba y mimaba. Al oír esta noticia, el rey prorrumpió en llanto; agradeció a la aya del delfín su dedicación y le regaló el único objeto de valor de que disponía en aquel momento: su copa de plata. Desde aquel instante le invadió una indiferencia melancólica; durante meses no quería lavarse ni cambiarse de ropa, y dormía y comía de manera irregular. Cubierto de llagas y de parásitos, permanecía acurrucado en un rincón de su dormitorio; los médicos y sirvientes, al no estar ya bajo la vigilancia de la reina, procuraban evitar al máximo el contacto con el enfermo, limitándose a acercarle la comida y dejándolo luego solo.

Quizá Luis de Orléans hubiera podido poner fin a esta situación insostenible, pero ahora rara vez visitaba a su hermano. Todo su tiempo lo ocupaban las obligaciones inherentes a su cargo: se había hecho nombrar de nuevo teniente general del reino. En el transcurso de los meses fortificó sus castillos y dotó las fortificaciones en las inmediaciones de París y en Normandía de todo lo necesario.

También frente a Juan de Borgoña, Luis quería seguir la política simbolizada en sus divisas del cardo y la ortiga: pincharlo, azuzarlo, arañar sensiblemente el pie que

intentaba pisotearlo. Con Isabel se comportaba de modo más cortés, para conseguir de esta manera que ella declarara nulas las alianzas matrimoniales del delfín y de doña Micaela, por un lado, con los hijos del de Borgoña, por otro. Juan regresó inmediatamente de Flandes, en cuanto le llegaron noticias al respecto. El rey no estaba en condiciones de recibirlo; la reina y el duque de Orléans, por su parte, habían abandonado París: estaban de camino hacia Melun y Chartres, con gran acompañamiento, para una visita oficial a dichas ciudades. El delfín había recibido orden de acompañarles; había salido de Paris con su propio cortejo, tan sólo unas pocas horas antes de la llegada del de Borgoña. Iba acompañado el príncipe por Luis de Baviera, quien, preocupado por el largo silencio de Isabel, venía a informarse personalmente de la situación. Este hecho fue el factor decisivo para el de Borgoña. Rodeado de gente armada, atravesó la ciudad galopando a toda marcha, con gran sobresalto de la población, que no comprendía lo que acontecía.

En Juvisy, Juan de Borgoña alcanzó a la regia comitiva; los jinetes y carruajes se detuvieron y el delfín sacó la cabeza por la ventanilla de su litera, para ver cuál podía ser la razón de la demora. El de Borgoña rogó al príncipe heredero que regresara con él a París; primero de rodillas, y en los términos más respetuosos, pero, al poco, al ver que el muchacho titubeaba y se mostraba obstinado, de manera menos cortés. Finalmente dio orden a sus secuaces de que rodearan la litera. De esta manera, Juan de Borgoña condujo de nuevo a la ciudad al delfín y a su tío el de Baviera, con gran despliegue de armas y clamor de trompetas, como si hubiera arrancado al heredero de la corona de un peligro mortal. La noticia recorrió Paris como un reguero de pólvora: el de Orléans y la reina habían pretendido tender una emboscada al muchacho, pero merced a la rápida intervención de Juan sin Miedo, el héroe bueno y audaz, el delfín se encontraba ya sano y salvo en el Louvre. El rector de la Universidad se dirigió a dicho palacio, al frente de una comitiva de sabios doctores, para agradecerle públicamente a Juan de Borgoña su lealtad y dedicación a la causa del rey. El pueblo congregado en las calles, vitoreante y conmovido, en las circunstancias presentes tendía rápidamente a prestar un oído atento a los hombres que aquí y acullá, encaramados sobre un tonel, una piedra o el umbral de una casa, maldecían al de Orléans y se hacían lenguas del de Borgoña. Pocos días después, por orden del rey y del Consejo, se decretó que se pusiera la ciudad en estado de defensa; de los sótanos del Châtelet salieron a relucir las cadenas de hierro, destinadas a obstruir las calles y cercar los barrios. Mientras tanto, hacían su entrada en la ciudad, en gran número, los aliados y vasallos del de Borgoña: los señores de Lieja, de Limburgo y de Cléveris con sus compañías.

Juan de Borgoña no estaba descontento con la marcha de los acontecimientos; sólo que ahora se veía obligado a justificar todo su proceder impetuoso, y a conferir a un arrebato de cólera el carácter permanente de una acción meditada. Envió al Parlamento un escrito de protesta, firmado asimismo por sus dos hermanos, en el que manifestaba su indignación ante la situación de abandono en que se encontraba el rey,

la recaudación injustificada de impuestos, la caótica administración de los dominios reales y las corruptelas de los tribunales. Con inimitable habilidad supo erigirse en aquel preciso momento en acusador, en aquel que sabe poner el dedo en la llaga. Este proceder aumentó rápidamente su popularidad entre la gente.

Luis de Orléans e Isabel se hallaban a la sazón en Melun. La reina sentía dudas y temores; se preguntaba si aquel acercamiento a Luis, proclamado tan abiertamente, no la perjudicaría a la larga, en lugar de favorecerla. El de Borgoña parecía estar muy seguro de lo que hacía, y se veía respaldado por la opinión pública. Por más que la reina se devanaba los sesos, no veía medio alguno para regresar a la ciudad de manera digna, si no era bajo la tutela del de Borgoña o bien junto con el de Orléans al frente de tropas victoriosas. Mientras Isabel reflexionaba de este modo, retirada en sus aposentos del castillo de Melun, Luis de Orléans dedicaba todo su tiempo útil a tomar contramedidas. Convocó a sus vasallos desde los confines de todos sus dominios y envió emisarios a sus aliados nacionales y extranjeros. Acudieron a Melun los duques de Lorena y de Alenon, acompañados de cuatrocientos nobles y una corte de soldados. Toda esta gente de armas se alojaba en las inmediaciones de Melun, con gran preocupación de los granjeros y ciudadanos. Los mensajeros del de Orléans se apresuraron también a tomarle la delantera al de Borgoña en las ciudades de todo el reino; se entregaron cartas y colgaron carteles en que se avisaba contra los infundios que pronto llegarían desde París hasta los rincones más remotos de Francia. En breve, según prometía el duque de Orléans, refutaría todos aquellos rumores de manera apropiada; en tanto no llegara ese momento, contaba con la lealtad de todos.

Mientras se ocupaba de todas estas actividades y de otras similares, le anunciaron la llegada de una legación de la Universidad. Luis la recibió con una actitud que distaba mucho de ser humilde. Los sabios doctores, que habían esperado hallarlo impresionado por la actuación del de Borgoña, se dieron cuenta de que se habían equivocado por completo; considerablemente defraudados, presentaron su petición, procurando sustituir los términos en exceso amonestadores y altivos por otros menos ofensivos. La Universidad esperaba de todo corazón —decía el portavoz, con la mirada baja y voz apagada—, de todo corazón, que reinara la paz en el reino. Nada deseaba más encarecidamente, por último, que una reconciliación entre monseñor y el duque de Borgoña.

Luis, que había escuchado impertérrito el discurso, con rostro adusto, hizo esperar a los legados durante algún tiempo antes de responder. Finalmente dijo, en tono frío y sin dirigirles la mirada:

—A mi entender, no habéis procedido de manera muy sensata al expresar tan abiertamente vuestro apoyo al proceder de mi primo el de Borgoña. Sabéis que sus acciones van dirigidas contra mí. Creo que no es preciso recordaros que soy hermano del rey y, por tanto, dado su estado de salud y la corta edad del delfín, aquel de quien habéis de esperar vuestras órdenes. Me parece que es preferible que limitéis vuestra atención a los asuntos de carácter científico y espiritual: los asuntos de gobierno

podéis dejarlos en manos de los miembros de la casa real y del Consejo. —Calló un instante, chasqueando impaciente los dedos.

Los doctores de la Sorbona guardaban un silencio absoluto, mirando al suelo. Les parecía aconsejable adoptar una actitud de suma humildad. Luis prosiguió:

—Por lo que respecta, además, a una reconciliación entre yo y monseñor de Borgoña, no tenía conocimiento de que yo estuviera en pie de guerra con mi primo. Donde no se pelea, hay poco que reconciliar, señores. Podéis retiraros.

Esperó, con la mirada apartada, hasta que la delegación hubo abandonado la sala; a continuación se dirigió a los aposentos de Isabel, para comunicarle su propósito: quería regresar a París el sábado siguiente, con ella y el acompañamiento de aliados y vasallos, que sumaba más de mil hombres.

Isabel se encontraba delante de la ventana abierta, mientras la camarera Femmette le daba masajes en los pies; cuando hacía calor, sufría rápidamente de hinchazón y dolores en las extremidades. A Luis, acostumbrado desde el último año a presentarse ante la reina sin demasiadas formalidades, le sorprendió la turbación de Isabel, y las prisas con que la camarera ordenaba los ropajes de su señora. Mientras desde el umbral de la estancia pronunciaba palabras corteses en son de chanza para disipar el azoramiento de Isabel, se le vino a las mientes un pensamiento, cegador como un relámpago. Había tratado a la reina con la confianza y la camaradería que es habitual entre parientes; con una cortesía que tal vez no fuera meramente fraternal o amistosa, pero sí muy natural entre un hombre y una mujer de su edad. Luis había contemplado con satisfacción cómo la reina revivía, de resultas de su trato; se alegraba con ella de sus renovadas ansias de vivir, y él mismo se beneficiaba de ello. El que su amistad diera pie a habladurías le parecía lógico; las costumbres en la corte eran tales que parecían más que creíble que entre él y la reina hubiera una relación amorosa. El de Orléans sabía que Isabel se molestaba sobremanera por las calumnias, pero la consideraba lo suficientemente inteligente como para poder sobrellevar esta contrariedad, en su propio interés. Pero aquel día en Melun, al entrar en los aposentos de la reina, Luis comprendió repentinamente cuáles eran los motivos tanto de la satisfacción de Isabel como ahora de su enfado: su rubor, su mirada, algo indefinible en el modo en que, avergonzada, ocultaba sus pies grandes y gordos bajo el borde de su vestido, eran para él más elocuentes que las palabras.

Aquel descubrimiento le asustaba: no en vano sabía cuáles serían las consecuencias, si quería conservar su favor. Nada es más peligroso que el despecho de una mujer que cree amar, sobre todo cuando en el fondo de su ser es una persona obstinada y dura. En la ciudad fortificada de Paris aguardaba el de Borgoña, en compañía del hermano de Isabel; eran perceptibles, además, las dudas que atormentaban a la reina. Si el de Orléans no conseguía atarla ahora a él, la empujaría irremisiblemente al campo enemigo; la conocía demasiado bien como para no temer la facilidad con que caía de un extremo en otro. Pensaba en el rey, su hermano, un enfermo indefenso; pensaba en Valentina, a quien no había vuelto a ser infiel desde la

muerte de Mariette de Cany. Mientras entraba lentamente en la habitación, mantenía los ojos clavados en Isabel: su boca ávida, y sus manos blandas, a las que tanto trabajo costaba soltar aquello que conseguían agarrar. Reprehendo un suspiro, hizo una profunda reverencia ante la reina, cuya sonrisa ya no dejaba lugar a dudas.

Al día siguiente mandó correos a la ciudad de Provins para que compraran rosas para Su Majestad, por valor de cien escudos de oro.

Cuando se enteró Juan de Borgoña de que el de Orléans se aproximaba a la ciudad al frente de un ejército, mandó ensillar su caballo y se dirigió al palacio, donde estaba reunido el Consejo.

—Bien, monseñores —dijo con voz burlona a los duques de Berry y de Borbón, que estaban sentados en medio de los grandes del reino—, todo marcha como yo había predicho. El de Orléans está en camino hacia Paris, al frente de unos dos mil hombres; viene acompañado de los duques de Alenon y de Lorena, y la reina también forma parte de la comitiva. No diréis ahora que viene en son de paz, aun cuando su respuesta a los doctores de la Universidad podría inducir a creerlo.

El de Borbón se había levantado, con cierta dificultad, y alzó las manos en gesto pacificador.

—¡Nadie puede prohibir a nuestro sobrino el de Orléans que congregue soldados, cuando vos mismo habéis armado a media ciudad!

Juan de Borgoña apartó de un puntapié su larga capa, con gesto brusco.

—Pues ya es muy casual que el de Orléans traiga enseñas en las que figura el lema «Yo impugno» como desafío a mi divisa «Yo mantengo».

Pues bien, se le dispensará una calurosa acogida. La mayor parte de los barrios han sido fortificados, los ciudadanos han sido provistos de armas, y los estudiantes de la Universidad, que dominan el manejo de la brea y las piedras tan bien como el latín, se encuentran allende los puentes. Sí, los honrados ciudadanos se proponen defenderse y defenderse, monseñores. Saben dónde está su interés.

El de Borbón juntó las manos, mirando desesperadamente a su alrededor, pero el de Berry, quien dominaba la sala del Consejo desde su alto sitial, como una vieja ave de rapiña, exclamó sarcástico:

—¡Eso significa una guerra civil! —No mostraba la menor conmoción; en cambio, se declaró dispuesto a colaborar a fin de lograr la reconciliación de ambos adversarios. Esto se inscribía en la línea de conducta que seguía desde su enfermedad. Tras reflexionar detenidamente, se envió, en nombre del canciller del rey y del presidente del Parlamento, una delegación al de Orléans, encabezada por el preboste de Paris, De Tignonville, quien siempre se había entendido bien con Luis. Éste, siguiendo los consejos del de Tignonville, hizo anunciar en Paris que renunciaba a la lucha, por otra parte justificada, en pro de la población y en pro de la paz en el reino. Juan de Borgoña se vio obligado a avenirse a esta oferta, para no perder su reputación

de bienhechor del pueblo.

Gran parte de las tropas acuarteladas en la ciudad y sus alrededores fueron enviados a sus lugares de origen. Isabel volvió a hacer una entrada solemne en París; sin embargo, en esta ocasión la pompa festiva se limitaba a los componentes de su cortejo. La gente contemplaba en silencio, con ojos sombríos, el paso de la comitiva por las calles; había abundancia de literas recubiertas de brocado de oro, caballos emplumados, banderas y palios, pero la escolta iba armada hasta los dientes y las bellas damas de palacio esbozaban sonrisas forzadas.

Al día siguiente, los parientes de realeza se dirigieron en procesión a la catedral de Notre-Dame; rodeados por la reina, el delfín, los duques de Berry y de Borbón y un gran número de altos dignatarios, Juan de Borgoña y Luis de Orléans se tendieron la mano, como expresión formal de arrepentimiento mutuo. Visto desde lejos, parecía un gesto caballeroso, pero los que presenciaron la escena de cerca tuvieron posteriormente más motivos para recordar la mirada de los ojos de ambos que el fugaz apretón de manos.

El día veintinueve de junio del año 1406, Carlos de Orléans contrajo matrimonio con su prima Isabela, antigua reina de Inglaterra. La boda se celebró en Compiégne; aquel mismo día, el hijo segundo del rey tomó por esposa a la hijita de la condesa de Henao. Carlos, debidamente preparado por su madre y completamente al corriente de lo que debía decir y hacer ante el altar y durante las grandes recepciones, llegó a Compiégne bastante menos tímido de lo que había estado pocos años antes en Senlis. La presencia de su padre le infundía aplomo; podía comprobar ahora con sus propios ojos lo que había oído decir en tantas ocasiones: que su padre era el hombre más poderoso del reino. El muchacho no hablaba mucho, pero tomaba nota de todo; por otra parte, tampoco le gustaba destacarse.

En una sala en la que, a la luz de las antorchas y las velas, parecía haberse hecho realidad el esplendor y la pompa de los libros de caballerías, Carlos se encontró por primera vez con su prometida. Se hallaba ésta en medio de princesas y señoras de alcurnia ataviadas de dorado, azul y púrpura, bajo un dosel bordado de lirios. Carlos, arrodillado delante de ella, apenas osaba levantar los ojos más allá del borde reluciente de su vestido: le llevaba tantos años…, y, lo que era más determinante, era ya la viuda de un rey. Se sintió avergonzado al pensar que no era en modo alguno merecedor de aquella alta señora; él era aún un muchacho —nadie lo sabía mejor que él— y, además, no era demasiado versado en las aptitudes que se precian en un caballero. No sabía mucho de cortesía, y menos aún de bailes y artes amatorias. Las únicas mujeres que conocía eran su madre y las damas de honor de ésta, y las hermosas reinas de sus libros preferidos. En suma, no contaba más que trece años de edad y era profundamente consciente de sus carencias como novio.

Isabela lo saludó con palabras corteses; pero su voz carecía de cordialidad y no

sonreía. Tenía dieciséis años y le llevaba un palmo a su futuro esposo. Nadie sabía cuántas lágrimas había derramado ante la humillación de tener que desposarse con un niño pequeño, que además era inferior a ella en rango. Pero Isabela, acostumbrada desde hacía mucho tiempo a dominarse como una verdadera reina, no quería exteriorizar su pena bajo ningún pretexto; no soportaba la compasión ni el escarnio. Pálida e impasible permanecía allí, ataviada por segunda vez con sus galas de novia, entre sus damas, como si la ceremonia no le concerniera. Apenas prestaba atención a Carlos de Orléans; se daba cuenta de su timidez, y esto la irritaba aún más. Carlos permanecía a su lado; siguiendo los consejos de su madre, hacia todo lo que podía por suplir su falta de aplomo con una actitud digna. Olvidó por un momento su timidez cuando los heraldos alzaron las trompetas para anunciar la llegada de la duquesa de Holanda y Henao con su hijita Jacoba de Baviera, la prometida del hijo segundo del rey. La princesa de los Países Bajos y su cortejo exhibieron un lujo que superaba todo lo que jamás se había visto en Saint-Pool, lo que provocó no poca irritación por parte de Isabel, quien contemplaba con envidia la riqueza de sus parientes. Durante toda la semana de festejos subsistió esta rivalidad: cuando Francia se ornaba de plata, Henao brillaba por el oro; en el cortejo nupcial había diez jinetes flamencos frente a cinco franceses, y la generosidad de las dádivas distribuidas entre el pueblo congregado, a petición de la novia bávara, era más que principesca. En los primeros días, Carlos no se cansaba de ver tantas procesiones, torneos y solemnidades religiosas; se celebraba un banquete tras otro, y la música no parecía enmudecer ni por un momento. Pero, al final, el bullicio de las fiestas provocó el cansancio del muchacho, acostumbrado a una vida metódica sin demasiadas diversiones ni distracciones; estaba sentado, callado y adormilado, tras la ceremonia nupcial, durante el gran banquete que se daba en honor de ambas jóvenes parejas. Isabela, sentada a su lado en el sitial adornado, no decía palabra; al otro lado de la mesa, Carlos veía al infante y a su novia, aún niños de corta edad, que apenas comprendían de qué se trataba. Los adultos en la mesa real, una vez finalizados los discursos y brindis de rigor, apenas prestaban ya atención a las parejas de novios; estaban demasiado enzarzados en animadas conversaciones. Rara vez se había visto tal cantidad de personajes prominentes, con lo que había muchas cosas que preguntar, otras tantas que contar y, tras bastantes copas de vino, aún más que bromear y discutir.

La condesa de Henao deseaba llevarse a su joven yerno a su castillo de Quesnoy, pero Isabel se oponía a la partida de su hijo. Las ventajas y objeciones se debatían ahora en el círculo de parientes de la realeza.

Para Carlos, que apenas si lograba mantener los ojos abiertos, las imágenes se confundían: el rojo y el oro de las vestiduras de su padre, los destellantes tocados de las mujeres, la larga hilera de prelados vestidos de púrpura, el resplandor de la puesta de sol a través de las vidrieras de la sala de festejos y la abundancia de manjares brillantemente presentados. Estaba a punto de adormecerse cuando Isabela le tiró

violentamente de la manga.

—No debes dormirte ahora —le susurró en tono cortante; presa de la indignación, olvidaba toda su ceremoniosidad—. Me pones en evidencia. Has de permanecer derecho en tu asiento y comportarte como es debido, por mucho que te desagrade. ¡No se nos permite marcharnos!

Estas palabras devolvieron a Carlos a la realidad; despertó inmediatamente al comprobar, lleno de asombro, que la fría y distinguida Isabela podía tener reacciones tan ásperas como las damas de honor de Château-Thierry. Se apresuró a presentarle sus disculpas, pero calló confuso al cabo de un momento, al descubrir que los ojos de Isabela se habían llenado de lágrimas. En lugar de enjugarlas, ella permanecía inmóvil, con la boca apretada; miraba fijamente en dirección al sitial de honor, donde Isabel desempeñaba su papel de anfitriona, sentada entre el de Orléans y el de Borgoña.

—Lo siento muchísimo —dijo Carlos vacilante—. No era mi intención ofenderos, señora.

Isabela se encogió de hombros, despectivamente, sin apartar la mirada de su madre. «Jamás, jamás se lo perdonaré», pensaba la antaño reina de Inglaterra y ahora tan sólo condesa de Angulema. «Me ha humillado con tal de comprar el favor de monseñor de Orléans. No le importa que yo me marche: mis ojos y mis oídos son demasiado agudos. La odio, ¡la odio!, y nunca lo olvidaré, aunque llegue a cumplir den años». Así discurría, desesperada y despechada, la joven esposa de Carlos. Su repulsa no iba dirigida tanto a su suegro, sino a su madre, si bien sabía que desde el otoño pasado el de Orléans se había convertido en su amante. Al fin y al cabo, él siempre había tratado a Isabela, desde que era una niña pequeña, con cariño palpable. También él había sido el único que había querido empuñar la espada para vengar la pena que le había sido infligida. Aunque Isabela se sentía profundamente decepcionada por su ídolo, echaba la culpa a su madre, que a sus ojos era una mujer dura y codiciosa y que no sabía renunciar a nada, una vez que se le había antojado. Profundamente consternada, Isabela había presenciado la llegada a Saint-Pool de Odette de Champdivers, una joven de su misma edad, de noble cuna, destinada a compartir el lecho del rey, ahora que Isabel buscaba el amor en otra parte.

—Pero, ¿por qué lloráis? —preguntaba Carlos, atormentado por unos sentimientos de culpabilidad—. Os aseguro que no me dormiré; de hecho, ya no tengo sueño. ¿Queréis que os cuente cosas de Château-Thierry?

Isabela asintió brevemente; todo era preferible a un novio bostezante o una novia llorosa. Bastantes burlas suscitaban ya ambos dos.

Carlos, contento de poder mostrar su buena voluntad, prosiguió presuroso:

—Tengo libros preciosos, señora. ¿Conocéis la historia de Perceval de Gaula? Mi preceptor, maese Garbet, dice que no hay en el reino biblioteca más espléndida que la de Orléans. Maese Garbet ha escrito, en honor a vos y a mí, unos versos en latín, en la cubierta de mi libro de Salusuo, que puedo recitar si os place. —Carlos pensó unos

instantes: sí, aún se acordaba. Sonrojado por el esfuerzo, recitó los versos solemnes:

Anglorum regno pro morte privata mariti
Formoso moribus Ludovici filio ducis
Aurelionensis Karolo Compendii pulchra
Francorum nupsit Isabellis filia regis
Anno millesimo julii sexto
Vicesima nona. Faveant superi precor ipsis.

Calló al ver que Isabela suspiraba, impaciente. Recordando los sabios consejos de Valentina, Carlos cambió de tema.

—Mi madre tiene halcones perfectamente adiestrados, señora —le dijo—. Cuatro de ellos son blancos, y llevan los nombres de los cuatro hijos de Haimon. ¿Os gusta la caza? En Château-Thierry tenemos…

—Lloro por el rey, mi padre —le espetó Isabela repentinamente—. Porque está enfermo e indefenso. Por todo lo que le hacen. ¿Sabes lo que ha ocurrido? —Se volvió bruscamente hacia Carlos, mirándolo fijamente a los ojos. El muchacho se asustó ante su vehemencia; lanzó una mirada rápida a su alrededor, pero el vino y la abundante comida tenían ocupada de tal manera la atención de los invitados, que nadie prestaba atención a los niños. El infante y la pequeña Jacoba de Baviera se arrojaban comida, muertos de risa; estaban exultantes, ya que nadie les reprendía. En medio de los comensales que hablaban, reían y gritaban, Carlos e Isabela se encontraban como dentro de un círculo mágico de soledad.

—Mi padre estaba tan sucio…, tan sucio —prosiguió Isabela con un escalofrío— que esto le provocó enfermedades; estaba lleno de abscesos y heridas. Cuando lo tratan con amabilidad, se deja ayudar dócilmente, pero lo obligan haciendo uso de la firmeza. Entraron en su estancia hombres con los rostros tiznados: él creía que venía a buscarlo el demonio. Yo misma lo oí chillar. Dios mío, mi pobre padre…

—Sí, señora —asintió Carlos, con la mirada baja. «¿Será que todas las mujeres hablan de penas?», pensaba sorprendido; cuando había llegado a Compiégne y había visto ondear las banderas, se había sentido inclinado a creer que su madre no tenía razón. El mundo no era un valle de lágrimas y preocupaciones. Ahora ya no estaba tan seguro de ello.

—No puede defenderse —prosiguió Isabela, susurrando rápidamente—. Ha de contemplar indefenso cómo le roban y le engañan, mi madre y tu padre. —Vio, con gran satisfacción, cómo palidecía el rostro del muchacho a su lado, de susto e ira. Leía en sus ojos la ignorancia. Así fue como doña Isabela encontró una actividad adecuada para su primer día de casada. Se inclinó hacia su marido y le susurró cosas al oído durante un buen rato; ¿por qué había de tener compasión de un muchacho tonto y ahorrarle penas? Nadie tenía compasión de ella, nadie le había ahorrado sufrimiento. Ay, era una triste historia la que contó a Carlos; éste no acertaba a

comprender ni la mitad de lo que Isabela le susurraba al oído.

—No es cierto —dijo al fin, casi llorando; pero sabía que tenía que creerle. Recordaba de pronto palabras que había dicho su madre, alusiones que en su momento le habían parecido ininteligibles.

—¡¿Que no es cierto?! —Isabela reía con desprecio—. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo condena. El día de la Ascensión, yo misma estaba presente, un clérigo de la Universidad predicó ante la corte en Saint-Pool; allí reprochó públicamente a mi madre y a monseñor de Orléans su adulterio, delante de todos los presentes. Mi madre no se atrevió a castigar a aquel hombre. ¿Comprendes? ¿Acaso crees que aún viviría ahora, si hubiera mentido?

Carlos, angustiado por la imagen que creyó ver reflejada en las pupilas de Isabela. Cimbreo los ojos coro los puños, con el gesto rápido y torpe de un niño. Pero doña Isabela consideraba que la cuenta aún no estaba saldada.

—Hace unas semanas estaban juntos en el castillo de Saint-Genain —volvió a susurrar, en el tono silbante que Carlos temía ahora más que nada—. ¿Sabes que casi perecieron en un accidente? Seguro que Dios quiso castigarlos. Se desató una tormenta, mientras habían salido en coche, y los caballos se encabritaron. Si nadie los hubiera detenido, ellos dos habrían caído al Sena, con coche y todo. ¡Si eso no es una señal…!

Carlos no resistía más: quería incorporarse de un salto, abandonar la mesa, huir…, no sabía adónde: pero no a Château-Thierry, no junto a su madre. No se atrevía a presentarse nunca más ante ella, pensaba, dominado por una sensación de absoluta miseria. Deseaba que todo aquello no fuera cierto, que en seguida despertara como de un mal sueño, en su propia cama con las colgaduras verdes, o encima de un libro abierto en el silencio de la sala de estudio. ¿Cómo podría regresar alguna vez allí, ahora que sabía que la paz de su pequeño mundo era sólo apariencia? Él ya no estaría solo: a todas partes y en todo momento lo acompañaría Isabela, que para eso era su mujer. Pero dondequiera que fuera Isabela, estaría presente la realidad terrible que acababa de conocer. Se escapó del sitial de honor, aun antes de que Isabela pudiera asirlo, y corrió por entre las mesas sin mirar atrás; mientras se abría camino entre los nobles que servían, los pajes y espectadores, aún percibió tras él la voz clara y aguda del duque de Borgoña:

—Mirad, mirad, a monseñor de Angulema le han podido las emociones. Claro, uno sólo se casa una vez… —Y luego algunas palabras más que no acertó a entender. Los muros retumbaban de las carcajadas.

Carlos no supo cuánto tiempo llevaba escondido en una estancia en semipenumbra, cuando de pronto oyó la voz de su padre cerca de él. El duque se dirigía hacia él. Incluso a media luz, el muchacho veía brillar las joyas con que estaba bordada su túnica.

—¿Qué ocurre, hijo? ¿Acaso has bebido demasiado? —Preguntó Luis, inclinándose por encima del muchacho—. ¿Por qué te has escondido aquí? No es galante dejar sola a la novia. ¿No estarás demasiado enfermo para volver a la mesa?

—No, monseñor —dijo Carlos con voz apagada; apenas soportaba el contacto de aquellas manos cálidas.

—¿Ya has discutido con tu mujer? —El de Orléans reía por lo bajo, apretando la cabeza del muchacho contra su pecho. Los adornos dorados se clavaban en la frente de Carlos; apretó los labios, manteniendo tenso todo el cuerpo—. Ven ahora conmigo —prosiguió Luis en tono persuasivo—, antes de que comenten tu ausencia. La reina está preocupada. Pero, ¿qué te pasa, muchacho? ¿Estás hechizado? Ven y divierte a tu mujer. ¿Ya le has dicho lo que le has traído de regalo?

Sin decir palabra, Carlos se dejó conducir de nuevo a la sala de festejos, a su lugar en el sitial de honor junto a doña Isabela, quien miraba fijamente su plato. Quería reparar el mal que había hecho, pero comprendía que ya era demasiado tarde. No había previsto el efecto que tendrían sus palabras en su esposo de doce años; en espacio de pocas horas se había operado una transformación en el muchacho callado e infantil: ahora permanecía cabizbajo y sus ojos se habían vuelto inquietantemente sabios. Pero a Isabela le resultaba imposible expresar arrepentimiento o simpatía: eso le hubiera exigido un sacrificio que era incapaz de ofrecer. Se contentó con tratarlo con cierta amabilidad durante el resto del banquete. Mientras servían los postres, Carlos le habló, vacilante, del regalo que le había traído de Château-Thierry: un perrito, el más bonito de una camada que había despertado elogios.

—Ya sabe hacer varias gracias —dijo Carlos, algo más animado al pensar en el animal—. Es blanco como la nieve y se llama Doucet.

Nadie comprendió —Carlos menos que nadie— por qué razón doña Isabela prorrumpió en llanto en aquel preciso instante, un llanto que ensombreció la alegría de los presentes y que provocó la extrañeza de los regios huéspedes. Ni las palabras de consuelo, las reprensiones, la música ni las bufonadas conseguían calmarla. Y es que todos menos Isabela habían olvidado que también el rey Ricardo le había ofrecido un perro blanco como regalo de bodas: un galgo blanco, que primero había sido un alegre compañero de juegos, pero que más tarde —a Isabela aún se le encogía el corazón al recordarlo— había lamido las manos del de Lancaster.

Al final de la semana de festejos en Compiégne, Carlos presenció una reunión especial, que para muchos constituyó la culminación de las solemnidades: en presencia del Consejo, el alto clero, los nobles y jurisconsultos, Luis de Orléans y Juan de Borgoña juraron sobre la cruz y los Santos Evangelios que, a partir de entonces, serían amigos y hermanos de armas, que se protegerían, asistirían y defenderían mutuamente en toda circunstancia, y que así unidos en concordia lucharían contra los ingleses, que, a despecho de todos los acuerdos de armisticio,

habían ocupado Caláis, Brest y otras importantes ciudades de la costa.

A los iniciados les sorprendió sobremanera la actitud complaciente del de Borgoña en este sentido; pero la mayoría de los que estuvieron presentes en la jura, se alegraron sinceramente del hecho de que pareciera haber terminado definitivamente la enemistad invertebrada entre ambos parientes.

Finalizada la ceremonia, la reina y el Consejo regresaron a París, y el de Borgoña, con su séquito, a Flandes; Luis de Orléans acompañó a su hijo y a Isabela en su viaje de regreso a Château-Thierry, donde Valentina dispensó una calurosa acogida a su nuera. Inicialmente Isabela había creído que le resultaría muy arduo convivir amistosamente con una mujer a la que había aprendido a despreciar desde su niñez, pero el odio hacia su propia madre propició el acercamiento a la duquesa de Orléans: ¿acaso no eran ambas víctimas de las ansias de poder de Isabel?

La joven observaba con admiración la dignidad y paciencia con que Valentina trataba a su marido; pero, tras la partida de Luis, Isabela presenció casualmente cómo afloraba la pena que Valentina había ocultado durante tanto tiempo y que había dominado obstinadamente. Durante una noche entera lloraron abrazadas suegra y nuera, por su propia pena y la de la otra; Valentina recuperó la capacidad de expresarse, y la joven Isabela perdió parte de su adustez. Carlos dormía en la cama de su habitación de adolescente, ajeno a todo ello; dentro de las colgaduras verdes de su cama de siempre se desdibujaban los temores que le habían acompañado en Compiégne, hasta quedar reducidos a sueños semiolvidados. Igual que antes, seguía con atención las clases de maese Garbet; igual que antes, se ensimismaba con cariño en sus libros. A su alrededor jugaban Felipe, Juan y Dunois, quienes con su firmeza, agilidad y alegría trataban a su hermano mayor con una mezcla de respeto y burla bienintencionada.

—Ya sólo te falta llevar tonsura para parecerte del todo a un monje, hermano —exclamaba Felipe desde el quicio de la puerta, durante la hora de clase de Carlos—. ¡Y encima estas casado!

Estaba casado, era cierto. Este hecho le asombraba continuamente. Al principio olvidaba a menudo rendirle a Isabela las debidas muestras de cortesía, en la mesa o al entrar o salir de una iglesia o capilla. Pero paulatinamente pasó a considerarla como un miembro de la familia, aunque más bien como una confidente y pariente de su madre. Isabela vivía y dormía en la proximidad inmediata de Valentina; juntas bordaban o leían, y juntas también iban de caza o cuidaban las flores del jardín del castillo.

La duquesa de Orléans consideraba ahora necesario que su hijo mayor fuera informado hasta cierto punto de los asuntos de su padre.

Hablaba con Carlos de todo lo relacionado con la administración de las distintas posesiones en Francia y en el extranjero, y le comunicaba regularmente las noticias que le llegaban desde París. Gracias a las conversaciones de Compiégne, Carlos ya comprendía algo de la situación política; así sabía ya que su padre había puesto sitio,

con un ejército de seis mil hombres, a la ciudad de Bourg, que había sido ocupada por los invasores ingleses, y que el duque de Borgoña reunía tropas y armas en Saint-Omer, para poder marchar hacia Caláis. Si bien Carlos carecía del vivo interés por los combates y la gloria militar que manifestaban incesantemente sus hermanos menores, seguía con atención el desarrollo de los acontecimientos.

La noticia de que su padre había tenido que abandonar el cerco de Bourg al cabo de tres meses, supuso una decepción para él; la ciudad había resultado ser inexpugnable y entre los soldados del de Orléans se había producido una enfermedad contagiosa. Pero lo que realmente llenó de profundo asombro a Carlos fue la noticia de que el rey y el Consejo, quienes en un principio habían alentado al de Borgoña de todas las maneras inimaginables, declararan de pronto que debían suspenderse los preparativos en Saint-Omer, enviando incluso cartas de amenaza y advertencia a los vasallos del de Borgoña para disuadirlos de participar. Valentina esbozó una extraña sonrisa cuando le comunicaron la noticia; intercambió una mirada significativa con Isabela. Carlos estaba indignado; se imaginaba que el de Borgoña consideraría este proceder como una grave ofensa.

—Monseñor de Borgoña se encuentra allá en Saint-Omer con todo un ejército —dijo—. Se ha empleado muchísimo tiempo y dinero en reunir todos esos soldados y armas. Esa prohibición del rey y del Consejo carece de sentido. ¿Y qué ocurrirá ahora con la ciudad de Caláis?

—Calla, muchacho —repuso Valentina con inusitada severidad—. No te corresponde censurar al rey. Creo que tras esta medida se esconde una razón fundada; en breve sabremos por qué se ha impedido al duque de Borgoña que ponga cerco a Caláis.

Efectivamente, los habitantes de Château-Thierry se enteraron de dicha razón; pero no fue sino mucho más tarde y en circunstancias sumamente trágicas.

El veintidós de noviembre del año 1407, Luis de Orléans y Juan de Borgoña comían juntos en casa del duque de Berry, en el Hotel de Nesle. Aquel banquete coronaba una tercera ceremonia de reconciliación entre ambos primos. Desde la fracasada expedición contra los ingleses, el año anterior, habían vuelto a disputar incesantemente, en privado, en presencia de sus parientes, en las reuniones del Consejo, por escrito y por boca de mensajeros. El de Borgoña acusaba a Luis de haberle sugerido al rey la prohibición de poner cerco a Caláis, por envidia, ante el fracaso de su propia empresa. El de Orléans negaba esto con idéntica obstinación. Su actitud era tal que comenzó a temerse de nuevo la violencia armada. El de Berry se dejó convencer para actuar como pacificador; con desgana se despidió por algún tiempo de Bicétre y de sus queridas colecciones, marchando al Hotel de Nesle, su vivienda parisina, donde residía habitualmente su joven esposa. Tras largas conversaciones con los interesados, tras numerosas súplicas, incontables consejos y

exhortaciones, el de Berry había conseguido que ambos primos se declararan dispuestos a hacer las paces y jurarse amistad para siempre. Por segunda vez se reunieron ante el altar, prestaron juramento y comulgaron. El de Berry, aliviado al haber llevado a buen término su difícil cometido, invitó a los duques de Orléans y de Borgoña a un banquete; durante el mismo, bebieron de la misma copa y se sentaron juntos en el sitial de honor; el de Borgoña portaba las divisas del de Orléans, y el de Orléans los colores del de Borgoña.

Terminada la comida, Luis rogó a su primo que fuera su huésped el domingo siguiente; Juan aceptó la oferta en términos corteses.

El de Orléans saludó a sus parientes y, acompañado de un reducido séquito, se dirigió al Hotel Barbette, palacio que era propiedad de Isabel y en el que residía cada vez más a menudo en los últimos años.

Había mandado reformarlo y embellecerlo; en torno a la casa se habían plantado jardines. Desde Saint-Pool se llegaba allí con facilidad. La reina había residido en este palacio desde la primavera; la corte consideró esto como una señal de que Isabel quería que se confiriera a su último embarazo un carácter privado, de un asunto que no guardaba relación alguna con el Estado ni la corona. El de Orléans la visitaba regularmente, tratándola con una solicitud y una obsequiosidad bien fácil de explicar.

Hacia mediados de noviembre Isabel había dado a luz una criatura que murió, sin embargo, a los pocos días. La reina se hallaba aún convaleciente y se sentía débil y desganada; consideraba la muerte del recién nacido como un castigo a su adulterio. A ello se añadía la renovada incertidumbre en torno a su actuación política; ahora que había remitido su primera exaltación en su pasión por Luis de Orléans, se sentía poco inclinada a apoyar los planes de éste en cualquier aspecto. Cuando Luis de Orléans entró en la estancia, se incorporó un poco para saludarlo, pero por primera vez su mirada estaba desprovista de toda suavidad.

—Me he enterado de que todo ha discurrido favorablemente —dijo, señalando una silla dispuesta junto al lecho. Luis se sentó—. ¿Se trata esta vez de una paz duradera entre tú y el de Borgoña? —prosiguió Isabel, en tono cortante—. ¿O pensáis seguir jugando a pelearos y reconciliaros? ¡A fe mía, que se pierde mucho tiempo con ello! ¡Durante las sesiones del Consejo apenas se habla de otra cosa que de las disputas entre vosotros dos!

Y El de Orléans se encogió de hombros; presentaba un aspecto cansado: aún no se había restablecido por completo de la enfermedad que había contraído durante el sitio de Bourg.

—Si supiera con certeza que mi primo obra de buena fe… —comenzó en tono vacilante, pero no llegó a terminar la frase. Isabel se reclinó en los almohadones, extendiendo con gesto lánguido sus gruesos brazos sobre el cobertor.

—¿No crees que tú te convences demasiado rápido de lo contrario? —preguntó bostezando.

—El de Borgoña juega un doble juego —dijo Luis en tono cansado, mientras,

inclinado hacia adelante, apretaba las manos contra los ojos—. ¿Qué otra cosa podría hacer? Ésa es su ventaja. Hace lo que hacía su padre antes que él; y no niego que ambos han sabido llevar a cabo hábilmente su política. Pero esto supone nuestra perdición. —Volvió a alzar la cabeza, mirando a Isabel, quien comía frutas confitadas sin apartar de él su mirada fría y penetrante—. ¿Cómo puede alguien dudar de las intenciones del de Borgoña, contemplando los acontecimientos de los últimos años? Caláis ocupa un lugar sumamente estratégico con respecto a Flandes. Quien se haga dueño tanto de Flandes como de Caláis, tiene poco que temer. Si el de Borgoña hubiera conquistado Caláis a los ingleses, no creo yo que hubiera llegado a devolverlo a la corona.

Isabel hizo un sonido con el que ponía en duda las palabras de Luis; estaba de un humor particularmente irritable. Si bien no podía dejar de dar la razón al de Orléans, sentía ganas de contradecirle. Luis contempló pensativo y resignado a aquella mujer que había hecho suyo movido por la ambición y el interés. Indudablemente, aquella relación le había reportado beneficios; pero se despreciaba a sí mismo de manera desmedida por la traición frente a su hermano y frente a Valentina; y, también, frente a la propia Isabel, cuya pasión al menos no había sido fingida. No era preciso ser un lince para darse cuenta de que todo había terminado entre ellos. La muerte de su hijo, fruto de aquella relación tan peculiar, había propiciado el enfriamiento y el desencanto. Sumido en un estado de amarga melancolía ante el propio fracaso, el de Orléans recorría con la mirada el pequeño dormitorio, en el que tantas veces había sido recibido.

Los cortinajes de seda decorados con blasones, que colgaban junto a las paredes, se movían con suavidad; a menudo había contemplado por las noches desde la cama, insatisfecho y lleno de desasosiego, aquellos leones, águilas y lirios. Veía también a Isabel, sentada en el inmenso lecho de colgaduras color púrpura, muy gruesa en sus holgadas vestiduras, y la cabeza envuelta desaliñadamente en un paño. Se relamía el labio inferior, mientras tomaba los confites del plato. El de Orléans bajó la mirada. En la estancia contigua se oían impacientes ladridos; allí aguardaba, junto a Femmette y las camareras de la reina, Doucet, el perrillo blanco que Isabela no había querido aceptar. Luis se había quedado con el animal, y le tenía gran apego.

—Espero, señora, que pronto estéis restablecida —dijo Luis, levantándose.

Isabel le dirigió una larga mirada escrutadora por el rabillo del ojo.

—No guardas luto por tu hijo, ¿verdad? —preguntó al fin, en tono apagado.

—No merece luto —respondió Luis tranquilamente—, puesto que no cometió pecado y no ha de dar cuentas a Dios de su corta vida. Lo considero afortunado: ¿cuál hubiera sido su lugar en medio de los hijos del rey, señora?

Isabel soltó una carcajada seca y sonora, exenta de alegría.

—¿Por qué razón el rey habría de tratar a un bastardo con menos indulgencia que tu mujer a ese muchacho? ¿Cómo se llama, a ese hijo de Mariette de Cany?

Sus palabras cortantes y burlonas seguían resonando en la mente de Luis mientras

atravesaba las antecámaras, seguido de Doucet. Por primera vez en muchos años volvió a pensar en Maret, tan dulce y severa, que había preferido expiar su culpa cuanto antes con el bien más preciado que poseía: su vida. A ella la había deseado, no sólo por su juventud y belleza, sino sobre todo por aquello inefable que guardaba oculto en su interior, como una joya en una urna. Durante los años en que la había pretendido infructuosamente, nunca había sido capaz de comprender en qué consistía aquel elemento apasionante y, a la vez, intangible. Hasta mucho tiempo después de haberla conquistado y raptado, cuando yacía sonriente entre los cirios, no halló Luis las palabras para expresarse a sí mismo lo que ella había supuesto en su vida: la sobriedad pura, la castidad, la fidelidad a la ley interior, la capacidad de dominarse, sacrificarse y resignarse incluso ante lo inevitable: todas estas cualidades, que él perseguía pero nunca hallaba, parecía haberlas encarnado ella. Y ella había muerto, al no sentirse ya capaz de guardar intacta aquella pureza. No sin un profundo sentimiento de vergüenza pensaba Luis en Dunois, quien ahora había de soportar una mancilla, por culpa de él. Las palabras de Isabel le evocaban un sinfín de imágenes medio olvidadas y le hacían sentir repulsa hacia sí mismo y hacia sus actos. Como de costumbre, Luis disfrazó este ánimo sombrío fingiendo despreocupación; nadie tenía por qué darse cuenta de lo difícil de su situación. Se dirigió a la sala en la que iban a servirles la cena, a él y a su séquito; pero aun antes de que pudiera sentarse a la mesa, le anunciaron que había llegado un emisario de Saint-Pool: uno de los gentiles-hombres de cámara del rey deseaba hablarle. El hombre esperaba en una antesala, aún jadeante; esto último sorprendió a Luis, a quien habían dicho que el hombre llevaba ya esperando unos instantes.

—Monseñor —dijo el hombre, haciendo una profunda reverencia—, el rey os ruega que vayáis a verlo sin demora: quiere hablaros inmediatamente sobre un asunto que os concierne muy directamente tanto a vos como a él.

—Precisamente me disponía a sentarme a la mesa —repuso Luis; pero el gentilhombre prosiguió, sin aliento:

—Debéis ir en seguida, monseñor; no hay tiempo que perder.

Luis, creyendo que el rey se había sentido repentinamente indispuesto, se preparó de inmediato para salir. Rogó a los caballeros de su séquito que cenaran sin él y abandonó el Hotel Barbette, acompañado únicamente por unos cuantos nobles a caballo y por Jacques van Herssen. Luis montaba un mulo, un hermoso animal que había mandado traer de Lombardia; iba sentado de manera descuidada, dejando las riendas sueltas. Para ocultar su disgusto y preocupación, tarareaba una canción, mientras jugueteaba con uno de sus guantes. Doucet, su perro, brincaba alegremente junto al mulo, y los portadores de antorchas marchaban delante, corriendo. De este modo abandonó la pequeña comitiva la residencia de Isabel; sin prisas, el señor y su séquito atravesaron la puerta Barbette, tomando la callejuela oscura que llevaba a la rue Vieille du Temple.

Era una noche de noviembre suave y húmeda: no llovía pero había en el aire un

vaho de finas gotas. Luis tosió y se envolvió en su capa.

A la luz de las antorchas divisó en aquel momento a su derecha el edificio que denominaba «la casa con la imagen de Nuestra Señora», por la gran escultura de la Virgen María que había en una hornacina, en la fachada. Luis nunca pasaba por aquel lugar sin levantar fugazmente la vista hacia aquella muñeca de vivos colores y sonrisa inmutable.

También ahora miró la vieja casa, que —según decían— llevaba años deshabitada.

En aquel momento había una mujer joven asomada a la ventana de la casa de enfrente. Se llamaba Jacquette y era la esposa de un cordelero, Jean Griffart; se había dirigido a la ventana para ver sí su marido regresaba ya a casa y para recoger un paño que había tendido a secar aquella tarde. Las antorchas en la calle pertenecían a una comitiva distinguida: un señor a caballo, acompañado de un escudero y seguido a cierta distancia de cinco o seis jinetes, venía de la puerta Barbette, precedido de un perrillo que corría delante de él. Jacquette Griffart contempló la comitiva por un momento; luego se volvió, con la intención de acostar a su hijo. Pero antes de que hubiera dado tres pasos, se oyeron unos gritos en la calleja: «¡Matadlo! ¡Matadlo!». Con el niño en brazos, corrió de nuevo hacia la ventana. El caballero había caído de su montura: estaba tendido de rodillas en medio de la calle, con la cabeza descubierta, mientras la sangre bañaba su rostro; con voz débil decía, levantando los brazos en actitud defensiva: «¿Quién es? ¿Quién ha sido?». Entonces se le acercaron por todas partes hombres armados, que le atacaron sin piedad con palos, cuchillos y hachas.

A Jacquette le retumbaban los golpes en los oídos, como si los asestaran a un colchón, a un objeto inanimado. Finalmente recobró la voz y gritó: «¡Asesinos!», abriendo la ventana. Una piedra rozó su mejilla y un hombre apostado en la sombra bajo la ventana le increpó:

—¡Cierra el pico, chivata!

De la casa con la imagen de Nuestra Señora salieron aún más portadores de antorchas; al resplandor rojizo y tembloroso, la mujer, gimoteando de miedo, vio la masa informe, irreconocible, que yacía extendida en el suelo. El mulo había escapado, asustado; en la lejanía aullaba el perrillo. Jacquette oyó en las calles cercanas las voces de gente que acudía presurosa; los caballeros que habían seguido de lejos al distinguido caballero habían desaparecido por completo. Sólo el escudero, que durante el ataque había intentado defender desesperadamente a su señor, se acercó ahora arrastrándose, malherido. Un hombre escuálido, de larga melena, embutido en un hábito de monje, le propinó el golpe de gracia, dejándolo medio tendido encima del cuerpo de su señor. De la casa con la imagen de Nuestra Señora salió, acompañado por un muchacho que sujetaba a un caballo por la brida, un hombre alto con la cabeza cubierta por un capirote rojo. Aunque mantenía tapadas la nariz y la boca con un extremo del gorro, Jacquette vio relumbrar sus ojos oscuros encima de los pliegues ocultadores.

—Apagad las antorchas —dijo—. Vámonos, ya está muerto. No cometáis estupideces ahora. —El hombre del capirote rojo saltó sobre el caballo y enfiló rápidamente por una bocacalle. Los hombres armados lo siguieron como pudieron, arrojando sus antorchas o apagándolas en el fango. La calle estaba ahora sumida en la oscuridad; sólo quedaba una antorcha humeante en el suelo junto al muerto.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —gritó de nuevo Jacquette. Oyó cómo su grito se fue repitiendo en la rue Vieille du Temple y en la rue des Rosiers.

Desde la puerta Barbette se acercaba corriendo mucha gente con antorchas, y al poco estaba la calle llena de gente. Un noble, vestido de seda, se postró en el fango junto a los dos cuerpos.

—¡Monseñor! —exclamó fuera de sí—. ¡Monseñor! ¡Señor Van Herssen!

El escudero todavía vivía; lo tendieron bajo el pórtico de una casa, sobre una capa. El moribundo profería palabras ininteligibles para los presentes: «Monseñor a vos en el convento de los Celestinos… Presagio…, presagio…». El cuerpo del caballero distinguido estaba tendido en un charco de sangre y fango; su cabeza había sido hendida en dos lugares, por los que se le salían los sesos, y le habían cortado el brazo izquierdo, entre el codo y la muñeca. Lo encontraron a cierta distancia en una acequia y lo volvieron a colocar junto al cadáver, que ya había sido tendido en unas andas. Aun antes de que se llevaran al muerto, se produjo una nueva catástrofe: de las ventanas del piso bajo de la casa con la imagen de Nuestra Señora salían llamaradas.

El gentío excitado comenzó a gritar: «¡Fuego! ¡Fuego!», y en seguida se trajeron cubos de agua para extinguirlo.

—¡Por Dios! ¿Qué ha sido eso? —exclamó Jacquette, quien, aún temblorosa de frío y miedo, se encontraba junto a la ventana abierta, acunando, sin saber muy bien lo que hacía, a su hijo, que chillaba desesperadamente—. ¿A quién han asesinado?

Un hombre que traía un saco de arena, levantó el rostro al pasar.

Esbozando una mueca de contento, como si trajera una buena nueva, respondió:

—¡Al de Orléans! Al de Orléans, nuestro explotador, nuestro atormentador común. ¡Que Dios le tenga en su gloria!

En cuanto se supo en la corte la noticia del crimen, un correo abandonó París con dirección a Château-Thierry. Mientras el hombre, inclinado hacia adelante en su silla, azuzaba a su caballo para que corriera más, en el castillo celebraban, inconscientes del dolor que acechaba, el memorable hecho de que monseñor Carlos había nacido católicamente, en un día como ése, catorce años antes.

2.- Valentina de Milán, la madre

Ríen ne rn'est plus, plus ne m'est rien[5].

DIVISA DE VALENTINA DE MILÁN

El diez de diciembre de 1407 regresó a Paris la duquesa de Orléans, tras una ausencia de once años. Llegó en un carruaje revestido de negro, tirado por seis caballos también negros; junto a ella iban sentados su hijo menor Juan y su nuera, la infanta doña Isabela. Seguía al carruaje de Valentina una comitiva casi interminable de jinetes; entre ellos había muchos vasallos del de Orléans con sus hombres armados, amigos e íntimos, así como funcionarios de la administración ducal.

A las puertas de la ciudad Valentina fue saludada solemnemente por los grandes del reino; los duques de Berry y de Borbón hundieron a la viuda los respetos que, movidos por un exceso de prudencia, le habían negado a la esposa de su sobrino con ocasión de su partida años atrás. La duquesa de Orléans permanecía inmóvil dentro del carruaje, blanca como la nieve, con ojos que miraban sin ver.

Isabela mantenía cogida su mano; la calma glacial de su suegra la asustaba más que las explosiones de desesperación y pena desenfrenada a las que se había entregado Valentina cuando le llevaron la infausta noticia. Jamás hubiera imaginado Isabela que una persona de alcurnia pudiera perder la compostura de aquel modo: tendida en el suelo, con la ropa hecha jirones, llorando y gritando, Valentina se había comportado como una demente; rehusaba comer y beber, y golpeaba su frente contra la tierra, que jamás devuelve a sus muertos.

Sus hijos pequeños no se habían atrevido a acercarse a ella; fueron Isabela y Carlos quienes habían hecho compañía a la duquesa, día y noche, en la capilla del castillo. Arrodillados a ambos lados de aquella mujer desesperada, oraban en voz alta, ayunando y velando, igual que Valentina. La actitud de Isabela, quien se preciaba en secreto de haber aprendido desde pequeña cómo se debía soportar el dolor, era tan ejemplar como la de las mártires de los tapices: ni siquiera tras permanecer arrodillada durante largas horas mostraba el menor signo de fatiga; mantenía juntos sus afilados dedos, la cabeza erguida y los ojos fijos en el altar. Carlos no conseguía dominarse tan bien; los roncos sollozos de su madre lo llenaban de compasión y espanto infinitos. También lo atormentaba la vergüenza, por no poder compartir su dolor; si bien la muerte de su padre le había causado una honda impresión, esto

obedecía sobre todo a otras razones. ¿Quién había tramado aquel infame asesinato? ¿Qué se ocultaba detrás de todo aquello? ¿Tal vez nuevas faltas de su padre? Desde lo ocurrido en Compiégne, Carlos había dejado de ver al duque como a un héroe valeroso e intachable, como había acostumbrado hacer durante su infancia. Junto con la conciencia de la falibilidad de su padre, el muchacho parecía haber adquirido cierta serenidad; había perdido por completo sus modales infantiles. Hallábase en un difícil período de transición: ya no era un niño, pero tampoco un hombre. Vivía todo esto apasionadamente, pero al mismo tiempo se sentía oprimido por el corsé de su propia torpeza. Su conciencia de inferioridad le llenaba de temor ante las nuevas y difíciles obligaciones que le aguardaban: la primera vez que sus familiares y sirvientes, entre reverencias, le habían dado el tratamiento de duque de Orléans, se le había helado el corazón: se había convertido en cabeza de su linaje, señor de grandes e importantes territorios; toda la dignidad de su casa descansaba sobre sus hombros.

Mientras su madre, destrozada por el dolor, permanecía tendida sobre las frías baldosas de la capilla, reinaban en el castillo de Château-Thierry el caos y la consternación: nadie sabía qué hacer, nadie daba órdenes. Carlos comprendió que ahora debía actuar con decisión, pero ¿qué era lo que se esperaba de él? Durante la larga y triste vigilia no cesaba de mirar tímidamente hacia Isabela, que era capaz de rezar con tanta calma y dignidad. Aquella muchacha extraña y madura era su mujer: compartían ambos las alegrías y las penas. Carlos deseaba que ella le dijera algo, que le ayudara y aconsejara. Pero cada vez que él osaba abrir la boca, su mirada recriminatoria lo hacía callar avergonzado.

Al cabo de tres días, Valentina se alzó del suelo; vestida de negro, con rostro pétreo, daba órdenes sentada en la gran sala: partieron emisarios para convocar a los amigos y vasallos del de Orléans, y dos grupos de jinetes y sirvientes se dispusieron inmediatamente a salir de viaje: una de las escoltas acompañaría a la duquesa hasta París, y la otra conduciría a monseñor Carlos y a sus hermanos Felipe y Dunois a la plaza fuerte de Blois, donde, mientras estuviera ausente su madre, se encontrarían a salvo de los enemigos del de Orléans. Durante el largo viaje a través del paisaje invernal, Valentina había permanecido en silencio en el interior del carruaje; en silencio entró en París, sin mirar la ciudad que había abandonado once años antes con tanto pesar.

A Isabela, en cambio, no se le escapaba nada: era plenamente consciente de la expresión de las gentes junto al camino: con curiosidad, hostilidad y cierta ceñuda complacencia, Paris contemplaba cómo la viuda de Orléans conducía sus caballos lentamente hacia Saint-Pool.

En las antesalas del rey aguardaban, rodeados por escribientes y jurisconsultos, el preboste de Tignonville y Jean Juvenal des Ursins, el abogado fiscal; éstos habían de comunicar a la duquesa los resultados de sus pesquisas acerca del asesinato, antes de que ella sometiera el asunto al rey. Sin abandonar su actitud silenciosa, Valentina se sentó.

Su canciller y portavoz permanecía de pie detrás de ella. Los duques de Berry y de Borbón intercambiaron una mirada llena de preocupación e inquietud; finalmente el de Berry puso fin al opresivo silencio, pidiendo al de Tignonville que tomara la palabra.

—Señora —comenzó el preboste con voz emocionada, pero ante aquella mujer petrificada por el dolor hubo de tragarse sus manifestaciones de condolencia. Lentamente pasó a referir con todo detalle el desarrollo de las indagaciones—. Señora, hemos interrogado exhaustivamente a los dos testigos oculares del asesinato: la mujer de un cordelero y el criado de una casa señorial. Ambos han declarado que los agresores salieron de una vivienda llamada «la casa con la imagen de Nuestra Señora», en la que, por cierto, se originó tras el crimen un incendio que fue sofocado rápidamente. Nos hemos enterado de que la propiedad en cuestión llevaba años deshabitada; sin embargo, hace unos meses el dueño la arrendó a una persona que se hacía pasar por estudiante de la Universidad; nos lo han descrito como un hombre sumamente flaco, de larga melena, vestido con un tabardo marrón. Por la declaración de la testigo Jacquette Griffart sabemos que el ataque fue encabezado por un hombre flaco y de larga melena, envuelto en una capa oscura. Además nos hemos enterado de que fue un forastero tocado de un capirote rojo quien dio la orden de huir; dicho hombre fue visto minutos más tarde en las inmediaciones del Hotel d'Artois.

Al oír estas palabras, Valentina alzó la cabeza; el duque de Berry tosió impaciente y nervioso. Sin inmutarse ante la mirada penetrante de la duquesa, el preboste prosiguió:

—En mi opinión, señora, es preferible que interrumpamos las indagaciones en la ciudad, y que pasemos a interrogar a los sirvientes y funcionarios de los palacios de la realeza. El rey ya me ha otorgado un poder que me permite entrar donde me plazca, junto con mis funcionarios. Los monseñores de Berry y de Borbón acaban de concederme idénticas autorizaciones.

Valentina asintió: desde su partida de Château-Thierry no había vuelto a decir palabra. Acompañada por los duques, y seguida de su canciller y de los caballeros y damas de su séquito, se dirigió a la sala en la que había de recibirla el rey; llevaba de la mano a Juan e Isabela. Al fondo de la sala, bajo un dosel de azul y oro, vislumbró a un hombrecillo consumido que mantenía entreabierta su boca desdentada. Su rostro estaba cubierto de erupciones y sus manos alzadas temblaban, pero llevaba sobre sus hombros el armiño de la más alta dignidad.

Aquella escena produjo en Valentina la transformación que no habían podido lograr la ternura de Isabela, la acogida de los duques, el regreso a Paris ni las palabras del de Tignonville. Sus labios comenzaron a temblar y sus ojos se inundaron de lágrimas. Dio varios pasos en dirección al rey, postrándose luego de hinojos ante él. Juan e Isabela siguieron su ejemplo.

—¡Justicia, Majestad! —dijo Valentina, con voz ahogada—. ¡Por amor de Dios, justicia!

El sábado siguiente al regreso de Valentina se reunió el Consejo en el Hotel de Nesle, vivienda del duque de Berry. La mayoría de los miembros aguardaba ya en la sala dispuesta a tal efecto, desde antes de la hora prevista para la reunión. Llegó la hora, pasaba el tiempo, pero no era posible comenzar, dado que los duques de Berry y de Borgoña y el joven de Anjou, quien había regresado de Italia como rey de Sicilia, aún se encontraban deliberando en una estancia contigua.

—Bien, sobrino, ¿qué es lo que tienes que decirme que no permite la menor dilación? —preguntaba el de Berry, irritado ante la demora imprevista—. Apresúrate, ¡los miembros del Consejo están esperando aquí al lado!

Juan de Borgoña parecía intranquilo; apenas si podía permanecer quieto, y se golpeaba incesantemente el muslo con uno de sus guantes.

—Sin duda podréis explicarme, monseñor —estalló de pronto con furia—, por qué razón el señor de Tignonville y sus funcionarios han pedido permiso para registrar mi vivienda e interrogar a mi servidumbre. ¿Cómo es posible que monseñor de Borbón y vos hayáis dado vuestra aprobación a una acción tan disparatada como insolente?

El joven de Anjou, quien permanecía junto a la ventana, levantó rápidamente su rostro fino y moreno.

—Ahora que nosotros hemos autorizado al de Tignonville a que entre en nuestras viviendas, vos no podéis rehusar hacerlo sin menoscabo de vuestra reputación —dijo tranquilamente. Juan de Borgoña soltó una imprecación, arrojando su guante al suelo. Durante unos momentos permaneció inmóvil, con la mirada fija ante sí; luego clavó sus ojos oscuros en el de Berry.

—Muy bien —dijo con brusquedad—. ¿Para qué aplazar por más tiempo la ejecución? He sido yo, monseñores, vos no esperabais otra cosa. Bien sabe Dios que nunca oculté mi odio hacia el de Orléans.

Fueron unos hombres que tengo a mi servicio, a quienes di orden de eliminarlo.

—¡Virgen santísima! —El de Berry se llevó las manos a la cabeza, horrorizado, gimiendo quedamente.

—Pardiez, monseñor, ¿cómo pudisteis hacer una cosa así? —preguntó el de Anjou, mientras se alejaba rápidamente de la ventana—. ¡Aún no hacia ni veinticuatro horas que habíais comulgado junto con el de Orléans y que habíais jurado por el cuerpo de Cristo la reconciliación!

Juan de Borgoña se encogió de hombros.

—El Maligno se había apoderado de mi —repuso con indiferencia, en tono burlón —. En tales circunstancias un hombre ya no es dueño de sus actos, monseñor, no lo ignoráis.

—Sobrino, sobrino —dijo el de Berry, temblando de la emoción—, has incurrido en un delito gravísimo. ¡Esa sangre no se borra tan fácilmente!

—No fui yo quien se ensució las manos con ella —dijo el de Borgoña con dureza,

levantando las palmas de las manos—; fueron otros enemigos del de Orléans quienes lo hicieron por mí: el señor de Courteheuse, gentilhombre de cámara del rey, le tendió una emboscada, los agresores iban capitaneados por Arnaud Guillaume de Guyena y el plan en su totalidad lo ideó y ejecutó un hombre sumamente astuto y útil, que os puedo recomendar para este tipo de asuntos: el señor Ettore Salvia de Milán.

—¿El astrólogo del de Orléans? —exclamó el de Berry consternado—. ¡No puedo creerlo!

—Vamos, vamos. —Juan soltó una carcajada, mientras recogía su guante del suelo—. Con dinero se compra cualquier cosa o a cualquier persona, monseñor de Berry.

—Dios mío —prosiguió el de Beny—. ¿Por qué no me haría caso el de Orléans y no mandaría ajusticiar a ese bandido de Guyena cuando se lo entregaron? ¿Dónde están ahora esos desalmados?

—En un lugar seguro —contestó Juan de Borgoña—. No merece la pena que los mandéis buscar. Se encuentran bajo mi protección.

El de Berry, quien no había dejado de pasearse de un lado a otro, se detuvo frente a su sobrino. Parecía de pronto viejo y cansado.

—¿Te haces cargo de lo que esto significa? —preguntó en voz baja—. Deberás ponerte a disposición del rey. Tenemos que hablar muy seriamente.

El de Borgoña lo interrumpió con brusquedad:

—Monseñor, es preferible que os limitéis a vuestros animales disecados y a Vuestra colección de reliquias —dijo—. No os metáis en mis asuntos. Lamentaría que también vos experimentarais en vuestra carne que al duque de Borgoña no se le contraria impunemente.

Escupió en el suelo delante del de Berry y, sin saludar, abandonó el Hotel de Nesle con fuerte taconeo, entre imprecaciones. En su fuero interno distaba mucho de estar tranquilo; se maldecía a si mismo por su comportamiento imprudente. Sobre todo ahora que la duquesa de Orléans se encontraba en Paris, no excluía la posibilidad de que el rey lo mandara apresar. Tras atravesar la ciudad galopando desaforadamente, llegó al Hotel d’Artois; inmediatamente se dirigió a la torre del homenaje que había mandado construir en el patio, un torreón edificado con bloques de piedra macizos en el que podía atrincherarse cuando amenazaban peligros. En una habitación del piso superior halló reunidos a los hombres que unas semanas antes habían huido tan apresuradamente de la rue Vieille du Temple; estaban allí igualmente Salvia y Arnaud Guillaume. La mayoría de ellos se hallaban tendidos en colchones de paja; un grupo de tres o cuatro jugaba a los dados con desgana. Tras dos semanas de encierro, su estancia en la torre comenzaba a aburrirles soberanamente.

—Compañeros —dijo Juan de Borgoña al entrar—, coged vuestros bártulos, disfrazaos y abandonad la ciudad como podáis. Se ha descubierto la verdad; dentro de muy poco tiempo espero la visita del preboste y de sus alguaciles. Refugiaos en mis territorios, a ser posible en Flandes: allí no os importunarán. Pero largaos en cuanto

oscurezca. Maese Salvia sabrá indicaros cuándo y cómo debéis proceder: él es un experto en huidas y disfraces. —Salvia se acercó a su nuevo señor, encogiéndose humildemente; los bordes de su capirote rojo le caían a ambos lados de su rostro astuto y macilento.

—¿Adónde nos enviáis, *monsignore*? —preguntó, tenso. El de Borgoña reflexionó durante unos instantes.

—Marchad al castillo de Lens, en Artois —dijo al fin—. Y esperad mis noticias. No, no me importunéis con vuestras preguntas —añadió furioso, al ver que el astrólogo se inclinaba de nuevo—; arregláoslas como podáis, conjurad al diablo si es preciso, me da igual.

Bien entrada la noche, viose pasar una comitiva de gitanos por uno de los arrabales de Paris; decían haber obtenido autorización para pasar la noche en un campo situado junto a las murallas de la ciudad. A la mañana siguiente, sin embargo, no quedaba rastro de ellos ni de su campamento. A medianoche, los centinelas de la puerta de Saint-Denis se vieron sobresaltados por ruido de voces y cascos de caballerías. El duque de Borgoña tenía prisa por salir de la ciudad, dijo uno de los jinetes; monseñor no estaba dispuesto a atender a objeciones.

Los centinelas, quienes aún no habían recibido órdenes de detener al de Borgoña, abrieron el portón. El duque y su séquito partieron a galope tendido hacia la ciudad de Bapaume, en la frontera con Flandes.

Carlos de Orléans se dirigía a la sazón al castillo de Blois, junto con su hermano Felipe y su medio hermano Dunois. Además de los jinetes, criados y numerosos miembros de la administración ducal, acompañaban a Carlos maese Nicolás Garbet y el señor Sauvage de Villers, su gentilhombre de cámara y consejero. Carlos iba a caballo; sus hermanos viajaban en un carruaje, lo cual los contrariaba bastante. Había tantas distracciones que los muchachos casi olvidaban el triste motivo del desplazamiento. En los dominios de Orléans, la comitiva tenía que detenerse continuamente para que las representaciones de los habitantes de las ciudades pudieran saludar al joven duque. Acudían a recibirlo desde todas partes: en carretas por los caminos vecinales, y en barcas y almadías por el Loira. Le ofrecían regalos en abundancia: capones cebados y hermosos faisanes, pan blanco y barricas de vino del país. Carlos aceptaba los generosos obsequios y los buenos deseos de la manera más digna posible. Veía junto a su caballo los rostros curtidos, las manos toscas y los cuerpos de los campesinos, encorvados de tanto trabajar, así como las miradas sombrías y preocupadas de los ciudadanos. Al alzar la mirada a su joven duque, los vasallos de Orléans veían la silueta de un muchacho recortada sobre el grisáceo cielo invernal, frágil en el negro damasco de sus vestiduras de luto. Tenía una mirada afable, pensaba la mayoría de ellos.

—Por Dios, monseñor, sednos propicio —se atrevían a pedir—. Atravesamos

tiempos difíciles, dicen que el invierno será crudo. Somos pobres, monseñor, hemos de soportar graves cargas. Las exacciones son muy elevadas, monseñor, os suplicamos que se reduzcan. Que Dios y todos los santos os bendigan, monseñor, sed indulgente con nosotros.

La huida de Juan de Borgoña había causado una profunda impresión en Paris. Los habitantes de la ciudad, predispuestos desde hacía años en favor del de Borgoña, querían ver en Juan a un bienhechor que los había librado de peligros que acechaban. Creían que el asesinato sólo les reportaría ventajas: el mantenimiento del tratado de paz con Inglaterra —¿acaso no bastaban las escaramuzas que se producían continuamente a lo largo de las costas?—, la tranquilidad en la ciudad y la condonación de parte de las contribuciones. Reinaba una gran escasez, sobre todo debido a la extrema crudeza del invierno, uno de los más fríos que se recordaba.

Mientras tanto. Valentina había planteado sus exigencias por mediación de su canciller y sus abogados: el castigo de los asesinos y, en particular, del instigador del crimen; una confesión por parte del de Borgoña, y, además, todo tipo de compensaciones para ella y para sus hijos. Pero Juan de Borgoña se encontraba a salvo en Flandes; la nieve, las heladas y los fríos invernales constituían una barrera infranqueable entre sus parientes de Saint-Pool y él. Por otra parte, la actitud de los parisinos no era ningún secreto para la corte; las gentes proclamaban abiertamente que anhelaban el retorno del de Borgoña, y que recibirían entre vítores al defensor de sus intereses. Los duques de Berry y de Borbón y el joven de Anjou deliberaban con Isabel, quien, repuesta de su enfermedad y del susto, participaba de nuevo en todos los debates.

Con gran asombro de los duques, sólo parecía deplorar de manera formal lo ocurrido; incluso olvidaba con cierta frecuencia que una ley no escrita prohíbe hablar mal de los difuntos. Su comportamiento inducía a creer que, junto con el duque de Orléans, había muerto también el recuerdo de su pasión. Lo cierto era que se sentía aliviada en secreto; a menudo pensaba, pesarosa y avergonzada, que un placer pasajero le había hecho perder de vista sus verdaderos intereses. Se había reanudado a la sazón el intercambio regular de emisarios entre Luis de Baviera y ella.

No contraríes demasiado al de Borgoña, le escribía su hermano.

Su postura merece toda tu atención. En la cuestión de Lieja es aliado de Baviera: él vela por todos nuestros intereses comerciales con Inglaterra. Cambia de dirección, querida hermana, en tu propio interés.

Procura acallar ese asunto del asesinato: no te será difícil, pues, si no estoy mal informado, el de Borgoña es el héroe de París. La parte contraria es sumamente débil, y esos viejos espantajos de Berry y Borbón se dejarán convencer. ¿Quiénes componen la Casa de Orléans en la actualidad? Una

mujer y unos cuantos menores indefensos.

Isabel no dudó en seguir este consejo. Comoquiera que no podía tomar sin más el partido del de Borgoña, optó por una vía intermedia; los duques de Berry y de Borbón, quienes se sentían incómodos ante el asunto del asesinato —¿cómo iban a acusar y castigar ante todo el mundo a un familiar suyo?—, le prestaron un atento oído. Al de Borbón le iban pesando los años y sufría dolores reumáticos; nada ansiaba tanto como la tranquilidad. El de Berry se inquietaba por sus colecciones, y estaba ya más que harto de tanto pacificar, conferenciar y perseguir.

—Hablad con monseñor de Borgoña —les aconsejó Isabel durante una conversación formal; se hallaba sentada junto a la chimenea, gruesa y pesada en un vestido refulgente de oro—. Pedidle que entregue a los autores. Someted a esos hombres a juicio como Dios manda, y dejad en paz a nuestro sobrino. De este modo se habrá castigado a los asesinos, ¿no os parece?

Los duques declararon que compartían su parecer; en parte, porque deseaban quitarse de encima todos los problemas, pero en parte también porque temían en secreto a aquella mujer que mantenía clavados en ellos sus ojos astutos e inmóviles. Al de Berry le recordaba a un animal extraño y repugnante que le habían traído en una ocasión para su colección: no dejaba de aumentar de tamaño, hinchándose hasta alcanzar unas proporciones monstruosas; sin moverse, yacía en su nido devorando ávidamente todo lo que le echaban: ratas, pescado, despojos…; sólo le interesaba la comida, la comida, y nada más. El de Berry se ofreció a negociar con Juan de Borgoña. Acompañado por el joven de Anjou, partió hacia Amiens a finales del mes de febrero.

El viaje se vio retrasado y entorpecido por las malas condiciones de los caminos, pero finalmente el de Berry llegó a Amiens con gran aparato; allí le esperaba el de Borgoña, junto con sus dos hermanos. El recibimiento no dejó nada que desear; el de Borgoña compareció en la reunión, según lo convenido, pero se negó a reconocer la más mínima culpa, a pedir perdón o a entregar a sus mercenarios. Señaló el emblema que traía consigo: dos lanzas cruzadas, una de punta roma y otra de punta afilada.

—Es la guerra o la paz, según gustéis —dijo con indiferencia—. Lo mismo me da. Yo estoy preparado.

Finalmente el de Berry hubo de contentarse con la promesa de que el de Borgoña iría próximamente a Saint-Pool a fin de defender personalmente su causa ante el rey.

Esta noticia fue acogida con gran alborozo por la burguesía parisina, mientras que en la corte y el gobierno suscitó sentimientos dispares. Muchos opinaban que aquello parecía el mundo al revés: ¿cómo venía el de Borgoña: como acusado o como acusador? El duque de Borbón, desbordado por los acontecimientos, optó por abandonar Paris. Profundamente ofendida, Valentina emprendió una última tentativa de abordar al rey. Recibió una negativa de parte de Isabel: el rey se hallaba indispuesto. Así pues, se prepararon de nuevo para un largo viaje los carruajes

cubiertos de crespones negros de la duquesa; junto con sus hijos, amigos, vasallos y sirvientes, Valentina se trasladó al castillo de Blois. En uno de los coches se transportaban los archivos de Orléans: la duquesa se proponía buscar por su cuenta la justicia que le habían negado en Paris.

Tal como se había convenido, Juan de Borgoña apareció en la ciudad en la primera semana de marzo. Cabalgaba al frente de ochocientos jinetes y caballeros, todos ellos armados hasta los dientes, pero con la cabeza descubierta, en señal de penitencia. Las calles estaban abarrotadas de gentes que lo vitoreaban, e incluso se oía gritar acá y allá. «¡Noél! ¡Noél!», con gran disgusto de aquellos que pertenecían a la corte y la administración del rey. El de Borgoña se instaló en la torre del homenaje del Hotel d'Artois; allí deliberaba con sus consejeros y abogados sobre la mejor manera de presentar su defensa. Tras reflexionar detenidamente, se designó como portavoz al maestro Jean Petit, catedrático de teología y miembro de la Universidad, hombre conocido por su aguda elocuencia. Durante una semana trabajó día y noche en el Hotel d'Artois, preparando el texto de su discurso, consistente en una feroz invectiva contra el de Orléans, bajo el lema «*Radix omnium malonim cupiditas*»: la codicia es la raíz de todos los males. Halló un colaborador infatigable en la persona del astrólogo Salvia, quien, disfrazado, había acompañado a Paris al de Borgoña. El astrólogo supo añadir toda suerte de particularidades a los hechos ya conocidos; estaba más capacitado que nadie —afirmaba— para aportar pruebas en uno de los puntos más importantes de la acusación del maestro Petit: el hecho de que el de Orléans hubiera intentado matar al rey y a los infantes, mediante artes de brujería, a fin de hacerse él mismo con el poder.

El día ocho de marzo, Juan de Borgoña se dirigió al palacio de Saint-Pool. La ceremonia se celebraría en la gran sala, donde se habían instalado sendos estrados, a la derecha y a la izquierda de los sitiales de los miembros de la casa real. La sala estaba ya repleta de espectadores; éstos se agolpaban alrededor de los estrados, lo cual molestaba sobremanera a los escribientes y al escribano, quienes con semejantes apreturas apenas si acertaban a manejar la pluma. Juan de Borgoña se abrió camino con dificultad hasta situarse delante de la tribuna real; bajo su amplia túnica de color bermellón, se veía brillar el acero de su armadura. Su labio inferior dibujaba un mohín de desprecio y sus ojos eran duros y despectivos; acompañado de tal gesto, su saludo no podía interpretarse sino como un signo de mofa. Los personajes de la realeza permanecían inmóviles bajo el dosel, fríos y atentos, en sus vestidos de oro y brocado. El maestro Petit se levantó, tosió varias veces y miró a Juan de Borgoña, quien se había sentado en una silla baja, delante de las gradas reales. Se le había abierto la túnica, y las mallas de la rodilla y el codo brillaban con la luz.

—Pido licencia —comenzó el maestro Petit con voz tranquila y uniforme—. Pido licencia, señorías, para recordaros cómo otrora Judith se vengó de Holofernes, en

nombre del pueblo de Judea. Cómo, cual se nos enseñó, el arcángel san Miguel expulsó del cielo a Lucifer. ¿Y acaso Judith y san Miguel cometieron delitos? ¡No! Holofernes era un tirano y Lucifer se había rebelado contra la autoridad de Dios. Monseñor de Borgoña es un leal servidor del rey; a nadie le importa el bien de Francia como a él. Sabéis, señorías, que el de Orléans fue muerto por orden de monseñor de Borgoña. ¿Qué conclusión debemos extraer de este hecho? Que el de Orléans traicionaba al rey y perjudicaba a Francia. A través de innumerables ejemplos os demostraré que el de Orléans merece plenamente el calificativo de malhechor. Y huelga decir que a los malhechores se los elimina. En primer lugar os comunicaré todo lo que emprendió el malhechor de Orléans con objeto de acabar con el rey, nuestro señor, de una manera tan refinadamente depravada que ninguna sospecha recayera sobre él.

A continuación Petit enumeró una larga lista con todos los medios que, según él, había empleado Luis de Orléans a fin de lograr su objetivo; Salvia le había proporcionado los datos, descripciones detalladas de extraños conjuros y espeluznantes fórmulas mágicas.

—El malhechor de Orléans —prosiguió Petit— llevaba sobre el cuerpo desnudo un anillo que había sido colocado en la boca de un ahorcado. Esto lo hacía para poder quebrantar la voluntad de una mujer que no se dejaba seducir por sus promesas y dulces palabras. Llevaba dicho amuleto de manera ininterrumpida, incluso en días festivos, durante la Cuaresma, y en el tiempo de Pascua de Resurrección y de la Natividad. No me preguntéis, señorías, cómo el de Orléans llegó a caer en este y otros desmanes semejantes. Pensad que por su matrimonio había emparentado con un noble lombardo a quien en sus tierras solían denominar el coetáneo de Satanás. ¡Y no olvidéis que tenía una mujer muy versada en la magia negra!

Petit calló y aguardó hasta que los murmullos en la sala hubieron enmudecido un poco. Luego prosiguió, alzando la voz:

—Con ayuda del señor de Milán, el de Orléans intentó hacerse con el trono de Francia. Cerca de la corte, en medio de vos, señorías, tenía como cómplice a un tal Felipe de Maiziéres, hombre de proceder prudente pero de carácter malvado. Su capa de piedad, supo introducirse en el convento de los Celestinos. ¿Qué es lo que han intentado haceros creer acerca de la devoción del de Orléans? Es cierto que él iba a los Celestinos a las horas más intempestivas, pero no para orar ni para oír misa. ¡Junto con el de Maiziéres ideaba, en una celda silenciosa, planes para matar al rey y llevar a Francia a su perdición!

A continuación el orador describió con gran prolijidad cómo, durante una fiesta en palacio, el de Orléans había prendido fuego al rey y a sus amigos. Nuevamente se oyó un murmullo de asentimientos en la sala; aunque ya se habían olvidado los pormenores del asunto, se recordaba muy bien aquel terrible accidente.

El maestro Petit supo entretejer hábilmente la verdad y la invención, urdiendo una historia de codicia y perfidia humanas que fue escuchada en medio de un profundo

silencio. Con gran habilidad, Petit supo guardar hasta el final los argumentos destinados a los miembros de la Universidad y a los clérigos. Describió extensamente la miseria del cisma, y la significación de la aspiración de la Universidad en pro de la cesión. Comunicó al auditorio que el de Orléans solamente por eso había obstaculizado la unidad apoyando al papa de Aviñón, ya que éste le había prometido en un futuro el trono de Francia.

—Así pues —concluyó el maestro Jean Petit, cuya voz, tras casi cuatro horas de discurso, no evidenciaba signo alguno de afonía—, estimo que de todo lo anterior se desprende de manera clara e irrefutable que monseñor de Borgoña no es culpable por el hecho de haber mandado liquidar al dicho malhechor de Orléans, antes bien lo contrario, que se le debe gran agradecimiento, puesto que ha rendido un servicio incalculable al rey, al país y al pueblo. Merece ser recompensado con cariño y muestras de respeto. La noticia de su lealtad y devoción debe ser anunciada en todo el reino y publicada en el extranjero por medio de emisarios y misivas. Hágase así en el nombre de Dios, *qui est benedictus in secula seculorum*. ¡Amén! Agradezco vuestra atención. He dicho.

Tras estas palabras Petit se arrodilló de nuevo ante los personajes de la realeza y preguntó al de Borgoña si estaba de acuerdo con aquel alegato. Descubriendo la cabeza, el de Borgoña dijo con voz clara y pausada:

—Estoy completamente de acuerdo con este alegato.

Dado que ninguno de los presentes parecía tener ganas de formular preguntas u objeciones, el de Berry, en nombre del rey, dio por concluida la reunión.

Al día siguiente, el de Borgoña recibió un escrito firmado por el rey, en el que se le declaraba absuelto de toda culpa. Al mismo tiempo, se le rogaba solemnemente que volviera a ocupar su puesto en el Consejo. La firma del rey ratificaba, sin embargo, también otro documento cuyo contenido era completamente diferente. A los hijos del duque de Orléans se les despojaba del condado de Dreux, y del castillo y las posesiones de Château-Thierry, Montargis, Crécy-en-Brie y Châtillon-sur-Marne. El hecho de que el nombre «Carlos VI» hubiera sido escrito con letra temblorosa, llena de borrones, por un demente que no tenía noción de lo que hacía, no pareció ser para nadie un punto digno de consideración.

Isabel partió con sus hijos al castillo de Melun, donde proyectaba reunirse con su hermano Luis, para llevar a cabo extensas y prolongadas deliberaciones.

Carlos de Orléans se hallaba de pie en el hueco profundo de una de las ventanas de la gran sala del castillo de Blois, desde donde contemplaba el exuberante paisaje del valle del Loira. El río serpenteaba ancho y reluciente, entre frondosos bosquecillos y verdes colinas; por encima de los campos la brisa llevaba un olor a flores y hierba recién cortada.

Un triple cinturón de murallas rodeaba el muro exterior. Dos patios, separados por

fosos y fortificaciones, daban acceso a la fortaleza propiamente dicha, una construcción flanqueada por sólidas torres. En la inmensa explanada se encontraban los locales de la guardia, los establos, las dependencias de la servidumbre y las viviendas de los funcionarios al servicio de la casa ducal. También se hallaba allí la iglesia de Saint-Saumveur. El patio interior, situado entre la torre del homenaje, la residencia de los caballeros y la capilla, era bastante menos espacioso; se accedía a él atravesando un puente levadizo. Dentro de estos muros Valentina había hallado un refugio seguro para ella y sus hijos.

Carlos permanecía completamente inmóvil, con las manos en la espalda. Esperaba a su madre. La imagen del paisaje estival, de la corriente resplandeciente a la luz del sol y las leves nubes, no conseguía ahuyentar el frío del corazón del muchacho, el presentimiento opresivo de desastres y preocupaciones. Tras su entrada solemne como duque de Orléans, inicialmente había llevado en Blois durante varias semanas una vida que le atraía y fascinaba sobremanera: por primera vez era dueño y señor de una casa que le pertenecía. A pesar de las risas contenidas y las miradas burlonas de Felipe y Dunois, había dado órdenes e instrucciones; venían a consultarlo sobre aspectos de la vida diaria en el castillo. Asistido por su gentilhombre de cámara, el señor Sauvage de Villers, Carlos atendía las preguntas y peticiones, las quejas y las noticias. Iba tomándole gusto a actuar con independencia. Cuando su madre regresó de Paris, cambió la situación. Si bien ella le informaba pormenorizadamente de todas las medidas que quería tomar, parecía dar por descontado —y esto molestaba secretamente a Carlos— que su hijo mayor compartía en todo su propia opinión. Poco quedaba ya de la dulce y tierna Valentina, que bordaba y tocaba el arpa intentando olvidar cuán rápidamente se deslizaba la arena en el reloj. La mujer que ahora, desde las horas tempranas de la mañana hasta mucho después de la caída de la noche, permanecía sentada ante una mesa repleta de papeles, rodeada de escribientes y abogados, comandantes de guarnición y administradores, ya no tenía tiempo ni interés para dedicarse a sus aficiones ni para deleitarse con las artes. Entre los pliegues de su velo negro, sus mejillas hundidas tenían una palidez irreal, y sus ojos aparecían duros y opacos como piedras. Cuando no hablaba, mantenía sus labios apretados hasta formar una estrecha línea. Siguiendo sus órdenes, el castillo de Blois y la ciudad del mismo nombre, situada a la sombra de la fortaleza, fueron puestos en estado de defensa; sobre todo, mandó que se hiciera acopio de víveres, reforzó la guarnición e hizo que se efectuaran mejoras en torres y murallas.

Felipe y Dunois disfrutaban con todo esto; les fascinaban las armaduras, las catapultas, los arcos y las ballestas. En cuanto se les presentaba la oportunidad, se paseaban por el patio grande entre los guerreros y los caballos; les asombraba que su madre les permitiera obrar a su antojo.

Carlos había reanudado, aunque con algo menos de atención, las clases con maese Garbet; los proyectos de su madre le inquietaban: ¿cómo pretendía ofrecer resistencia

por si sola a un enemigo tan poderoso como el de Borgoña? Todos los días permanecía largo tiempo con ella en la estancia donde solía arreglar sus asuntos; allí ella mandaba que le leyeran las cartas y los decretos que había firmado en su nombre. La relación confidencial y amorosa entre madre e hijo parecía haber terminado. Ella mostraba una agudeza insospechada, un sentido práctico que contrastaba fuertemente con la paciencia dulce y tierna de antaño. Únicamente colmaba de caricias a Margarita, la menor de sus hijos, nacida poco antes de la muerte de Luis, y a Doucet, el perrillo blanco que había acompañado a su amo hasta el final; a veces también dirigía una sonrisa distraída y triste a Isabela. La mujer de Carlos había cumplido ya dieciocho años; ahora que Valentina tenía otras ocupaciones, ella era quien supervisaba la administración dé la casa y al personal. Lo hacía con la misma calma y circunspección que ya había puesto de manifiesto en otras ocasiones; era extremadamente severa y rara vez hacía la vista gorda. A Carlos lo trataba con formalidad, aunque también con cierta impaciencia irritada; por su parte, el muchacho no sabía qué actitud adoptar ante aquella joven alta y pálida de ojos fríos. A veces su mirada se cruzaba casualmente con la de ella, tensa y penetrante; era como si estuviera al acecho, como si esperara algo de él, que no comprendía; lleno de turbación, Carlos apartaba la vista. ¿Acaso era que ella detectaba los cambios que se estaban operando en él, y que pugnaba por ocultar, incómodo y avergonzado? Se alternaban en él sentimientos de desasosiego y de ansiedad; a los deseos vehementes de pasar a la acción seguía, sin transición alguna, el anhelo de estar solo en silencio. Ni siquiera sus libros le proporcionaban solaz; por las noches permanecía despierto largas horas, atormentado por la desazón, por una tensión interior, que no parecía tener causa ni objeto. Le asaltaban preguntas e invadían su corazón extraños pensamientos, sin que él supiera a quién pedir consejo. Cuando en una ocasión, con actitud vacilante, osó hacer partícipe de sus problemas a maese Garbet, su admirado y leal preceptor, el anciano se limitó a mirarlo sonriente por encima del borde de sus gafas, diciéndole con cierta sorna bienintencionada:

—Sí, sí, monseñor, os estáis haciendo adulto.

Esta respuesta y, sobre todo, el tono de la misma enfurecieron a Carlos; pero también le hicieron reflexionar. ¿Era aquélla la solución del enigma? Aquel invierno cumpliría quince años, edad a la que a los reyes se les considera mayores de edad. El mudar ocasional de su voz, el hecho de que sus miembros no parecieran querer obedecerle, ¿significaba eso que se estaba haciendo adulto? En otros tiempos lo que más había anhelado en el mundo era convertirse en un hombre, para poder adquirir libros a su antojo, leer hasta saciarse y viajar a tierras lejanas, a fin de poder ver con sus propios ojos las maravillas que describían las vidas de santos y los libros de caballerías. Ahora, sin embargo, el futuro que le aguardaba como adulto se le antojaba menos atractivo. Abatido por estas reflexiones y otras similares, pasaba el muchacho sus días dentro de los gruesos muros de Blois. Le gustaba el castillo, principalmente por el panorama que se extendía ante él hasta el horizonte, en una

variada gama de verdes. Veía reflejarse en el río las nubes y el esplendente cielo estival, de manera infinitamente más hermosa que en las representaciones de los tejidos y tapices murales. Lleno de asombro tomaba conciencia de un peculiar anhelo de expresar con palabras todo lo que veía: el brillo del sol en la corriente, el resplandor de las amapolas entre el verde de los prados… Se avergonzaba en secreto, pues nunca había oído que un hombre tuviera pensamientos semejantes.

Oyó tras él el suave rumor del vestido de su madre al arrastrar sobre el suelo sembrado de hojas. Volviéndose, se dirigió hacia ella; en silencio, Valentina se dejó conducir a un banco bajo un dosel de tapices.

Madre e hijo permanecieron callados varios instantes sentados uno al lado de otro; Valentina miraba al exterior. La luz del sol formaba anchas franjas en el suelo y hacia palidecer los tejidos colgados de las paredes, mostrándolos polvorientos y sucios. La tarde estaba llena de sonidos: un cuco lanzaba su reclamo en el boscaje junto al río, y en el pueblo de Blois se oía el crujido de una noria; también se percibían claramente a este lado de la fortaleza el ruido de cascos y el barullo de voces y herramientas en el patio. Carlos miró de soslayo el rostro de su madre; su piel presentaba un color amarillento, y tenía arrugas en torno a los ojos. Le pareció de repente vieja y cansada.

—Hay varias cosas que he de tratar contigo —dijo Valentina. Su voz, grave y suave, parecía quebrarse.

—Sí, mi señora madre —respondió Carlos; aunque intentaba adoptar una actitud cortés de espera, tal como le había sido enseñado, le invadió una vaga sensación de temor y desazón.

—Ya tienes casi quince años —prosiguió la duquesa de Orléans—. A esa edad, a tu padre y a tu tío, el rey, se los consideraba aptos para discernir por su cuenta. Maese Garbet me ha dicho que eres juicioso y me ha elogiado tus progresos. Tras deliberar con él, he decidido que interrumpas las clases. A Carlos se le hizo un nudo en la garganta; hizo un gesto brusco de protesta.

—Tu educación ha sido demasiado restringida —dijo Valentina impasible, mientras clavaba sus ojos oscuros y opacos en su hijo—. No estás predestinado a convertirte en un erudito, hijo mío. Eres duque de Orléans, cabeza de una casa noble, jefe de un partido. Va siendo hora de que nos dediquemos a desarrollar las cualidades que necesitarás para desempeñar semejante cometido. No eres mal jinete, pero aún no sabes manejar ningún arma.

Carlos suspiró; su desgana no se le escapaba a Valentina.

—Más adelante podrás leer, cuando la vejez o la enfermedad no te permitan otras diversiones —dijo ésta, en un tono que no admitía réplica—. Me temo, hijo mío, que ya te hayas estropeado la vista a fuerza de escudriñar tanta letra. Ahora debes desarrollar tu firmeza física, ejercitar tus músculos. Todo ello te hará falta cuando

marches a la guerra.

—¿La guerra? —Carlos alzó la vista; su mirada fue lo suficientemente cándida como para herir a su madre. Pero Valentina reprimía cualquier arranque de conmiseración: si quería curtir al muchacho, ella misma tenía que ser inflexible, pensaba.

—¿Por qué crees que he convocado a toda esa gente armada? —preguntó cansada —. Me cuestan una fortuna diaria en concepto de manutención y soldada. Si el de Borgoña no quiere ceder por las buenas, habrá de hacerlo por las malas. Le obligaré a que me dé satisfacción; si no queda otro remedio, por la firmeza de las armas. Pero es mejor, tanto frente a nuestros amigos como a nuestros enemigos, que el ejército de Orléans vaya capitaneado personalmente por nosotros, es decir, por ti, hijo mío. Ésa es la obligación que has contraído para con tu padre, que fue asesinado de manera tan vil. Escucha… —Volviéndose hacia él, tomó su cabeza entre sus manos con movimiento casi brusco—. Escucha, muchacho. A partir de ahora sólo podrá inspirarte un único pensamiento, sólo podrá impulsarte un único deseo: venganza, venganza, siempre venganza, hasta que se haya borrado con sangre la afrenta inferida a tu padre y a nosotros. Bien sabe Dios que nunca he sido cruel ni vengativa. Pero ya he visto la suerte que les está reservada a los humildes. Debes atacar antes de que te ataquen. Ésa es la única ley, hijo mío, no puedo enseñarte máxima más sabia. Recuérdalo: venganza, reparación. Repítete estas palabras, de día y de noche. Tienes que tener presente que debes sacrificar tu vida y tus preferencias hasta que hayas logrado tu objetivo, hasta que la muerte de tu padre haya sido vengada, se haya rehabilitado su memoria y se os haya restituido íntegramente tu herencia y la de tus hermanos. Esta labor no puede sino placer a Dios, Pues tu padre era un hombre noble, que servía los intereses del rey y del reino.

—Madre —dijo Carlos con repentina vehemencia, cayendo de rodillas ante ella —. Madre, dicen que mi padre robaba al rey, y que era frívolo e impío.

Valentina alzó la mano y abofeteó al muchacho en la boca.

—El que te atrevas a repetir esas palabras dentro de estos muros, es peor que una traición —dijo con dureza. Jamás vuelvas a hablar de ese modo. No dudes ni por un momento de la veracidad de mis palabras.

Conocía a tu padre mejor que nadie en el mundo. Me causó mucho sufrimiento, me hizo derramar muchas lágrimas, pero ahora me parece que las preocupaciones que hube de pasar por él significan infinitamente menos que las alegrías que tu padre me dio. Sí, esas alegrías fueron tan intensas que ahora el mundo ha perdido su brillo para mí.

—¡Nada me resta, todo es nada! —concluyó, repitiendo lentamente las palabras que recubrían las paredes de sus propios aposentos, en color plateado sobre fondo negro; sus ojos empañados comenzaron a derramar lágrimas. Se tapó el rostro con un pañuelo.

—Os pido perdón, mi señora madre —dijo Carlos, confuso y avergonzado—,

pero no sé si seré capaz de capitanear un ejército. Me adiestraré en el manejo de las armas, si ése es vuestro deseo. Pero no sería apropiado que yo estuviera al frente de hombres como los señores de Bracquemont y de Villars, que son grandes estrategas.

—Soy yo quien debe decidir lo que conviene a un duque de Orléans. —Valentina se había recuperado, y su semblante había adquirido de nuevo su expresión severa—. Un jefe no se hace con palabras. Tendrás los mejores maestros que haya. No quiero escuchar más reparos sobre este asunto, hijo mío. Todavía estás bajo mi tutela; soy responsable de tu educación. Siéntate derecho; echa los hombros hacia atrás. El haber estado inclinado sobre los libros durante tantos años no te ha beneficiado. —Carlos obedeció; pero hubo de morderse los labios para no romper a llorar de rabia y desilusión. Valentina suspiró; juntando rígidamente sus manos delgadas sobre el regazo, prosiguió—: Luego hay aún varios asuntos importantes que he de tratar contigo. Tu padre contrajo cuantiosas deudas; tenía una corte que mantener y se veía obligado a contribuir al apoyo de sus vasallos franceses y extranjeros.

Tuvo que pedir prestado mucho dinero para poder pagar a tiempo las cantidades correspondientes a la adquisición de nuevos dominios y posesiones. Quiero que esa deuda quede saldada antes de emprender nada, hijo mío, y eso requerirá sacrificios. Habremos de vender joyas y objetos de valor. Yo ya he hecho una selección, y quisiera saber si estás de acuerdo con ella, Pues hay varios objetos que te pertenecen. Creo, además, que para poder disponer de una importante suma de una sola vez, será preciso que vendamos una casa: me han dicho que la reina quiere regalar al delfín una vivienda propia en Paris. Le he comunicado que, por diez mil francos de oro, estoy dispuesta a deshacerme del Hotel de Béhaigne. Estarás de acuerdo con ello ¿verdad?

El muchacho asintió, en silencio. Le invadió una sensación de desánimo. ¿Qué iba a decir? No tenía por qué pensar, todo se decidía por él.

—También he recibido por fin respuesta a las cartas que envié a monseñor de Bretaña en Paris. Como sabes, ya esta primavera estuve deliberando con él. Nos viene muy bien, hijo, el que tenga motivos de insatisfacción por el modo en que el de Borgoña ejerció en su momento la tutela y la administración de Bretaña durante su minoría de edad. Ahora que monseñor de Bretaña es adulto e independiente, no quiere dejarse manejar por el de Borgoña. En resumidas cuentas, se ha declarado dispuesto a concertar una alianza con nosotros, aunque esto suponga para él una ruptura con su madre, la reina de Inglaterra. He mandado que pongan por escrito el acuerdo; haz el favor de venir a firmarlo después, como también los documentos que me propongo enviar al marqués de Moravia, acerca de las fortalezas en Luxemburgo, que han de ponerse en estado de defensa.

—Sí, mi señora madre —respondió Carlos, de modo casi imperceptible; mantenía la vista clavada en el suelo con obstinación. De nuevo se hizo un silencio entre madre e hijo, dos pequeñas siluetas negras sentadas una al lado de otra sobre un fondo de figuras bordadas de héroes y santos.

—Carlos —dijo Valentina de pronto, con un asomo de su antigua ternura en la

voz—. Naturalmente, podrás seguir teniendo a tu servicio a maese Garbet, como secretario. Sé que lo aprecias mucho, hijo. No tienes por qué prescindir de su amistad.

El muchacho se inclinó, pero su pálido semblante no se distendió.

Valentina lo contemplaba, intentando buscar un parecido con aquellos otros rasgos, otrora tan queridos. En su boca pequeña, y también en las aletas de la nariz, veía ciertamente algo que le recordaba a Luis; pero los ojos de Carlos eran diferentes, más suaves; carecían de la chispa de ironía que había avivado la mirada de Luis. Las mejillas del muchacho comenzaban a perder sus redondeces infantiles. Desde los pómulos hasta la barbilla y también en las sienes se vislumbraban ya las sombras que confieren a un semblante el carácter propio, los contornos de la edad adulta. Sus cabellos gruesos, de color castaño claro, recortados en lo alto alrededor de la coronilla, seguían ensortijándose con tanta firmeza como en su infancia, pero el bozo que asomaba encima del labio superior y en la barbilla constituía un signo inequívoco de virilidad. En el rostro de la duquesa de Orléans casi afloró una sonrisa, pero fue un impulso tan leve que no consiguió suavizar la tensa mascara de sus facciones. Se levantó lentamente, apoyándose en el asiento, como una anciana; Carlos se apresuró a ayudarla. Juntos atravesaron la larga sala; crujía la hojarasca bajo la cola del vestido de Valentina y bajo las suelas de los zapatos negros de terciopelo de Carlos.

En la última semana de agosto le llegó a Valentina la noticia de que querían recibirla en Paris; hacía mucho tiempo que nada la había conmovido tan profundamente como la lectura de la misiva real. Con el pergamino sellado en la mano, se dirigió al patio, donde Carlos se ejercitaba con el arco y la ballesta en una parte acotada para tal fin, bajo la supervisión de un arquero tan diestro como Archambault de Villars. Valentina, quien había penetrado en el recinto acompañada de su nuera Isabela, se paró a contemplarlo durante unos instantes a la sombra de una puerta abovedada. En el extremo del campo de tiro, el muchacho, erguido y esbelto en su jubón de cuero, tensaba despaciosamente el pesado arco, entornando los ojos con atención. La cuerda, tirante, se acercaba a su hombro; al soltarla, la flecha salió disparada; al instante daba en el blanco, al otro extremo del tiro. La flecha emplumada temblaba en la madera. Dunois, que había contemplado la escena con mirada atenta y experta, se acercó y, tras arrancar la flecha del blanco, dibujó con tiza una señal entre el círculo interior y la diana.

—Excelente tiro —observó Isabela. A Valentina le llamó la atención el tono de voz de su nuera; rápidamente la miró de soslayo. En los ojos de la joven vio algo que le hizo volver fugazmente la mirada adonde estaba Carlos. Tras dos meses de intenso ejercicio físico casi ininterrumpido, éste se había fortalecido. Había desaparecido su fragilidad: aunque seguía siendo más bien delgado, su cuerpo era ahora ágil y musculoso. La equitación, la natación y los ejercicios con la espada, el arco y la

lanza, habían hecho desaparecer cualquier rastro de torpeza; se movía con una facilidad parecida a la que había caracterizado siempre a Luis. Por primera vez Valentina se dio cuenta de que su hijo ya no era un niño sino un hombre; llena de asombro comprobó que Isabela ya lo sabía. Sacó sus deducciones. A sus dieciocho años, la señora de Orléans debía soportar el peso de su obligada doncellez; esto no constituía ningún secreto para su entorno. La mayoría de las mujeres de su edad tenían ya uno o dos hijos; ella, en cambio, aunque casada ya en segundas nupcias, seguía siendo virgen. Su actitud altiva y su áspera frialdad sólo pretendían ocultar su vergüenza y un profundo sentimiento de inferioridad. A menudo Valentina se había preguntado con cierta preocupación qué pasaría en el futuro. ¿Cuándo debería asignarles a Isabela y a Carlos una estancia común? A Isabela le irritaba aquel muchacho callado e infantil; Carlos no le profesaba a su mujer otros sentimientos que no fueran cierto temor y timidez. Pero ahora Valentina descubría en la mirada de su nuera una atención no disimulada; y, lo que era más curioso, Isabela bajó la mirada cuando Carlos, al ver a su madre, entregó el arco al de Villars y se acercó adonde estaban ambas mujeres. Con el dorso de la mano se enjugaba el sudor de la frente; había desaparecido el color que había teñido sus mejillas durante el tiro con el arco, fruto del esfuerzo; una sombra de cansancio rodeaba sus ojos. La duquesa de Orléans suspiró involuntariamente: el muchacho no era fuerte, hacia lo que podía, pero apenas si parecía capacitado para afrontar las exigencias de la formación militar. En silencio, Valentina le tendió la carta de la reina.

Más tarde —tras consultar ambos en sus dependencias a consejeros y abogados— madre e hijo repasaron detalladamente las medidas que convenía tomar. Valentina opinaba que debía aprovechar sin demora la ocasión que se le presentaba; quería marchar a París con todas las pruebas que había reunido —cartas, pedidos y otros documentos relativos a los actos de Luis— y buscar allí a algún orador experto. Quería que todas las acusaciones formuladas por el maestro Petit fueran refutadas punto por punto, en presencia de la corte, el gobierno y representantes de la Iglesia y el pueblo. Aumentó sus exigencias. Ella precedería, nuevamente acompañada de Isabela, para sondear el ambiente en la corte y en Paris. Si la situación era favorable, podría seguirlos Carlos con una escolta apropiada a su rango.

El muchacho asentía a todo; permanecía de pie junto a la mesa cargada de documentos, mientras dibujaba distraídamente figuras en el tablero con la uña de su pulgar. Esto impacientaba a Valentina; estaba irritada a la par que decepcionada, al no poder descubrir en su hijo nada que se asemejara a su propio afán apasionado, a su perseverancia alimentada por los deseos de venganza.

—Espero que no dejes de ser profundamente consciente de tus obligaciones, hijo mío —dijo al fin, mientras se levantaba, dando por terminada la conversación—. Lo que estamos haciendo no es un capricho mío, ni un juego para ti. Hemos de

permanecer vigilantes, así el de Borgoña nos pidiera perdón de rodillas. No creas ni por un momento en la buena fe de ese hipócrita, que tuvo la desvergüenza de venir a sujetar una punta del paño mortuorio de tu padre el día siguiente al crimen; ¡y que comulgó pocas horas antes del asesinato junto con su víctima! Quiero que se humille ante nosotros, como es natural, pero aun después seguiré preparándome para la guerra. Llegará un día, Carlos, en que se nos pedirá una actuación rápida y certera, de eso no te quepa la menor duda. Procura entonces estar preparado en todos los sentidos; para lograrlo no debes ceder ni por un momento, ¡ahora ni nunca! ¿Está claro, hijo? Puedes marchar ahora; me imagino que querrás continuar tus ejercicios abajo en el patio.

Carlos negó con la cabeza; lentamente desabrochó las hebillas de las muñequeras de cuero que llevaba durante el tiro con el arco. Por encima de la cabeza de su madre contemplaba el cielo al otro lado de la ventana arqueada; pasaban deslizándose grandes nubes brillantes, una flota de barcos que navegaba con rumbo desconocido. Saludando a Valentina, abandonó la estancia. «¿Adónde irá?»», pensaba la madre, invadida por un sentimiento vago de vergüenza y arrepentimiento. «¿Qué discurrirá su mente? ¿En qué pensará?».

La duquesa se paseaba por la estancia oscura; de las paredes colgaban telas negras, bordadas de motivos que representaban fuentes de lágrimas. También figuraba su divisa «*Rien ne m’est plus; plus ne m'est ienh*», repetida decenas de veces, en letras plateadas y picudas. Era aquí donde pasaba sus días, como en un mausoleo. A su alrededor se habían expuesto objetos que había utilizado Luis: un misal, una copa, un crucifijo, un guante. El perro Doucet, que había resultado herido en el ataque, permanecía día y noche sobre una almohada. La firmeza de carácter de Valentina, que otrora se había traducido en una actitud paciente y tolerante, ahora había adoptado la forma de un afán de venganza rayano en el fanatismo. Sólo la impulsaba un deseo: exculpar a Luis, rehabilitar su nombre, limpiar su memoria de cualquier mancilla, aun allí donde ello no estuviera justificado. Lo que nunca le había sido posible en vida de Luis, lo había conseguido ahora: lo poseía por entero, le pertenecía exclusivamente a ella. Pervivía a través de ella, más noble, más puro, más honrado de lo que jamás había sido ni hubiera podido ser. Tras su muerte, podía verlo tal como lo había soñado en otros tiempos. Ni ella misma sabía hasta qué punto se trataba de una interacción: ¿eran sus intentos incansables de poner en orden los asuntos de él, de vengarlo, lo que hacía que aquella imagen idealizada cobrara cada día más vida, o era su fe en él como en un héroe intachable y perfecto lo que la impulsaba a un mayor empeño? Para Valentina la realidad, la vida diaria, se habían desvanecido para siempre; para ella no había lluvia ni sol; comía y bebía sin percatarse de lo que le servían: los días y las horas sólo contaban en la medida en que guardaban relación con sus actividades. De sus hijos se ocupaba cada vez menos: la dama de Maucouvent, encanecida y reumática, pero tan solícita como antaño, cuidaba de Juan y de la pequeña Margarita; Felipe y Dunois tenían un ayo. Nada deseaba

Valentina más ardientemente que Carlos e Isabela se identificaran con ella en su afán de reparación; sólo podía existir una relación entre ellos si coincidían sus sentimientos, creía la duquesa. Lo demás ya no contaba para ella.

Seguía oyendo en el patio el silbido con que se distiende la cuerda del arco; al mirar por la ventana, vio a Dunois en el campo de tiro. Archambault de Villars se había marchado ya; un paje y varios mozos de cuadra miraban a cierta distancia cómo Dunois, con los labios obstinadamente apretados, intentaba una y otra vez tensar el pesado arco y apuntar bien las flechas. Aunque sólo tenía ocho años, conseguía dar en el círculo interior del blanco desde una distancia no demasiado grande; en cuanto se distanciaba más del objetivo, su puntería empeoraba, ya que no disponía de suficiente fuerza como para poder tensar lo bastante la cuerda hacia atrás. Su carita ancha estaba congestionada por el esfuerzo, y tenía el pelo rojizo de su corta melena alborotado y empapado de sudor, pero él no desistía. Recogía continuamente las flechas caídas, y marcaba con tiza los agujeros en el blanco. Luego volvía a un sitio determinado y tensaba de nuevo el arco. Valentina lo contemplaba desde lo alto de la ventana; en las comisuras de su boca se dibujó una extraña sonrisa. Aquel niño, que no era hijo suyo, desde su más tierna infancia había demostrado poseer una firmeza de voluntad de la que carecían todos sus hijos. Veía en él la tenacidad, el empeño ciego de perseverar que en las circunstancias actuales le parecía imprescindible. Carlos cumplía con un deber que le había sido impuesto; se ejercitaba exactamente el tiempo que le había sido prescrito, pero ni un momento más. Dunois poseía el fuego sagrado, el interés innato por las armas y sus secretos; a esto se añadía que no se dejaba desalentar ni por el cansancio ni por la conciencia de la propia incapacidad.

Cuando Valentina volvió a mirar por la ventana, al cabo de un buen rato, aún seguía allí; al parecer había hecho diana, pues se había alejado otro paso más. La duquesa de Orléans asintió, como si se respondiera a una pregunta que ella misma se había planteado.

El veintiocho de agosto Valentina descendió de su carruaje, hacia la hora vespertina, en el Hotel de Béhaigne de París; si bien había vendido dicha mansión al delfín, durante algún tiempo seguía estando a su disposición. Igual que la vez anterior, había traído coches negros, caballos negros y un nutrido séquito, vestido de luto; también esta vez la acompañaba Isabela. En cuanto le fue posible, se dirigió al palacio real.

El rey, quien desde la primavera no había vuelto a estar en su sano juicio, no podía recibirla; así pues, fue admitida en la sala en donde se hallaba reunido el Consejo, presidido por Isabel. En presencia de la reina, el delfín, los duques de Berry, de Borbón y de Bretaña, el canciller De Corbie, el condestable D’Albret, obispos y arzobispos, nobles y ciudadanos destacados, Valentina presentó por segunda vez su petición de justicia.

Había entrado en la sala sin su séquito, acompañada únicamente por su nuera; sin aguardar a que le dieran los honores debidos a su rango, cayó inmediatamente de rodillas como cualquier otro demandante de justicia, y en esta humilde postura expresó su queja. Isabel, a quien le resultaban incomprensibles tamaña indiferencia ante la propia categoría y tan extremosa humillación, contemplaba a su cuñada desde lo alto arqueando las cejas con gesto de reprobación.

—Señora —dijo al fin, cuando hubo callado la duquesa de Orléans—, sed bienvenida a Paris. Os aseguramos que consideraremos detenidamente vuestra petición y que haremos todo lo posible por atenderla.

Valentina alzó sus ojos apagados hacia aquella mujer que durante toda su vida había sido su peor enemiga. El hecho de que en otros tiempos hubiera despreciado a Isabel por su crueldad, la llenaba ahora de unos sentimientos vagos de extrañeza. ¿Qué importancia podían tener las desavenencias entre dos mujeres, comparadas con la desgracia que le había sobrevenido desde entonces? Sentada en el trono veía a una mujer gruesa, vestida de brocado de oro, a quien resultaba incómoda la dureza de su asiento. Aquella obesidad despertaba en Valentina más repulsión y compasión que odio; ciertamente los ojos de Isabel eran aún más duros y brillantes que antaño, si cabía, pero ya no le inspiraban temor.

La reina, que deseaba intercambiar algunas palabras con su hija, invitó a ambas duquesas de Orléans a que, una vez finalizada la reunión, la acompañaran a sus propios aposentos. En la estancia decorada con las doradas palomas de la paz —Isabela recordaba con toda nitidez que había sido aquí donde había saludado a los legados ingleses— las recibió Isabel. La reina recorrió rápidamente con la mirada la escuálida figura y el rostro descolorido de su hija, y le hizo varias preguntas: ¿Cómo se encontraba monseñor de Orléans? ¿Qué edad tenía a la sazón? ¿Qué le parecía a Isabela la vida en Blois? ¿Se encontraba a gusto?

La muchacha contestaba ceremoniosamente, pero con frialdad. Isabel se encogió de hombros con ademán impaciente, dirigiéndose a continuación a su cuñada.

—Bien, mi señora cuñada —dijo—, hacía mucho que no nos reuníamos de este modo. Han sucedido muchas cosas en todo este tiempo.

—Sí, señora —contestó Valentina, sin levantar la vista. Isabel bostezó y se sentó.

—Me pregunto si pensarás que tienes mucho que perdonarme —observó al cabo de un rato, escrutando de soslayo a Valentina. Isabela frunció el entrecejo, sonrojándose de disgusto, pero la duquesa de Orléans repuso con voz sosegada y apagada:

—¿Quién soy yo para juzgar lo que he de perdonaros, señora? Todos somos pecadores. He llegado a un punto en que esas cosas ya no me preocupan. Mi padre ha muerto, monseñor mi marido ha muerto.

—Entre vos y yo no tiene por qué existir enemistad, señora, si mis intereses son también los vuestros. Con tal de lograr el objetivo que me he fijado, estoy dispuesta a soportar cualquier humillación. —Isabel sonrió entornando los ojos.

—¿Qué quieres decir con esas palabras? —preguntó, jugando con los cascabeles dorados de sus mangas—. ¿Es que consideras que hablar conmigo constituye una humillación para ti?

La duquesa de Orléans hizo una profunda reverencia.

—Quiero decir —contestó suavemente— que todo me es igual, señora. Soy una mujer de pocas palabras. Tal vez la vida habría sido menos dura para mí, si hubiera sabido expresarme con mayor facilidad. Es un gran don conseguir captar aquello que mueve lo más profundo de nuestro ser en una imagen, en una palabra. La dama de Pisan supo hacerlo, cuando perdió a su esposo. Yo tengo mala memoria para la poesía, pero recuerdo una canción suya en la que se lamenta de su soledad. Esta queja la repite sin cesar, en su corazón no cabe otro pensamiento. Lo mismo me ocurre a mí, señora: estoy sola y nada poseo, en este mundo sólo busco ya que se haga justicia a mi marido, el resto me es indiferente.

—Vaya, vaya, mi señora cuñada —fue lo único que acertó a decir la reina; aquel luto, aquella mortificación le parecían completamente carentes de sentido. No sin cierta delectación oculta, se preguntaba si también Isabela participaría en aquella perenne pompa fúnebre; no podía por menos de pensar que la muerte cruzaba a menudo el camino de su hija: desde los nueve años había vestido luto casi ininterrumpidamente. Isabel hubiera podido comprender que Valentina derramara lágrimas o le dirigiera reproches: su cuñada tenía todos los motivos para hacerlo. Pero aquel frío dolor le resultaba tan ajeno como la pasividad de antaño. Algo irritada, dio permiso a las señoras de Orléans para que se retiraran.

El día nueve de septiembre, el duque de Berry atravesó a caballo la puerta de Saint-Antoine para salir a recibir a su sobrino nieto, Carlos de Orléans, en el camino vecinal. A pesar de su avanzada edad y de su obesidad, aún montaba a caballo; aquel día le resultaba trabajoso, debido a lo elevado de la temperatura. Además, el duque —siguiendo su costumbre— había comido y bebido copiosamente. Le costaba trabajo no adormilarse con el trote regular de su montura, sobre todo al mantener entornados los ojos para resguardarse de la intensa luz del mediodía. En la confluencia de los caminos de Vincennes y Charenton, se detuvo la escolta del de Berry. Por la derecha se aproximaba, envuelta en una nube de polvo, una comitiva de varios centenares de jinetes.

El de Berry se despabiló, al percatarse de que su sobrino nieto se disponía a acercarse a saludarlo; los jinetes contenían sus monturas, mientras Carlos de Orléans se aproximaba lentamente a lomos de su caballo. El muchacho vio a un grueso anciano, derrumbado sobre su silla de montar, y con grandes piedras preciosas ornándole el sombrero, la túnica y los guantes. Sus mejillas y papada formaban bolsas fofas de piel; bajo sus párpados pesados, sus ojos diminutos escrutaban a Carlos con mirada penetrante, llena de curiosidad. El de Berry vio a un muchacho vestido

austeramente de negro, de expresión triste; montaba con soltura y durante la salutación supo expresarse con elocuencia; no mostraba timidez. Sin embargo, carecía de algo: algo que el de Berry al pronto no supo definir. En el rostro joven y contenido que tenía delante creyó adivinar cierta apatía, cierta falta de empuje que de entrada le pareció bastante peculiar en un joven de su edad. El de Berry recordaba muy bien cómo había sido Luis de adolescente: impetuoso, tanto en su entusiasmo como en sus antipatías, pero siempre, en toda circunstancia, de una juventud absolutamente radiante.

Mientras cabalgaban hacia Paris, el de Berry no dejaba de contemplar de soslayo al joven de Orléans, al tiempo que seguía conversando de aquella manera algo fría y en exceso superficial que le caracterizaba. Carlos le respondía cortésmente, pero como si no le interesara la conversación. Sólo cuando se abordó el tema de los libros, se tomó algo más comunicativo. El de Berry se llevó una agradable sorpresa: su sobrino resultó ser un muchacho culto, además de un latinista bastante versado, y tenía gusto. «Ha disfrutado de una buena educación», pensaba el viejo duque con aprecio, «y es un joven de trato bastante más agradable que el del delfín, ese mozalbete obstinado y fanfarrón, que apenas si sabe descifrar el abecedario, pero que se comporta como si fuera Dios Todopoderoso. El de Orléans resulta algo aviejado, pero el muchacho ha visto ya tantas desgracias de cerca, que es normal que se muestre apesadumbrado. Tiene los ojos de su madre. Dicen que son las ventanas del alma; peor para él, pues entonces le tocará sufrir a lo largo de su vida. Sea como fuere, ¡es toda una adquisición para la casa de fieras real!». El de Berry rió solapadamente, sin que se percatara Carlos, quien observaba con atención todo lo que veía a su alrededor.

Por primera vez en su vida recorría con plena conciencia las calles de París; veía con sus propios ojos las iglesias y palacios que maese Garbet, Marie d’Harcoumrt y el juglar Herbelin le habían descrito tan a menudo, las plazas rodeadas por hileras apretadas de casas, las calles bulliciosas, los miles de enseñas, las torres con sus flámulas doradas y sus veletas, las fachadas de las grandes mansiones de los comerciantes, con adornos de madera tallada e imágenes; veía las pesadas torres de la Bastilla y —lo que más le impresionó— los empinados tejados azulados y relucientes del palacio de Saint-Pool.

En seguida la comitiva atravesó los pórticos; los centinelas presentaron armas, y de todas partes acudieron rápidamente mozos de cuadra y maestresalas para recibir a los duques y a su acompañamiento de nobles. A Carlos le parecía estar en una meseta rodeada de montañas.

Jamás hubiera imaginado que hubiera muros y torres tan empinados, ni tejados tan vertiginosamente altos. El castillo de Blois, tan poderoso y macizo, no era nada comparado con aquellos edificios etéreos y afilados con sus centenares de galerías, troneras, adarves y almenas. En cada torre ondeaban pequeñas banderas azules bordadas de lirios dorados, indicando que el rey residía dentro de los muros de Saint-

Pool.

Carlos pasó inmediatamente a presentar sus respetos a su padrino.

El de Berry lo condujo a través de lo que al muchacho le pareció un laberinto de corredores y galerías, hasta una silenciosa ala lateral de palacio. Las puertas que daban acceso a esta parte estaban custodiadas estrictamente por soldados vestidos de armadura. Ya en las antecámaras notó Carlos —quien era muy sensible a este tipo de impresiones— un olor extraño y desagradable, como el que se percibe en las inmediaciones de los recintos en los que se encierran fieras. Aunque se había intentado disipar el hedor quemando incienso y hierbas olorosas, esto no había hecho sino acentuarlo. De las paredes colgaban viejos tejidos descoloridos y en parte también desgastados, y todas las ventanas, además de angostas y pequeñas, estaban provistas de rejas. Las estancias oscuras producían en el ánimo de Carlos una sensación de horror y de secreto temor; muy enfermo estaba el rey, que podían hacerlo habitar en semejantes aposentos.

Finalmente llegaron a una puerta con guarniciones de hierro. El de Berry gritó que monseñor de Orléans y él deseaban ver al rey; detrás de la puerta se oyó el ruido de pasos suaves, y alguien descorrió un cerrojo. Los caballeros del séquito de ambos duques se retiraron a las antesalas, como si temieran encontrarse con la mujer que apareció en el vano de la puerta. En el umbral de la cámara del rey estaba Odette de Champdivers, la pequeña reina, como llamaban en son de burla a la querida que Isabel había buscado tan oportunamente a su esposo. El de Berry masculló un saludo, entrando directamente en la estancia; pero Carlos, recordando de pronto las habladurías de las damas de honor que había escuchado en varias ocasiones, permanecía inmóvil, sorprendido y consternado. Había imaginado a Odette de Champdivers como una mujer tosca y descarada, como las mujerzuelas que rondaban las inmediaciones de las tropas estacionadas en Blois, de ojos vivos y desvergonzados y gestos groseros. Ésa era en definitiva la imagen que suscitaba en él la palabra «querida», aun cuando sabía que aquella mujer era hija de un noble de Borgoña. Odette de Champdivers se apoyaba contra la puerta abierta; vestía túnica y cogulla marrones, como una mujer de la burguesía. También su carita afilada despedía un resplandor marrón; era un rostro aniñado, como de gnomo, de ojos sabios, suaves, muy oscuros.

—Pero entrad, monseñor —dijo amablemente, acompañando sus palabras con un gesto de sus manos diminutas. Carlos la saludó apresuradamente y, pasando por su lado, penetró en la estancia. El olor acre y sofocante era casi insufrible; tuvo que reprimirse para no taparse la nariz con la mano. El rey permanecía acurrucado a los pies de una cama cuyas colgaduras estaban recogidas; se mordía las uñas, mientras lanzaba miradas hostiles a sus visitantes. La estancia presentaba un aspecto desnudo pero ordenado; en los alféizares de las ventanas había arbolillos en flor plantados en macetas.

—Majestad —dijo el de Berry rápidamente; en sus prisas por marcharse cuanto

antes, optó por omitir el ceremonial de rigor—, vuestro sobrino, monseñor de Orléans, solicita el honor de saludaros.

El rey profirió varios sonidos ininteligibles, mirando asustado a su alrededor. La joven, tras cerrar la puerta suave y cuidadosamente, se acercó y le tendió la mano para que se levantara.

—Vamos —le dijo, ayudándole con solícita decisión; el rey se dejó arrastrar de la cama—. Vamos, son monseñor de Berry y vuestro sobrino. Miradlo a la cara y saludadlo: viene desde lejos para veros. Vanos, no temáis. Yo me quedo a vuestro lado.

—Bueno, bueno, está bien así. —El de Berry movía uno de sus guantes con impaciencia—. No lo obliguéis si no tiene ganas de hablar. ¡Al fin y al cabo no nos reconoce!

—Claro que sí. Estoy segura de que os reconoce. Y agradece mucho el que hayáis venido a visitarlo —dijo Odette de Champdivers, mientras clavaba sus ojos oscuros en Carlos. Esbozó una sonrisa tranquilizadora, con los labios cerrados. Jamás había visto Carlos a nadie que emanara tanto calor humano, que inspirara tanta confianza. Le parecía como sí ella, a pesar de su juventud, fuera mayor y más sabia que las personas más ancianas y juiciosas que él hubiera conocido; ya sólo con verla, se le calentaba el corazón.

—¿Cómo se encuentra el rey ahora? —preguntó Carlos. Odette de Champdivers meneó la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Está muy enfermo —respondió, con sus modales tranquilos y modestos—, y sufre mucho. Pero sobrelleva su dolor con gran paciencia y humildad.

El de Berry resopló con impaciencia y se dirigió hacia la puerta, dando a entender que quería marcharse.

—Y cuando, a veces, no ocurre así —seguía diciendo Odette de Champdivers a Carlos—, no es culpa suya. No siempre sabe lo que hace.

Pero es una persona tan bondadosa y amable, que es imposible no quererlo.

—Claro —asintió Carlos, vacilante. Le resultaba imposible comprender cómo aquella joven podía cumplir su repulsivo cometido con tanta paciencia y tanto cariño. Veía, en efecto, cómo el rey colocaba su mano en la de ella buscando apoyo y cómo la seguía inquieto con la mirada en cuanto ella se alejaba de su lado. En ningún momento del día ni de la noche abandonaba Odette de Champdivers la cámara en la que se encontraba el rey; siempre estaba allí para ayudarlo, consolarlo, limpiarlo cuando se ensuciaba y reprenderlo suavemente cuando no quería comer o se mostraba desabrido con las visitas. Incluso en los períodos de completa oscuridad mental, de alguna manera aquel demente debía de ser consciente de que estaba rodeado de un amor totalmente desinteresado, de que allí se le entregaba día a día lo mejor que puede tocarle en suerte a un hombre: el cariño que todo lo ve y todo lo perdona.

—Vámonos, sobrino —dijo el de Berry, quien ya había abierto la puerta. Carlos le hizo una reverencia al rey y luego otra, no menos profunda, a Odette de

Champdivers.

—Que Dios os guarde, monseñor. —Lo acompañó hasta la puerta para despedirlo. Mientras el de Berry y Carlos atravesaban la antecámara, oyeron cómo se volvía a correr suavemente el cerrojo de la puerta.

Hasta que se encontraron fuera del portón de Saint-Pool no comenzó a desaparecer la desazón que había invadido a Carlos. Se dirigieron al Louvre, donde Isabel y el delfín se habían instalado por algún tiempo; este castillo se encontraba al otro extremo de la ciudad. Cabalgaba la comitiva por la rue Saint-Antoine, pero pronto hubo de tomar por calles más angostas y sinuosas en pleno corazón de Paris. La población, harto acostumbrada a la presencia en la ciudad de altos personajes procedentes de todas las regiones del país, acompañados de sus tropas armadas, apenas si prestaba atención a la comitiva de jinetes. Los que reconocían al duque de Berry al pasar, se detenían un instante para ver quién lo acompañaba, pero nadie sospechaba que aquel mozalbete, vestido austeramente de negro como un escribiente, era el hijo del de Orléans.

«Así que estas gentes son los amigos del de Borgoña», pensaba Carlos, mientras desde lo alto de su caballo contemplaba el bullicio a su alrededor. Observó que muchas personas iban armadas; que en numerosas casas se habían tapado las ventanas de las plantas bajas con tablas, dejando únicamente unas rendijas para que pasara la luz; y que por las calles vagaba una cantidad inquietante de guerreros, que escrutaban con curiosidad a los jinetes de los duques de Berry y de Orléans.

En el Louvre Carlos fue recibido por la reina y el delfín. Isabel miraba a su yerno con atención. Le parecía que había crecido mucho.

¿Quién decía que aquel muchacho no era aún capaz de cumplir con sus deberes como marido? Por lo demás, no tenía mucho que hablar con él; se limitó a repetirle lo que ya le había dicho a Valentina: daba su autorización para que Carlos y su madre rebatieran públicamente el discurso del maestro Petit. A continuación pasó con el de Berry a una estancia contigua, dejando solos a ambos muchachos. El delfín, duque de Aquitania, era un niño de doce años, algo pálido y desmedrado, como todos los hijos de Isabel, de cabeza grande y orejas separadas del cráneo. Con sus ropajes de gran valor, adornados con cordones de oro, pensaba que su aspecto era magnifico.

—Querido primo —dijo, en tono agrio—, dicen que allá en Blois tienes reunido a todo un ejército. ¿Es cierto?

—Pues si —repuso Carlos. Le costaba trabajo emplear un lenguaje florido con su regio primo, rociado con agua de olor.

—Así pues, ¿os preparáis realmente para luchar? —prosiguió el delfín ávidamente—. Porque monseñor de Borgoña no cederá, de eso estoy seguro.

Carlos contemplaba el mosaico esmaltado del suelo.

—Eso ya lo veremos —dijo con obstinación. El delfín se echó a reír, con la risa forzada y afectada de un niño consentido.

—No creas que a mí me importa mucho —dijo, abriendo una bolsita de cuero

dorado, que llevaba colgada del cinto, y sacando de ella unos dados—. Toma, échalos —dijo a Carlos, señalándole una mesa—. La puesta es de dos libras de oro. ¿Tienes dinero?

Carlos sentía poco afecto por su primo; cuando volvió a verlo varios días más tarde, en la gran sala del Louvre en la que se daría lectura a la réplica de Orléans, le pareció realmente grotesco. Para la ocasión vestía el delfín la púrpura real, con el armiño alrededor de los hombros y el sombrero coronado en la cabeza: todo ello para indicar que sustituía a su padre. Estaba sentado bajo el dosel al lado de Isabel; junto al mismo se habían asignado asientos a los grandes del reino y a los miembros del Consejo pertenecientes a la realeza. Al igual que durante el discurso del maestro Petit en Saint-Pool, en las tribunas instaladas a tal efecto se encontraban caballeros, miembros del Consejo y del Parlamento, representantes de la Universidad y numerosos ciudadanos destacados. También se permitió que el pueblo, en gran número, accediera a la reunión. El único que faltaba era el de Borgoña, quien a la sazón había puesto sitio a la ciudad de Lieja.

Apareció Valentina, acompañada de Carlos; venía con ellos su canciller así como su abogado, el maestro Cousinot. El texto de la defensa, que ya había sido redactado en Blois y encuadernado en forma de libro, fue entregado solemnemente al orador que había elegido Valentina, el abad de Sérizy, de Saint-Fiacre. Con voz clara y pausada, el abad dio lectura al larguísimo discurso, que introdujo con la fórmula: «*Justitia et iudicium praeparatio sedis tuae*». De manera paciente y detallada el abad de Sérizy rebatió todas las acusaciones de intentos de envenenamiento, homicidios y conjuros; supo mantener despierta la atención de su auditorio mediante un léxico apropiado, acompañado de citas de Aristóteles, san Agustín y Cicerón entretejidas con habilidad en su discurso. Contrariamente a lo que había hecho Petit, no intentaba impresionar alzando la voz, recurriendo a la verbosidad ni sacando partido ávidamente de las reacciones del pueblo que escuchaba; por otra parte, tampoco tuvo mucha oportunidad para esto último, ya que el auditorio situado tras las barreras de madera estaba en desacuerdo con él e intentaba importunarle de continuo murmurando enfadado y moviendo impaciente los pies.

—Los sentimientos de monseñor de Orléans hacia el rey y la familia real no han podido ser menos hostiles. Su Majestad la reina puede dar fe de ello, si así lo desea.

El de Sérizy calló, mirando en dirección al sitial real. Isabel, incomodada, arqueó fugazmente las cejas; en las tribunas la gente tosía y movía los pies. Sólo la señora de Orléans y su hijo permanecían inmóviles. Ella mantenía la cabeza erguida; él, agachada.

—Paso ahora a la última acusación formulada por la parte contraria: que monseñor de Orléans robaba al rey y explotaba al pueblo mediante la imposición de contribuciones en exceso elevadas. Señorías, es cuando menos sorprendente que la parte contraria reproche a monseñor de Orléans precisamente esto. Es del dominio público que todos los personajes de la realeza recurren a este procedimiento cuando

necesitan dinero. Me permito recordar de qué modo se sufragaron en el año 1396 los gastos de la campaña contra los turcos, y cómo, finalmente, se reunió el rescate de monseñor de Borgoña. A decir verdad, aquella expedición reportó a Francia un perjuicio irreparable. Luego está la imputación de que monseñor de Orléans habría robado una noche el oro que estaba guardado en una torre de palacio. Es cierto que mandó de improviso que retiraran cien mil francos de oro; pero tenía sus buenas razones para hacerlo. En repetidas ocasiones monseñor de Orléans había pedido dinero para poder pagar la soldada de las tropas que debían vigilar nuestras costas y proveerlas de todo lo necesario. En el Consejo, la parte contraria, monseñor de Borgoña, se negó una y otra vez a dar su consentimiento para que se proporcionara el dinero necesario. Comoquiera que el ejército tenía derecho a que se le pagara con rapidez, monseñor de Orléans procedió a tomar aquello que no se le concedía voluntariamente.

—Pido a la parte contraria —concluyó el de Sérizy, tras una breve pausa, volviéndose hacia donde se hallaban los abogados del de Borgoña— que se haga cargo del malestar, e incluso las calamidades, que ha de padecer el pueblo francés por el hecho de que la gente armada del de Borgoña, mal pagada, ande errante saqueando las regiones entre Paris y Flandes. Príncipes, nobles caballeros, haceos cargo de lo que ocurre aquí. El de Borgoña ha emprendido un camino que no puede sino conducir a vuestra perdición, un camino de traición y artimañas. Hombres y mujeres de la burguesía, viejos y jóvenes, ricos y pobres, haceos cargo de que han desaparecido la paz y la tranquilidad.

Entre los parientes de la realeza brilla el acero desnudo y ello significa para todos, la guerra y la miseria. Prelados, haceos cargo de que se trata aquí del asesinato de un hombre que, a pesar de todo, intentó servir el bien del Estado y de la Iglesia según su leal saber y entender. Por esta razón ha venido la señora de Orléans, junto con su hijo, para suplicaros que se le haga justicia. Recordad lo que dice el sabio Salomón en el Libro de los Proverbios: «El que hace justicia hallará vida y honor».

Con estas palabras concluyó su discurso el abad de Sérizy; al igual que Petit, había hablado durante cuatro horas sin interrupción. En medio de un gran alboroto procedente de la parte de la sala en la que se apiñaba el pueblo, se alzó el maestro Cousinot, letrado del Parlamento, quien declaró que, visto lo precedente, había llegado a la conclusión de que al duque de Borgoña no podían sino imponérsele las penas más rigurosas. Los alguaciles se llevaron a los elementos perturbadores del público pidiendo silencio a voces. A continuación Cousinot leyó en voz alta las exigencias presentadas por Valentina.

El Consejo se retiró a deliberar, bajo la presidencia de la reina, acerca de la respuesta que había de darse al partido de Orléans. Isabel, sumamente incomodada por las alusiones del de Sérizy al buen entendimiento existente entre el duque de Orléans y ella, y por el modo en que el abad había descrito la política del de Orléans como la única que beneficiaba a Francia —lo que, en caso de admitirse, colocaba sus

propios actos bajo una luz desfavorable—, declaró en tono áspero que tanto las aseveraciones del de Borgoña como las de la casa de Orléans le parecían exageradas; recomendó al Consejo que interviniera lo menos posible en aquella disputa entre dos familias de la realeza: con el tiempo se iría mitigando el odio por ambas partes. Mientras tanto podía prometerse que se sometería el asunto a nuevo examen, procurando que la ciudad de Paris estuviera lo suficientemente fortificada y armada, para mayor seguridad. De vuelta en la sala, el delfín, con su chillona voz infantil, comunicó la decisión del Consejo a la viuda de Orléans y a su hijo.

—Estamos profundamente ofendidos por la conducta de Monseñor de Borgoña —dijo el heredero de la corona, en un tono que parecía denotar más bien lo contrario —. Y os prometemos que haremos todo lo posible por hallar la mejor solución.

Valentina y Carlos tuvieron que contentarse con aquella respuesta tan insustancial. Inicialmente Carlos se inclinó a creer que se atenderían las exigencias, con lo que se pondría fin a todas las disputas y disensiones. Así se lo manifestó a su madre, cuando se reunieron aquella noche en el Hotel de Béhaigne; pero Valentina se limitó a sonreír despectivamente.

—No te hagas ilusiones, hijo mío, nuestra petición ha sido rechazada. Aún podemos contentarnos con que la corte y el Consejo muestren cierto descontento frente al de Borgoña. Eso será todo. Hemos de valernos por nosotros mismos.

Por primera vez en su vida, Carlos osó encolerizarse con su madre.

—Pero entonces, ¿qué es lo que queréis? —estalló. Vio cómo Isabela, que bordaba sentada en un extremo de la estancia, levantaba asombrada la vista de su bastidor—. ¿No es preferible que nos contentemos con que el de Borgoña reconozca haber cometido el asesinato?

Todos nos han dicho que no piensa reconocer su error ni pedir perdón. Si las altas instancias no proceden contra él, ¿cómo vamos a hacerlo nosotros? No pretenderéis que le declaremos la guerra por nuestra propia cuenta. No tenemos por qué tratarnos con el de Borgoña, y así él tampoco nos importunará, creo yo. Hemos hecho lo que hemos podido. Si el rey no castiga al de Borgoña, no es culpa nuestra. No estamos autorizados asumir a Francia en la miseria de una guerra civil. ¡Vos misma habéis oído lo que ha dicho el abad de Sérizy!

—¡Cobarde! —Valentina se había levantado de la silla temblando de ira—. ¿Tanto te arredra la idea de tener que organizar y asumir el mando, que prefieres dejar a tu padre sin vengar? ¿Tan leve te parece la afrenta, que prefieres sentarte dentro de unos años en el Consejo junto al asesino de tu padre y dejarte manejar por él? ¿Tan poco significa para ti el honor de tu casa? ¿Eres realmente tan indolente, muchacho, que rehúsas empuñar la espada para defender el buen nombre de tu padre?

—¡Madre, lo tergiversáis todo! Nunca he dicho tal cosa —balbució el muchacho; se le había demudado el rostro y sus ojos se habían inundado de lágrimas de rabia. La duquesa de Orléans hizo un pequeño gesto elocuente de desprecio. Comprendía de pronto por qué había sido tan peligroso el odio de su padre, Gian Galeazzo; también

él había poseído la capacidad de concentrar toda la firmeza, toda la pasión que había en él, para destruir a sus enemigos. ¿Sería que también este muchacho, su hijo, ya estaba en realidad marcado por la debilidad de carácter hereditaria de la casa de Valois, que se traducía en indecisión e indolencia? Ay, también Luis había poseído aquellos defectos, por muy rápidamente que ella lo hubiera olvidado.

—¿Queréis sacrificar todo el reino? —preguntó Carlos con vehemencia, intentando detener a Valentina, que se dirigía a la puerta que conducía a su alcoba—. ¿Estáis dispuesta a ir tan lejos, sólo con tal de ver humillado al de Borgoña?

—Efectivamente, estoy dispuesta a ir tan lejos —dijo Valentina altiva, esquivando la mano extendida de Carlos—. Si el de Borgoña detenta el poder, Francia caminará hacia su perdición con idéntica certeza. ¿No conoces el proverbio de los cirujanos blandos? Es preferible cauterizar la herida. No, no me digas nada. Algún día me darás la razón; tal vez entonces sea demasiado tarde.

A la mañana siguiente, Valentina mandó realizar los preparativos para el regreso a Blois. Sin despedirse de la familia real, del Consejo o de aquellos que la habían ayudado en el asunto del pleito, abandonó Paris junto con Carlos e Isabela. Durante el trayecto permaneció en un rincón de su carruaje, temblando de fiebre; al llegar a Blois hubo que transportarla directamente a la cama, gravemente indispuesta. Los médicos convocados a toda prisa calificaron su estado de alarmante.

En Blois, Valentina yacía gravemente enferma. Desde el primer día no hubo dudas en cuanto a la naturaleza de su enfermedad: las reservas de fuerza de voluntad, de las que se había estado nutriendo desde la muerte de su marido, se habían agotado. En los últimos diez meses había desplegado todas sus firmezas incesantemente, forzando su cuerpo y su espíritu a una actividad febril que había exigido demasiado de su constitución. Mientras mantuvo la esperanza de ver cumplidos sus deseos, mientras pudo creer que se podía proceder contra el de Borgoña, había logrado tenerse en pie; sin embargo, no estaba preparada para afrontar las amargas decepciones de las últimas semanas. El golpe fue tanto más fuerte cuanto que ya había visto su objetivo tan cercano.

Cualquier asidero se le escapaba: los duques; el Consejo, indeciso por el temor; la reina, nuevamente incomodada, y su propio hijo, reacio a luchar por sus derechos.

Valentina yacía en silencio en su lecho, con los párpados cerrados, entre colgaduras y tapices negros. Ya no le importaba lo que aconteciera en el castillo ni en sus inmediaciones; apenas si oía las voces que le hablaban. Carlos, sobre cuyos hombros descansaba toda la responsabilidad, ahora que su madre no se preocupaba ya de nada, no había revocado las órdenes que ésta había dado en la primavera; si bien acariciaba continuamente la idea de disolver las tropas y enviar a los vasallos de nuevo a sus casas, se lo impedía el temor de agravar el estado de su madre; también temía el descontento y la oposición de los capitanes y del de Mornay, quienes

compartían las ideas de Valentina de manera unánime.

Jamás se había sentido Carlos tan inseguro, tan melancólico y tan cargado de culpa. Sabía que los consejeros y ayudantes de su madre lo despreciaban en secreto por su tendencia a mantenerse al margen; aunque no lo exteriorizaban, continuamente detectaba a su alrededor sus críticas; lo consideraban un mal hijo, indigno de poseer un título.

Para ganarse su amistad y su aprobación —a los catorce años se acusa mucho la soledad cuando no se cuenta con apoyo—, hacia escrupulosamente aquellas cosas que menos le apetecían: se ejercitaba en el manejo de las armas, salía a caballo para inspeccionar las tropas, y estudiaba el arte de capitanear ejércitos. Por las noches buscaba la compañía de maese Garbet en la estancia de éste; intentaba encontrar el consuelo y el olvido en los libros que le habían cautivado en otros tiempos. Pero las aventuras de Perceval y Arturo se le antojaban ahora insulsas y rebuscadas, las pomposas frases latinas de los autores clásicos le sonaban afectadas al oído, y las leyendas hagiográficas y las historias milagrosas carecían de suficiente verismo como para despertar su interés. ¿Cómo podía enfrascarse a la luz de las velas, en cosas que jamás habían sucedido o, en todo caso, lo habían hecho mucho tiempo atrás, mientras su madre se consumía de pena, mientras el asesino de Borgoña hacía impunemente su voluntad, mientras amenazaban desastres por doquier y el viento de noviembre soplaba su letanía por los postigos, como precursor del frío invernal? Por primera vez también maese Garbet le parecía un extraño; aquel anciano menudo, encorvado día y noche encima de las hojas que iba llenando con tratados de carácter teológico e histórico, estaba muy alejado de lo que preocupaba a Carlos en aquellos días.

También el comportamiento de Isabela lo llenaba de confusión.

No la veía a menudo, ya que ella permanecía casi todo el tiempo en la habitación de la enferma, pero a veces se presentaba de improviso en la biblioteca, mientras él estudiaba mapas con ríos y caminos o planos de fortalezas. Inicialmente estaba convencido de que ella lo buscaba exclusivamente para llevarle noticias sobre el estado de su madre; de ahí que no comprendiera por qué se demoraba a su lado, lanzándole miradas de soslayo que lo inquietaban aún más que su áspera altivez de antaño. Ella apenas hablaba ni se esforzaba por entablar conversación con él, pero era precisamente aquel silencio expectante lo que le oprimía sobremanera. Carlos, que era incapaz de sentarse antes de que ella se lo rogara, permanecía de pie a su lado, embargado por la timidez y una leve irritación. Tenían ambos la misma estatura; cuando la miraba de refilón, veía de cerca la redondez de su pálida mejilla, sus grandes ojos grises algo prominentes y su delicado cuello. Tenía suficiente edad como para saber que el matrimonio entre Isabela y él sólo era nominal; desde su boda en Compiégne, las damas y caballeros del séquito de Valentina, tan experimentados en asuntos mundanos, no habían dejado de recordarle, entre bromas, el incumplimiento de sus deberes conyugales. Carlos ya no era ignorante en la materia; pero lo que en las cuadras, en las conversaciones con pajes y palafreneros y en el

trato diario con perros y animales domésticos le había parecido natural y lógico, no parecía guardar relación alguna con Isabela y su propia persona. Con el paso de los años se había ido acostumbrando a su continua presencia: ella pertenecía a la familia, y por eso mismo, a pesar de su carácter arisco y sus impacientes arrebatos, merecía respeto y cariño; su cambio de actitud hacia él lo asustaba.

En una ocasión, cuando él le ofreció su mano para conducirla hasta la puerta, con gesto rápido oprimió los dedos de él contra su pecho.

Carlos sintió cómo el corazón de ella latía inquieto. De niño había capturado una vez un ratón de campo; el animalito permanecía en su mano apretada, paralizado por el terror, y los intensos latidos de su corazón hacían temblar todo su cuerpecillo. Invadido por un sentimiento de aversión y compasión idéntico al que había sentido entonces, mantenía las yemas de sus dedos contra el paño del corpiño de Isabela; comoquiera que ella lo sujetaba con firmeza por la muñeca, se veía obligado a permanecer en dicha postura a pesar suyo. Aquel momento le dejó tan mal recuerdo, que desde entonces rehuía a Isabela.

El día veintitrés de noviembre —aniversario de la muerte de Luis de Orléans— Valentina quiso que se dijera una misa en su cámara. Aun antes de que se hubiera disipado el olor a incienso, el gobernador De Mornay, quien había acompañado al cortejo real a través de la región de Orléans hasta la ciudad de Tours, solicitó entrevistarse urgentemente con la duquesa. Finalmente le permitieron entrar. La noticia que traía confirmaba los presentimientos más pesimistas de Valentina: el duque de Henao se encontraba en Tours con objeto de negociar con el rey en nombre del de Borgoña; ambas partes parecían dispuestas a restablecer el buen entendimiento. Isabela y Carlos, quienes habían asistido a la misa, temieron que las nuevas alteraran excesivamente a Valentina; sin embargo comprobaron, con gran asombro, que éstas parecieron incitar a la duquesa a realizar un último esfuerzo.

La noticia la despertó de simpatía; a pesar de los dolores y la fiebre, la debilidad y el agotamiento, intentaba tomar medidas para proteger el futuro de sus hijos. Durante los últimos días de noviembre dio distintas órdenes: encargó al de Bracquemont que dividiera el ejército movilizado en Blois en tropas independientes y que las enviara a los puntos estratégicos de los dominios de Orléans, bien provistas de armas, municiones y alimentos. Una vez más estipuló por escrito que Carlos pasaría a ser duque de Orléans; Felipe, conde de Vertus; Juan, conde de Angulema, y Juan, bastardo de Orléans, llamado Dunois, señor de Château-Dun. Finalmente, a principios de un mes de diciembre tormentoso, frío y lluvioso, llamó a su lado a sus hijos.

Felipe, Juan y Dunois, quienes no la habían vuelto a ver desde que ella había partido de Blois en su viaje a Paris, no osaban acercarse al lecho de colgaduras negras; no podían creer que aquella mujer consumida fuera su madre. La piel de su

rostro se tensaba por encima de su nariz y sus pómulos, y el mentón se erguía afilado: ofrecía ya el aspecto de un cadáver.

—Carlos —dijo Valentina con dificultad, mientras le hacía señas con la mirada para que se acercara—, arrodíllate y júrame por el cuerpo santo de Cristo, quien murió por nuestros pecados, que protegerás y defenderás por tu honor, y según tu leal saber y entender, a tus hermanos y tu hermana y todo lo que os pertenezca. Júrame que no descansarás hasta que hayas vengado la muerte de tu padre, júrame que velarás y trabajarás infatigablemente hasta que el de Borgoña haya expiado su crimen. —Calló, jadeante, intentando recobrar el resuello.

—Lo juro —dijo Carlos, con la cabeza inclinada.

—Prométeme entonces —prosiguió Valentina— que honrarás la memoria de tu padre; ya sabes de qué manera quiero que esto suceda.

Haz que entierren mi cuerpo aquí en Blois, pero lleva mi corazón a Paris y colócalo en la tumba de la capilla del convento de los Celestinos junto a monseñor mi marido. Prométeme —dijo, intentando en vano incorporarse—, prométeme que serás bueno…, con estos mis hijos… y con Isabela, tu mujer. Y perdóname, tú, Carlos, y vosotros también, hijos míos, perdonadme el mal que os haya podido hacer. Acercaos ahora a mí, de uno en uno, y decidme que me perdonáis.

Se arrodillaron junto al lecho Carlos, Felipe, Juan e Isabela; Dunois permanecía de pie a cierta distancia de los demás, ya que la dama de Maucouvent, que llevaba en brazos a la pequeña Margarita, lo retenía por la manga. Pero Valentina preguntó:

—¿Dónde estás, hijo mío? —extendiendo hacia él su descarnada mano. Dunois se arrodilló junto al borde del lecho, mirando a su madrastra con sus ojos claros de color gris verdoso; era el único que no sollozaba—. De todos tus hermanos, tú habrás de soportar la carga más pesada, muchacho —dijo Valentina, mientras sus labios esbozaban la sonrisa triste y tenue de antaño—. La herencia que te aguarda es tal que tendrás que abrirte camino en la vida por tus propios medios. Si monseñor tu padre no nos hubiera sido arrebatado tan repentinamente, sin duda alguna se habría ocupado también de asegurar tu futuro. Te dejo algo de dinero, hijo mío, pero no es mucho…, los de Orléans somos pobres ahora. Pero tú no me causas preocupación: menos que la que me causan mis propios hijos. Estás mejor preparado que tus medio hermanos para la tarea de vengar a tu padre… Ay, hijo mío, no habría podido quererte más si hubieras sido mío. Dime que me perdonas, Dunois.

—Lucharé por Orléans y por mis hermanos —dijo el muchacho, apretando la frente contra la mano de Valentina.

Seguidamente salieron de la estancia contigua los clérigos que habían mandado llamar para administrarle los últimos auxilios a la moribunda: el confesor de Valentina, que pertenecía a la capilla privada de Orléans, y los padres de Saint-Saumveur, la iglesia que había en la explanada de Blois. Entre sollozos, Valentina se despidió de sus hijos. Sin hablar, hizo en la frente de Carlos la señal de la cruz, y mantuvo cogidos durante unos instantes los piececitos de la pequeña Margarita, que

aún no había cumplido año y medio de edad y que no comprendía nada de lo que sucedía. La niña pataleaba y reía en los brazos de la dama de Maucouvent, e intentaba atrapar las lucecitas de las velas y el cáliz reluciente del sacerdote; el aya, sin embargo, permanecía anonadada y cegada por las lágrimas junto al lecho de muerte de la mujer a la que había servido durante veinte años. Le indicaron que debía marcharse; se llevó con ella a la niña, que seguía jugando. Carlos, que permanecía en oración en un rincón de la estancia, perdió por completo la noción del tiempo; no supo cuánto tiempo había estado arrodillado allí, murmurando plegarias maquinalmente, cuando alguien le zarandeó con suavidad por el brazo diciéndole:

—Monseñor, todo ha pasado ya.

La duquesa de Orléans yacía con la cabeza totalmente extendida hacia atrás y la boca abierta, como si aún hubiera querido gritar. Aquella imagen rompió la última resistencia de Carlos. Ocultando el rostro entre las manos, repitió en voz baja la promesa que había hecho a su madre. En la estancia aparecieron varias mujeres que venían a amortajar a la difunta. Le rogaron respetuosamente que abandonara la habitación.

Atravesando lentamente las salas desiertas, Carlos se dirigió a su propia habitación; a través de las ventanas veía el cielo vespertino, que junto al horizonte aparecía de color amarillento, y en su cenit grisáceo y ya cuajado de estrellas. Posábanse los cuervos en los árboles desnutridos junto al río. En Blois y en la explanada de la fortaleza comenzaron a doblar las campanas, en señal de duelo por doña Valentina, duquesa de Orléans, fallecida en la tarde del día cuatro de diciembre del año 1408, a los treinta y ocho años de edad, exactamente un año y once días después del asesinato de su marido en Paris.

Carlos sentía en el pecho su corazón como una piedra fría y pesada. Dio licencia a su ayuda de cámara para que se retirara; tampoco contestó a los golpes en su puerta. Se arrojó boca abajo encima del lecho, apretándose el puño contra la boca para ahogar el sonido de sus intensos y convulsivos sollozos. Cuando al fin abrió los ojos —¿había dormido?— vislumbró en la oscuridad el resplandor rojizo del fuego bajo las cenizas; junto a la ventana se veía en el suelo una estrecha franja de luz: fuera brillaba la luna. Carlos alzó la cabeza en actitud de escucha: en alguna parte de la habitación creía oír un suave crujido, como el de un vestido de mujer que se desliza arrastrando por el suelo.

Su corazón comenzó a latir con tal fuerza que casi se asfixiaba; no se atrevía a levantar la vista. Sabía que para conjurar a los muertos que no hallaban el descanso había que invocar el nombre de Dios, pero su lengua estaba como paralizada contra el paladar, y no acertaba a decir palabra. ¿Acaso quería ella conminarlo de nuevo? ¿No comprendía que él haría lo que ella le había pedido? ¿O acaso deseaba que repitiera su juramento?

Al reflejo de la luna en el suelo, vio una túnica blanca; alguien se le acercó y le colocó el brazo sobre su hombro. Era Isabela, su mujer.

3.- Borgoñones y armañacs

La guerre est mon patrie,
mon harnois ma maison,
et en toute saison
combattre, c'est ma vie.[6]

CANCIÓN POPULAR

En los primeros días del mes de marzo del año 1409, la población de la ciudad de Chartres se vio sorprendida por la noticia de la inminente llegada de gran cantidad de invitados de la realeza. Hicieron su aparición obreros al servicio del rey para levantar en la catedral, junto al altar, un estrado para el solio real; también se desplegaron banderas y pendones, como si de una fiesta se tratara. Cuando hubieron entrado en Chartres más procesiones de nobles, cortesanos, jinetes y hombres armados, se supo por fin algo sobre el objeto de aquella solemne reunión. Al parecer, los duques de Borgoña y de Orléans estaban nuevamente dispuestos a reconciliarse ante Dios y el rey; «¿cuántas veces van ya?», se preguntaban los más burlones. No se permitió que el pueblo participara en los festejos; pronto se puso de manifiesto que sus altezas deseaban considerar aquella reconciliación como un asunto privado.

El día de la ceremonia se dispuso una hilera de guerreros entre la puerta de la ciudad y la catedral; la plaza delante de la iglesia había sido barrida y se habían cortado calles para impedir que afluyeran los curiosos. Así, casi nadie presenció la entrada solemne del rey; nadie vio cómo ayudaron a descender de su carruaje al enfermo, envuelto en un amplio manto; nadie vio cómo entró en la catedral la reina, gruesa y ornada con una fortuna en perlas y rubís, seguida del delfín y de la joven esposa de éste; nadie tuvo la oportunidad de contemplar de cerca con sus propios ojos a los grandes del reino, los duques, condes y barones, cardenales y arzobispos, aquella larga procesión de figuras ataviadas de púrpura, oro y negro, aquellos comparsas indispensables en cada nuevo acto de la tragedia real.

También entró en la ciudad Carlos de Orléans junto con su hermano Felipe si bien de manera más discreta; vestían ambos de luto riguroso. Traían únicamente un reducido séquito, que no sumaba más de cincuenta jinetes; así lo estipulaba el decreto por el que se convocaba al duque de Orléans a la reunión de Chartres. El joven se mantenía erguido y quieto en su silla de montar; le preocupaba el encuentro con el de

Borgoña. Se sentía culpable por haber cedido a la presión ejercida sobre él por el Consejo y por sus propios parientes de la realeza.

Tras la muerte de su madre le habían enviado incesantemente mensajeros y mediadores; el gobierno sabía muy bien dónde hallaría menos resistencia. Era más fácil plantear exigencias a un muchacho aún inexperto que al de Borgoña. También el de Berry había visitado a su sobrino y, utilizando sus resortes probados de hombre de mundo, le había hablado con benevolencia en los siguientes términos: ¿Qué sentido tenía aún el aferrarse obstinadamente a ideas de venganza y reparación, cuando entre el muchacho y su pariente no tenía por qué existir un sentimientos de hostilidad? Era lógico que no hubiera podido lograrse una reconciliación con Luis, y que Valentina hubiera estado dominada por el odio, ¡pero, vamos, monseñor, vos sois demasiado juicioso como para dejaros guiar exclusivamente por el amor filial, por muy respetable que sea, si esto os exige continuar una enemistad que no os ocasionará sino problemas!

Merced a su fino olfato, el de Beny había adivinado rápidamente cuáles serían los argumentos con que lograría convencer a Carlos; describió la miseria y la agitación en el campo, y el temor y la aversión de la población hacia los ejércitos, los cuales para sustentarse y cobijarse dependían de los campesinos y ciudadanos de las regiones que atravesaban; tampoco omitió señalarle que la amenaza de una guerra dificultaba las actividades del gobierno, retrasando o aplazando el examen de asuntos importantes.

A pesar del dictamen desfavorable de sus propios consejeros, Carlos no osó negarse. Se sentía demasiado inseguro en todos los aspectos; ante una cantidad tan ingente de problemas prácticamente insolubles no era capaz de tomar partido, de defender un punto de vista. Había que administrar dominios, arreglar cuestiones pecuniarias, ordenar asuntos domésticos, dar órdenes a funcionarios y supervisar un sinfín de cosas cuya existencia ni siquiera había llegado a sospechar. Además de esposo, hermano y tutor, era cabeza de una casa feudal, de uno de los cuatro estados vasallos más poderosos de Francia. Aún no sabía cómo debía desempeñar cada uno de sus cometidos por separado; la idea de que esperaban de él un perfecto dominio de todas estas tareas en su conjunto propició en Carlos un estado de suma receptividad ante la presión a la que se veía sometido.

Así pues, había accedido a escuchar las disculpas del de Borgoña y contentarse con ello. Tenía que desempeñar su papel, aun cuando ya comenzara a dudar de lo acertado de su comportamiento, aun cuando le atormentaran el arrepentimiento y el sentimiento de culpabilidad.

Sumido en semejantes reflexiones entró en la catedral de Chartres, seguido por Felipe.

La luz de cientos de velas no conseguía ahuyentar la penumbra que flotaba bajo las viejas bóvedas; las vidrieras despedían un resplandor mate: rojo ígneo, ocre otoñal, azul apagado. El altar repleto de oro, el cortejo en torno al solio real y los

prelados con sus vestiduras de ceremonia parecían objetos valiosos de un tesoro hundido en el fondo de una profunda sima. Una fría corriente soplaba por encima de las lápidas, haciendo temblar a Carlos; se sentía pequeño e insignificante en aquel lugar. Le avergonzaba el hecho de que la casa de Orléans hubiera de verse representada de manera tan exigua por dos muchachos. Como hacia siempre que se sentía inseguro, recurrió a una actitud taciturna y reservada. Sin saberlo, con ello daba precisamente la impresión de dignidad, de estar a la altura de la situación.

Entre tanta pompa y boato, la figura algo escuálida del muchacho, su postura tensa y su rostro silencioso no podían despertar sino conmiseración; gracias a su proceder tranquilo, se granjeó una opinión bastante más favorable que el de Borgoña, quien hizo su entrada en la catedral poco después, rodeado de un número de hombres dos veces superior al estipulado. Acompañaba a Juan su abogado, el señor de Lohaing; sin perder tiempo en formalidades ni en el ceremonial de salutación, pasaron directamente a aquello a lo que habían venido.

El de Borgoña, ataviado con ropajes de color rojo encendido, se arrodilló ante el rey; el abogado hizo lo mismo, a cierta distancia detrás de su señor. Mientras Juan observaba con su mirada fría e insolente al grupo de la realeza —sobre todo al rey, que mantenía la mirada perdida, y a los dos hijos del de Orléans—, el de Lohaing habló con una voz que resonó hasta en lo más recóndito de la catedral:

—Majestad, he aquí a monseñor, duque de Borgoña, vuestro humilde y fiel servidor, vuestro sobrino de sangre real, que se dirige a vos en relación con el atentado perpetrado por él en la persona de monseñor de Orléans, vuestro hermano. Monseñor de Borgoña reconoce que dicho atentado fue perpetrado con su conocimiento y bajo su responsabilidad, por el bien vuestro y el del reino, según está dispuesto a declarar personalmente, si Vuestra Majestad así lo deseara. Ha tenido conocimiento de que su acción ha suscitado vuestra desaprobación, lo cual le causa una profunda pena. Por ello, Majestad, os suplica humildemente que queráis volver a dispensarle vuestro favor y amistad.

El de Lohaing calló, si bien el sonido ascendente de la última sílaba siguió resonando en el silencio; aun antes de que se hubiera apagado el eco, el de Borgoña completó la súplica: «Es éste mi sincero deseo, Majestad; os pido que lo atendáis».

El rey, que no comprendía absolutamente nada de lo que acontecía, permaneció sentado sin moverse; su larga melena le tapaba el rostro, y estaba medio adormilado. Los duques de Berry y de Borbón se aproximaron y le susurraron palabras al oído; el rey farfulló algo, y luego dijo con voz fuerte: «¡Sí!». El de Borgoña hubo de contentarse con aquella prueba del favor real. A continuación se volvió, con gesto irónico, hacia Carlos de Orléans y su hermano Felipe. El abogado preguntó, en términos similares a los que había empleado con el rey, en nombre del de Borgoña, si los hijos de monseñor de Orléans estaban dispuestos a renunciar a todo propósito de venganza. Felipe no conseguía contener las lágrimas, pero Carlos escuchaba con aparente impasibilidad; no dejaba translucir en su mirada ni en sus gestos lo que le

costaba tener que escuchar aquellas muestras de humildad puramente formularias y mirar a la cara al enemigo de su padre. Le entraron ganas de proclamar a voz en grito que no aceptaba aquellas declaraciones, ya que no creía en la sinceridad de las mismas; que rechazaba la reconciliación con el asesino y prefería proseguir las hostilidades, a sangre y fuego, aunque tuviera que pagarlas con su vida.

Se le subió la sangre a la cabeza, y dio un paso hacia adelante, pero en aquel momento vio a su lado, en el sitial real, el rostro grisáceo, como cubierto de telarañas, del enfermo, y sus manos temblorosas; repentinamente le invadió un deseo nuevo, más intenso: quería ayudar a aquel pobre demente a portar su corona y su cetro. ¿Acaso no había sido ésa la aspiración de su padre? ¿Acaso no era ésa la mejor tarea que podía emprender? Con ánimo optimista se dispuso a dar la respuesta que esperaban de él; el abogado Lohaing acababa de concluir su alocución y el de Borgoña murmuraba, con una mirada llena de burla disimulada: «Esto es lo que os pido sinceramente, monseñores de Orléans».

En aquel momento, Carlos tomó plena conciencia de que toda aquella reconciliación no era sino una farsa ridícula y totalmente carente de sentido, concebida para embaucar a los ingenuos, entre los que sin duda también lo contaban a él. El rey era ajeno a todo, y la reina y los duques se dejaban mover, cual veletas, por el viento más fuerte; y era el de Borgoña quien pretendía ser ese viento. «Espera barrernos con su soplo como si fuéramos hojas secas», pensaba Carlos, con un sentimiento de ira que jamás había experimentado antes. Más tarde recordaría aquel instante, en la relumbrante penumbra de la catedral, como un momento decisivo en su vida. Comprendió que él personificaba a los ojos de muchos el derecho pisoteado por una persona ambiciosa y despiadada. Eso era, al fin y al cabo, lo que sucedía en el mundo: dominaban los más fuertes, y los que se dejaban oprimir sólo eran dignos de desprecio o compasión. «¿Tendrá que ser siempre así?», pensaba el muchacho, lleno de amargura y rebeldía. «¿Tendré que inclinarme ante el de Borgoña, como se inclina en mi presencia mi administrador, y ante mi administrador un campesino de mis posesiones, y ante el campesino un siervo, el cual aún puede tratar a patadas a su perro si le viene en gana? ¿Cómo es posible que alguien haya de padecer la injusticia, por ser el más débil? ¿No hay manera de defenderse? Tengo que oponer resistencia», se decía para sus adentros.

«Tengo que volverme contra el de Borgoña, no por el odio ni por el interés, sino por mor de una justicia superior. ¿Cómo, si no, podremos vivir tranquilos si es el capricho de un hombre el que nos dicta sus leves por la fuerza de su puño y su insolencia? No seré yo menos fuerte que el de Borgoña: la justicia del oprimido ha de poder prevalecer, por muy invencible que parezca la injusticia».

—Sí, monseñor —dijo con voz potente, respondiendo a la pregunta final formulada personalmente por el de Borgoña—. Ya no os profeso rencor estoy dispuesto a hacer las paces con vos.

Sonriendo, miraba de hito en hito a Juan de Borgoña. A Carlos tampoco le

costaba ya esfuerzo alguno pronunciar palabras huecas e hipócritas.

«Mentira por mentira, argucia por argucia», pensaba Carlos. «¿No es ése al fin y al cabo el objeto de toda esta farsa, que ya se habrá olvidado dentro de pocas semanas?».

Siguiendo una indicación del duque de Berry, descendió del estrado y se acercó al de Borgoña, a fin de intercambiar con él el ósculo de la paz. Dicho acto simbólico se desarrolló en medio de un silencio sepulcral. Juan de Borgoña escrutaba de cerca el rostro tenso del muchacho; en su mirada creyó ver algo que le hizo dudar si Carlos era realmente tan cándido como se lo habían descrito.

Al término de las solemnidades, los parientes de la realeza y sus cortesanos se reunieron en un edificio situado frente a la catedral, en el que se celebraría un banquete. A los duques de Borgoña y de Orléans les fueron asignados los asientos a ambos lados de Isabel. La nueva visión de las cosas que acababa de adquirir Carlos, había operado en él un cambio singular: se sentía animoso, e incluso eufórico, y, por primera vez en su vida, era capaz de bromear deliberadamente con sus compañeros de mesa adultos. Isabel lo contemplaba asombrada a la par que divertida: ¿se revelaría ahora su yerno como un digno sucesor de su padre, tan afamado por su agudeza? Al de Borgoña, en cambio, no le divertían lo más mínimo las ágiles y, con frecuencia, ingeniosas observaciones del muchacho. También a él le parecía, decían lo en cuando oí no sí al lado de la reina estuviera sentado aquel primo a quien había odiado más que nada en el mundo. Los años parecieron esfumarse: era como encontrarse otra vez en la sala de festejos de Saint-Denis, y tener que acechar de nuevo, lleno de rencor y envidia, al jovial compañero de mesa de su mujer Margarita.

—¿Por qué no coméis, monseñor? —le preguntó Isabel—. ¿Tan malo os parece el vino, que no queréis tocar vuestra copa?

El de Borgoña se levantó bruscamente; no aguantaba más. Asesinatos, guerras, intrigas y engaños, para todo ello poseía suficiente paciencia y sangre fría; pero al ir comprendiendo poco a poco que sólo había notado en apariencia a su aborrecido y envidiado adversario; que aquel hombre y su poder habían vuelto a entrar furtivamente en su vida, personificados en un muchacho, con la misma sonrisa en los labios y el mismo temblor en las aletas de la nariz; al comprender todo esto, casi le sofocó la ira. Abandonó la sala de banquetes como huyendo, ante el asombro y el disgusto de toda la concurrencia, la cual, no sin razón, consideró aquella partida como un mal presagio.

Carlos tenía la sensación de estar presenciando él mismo desde fuera cómo un extraño que ofrecía un parecido asombroso con él, hablaba y bebía, sentado a la mesa; jamás había sospechado la existencia de aquel mozalbete expansivo y desenvuelto. Se oía a sí mismo reír y bromear, pronunciando frases ceremoniosas, cuyo fondo burlón y despectivo nadie percibía salvo él. Al fin y al cabo, ¿qué eran todas aquellas personas reunidas a su alrededor sino una partida de hipócritas? Profundamente avergonzado veía las miradas llenas de asombro e indignación que le

lanzaba su hermano Felipe; aún no hacia tres meses que habían enterrado a su madre, y su hermano Carlos se comportaba como si en toda su vida no hubiera conocido ni un solo momento de pesar.

—Me complace comprobar que mi hija tiene un marido tan jovial —dijo Isabel, escrutándolo de soslayo—. A menudo pensé que debía consumirse de tedio, allá en Blois.

Aquella observación de la reina hizo que Carlos perdiera su aplomo, como por arte de magia; se sonrojó y durante unos instantes permaneció callado, mirando su plato, mientras desmigajaba un trozo de pan entre los dedos.

—Aún no hemos tenido noticias de nuestra hija —prosiguió Isabel, en tono más glacial—. Esperábamos verla hoy aquí, monseñor.

—Doña Isabela no se encuentra bien —dijo Carlos, mirando rápidamente a Felipe.

—¿Acaso está enferma? —preguntó la reina, con voz clara y áspera. Muchos comensales interrumpieron sus conversaciones y volvieron la cabeza hacia donde estaban sentadas las personas de la realeza.

—No —repuso Carlos; sentía cómo las orejas le ardían de vergüenza. Pero no le quedaba otro remedio que hablar: la reina lo miraba con recelo. Así pues, dijo tan rápida y quedamente como pudo—: No está enferma. Es decir… Está… Piensa que en septiembre… El médico dice… —Echando la cabeza hacia atrás, Isabel prorrumpió en sonoras carcajadas, lo cual llamó aún más la atención que todo lo anterior.

—Ciertamente es una manera muy inusitada de anunciar la llegada de un heredero, monseñor. —Isabel no conseguía reprimirse; jamás había visto a un muchacho tan peculiar. Por lo general los jóvenes sentían más orgullo que vergüenza ante una próxima paternidad.

Carlos mantenía la mirada fija ante sí, incomodado y azorado; se daba perfecta cuenta de cómo la noticia corría de boca en boca, cómo alzaban copas en su dirección, y cómo había risas contenidas; todo el mundo sabía que aún no había cumplido los quince años de edad.

Con gran alivio por parte de Carlos, sucedió algo que distrajo la atención de su persona y de la noticia que acababa de dar: en el extremo inferior de la mesa se levantaron a toda prisa los caballeros del séquito del de Borgoña. El duque había enviado a un emisario, a fin de convocar a todos aquellos que pertenecían a su cortejo. Lo inapropiado de este proceder suscitó gran indignación.

—¿Acaso ya ha olvidado el duque de Borgoña que ha hecho las paces hace una hora? —preguntó el canciller De Corbie, furioso—. ¿Qué significa este descabellado comportamiento?

—¡Yo os lo diré, señoría! —Un hombrecillo jorobado, embutido en la abigarrada vestimenta de los bufones, se plantó de un salto en el banco, junto al canciller; mientras soltaba sus risotadas, golpeaba un objeto que llevaba colgando del cuello,

una tablilla como la que llevan los sacerdotes cuando reciben el ósculo de paz de los creyentes, y que se solía denominar «*pax*», paz—. ¿Qué es lo que veis aquí sobre mi pecho, señoría? —gritaba el bufón; pertenecía al cortejo del de Borgoña, donde eran muy celebradas sus malévolas ocurrencias—. ¿Qué veis aquí? Una *pax*, diréis. Ay, señoría, ¿acaso creéis que me voy a recorrer todos los comercios para conseguir una *pax* como la de cualquier sacerdote? Mirad, mirad, yo a la mía le doy la vuelta: es una *pax* chapada, como veis: una pax de doble fondo, por así decir. ¿Lo habéis captado, señoría? —Las risas chillonas del bufón ahogaban cualquier otro sonido; saltando del banco, corrió cojeando a reunirse con los caballeros del séquito del de Borgoña, que se dirigían en grupos hacia la puerta—. Una pax chapada: ¡una paz de doble fondo! —repetía, haciendo sonar sus cascabeles[7].

Los comensales no se atrevían a reír, si bien el bufón había expresado el pensamiento de todos. Ninguno de los altos dignatarios y prelados que, sentados a la mesa del banquete, brindaban por la gran reconciliación, creía que aquel acuerdo fuera duradero. El que el de Borgoña hubiera abandonado la mesa sin comer ni beber nada era, por otra parte, altamente significativo. El joven de Orléans, sentado a la cabecera de la mesa, era el blanco constante de las miradas de curiosidad y conmiseración de los presentes. No le auguraban nada bueno al muchacho; ¿cómo haría para salir airoso de los peligros que le acechaban? La mayoría de ellos creía que el de Borgoña se adueñaría rápidamente de la baronía de Coucy y del ducado de Luxemburgo, y que expoliaría al de Orléans a su antojo, como si de un juego de niños se tratara. El de Borgoña seria implacable, y los parientes de la realeza le dejarían actuar libremente. ¿Por qué habrían de intervenir, cuando ambos príncipes habían hecho las paces en público?

Carlos era consciente de todo ello; el aplomo con que había decidido en la catedral pagarle al de Borgoña con la misma moneda, había desaparecido. ¿Cómo lo conseguiría? ¿Quién le aconsejaría y apoyaría? ¿Podría hacer valer algún tipo de autoridad?

Cuando finalmente se levantó de la mesa, se encontraba cansado y lleno de sombríos presentimientos. Pero él no podía escaparse sin más; tenía que despedirse ceremoniosamente de sus familiares así como de todos los personajes importantes e influyentes con los que se había encontrado aquel día. Una palabra cortés o un saludo obsequioso podían granjearle amistades para el futuro: así se lo había enseñado Valentina. Reprendió a su hermano menor, que bostezaba, pálido de somnolencia; sin embargo, muy gustosamente hubiera seguido su ejemplo, ya que a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos.

En la gran sala reinaba el caos que suele seguir a las fiestas; el suelo estaba lleno de comida derramada y de adornos ajados y pisoteados. Los criados y pajes aguardaban detrás de los trincheros medio vacíos, por si alguien aún pedía vino o viandas, pero ninguno de los invitados pensaba ya en comer. Una vez que la familia real con su séquito hubo abandonado la sala, ya no era preciso dominarse. Muchos

andaban de un lado para otro, y otros muchos se habían puesto cómodos y se habían echado a dormir.

En una de las mesas conversaba un grupo de hombres de mediana edad; hablaban con voz queda de las perspectivas poco favorables, mientras comían las nueces que uno de ellos cascaba casi maquinalmente. Nicolás de Baye, el escribano del Parlamento, se encontraba en este círculo, que aún estaba relativamente sobrio; apoyando la cabeza en su mano izquierda, escuchaba. Primero había construido una montaña con las cáscaras de las nueces, pero a continuación comenzó a dibujar con un trozo afilado de una de ellas figuras y letras en el mantel, sumido en sus reflexiones. Mientras sus amigos y compañeros intentaban desentrañar los planes del de Borgoña y examinaban por enésima vez las escasas posibilidades del de Orléans, Nicolás de Baye dibujó en el lino los contornos de un lirio y, debajo, hasta donde alcanzaba su brazo, entre las manchas de vino y las migajas: «*pax, pax, inquit propheta, et non est pax*[8]!». Se propuso incluir una observación semejante en el informe sobre las solemnidades de Chartres, que habría de redactar en los días siguientes.

Corría el mes de abril; las alondras volvían a remontar su vuelo vertiginoso en el cielo despejado, los árboles se vestían de un follaje verde claro y las margaritas cuajaban la hierba cual estrellas. La brisa fresca, las nubes resplandecientes, los destellos del sol en la corriente, ¿quién podía contemplar todo esto sin experimentar un profundo deseo de fundirse en la diáfana belleza del paisaje? Doña Isabela comenzaba a agitarse dentro de los pesados muros de Blois; deseaba escapar de la lobreguez y la frialdad del castillo. Carlos, igualmente atraído por el leve resplandor dorado que parecía flotar en lontananza por encima del campo, propuso a su esposa que emprendieran un viaje juntos; pensaba que la época era propicia para hacer una visita a Isabel y al rey, quienes se habían instalado en el castillo de Melun para pasar allí la primavera.

La joven duquesa de Orléans veía esta visita con cierto secreto recelo; temía de antemano la mirada dura y escrutadora de su madre y las inevitables preguntas. Pero cualquier cosa le parecía preferible antes que permanecer en Blois. Ahora que la mayor parte de las tropas había abandonado el castillo, la vida allí era monótona y silenciosa.

Tras la agitación y el luto de los últimos años, la joven pareja anhelaba aquella felicidad despreocupada que la naturaleza parece prometer todas las primaveras. Mientras atravesaban las verdes colinas, los bosques y viñedos del dominio de Orléans, rodeados de un nutrido séquito, creían haber encontrado realmente aquella dicha: por primera vez sentían bullir en su sangre algo de la alegría de vivir propia de la juventud. Con las mejillas arreboladas, Isabela contemplaba los campos a través de la ventanilla de su litera; el trote de los caballos, las relucientes armaduras de los jinetes y el abigarrado colorido de los pendones la llenaban de alborozo. Veía cómo las bandadas de pájaros giraban en el cielo claro, y cómo los arbustos junto al camino

desprendían un brillo verde dorado a la luz del sol; el viento le traía un olor a tierra recién arada, a tierra pesada y húmeda.

Veía también a Carlos, quien cabalgaba al frente de un pequeño grupo de nobles amigos suyos. En el pueblo de Olivet fueron saludados por la población. Está, siguiendo la costumbre regional, les ofreció capachos llenos de pescado plateado y reluciente, y barriles de vino.

Carlos, quien se iba emborrachando cada vez más del aire primaveral, no sólo decidió aceptar los obsequios, sino también degustarlos allí mismo como prueba de su aprecio. Desmontaron en una pradera sembrada de flores en las inmediaciones del pueblo; mientras el pescado chisporroteaba en el aceite hirviendo encima de las hogueras encendidas a toda prisa, las damas de honor de Isabela danzaban formando un corro y los caballeros del cortejo hacían galopar sus caballos por la pradera, corriendo sortija. Carlos iba a galope tendido, perseguido entre chanzas por sus amigos igualmente eufóricos. Se mantenía de pie en los estribos, mientras su capa negra ondeaba tras él como una bandera al viento. Nunca se había divertido tanto; de pronto la vida le parecía una gran aventura emocionante, repleta de posibilidades insospechadas. ¿Realmente había permanecido otrora embobado encima de sus libros? ¿Había pasado sus días en un mundo imaginario de seriedad y tristeza? El dolor y la lucha evidentemente seguirían existiendo, pero ¿acaso un hombre no era libre de elegir sus propias compañías? Nada le parecía más apetecible que una vida tan soleada y despreocupada como aquella comida bajo un cielo primaveral lleno de luz azul y dorada. Mientras se lanzaba a rienda suelta por la pradera, se propuso concertar amistad con todos aquéllos a quienes conocía y con quienes se encontrara más adelante, y vivir en paz, por largos años. ¿Y por qué no habría de hacer lo mismo con el de Borgoña? ¿A quién le interesaba el que ambos estuvieran peleados? Por mucho que le pesara la obligación de vengar la muerte de su padre, en medio de las flores del campo de Olivet ni siquiera aquella tarea se le antojaba decisiva.

Le parecía como si hasta entonces siempre hubiera estado viviendo bajo la férula de vidas ajenas. Había aprendido a ver el mundo a través de los ojos de su madre: un lugar lleno de amenazas y peligros, donde imperaban las artimañas y las calumnias, y donde los enemigos estaban al acecho para asaltar al inocente; la tristeza y el dolor eran la herencia de todo ser humano —solía decir Valentina—; la felicidad no era duradera, era tan tenue como la niebla, tan impalpable como una sombra.

De pequeño había aceptado aquellas máximas sin más; pero ahora su corazón se rebelaba contra una filosofía de la vida tan pesimista. De pie en los estribos, contemplaba el campo con su hierba ondulante, teñido de verde intenso y de castaño, a la luz de la primavera; en la pradera veía danzar a las mujeres, tocadas con coronas de flores. Sentada en la hierba, Isabela coreaba el estribillo de la canción de danza. Más allá estaban los caballos, vigilados por los jinetes y mozos de cuadra; los hombres habían clavado en el suelo sus lanzas ornadas de flámulas multicolores, formando un bosque de banderines. Las voces de los caballeros que galopaban y

corrían sortija llenaban el aire; al fondo, entre los carruajes que esperaban, se vislumbraba el rojizo resplandor de las hogueras. Apoyadas contra los cerros, las casas de Olivet se agrupaban en torno a la torre grisácea de la iglesia; el Loira brillaba por entre el boscaje. En lo alto, la bóveda celeste se desplegaba en un azul fúlgido, titilante de luz, como una cúpula transparente cubierta de polvo de oro. Carlos respiró hondo: ¡aquello sí que era disfrutar, así quería vivir! Cuando vio aproximarse a sirvientes y pajes en una larga hilera, cargados con fuentes de pescado frito y jarros de vino, regresó con su caballo hacia donde estaba el grupo, mientras reía y saludaba con su guante.

Tras la comida se tendió en la hierba, junto a Isabela, mientras contemplaba cómo ésta trenzaba una corona de flores silvestres. El sol estaba ahora en su cenit, y ya hacía calor en la pradera. Los caballeros del cortejo seguían afanándose en juegos y competiciones; en el silencio del mediodía sonaban los acordes del laúd y del arpa y el canto en polifonía. Los caballos pastaban, mientras los cascabeles de los arneses y las sillas de montar producían un suave tintineo, y las abigarradas gualdrapas de seda de los caballos *ambladores*[9] ondeaban al viento. La joven pareja ducal se encontraba a cierta distancia de su séquito y del personal, mirando hacia los cerros; podían creerse solos. Isabela seguía canturreando la melodía de la canción de danza; Carlos, que la miraba de soslayo de cuando en cuando, nunca la había visto tan saludable y satisfecha. Sus mejillas se habían teñido de un leve carmín y, además, había engordado algo, lo cual la favorecía.

Inicialmente Carlos había reaccionado con disparidad de sentimientos ante el anuncio de la llegada de su hijo; sentía ante eso más azoramiento y vergüenza que felicidad y orgullo: esto se debía sobre todo al hecho de que aún no conseguía pensar sin cierta turbación en la nueva relación entre Isabela y él. Había demasiadas cosas que no comprendía; tanto en su propio comportamiento como en el modo en que Isabela se le acercaba una y otra vez, quedaba un sinfín de cosas por explicar. Si bien era cierto que ya no experimentaba el rechazo de antaño hacia aquella muchacha altiva tantos años mayor que él, con la que se había desposado, persistía aún cierta desazón. Carlos no dejaba de ser consciente de que no estaba a la altura de las circunstancias, pero ignoraba en qué. Si comprendía que el amor era un asunto más complejo de lo que había pensado en un principio, cuando se dejaba guiar por lo que otros decían. Con Isabela no osaba hablar de aquello que le preocupaba; era la última persona a quien se hubiera dirigido.

Nunca había sospechado que pudiera resultar tan difícil abordar a alguien: ya fuera al encontrarse con ella en la gran sala, rodeada de su séquito y de invitados, o cuando lo esperaba en el lecho de colgaduras verdes, en toda circunstancia seguía siendo igualmente extraña: esquiva, susceptible, taciturna y desabrida. Solamente una vez había mostrado ternura espontáneamente, en la noche de la muerte de su madre.

Pero desde entonces ella había adoptado una actitud expectante que lo desconcertaba. ¿Qué esperaba de él? Carlos hacía todo lo posible por tratarla con

paciencia y cariño, procurando ser un buen marido y un amigo fiel. Estaba convencido de que amaba a su mujer; ni siquiera se le ocurría imaginarse que no fuera así. Habían sido entregados el uno al otro, por lo que debían amarse y respetarse; a Carlos todo esto le parecía lo más natural. Cuando Isabela se apartaba de él con un suspiro, cuando comenzaba a sollozar en la oscuridad, o durante el día pasaba junto a él esbozando una sonrisa de triste resignación, a menudo él se sentía culpable y abatido; en Blois jamás había reinado entre ellos un entendimiento realmente bueno.

Ahora, entre la hierba olorosa de Olivet, descubrieron algo que nunca habían experimentado antes: la facultad de hablarse en tono confidencial, entre leves bromas, con una sensación de satisfacción y bienestar. Carlos mordía pensativo una brizna de hierba; probaba el sabor fresco y amargo de la savia. Vio cómo un pequeño insecto verde y transparente trepaba por los profundos pliegues de la túnica de Isabela. Tras capturarlo, lo alejó de un soplo. Isabela le puso su corona de flores, riendo. Tendidos el uno junto al otro, hablaban de todos aquellos temas que habían rehuido escrupulosamente hasta la fecha: deliberaban sobre los nombres que le pondrían a su hijo si era niño o sí era una, hablaban de las invitaciones al banquete y la ceremonia bautismal, y de los debidos festejos y regalos. Isabela quería encargar en Paris un lecho ceremonial; sabía con todo detalle cómo tenía que ser: el dosel, con las figuras de los apóstoles bordadas en hilo de oro sobre fondo verde, y las colgaduras, de cendal verde. Mientras hablaba, Carlos contemplaba su mano derecha, con la que gesticulaba indicando cómo se lo imaginaba. Veía las venas azuladas de su fina muñeca; a menudo sus manos le habían parecido tan frágiles y delicadas como las de una enferma. Lleno de asombro escuchaba aquel torrente de palabras; no sabía que las fantasías sobre este tipo de temas habían consumido durante años el único consuelo de Isabela.

—También quiero mantos nuevos —decía la joven duquesa resueltamente—. Después del bautizo abandonaremos el luto, ¿verdad? Tú debes encargar guantes, Carlos, y también capas. Hace más de un año que no has tenido nada nuevo, la ropa se te está quedando pequeña.

—Es cierto. —Carlos se reía de su tono mandón: era así como solía hablarle la dama de Maucouvent, cuando aún era niño—. Es preferible que tú arregles esas cosas por mí. Yo tengo pensado comprar caballos de silla y halcones; en la primavera iremos de caza a Montils, Isabela.

Isabela le dirigió una mirada rápida; sus ojos se iluminaron.

—¿De veras? —preguntó quedamente—. ¿Abandonaremos Blois?

Aborrezco tanto Blois, Carlos… Es un Lugar muy oscuro y frío, y allí no hemos vivido más que desgracias. Todos estos años hemos vivido como en estado de guerra, como si nos asediaran y persiguieran. No quiero seguir vistiendo de negro: ya he llevado bastante luto.

—Sí, no hemos tenido muchas ocasiones que festejar —observó Carlos, rozando

con el dedo los bordados de oro de las mangas de Isabela—. Pero eso va a cambiar a partir de ahora, creo yo. No tengo ganas de que monseñor de Borgoña me imponga una guerra… o aquello que él denomina, Primero pensé pagarle argucia con argucia, mentira con mentira, pero ¿qué adelantamos con ello? De cualquier forma, el de Borgoña hace su voluntad y a mí poco me importa: no ambiciono obtener poder en el extranjero ni manejar al gobierno de Paris.

—Pero le prometiste a tu madre… —comenzó Isabela vacilante; Calos suspiró y descansó el rostro en los pliegues de su vestido.

—Acabaré consiguiendo que el rey acceda a mis demandas —dijo—. Creo que es preferible que sea él quien castigue al de Borgoña, y no yo.

—No era eso lo que decías cuando regresaste de Chartres. —Isabela rozó la cabeza de su marido con las yemas de los dedos—. ¿No cambias tú muy pronto de parecer? —Carlos rió avergonzado.

—¿Vas a comenzar a sermonearme tú también? —preguntó en voz baja—. No pienses que soy demasiado cobarde para pelear. Lo que ocurre es que no siento deseos de ejercer una autoridad que no me corresponde. Es al gobierno a quien compete castigar al duque de Borgoña. Y el de Borgoña está deseando habérselas conmigo y con mis hermanos. Comprenderás que para él sería la manera más sencilla de conseguir lo que se propone. Pero no le daré ese placer. Si ahora quiere Luchar conmigo, tendrá que violar el pacto que sellamos en Chartres: pero en ese caso quedaría él como perturbador de la paz, como tramposo, y eso le haría perder el favor del rey.

—Carlos —dijo Isabela de pronto—, intenta mantener buenas relaciones con mi madre, la reina. Si ella está de tu parte, habrás ganado mucho. Y hazme caso. Obra con juicio e intenta que se te restituyan las tierras que te quitaron en su momento…, o pide una compensación. Es tu legítimo derecho.

—Es cierto. —Carlos se incorporó con un profundo suspiro—. No sé, pero no me apetece hablar ahora de esas cosas. Hace un tiempo tan espléndido… Mira, hasta la estación se ha despojado de su manto de invierno para ornarse de verde, oro y azul.

Calló al ver que Isabela había vuelto su rostro hacia él, sorprendida.

—Qué hermosa frase —dijo—. Despojémonos nosotros también de nuestros mantos de duelo, siguiendo el ejemplo de la estación, y ataviémonos de oro, verde y azul, como para un baile. —Comenzó a canturrear de nuevo, pero Carlos vio que sus ojos se habían inundado de lágrimas. Tomó su mano en la suya y levantó la mirada. Las golondrinas surcaban el luminoso cielo, el sol titilaba en las ondas de la corriente, y el mundo seguía ornándose por momentos con nuevo verdor, con nuevas flores.

Carlos e Isabela no permanecieron en Melun por mucho tiempo. El rey no estaba en condiciones de recibirlos; pasaba sus días en una torre del castillo especialmente vigilada, atendido por Odette de Champdivers.

Isabel estaba contrariada; las noticias procedentes de París no eran de su agrado. El de Borgoña, convencido, al parecer, de que debía volver a granjearse las simpatías de los parisinos, había ordenado que se investigara el uso que hacían los funcionarios al servicio del rey de las cantidades que les eran asignadas. Isabel sabía perfectamente lo que sacaría a la luz dicha investigación. No era nada infrecuente que los funcionarios de la administración real y del Tribunal de Cuentas se vieran obligados a realizar apaños, por el hecho de que la reina omitiera declarar pormenorizadamente lo que gastaba, o porque ésta exigiera más de lo que era prudente. En los últimos años, Isabel había comprado de todo sin reparar en gastos: tierras, objetos de valor, muebles y joyas. El gobierno estaba demasiado ocupado con otros asuntos.

A los funcionarios en cuestión sólo se les pedía que las cuentas cuadraran en apariencia. A la reina no le hacia ninguna gracia que el de Borgoña escarbara en el asunto. Temía que la mayor parte de las irregularidades que salieran a la luz apuntaran hacia su propio proceder.

Tan ocupada la tenían sus sentimientos de disgusto y ansiedad, que apenas si prestó atención a la visita de su hija y su yerno. A los jóvenes esposos no les pesó; al cabo de unas semanas se trasladaron a Montereau, castillo en las cercanías de Melun que pertenecía a Carlos.

Se proponían pasar allí los meses de verano, pese a las advertencias del de Bracquemont, para quien la escolta armada era demasiado exigua como para poder defender el castillo en caso de emergencia. Con cierta desgana, Carlos e Isabela hubieron de regresar a Blois en el mes de julio. Tras la alegre despreocupación del inicio del verano, la vida dentro de los muros de Blois se les hizo doblemente dura; aunque fuera ardía el sol en los tejados de las casas y en los campos circundantes, Isabela tiritaba en sus aposentos: dentro del castillo siempre hacía frío.

Ni siquiera la llegada del lecho ceremonial procedente de Paris consiguió alegrar a la joven duquesa.

En la tarde del día diez de septiembre, dos mujeres del séquito de Isabela anunciaron a Carlos que la señora de Orléans se había sentido repentinamente indispuesta, por lo que ya la habían conducido a la sala de alumbramientos. Carlos permaneció a la espera, acompañado por Felipe. Cayó la tarde y llegó la noche; para matar el tiempo, jugaron al ajedrez hasta la medianoche, pasada la cual Carlos mandó a un paje a los aposentos de su mujer. El muchacho regresó rápidamente; les comunicó que, según los médicos, el alumbramiento aún no se produciría hasta pasadas varias horas, pero omitió lo que había oído cuchichear a las damas de honor: que el estado de la joven duquesa era preocupante y que tendría que luchar con denuedo por su propia vida y por la de la criatura. Ajeno a todo esto, Carlos permaneció en vela toda la noche; tras mandar a Felipe que se acostara, se quedó solo, leyendo a la luz de una vela. Las horas trascurrían con lentitud; en una estancia contigua oía a un paje que hablaba quedamente con un centinela. De cuando en

cuando el sonido de un perro ladrándole a la luna rompía el silencio que reinaba en Blois.

Hacia el amanecer, Carlos no pudo resistir por más tiempo; ya no conseguía centrarse en las narraciones del pergamino que tenía delante. Tomando el candelero, salió de puntillas de la habitación por una puerta lateral. La etiqueta prohibía que el marido se acercara a los aposentos de la parturienta durante el alumbramiento; si deseaba tener noticias, debía mandar a un mensajero. Jamás había dudado Carlos de lo acertado de semejantes disposiciones; pero ahora tanto misterio le parecía irritante y estúpido. La primera antecámara estaba vacía. En la segunda se encontraban arrodilladas las damas de honor y doncellas de Isabela; rezaban en voz alta, pidiendo ayuda y auxilio para su señora. La dama de Travercin, dama de compañía de Isabela, se acercó rápidamente a Carlos, asustada; sus ojos estaban enrojecidos de tanto sollozar.

—Por amor de Dios, monseñor —musitó—. No os está permitido venir aquí.

—Quiero saber cómo se encuentra mi mujer —repuso Carlos; no estaba dispuesto a que le mandaran marcharse sin más. No fue preciso que la dama de honor diera más explicaciones: detrás de las puertas cerradas de la sala de alumbramientos se oyeron de pronto unos gritos roncos que llenaron a Carlos de un profundo espanto.

—Monseñor, monseñor, ¿queréis hacer el favor de marcharos? —La dama de Travercin no sabía qué hacer—. El partero y los médicos están con la duquesa. Hacen lo que pueden, monseñor, pero la señora de Orléans está atravesando un trance muy laborioso. No sabemos en qué acabará todo.

Las palabras de la dama de honor siguieron resonando en los Oídos de Carlos mucho tiempo después de haber regresado a sus propios aposentos. No conseguía estarse quieto; andaba de un lado a otro, abría el postigo de una ventana, miraba al exterior; en el horizonte se divisaba ya una línea gris que anunciaba la aurora, y los gallos cantaban en Blois y en la lejanía, en los cortijos del campo. En algún lugar comenzó a repicar una campana; aquel sonido volvió a recordarle al joven lo que estaba sucediendo en otra parte del castillo, detrás de una puerta cerrada; huyó a la capilla del patio de Blois. En los candelabros dorados del altar ardían varias velas; en la penumbra del amanecer, el altar iluminado parecía una isla de paz y seguridad.

Aún mucho después de que el sol hubiera salido, permanecía arrodillado; Felipe apareció a su lado.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Carlos en un susurro; pero su hermano sacudió la cabeza sin responder. «¿Por qué tiene ella que sufrir tanto?», pensaba Carlos, recitando maquinalmente todas las plegarias que le parecían apropiadas para la ocasión.

A medida que transcurría el día, le fue invadiendo la duda: ¿era aquél el castigo por no haber cumplido la promesa que le había hecho a su madre? ¿Tenía que expiar Isabela su indecisión, su poca voluntad de combatir a su enemigo capital a sangre y fuego? ¿Era aquélla una señal divina y podría tal vez liberar a Isabela de su

sufrimiento jurando nuevamente, esta vez por todo lo que le era sagrado, que no intentaría sustraerse al destino que le estaba reservado?

—*Vota mea Domino reddam* —oró Carlos, alzando la voz—, cumpliré mis promesas para con el Señor. —Felipe lo contemplaba asustado y sorprendido, y le tocó el brazo, pero Carlos se enjugó el sudor del rostro y salió apresuradamente de la capilla. En el patio se encontró con uno de los médicos, quien le comunicó que el alumbramiento no había avanzado mucho; sin embargo, monseñor no debía desesperar, aunque todavía se demorara varias horas.

Aún hubieron de transcurrir otras veinticuatro horas antes de que doña Isabela acabara por traer al mundo a una niña, en la tarde del doce de septiembre de 1409. La pequeña estaba sana y bien formada, pero su nacimiento costó la vida a la joven madre. Los médicos y las mujeres que la asistían contemplaron impotentes cómo la duquesa de Orléans se desangraba entre sus manos.

Entre resplandor de cirios y doblar de campanas fue enterrada Isabela en la iglesia de Saint-Sauveur, junto al lugar donde se había dado sepultura a Valentina hacia menos de un año. Sin derramar una lágrima, sin proferir una palabra, inmóvil, asistió Carlos a todas las ceremonias. Luego regresó al castillo; en la gran sala escuchó las manifestaciones de duelo y condolencia y dio varias órdenes relacionadas con el inesperado y luctuoso suceso. Pidió al de Bracquemont que enviara emisarios a Saint-Pol y a los parientes de la realeza en toda Francia. Más tarde entró un instante en la sala de alumbramientos; en medio de la estancia se hallaba el hermoso lecho ceremonial, completamente preparado, sin utilizar. Las mujeres le mostraron a su hijita Juana; éste era el nombre que habían elegido Carlos e Isabela en la soleada pradera junto a Olivet, en recuerdo de la abuela de ambos, la esposa de Carlos el Sabio.

Carlos contemplaba a la lactante, silencioso y asombrado; no sentía nada hacia aquel pequeño ser, tan encarnado, desnutrido e indefenso como las lombrices que aparecen cuando las lluvias de primavera remueven la tierra. La dama de Travercin condujo a Carlos hacia un rincón de la estancia, donde, encima de unos arcones, estaban expuestos los hermosos mantos bordados que Isabela hubiera querido vestir pasado el puerperio.

—¿Qué queréis que hagamos con esto, monseñor? —susurró la dama de honor. Carlos contemplaba aquella inútil ostentación: oro sobre fondo verde, plata sobre fondo violeta.

—Regaladlos en mi nombre a los clérigos de Saint-Sauveur —dijo al cabo de un rato, apartando la vista—. Que los conviertan en casullas y dalmáticas. ¿Tendríais también la bondad de transmitirme los nombres de todas las mujeres y doncellas que hayan servido a la señora de Orléans? Haré que les paguen anualidades y rentas vitalicias.

La dama de Travercin hizo una reverencia; hubiera deseado plantear objeciones, aconsejar otras medidas, pero el tono de voz de monseñor y la expresión de su

semblante la hicieron callar. Carlos abandonó la sala de alumbramientos. Su hijita comenzó a llorar a gritos, con voz fina pero penetrante; él apresuró el paso, con la cabeza gacha, como si estuviera muerto de cansancio.

En el mes de febrero del año 1410, Carlos se dirigió, con gran acompañamiento de hombres armados, al castillo de Gien-sur-Loire; había señalado este sitio como lugar de encuentro para los caballeros de alcurnia y sus vasallos que se habían declarado dispuestos a servir la causa de Orléans. Las inmediaciones de la fortaleza parecían un campamento: se habían montado numerosas tiendas en el campo, y se habían desalojado casas y cortijos para que sirvieran de alojamiento a los guerreros y de establos a las caballerías. Los campesinos que habitaban la región habían sido expulsados de sus casas y tierras o habían huido; el ganado y las reservas de vino y grano que habían dejado atrás, servían de alimento para los soldados, siempre hambrientos. Entre las tiendas y los campamentos había profusión de gascones, bretones provenzales; en su mayoría se trataba de gentes rudas e insolentes, difíciles de contener, poco fiables, propensas a saquear e incendiar y, en los combates, de una crueldad realmente aterradora.

Carlos tuvo sobrada ocasión de contemplar aquellas tropas mientras atravesaba los campos, camino de Gien, en la gélida y brumosa mañana del veinticuatro de febrero; sabía que la mayoría de los hombres allí reunidos estaba al servicio de su nuevo aliado, el conde de Armañac, con quien había negociado desde octubre del año anterior a través de cartas y emisarios. Los capitanes De Bracquemont y De Villars solían decir que a un general se le conoce por la apariencia y la conducta de sus guerreros; si esto era cierto —pensaba Carlos—, no cabía esperar nada bueno de su encuentro con Bernardo de Armañac. Los soldados que se alineaban al borde de los caminos para ver cómo los hombres del de Orléans se dirigían hacia Gien, ofrecían una impresión de suciedad y abandono. Su peculiar vestimenta se componía de piezas de viejas armaduras, correajes desgastados, mantos y cotas, que ofrecían una impresión andrajosa. Permanecían de pie, en actitud descarada o indiferente, delante de las casas que habían requisado; algunos vagaban en grupos por el campo, intentando cazar algún ave, otros permanecían acuclillados alrededor de grandes hogueras encendidas acá y acullá entre las cabañas y las riendas.

El camino hacia Gien era poco transitable; los caballos se lastimaban las patas con las costras cortantes de fango helado o resbalaban en los charcos recubiertos de una fina capa de hielo. Una niebla fría y punzante flotaba por encima de la campiña, quitando toda visibilidad.

Carlos, que cabalgaba a la cabeza de su escolta lenta y silenciosa, se creía un viajero en el averno que describe Virgilio: la zona fronteriza del infierno, oscura y brumosa, poblada de sombras vagas, a las que era preferible no importunar. Carlos cerró los ojos y encogió la cabeza entre los hombros; de este modo, el cuello de la

capa le rozaba el borde del gorro, lo cual al menos le daba una sensación de protección contra el frío húmedo y penetrante.

Tras la muerte de Isabela, no había vuelto a intentar rehuir el destino que parecía estarle reservado; con obstinada resignación había reanudado sus actividades, mientras sus capitanes De Bracquemont y De Villars lo observaban inicialmente con recelo y, luego, con creciente satisfacción: se reforzó la guarnición, se convocó de nuevo a los vasallos y sus soldados, que ya habían sido enviados a sus casas, y se enviaron emisarios a sus aliados, los duques de Bretaña y Alenon. Tras haber desaparecido del castillo de Blois el cortejo de Isabela, y su séquito de doncellas y criadas; tras haber regalado sus vestidos y haber guardado sus joyas y fruslerías y haber recogido apresuradamente las chinelas que ella calzaba por las mañanas y que aún estaban bajo el lecho matrimonial, a fin de que la visión de aquellas zapatillas rojas no causaran pena a monseñor; una vez eliminado todo lo que pudiera recordar la breve existencia de la joven duquesa de Orléans, Blois se parecía más que nunca a una fortaleza, a un cuartel. Los patios y edificios anexos eran un hervidero de hombres de armas, arqueros y soldados; en el castillo se había alojado a los nobles de los dominios de Orléans.

Sólo en una serie de dependencias del ala sur del castillo se alojaban aun varias mujeres: la anciana dama de Maucouvent y varias criadas contratadas para cuidar de las jovencísimas infantas de Orléans: doña Margarita, hermana de Carlos, de tres años de edad, y doña Juana, su hija. Vivían allí como en un mundo propio, separado del fragor de las armas y las conversaciones masculinas; aquellas dos niñas de corta edad a las que apenas se prestaba atención no desempeñaban ningún papel digno de importancia en aquel drama de venganza y rencillas familiares.

La muerte de Isabela había llenado a Carlos de amarga sorpresa, más que de tristeza; apesadumbrado, se preguntaba si sería así toda su vida: un largo caminar, sin más respiros que el duelo y las calamidades.

Entre los documentos que habían pertenecido a su padre, había encontrado un poema; recordaba que en su momento Herbelin, el juglar, había puesto música a aquellos versos. Era la canción en la que se describía el Bosque de la Larga Espera, la floresta que se asemeja a un laberinto; en medio de los peligros y sobresaltos de la vida, el hombre se extravía; anda errante y busca, mas no encuentra la salida. De niño, Carlos no había comprendido aquella imagen; ahora en cambio le impresionaba lo acertado del símil así como la manera de expresarlo. Los versos le parecían armoniosos: despertaban en él una sensación inefable que, aunque reconfortante, le causaba un profundo dolor y desasosiego. A menudo repetía para sus adentros o en voz baja el principio de la canción. Ni él mismo sabía por qué lo hacía, pero le causaba una peculiar delectación, como si en algún rincón de su corazón algo llamara a la puerta pidiendo entrar, sin que él supiera qué era…

En la forest de Longue Attente

Chevauchant par divers sentiers…[10]

Por otra parte, tampoco tenía mucho tiempo para entregarse a semejantes especulaciones; junto con sus capitanes volvió a reunir el ejército que se había convocado tras la muerte de su padre. También tenía que escribir numerosas cartas a los señores de los dominios de Coucy y Luxemburgo; había que recordarles sus promesas de lealtad y de apoyo efectivo en caso de necesidad. En enero Carlos recibió ayuda de quien jamás lo hubiera esperado: los duques de Berry y de Borbón le escribieron para comunicarle detalladamente que habían roto toda relación con el de Borgoña y que estaban dispuestos a apoyar la causa de Orléans. Ahora que se les daba a entender tan abiertamente que era preferible que se retiraran del Consejo y de los asuntos de gobierno, se sentían tanto más llamados a ofrecer sus consejos. La actitud insultante e indiferente del de Borgoña provocaba la ira de ambos ancianos; sin embargo, hubieron de ceder. Sobre todo el de Berry se sentía incitado a pasar de nuevo a la acción, de resultas de las ofensas recibidas. Era de él de quien había partido la idea de buscar el acercamiento al joven de Orléans, quien jamás podría convertirse en adversario del de Borgoña sin ayuda experta.

—Él es demasiado joven y nosotros demasiado viejos para reclutar y capitanear ejércitos —le decía el de Berry al de Borbón, durante una de las innumerables conversaciones que mantuvieron a raíz de su destitución. Envueltos en pieles y terciopelo, se encontraban sentados frente a frente junto al fuego del hogar en una de las salas del Hotel de Nesle, aquellos dos ancianos gotosos y corpulentos. El de Borbón, que empezaba a dar muestras de cierto atontamiento y apatía, apenas hablaba; el de Berry, tanto más. Sus ojillos penetrantes brillaban, y sus manos cargadas de joyas no descansaban ni un segundo—. Nosotros poseemos la experiencia y la capacidad de ayudar a ese muchacho a entablar buenas relaciones con personas que puedan resultarle de utilidad. Él aportará el nombre de Orléans y el motivo de las hostilidades. Lo que necesitamos ahora son varios individuos que sepan pelear y una retahíla de nombres de resonancia para dar cuerpo a toda la empresa.

El de Berry no sólo se limitó a hablar; merced a su intervención, el conde de Clermont, hijo del duque de Borbón, y el condestable D’Albret se declararon dispuestos a apoyar al de Orléans en su lucha contra el de Borgoña. Aún más valiosa resultó la adhesión del yerno del de Berry, Bernardo de Armañac; el de Berry se felicitaba por su habilidad al haber conseguido ganarse precisamente a aquel gascón para la causa de su sobrino. Los condes de Armañac y sus tropas eran temidos por doquier, y merecidamente; desde hacía más de medio siglo servían como mercenarios, tanto en Francia como en otros lugares, a todo aquel que pagara bien y no fuera demasiado escrupuloso en cuanto a los medios empleados para conseguir su objetivo. Veinte años antes, los gascones habían luchado al servicio de Florencia; sin demasiados escrúpulos de conciencia se habían pasado luego a las tropas de Gian Galeazzo y Luis de Orléans. Finalmente habían sido ellos quienes, bajo el mando de

su capitán De Chassenage, habían obligado a Savona y muchas otras ciudades a rendirse a Francia.

Bernardo de Armañac presto un oído solícito al llamamiento del de Berry; el ofrecimiento de convertirse en eje y fuerza motriz del ejército de Orléans le atraía por varias razones. Si bien su estirpe pertenecía a las más antiguas y poderosas del reino, el conde de Armañac gozaba de escasa estima; los miembros de la casa real lo consideraban como un bandido, un aventurero, el jefe de una horda de salvajes dedicados al pillaje. Jamás se había presentado en la corte; sus iguales en rango lo rehuían. Cuando no luchaba en el extranjero, se encontraba en alguna de sus fortalezas de Armañac, rodeado siempre y en todo lugar por su horda de soldados. Aunque el de Armañac a menudo hacía alarde de que no le interesaba en absoluto mantener buenas relaciones con sus iguales, en el fondo se sentía un proscrito. La propuesta que le había hecho el de Berry le ofrecía una oportunidad de afianzarse en círculos que le habían estado vedados hasta entonces; era su deseo asentarse para siempre en aquel mundo de gente poderosa.

Cuando el joven de Orléans le rogó en una carta de su puño y letra que se reuniera con él en Gien-sur-Loire, no lo dudó ni un momento.

Al frente de un ejército cada vez más numeroso se dirigió al lugar de encuentro; en las filas que le seguían podían verse jinetes bien equipados y matones armados hasta los dientes —en su mayoría soldados que llevaban ya veinte años o más al servicio del de Armañac—, pero también una horda de aventureros sedientos de saqueos y crímenes, vagabundos, delincuentes evadidos y mozos bien plantados que preferían cualquier cosa antes que manejar el arado. Como una plaga de Egipto atravesaban el país, dejando tras de sí un rastro de granjas destruidas, graneros saqueados y despojos de cabezas de ganado sacrificadas. Finalmente llegó Bernardo de Armañac a Gien; allí se encontró con los duques de Berry, Borbón, Bretaña y Alenon y con el conde de Clermont. Sólo restaba esperar la venida de Carlos de Orléans. En la mañana del día veintisiete de febrero llegó a Gien un emisario con la noticia de que se acercaba monseñor, y que antes de la hora del almuerzo estaría en el castillo.

—¡Yo digo que hay que pelear! —Apoyando las palmas de las manos sobre la mesa, Bernardo de Armañac recorría con la mirada al grupo de los aliados. Sus ojos de color castaño amarillento brillaban en su rostro curtido, lleno de surcos y cicatrices, un rostro como tallado en madera, de altos pómulos y mandíbula pesada. Destacaba entre sus compañeros de mesa como un gigante, por su gran estatura y corpulencia, y su complexión más recia que la de los demás. No se preocupaba de su aspecto ni de sus modales: sus cabellos gruesos y grisáceos le colgaban por los hombros, y vestía un jubón de cuero manchado, botas desgastadas y una sobrevesta en la que los leones rampantes de Armañac aparecían ya desvaídos. Despedía un

fuerte olor a heno, perros y caballos, a humo y sudor. El de Berry lo comparaba a una fiera: aquellos ojos de un amarillo intenso, aquellas muñecas peludas y aquellos colmillos afilados apenas si parecían humanos.

Los caballeros se hallaban en una de las habitaciones vacías del castillo de Gien. La fortaleza rara vez estaba habitada y se encontraba en un estado de abandono; los muebles y tapices que Carlos había mandado traer desde Blois no conseguían conferir un aspecto más acogedor a las estancias sombrías e inhóspitas, expuestas a un frío extremado y a las corrientes de aire. Los aliados habían estado reunidos desde el almuerzo; el día brumoso había dado paso imperceptiblemente a la noche; desde hacía un buen rato ardían velas sobre la mesa. Inclinado hacia adelante, Bernardo de Armañac escrutaba uno a uno a los demás miembros del grupo: el anciano duque de Borbón, casi desdentado y de pelo blanco, que tiritaba envuelto en su capa; su suegro el duque de Berry, vehemente, agudo y emprendedor a pesar de su avanzada edad, ataviado como un pavo real; el joven duque de Orléans, que hablaba poco pero escuchaba con suma atención; el condestable D'Albret; el hijo del de Borbón, conde de Clermont, y los duques de Alenon y de Bretaña. Se habían examinado detenidamente los medios para provocar la caída del de Borgoña; el de Borbón, su hijo y el de Bretaña se declararon partidarios de una actuación indirecta, a través de un escrito firmado por todos y dirigido al rey, en el que se exigieran la reparación y la rehabilitación del de Orléans, así como el castigo y desconsuelo del de Borgoña. Para el de Berry y el condestable D'Albret, enviar una petición suponía una pérdida de tiempo; el rey no llegaría a leerla, y la reina y el Consejo la desestimarían o, en el mejor de los casos, darían largas al asunto mediante promesas vagas y evasivas. Bernardo de Armañac secundó ruidosamente al de Berry.

—¡Yo digo que hay que pelear! Es nuestra única oportunidad: hacer papilla al de Borgoña. A mí esto no me asusta, caballeros. Ya me he enfrentado con mis gascones a empresas más arduas. Además, nos encontramos en plena forma: hace más de tres años que luchamos incesantemente contra los ingleses que rondan los alrededores de Burdeos, y contra los bretones que simpatizan con ellos, en nuestras inmediaciones. Dadles a mis hombres la oportunidad de arremeter contra esos campesinos de Flandes: lo están deseando, caballeros, y por lo que a mí respecta… —Alzó las manos y las dejó caer de golpe sobre el tablero de la mesa—. He ofrecido aquí mis servicios y nunca hago las cosas a medias. —Miró hacia Carlos de Orléans, mientras sus labios parduscos y agrietados se contraían en una risa torcida—. A mí también me interesa personalmente el asunto —concluyó—: el de Navarra, aliado del de Borgoña, es enemigo capital mío tanto como vuestro, monseñor.

—Bueno, bueno —dijo el anciano duque de Borbón en tono impaciente—, eso de pelear está muy bien: pero el de Borgoña ocupa una posición sólida, y tiene amigos poderosos. Ha comprado a nuestro sobrino el de Anjou, Luis de Baviera lo apoya y la reina lo protege.

El de Berry se echó a reír con aquellas carcajadas socarronas y malévolas que

solía soltar cuando se mencionaba el nombre de Isabel.

—¡Bah! La reina —exclamó, aparentando indiferencia—. Algún día se llevará un chasco. Piensa que ha realizado una jugada maestra al confiar al delfín a la tutela del de Borgoña. Como todas las madres, tiene su orgullo y ese orgullo la ciega; cree dominar al delfín y, a través del delfín, al de Borgoña. Tarde o temprano lamentará tamaño desatino.

Por lo demás, comparto plenamente el parecer de mi estimado yerno el conde de Armañac: hemos de atacar al de Borgoña, monseñores.

—El de Orléans aún no ha dicho nada —observó el joven duque de Bretaña; por debajo de sus cejas negras y pobladas lanzó una mirada a Carlos, quien presidía la mesa—. Su voto es decisivo: somos tres contra tres.

El de Berry, quien desde hacía un buen rato observaba con fijeza a su sobrino nieto —¿por qué no hablaba el muchacho?, ¿qué pretendía hacer?—, tomó apresuradamente la palabra.

—La situación deplorable en que se encuentra el reino, monseñores, exige que pasemos a la acción, en lugar de enzarzarnos en negociaciones interminables. Todos nosotros estamos unidos al rey por los lazos de la sangre; todos nosotros le debemos lealtad y respeto.

Por eso también somos nosotros los primeros llamados a participar en la magna empresa que os propongo: luchar para derrotar a los enemigos del rey, luchar por el bien del reino. ¡Ésa es nuestra tarea, monseñores! Además, es nuestra obligación como hombres de honor defender el buen nombre de nuestro difunto sobrino y pariente, monseñor de Orléans.

—A mi juicio ésa es la cuestión primordial…, y el objeto de esta empresa —dijo el de Armañac, atajando así la verborrea del de Berry—. Por lo que a mí respecta, Orléans, he de confesarte que prefiero luchar por la rehabilitación del difunto monseñor de Orléans, tu padre, que por el rey o los parisinos. Conocí bien a tu padre. Al principio me parecía que se comportaba a menudo como un petimetre, como un señorito atildado sin demasiado carácter, pero a la postre hube de reconocer que sabía lo que hacía. También sabía manejar la espada si era preciso, y no tenía pelos en la lengua. ¡En todo el tiempo que peleé para el de Orléans en Italia, nunca tuve que esperar por la soldada ni por el reembolso de los gastos! —Arrojando el látigo sobre la mesa, se inclinó hacia donde estaba Carlos—. En muchos aspectos coincidíamos. Con él acordé también arremeter contra los ingleses, y con éxito, créeme. Los expulsé de más de sesenta pueblos, en los que jamás volvieron a poner los pies. Conmigo harás un buen negocio, amigo, deja que sea yo quien arregle para ti ese asunto con el de Borgoña.

—Hay que luchar, muchacho, luchar: no veo otro medio de conseguir el objetivo. —Le dio a Carlos, que estaba sentado a su lado, una palmada en el hombro. Luego cruzó los brazos y recorrió con ojos brillantes el grupo; se jactaba en secreto de ser el único hombre de verdad de toda aquella compañía de alcurnia. Los duques de Berry y

de Borbón eran dos ancianos; los de Alenon y de Clermont, dos personajes insignificantes; el condestable D'Albret y el duque de Bretaña, dos exaltados; y, por último, el joven de Orléans, casi un niño aún. El de Armañac daba por descontado que allí seria él el jefe; seguido y obedecido por los hombres de más alcurnia de Francia, podría ascender por un camino más empinado de lo que jamás hubiera osado emprender.

Ahora todas las miradas estaban centradas en Carlos de Orléans, quien, erguido en su sitial de honor, reflexionaba. Ya había visto y oído lo bastante para saber que ninguno de sus aliados obraba movido por el desinterés. Había tenido que comprar el apoyo del condestable D'Albret, como su padre antaño el del de Alenon. El duque de Bretaña quería jugar una mala pasada al de Navarra y al de Borgoña, y los de Borbón y de Clermont, quienes tenían pocas posibilidades de medrar bajo el dominio del de Borgoña, esperaban pasar de nuevo a un primer plano tras una victoria del partido de Orléans. El de Berry, por último, furioso por haber sido destituido, albergaba sentimientos aún más vengativos hacia la casa de Borgoña, a la que ya había odiado desde siempre; el anciano duque deseaba ajustar con el hijo las cuentas que habían quedado pendientes con el padre. En cuanto al de Armañac, Carlos había estado espiando al gascón durante las deliberaciones: le parecía un hombre astuto y cruel, que no dudaría en sacar partido de las circunstancias, si se declaraba la guerra entre el de Orléans y el de Borgoña.

Carlos temía perder la amistad de muchos de los partidarios de Orléans si elegía a aquella horda de gascones salvajes para defender su causa. Ya los capitanes De Bracquemont y De Villars se lo habían hecho ver y le habían advertido; lo que había visto con sus propios ojos camino de Cien, también le llenaba de preocupación. Sabía, sin embargo, que sería imposible excluir al de Armañac ahora que lo habían recibido y que le habían confiado los distintos proyectos. Era cuestión de pararle los pies, de impedir que impusiera su propia voluntad; no se le había escapado a Carlos que Bernardo de Armañac se creía dueño y señor de la situación. El muchacho era plenamente consciente de que debía proceder con gran habilidad si no quería verse despojado de su autoridad. Aún no sabía con certeza absoluta qué rumbo debía emprender, pero comprendía que tenía que hablar. Así pues, se levantó, colocando ambas manos sobre el borde de la mesa; para no dejarse confundir, evitaba mirar a aquellos rostros iluminados por la luz de las velas, fijando la vista en los escudos que colgaban en la pared frente a él.

—Creo —comenzó pausadamente y sin alzar demasiado la voz; el de Borbón se inclinó hacia adelante, acercando la mano al oído— que no debemos hacer ninguna de las dos cosas. Comparto la opinión de monseñor de Berry cuando afirma que una petición no nos servirá de nada; ya he podido comprobar anteriormente el curso que se les suele dar. Por otra parte, estimo que aún no ha llegado el momento de tomar las armas; no quiero luchar antes de haber realizado un último intento de convencer al rey para que haga justicia en este asunto. Propongo que marchemos con nuestros

soldados hacia París, que entreguemos al gobierno un manifiesto en el que exijamos el castigo y destierro del de Borgoña, y que ofrezcamos al rey nuestros servicios, donde y cuando él quiera, para combatir al de Borgoña, en caso de que éste se oponga a las medidas promulgadas por el rey. El hecho de que aparezcamos con tropas mostrará que estamos en estado de defensa y preparados para cualquier eventualidad. Quisiera saber qué os parece esta propuesta, monseñores.

El de Armañac mordía pensativo la empuñadura de su látigo, apretando los ojos: calculaba las posibilidades que le ofrecía una acción como la que proponía Carlos para imponer su voluntad por encima de todo. Finalmente dio un resoplido y, con gesto de asentimientos, arrojó el látigo sobre la mesa. El de Berry, que había estado observándolo con atención, no pudo reprimir una sonrisa de complacencia; también él asintió lentamente con la cabeza, dando su aprobación. El de Borbón cuchicheaba con su hijo; comoquiera que ambos tendían siempre al término medio, la propuesta les pareció excelente. El de Alenon se sentía secretamente aliviado, va que, igual que Carlos, temía que el comportamiento de los gascones no causara una impresión favorable.

El condestable D'Albret, viendo esfumarse sus esperanzas de gloria militar, pese a su disgusto no osó protestar. El duque de Bretaña jugueteaba con la empuñadura de su puñal, con la mirada baja.

A Carlos le sorprendió la buena voluntad de sus aliados al aceptar su propuesta; no se lo había esperado. Intentó averiguar cuáles podían ser los móviles que les impulsaban a proceder de este modo; en los últimos meses se había vuelto lo bastante desconfiado como para buscar una segunda intención tras cualquier consentimiento dado con excesiva facilidad. Sin embargo, no tuvo tiempo para reflexiones. El de Berry se levantó de su asiento para declarar que, tanto él como los demás, estaban totalmente de acuerdo con la solución aconsejada por monseñor de Orléans, cual nuevo Salomón. El de Armañac soltó una sonora carcajada, interrumpiendo al de Berry:

—Querido suegro, déjame hablar a mí por una vez. Soy el hombre que necesitas, Orléans, aunque ya desde ahora me atrevo a pronosticar que, tarde o temprano, todo esto acabará en una guerra. Deja que redacten ese manifiesto: pueden encargarse de ello esos dos obispos que ha traído monseñor de Berry. Y diles de paso que tengan preparadas tinta y plumas para redactar un segundo documento. Escucha, ¿por qué no ir al grano, ahora que estamos reunidos? —Desplazó su silla para mirar de frente al de Orléans, y apoyó los codos en sus rodillas extendidas, mientras golpeaba suavemente el asiento de Carlos con la empuñadura de su fusta—. En Armañac tenemos un dicho: ¡una alianza auténtica debe sellarse con una boda! Pues bien, ése es también mi parecer: una promesa de casamiento constituye un vínculo más sólido entre dos partidos que unas cuantas firmas o un sello. Tú eres viudo, Orléans, pero no pensarás permanecer para siempre en ese estado. —El de Berry tosía irritado, en son de aviso, pero el gascón, lejos de arredrarse, proseguía—: Creo que podemos hablar

de estas cosas con sentido práctico.

Estamos entre hombres. Mira, Orléans, yo tengo una hija. Quiero dártela por esposa, con una buena dote. Monseñor de Berry, su abuelo, aquí presente, se encargará de la dispensa. Así me lo ha prometido; y no me cabe la menor duda de que eso podrá arreglarse.

Al de Berry le dio tal acceso de tos que a punto estuvo de asfixiarse; hubo de taparse la boca con la manga. Había enrojecido de rabia y de vergüenza; jamás había visto a un charlatán más falto de tacto que su yerno. Nadie tenía por qué saber que había sido él quien le había sugerido al de Armañac aquella proposición de matrimonio. Carlos levantó la cabeza; su rostro revelaba sorpresa y desagrado. Estaba a punto de responder que no pensaba contraer nuevamente matrimonio, pero el de Armañac, adivinando la resistencia del joven de Orléans, prosiguió rápidamente, alzando aún más la voz:

—Mi hija Bonne solamente tiene once años de edad; no es preciso que la veas, si no lo deseas. Dicen que es una niña bonita, sana y alegre. ¿Qué más puedes pedir? Y vuelvo a repetir que la dote será generosa, con condiciones favorables de pago: pocos plazos de una gran cantidad cada vez.

—Os ruego que me disculpéis, monseñor —dijo Carlos, levantándose—, pero no me es posible acceder a Vuestra propuesta en este momento. Quisiera levantar la sesión por hoy. Mañana redactaré, con ayuda de mi canciller y los obispos de Bourges y de Nantes, el texto de la declaración que se enviará al rey en mi nombre y en el de todos los presentes. —Haciendo una reverencia, salió de la habitación.

—Eres un imbécil —le espetó el de Berry a media voz a Bernardo de Armañac. El gascón sonrió burlonamente y se despidió.

—Ya veremos. No pienso dejarlo escapar. Bueno, ¿pero dónde está aquí el comedor? Creo que deberíamos encaminarnos hacia allá, caballeros.

—Me gustaría saber cómo pretendes arreglar ahora esta cuestión.

—El de Berry salió detrás de su yerno, refunfuñando; al atravesar el umbral, se caló su capirote forrado de pieles. Los postigos delante de las troneras estaban en su mayoría medio apolillados o llenos de rendijas y grietas; por los pasillos soplaban gélidas corrientes de aire. El de Armañac, que lo precedía dando grandes zancadas, miró a su suegro por encima del hombros al resplandor de las antorchas empuñadas por criados que acudían presurosos para iluminar el camino de los señores hacia el comedor, el duque de Berry ofrecía el aspecto de un gnomo maligno, tal como se arrebujaba en su manto con los dedos engarabitados, cuajados de gemas resplandecientes. Aun en la sombra que arrojaba el capirote se percibía el brillo de sus ojos.

—El de Orléans es más pobre que las ratas —dijo el de Armañac, con ademán elocuente—. El pobre muchacho anda tan necesitado de dinero, que no puede rechazar mi ofrecimiento. Deja que se lo piense; acabará reconociendo que sólo puede reportarle ventajas. Vos mismo habéis dicho que el de Orléans aún es tan

moldeable como la cera; si es así, conseguiremos darle la forma que nos venga en gana, querido suegro.

Aunque se habían añadido mesas, a los maestresalas de Carlos les faltaba espacio para dar cabida a todos los miembros del séquito de los grandes señores. También en las estancias contiguas y en los pasillos había gente comiendo, sentada o de pie. Una vez que el vino hubo circulado varias veces, nadie se preocupaba ya de los buenos modales; Bernardo de Armañac había echado una pierna por encima del brazo de su asiento, mientras arrojaba huesos a sus seis o siete dogos, que andaban sueltos por la sala. Los gascones y provenzales llevaban la batuta: gritaban, cantaban a gritos y golpeaban las mesas con los cuchillos. Comoquiera que las comidas en su pobre patria eran bastante más frugales, los hombres del de Armañac no desaprovechaban la oportunidad de disfrutar de aquellos placeres terrenales.

Carlos, que jamás había visto nada semejante, se esforzaba por no dejar traslucir su asombro o desagrado; en Blois, sus guerreros, sometidos a la férrea disciplina de los capitanes y al ojo vigilante de su madre, siempre se habían comportado con una ejemplaridad monacal. Aquí podía ver lo que ocurría bajo el mando de aquellos que no conocían otra vida que no fuera la guerra y la aventura, que tomaban ávidamente lo que les traía cada nuevo día, y que carecían de vínculos y ataduras. Sus ojos y dientes relucían; eran los dueños de la situación: con sus gritos sofocaban las voces de los hombres que habían venido acompañando a los duques de Borbón, Berry, Alenon y Orléans, y que tampoco se quedaban atrás.

Por un momento Carlos se sintió tentado de perder a su vez la compostura; él también deseaba poder pillar una buena borrachera, gritar hasta quedar afónico, echar las piernas sobre la mesa, olvidar que llevaba el nombre de Orléans, que vestía de Luto y que cargaba con una pesadísima responsabilidad. Deseaba poder mostrarse eufórico y desvergonzado, soltar burlas e imprecaciones como en un delirio, y dar rienda suelta a la amargura que había ido acumulando, entregándose a diversiones salvajes. La sangre se le subió a la cabeza, mientras contemplaba la copa que tenía frente a él sobre la mesa. Pero al pronto recordó que, tras el banquete, aún quería deliberar en sus propios aposentos con su canciller, con los dos obispos y con el señor de Mornay, gobernador de Orléans. Comoquiera que ya los había citado, le pareció deshonroso abordar en estado de ebriedad una cuestión tan importante como el manifiesto para el rey. Así pues, procuró tomar distancia de todo lo que veía suceder a su alrededor; inclinándose hacia su tío abuelo el de Borbón, que comía su pastel con gesto ceñudo y adormilado, entabló conversación con él. Bernardo de Armañac aún le tenía reservada otra sorpresa. Cuando al término del banquete se sirvió el consabido postre —vino especiado—, el gascón gritó una orden a los hombres apostados junto a la puerta; entre vítores, dos palafreneros introdujeron en la sala un corcel negro como el azabache.

—Orléans —dijo el de Armañac, levantándose—, te ruego que aceptes este animal como regalo: es un caballo de batalla, criado en mis propias cuadras. Tal vez éste te parezca un obsequio más apropiado para sellar nuestra alianza.

Carlos se acercó a contemplar el corcel; hacía mucho que no veía una montura tan hermosa. Su piel relucía como la seda, y se mantenía firme y majestuoso sobre sus patas musculosas. Los palafreneros lo contenían a duras penas, ya que coceaba furiosamente, levantando en todas direcciones la paja con que estaba recubierto el suelo de la sala.

Despedía nubecillas de vapor por los ollares, sacudía la cabeza y al resoplar mostraba una dentadura perfecta. Carlos le dio unas palmadas en los flancos y le ofreció azúcar. Le apetecía quedarse con el caballo, pero no conseguía apartar de si la idea de que el de Armañac intentaba engañarlo de alguna manera.

Deseaba poder averiguar qué se ocultaba tras aquellos penetrantes ojos amarillentos y aquel proceder ruidoso, y qué pensamientos cruzaban aquella cabeza. Agradeció al de Armañac el obsequio; mientras se llevaban el caballo, el gascón dedicó un brindis a la salud del de Orléans. Siguiendo una antigua costumbre, arrojó su copa por encima del hombro contra la pared, acercándose luego a Carlos para abrazarlo. Los palafreneros, que habían entregado el caballo a los mozos de cuadra junto a la entrada de la sala, permanecían ahora en actitud expectante, mirando hacia la mesa principesca. Carlos comprendió lo que se esperaba de él: debía recompensar a aquellos hombres. Se había hecho un silencio en la sala; todos lo miraban. En su propia mesa, a su alrededor, veía miradas indiferentes, divertidas o impacientes. Era algo que un príncipe jamás debía olvidar: que la capacidad de repartir dinero espontáneamente, con naturalidad, sin mostrar excesiva indiferencia pero tampoco demasiada prodigalidad, debía ser propia de todo noble, si no de manera innata, cuando menos como fruto de una esmerada educación. La manera en que una persona cumplía con esta obligación de honor decía mucho de su carácter y de su desenvoltura.

Irritado ante su propio descuido, Carlos echó mano a la bolsa de dinero que le colgaba del cinto. Mientras aflojaba el cordón, hacia rápidos cálculos mentales. Sabía que, aparte de varias piezas de plata, sólo le quedaban en la bolsa un par de monedas de oro de gran valor. Era prácticamente todo cuanto poseía; para poder costear los gastos de aquel viaje y agasajar a los aliados, ya había tenido que vender libros y utensilios de mesa. No podía darles las monedas de plata: era poco dinero. Tampoco podía entregar un solo doblón de oro para ambos hombres; la costumbre exigía que se diera una gratificación a cada uno. No le quedaba otra opción. Tomando las dos pesadas monedas de oro de su bolsa, las arrojó en los gorros que se apresuraron a tenderle los palafreneros. Su acción suscitó un murmullo de aprobación acompañado de vítores. Sobre todo los hombres del de Armañac estaban satisfechos; veían en aquel gesto espléndido una muestra palpable de respeto hacia su señor. Éste, sin embargo, reía solapadamente; sospechaba que el joven duque de Orléans

prácticamente se había arruinado por dar una propina un tanto generosa a dos mozos de cuadra.

Hallábase Carlos solo, sentado en la estancia alta del torreón de Gien, donde durante una semana había estado reuniéndose casi a diario con sus consejeros. Ante sí reposaba sobre la mesa, aún sin desenrollar, el pergamino en el que se había escrito el manifiesto al rey en grandes letras uniformes. Maese Garbet, quien también había venido a Gien en calidad de secretario del duque de Orléans y que era un experto calígrafo, había estado trabajando durante dos días y dos noches en su elaboración. Carlos paseó la mirada por los renglones asintiendo con gesto de aprobación, mientras se mordía el pulgar. Leyó a media voz el final de la declaración: «Por ende, os suplicamos humildemente, poderoso y soberano señor, que os plazca tomar en consideración nuestras propuestas y haceros cargo de los objetivos que perseguimos, a saber: rehabilitar a Vuestra Soberana Majestad conforme a la dignidad que le corresponde. Os rogamos, además, que nos permitáis luchar en vuestro nombre por el mantenimiento de la libertad y la justicia en vuestro reino; en primer lugar, para mayor gloria de Dios; en segundo lugar, en honor vuestro, y, finalmente, en bien de vuestros súbditos. Que todos vuestros fieles y devotos vasallos, así como todos los que os quieren bien, se unan a esta aspiración, es el sincero deseo de». A continuación debían figurar las firmas de los nobles señores de Orléans, Berry, Borbón, Clermont, Alenon y Bretaña.

Mientras Carlos permanecía inclinado sobre el documento, se descorrió tras él la antepuerta de cuero. Sin necesidad de volverse, el joven ya supo quiénes habían entrado en la estancia: percibió un olor a almizcle, oyó el crujir de las mallas y los golpecitos de una fusta contra unas botas de montar.

—¿No queréis tomar asiento, monseñores? —preguntó Carlos, apartando el manifiesto. El duque de Berry y el conde de Armañac lo saludaron y se sentaron juntos en un banco situado en un pabellón de colgaduras verdes. El de Armañac venía de una cacería; para matar el aburrimiento, se había dedicado a cazar patos y liebres, acompañado de varios nobles, en los campos que circundaban Cien—. Caballeros, el documento está listo —dijo Carlos con satisfacción; en su opinión, el manifiesto estaba bien redactado y primorosamente caligrafiado. Su labor lo llenaba de orgullo. No en vano había permanecido en vela noches enteras, cavilando sobre el correcto empleo de alguna palabra y la elección de determinadas expresiones—. Espero que esta misma noche podamos firmarlo todos.

—Sobrino —dijo el de Berry de improviso—, mi yerno el conde de Armañac y yo consideramos que es nuestro deber advertirte. Nos hemos enterado por fuentes muy fidedignas que monseñor de Bretaña probablemente no firme el manifiesto con los demás.

Carlos, que se dirigía al asiento en el que se sentaba habitualmente, se detuvo

junto a la ventana.

—¿Por qué no? —preguntó rápidamente, con recelo; escrutaba los semblantes de sus interlocutores, ocultos en la sombra del dosel—. ¿Qué queréis decir con eso?

El de Armañac se disponía a decir algo, pero el de Berry prosiguió apresuradamente:

—El de Borgoña ha ofrecido a monseñor de Bretaña, supuestamente en nombre del rey, veinte mil escudos de oro, en caso de que se declare dispuesto a pasarse a su bando junto con todos sus hombres.

—Sí, pero… —empezó a decir Carlos con vehemencia.

El de Berry, sin embargo, levantó los brazos para tranquilizarlo, añadiendo:

—Entendámonos, siempre cabe la posibilidad de que no quiera venderse al de Borgoña por esa cantidad. Pero el de Bretaña tiene importantes deudas, y las desavenencias con su madre no le benefician; sabe que no ha de esperar ayuda de ese lado. No tiene con qué pagar a sus soldados.

—En resumidas cuentas —dijo el de Armañac—: quien ayude al de Bretaña a pagar a sus soldados y saldar sus deudas, lo tendrá en sus manos.

El de Berry hizo un ademán vehemente, dirigiéndose de nuevo a Carlos:

—Durante los días de ayer y hoy, el de Bretaña ha estado negociando con emisarios del de Borgoña, a varias millas de Cien. Tal vez puedas sacar partido de esta información, sobrino. Si le hicieras una oferta similar, aún estarías a tiempo de evitar la pérdida de un importante aliado.

Carlos se volvió para mirar por los pequeños cristales de la ventana, abombados y de color verdoso. A través del vidrio grueso y turbio veía manchas, parecidas a las sombras vagas que se perciben cuando se abren los ojos bajo el agua. Comprendía ahora a qué se habían debido los silencios y las miradas esquivas del de Bretaña.

—No puedo ofrecerle nada —repuso—, puesto que nada poseo. Probablemente sea yo aún más pobre que el de Bretaña.

Bernardo de Armañac se levantó y se acercó a él, lentamente, con la cabeza algo gacha; sin embargo, su mirada era penetrante y sonreía complacido, como un pescador paciente que por fin ha atrapado un pez. Se detuvo junto a Carlos. Éste sintió de pronto una profunda aversión hacia aquel vaho sofocante, aquel olor a cuadras, vino y sudor que rodeaba incesantemente al gascón; tenía algo de insolente, que resultaba aún más insoportable que las ansias de poder expresadas por medio de palabras o gestos.

—Mira, Orléans —dijo el de Armañac, esforzándose por suavizar un poco su áspero vozarrón, para la ocasión—. Ahora puede serte de utilidad mi ofrecimiento. Si tomas por esposa a mi hija Bonne, te entregaré cien mil francos de oro: treinta mil el día de la boda, y el resto en plazos anuales de diez mil francos. Yo me ocuparé de vestirla y alimentarla hasta que tenga edad para venir a vivir contigo. No creo que esto pueda parecerte una mala oferta. Créeme, no conseguirás nada sin dinero. Si estás arruinado, Orléans, ¿cómo pretendes alcanzar tus objetivos?

—Respetamos el luto que llevas, sobrino —le susurraba el de Berry a Carlos por el otro lado—; pero piensa que nosotros, los príncipes de la realeza, rara vez gozamos de la prerrogativa de poder permanecer apenados por mucho tiempo. Tenemos otras obligaciones. A mi juicio, deberías aceptar la propuesta del conde de Armañac. La novia aún es una niña. Y de esta manera se acabarán tus problemas, sobrino.

Con el corazón apesadumbrado, Carlos pensaba en su monedero vació, así como en la descorazonadora conversación que había mantenido varios días antes con su tesorero y con los capitanes de sus tropas.

Le invadió una sensación de hastió, de inmenso cansancio. Entonces, ¿habría de dejarse gobernar siempre por otros? ¿Era, pues, su sino que otros lo condujeran precisamente por aquellas sendas que no quería recorrer? Tenían razón los demás: sin dinero, no había aliados; sin aliados, no había poder; sin poder, no había justicia; y sin justicia, no había honor, al menos para él. ¿Y quién podía vivir sin honor? Con la mirada baja, apretó la mano que ya le tendía el de Armañac, invitándole a sellar el acuerdo.

Durante aquel verano Carlos continuó reclutando y armando soldados; mandó que pusieran en estado de defensa sus fortalezas así como la ciudad de Orléans. Un decreto promulgado por orden del rey prohibía ponerse al servicio del duque de Orléans o de sus aliados; no obstante, al llegar el otoño había más de once mil hombres estacionados alrededor de la ciudad de Chartres. Evidentemente había sido el de Borgoña quien había sugerido dicha prohibición al Consejo; esto se desprendía ya del hecho de que él mismo hubiera reclutado un ejército muy numeroso, compuesto de habitantes de Brabante, Flandes, Baviera y Borgoña, los cuales, para su alojamiento y manutención, dependían de la población de Ile de France y del campo al norte de Paris.

El de Borgoña veía aproximarse el momento que tanto había esperado: por fin podría arremeter a su gusto contra sus enemigos. Confiaba y esperaba realizar una carnicería sin igual, si bien había momentos en que dudaba: aquellos mozalbetes inexpertos de Orléans habían buscado muy oportunamente consejo y ayuda.

El de Bretaña no había sucumbido ante la suma que le había ofrecido para comprarlo, lo cual demostraba que los de Orléans —pese a los indicios que apuntaban en sentido contrario— disponían de fondos. Razón de más —opinaba el de Borgoña— para conjurar aquel inminente peligro de manera rápida y definitiva.

En Paris llevó a cabo una fructífera campaña orientada a atemorizar al pueblo ante la llegada de las tropas del partido de Orléans; circulaban historias sobre la horrible crueldad de los gascones y bretones, y oradores populares y agitadores recordaban nuevamente a las gentes los pecados del difunto duque de Orléans. El preboste Des Essars, uno de los partidarios más ambiciosos del de Borgoña, cabalgaba día y noche por la ciudad, armado y con gran acompañamiento de jinetes y

soldados, lo cual no hacía sino exacerbar el clima de intranquilidad. La burguesía dirigió una humilde petición al señor Des Essars: si bien los ciudadanos eran plenamente conscientes de que el preboste y monseñor de Borgoña no omitían ninguna medida para proteger la ciudad de París, ¿no podría darse permiso a la población, para mayor seguridad, para que hiciera turnos de guardia y formara patrullas en cada barrio? Éste era precisamente el objetivo que se había propuesto Des Essars, y así sucedió. Cuando Carlos de Orléans y sus aliados llegaron a las puertas de París en el mes de septiembre —habían venido con todas sus tropas para entregar personalmente su manifiesto al rey—, hallaron las puertas cerradas y la ciudad fortificada. En los pueblos y arrabales de los alrededores se hallaban estacionados los ejércitos del de Borgoña.

—¡A fe mía, que ya se ha dicho y hecho todo cuanto era posible! —vociferaba Bernardo de Armañac, con impaciencia; se paseaba de un lado a otro, pisando tan fuerte sobre el entarimado, que levantaba grandes nubes de polvo. Los aliados, sus jefes de ejército, consejeros, escribientes y cancilleres se encontraban en una casa en Montlhéry, a siete millas de Paris. Sus tropas habían asentado los reales en los campos junto al pueblo, a la espera de la decisión de sus señorías. Los soldados no se impacientaban demasiado: en las viñas y huertos había abundancia de fruta madura al alcance de la mano, ya que los labriegos, escarmentados por experiencias anteriores, apenas se aventuraban en los campos.

—El rey ha enviado misivas, y la Universidad una legación; Su Majestad la reina, por su parte, ha tenido la gentileza de salir a recibirnos en Marcoussis —prosiguió el de Armañac—. Nos han pedido hasta la saciedad que mandemos a nuestros hombres a casa antes de ir a visitar al rey.

Nos hemos negado por tres veces. Y ahora ¿qué hacemos, caballeros?

—También hemos planteado exigencias —observó Carlos, sentado a horcajadas sobre un banco. Desde que llevaba cuero y mallas, sus movimientos habían perdido aquella formal parsimonia que siempre le había caracterizado. Andaba y se sentaba como un soldado, y se esforzaba menos por observar los modales corteses en su comportamiento y palabras. Estos cambios eran acogidos con complacencia por el entorno de Carlos: por fin monseñor de Orléans se estaba convirtiendo en un auténtico guerrero.

—Es como si hubieras pedido la luna, querido yerno —dijo el de Armañac despectivo—: ¡La expulsión del de Borgoña de Paris y la destitución del preboste Des Essars! No creo yo que se atiendan tus exigencias, por mucho que esos mamarrachos de la Universidad hayan declarado un centenar de veces que están dispuestos a mediar en el asunto.

En primer Lugar, el de Borgoña hace caso omiso de la Universidad, si a mano viene, y, en segundo lugar, todos esos clérigos y purpurados tienen la mente ocupada

en otras cosas. Créeme, querido yerno, para ellos el concilio de Pisa es más importante que una disputa entre el de Borgoña y tú. El nuevo papa les interesa más que el rey. ¡No te hagas muchas ilusiones de esa mediación! Pero ahora en serio: ¿qué piensas hacer? La ciudad de París está cerrada a cal y canto. Esta mañana una compañía de mis hombres recorrió las murallas, con la esperanza de poder romper una lanza, pero no hubo nadie que se atreviera a salir.

¡Ni siquiera cuando mis soldados dispararon varias docenas de flechas!

—Eso fue increíblemente estúpido y temerario —dijo Carlos en tono glacial, tamborileando con irritación sobre el borde de la mesa. Había observado en repetidas ocasiones que el de Armañac, a pesar de las decisiones tomadas de común acuerdo, daba órdenes de una manera arbitraria, dejaba que sus tropas se condujeran provocadoramente y toleraba manifestaciones de desenfreno y brutalidad, incluso cuando esto era muy inoportuno.

El viaje de Chartres a Paris no había discurrido sin tropiezos; cuanto más se acercaban a la capital, más hostiles se mostraban las gentes. El miedo que inspiraban los hombres del de Armañac daba que pensar a Carlos. Además, casi a diario tenía la oportunidad de observar cómo interpretaban los gascones y provenzales la noción de disciplina. Sin preocuparse por el mandato expreso de mantener el orden al atravesar pueblos y ciudades y de abstenerse de acciones violentas, los seguidores del de Armañac saqueaban a diestro y siniestro lo que les apetecía, moliendo a palos a cuantos ofrecían resistencia, y violando a las muchachas y mujeres que caían en sus manos. En alguna ocasión llovían sobre ellos piedras e improperios, cuando pasaban por algún lugar; por lo general, sin embargo, las gentes se mantenían ocultas en sus casas atrancando puertas y postigos. A Carlos le disgustaba sobremanera el comportamiento brutal y obstinado de su nuevo suegro; ¿cómo podía Luchar honrosamente por lo que él consideraba sus legítimos derechos, cuando sus soldados se comportaban como una horda infernal? Ni las peticiones ni las reprensiones hacían mella en el de Armañac; aunque escuchaba todo, omitía y rehusaba actuar de otro modo. Ocurrió lo que tanto habían temido Carlos y sus capitanes así como los duques de Borbón y de Alenon: el comportamiento de los gascones marcó una huella indeleble en toda la empresa. A partir de entonces, tanto dentro del país como allende las fronteras, a los de Orléans no se les conoció más que por *armañacs*. «Armañac» era el peor insulto que podía darse a un enemigo; la acusación «Es un armañac, equivalía a una sentencia de muerte».

—No entiendo, querido suegro, por qué no refrenáis a vuestros hombres —prosiguió Carlos. Hacía todo lo posible por contenerse, y aunque su voz permanecía tranquila, la cólera hacía que le subiera la sangre a la cabeza—. ¿Acaso queréis a toda costa que nos llamen perturbadores de la paz, por nuestro afán pendenciero, y que piensen que queremos imponer una guerra al rey y al de Borgoña? Hemos venido a pedir justicia; ¡sólo podremos tomar las armas si ésta nos es denegada!

El de Armañac soltó una sonora carcajada, abriendo los brazos en un ademán

elocuente de burla e impaciencia.

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó—. ¿De veras crees que todas esas palabras y formalidades van en serio? Para mí no es sino palabrería, por ambas partes. El de Borgoña quiere ganar tiempo; quiere minar nuestra moral aplazando las cosas. Está convencido de que nuestra actitud vigilante se debilitará tras semanas y meses de espera. Me gustaría saber, Orléans, qué es lo que crees conseguir con todas estas dilaciones y pamemas diplomáticas. Me imagino que seguirás una línea de conducta determinada y bien meditada. No querrás hacerme creer que va en serio lo de tus pretensiones de justicia y tus exigencias de reparación. Eso sería realmente la farsa más grande que jamás he…

Arrojando su inseparable fusta sobre la mesa, se acercó a Carlos; a media voz, prosiguió:

—Incluso ese vejestorio senil del de Borbón tenía sus ambiciones ocultas. ¿Aún no te has caído del guindo, querido yerno?

—¡Callaos! —exclamó Carlos furioso, mirando de soslayo a los caballeros que estaban sentados en el extremo inferior de la mesa: el de Alenon y D'Albret, junto con los capitanes de ejército, funcionarios y clérigos pertenecientes al consejo del partido de Orléans. El duque de Bretaña tenía asuntos que resolver en otra parte, y el de Berry, indispuesto, permanecía en cama—. No olvidéis que todos nosotros estamos de luto por monseñor de Borbón.

—Es cierto; que Dios lo tenga en su gloria. —El de Armañac tiró con mueca irónica del crespón negro que, al igual que sus aliados, llevaba anudado alrededor del brazo derecho—. Pero vayamos al grano, ¿qué piensas hacer? Carlos se levantó.

—Señor Davy —dijo en voz alta a su canciller—, os ruego que leáis a monseñor de Armañac el escrito que recibimos esta mañana del rey.

—Del de Borgoña —le corrigió el de Armañac, con idéntico tono de voz.

—Los emisarios dicen que el rey se ha restablecido de nuevo —observó el canciller. Desenrolló la carta y comenzó a leerla despaciosa y parsimoniosamente. El documento hablaba de la penuria en la ciudad; ahora que los ejércitos del de Orléans y del de Borgoña ocupaban los arrabales y las inmediaciones de Paris, el suministro de víveres sufría importantes retrasos, viéndose incluso obstaculizado. Las existencias se agotaban. El miedo a los soldados impedía a las gentes recoger la cosecha, si es que aún quedaba algo que cosechar. El rey se mostraba sumamente incomodado por la actitud de ambas partes; ¿tan poco significaba el tratado de Chartres para ellos? Era el deseo del rey que tanto el de Orléans como el de Borgoña y todos sus aliados y vasallos se retiraran a sus propios territorios. En lo sucesivo asistiría al rey una junta de consejeros imparciales. El preboste Des Essars sería destituido de su cargo.

—Eso significa entonces que nuestra exigencia ha sido atendida —dijo Carlos, mientras indicaba al señor Davy que se retirara—. En el manifiesto declarábamos que queríamos liberar al rey del de Borgoña.

Ahora ha sido el propio rey quien ha tomado medidas. Estoy seguro de que también dispensará una acogida favorable a mi petición de justicia.

—¿Quieres decir con esto que he de mandar a mis hombres que regresen a sus casas con las manos vacías? —El de Armañac se puso en jarras, colocando un pie en el banco—. Han olido el olor del asado ¿y ahora han de dejar intactas las suculentas tajadas? ¿Por quiénes nos has tomado, Orléans?

En noviembre se firmó en Bicétre un nuevo tratado, aún más huero que el anterior, si ello era posible. El de Berry, invitado por el rey a volver a ocupar su lugar en el Consejo, volvió a actuar de pacificador, presidiendo también las deliberaciones, con gran indignación por parte de Carlos, quien no comprendía cómo su tío abuelo podía cambiar tan rápidamente de opinión. El duque de Berry sabía adaptarse a cualquier circunstancia con una facilidad asombrosa. Defendía ahora la conveniencia de un armisticio y de una reconciliación entre ambos partidos con idéntica elocuencia que la que había empleado medio año antes cuando se había esforzado denodadamente por lograr una guerra. El de Borgoña no había comparecido en persona, sino que había enviado a varios legados bien armados y provistos de un nutrido séquito. También el de Armañac había rehusado participar en las deliberaciones, declarando que no le interesaba el asunto. Finalmente se decidió en Bicétre que habría un armisticio hasta Pascua Florida; luego se reanudarían las negociaciones.

En la torre meridional del castillo de Blois se hallaba Carlos escribiendo una larga carta al rey; de manera respetuosa y paciente, impulsado por el propósito de poner fin a una situación que no podía definirse ni como guerra ni como paz, exponía una vez más sus quejas contra el de Borgoña. Estaba sentado en su aposento, austero y silencioso como la celda de un convento. La cama de colgaduras verdes, en la que había dormido de niño, ocupaba casi por completo la pequeña estancia; entre las dos estrechas ventanitas había un anaquel, en el que guardaba sus libros, y, en un cofre de hierro, varios efectos personales: la copa dorada y la cruz que le había regalado su madre en una ocasión, y su distintivo de la Orden del Puerco Espín. Como la pieza carecía de chimenea, Carlos tenía que contentarse con un tizón encendido en un brasero colocado ante sus pies. Se hallaba sentado en un asiento con pupitre, como los que usan los monjes, y rellenaba hoja tras hoja de su puño y letra; aquella ocupación le llenaba de profunda satisfacción, como también el expresar sus pretensiones mediante una formulación cuidada.

Fuera estaba nevando; los campos que rodeaban Blois estaban blancos, y los tejados de las casas y graneros, y las ramas de los árboles, cargados de nieve. Durante días enteros siguieron cayendo del cielo en grandes cantidades; todos los sonidos se

oían apagados, como sí vinieran de lejos. Había cesado toda actividad. En el castillo y en la ciudad se vivía de las reservas. Pero ahora Blois cobijaba casi el triple de soldados, caballos y animales de carga que antes, con lo que las raciones distribuidas habían de ser forzosamente exiguas si se quería pasar el invierno sin peligro de hambruna. La manutención de las tropas le costaba a Carlos ingentes cantidades de dinero; ya en el otoño había mandado vender en Paris objetos de valor, coronas e insignias, un barco de oro que había servido de adorno de mesa, imágenes sagradas, candelabros y joyas. Una vez pagados los salarios de la servidumbre y la soldada de los guerreros hasta el último denario, lo que restaba era tan poco que Carlos incluso hubo de renunciar a repartir los habituales obsequios de Año Nuevo a los miembros de su casa. Para hacer frente a los gastos más indispensables, finalmente se vio obligado a pedir prestadas pequeñas cantidades a su médico, a su canciller y a ciudadanos acomodados de Blois. Él, por su parte, vivía con suma austeridad; en el libro en el que solía apuntar sus gastos personales, desde el inicio del invierno solamente había anotado tres partidas: un capirote, una escribanía y un par de manoplas.

La dote de Bonne de Armañac a la postre no había sido mucho más que una gota de agua. Por otra parte, Carlos tampoco sabía si su suegro se atendría al acuerdo referente a los plazos de pago. A su nueva esposa sólo la había visto fugazmente, durante la ceremonia nupcial en Riom, uno de los castillos del de Berry; de la pequeña Bonne sólo recordaba sus trenzas negras y mejillas redondas y coloradas. Tras el oficio religioso la habían devuelto a su madre. Nadie tenía tiempo ni ganas de festejos.

Carlos se alegraba de no tener que mantener a la muchacha a su lado. En Blois apenas si había sitio para alojar a mujeres; por otra parte, tampoco tenía dinero para costearle el cortejo a la nueva duquesa.

Bonne seguramente no querría alojarse en el cuarto de los niños. Carlos rara vez se personaba en los aposentos donde Margarita jugaba con sus muñecas de madera, y donde su hijita Juana gateaba sobre una estera. Cuando en alguna ocasión entraba allí y veía los paños colgados a secar junto al fuego u oía cómo la dama de Maucouvent cantaba nanas con su voz aguda y temblorosa, creía retornar a la niñez. Le parecía que apenas había pasado el tiempo desde que él mismo vivía protegido y seguro entre las cuatro paredes del cuarto de los niños, rodeado de juguetes, sin preocupaciones, lejos de los cuidados y del dolor. Levantaba en el aire a su hijita. La encontraba cada vez más humana, más comprensible, un ser de carne y hueso como él; inicialmente la frágil figurilla que había visto en la cuna no había despertado sino su asombro y profunda compasión.

Aunque en torno a Blois reinaba el silencio invernal, Carlos era incapaz de volver a recuperar la tranquilidad de la vida de antaño.

Aquella inactividad a la que ahora se veía condenado temporalmente, aquella espera, se le hacía muy arduas. Al menos el escribir la carta al rey le daba la ilusión

de realizar algo. En aquellas líneas plasmaba todas sus ansias de acción acumuladas, todos sus deseos de llevar a cabo la tarea que había recibido en herencia.

Una vez más leyó, ayudado por su secretario Garbet, los documentos relativos al asesinato y a los acontecimientos posteriores; una vez más se vio obligado a revivir mentalmente aquellos días llenos de luto y consternación. Era como si ahora, por primera vez, acusara de lleno el impacto del golpe que había recibido; en su momento no había acertado a tomar plena conciencia de la significación de la muerte de su padre. Cuando había velado con Isabela junto a su madre, medio enloquecida por el dolor, le había invadido una sensación de anonadamiento, de dolorosa impotencia; ahora, al releer el informe del asesinato y el entierro, al revisar de nuevo las acusaciones de Petit, al hojear una vez más las misivas reales que le anunciaban la pérdida de castillos y posesiones, comprendió por vez primera el abatimiento que hubo de experimentar su madre. La indignación y la pena le inspiraban palabras que tal vez no fueran propias de un escrito solemne; de haber consultado a sus consejeros, éstos sin duda le hubieran señalado el tono vehemente de la carta, y la prolijidad con que había descrito cada uno de los hechos dentro de la larga serie de acontecimientos.

Carlos olvidaba que se encontraba en el silencio de su aposento, entre su cama y su librería; que, tras los diminutos cristales de la ventana, caían incesantes y silenciosos los copos de nieve; que sus pies, tan cerca del brasero con el tizón, estaban calientes, mientras que los dedos de sus manos se hallaban ateridos. Mentalmente se encontraba en la oscura calleja en que veía el cuerpo ensangrentado de su padre en el lodo; veía cómo, más tarde, durante las exequias, el de Borgoña, vestido de Luto, sujetaba una punta del paño mortuorio; oía cómo su madre, de rodillas, suplicaba humildemente que se hiciera justicia; revivía de nuevo la hueca ceremonia en la catedral de Chartres…

> *Y, por ende, rey mío y soberano señor, solicitamos y aun exigimos encarecidamente que nos sea otorgado procurarnos personalmente, y de cualquier manera posible, satisfacción en lo referente al asesinato de nuestro muy querido padre y señor, a quien Dios haya perdonado sus pecados. A esto estamos obligados, so pena de deshonor. No hay hombre, por muy humilde que sea su condición, que no persiga hasta la muerte al asesino de su padre. Os rogamos que tengáis a bien ayudarnos y asistirnos, cuanto de vos dependa, para castigar a ese asesino, embustero y traidor. Todo cuanto antecede lo he descrito verazmente, así me asista Dios….*

Ya se había fundido la nieve caía la tibia lluvia primaveral cuando Carlos puso su firma bajo la última línea de aquella larguísima carta.

Hizo participes a sus hermanos del contenido de la misma, rogándoles que escribieran sus nombres al lado del suyo. Se habían reunido en la estancia en que solía alojarse su madre; en las paredes relucían apagadas las letras plateadas sobre

fondo negro: «*Rien ne m'est plus, plus ne m'est ríen*». Felipe, conde de Vertus, que había cumplido los catorce años, era un muchacho de carácter vivo y modales cautivadores. Durante la ausencia de Carlos, había actuado como teniente general del dominio de Orléans, tarea que había desempeñado muy decorosamente. Se dejaba guiar por su hermano, cuyos mandatos cumplía puntualmente y cuyos juicios adoptaba sin más; durante toda su vida había oído que, de ambos, Carlos era el más juicioso el más perspicaz. Carlos, por su parte, hallaba en Felipe un apoyo: la alegría despreocupada y el talante siempre animado de su hermano constituían el contrapeso necesario para su propio carácter reservado y un tanto melancólico.

Pero más aún amaba a su hermano menor Juan, quien le recordaba mucho a su madre; el niño, que tenía nueve años, era bastante menudo para su edad y de constitución no demasiado fuerte. Estaba al margen de la vida de los demás, ya que era demasiado mayor para el cuarto de los niños pero demasiado pequeño para participar, como Felipe, en los asuntos de Orléans, y demasiado delicado como para acompañar a Dunois en el ejercicio diario con los soldados estacionados en la explanada de Blois. El bastardo de Luis se distinguía en todos los aspectos de sus medio hermanos; era de complexión fornida y robusta, sus cabellos eran rojizos y fuertes, y sus ojos, claros. Carecía de la finura y de la capacidad de actuar con dignidad, que tanto a Carlos como a Felipe les eran tan propias. Pero también carecía por completo de la tendencia a la melancolía y la indecisión propias de Carlos, como también de la frívola despreocupación de Felipe.

Dunois seguía un camino conscientemente elegido: se había propuesto convertirse en un experto estratega, capaz de asumir el mando en batallas y asedios de fortalezas. Quería servir así más adelante a la casa de Orléans, para que sus medio hermanos pudieran dedicarse a cuestiones diplomáticas. Su tenacidad por de pronto ya se había visto premiada: alababan la facilidad con que manejaba la espada y el arco, y encomiaban su destreza montando a caballo. Frente a Carlos y Felipe, Dunois se comportaba con respeto y cierta reserva; era plenamente consciente de la diferencia entre su propia condición y la de ellos. Aun así, su actitud no denotaba signo alguno de servilismo o envidia. Tampoco le avergonzaba su nacimiento ilegitimo: el hecho de ser hijo del duque de Orléans le llenaba de orgullo, y no pedía al destino mayor favor que el de poder vengar algún día la muerte de su padre. Aunque él no había de firmar la carta con sus hermanos, hizo acto de presencia; a los demás —y también a él— les parecía completamente natural que participara en todas las deliberaciones.

—¿Tú crees que el rey leerá tu carta ahora? —preguntaba Felipe, tras escribir su nombre con una mueca de esfuerzo, ornando la letra inicial con trazos trenzados caprichosamente.

Dunois alzó la mirada y preguntó con tranquilidad:

¿Está realmente monseñor de Berry de nuestra parte o de la contraria?

—No lo sé —contestó Carlos encogiéndose de hombros con un suspiro—. Siempre defiende tan bien sus puntos de vista que luego me siento contrariamente

tentado a darle la razón. Me ha escrito que él se considera a sí mismo como una avanzadilla en el campamento enemigo. Piensa que puede hacer más por nosotros ejerciendo su influencia sobre el Consejo, el delfín, que tomando abiertamente nuestro partido si de nuevo se desencadenaran las hostilidades. No puedo negar que hay verdad en sus palabras. Monseñor de Berry siempre ha gozado de gran estima entre los ciudadanos de Paris.

—El de Bretaña nos ha abandonado, ¿no es así? —prosiguió Dunois, con mirada preocupada. Se había enterado de la noticia por el de Bracquemont.

—Si quiere mantenerse al margen. —Carlos suspiró de nuevo—. Pero entretanto, ya he pagado a sus soldados.

—¡Con tal de que ahora no se pase al bando del de Borgoña, el muy cobarde! —exclamó Dunois, dando furiosos puñetazos sobre la mesa; pero Carlos sacudió la cabeza, diciendo:

—Creo que tiene sobradas razones para no hacerlo.

Dunois, quien de inmediato había callado por cortesía cuando Carlos comenzó a hablar, aún tenía más que decir; no quería parecer irrespetuoso, pero por otra parte era incapaz de callar.

¿Por qué no sigues el consejo de los señores de Villars y de Bracquemont? —preguntó—. ¿Por qué no haces que vengan soldados de Lombardía y Lorena? Podrás tener tantos como te plazca.

—Escucha, Dunois, deja que sea yo quien se encargue de estas cosas. —Carlos comenzó a enrollar pausadamente el pergamino—. No olvides que en Bicétre di mi palabra de honor de que hasta Pascua Florida no emprendería ninguna acción. Yo al menos quiero respetar dicho acuerdo. ¿Cómo podré quejarme en justicia ante el rey, cuando no cumplo lo que él me ha pedido? El que el de Borgoña no respetara lo estipulado era de esperar; pero esto refuerza mi propia posición.

Felipe y Dunois no estaban acostumbrados a que Carlos les hablara en un tono tan áspero. El silencio con que acogieron sus palabras fue más elocuente que cualquier reparo. Carlos sabía muy bien qué argumento hubieran podido aducir.

—No me considero responsable de los actos de monseñor de Armañac —dijo secamente; le molestaba sobremanera el no poder cortar cualquier vínculo con su suegro—. Él no ha querido participar en las deliberaciones en Bicétre; incluso opina que todo el asunto del acuerdo no le interesa. Ya es bastante grave que desacredite nuestro partido, pero sostengo que a mí no me alcanza culpa por su conducta —concluyó con vehemencia—. ¡Diantre! Bastantes advertencias le he hecho ya, y no ha transcurrido un día sin que yo casi le haya suplicado que domine mejor a sus tropas. Creo que él teme que le abandonen si les prohíbe los saqueos. Pero no, lo más probable es que le dé igual; la palabra dada, el honor, las promesas, todo ello son conceptos vanos para el de Armañac. ¡Por las llagas de Cristo! ¿Por qué tuve que dar con un hombre así como máximo aliado?

Ante si veía las cabezas agachadas de sus hermanos; hallaban se éstos sentados

uno al lado de otro, aquellos tres muchachos vestidos de luto. «He aquí un consejo de familia», pensó Carlos, levantándose con un suspiro de desánimo. «Son los únicos en quienes realmente puedo confiar. También por ellos he de perseverar; ellos aún no pueden valerse por sí solos, yo su único protector. Nadie luchará por su herencia más que yo, nadie moverá un dedo por recuperar para ellos lo que les ha sido arrebatado».

—Perdóname, Dunois, si te he hablado en un tono algo destemplado: no era contra ti, hermano. Me consta que nada te es más preciado que la honra de Orléans. —Rodeando la mesa, Carlos dio unas palmadas en el hombro a su medio hermano—. El mundo está mal repartido.

Nuestra situación sería más favorable si tú estuvieras en mi lugar, y yo en el tuyo.

El día veinticinco de julio de 1411 apareció ante las puertas del Hotel d'Artois el heraldo de Orléans; una vez que se le hubo admitido en predecía del de Borgoña, leyó con voz potente el siguiente desafió:

Nos, Carlos, duque de Orléans y de Valois, conde de Blois y de Beaumont, y señor de Coucy; Felipe, conde de Vertus, y Juan, conde de Angulema, a vos, Juan, que os llamáis a vos mismo duque de Borgoña:

Por el asesinato cometido por vos, a pesar de los juramentos, votos de fidelidad y profesiones de amistad, de manera traicionera y premeditada por medio de sicarios, en la persona de nuestro muy honrado y querido padre y señor, monseñor Luis, duque de Orléans; por la traición, el perjurio, los desmanes y atentados contra el honor y la justicia, cometidos por vos contra nuestro soberano y señor, el rey, y contra nosotros, os notificamos que a partir de ahora os combatiremos con todas nuestras fuerzas y de todos los modos posibles. Invocamos a Dios como testigo.

—Ya ves, Saint-Pol, que ellos mismos se ponen la soga al cuello —dijo el de Borgoña, burlón. Se encontraba en la estancia en la que solía recibir a amigos e íntimos; los muros estaban recubiertos por pesados tapices flamencos que representaban el nacimiento de la Virgen María, la Anunciación y la Dolorosa bajo la cruz. El de Borgoña contemplaba aquella magnificencia de líneas y colores, de pie, con las piernas separadas; mantenía las manos en la espalda y, como de costumbre, sacaba el labio inferior mientras cavilaba. Hablaba con el hombre a quien consideraba su colaborador más valioso: Waleran, conde de Saint-Pol, descendiente del linaje de los príncipes de Luxemburgo, y brazo derecho del de Borgoña en lo que se refería a la organización y el mando de ejércitos, y, además, desde hacía poco tiempo capitán de la guarnición de la ciudad de Paris. El conde de Saint-Pol era un hombre grueso de rostro ancho y tez rojiza y curtida; a pesar de su corpulencia se movía con la

elasticidad de quien ejercita regularmente su cuerpo. Sobre la fuerza de sus puños circulaban las historias más peregrinas. Ahora estaba de pie, con los brazos en jarras, escuchando lo que le contaba el de Borgoña; su semblante no delataba emoción alguna.

—Supongo que habréis aceptado el desafió inmediatamente, ¿me equivoco, monseñor? —Juan de Borgoña se echó a reír, sacándose de la manga una hoja enrollada, que tendió al de Saint-Pol sin decir palabra.

Nos, Juan, duque de Borgoña, conde de Artois, etc., etc. —leyó el luxemburgués a media voz; mantenía el pergamino al extremo de su brazo extendido, entornando sus ojos miopes—, *a vos, Carlos, que os llamáis a vos mismo duque de Orléans: a vos, Felipe, etc., etc., que nos habéis enviado vuestro desafió, etc., etc., os notificamos que, para poner fin a los delitos, conspiraciones, prácticas de brujería, etc., etc., del difunto Luis, vuestro padre, y para proteger a nuestro soberano y señor, el rey, mandamos matar al dicho Luis, etc., etc. Comoquiera que, al parecer, vos y vuestros hermanos queréis seguir los pasos perniciosos y criminales de vuestro difunto padre, emprendemos la tarea grata a los ojos de Dios de haceros entrar en razón y daros vuestro merecido castigo como mentirosos, traidores, rebeldes y fanfarrones que sois, tanto vos como vuestros hermanos. De lo que damos fe sellando estas hojas con nuestro sello, etc., etc.*

—Muy bien.

El de Saint-Pol enrolló de nuevo el pergamino y se lo devolvió al de Borgoña.

—Muy bien. ¿De modo que esta vez va en serio, monseñor?

—Esta vez va en serio, con la ayuda de Dios —repuso el de Borgoña. El de Saint-Pol comprendió que al duque le alegraba la situación; el hecho de que el de Orléans hubiera dado el primer paso enviándole un desafió constituía una ventaja para él—. Yo estoy preparado —prosiguió el de Borgoña, sin que de su voz ni de su mirada se borrara aquel secreto regocijo—. Por lo que a mí respecta, el de Orléans no hubiera podido elegir mejor momento. Nuestras tropas están prontas, y la ciudad de París está lista para resistir un asedio. Que vengan: les dispensaré un recibimiento caluroso.

—Hum. —El de Saint-Pol se restregaba los labios y la barbilla con la palma de la mano. El de Borgoña arqueó las cejas, mirándolo de soslayo.

—¿No compartes mi opinión, Saint-Pol? —preguntó—. Preséntame tus reparos, si es que los tienes.

—Hum —repitió el luxemburgués; resopló varias veces, mientras contemplaba pensativo las escenas de los tapices que tenía enfrente—. ¿Realmente tenemos todas las garantías por lo que se refiere a la ciudad de Paris, monseñor? Creedme, este asunto ha sido preparado cuidadosamente, El desafío de los de Orléans demuestra que se sienten seguros.

—¿Acaso dudas de mi influencia sobre los parisinos? —preguntó el de Borgoña, irritado—. Ya verás por quién toma partido, cuando llegue la hora de la verdad.

El de Saint-Pol metió las manos bajo su ancho cinto, echando la cabeza hacia atrás, como sí viera algo peculiar en las vigas talladas del techo.

—Las cosas ya no son como antes. Casi diría que habéis dejado pasar el momento más favorable para ajustar cuentas con los de Orléans. En los dos últimos años os habéis enemistado con demasiada gente, monseñor. La Universidad tampoco mantiene ya una actitud tan benévola como hace algún tiempo. Habéis sido demasiado poderosos y eso os ha hecho, si me lo permitís, algo imprudente. Es inútil que me peguéis —prosiguió impasible, al ver que el de Borgoña se volvía rápidamente alzando la mano—. Sólo he dicho la verdad. Es preferible que lo reconozcáis.

El de Borgoña bajó el puño, dirigiéndose a grandes zancadas al otro extremo de la estancia, donde se sentó. El de Saint-Pol no se movió; parecía estudiar con gran atención las escenas del tapiz que colgaba frente a él.

—¿Qué quieres decir con eso, Saint-Pol? —inquirió Juan de pronto, mientras tamborileaba furiosamente con las yemas de los dedos sobre el tablero de la mesa—. ¿Qué insinúas? ¿Qué debo traer más tropas a París? ¿Qué he de mandar encarcelar o expulsar a los partidarios de Orléans, o que tengo que comprar el apoyo de determinados personajes? Y, si es así, ¿de quiénes? No me vengas ahora con afirmaciones vagas. Hechos son los que yo quiero, Saint-Pol, hechos, por favor. Cuéntame sólo aquello que yo ignoro.

—Por lo que yo puedo apreciar, en la ciudad hay dos grupos enemistados entre sí: por un lado, los funcionarios, los magistrados y los comerciantes, o sea, todos aquellos que desde siempre han tenido ya el poder y cierto prestigio; y, por otro, el pueblo del barrio de Saint-Jacques, los carniceros, desolladores y curtidores con sus seguidores, y todos los aventureros y bellacos que puedan hallarse en la otra ribera del Sena. Lo que yo quisiera aconsejaros ahora es lo siguiente: debéis aprovechar esa hostilidad recíproca. Si apoyáis a los de Saint-Jacques, no tenéis por qué temer que los funcionarios y comerciantes dejen entrar a los *armañacs*. Los carniceros y curtidores y toda la chusma que anda suelta os liberarán de manera eficiente de todos los posibles traidores dentro de su propio partido. Haced por ganaros el favor de las corporaciones de carniceros, monseñor: de esta manera os ahorraréis una tropa de guardia.

El de Borgoña arqueaba las cejas y su labio inferior prominente esbozaba un mohín de desgana. Recordaba las palabras pronunciadas por su padre: «Haz por conservar el favor del pueblo; es el pueblo quien levanta y derriba a los gobernantes; no subestimes las fuerzas que se esconden en las masas; ¡busca tu fuerza en el favor popular, hijo mío!».

—En ese caso, provee de armas a esos hombres de Saint-Jacques, pero hazlo rápido —dijo—. Organiza a las corporaciones en tropas, dales dinero, averigua las

quejas que tienen y hazles promesas. No me cabe la menor duda de que sabrás desenvolverte en esos barrios. Agasájalos, ve a saludarlos con todo ceremonial. Tú pareces saber lo que más gusta a esos tipos. Procura que antes del día de San Lorenzo hayan recibido armas y consignas.

—Monseñor, considero más oportuno que la petición de colaboración parta de vos directamente. Interesándoos de manera personal lograréis más de lo que yo pueda conseguir mediante promesas y obsequios. Se trata de personas, monseñor, que pueden llegar a exaltarse por un caudillo. Están deseosos de seguir a alguien, de abrazar su causa. Vos podéis ser ese caudillo si sabéis abordarlos de manera adecuada.

El de Borgoña resopló despectivamente.

—¡Jamás he oído que un miembro de la casa real haya tenido que mendigar una alianza a unos carniceros! —exclamó, levantándose—. El duque de Borgoña no frecuenta los mataderos.

El de Saint-Pol se encogió de hombros e hizo una reverencia.

—Como guste Vuestra Merced —dijo ceremoniosamente—. Pensaba que una intervención personal podría haceros recuperar por completo la confianza que habíais perdido en cierto modo durante el pasado año. Ahora el pueblo aún os apoya, monseñor, pero ya hay mucha gente que se pregunta por qué no habéis llevado adelante las reformas en el Tribunal de Cuentas, por qué no habéis revisado los impuestos, y por qué bajo vuestro mandato no se ha puesto fin a la caótica situación de la administración municipal. No ignoráis lo difícil que es conservar el favor popular. Pero tal vez mi visión de las cosas no sea la adecuada, monseñor. Si es así, os pido que me disculpéis. Hace poco oí cómo unos niños cantaban en la calle: «*Duc de Bourgogne, Dieu te remaint en joye*[11]». Confío en que ésa siga siendo la opinión de los parisinos, monseñor.

Haciendo nuevamente una reverencia, retrocedió hasta la puerta, recogiendo al pasar sus guantes de un arcón. El de Borgoña lo miraba con ojos penetrantes, sin poder evitar la molesta sensación de haber cometido un error, e incluso de haberse puesto en evidencia. Sabía que el de Saint-Pol jamás se equivocaba en asuntos como ése; el luxemburgués era un hombre de gran perspicacia y un consejero fiel y desinteresado.

—Declare, Saint-Pol —dijo con sequedad, aun antes de que el otro hubiera llegado a la puerta—. Siéntate aquí, y deliberemos detenidamente sobre la situación.

El de Saint-Pol volvió a soltar los guantes y se acercó rápidamente a la mesa. No había nada en su gesto ni en su mirada que revelara satisfacción. Tras comunicarle el de Borgoña que se proponía ponerse personalmente en contacto con los hermanos Legoix, contestó, sin el más mínimo asomo de ironía en su voz:

—Como es natural, yo me acomodo por completo a vuestros planes, monseñor. Cumpliré de inmediato vuestras órdenes.

Carlos despertó de un sueño profundo; hacía mucho que no había pasado una noche tan tranquila, sin pesadillas. Tendiéndose boca arriba, se desperezó. Sin embargo, al vislumbrar en la semipenumbra lo que había a su alrededor, volvió a recuperar la noción del tiempo y del espacio. Apoyándose sobre los codos, se incorporó, oteando a través de la luz imprecisa de la madrugada, en actitud de escucha. Se encontraba en su cama de campaña, dentro de su tienda. Por encima de su cabeza oía cómo el estandarte ondeaba al viento; más lejos relinchaban los caballos y sonaba una corneta. El escudero de Carlos dormía con las piernas encogidas tendido sobre un montón de paja, delante del cortinaje que cerraba la entrada de la tienda. Carlos saltó del lecho y le dio un codazo.

Mientras el escudero se incorporaba, Carlos soltó las cuerdas del cortinaje; el frío viento matutino le azotó la cara, y una luz grisácea invadió la tienda.

—Tiempo seco y cielo despejado —murmuró—. Loado sea Dios. Por fin podremos emprender algo. Ya llevamos dos días sin lluvia; ojalá el terreno esté algo menos encharcado. ¡Estoy aquí! —le dijo en voz alta al muchacho, quien, aún medio adormilado, le traía el jubón de cuero que llevaba bajo la armadura. Mientras le ceñía los brazales y grebones, Carlos escrutaba el exterior.

El lucero del alba relumbraba en lontananza; a la izquierda y derecha del pabellón de Carlos, se recortaban sobre el cielo gris claro las tiendas de sus aliados y vasallos. Ondeaban en los topes banderas y enseñas, y encima de cada entrada colgaban escudos con blasones.

A medida que amanecía se iban distinguiendo los colores y los motivos heráldicos de las banderas y los escudos: leones, halcones, lirios, cruces y estrellas en gules y sable, oro, argén y azur. Tras este poblado de riendas se hallaba el campamento del ejército. Los soldados habían pasado la noche al raso, en graneros abandonados en el campo o bajo cobertizos construidos apresuradamente con ramas, paja y pieles. Aún ardían las grandes hogueras que habían encendido los guerreros tras la puesta del sol para protegerse algo del frío nocturno. Flotaba encima del campamento un olor a carne asada. Frente a la tienda de Carlos, al otro lado del campo, se alzaban los tejados de Saint-Denis, uno de los arrabales de Paris; por encima de las casas se erguían los negros muros y torres de la abadía.

Hacia una semana que las tropas de Orléans habían puesto cerco a Saint-Denis; en realidad, sólo se hallaban estacionadas alrededor del pueblo, ya que las lluvias y tormentas les impedían pasar al arranque. Paris les había denegado la entrada; las puertas estaban cerradas y los guerreros poblaban las murallas. El de Armañac, que a la sazón se había informado a fondo de la situación en los alrededores de Paris, condujo el ejército hacia Saint-Denis; si este pueblo caía, dispondrían de una base estratégica de operaciones. Los habitantes de Saint-Denis no estaban preparados para la llegada de las tropas de Orléans. No habían creído que un lugar tan sagrado como las inmediaciones de la abadía y la catedral se pudiera ver profanado por un asedio.

Hubieron de tomar medidas a toda prisa: tras derribar las casetas del mercado, fabricaron máquinas de guerra con la madera, aprovechando el aplazamiento de las hostilidades causado por las lluvias torrenciales.

Mientras los de Orléans aguardaban que se despejara el cielo, los ciudadanos deliberaban con el abad de Saint-Denis. Se sentían obligados, frente a los parisinos, a defender su pueblo; la caída de Saint-Denis significaría más hambre para la capital: el pan, la leña y el pescado sólo llegaban a Paris a través de Saint-Denis. El abad, por el contrario, temía que la iglesia y los edificios del monasterio sufrieran daños irreparables durante un asedio. Se sentía responsable de los objetos de valor y los tesoros artísticos que se guardaban en la abadía. Si caía el pueblo, éstos probablemente serian robados o destruidos. Por ello, el abad aconsejó rendirse voluntariamente. Las opiniones en Saint-Denis estaban muy divididas a este respecto; la desazón entre la población aumentó aún más cuando desde las murallas se divisó que los de Orléans se preparaban para un ataque. En el pueblo se rumoreaba que el asalto correría a cargo de los temidos y odiados *armañacs*.

Carlos ya se había puesto su armadura; con el yelmo bajo el brazo izquierdo y la espada en la diestra, y seguido de su escudero, atravesó el poblado de tiendas y se dirigió al gran pabellón donde solía reunirse y comer con sus aliados. Allí encontró a su hermano Felipe y a los monseñores de Borbón y de Alenon, rodeados de los nobles de sus respectivos séquitos. El condestable D'Albret y el conde de Armañac aún no habían llegado; desde el amanecer habían estado formando y aleccionando a sus soldados.

—El tiempo se mantiene bueno, monseñor —observó el de Borbón, tras saludar a Carlos; era un hombre alto y grandote de mediana edad, de rostro afable pero algo blando. Con sus hombros estrechos y su porte desgalichado, incluso vestido de cota de mallas y sobrevesta ofrecía un aspecto desvalido. Sus aliados lo consideraban en muchos aspectos como una rémora: su exagerada prudencia siempre le hacía formular reparos y ver peligros o adversidades incluso donde no los había; era tardo en sus reacciones, y toda su manera de pensar y actuar se caracterizaba por una notable lentitud. En el mejor de los casos se mostraba sereno y leal, tal como había sido su anciano padre antes que él; a estas últimas cualidades se debía también el que no se hubiera dejado influir por los intentos de la parte contraria, poco tiempo antes, de ganarse al heredero de Borbón, junto con sus tropas, recursos y riquezas, para la causa del de Borgoña.

—Ahora mismo estuve hablando nuevamente del asunto con monseñor de Alenon —prosiguió el de Borbón, vacilante, en voz baja, inclinándose hacia Carlos—. Nos preguntamos de continuo si será aconsejable que dejéis que sean los hombres del de Armañac los que se encarguen del asalto de Saint-Denis. Es cierto que conocen los alrededores mejor que nosotros, pero tras el fracaso de Ham y los acontecimientos del pasado año…

Seguido por el de Borbón, Carlos se dirigió al trinchero que había en medio de la

rienda, donde le sirvieron pan y carne. Las palabras del duque le molestaban, ya que expresaban una duda que a él también le asaltaba incesantemente. En efecto, Carlos opinaba que la toma de Saint-Denis debía efectuaría sus propias tropas, capitaneadas por el de Bracquemont y el de Villars. Disponía ahora de un ejército poderoso y bien armado, bastante más numeroso que el del año anterior, ya que éste se había visto reforzado por compañías procedentes de Lombardía y Lorena. Cuando varias semanas antes se había vuelto a encontrar con su suegro en Beauvais, en un principio había creído que éste habría depuesto su actitud insolente por una temporada. Los guerreros del de Armañac estaban más sucios y flacos que nunca, con sus filas considerablemente menadas, y sus macutos y carros vacíos, ya que en Ham se habían visto obligados a abandonar su botín, y en su huida habían tenido poco tiempo para dedicarse al pillaje. Al lado de los soldados de los de Orléans, Alenon y Borbón, bien adiestrados y que acababan de abandonar sus fuertes y cuarteles provistos de nuevas armas y provisiones, aquellos hombres del Mediodía parecían una banda de mendigos. Por otra parte, eran casi ingobernables: importunaban a sus camaradas de otras regiones, robaban ropa y alimentos, monturas y armas, y con su conducta pendenciera e indisciplinada sembraban la inquietud en el ejército.

—Sabes que no es mucho lo que se puede hacer por cambiar las cosas, Borbón —dijo Carlos—. Todo ha sido acordado así. Lo único que podernos hacer es evitar que los hombres del de Armañac comiencen a saquear la ciudad en cuanto ésta haya caído. Pienso someter a vigilancia la abadía y la plaza mayor. Cuento con tu colaboración, como también con la del de Alenon.

El de Borbón puso gesto preocupado: en el preciso instante en que iba a formular nuevos reparos, y antes de que pudiera abrir la boca, entraron en la tienda el de Armañac y D’Albret con su séquito de nobles vestidos de armaduras. El de Armañac estaba de un humor excelente. Ya antes de romper el día había bebido en abundancia; la perspectiva de un combate que indudablemente reportaría la victoria a él y a los suyos, lo ponía jovial y ruidoso.

—Bueno, querido yerno, ¿qué te parece el día? —preguntó, rodeando los hombros de Carlos con su brazo armado—. No podíamos tener mejor suerte. Comenzaremos cuanto antes, con lo que tendremos el sol de espaldas durante el máximo de tiempo. Me atrevo a asegurarte que podrás almorzar ya en Saint-Denis. El pueblo se derrumbará como un castillo de naipes, fíjate en lo que te digo. Con las máquinas de guerra que han dispuesto sobre las murallas es poco lo que podrán emprender. Mis hombres están frescos y con ganas de luchar; hace mucho tiempo que le han echado el ojo a la abadía. ¿Qué sucede? —preguntó impaciente a uno de los caballeros de su séquito. En la entrada de la tienda había varios hombres armados, pertenecientes a una patrulla de guardia, que solicitaban ser recibidos.

Carlos se adelantó y rogó a los hombres que entraran. Éstos anunciaron que un grupo de ciudadanos acababa de abandonar las puertas de Saint-Denis enarbolando banderas blancas. El de Armañac resopló despectivamente y salió al exterior. Con los

brazos en jarras y las piernas separadas puso se a contemplar cómo la legación se acercaba al campamento atravesando la hierba húmeda: había magistrados, envueltos en tabardos oscuros, y al menos media docena de clérigos, todos ellos ancianos, que se recogían sus largos manteos, mientras se abrían camino cautelosamente por entre hoyos y charcos.

—Vaya, vaya —observó el de Armañac—. Banderas blancas. Éstos vienen a pedir una tregua, Orléans, para poder ir a buscar al de Borgoña.

¡No caigas en la trampa!

Carlos mantenía los labios apretados, y su mirada estaba ciega de ira. Dio orden a la guardia de que condujeran a su tienda a la delegación de Saint-Denis. Al poco tiempo entraron los hombres, quienes, de rodillas, transmitieron su mensaje.

—Monseñor, para evitar que se derrame sangre inútilmente, la ciudad de Saint-Denis se hunde. Monseñor, nos ponemos bajo vuestra protección. Os suplicamos que nos ahorréis la afrenta de un expolio y de malos tratos.

El de Armañac se adelantó rápidamente, interponiéndose entre Carlos y la legación de Saint-Denis.

—¡Querido yerno, no tienen derecho a pedirnos eso! Durante una semana han mantenido sus puertas cerradas y han arrojado piedras a nuestras patrullas de reconocimiento. Han querido oponer resistencia. La rendición no puede significar lo mismo para ellos que para los que abren sus puertas inmediatamente. Repito que no tienen derecho a ser protegidos.

Los hombres que se encontraban arrodillados ante Carlos alzaron la cabeza. El gascón estaba tan cerca de ellos que les impedía ver al muchacho. Temían que el de Armañac consiguiera convencer a su yerno. Sin embargo, los aliados de la realeza y los nobles que los acompañaban, quienes formaban un apretado círculo alrededor del grupo, vieron lo que se ocultaba a los peticionarios: cómo afloraba la ira en el semblante de Carlos.

—Calla, Armañac —dijo éste en tono pausado y frío. Aquellos de entre los presentes que habían conocido a su padre, aguzaron el oído, expectantes—. Y haz el favor de colocarte a mi lado o detrás de mí, para que al menos pueda ver directamente a estos señores, mientras hablo con ellos. La petición viene dirigida a mí personalmente, y yo estoy dispuesto a atenderla. Un hijo de Francia no saqueará Saint-Denis. Incluso si hubiéramos tomado la ciudad por la fuerza, habría prohibido el robo y el pillaje. Es mi expreso deseo que no se produzcan desórdenes. —Recorrió con la mirada la fila de caballeros, posándola finalmente en un hombre fornido vestido de armadura negra, que contemplaba la escena en posición firme, con su yelmo y su hacha de combate bajo el brazo—. Monseñor —dijo Carlos haciendo una leve reverencia; el guerrero dio un paso adelante y se despojó de la capucha de cuero que le cubría la cabeza, mostrando así su tonsura—. Señores, éste es el arzobispo de Sens —prosiguió Carlos, dirigiéndose de nuevo a los legados—. Le confió, a él y a sus tropas, la custodia de la iglesia y la abadía de Saint-Denis. Yo mismo visitaré hoy

al abad, junto con mis parientes y aliados, para ponerle al corriente de nuestros propósitos.

—¡Maldita sea, yerno! ¡¿Te has vuelto loco?! —exclamó el de Armañac, mientras su rostro se tornaba púrpura—. He prometido a mis hombres el botín del día de hoy. Hace algún tiempo que no se les paga, Orléans. He sido tan generoso contigo, que luego no he podido cumplir mis obligaciones para con mis soldados. Tras los contratiempos de los últimos meses, tienen derecho a una compensación. Saint-Denis es un pueblo rico, los graneros de la plaza mayor están abarrotados de trigo y las arcas de los comerciantes que viven allí están repletas. De todas formas, volverán a ganar dinero en cuanto haya pasado la guerra. Que nos ayuden, de grado o por la fuerza, qué más da, yerno. ¡La catedral alberga suficiente oro como para mantener sobre las armas de por vida a todos los ejércitos de la Cristiandad!

—Repito —dijo Carlos lentamente— que no toleraré el pillaje en Saint-Denis. Señores, os doy mi palabra de honor. Mis tropas ocuparán la ciudad, y allí compraremos alimentos para nuestro sustento.

El de Armañac prorrumpió en carcajadas sonoras y malévolas, y, apartando bruscamente a los nobles que escuchaban, se dirigió a la salida de la tienda; sus espuelas tintineaban, y su espada le golpeaba continuamente el muslo al andar.

—Perdona que te diga, querido yerno —dijo al fin—, que no llegarás muy lejos como estratega si continúas haciendo la guerra de este modo. ¡Comprar! ¡Pagar! Vámonos, D'Albret. ¿No dicen que la demencia es una tara hereditaria en la casa de Valois?

El de Armañac y sus compañeros se alejaron por entre las tiendas, dirigiéndose al campamento de los soldados. Carlos permaneció inmóvil, en silencio, hasta que hubo enmudecido el ruido de sus fuertes pisadas. Esperaba a recuperar por completo el dominio de sí. Los ciudadanos de Saint-Denis seguían arrodillados delante de él. No se sentían tan seguros de estar protegidos como hubieran deseado. Aunque creían en la sinceridad del de Orléans, la actitud del gascón no les gustaba: una persona que se atrevía a actuar así ante su superior en rango, probablemente haría caso omiso de una orden.

—Regresad a la ciudad y anunciad que en el transcurso del día entraré por las puertas con tropas de ocupación —dijo Carlos, en tono más severo—. Preparad al abad de Saint-Denis para mi llegada. Podéis retiraros.

El jefe de la delegación agradeció humildemente al duque de Orléans su benevolencia; sin embargo, los hombres abandonaron el campamento con el corazón encogido. Tras su partida, reinó un breve silencio en la tienda; Carlos mantenía la mirada fija en el suelo, sin moverse, con el entrecejo fruncido. El de Alenon se le acercó.

—Me pareció oír hablar a vuestro padre, monseñor —dijo—. Él hubiera replicado a monseñor de Armañac de idéntico modo. —Carlos alzó la vista.

—Caballeros, os rogaría que tuvierais a bien marcharos ahora. Y a todos los que

pertenecen a mis tropas les pediría que convocaran a sus soldados. Manteneos preparados. Dentro de una hora entraremos en Saint-Denis.

—Cumpliremos vuestras exigencias, monseñor —dijo el abad de Saint-Denis, con la cabeza gacha. Se hallaba de pie ante la mesa del refectorio de la abadía, rodeado por varios monjes. El duque de Orléans así como su hermano, sus consejeros y capitanes y el arzobispo de Sens estaban sentados en los altos bancos junto a la pared —. Así pues, alojaremos en la abadía a monseñor de Sens y a su séquito —prosiguió el abad—. Si he comprendido bien, vos, monseñor, y los príncipes que os acompañan, no os hospedaréis en Saint-Denis, ¿no es así?

—Pernoctaremos en nuestras tiendas —dijo Carlos— y estacionaremos nuestras tropas en los pueblos y aldeas de la comarca. Sólo el ejército de ocupación permanecerá dentro de vuestras puertas.

Enviadme a los hombres con quienes pueda formalizar la compra de víveres.

El abad volvió a hacer una reverenda. Movía inquieto las manos dentro de las amplias mangas de su hábito, mientras miraba a sus monjes como pidiendo apoyo.

—Monseñor —comenzó vacilante—, ¿podemos confiar plenamente en vuestra promesa, en las garantías que nos habéis dado de que los objetos de valor se encuentran a salvo en la abadía y en nuestras cámaras?

—Naturalmente. —Carlos frunció el entrecejo, incomodado. No era la primera vez que el abad abordaba este tema—. Tengo previsto venir a oír misa junto con mis aliados —concluyó, levantándose. Sus compañeros siguieron su ejemplo—. Quisiera aprovechar la ocasión para ver las sagradas reliquias y las tumbas de los reyes.

—Sí, monseñor. —El abad se acercó, suspirando, para acompañar al joven hasta la salida. En aquel momento se oyó en el patio de la abadía un estrépito de caballos que irrumpían acompañado de gritos, fragor de armas y crujir de puertas que se abrían con violencia. Carlos y sus caballeros se detuvieron sorprendidos; muchos instintivamente echaron mano a sus espadas.

—¡A las puertas! —gritó Archambault de Villars—. Vigilad los accesos.

Puede ser una encerrona, monseñor. Los de Saint-Denis han dejado entrar al de Borgoña.

El abad se disponía a negar esta acusación; pero ya no fue precisa una explicación. Al extremo del largo corredor que comunicaba el refectorio con los edificios principales, apareció el de Armañac, seguido de cerca por una muchedumbre de hombres de su séquito. Con espuelas tintineantes avanzaron hasta el refectorio. El de Armañac empuñaba el látigo, golpeándolo contra las paredes del corredor, haciendo que las imágenes se tambalearan en sus hornacinas. El abad y los frailes retrocedieron hasta la mesa. Carlos desenvainó la espada y aguardó hasta que su suegro hubo entrado en el refectorio.

—Vengo a echarte una mano, Orléans —exclamó el de Armañac, entre ruidosas

carcajadas; sin embargo, mantenía clavados los ojos en Carlos con mirada penetrante y escrutadora. También su séquito penetró en la sala; los hombres formaban un semicírculo en torno a su jefe y lanzaban miradas burlonas a los caballeros del de Orléans.

—Creía haber dejado bien claro que aquí vendría hoy yo solo —dijo Carlos, consiguiendo guardar la calma al hablar, a pesar de que los fuertes latidos de su corazón casi lo asfixiaban—. ¡Los monseñores de Borbón y de Alenon lo han comprendido así!

—Es cierto. —El de Armañac se encontraba de pie delante de su yerno, con las piernas separadas, mientras se golpeaba la palma de la mano con la hoja de la espada —. ¡Sí, es cierto, Orléans! Pero, ¿no crees que este proceder resulta un tanto ofensivo para tus aliados y compañeros de armas? Por nada del mundo quisiera que perdieras el apoyo de mis soldados. Los conozco, créeme, sé cómo hay que tratar a estos hombres para convertirlos en feroces guerreros y para mantener vivas sus ganas de pelear. Basta con que les dejes llenar la panza y el morral, y tendrás los mejores soldados, querido yerno.

—¿Qué queréis decir con eso? —inquirió Carlos; el de Armañac y él se hallaban frente a frente sobre la cruz formada por el mosaico de baldosas en el centro del refectorio, como en una palestra.

—Muy sencillo —repuso el de Armañac, alzando la voz—. Acabo de autorizar a mis hombres para que saquen de los graneros públicos lo que necesiten. No hubo que decírselo dos veces. ¡Jamás los he visto correr tanto!

Carlos sintió como si se le inflamara el cerebro; ya no sabía lo que hacía. Alzando con ambas manos la espada, saltó hacia adelante. El acero resbaló contra el acero. El de Armañac desvió la espada de Carlos con su propia arma. Por un momento permanecieron inmóviles, rozándose, con las espadas cruzadas. El de Bracquemont y el arzobispo de Sens se interpusieron entre ambos, antes de que Carlos pudiera golpear de nuevo.

—Monseñor —musitó el prelado—. Es inútil.

Carlos bajó la espada y retrocedió. Encogió los hombros; no se sabía si suspiraba o se estremecía.

El de Armañac resopló varias veces, como muestra de su indiferencia; en el fondo le divertía observar los semblantes anonadados e indignados de los hombres del de Orléans.

—Vamos, vamos, sólo estaba bromeando —dijo con voz fuerte—. A monseñor de Orléans no le parece tan grave la cuestión. Comprobará que mis intenciones son buenas, cuando se entere de la noticia que mis espías acaban de traer de París.

Carlos permanecía inmóvil, con los ojos clavados en el suelo.

—Caballeros —prosiguió el de Armañac; le deleitaba oír cómo retumbaba el sonido de su voz bajo las vigas del techo—. Caballeros, hace cuatro días desembarcó en Caláis un ejército inglés que avanza rápidamente hacia Paris. No, caballeros, esta

vez no viene a luchar contra el reino: son tropas auxiliares, cuya venida al parecer ha solicitado urgentemente el de Borgoña, al ver que los flamencos lo abandonaban.

—Pero si los ingleses le habían prometido al de Berry que permanecerían imparciales —dijo Carlos en tono apagado; nada de lo que sucediera podía ya impresionarle.

El de Armañac se encogió de hombros.

—¡Promesas, querido yerno, promesas…! Sea como fuere, se trata de un ejército fuerte y bien armado. Creo, pues, que en breve tendremos que hacer. En estas circunstancias estarás de acuerdo conmigo en que no podemos desaprovechar ninguna oportunidad de hacernos con dinero, reservas y pertrechos. Nadie sabe cuánto tiempo tendremos que permanecer movilizados. Mira… —Pasando junto a Carlos, se dirigió hacia el abad de Saint-Denis, que se apoyaba en la mesa—. Luchamos por una causa justa: por la justicia y la rehabilitación. Eso a vosotros os tiene que sonar a gloria, ¿no es así? Al fin y al cabo son nociones cristianas. Pero todo ello nos ha costado nuestros buenos dineros, a monseñor aquí presente y a mí y a todos nuestros aliados.

No hay ejército mayor ni mejor que el nuestro; sin duda alguna obtendremos la victoria. Pero ahora estamos sin blanca; y necesitamos una pequeña cantidad para pagar la soldada a nuestros hombres.

El abad hizo un gesto involuntario. Echando la cabeza hacia atrás, el de Armañac prorrumpió en sonoras risotadas.

—¡Tienes un fino olfato! Ya has olido adónde quiero ir a parar. —Colocó sus manazas revestidas de mallas sobre los hombros del abad—. Estoy bien informado, así que de nada servirá contradecirme: sé que guardáis los tesoros de la reina en vuestras bóvedas subterráneas. Es preferible que me entreguéis las llaves por las buenas: ¡os aseguro que mis medios coercitivos no son muy agradables!

—¡Armañac, os lo prohíbo! —exclamó Carlos con vehemencia, intentando tirar de su suegro asiéndolo del manto—. Esto va contra todas las reglas. Los tesoros de la reina son inviolables. Además, he prometido que no tocaríamos los objetos de valor de la abadía.

—Vamos, ¿y cómo, si no, podremos continuar la guerra? —preguntó el de Armañac por encima del hombro, sin soltar al abad—. ¿Cómo, si no, quieres derrotar al de Borgoña, querido yerno, y conservar el favor de tus soldados? Sufriremos bastantes pérdidas: esos ingleses disparan como la misma Muerte, siempre aciertan. A ti aún te falta experiencia, Orléans, confía por una vez en el juicio de alguien que sabe lo que hace falta. Puedes dejarme negociar tranquilamente con estos señores.

Monseñor de Orléans sin duda os firmará un recibo —prosiguió, dirigiéndose al abad de Saint-Denis—. Pero apuesto que Su Majestad no formulará objeción alguna cuando se entere del buen uso que se habrá hecho de su oro. Vamos, vamos, ¿dónde están esas llaves?

En las bóvedas de la abadía, las escaleras que conducían hacia abajo, e incluso en el patio, se desarrollaba a la sazón una lucha encarnizada entre los saqueadores. Por los colores de las sobrevestes, Carlos pudo comprobar que en aquella horda que gritaba y luchaba medio enloquecida se encontraban también muchos soldados de sus propias tropas, especialmente los lombardos de Asti, los soldados de los ejércitos de Wenceslao y mercenarios de distintas nacionalidades que le habían ofrecido sus servicios en el último momento. Los caballeros hubieron de recurrir a la fuerza para abrir camino a su señor y a sí mismos hasta los sótanos más profundos y recónditos. A la luz de las antorchas vieron brillar el oro y las piedras preciosas por entre los contendientes; al abrirse un arcón, se derramó un torrente deslumbrante de monedas.

Un gascón que intentaba escapar sin ser visto, con los brazos cargados de cálices y candelabros dorados, tuvo que soltar su botín al recibir numerosos navajazos; los hombres tropezaban unos con otros en sus prisas por arrebatarse los objetos de valor.

En la bóveda en la que se guardaban los tesoros de Isabel, el de Armañac repartía órdenes. Aquí no se permitía el acceso a los soldados; el de Armañac pensaba hacerse cargo personalmente de los arcones y de su contenido. Con los brazos en jarras, se hallaba ante una montaña de platos de oro pertenecientes a la vajilla del rey, que Isabel había hecho desaparecer de Saint-Pol en su momento. El reflejo de las joyas flotaba como una brillante nebulosa por encima de los arcones abiertos. El hallazgo superaba las expectativas del propio conde de Armañac.

Sin embargo, el hecho de que su yerno lo vigilara tan de cerca no le agradaba lo más mínimo. Arqueando las cejas, no cesaba de mirar de soslayo hacia donde estaba el joven, el cual, pálido e inmóvil, se apoyaba en su espada. De pronto el de Armañac esbozó una mueca de satisfacción; agachándose, recogió de uno de los arcones una corona adornada de lirios de oro, una corona real que otrora habían ceñido los miembros de la casa de Valois.

—Toma, Orléans —dijo el de Armañac—. Toma, muchacho, ¡para que luego no digas que no me preocupo por tu dicha y bienestar! —Acercándose de un salto adonde estaba su yerno, le plantó la corona en la cabeza—. Si de mí depende, pronto ha de llegar el momento en que pueda llamarte «Majestad, mi soberano, y en que el rey de Francia sea mi yerno».

Carlos se arrancó la corona de la cabeza y la arrojó junto a los platos y las copas de oro; el de Armañac, quien había hincado la rodilla ante él, hizo un gesto de fingido asombro.

—Monseñor se atreve a tirar la corona de Francia como quien tira una guirnalda marchita —dijo—. Veo que aún le queda mucho por aprender.

En la primera semana del mes de noviembre se celebró una reunión en el matadero de Sainte-Geneviéve, presidida por sus propietarios, los tres hermanos Legoix. Para tal ocasión se habían limpiado de sangre y suciedad las baldosas del

espacioso local, y se habían fregado los tajos y las unas. Colgaban al fondo los ganchos vacíos. Sin embargo, no se había podido eliminar el hedor, el aire salobre cargado de sangre, y el olor acre que habían dejado los miles y miles de cerdos y reses vacunas que se habían introducido en aquel lugar a lo largo de los tiempos.

El matadero, un edificio largo y estrecho, estaba lleno hasta rebosar; a la fría luz de aquel lluvioso día del mes de noviembre, que entraba por los altos ventanucos, se saludaron las personas que participaban en aquella reunión: carniceros y mozos de carnicería, curtidores, desolladores, choriceros, chacineros y vendedores de carne, pellejeros, zapateros y peleteros, y no sólo los dueños y maestros, sino también los oficiales, criados y aprendices, con sus delantales sucios y sus brazos descubiertos.

Por encima de varios tajos se había colocado un entarimado, sobre el que se encontraban los amos del cotarro: Tomás Legoix y sus dos hermanos, y los maestros carniceros Saint-Yon y Thibert, de los grandes mataderos junto al Cháâtelet. El mayor de los Legoix, un gigante de rostro redondo y encarnado, mantenía la mirada invariablemente fija en la puerta. De cuando en cuando saludaba a alguno de los que entraban, con gesto distraído, y meneaba impaciente la cabeza cuando su vecino Thibert le daba un codazo; estaba claro que aún no había llegado la persona que esperaba.

—Empieza de una vez, Legoix, antes de que oscurezca demasiado —dijo Thibert —. A fe mía, que tú también sabes hablar por tu cuenta.

Sabe Dios si ese cirujano no andará en otra parte realizando alguna sangría. ¡Dentro de una hora aquí dentro no acertaremos a distinguir ni la nariz del vecino!

Legoix seguía sacudiendo la cabeza.

—¿Para qué tengo las antorchas? —preguntó desabrido. Dicha observación suscitó el interés de los presentes; uno de los hombres que rodeaban el entarimado, un vendedor de carne, exclamo:

—¿Y de dónde sacas tú las antorchas, Legoix? Ya no queda ni una sola viruta de leña en todo Paris. En nuestro barrio las gentes queman puertas y marcos. ¿O es que te llegas hasta Saint-Denis para obtener madera para reas y leña?

Hubo risas pero poco sentidas; comenzaban a acusarse los efectos del largo asedio. Las reservas de la ciudad se habían agotado muy pronto, y el suministro de víveres estaba prácticamente paralizado.

Como solía acontecer en los tiempos difíciles, las piezas de ganado fueron las primeras en desaparecer: las que no habían sido robadas por los asediadores o por las bandas errantes, habían sido conducidas hacia parajes más seguros por los campesinos que huían. Las vacas, cerdos y ovejas que solían pastar junto a las murallas de la ciudad, habían sido sacrificados hacía más de un año, para evitar que los *armañacs* se adueñaran de los animales. Los carniceros y otras corporaciones relacionadas con ellos, apenas si tenían trabajo; de cuando en cuando conseguían traer a Paris, desde pueblos remotos, varios centenares de cabezas de ganado, con una escolta debidamente armada.

Legoix había aprovechado el encuentro de ambos ejércitos enemigos en Montdidier, para que le trajeran rápidamente un rebaño de ganado vacuno. Pero ¿qué podía suponer tal cantidad para una ciudad que necesitaba anualmente treinta mil reses bovinas y doscientas mil ovejas para subsistir? Los precios habían subido ya de manera astronómica: el del pan se había vuelto casi prohibitivo, y la fruta y la verdura eran imposibles de obtener. Aquellos ciudadanos que disponían de un huerto o de un terreno aún conseguían arreglárselas a base de nabos, tubérculos y hierbas. Sin embargo, la gente corriente disponía de bastante menos, y tenía que conformarse con la comida del pueblo llano en tiempos de guerra: ortigas cocidas en agua salada.

Tomás Legoix saltó del entarimado, apartando a los presentes, en sus prisas por acercarse a un hombre que acababa de entrar: el maestro cirujano Jean de Troyes. Del público surgió un murmullo de satisfacción; el cirujano, un hombre enjuto y enteco de mediana edad, gozaba de gran prestigio en la corporación de carniceros; tenía buenas relaciones en la Universidad, era hombre de gran elocuencia, y pasaba por persona muy entendida y erudita. Moviendo los brazos, para dar a entender que saludaba a la concurrencia con satisfacción, exclamó:

—*Dominus vobiscum*, compañeros. Pues para eso somos compañeros, ¿o no? ¡En realidad desempeñamos el mismo oficio!

Alzando la mirada hacia Legoix, que lo conducía hacia el entarimado, esbozó una sonrisa socarrona.

—Yo pertenezco a tu gremio, Legoix, pues puedo afirmar sin miedo a mentir que los pacientes a quienes efectúo sangrías son, principalmente, cerdos, bueyes y ovejas. Salve, Thibert; salve, Saint-Yon; salve, Legoix, Legoix —prosiguió, agitando rápidamente la mano hacia los cuatro hombres que ya se encontraban sobre el entarimado—. A ver, ayudadme a subir, que ya no estoy tan ágil como hace varios años.

Tomás Legoix aupó al cirujano como a un niño, y a continuación él mismo se plantó de un salto en el entarimado. El bullicio en el matadero se había ido aplacando; los presentes se apretujaban cada vez más alrededor del tajo, con la mirada alzada. En las primeras filas estaban los decanos de las corporaciones, los propietarios de talleres y comercios, y los jefes de los distintos ramos de la industria cárnica y peletera, hombres de todas las edades, algunos vestidos de pieles y paño, otros en sus atuendos de trabajo. Detrás de los maestros, se agolpaban los aprendices, en su mayoría muchachos y hombres de los estratos sociales más bajos, de constitución huesuda y ásperas facciones, flacos y sucios, con jubones y delantales que parecían impregnados de la fetidez de los talleres.

El matadero estaba completamente lleno; así y todo, seguían llegando espectadores que conseguían hacerse con un lugar: los estudiantes desarrapados de los colegios mayores del barrio de la Universidad, y los mendigos y afiladores, que desde el inicio de las hostilidades se encontraban intramuros en números aún más nutridos que antes, parecían haber olido que allí se cocía algo; aun antes de que los

criados de Legoix pudieran cerrar las puertas del matadero, se coló apresuradamente, dando golpes y paradas, una banda de pordioseros envueltos en andrajos.

—¡Compañeros! —gritó Tomás Legoix, cruzando sus brazos musculosos y encarnados—. Compañeros, he de anunciaros que en la noche de mañana a pasado mañana abandonaremos la ciudad junto con las tropas del duque de Borgoña para arremeter contra los *armañacs* en Saint-Cloud. —Esta noticia, que fue acogida con ruidosos gritos de aprobación, la habían estado esperando ansiosamente los carniceros y sus seguidores, desde que el de Borgoña los había provisto de armas a finales del verano. Casi a diario patrullaban en grupos por Paris, capitaneados por caballeros y jinetes del séquito del conde de Saint-Pol; ataviado con los colores y el emblema de Borgoña, un lirio en el centro de una cruz de San Andrés sobre un escudo azul, marchaba por las calles pisando fuerte aquel que se autodenominaba el ejército de Paris—. Se espera que mañana a medianoche nos presentemos unos dos mil hombres, o más, armados hasta los dientes, en la puerta de Saint-Jacques —prosiguió Legoix—. Dice el capitán Saint-Pol que en Saint-Cloud no hay más de mil quinientos *armañacs*. Unidos a los hombres del de Borgoña, nosotros seremos por lo menos tres o cuatro veces más fuertes.

—¡Guerra a muerte! ¡Guerra a muerte! —gritaban los estudiantes, quienes se habían encaramado a las vigas transversales bajo el tejado; parecían una bandada de cuervos hambrientos.

—Los *armañacs* blasfeman contra Dios y ofenden a nuestro rey, Carlos el Bienamado —dijo Saint-Yon con su voz áspera, como quebrada—. A sus prisioneros les cortan la nariz y las orejas y les dicen: «Id ahora a Paris a mostraros a ese chiflado que tenéis por rey».

—¡Viva el rey! —resonó bajo la techumbre. Los carniceros y sus aprendices y todos los que se encontraban alrededor de los tajos corearon inmediatamente aquel grito, pateando el suelo y golpeando las paredes, hasta hacer resonar los ganchos que colgaban vacíos.

—¡Si, vamos, viva el rey! —bramó una voz que se elevó aún más por encima del barullo—. ¡Abajo los *armañacs*, que quieren expulsarlo, abajo esa camarilla de funcionarios y cortesanos que simpatizan con los *armañacs*, que lo aconsejan mal y se embolsan su dinero! ¡Abajo el de Berry, ese infame traidor! —El hombre que había proferido estos gritos fue inmediatamente levantado a hombros por los circunstantes.

Era un hombre bajo y achaparrado, con una cara rechoncha afeada por angiomas; hubiera pasado por deforme si la musculatura de su nuca y brazos, así como sus dedos gruesos y algo engarabitados, no hubieran delatado una fuerza de la que carecen los enanos y jorobados. Tenía una nariz corta y chata con grandes orificios, y los incisivos superiores le sobresalían tanto que no podía cerrar los labios. A pesar de su repugnante caradura, entre sus compinches y los habitantes del barrio bajo de Saint-Jacques era un hombre popular a la par que temido. Cuando sucedía algo que

suscitaba el temor y el descontento de los ciudadanos, él no se limitaba a protestar y quejarse: en todo momento estaba dispuesto a ofrecer resistencia con sus palabras y puñetazos, y a defender sus derechos como también los de sus vecinos y conocidos. Llamábase Simón le Coutelier, apodado Caboche, y era desollador de oficio.

—¡Voto a bríos, basta de palabrería! ¡Hay que pasar a la acción! —exclamó, apoyando sus palabras con gestos de su puño levantado—. Ya podemos jurar y lamentarnos hasta el día del Juicio, hermanos, que esos lobos palatinos y esos buitres del Consejo no nos harán ningún caso, tanto si apoyan al de Armañac como al de Borgoña. ¿Quién es aún tan inocente como para creer que mejorará su situación por el hecho de unirse a esos borgoñones? Actuad por vuestra cuenta, camaradas. Eliminad a todo aquel que no sea de vuestro agrado y tomad por la fuerza lo que no podáis conseguir de otro modo. ¿Qué nos importa a nosotros la política de esos señorones? ¡Queremos manduca, queremos fuego en el hogar, y dinero en el bolsillo! —Los aprendices y mozos, los estudiantes encaramados en lo alto de las vigas y los mendigos y vagabundos, ladrones y rateros que se encontraban al fondo del matadero, iniciaron un griterío ensordecedor; relucieron las navajas, y aquellos que traían bastones o garrotes los agitaban en el aire.

—¡Simón, Simonnet! ¡Simón, Simonnet! —coreaban los estudiantes gritos.

—¡Caboche, eso son sandeces! —gritó el cirujano, con su voz aguda y penetrante —. No llegarías muy lejos, camarada, si impusieras tu voluntad de esa manera. En Montfaucon aún hay sitio de sobra para ladrones y malhechores, aunque cuelguen ya por docenas como peces ahumados, unos al lado y encima y debajo de otros. Si de veras queremos acabar con todos esos abusos, que no preciso repetir, puesto que ya nos levantamos atribulados y nos acostamos apesadumbrados, hemos de actuar de otra manera. A nuestro alrededor no hay sino caos y libertinaje: es preciso que al menos nosotros procedamos con orden y concierto. En primer lugar hemos de unirnos a las tropas de monseñor de Borgoña para expulsar a los *armañacs* de las puertas de nuestra ciudad. ¡No podemos emprender nada mientras París esté en peligro!

—¿Y tú crees que a mí me apetece pelear junto a esos perros ingleses? —gritó Caboche—. En cuanto hayan acabado con los *armañacs*, vendrán por nosotros. Es preferible que nos mantengamos a cubierto, camaradas, y que emprendamos nuestros propios caminos; es lo más seguro.

—¡Silencio! —Thibert golpeó furiosamente el entarimado con el bastón que empuñaba—. ¡Vive Dios! ¿Cómo podremos deliberar si esos tipos andan gritando de esa manera? —le dijo a Legoix—. Diles que se callen. Que escuchen ahora sin interrupciones al maestro De Troyes, que ha venido para hablar en nuestro nombre. ¡Silencio!

Después de haber empujado al cirujano hacia adelante, Legoix se había quedado quiero, con los brazos cruzados; aunque había fruncido el entrecejo cuando Caboche había tomado la palabra inoportunamente, no había abierto la boca. Durante el tumulto que había seguido a la breve alocución del desollador, había permanecido

pensativo, con una expresión de duda en su cara ancha y encarnada.

—Lo cierto es que a mí tampoco me hace mucha gracia —dijo de pronto en tono malhumorado a sus amigos del entarimado—. No me parece correcto que monseñor de Borgoña haya pedido ayuda a los ingleses. ¿En qué acabará todo ello? A los ingleses ya les sonsaque nosotros no los tragamos, pues no han conseguido cuarteles en toda la ciudad. Eso no nos lo perdonarán tan fácilmente. Yo desde luego no me fio de esos cabezas duras.

—¡Entra en razón, Legoix! —El maestro De Troyes se volvió violentamente hacia el propietario del matadero—. Los ingleses permanecerán aquí mientras los necesitemos para derrotar a los *armañacs*, ni un día más. Y aun suponiendo que monseñor de Borgoña se opusiera luego a su partida, estaríamos nosotros para recordarle que esa gentuza no es bien acogida dentro de nuestras fronteras. Los amigos de Inglaterra nunca han llegado muy lejos en estas tierras; créeme, Legoix, eso lo sabe el duque tan bien como nosotros. ¡Escuchad, compañeros! —prosiguió el de Troyes, alzando la voz—: Cuántas veces habré de deciros que primero es preciso expulsar a los ejércitos de Armañac, para que podamos exigir que se depuren el Consejo y la municipalidad. Con prudencia y paciencia llegaremos a donde queramos llegar. Monseñor de Borgoña nos necesita demasiado, ¡no lo olvidéis! Llega nuestra hora; nos encargaremos de que retornen a Francia la tranquilidad y el bienestar para todos los habitantes del campo y de las ciudades. Si el rey no está en condiciones de escucharnos y apoyarnos, ¿qué nos impide, compañeros, reclamar otro rey, por el bien de nuestro pueblo? Sí, sé que suena a herejía. —Echó una ojeada rápida a izquierda y derecha, escrutando los rostros asombrados e incomodados de los decanos de las corporaciones—. Pero me limito a repetir lo que los sabios y piadosos doctores de la Universidad, como el maestro Gerson y el maestro D'Ailly, han afirmado hace ya tiempo: ¡que un rey que dé pruebas de ineptitud, contumacia o iniquidad, puede y debe ser depuesto!

Simón Caboche alzó ambos brazos.

—¿A qué esperamos entonces, compañero? —le gritó al cirujano—. Si es cierto lo que afirmas, no tenemos por qué avergonzarnos. Estamos en buena compañía. ¡Esos peces gordos de la Universidad, que acabas de nombrar, sin duda nos absolverán si por error rebanamos algunas cabezas más de las estrictamente necesarias!

Thibert volvió a golpear con su bastón; Legoix se acercó al borde del entarimado y, en un acceso de cólera, conminó al desollador a que se callara y bajara al suelo: Caboche seguía a la sazón entronizado sobre los hombros de sus amigos.

—¡Diantre, Legoix! ¿Vas a salir tú ahora en defensa de esos tonsurados? —Caboche entornó sus ojillos enrojecidos, mientras su bocaza se contraía en una mueca burlona—. Pues ¿no me ha dicho un pajarito que tú denuestas y maldices sin cesar a los monjes de Sainte-Geneviéve porque siempre vienen a reprenderte por el hecho de que, durante la Cuaresma, vendes carne…, o la vendías? —Volvió a dirigir una

mueca a los presentes—. ¡Pues cualquiera diría que las reses que sacrificaste este último año te las has zampado tú mismo, amigo! Estás tan cebado como un cerdo antes de la Pascua de Navidad.

Los pordioseros al fondo del recinto y los estudiantes en lo alto de las vigas celebraron con risas incontenibles aquella observación.

—¡Al gancho con Legoix! —exclamó una voz. El rostro del maestro carnicero se había tornado púrpura y a punto estuvo de saltar del entarimado para dar personalmente su merecido a Caboche, pero lo detuvieron el de Troyes y Thibert. Conteniendo su cólera, optó por la solución más sabia: se unió a las ruidosas risotadas de sus compañeros.

—Ya veo que tú no entiendes de política, Simón Caboche —dijo el cirujano ásperamente. El desollador, que sonreía en son de burla por encima de las cabezas de sus compinches, imperturbable a la par que consciente de su poder, le parecía un sujeto peligroso, pero esperaba apabullarlo con su ingenio y elocuencia—. La violencia engendra violencia, ¿aún no has visto bastantes ejemplos? Nosotros hemos de restablecer la calma, pero como hombres prudentes, no como animales salvajes. No queremos que se repita lo que aconteció hace sesenta años, cuando el preboste Marcel se alzó para defender los derechos del pueblo. Se apresuró demasiado, actuando con dureza y violencia, ¿y cuáles fueron las consecuencias? ¡París perdió sus privilegios, y los ciudadanos se vieron expuestos a los peores pillajes! Demostraremos que hemos aprendido la lección del pasado. No recurriremos a la fuerza bruta, ni a los robos y asesinatos, Caboche. Castigaremos a quien haya que castigar, pero previas deliberaciones y juicio.

Ahora que el barullo dentro del matadero se había apaciguado, los hombres reunidos en el local percibieron ruidos fuera. Las campanas de Notre-Dame habían comenzado a repicar, a lo que siguieron las de la iglesia de Sainte-Geneviéve, y luego Saint-Jacques, Saint-Pol, Saint-Germain l’Auxerrois y Saint-Jean. Fueron secundándolas gradualmente otras iglesias, conventos y capillas, hasta que el aire pareció henchido de los tañidos de todas las campanas de Paris, grandes y pequeñas.

—¿Qué será lo que sucede? —preguntó Thibert—. Aún no es la hora de vísperas.

Los criados de Legoix, que entraron con antorchas encendidas en la semipenumbra del matadero, tampoco supieron indicar la causa de aquel solemne repicar; muchos hombres salieron al exterior, uniéndose al pueblo asombrado y curioso, congregado en la calle, con la esperanza de que Paris se hubiera visto liberado repentinamente de su asediadores. Las campanadas fueron remitiendo hasta enmudecer por completo; poco después, varias personas que venían de la dirección del Grand Pont informaron que en la catedral de Notre-Dame, en nombre de Urbano, el nuevo papa de Roma, se acababa de dictar auto de excomunión contra el de Orléans y el de Armañac, así como contra todos sus cómplices, por rebelión, robo y sacrilegio, y que se había puesto precio a su cabeza. A la ceremonia, celebrada con gran repique de campanas y cirios apagados, habían asistido el duque de Borgoña y

numerosos personajes de alcurnia.

—¿Habéis oído eso, compañeros? —preguntó Caboche, que se encontraba en el umbral de la puerta del matadero con las manos metidas bajo su delantal, a los hombres que había dentro.

Los estudiantes se habían descolgado de las vigas, dispuestos a salir corriendo por calles y callejas hacia los barrios de los que procedían, a la más mínima señal de peligro; los pordioseros y mendigos, que habían sido los primeros en desaparecer cuando las campanas comenzaron a repicar, volvieron a reaparecer con disimulo. Allí donde estaba Caboche, estaban ellos, invariablemente; los comentarios del desollador les permitían intervenir ruidosamente en público, insultando a las autoridades, quejándose, renegando y burlándose de lo que en general callaban por prudencia.

—Al de Berry, ese viejo cerdo, también lo han proscrito —prosiguió el desollador —. ¿Veis cómo tenía yo razón cuando afirmaba que ese gordinflón nos estaba vendiendo por entero a los *armañacs*? ¡Vamos todos al Hotel de Nesle, camaradas, y desollémoslo a conciencia en la explanada de su palacio!

Los hombres se agolparon en torno a Caboche, entre gritos. Varios estudiantes se disponían ya a arrancar las antorchas de las anillas en las paredes, cuando del grupo de los decanos de las corporaciones, que deliberaban junto a los tajos, se separó de un salto Tomás Legoix, seguido de sus dos hermanos menores.

—¿Te has vuelto loco, Simón Caboche? —Con gesto violento, Legoix apartó a los aprendices, que ya habían desenfundado sus navajas, ávidos de sangre y botín: se contaba que las bóvedas subterráneas del Hotel de Nesle estaban repletas de vino y salazones—. ¿Has perdido el seso, hombre? Eso sería la mayor insensatez que podrías cometer. Si no sabes tener las manos quietas ni avenirte a lo que decidimos aquí, es preferible que te largues. Los majaderos y alborotadores no pueden sino perjudicar nuestra causa.

—¿Y a mí qué me importan tus peroratas? —dijo Caboche, soltando un juramento y poniéndose en jarras—. ¡Queremos manducar y ese castillo está lleno hasta rebosar!

El maestro De Troyes, que había marchado a la gran isla del Sena para obtener noticias más detalladas, volvió a abrirse paso entre los hombres que cerraban la entrada; por los individuos que pataleaban y gritaban impacientemente junto a la puerta, ya se había enterado de lo que pasaba en el matadero.

—¡Escuchadme bien! —gritó, esforzándose por hacerse oír—. ¡Legoix, Caboche, escuchad! El duque de Berry ha huido anoche de Paris y el Hotel de Nesle ha sido asignado como cuartel al conde de Arundel y a sus ingleses.

Los aprendices y estudiantes comenzaron a gritar de descontento; el hambre y la necesidad les impedían atender a razones.

—¿Y ahora esos forasteros se atiborrarán de excelente comida francesa, comprada y pagada con nuestros dineros? —preguntó Caboche, sin dirigirse a nadie en particular. Miró de reojo, con expresión burlona, el semblante preocupado de

Tomás Legoix. El propietario del matadero tuvo que reprimirse violentamente para no emprenderla a puñetazos con Caboche. Aunque él también desconfiaba de los arqueros ingleses, quería evitar a toda costa peleas dentro de París, en vísperas de una acción conjunta contra los *armañacs*.

—Haz que Caboche y todos esos hombres se marchen de aquí —le susurró el maestro De Troyes al oído—. Es imposible deliberar mientras esté presente ese desollador. Interrumpe a los oradores y con sus impertinencias no hace más que sembrar la confusión. Recuérdales a los hombres que acudan mañana a medianoche a la puerta de Saint-Jacques, y continuemos la reunión con los decanos de las corporaciones en tu casa. ¿Para qué necesitamos a tanta gente? De esta manera nos libraremos también de los seguidores de Caboche, esa caterva de alborotadores y espantajos.

Legoix se resistía. Temía que el desollador y sus compinches no quisieran marcharse por propia voluntad. Sin embargo, tras consultarlo rápidamente con Thibert y Saint-Yon, acabó ordenando a Caboche que abandonara el matadero. Sorprendentemente, no hubo palabras de protesta. Caboche se marchó de inmediato, seguido de cerca por casi todos los oficiales y aprendices, y por los estudiantes y vagabundos. Legoix condujo a los demás, no más de treinta o cuarenta hombres, a través de un pasadizo cubierto, a su propia vivienda, situada detrás del matadero y de los establos y cobertizos colindantes. La silenciosa retirada de Caboche y de sus hombres le inspiraba recelo. No hacía más que preguntarse qué podría estar tramando el desollador. El que estuviera tramando algo parecía evidente, pues Simón Caboche jamás se había conformado con obedecer a una orden o acceder a una petición sin rechistar o sin mostrarse reacio. Legoix se propuso quitar de en medio a Caboche, por su propia mano si fuera preciso, si éste continuaba poniendo en peligro la noble causa de la burguesía con su comportamiento cerril. No estaba dispuesto a permitir que aquel energúmeno, que sólo perseguía su propio lucro, les arrebatara la autoridad a él y a sus compañeros.

Legoix sabía muy bien que la plebe, que hasta entonces había considerado a los propietarios de los mataderos como poderosos protectores y jefes merecedores de su confianza, tendía a seguir cada vez más a Caboche, quien apelaba a los insultos a los que el hombre cede con más facilidad. El sueño de volver a obtener los fueros, de recobrar a prosperidad, de la seguridad y el orden, de un gobierno prudente e impuestos moderados, se desvanecería si se permitía que Simón Caboche siguiera azuzando al pueblo hambriento. Esta decisión acerca de la suerte del desollador hubo de tomarla Legoix antes de lo que pensaba.

No había despuntado aún el alba, cuando el maestro De Troyes vino a golpear la puerta de su casa; el cirujano le señaló un resplandor que se vislumbraba por levante.

—Es fuera de la ciudad —dijo Legoix. Echándose un manto sobre el camisón, salió con el de Troyes a la calle—. Los *armañacs* han vuelto a incendiar un pueblo.

—No, no, Legoix —suspiró el cirujano, abatido—. Eso es obra de nuestro amigo

Caboche. Con sus palabras exaltadas consiguió atraer a unos quinientos o seiscientos hombres, para que lo acompañaran.

Me lo contó mi criado, quien al caer la noche se encontró con varios aprendices armados que se dirigían a un lugar no vigilado de las murallas. Ya han vuelto, los muy bribones, jactándose de su proeza. En lugar del Hotel de Nesle, han saqueado e incendiado el castillo de Bicétre.

Hacia la mañana se llenaron las calles del barrio de Saint-Jacques de individuos que habían participado en la expedición nocturna.

Aquéllos a quienes el vino no impedía proferir sonidos inteligibles —se habían traído en carretas los barriles de las bodegas del de Berry— contaban maravillas de la magnificencia del palacio ducal. Mostraban trozos de pan de oro que habían arrancado de las paredes, y fragmentos de las valiosas vidrieras de colores del de Berry. No se habían encontrado dinero ni joyas —¿sería realmente cierto que el duque se había gastado su fortuna por mor de la causa de Orléans?—, pero sí las famosas colecciones: libros, animales disecados y reliquias de santos y santas en urnas doradas. Los saqueadores habían arrojado al fuego los libros y animales; en cambio, se precipitaron ávidamente sobre las reliquias.

Cargados con su botín, los aprendices de carniceros y sus compinches desfilaron todo el día por las calles de París, cantando y gritando, capitaneados por Simón Caboche, quien para la ocasión se había ataviado con uno de los mantos ceremoniales del de Berry, de color escarlata, cargado de adornos dorados.

Tras haber mandado buscar en varias ocasiones al desollador para entrevistarse con él, al fin Legoix se dirigió personalmente, junto con sus hermanos y compañeros, al barrio donde se encontraba Caboche; pero el desollador sólo aparecía rodeado de sus secuaces armados de navajas y garrotes.

Pasada la medianoche, más de seis mil guerreros abandonaron Paris bajo el mando supremo del duque de Borgoña. Mientras los soldados avanzaban por tierra sobre Saint-Cloud, por el Sena descendían barcos con pez ardiente. Así fue como, al romper el día, los *armañacs* se vieron amenazados por dos frentes y de dos maneras dentro de su pueblo, fortificado a toda prisa. Se incendiaron los puentes sobre el Sena así como las barricadas de madera cercanas; la confusión que siguió, facilitó la entrada de las tropas del de Borgoña. Durante largas horas se luchó encarnizadamente en el pueblo y en los campos de los alrededores; pero la guarnición de Saint-Cloud, compuesta por bretones y gascones del ejército del de Armañac, estaba en franca minoría y, por otra parte, tampoco se hallaba preparada para aquel ataque desde la ciudad. Abandonando los cadáveres del campo de batalla a los lobos y cuervos, los borgoñones persiguieron a los *armañacs* en su huida hacia Saint-Denis.

Carlos de Orléans pasó el invierno en Blois, abatido y amargado. Sabía que el fracaso de su campaña lo debía a la cerril indiferencia del de Armañac y a los titubeos

y demoras de los demás aliados. Esta vez también tuvo que ser él quien pagara los platos rotos. El de Armañac había escapado con el oro de Saint-Denis. Una vez más, Carlos se vio ante la tarea de reunir la soldada de sus hombres y los rescates para los prisioneros de Saint-Cloud. Las arcas de Orléans se vaciaron hasta el fondo; los banqueros y prestamistas acudieron para contemplar y tasar los objetos de valor expuestos en Blois, en su mayoría pequeñeces: crucifijos, espejos, libros, relicarios y dos jaulas doradas que habían pertenecido a Valentina. La suma alcanzada no era ni con mucho suficiente, por lo que Carlos se vio obligado a imponer en el dominio de Orléans una elevada contribución sobre el vino y el grano, a fin de poder disponer de una considerable cantidad de dinero.

Todo se volvía contra él. Si bien el de Borgoña había renunciado a perseguir a las tropas de Orléans que se batían en retirada, por temor a las heladas y nevadas, el frío invernal no le impidió ordenar al conde de Saint-Pol que ocupara las regiones de Valois, Beaumont y Coucy.

A Carlos no le fue posible contraatacar; los duques de Borbón y de Alenon se hallaban muy ocupados defendiendo las fronteras de sus propios dominios, que también se veían amenazadas por las tropas del de Borgoña. El de Armañac continuaba vagando con sus hombres de región en región, saqueando y devastando como era su costumbre. El de Berry se había retirado dentro de los fuertes muros de Bourges, la capital de su señorío. Todas las semanas viajaban sus emisarios a Blois con noticias y misivas; ahora que había vuelto a caer en desgracia en la corte, el viejo duque se mostraba de nuevo dispuesto a consagrar todas sus energías a la causa de su sobrino.

Esta vez el duque de Berry parecía realmente agraviado y amargado hasta lo más profundo de su ser: la pérdida de su poder e influencia en París no era nada comparado con la destrucción salvaje de sus colecciones. La idea de que Bicétre había sido reducido a ruinas calcinadas, que los valiosos manuscritos se habían carbonizado, las vidrieras de colores se habían hecho añicos y las reliquias habían sido robadas por saqueadores inconscientes del valor de todo aquello, lo atormentaba día y noche. Durante su larga vida, el de Berry nunca se había caracterizado por su sinceridad, honradez o bondad; sin el menor escrúpulo había mentido y engañado, traicionado y calumniado, cuando le convenía. Pero la pérdida de Bicétre le hizo llorar como un niño, de rabia impotente y amargura.

«Querido sobrino», le escribió a Carlos, en una carta confidencial: «Así jamás lograremos nuestro objetivo. Tú ya no tienes un céntimo y yo estoy arruinado. Para poder fortificar Bourges he tenido que vender los objetos de valor que me quedaban aquí; mis posesiones parisinas han sido confiscadas. Mi hermoso castillo de Bicétre ha sido arrasado, como sabes, por el populacho, que continúa robando y asesinando diariamente a los honrados ciudadanos. Sobrino, sé de buena tinta que se está preparando una nueva campaña contra nosotros: dicen que después de Pascua Florida el de Borgoña quiere marchar sobre Bourges. El delfín ha sido armado caballero en

Paris y vendrá al frente del ejército, junto con el de Borgoña. Somos ambos enemigos públicos, sobrino; nuestra situación se ha puesto muy fea. Por ello quiero proponerte algo. Me he puesto en contacto con el rey de Inglaterra.

Éste tiene motivos de descontento por el modo en que el de Borgoña ha tratado a las tropas auxiliares que le fueron enviadas de ultramar el año pasado. Por mediación de los monseñores de Armañac y de Bretaña me he enterado de cuál es la opinión de los reyes de Inglaterra acerca de la situación en nuestro reino. Están dispuestos a enviarnos tropas auxiliares, a cambio de determinadas condiciones. Te adjunto un proyecto del tratado, en el que se incluyen las exigencias formuladas. Ten presente, sobrino, que no nos queda otra alternativa. Decídete cuanto antes, y envía correos a los duques de Borbón y de Alenon, rogándoles lo que yo también te encarezco a ti: que firmen las hojas en blanco que adjunto. Esto agilizará los trámites; mis escribientes rellenarán más tarde el texto del tratado. Sobrino, no hay tiempo que perder. El ejército del de Borgoña se encuentra ya en Melun. Ha tenido que detenerse allí, ya que el rey se halla indispuesto, pero no tardarán en llegar a Bourges. Presumo que el asedio se producirá hacia el día de San Bonifacio. Calculo que podré resistir unos dos meses, no más. Antes de que transcurra dicho plazo, necesitaré ayuda. No te demores, sobrino; piensa que el éxito de nuestra causa depende de la suerte de Bourges. Si yo caigo, te tocará el turno a ti en Blois. Tus aliados no pueden ayudarte ahora. Hazte cargo de todo esto, firma el documento en blanco y transmítelo. ¡Apresúrate!».

Carlos reunió inmediatamente a su consejo: su hermano Felipe, el canciller Davy, los capitanes De Bracquemont y De Villars, y el gobernador de Orléans, De Mornay. Vacilante y con desgana les comunicó el contenido de la carta del duque de Berry. En medio de un silencio que expresaba una condena más enérgica de lo que hubieran sido palabras de desaprobación o indignación, leyó finalmente los puntos del tratado: según el de Berry, el rey de Inglaterra se declaraba dispuesto a enviar de inmediato ocho mil hombres, entre soldados de infantería y arqueros, si el duque de Orléans y sus aliados se comprometían a ayudarle a someter Guyena y Aquitania, regiones cuya soberanía reclamaba desde siempre la corona inglesa.

Los amigos y familiares de Carlos permanecieron callados, incluso después de que éste hubo dado fin a la lectura. Se mantenían inmóviles en torno a la mesa, sin alzar la mirada.

—Estoy esperando, caballeros —dijo Carlos al fin. Intentaba disimular su desazón adoptando una actitud ceremoniosa—. Quisiera conocer vuestra opinión acerca de esta propuesta.

Felipe hizo un gesto como si quisiera incorporarse de un salto, pero se contuvo y se quedó sentado apartando la vista. Los demás intercambiaron una mirada. Finalmente el de Mornay se levantó, suspirando.

—Monseñor —aguardó un instante, mirando distraídamente hacia el resplandeciente cielo primaveral, azul y blanco, que se divisaba tras la ventana—, nos

sucede lo que al hombre a quien se dio a elegir entre ser ahorcado y ahogarse. No sé qué debo aconsejaros. Comparto el parecer del duque de Berry de que sin una ayuda rápida y vigorosa del exterior, vuestros ejércitos y los de vuestros aliados habrán sido destruidos antes de que termine el año, pues se hallan dispersos y debilitados, y ya hemos comprobado que no es posible actuar unitariamente y obedecer a una autoridad central. Con el apoyo de los ingleses sin duda ganaría el partido de Orléans, al menos por ahora. Ellos luchan mejor que nadie en Francia. Vos podríais sosteneros, monseñor, pero ¿a costa de qué? Por lo que a mí respecta, preferiría perder mi vida y posesiones antes que hacer causa común con los enemigos de Francia.

El de Bracquemont también se levantó.

—Además —dijo—, ¿para qué mezclar a los ingleses en nuestros conflictos nacionales? Si ellos ven que nosotros estamos divididos, prepararán con más confianza una guerra contra todos nosotros juntos.

Os aconsejo que dejéis que las cosas sigan su curso, monseñor. ¿Acaso es seguro que el de Borgoña ponga cerco a Blois si llegara a caer Bourges? Me parece más probable que regrese a Paris, dado el estado de salud del rey. En ese caso, tendremos tiempo de tomar las medidas que convengan.

—¿Y si el de Borgoña volviera a buscar el apoyo de Inglaterra? —observó el de Villars ásperamente—. No sería la primera vez. ¿Acaso su hija no está medio prometida con un príncipe inglés? Si los ingleses arremetieran otra vez contra nosotros, estaríamos perdidos del todo. Pues mil arqueros de los suyos luchan mejor que todo el ejército del de Borgoña.

El canciller Davy, sin embargo, seguía sacudiendo la cabeza.

—Son esas malditas condiciones las que nos impiden firmar ese tratado. Inglaterra quiere ahora que pongamos por escrito nuestras promesas. El de Borgoña ya les ha mostrado lo que sucede cuando no existen acuerdos escritos.

—Pero si nosotros ayudamos a los ingleses a conquistar Guyena… ¡eso es alta traición! —estalló Felipe. Miró implorante a su hermano—. No puedes hacer eso. No podemos hacer eso, Carlos.

—Tienes razón —dijo Carlos con calma—; escribiré a mi tío abuelo el de Berry diciéndole que no podemos aceptar esta propuesta. Nos limitaremos a marchar a Bourges con todos los soldados de los que disponemos.

Aquella noche Carlos no lograba conciliar el sueño; en su aposento dejó arder la vela sobre la mesa, y hubo de encender una nueva cuando finalmente la llamita amenazaba extinguirse en el fondo del candelero. Ni siquiera se había desvestido, y tampoco conseguía estar quieto; con las manos a la espalda andaba de una pared a otra, de la cama al armario, de la mesa al hueco de la ventana. Hacia la medianoche golpearon suavemente su puerta; Carlos descorrió el cerrojo. De la oscuridad de la escalera abovedada surgió Dunois, quien, al igual que su hermano, aún vestía su jubón y sus botas.

—¿Qué sucede? —preguntó Carlos, sorprendido y algo irritado; no deseaba ser

importunado.

—No puedo dormir, hermano. —Dunois se sentó sobre el arcón de Carlos, apretándose las palmas de las manos entre las rodillas—. Estuve pensando en lo que nos dijiste hoy. ¿Tan desesperada es realmente nuestra situación? ¿Perderemos la guerra contra el de Borgoña?

—Seguramente —dijo Carlos encogiéndose de hombros—; a menos que pronto consigamos dinero y convenzamos a los soldados a nuestro servicio de que obedezcan ciegamente las órdenes que damos. Lo que nos pierde es que nuestro ejército tenga media docena de jefes, que se entorpecen entre sí. Si en nuestras filas hubiera reinado el orden y la disciplina, no habríamos sido derrotados de manera tan ignominiosa en Saint-Cloud, hermano. Se me cae la cara de vergüenza cada vez que pienso en aquel día. No es de extrañar que nuestros enemigos nos consideren unos fanfarrones.

Dunois miró en silencio a su medio hermano. Carlos había adelgazado y su rostro estaba bronceado; la larga permanencia al aire libre había curtido su piel, con lo que había perdido toda su palidez, incluso ahora que todo el color había desaparecido de su semblante. Aunque lo afeitaban con esmero, en las mejillas y barbilla se apreciaba continuamente la sombra azulada de la barba. Solía fruncir el entrecejo con tanta frecuencia con gesto pensativo, que, incluso cuando se distendían sus facciones, seguía dibujándose una arruga entre sus cejas. Aparentaba más de diecisiete años, debido sobre todo a sus ojos.

Tenía la mirada triste y algo desconfiada de quien ha sufrido frecuentes injurias y decepciones. También solía bajar la vista cuando no quería dejar traslucir su inseguridad, cosa que ocurría bastante a menudo.

—¿Qué sucederá si perdemos? —preguntó Dunois con realismo. Carlos lo miró de soslayo.

—Depende —respondió—. Estamos proscritos. Pueden matarnos o desterrarnos, con lo que todas nuestras posesiones revertirían a la corona. De veras no lo sé, hermano. Pero la situación no es muy halagüeña.

—¿Qué hubiera hecho monseñor nuestro padre? —preguntó Dunois de repente. Carlos no contestó. Sabía de sobra que su padre jamás se hubiera visto en circunstancias tan desesperadas; él no se hubiera dejado manejar por el de Armañac, a él no lo hubieran abandonado los señores de Luxemburgo y Picardía. Cuando pensaba en su padre, le invadía una sensación de amarga vergüenza; aquí estaba él, el heredero de un gran título, de poderío y de extensos territorios. ¿Cómo había desempeñado su tarea? Había perdido la mitad de sus tierras y todo su dinero y objetos de valor; en la lucha contra el de Borgoña recibía golpe tras golpe, y día a día el nombre de Orléans iba perdiendo lustre.

No había vengado a su padre, no había cumplido la promesa que hiciera a su madre, y tanto para él como para sus hermanos, su hermanita y su hija no había futuro; en el mejor de los casos, acabarían como pobres exiliados.

—¿Qué será mejor, hermano? —preguntó Dunois con voz clara—. ¿Qué derrotemos al de Borgoña junto con los ingleses o que dejemos que el de Borgoña nos haga picadillo por permanecer nosotros fieles al rey y al reino? Ya sé que los ingleses son nuestros enemigos capitales, pero tú mismo has oído cómo el de Borgoña deja gobernar a los carniceros en París, permitiendo que incendien las iglesias, empujando luego a las mujeres y niños al fuego, y que roben y asesinen a su antojo.

¿No sería preferible que el rey perdiera Guyena a manos de los ingleses, a que perdiera toda Francia a manos de hombres tales como los carniceros y los soldados del de Armañac? Si tú ganas la batalla, hermano, y obtienes la rehabilitación, serás poderoso. Si te convirtieras en el brazo derecho del rey, podrías promulgar leyes para proteger al pueblo contra todos esos vagabundos y aventureros. Tal vez entonces fuera también más fácil mantener sobre las armas a un gran ejército, bien adiestrado y disciplinado, para defender al país contra los ataques de fuera, cosa que jamás haría el de Borgoña.

Carlos, que se encontraba junto a la mesa, alzó la cabeza y miró a Dunois con sorpresa y atención. Nunca había oído al muchacho hablar tanto tiempo seguido. Dunois era taciturno por naturaleza, y no tenía por costumbre expresar su opinión gratuitamente. Tenía doce años cumplidos, pero era intrépido y fornido como un adulto; en su rostro ancho y pálido brillaban sus ojos de color gris verdoso con singular claridad, como el agua de los arroyos que corrían por la ciudad de Blois. Llevaba el pelo hirsuto y rojizo tan corto que parecía que se lo hubieran rasurado. Seguía sentado en la misma postura encima del arcón, con las manos entre las rodillas y los ojos clavados tranquilamente en Carlos.

—¿De modo que, para ti, yo no sería un traidor si hiciera lo que me propone el de Berry? —preguntó Carlos con calma, mientras se sentaba frente a Dunois en el borde de la cama—. Lo que no sabemos es si el rey pensará lo mismo que tú, hermano.

Dunois se echó a reír.

—El rey mismo comió y bebió con el señor de Arundel, cuando éste estuvo en Paris —dijo—. Me lo contó La Marche, ese borgoñón que hicisteis prisionero.

Carlos suspiró y asintió con la cabeza, pensativo.

—Acabaremos luchando contra los ingleses, de todas formas —dijo al fin—. Nadie duda de que tarde o temprano estallará la guerra. Por eso esta alianza me parece tan ignominiosa.

—¡Oh! Pero eso a los ingleses les consta sobradamente. —Dunois arqueó sus claras cejas, como si le asombrara que Carlos aún albergara dudas al respecto—. Cierto, es muy enojoso que necesitemos ahora su ayuda. Se burlarán de nosotros, por no ser capaces de mantener la paz dentro de nuestro propio país. Pero, ¿no crees, hermano, que el de Borgoña es actualmente más peligroso que los ingleses?

Carlos mandó a la cama a su medio hermano; él se quedó velando hasta el amanecer. Le acompañaba la duda. Le avergonzaba el ansia que le invadía en

ocasiones de verse libre cuanto antes de las preocupaciones y las cargas, de la responsabilidad y la inquietud que le habían tocado en suerte desde la muerte de su padre. ¿Qué importaba si lo derrotaban y desterraban? Al fin y al cabo ya había demostrado su buena voluntad, y las circunstancias eran más fuertes que él. Siempre que le invadían pensamientos similares, sentía espanto; se tachaba a sí mismo de cobarde, blando, ingrato e indigno. ¿Qué tipo de hombre era él, que adolecía a veces de una falta total de heroísmo, de tenacidad, de dinamismo? Las palabras de Dunois lo incitaban de nuevo a perseverar. Qué diantre, así era la política; era preciso que ahora demostrara sus aptitudes para la diplomacia. El de Borgoña había sabido servirse de los ingleses, desembarazándose hábilmente de ellos una vez que habían cumplido su cometido. ¿Por qué tenía que fracasar él allí donde había triunfado su enemigo?

De pie ante la ventana, Carlos veía palidecer las estrellas en el cielo matutino. Resolvió firmar la alianza con los ingleses.

Cierto día, hacia mediados del mes de junio, se preparaba en el ejército que había acudido a Bourges bajo el mando del rey y del duque de Borgoña un solemne encuentro entre ambos partidos. Se levantó una estructura de madera en un terreno pantanoso al exterior de las murallas de Bourges, una plataforma dividida en dos por una barrera.

Hacia la tarde se acercaron, desde el campamento real, el duque de Borgoña y el delfín, rodeados de nobles vestidos de armadura, sacerdotes y jurisconsultos vestidos con togas. Comoquiera que los heraldos a caballo, apostados en el campo para anunciar la llegada del de Berry y su séquito, no hacían ademán de alzar las trompetas, el de Borgoña y su principesco yerno continuaron andando de un lado a otro por los prados encharcados, mientras los caballeros de su cortejo los contemplaban desde una prudente distancia. El sol brillaba en lo alto del cielo, y hacia un día en extremo caluroso. El delfín suspiraba sin cesar; hubiera cambiado gustoso su pesada coraza sobredorada por los ropajes de seda en los que gastaba tanto dinero en Paris, pero, como aquí actuaba en representación del rey, su padre —a quien, tras pensarlo mejor, habían mandado de vuelta a casa—, debía ser, ante todo, hombre de armas.

Bajo las grandes plumas blancas y azules que ornaban su yelmo, el rostro del delfín parecía pequeño y afilado como el de un niño, dentro de la abertura de la visera. Caminaba delante de su suegro con sus andares peculiares, exageradamente pomposos, como un gallito con las plumas de la cola enhiestas. El duque de Borgoña, ataviado como de costumbre con su manto de color rojo encendido, lo seguía con gesto malhumorado. Hacía varios días que el comportamiento del delfín lo incomodaba sobremanera: el hecho de que a aquel mocoso de dieciséis años le hubiera sido encomendada una misión oficial no le confería el derecho de intervenir

por su cuenta en el plan de campaña trazado por el de Borgoña. Pretendía éste destruir Bourges, reducir la ciudad a escombros y saquearía, sojuzgar al de Berry y marchar acto seguido en dirección a Blois. No pensaba regresar a París sin haber ajustado las cuentas con sus adversarios, de una vez para siempre.

La marcha hacia Bourges no había discurrido sin tropiezos. El ejército había tenido que detenerse continuamente, debido al estado de salud del rey. También habían surgido problemas con la manutención de las tropas y el suministro de alimentos y pertrechos. Una vez ante las murallas de Bourges, el de Borgoña había desafiado por fin formalmente al duque de Berry.

El viejo duque respondió escuetamente que él estaba dispuesto a abrir las puertas en todo momento al rey y al delfín, pero no a determinadas personas malintencionadas, en cuyo poder se encontraban el soberano y su hijo. El pueblo, que se había apelotonado sobre las murallas de la ciudad, expresó sus sentimientos de manera inequívoca.

—¡Borgoñones, no tenéis vergüenza! —gritaban los guerreros y los ciudadanos a los de abajo—. Mantenéis preso al rey en una tienda, obligándole a hacer vuestra voluntad. ¡Traidores asquerosos, os aprovecháis de su enfermedad!

El de Borgoña consideró que ya tenía suficientes motivos para tomar medidas enérgicas. Mandó preparar onagros y catapultas para un ataque; los altos edificios y torres inmediatamente detrás de las murallas constituían un objetivo apropiado. Pero halló oposición donde menos lo hubiera esperado: su yerno, el delfín, quien hasta entonces se había acomodado a los deseos del de Borgoña, se opuso categóricamente al empleo de artillería gruesa. El de Borgoña renegaba entre dientes; el sol ardía en el acero de su armadura, y en las mallas de la nuca y los brazos. Apartando de un golpe su manto rojo, apresuró el paso hacia donde estaba su yerno.

—Monseñor —dijo el de Borgoña, pugnando por conservar un asomo de cortesía en sus palabras—, os señalo una vez más que vuestro proceder va en contra de las decisiones tomadas por el Consejo antes de nuestra partida. Como sin duda recordaréis, acordamos entonces que llevaríamos a término esta acción.

—Claro, claro —repuso el delfín con impaciencia—. Así es. Pero quiero poner punto final a esta lucha entre los monseñores nuestros parientes y vos, que ya comienza a hartarme. Cuesta muchísimo tiempo y dinero. ¿Qué tipo de vida es la que llevamos? No me seduce la idea de tener que pasar año tras año en tiendas y campamentos. ¡Si mi padre muriera repentinamente, a mí alrededor no habría más que problemas!

—¿Os arredra el tener que limpiar el reino de rebeldes y traidores? —preguntó el de Borgoña, despectivo—. Lo que estamos haciendo aquí, también es en vuestro propio interés.

El delfín se echó a reír, con aquella risita aguda y afectada que tanto lo caracterizaba.

—¡Vamos! —replicó, mirando de soslayo a su suegro con las cejas arqueadas. El

de Borgoña observó que era la misma mirada que desde siempre le había desagradado tanto en la reina Isabel—. ¡Vamos! Me encuentro luchando contra mis parientes por el hecho de que ellos pidan satisfacción por el asesinato del único hermano de mi padre. ¿No os parece eso un motivo sorprendente?

El de Borgoña se detuvo, tirando bruscamente del brazo de su yerno el delfín.

—¿Acaso simpatizáis ahora con los de Orléans? —preguntó, lanzando una mirada rápida y desconfiada hacia el grupo de nobles y altos dignatarios que esperaban alrededor de la plataforma de madera. Se encontraban éstos conversando, mientras sus armaduras brillaban, y sus mantos y togas purpúreas y violáceas reflejaban la luz del sol. El de Borgoña escrutó las filas; de pronto se sintió inseguro. El delfín contaba con hombres de confianza, con seguidores. ¿Cuáles de aquellos prelados y caballeros serian traidores y simpatizarían con la causa de Orléans? Ya anteriormente se le había ocurrido que aquel encuentro entre el delfín y el duque de Berry podría ser una encerrona. A fin de estar prevenido contra todo, había tomado sus medidas. Durante las deliberaciones siempre lo acompañaría un grupo de consejeros y de caballeros de confianza armados pertenecientes a su propio séquito; por otra parte, a cierta distancia del lugar de encuentro se hallaban apostados jinetes y soldados, cuya lealtad también le constaba.

—Querido suegro, interpretáis mal mis actos —dijo el delfín, incomodado—. ¿Cuántas veces os he explicado ya por qué no quiero que se destruya Bourges? —Puso una cara larga para dar a entender que su paciencia se había agotado, y repitió una vez más, en tono aburrido, sus motivaciones—: El de Berry no tiene hijos varones, por lo que tras su muerte su dominio revertirá a la corona y pasará a mis manos; esto es algo que está más que decidido, como vos sabéis. Bourges es una hermosa ciudad; esas iglesias y torres han costado mucho dinero. No me haría gracia recibir como obsequio unas ruinas que luego habría de desescombrar y reconstruir a mis expensas. ¿De qué me sirven campos de labor devastados y viñedos destruidos? ¿Cómo podré entonces imponer mis contribuciones? Lo siento, pero no quiero ser un pobretón. A diario veo en vos cuán provechoso resulta poseer dominios prósperos.

—¡Hum! —El de Borgoña sacó el labio inferior, furioso. Estaba claro que aquel muchacho, cuyas ansias de lujo él mismo había fomentado con la esperanza de entretenerlo con diversiones y objetos de valor, comenzaba a plantear exigencias más serias.

A todo esto habían llegado al final de la estrecha franja de terreno transitable junto al pantano, por lo que dieron la vuelta. A doscientos pasos se alzaba el entarimado, ornado de banderas y pendones y dividido en dos mitades por una sólida barrera de madera.

—Todo eso está muy bien —prosiguió el de Borgoña, irritado—, pero vos no podéis iniciar negociaciones pasando por alto la decisión del Consejo. No olvidéis que la parte contraria ha sido proscrita. Y sobre todo, monseñor, no olvidéis todo lo que ha venido sucediendo en el transcurso del pasado año. ¡Por Dios, no puedes

desentenderte de mí y de mis quejas así como así! —estalló de pronto, parándose delante del delfín—. Todo este plan de iniciar negociaciones es ridículo, yerno.

¿Acaso hay algo que negociar? Esto es cosa del de Bar, de eso no cabe duda. Es él el traidor. Tiene a un hermano en el séquito del duque de Berry. Eso siempre me ha parecido sospechoso.

El delfín enrojeció de cólera.

—El de Bar está bajo mi protección —dijo con voz demudada, presa de gran excitación—. Os prohíbo que emprendáis nada contra él. No es un traidor. Nadie os faltará al respeto, ni es preciso que os rebajéis.

Pero ahora quiero hacer las paces con monseñor de Berry y con mis primos. No siento ganas de capitanear vuestras guerras. Podéis seguir luchando tranquilamente sin mí. Los miembros de la casa de Orléans son parientes míos, su lugar está en mi séquito y en mi corte. ¿Por qué habría yo de ser menos que los soberanos y príncipes de otros países, sólo porque vos deseéis disputar? ¡Por el hecho de que mi padre esté enfermo y demente yo no tengo por qué vivir como un patán!

El delfín encogió furiosamente los hombros, apresurando el paso para escapar a su suegro. Además, a lo lejos se abrían ya las puertas de Bourges, se tendió el puente levadizo y salió una larga hilera de jinetes.

El de Borgoña no hizo ademán de volver a alcanzar al delfín; se mordía el labio inferior, pensativo, mientras miraba cómo su yerno se alejaba: con su sobrevesta de seda, su armadura sobredorada y todas aquellas plumas, el heredero de la corona parecía más indefenso y torpe de lo que era en realidad. Como le molestaba el arnés, tenía que separar mucho las piernas al andar, y las grebas le obligaban a mantener rígidas las rodillas. El de Borgoña rió entre dientes. Él siempre había sido consciente, con rabia y vergüenza, de las imperfecciones de su propia constitución y porte, por lo que se recreaba en los defectos de los demás. Subió al estrado detrás del delfín. Los consejeros y hombres armados se agruparon en torno a ambos príncipes. De esta manera, protegidos por las dobles barreras, aguardaron la llegada del de Berry.

El viejo duque se acercó con un semblante en el que se leían claramente el agravio y el desprecio; he aquí que las gentes se habían protegido contra él como si fuera una fiera destructora. Apenas había vislumbrado las precauciones tomadas por el de Borgoña, había procedido de idéntico modo. Trajo a sus propios consejeros y séquito, y los jinetes y guerreros que habían venido con él de Bourges permanecieron a la misma distancia en el campo que los del duque de Borgoña.

Para la ocasión, el de Berry se había armado de pies a cabeza; no estaba dispuesto a permitir que el de Borgoña se burlara de su tío por estar demasiado viejo y grueso como para llevar un arnés. Se había tocado con un yelmo coronado, y empuñaba un hacha y una espada; arrastraba tras de sí por el suelo un amplio y pesado manto cuajado de margaritas de plata. Si bien apenas conseguía respirar bajo el peso del acero y el cuero, supo mantener un porte grave y digno, a costa de un gran esfuerzo.

El hecho de haber sido invitado a aquellas deliberaciones, sin que se hubiera

disparado una flecha ni lanzado una sola piedra, en aquel momento le resultaba muy ventajoso: las tropas auxiliares de los ingleses aún tardaban en llegar, por lo que un aplazamiento de las hostilidades era una grata noticia. No acertaba a comprender lo que se proponían el de Borgoña y el delfín; por desgracia, tenían muy pocos motivos para temerle.

El duque de Berry tenía a la sazón setenta y cuatro años. Diariamente comprobaba que sus fuerzas no eran suficientes ya para poner fin a la tarea que había emprendido movido por la rabia y la amargura.

Ya no valía para la guerra. Por amor de Dios, ¿por qué no se acababa con las hostilidades? Si más adelante surgiera algún nuevo motivo para reanudarlas, él no pensaba participar. Había tenido su parte y anhelaba terminar tranquilamente sus días en algún castillo cómodo lejos de la política y de las intrigas palaciegas. Cuanto más pensaba en ello, más conveniente le parecía solucionar la cuestión lo antes posible. Procuraba reprimir las dudas que le asaltaban; de hecho, la situación no era tan sencilla como parecía y también aquella paz se construía sobre arenas movedizas. Lo que aconteciera más adelante, a él, gracias a Dios, ya no le atañía. El de Orléans tenía que decidir por su cuenta lo que quería en realidad. Qué diantre, si conseguía que se atendieran las exigencias planteadas ahora por el de Berry, verdaderamente no tendría por qué seguir peleando. ¡Podía olvidar con toda tranquilidad aquella enemistad trasnochada!

El de Berry prometió, entre solemnes juramentos, que convencería a Carlos de Orléans y a sus hermanos para que aceptaran las condiciones; seguidamente entregó al delfín, a través de una abertura entre dos barrotes, las llaves de la ciudad de Bourges. Aquello le causó una honda aflicción; no conseguía contener las lágrimas.

—Mi tío comienza a chochear —comentó el de Borgoña encogiéndose de hombros, mientras veía alejarse al de Berry, quien regresaba a su escolta tambaleándose ligeramente—. Ya os salisteis con la vuestra, monseñor —prosiguió en voz más alta, dirigiéndose al delfín, el cual estaba tan contento con las llaves de Bourges como un niño con un juguete nuevo.

En Blois reinaba un gran abatimiento; habían llegado dos noticias a la vez: que en Bourges se estaban llevando a cabo negociaciones de paz y que el ejército de auxilio de los ingleses, al mando de los duques de Clarence y Cornwall, había desembarcado en Cotentin. Desesperado, Carlos envió cartas y embajadas a su tío abuelo, quien se preparaba en Bourges para partir hacia París. La respuesta que recibió fue escueta: el de Berry se retiraba del asunto, había hecho lo que había podido por ayudar a su sobrino. Si ahora habían surgido complicaciones, no era culpa suya. Le aconsejaba a Carlos que procurara lograr cuanto antes un acuerdo con los duques de Clarence y Cornwall: probablemente éstos estuvieran dispuestos a anular el tratado a cambio de una compensación pecuniaria. «Y acude cuanto antes a Auxerre, sobrino, para

negociar personalmente la paz; si formulas con habilidad tus pretensiones, no tienes por qué salir perjudicado». Así concluía la carta del de Berry.

Tras leer aquellas líneas, Carlos permaneció largo tiempo inmóvil, en silencio, tapándose los ojos con la mano. Le parecía ver, sobre un fondo oscuro, pequeñas figuras multicolores que giraban, estrellas, aros, bolas que volteaban acercándose y alejándose, estallando como chispas o reduciéndose a puntitos. Sentía como si su corazón se vaciara y encogiera; la confianza y la esperanza, que, a pesar de los reveses, jamás habían desaparecido del todo, tomaron inexorablemente el camino que habían seguido un día sus sueños juveniles.

Frente a sus consejeros adoptó un tono que hasta entonces no acostumbraban percibir en él: duro e indiferente, el tono de un jugador que arriesga temerariamente todas sus pertenencias con malos naipes. A través del de Mornay y Davy, inició negociaciones con los ingleses, que de día en día se adentraban más en el país, vagando medio errantes sin rumbo, y sin desdeñar los saqueos, ahora que no estaban seguros de la guerra ni del botín. El de Clarence replicó que jamás había visto una situación tan caótica y desordenada como la del reino de Francia, y que jamás había tenido unos aliados tan inconstantes. Estaba dispuesto a dar por reparada la ofensa si se pagaban a él y a su ejército ciento cincuenta mil escudos. Aquella suma dejó aturdido a Carlos.

Aunque ignoraba aún cómo conseguiría reunirla, contestó rápidamente que aceptaba dicha condición, siempre y cuando los ingleses se hicieran a la mar antes del Año Nuevo de 1413. El de Clarence vislumbró la posibilidad de sacar mayor tajada. «Antes del primero de enero, de acuerdo», mandó decir, «pero en ese caso Vuestra Merced ha de entregarme sesenta mil escudos más».

Carlos le escribió sin ambages que no veía la manera de reunir un capital semejante; pero su interlocutor inglés, frío y calculador, le ofreció la solución, pidiéndole rehenes prominentes, a los que liberaría en cuanto quedara saldada la deuda. Carlos accedió a ello; mandaría inmediatamente a los rehenes, a condición de que las tropas del de Clarence no efectuaran saqueos en su regreso hacia la costa. También aquella condición tuvo su precio: los ingleses exigieron otro rehén, uno de los hermanos del duque de Orléans, a elección de Carlos.

En presencia de sus hombres de confianza y de los miembros de su casa, Carlos leyó lentamente la última respuesta recibida del duque de Clarence. Apenas si osaba levantar la vista del pergamino; no podía soportar la expresión avergonzada, preocupada y abatida de los semblantes de sus amigos y ayudantes.

—He de enviar a siete rehenes —dijo al fin, devolviendo la carta del de Clarence a su secretario Garbet—. Seis hombres de mi entorno inmediato y uno de mis hermanos.

—Sí, monseñor. —El de Mornay se adelantó—. Sé que hablo en nombre de todos si os pido que elijáis ahora.

Carlos recorrió la hilera de hombres con mirada casi implorante.

Los veía aguardar en silencio: los capitanes, el canciller, el gobernador, sus gentiles hombres de cámara, los nobles de su séquito, el viejo Garbet; junto a este último se hallaban sentados Felipe y Juan. Felipe tiraba de un cordón de su manga, presa de una excitación apenas reprimida. Él no quería marchar al exilio, ¡no quería! Pero temía que tendría que hacerlo, y no podía oponerse a la orden de Carlos.

—¿Alguno de vosotros desea ser eximido por alguna razón de peso? —preguntó Carlos lentamente, a media voz, como si cada una de las palabras le costara un inmenso esfuerzo. Los hombres callaban—. Perdonadme, pero no puedo —dijo Carlos de pronto, haciendo un breve ademán vehemente de desesperación—. No puedo elegir.

De la fila se destacó Archambault de Villars; le hizo una rápida reverencia rígida a Carlos, permaneciendo junto al extremo inferior de la mesa.

—Yo me pongo a vuestra disposición —dijo secamente—. Pido que otras cinco personas sigan mi ejemplo. Que cada cual decida en conciencia lo que debe hacer.

Casi inmediatamente se colocó a su lado el canciller Davy, seguido del chambelán Des Saveuses y de tres caballeros más. Otros que ya se disponían a dar un paso adelante retrocedieron al ver que ya se había alcanzado el número exigido. Carlos dio las gracias a los voluntarios.

No sabía muy bien qué decirles, pues era más que consciente de lo desesperado de su situación; tal vez nunca pudiera pagar su rescate. En el mejor de los casos, les aguardaba un exilio muy prolongado. Aquel grupo taciturno situado al extremo inferior de la mesa realizaba un gran sacrificio por él, sin que él pudiera ofrecer nada a cambio, ni siquiera una promesa o una palabra de esperanza.

Se volvió hacia sus hermanos: veía el rubor intenso y los labios apretados de Felipe, y el semblante pálido, repentinamente adulto, de Dunois, quien también sentía culpa ante el curso de los acontecimientos y sufría al ser consciente de que él no podía hacer nada por expiarla. Al bastardo de Orléans no se le consideraba lo suficientemente representativo como rehén. Pero entonces los ojos de Carlos se cruzaron con la mirada tranquila y sombría de Juan, su hermano menor.

—Déjame ir a mí, Carlos —dijo el muchacho con su voz aún infantil—. Tú no puedes prescindir de Felipe; yo, en cambio, no te sirvo de mucho aquí. De este modo por lo menos podré serte útil a ti y a nuestra casa. Déjame ir a mí, hermano, no lo lamentarás.

Felipe alzó rápidamente la vista, mirando expectante a su hermano mayor; veía en la mirada de Carlos que éste opinaba del mismo modo: él, Felipe, era imprescindible; no convenía que marchara al exilio.

Agradeció a todos los santos de los que se acordaba el haberle librado, mientras Carlos se dirigía a Juan para abrazarlo, oprimiendo la cabeza del muchacho contra su hombro.

El día de la Ascensión hicieron nuevamente las paces las facciones de Orléans y de Borgoña, en un convento en las inmediaciones de Auxerre. En presencia de príncipes, nobles, ciudadanos y prelados, representantes del Consejo, Parlamento y Tribunal de Cuentas y delegados de todas las ciudades importantes del reino, Carlos declaró disuelta su alianza con los duques de Berry, de Borbón y de Alenon y el conde de Armañac, y nulo el tratado con Inglaterra, que a la sazón había salido a la luz. El de Borgoña juró a su vez que él tampoco mantenía ya relaciones con los enemigos del reino. En los campos y caminos junto al convento de Auxerre se agrupaban los habitantes de las ciudades y pueblos vecinos, para ver a las comitivas principescas, los caballos y carruajes, las banderas y pertrechos, las comidas al aire libre, y los combates simulados celebrados por los caballeros de alcurnia en una palestra delimitada con cintas de vivos colores. Los espectadores tenían el ánimo abatido; no podían creer que hubieran acabado los disturbios y las penalidades. Por añadidura azotaba la región una enfermedad contagiosa que, según decían, procedía del campamento de Bourges. Todas aquellas conversaciones sobre una paz perdurable no conseguían ahuyentar la certeza de que a todas horas seguían muriendo personas y animales en las casas y granjas de la comarca. El miedo a la muerte, el hambre y la guerra estaba profundamente arraigado entre la población desde hacía un siglo. Los tiempos mejores ya vendrán en el cielo, decía la mayoría de la gente, y nosotros pecadores ni siquiera sabemos lo lejos que está el paraíso.

Para tranquilizar y complacer al pueblo congregado en los campos que rodeaban el convento, el duque de Borgoña y Carlos salieron juntos al exterior; caminaron de un lado a otro entre las mesas engalanadas, y, a petición del delfín, montaron juntos en el mismo caballo, el de Borgoña delante y Carlos detrás, para dar una vuelta triunfal alrededor de la palestra. Salieron de la iglesia del convento los niños de coro, con cirios encendidos y cantando «*Gloria in excelsis Deo*». Los espectadores y componentes de aquel extraño juego principesco, emocionados por el repicar de campanas, los cirios, los cánticos y el despliegue de banderas, corearon, primero vacilantes pero luego con voz cada vez más fuerte, el más hermoso de todos los cantares: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, ¡aleluya, aleluya!».

Mientras tanto hacia estragos la peste y dedicaban se por doquier al pillaje los mercenarios recién licenciados de los duques de Borgoña y de Orléans, así como todos los aliados de éstos; el de Armañac continuaba asolando con sus gascones las regiones entre el mar y el Loira, y los ingleses, una vez en posesión de los rehenes que habían pedido, regresaron a sus barcos robando e incendiando, pese a acuerdos y promesas. «*Pax in terra*», cantaba el pueblo, ignorando qué le depararía el día siguiente; «*hominibus bonae voluntatis*», canturreaban los poderosos, con el corazón inquieto y receloso. «Aleluya, aleluya», exclamaban todos juntos, mientras volaban gorros y sombreros, y las banderas ondeaban al viento. El caballo que montaban el de

Borgoña y el de Orléans se espantó con el griterío y comenzó a encabritarse; tuvieron que sostenerlo para que ambos jinetes pudieran desmontar sin peligro.

Por aquel tiempo nacía en el pueblo de Domrémy, en Lorena, el más pequeño de los cinco hijos del labriego Jacques de Arco. Era una niña, a la que bautizaron con el nombre de Juana.

Carlos de Orléans y su hermano Felipe aceptaron la invitación del delfín de acompañarle al castillo de Vincennes. El príncipe tenía ganas de conocer mejor a sus primos. Monseñor de Aquitania, o Guyena, tal como se denominaba al príncipe heredero, comenzaba a hartarse del modo en que el duque de Borgoña se creía obligado a ejercer la tutela sobre él. El joven había probado ya varias veces el sabor de la independencia, y, además, había bastantes personas de su entorno que lo alentaban a que se liberara de su suegro. Isabel, quien aparentemente apoyaba al de Borgoña de manera incondicional, intentaba influir en su hijo satisfaciendo todos sus caprichos. Le regalaba casas, dinero y objetos de valor, sin oponerse ya a la vida de disipación más absoluta que éste llevaba.

Añoraba pesarosa los buenos tiempos de otrora. Mientras los duques rigieron los destinos del país, ella había sido poderosa; ahora ya no mandaba en nada. Su hermano Luis de Baviera, quien se encontraba casi permanentemente en su inmediato entorno, le señaló un modo de recuperar de nuevo su influencia. El delfín se hacía adulto; era un joven superficial e inconstante, que carecía de ganas y de talento para reinar. Ocupaban su interés los bailes y bacanales, los vestidos de seda y las hermosas joyas. Quienquiera que supiera satisfacer todos estos antojos, se granjeaba su confianza y podía manejarlo a su albedrío. El de Borgoña, que en otros tiempos se había mostrado bastante indulgente con su yerno, manifestaba un descontento cada vez mayor cuando se enteraba de las cantidades de dinero pedidas y derrochadas por éste.

De estos roces tenía que sacar partido Isabel, si quería reafirmar su autoridad a través del joven. Así pues, siguió el consejo de su hermano, cerrando sin el menor escrúpulo los ojos a los excesos de su hijo, mientras escuchaba imperturbable las advertencias del clero y las quejas de los subordinados. El hecho de que el delfín y sus amigos bebieran y bailaran noche tras noche en el Hotel de Béhaigne en compañía de rameras, y el que importunaran a inocentes ciudadanos con sus ocurrencias no siempre inofensivas, ¿qué le importaba a la reina? Ella halagaba su vanidad, le llenaba de regalos, le susurraba nuevas ideas al oído —Isabel también tenía su imaginación—, señalándole al mismo tiempo la conveniencia de volver a buscar el acercamiento al partido de Orléans: ¿no estaban acaso allí prácticamente todos los príncipes de la sangre? Aunque al delfín su madre le parecía una mujer de

una fealdad repulsiva, además de egoísta y desagradable, sentía aún más aversión hacia el duque de Borgoña, desde que éste había empezado a reprenderle y censurarle sin cesar, a él, el heredero de la corona. Monseñor de Guyena se consideraba lo bastante mayor para ocupar la suprema dignidad a la que había sido llamado, y deseaba hacerlo del modo en que a él le pluguiera; a fin de poder entregarse tranquilamente a los lujos y placeres, quería distribuir los puestos de responsabilidad en el gobierno entre aquellos de sus amigos y parientes que fueran lo bastante competentes como para no propiciar el desorden, y, al mismo tiempo, conscientes de que no se debe importunar innecesariamente a la testa coronada.

En Vincennes el delfín colmó de favores a sus primos de la casa de Orléans, organizando en su honor fiestas y cacerías. Felipe, quien se hallaba completamente deslumbrado por el brillo de aquella vida de corte y cuyos días transcurrían en un delirio de alegría y placeres desconocidos, se convirtió de inmediato en su compañero entusiasta e infatigable. Carlos, sin embargo, no perdió la compostura; no era capaz de olvidar con tanta facilidad lo que había dejado atrás, más allá de los muros ornados de coronas y guirnaldas de las salas de festejos. Además, cuando pensaba que había sacrificado en vano a su hermano Juan, puesto que los ingleses habían incumplido sus promesas, se llenaba de tristeza y amargura. Por primera vez en muchos años, Felipe se atavió de oro y de vivos colores, pero Carlos se negó a despojarse de su vestimenta negra. Como un extraño que no entiende la lengua de sus anfitriones, vivía en medio de sus parientes de la realeza y de su corte. Veía cómo su hermano, con el rostro arrebolado por la emoción y el esfuerzo, intentaba seguir el ejemplo del delfín en la fila de cortesanos que bailaban, mientras hermosas mujeres le sonreían y le tendían obsequiosas la mano.

Carlos, por su parte, permanecía sentado bajo el dosel, junto a la reina, quien lo encontraba aburrido; en otros tiempos, en Chartres, había creído vislumbrar en la conducta del joven duque de Orléans una promesa de ingenio y cortesía; ahora lo único que podía decirse de él era que tenía buenos modales y una presencia agradable. Carlos era plenamente consciente de su propia incapacidad de participar en la euforia y en las bromas intrascendentes de los demás; esto le hacía tanto más taciturno y esquivo cuanto que en su fuero interno descubría un creciente anhelo de participar en aquella despreocupación y exaltación que observaba en los jóvenes a su alrededor, de poder invitar a bailar, con aquellas palabras corteses y floridas, a las mujeres, ante cuya belleza permanecía confundido a la par que extasiado. Era como si nunca se hubiera percatado de que existieran tanta tersura, tanta calidez gracilidad; tras la redondez de un brazo, la caída de un velo o las curvas de un cuello y hombro se ocultaban encantos insospechados, cuyo hechizo acusaba Carlos más intensamente debido a su falta de experiencia y su timidez, que le hacían aún más indefenso ante tal hechizo. Sin embargo, no dejaba traslucir sus emociones, sino que, sentado en medio de hombres mayores, hablaba de política. Consideraba su obligación descubrir cuáles eran las opiniones en este grupo con el que hasta la fecha había tenido tan poco

contacto. Por otra parte, se sentía inseguro; lo que le había sido prometido en Auxerre, la rehabilitación y la restitución de sus posesiones, por el momento no eran más que palabras escritas en un papel. El Consejo aún no se había reunido, el de Borgoña había marchado a Flandes, y la rehabilitación consistía únicamente en la recepción en la corte y la actitud benévola del delfín. Durante los días de su estancia en Vincennes, Carlos sólo pudo sincerarse con una persona. Una noche descubrió, entre los espectadores de la sala de banquetes, a una mujer delgada de mediana edad vestida de granate, de rostro afilado y mirada inteligente. La reconoció al instante y se dirigió hacia donde estaba, aunque sabía que según la etiqueta le correspondía a ella, como inferior en rango, el acercarse a saludarlo. Pero él recordaba cómo de pequeño se había sentado a sus pies, entre los profundos pliegues de su vestido, mientras ella recitaba versos para su madre con su suave voz. Le pareció que Crisuna de Pisan, viuda del señor Du Castel, había cambiado poco.

Durante aquellos días mantuvieron largas y frecuentes conversaciones; frente a ella no le resultaba difícil expresarse con franqueza. La dama de Pisan había conocido a su abuelo, había admirado a su padre y había sido amiga, además de compatriota, de su madre. La saludó casi como a un pariente.

En los doce años que habían transcurrido desde que Carlos la viera por última vez, la dama de Pisan había ganado fama y renombre; nadie ponía ya en duda sus talentos, era huésped y confidente de príncipes, y no era inferior a los grandes sabios, en cuanto a conocimientos y sabiduría. Si bien el de Borgoña era su protector, ella seguía siendo imparcial. Carlos sentía que podía confiarle tranquilamente sus palabras y reflexiones.

Cuando se hablaban durante alguna fiesta cortesana o comida, o en las salas de audiencias de la reina, tanto Carlos como la poetisa observaban el debido ceremonial en su presencia, ella permanecía de pie o arrodillada, y él sólo aludía a cuestiones generales, pidiéndole que le instruyera en la literatura y filosofía. Pronto los miembros de la corte real se acostumbraron a ver a monseñor de Orléans y a la dama de Pisan conversando durante largas horas. Pero en otras ocasiones Carlos la invitaba a que lo visitara en su aposento; sin otra audiencia que maese Garbet, él le confiaba sin ambages sus reflexiones, emociones y desvelos, en la medida en que él mismo era consciente de ellos.

Crisuna lo comprendía muy bien; sabía lo que significa tener que vivir con un corazón profundamente apenado entre personas despreocupadas.

—Cuando murió mi esposo, quedé sola en el mundo, monseñor —decía, clavando en él sus ojos sabios y serenos—. Desde el principio tuve que cuidar de mis hijos y de mis parientes más cercanos. Yo también luche mucho por intentar salvar lo que me tocó en herencia. Sin embargo, no lo conseguí, monseñor. Pero Dios me concedió el don de expresar muchas cosas en forma versificada. Gracias a este don, logré salir adelante y educar a mis hijos. Creedme, conozco la sensación que os causa tanta pena: sentirse solo, aun en una sala repleta de gente que se divierte. Cuando acababa

de perder a mi marido, sólo era capaz de cantar al amor y al dolor, y ya sabéis, monseñor, que ese tipo dé canciones están en boga como tonadas de baile. Vendí mi pena por un puñado de monedas de oro. —Calló, alzando sus finas manos en un gesto de resignación—. Muchas veces creí que no había en la tierra destino más cruel que el mío. Pero, ay, monseñor, con la edad uno se hace más sabio y se aprende de día en día. Ahora pienso a menudo que antes lloraba con harta facilidad por mi propia pena. Cuando miro a mi alrededor, no comprendo cómo puedo contemplar el sufrimiento de Francia sin derramar una lágrima. Monseñor, monseñor, ¿cómo es posible que los reyes y príncipes puedan dormir tranquilos por las noches?

La dama de Pisan supo contarle infinidad de cosas sobre las calamidades que azotaban al pueblo; a menudo había visto de cerca la miseria que causan el hambre, el frío, la enfermedad, la crueldad y el desgobierno. Sus palabras devolvieron a Carlos la conciencia de que debía actuar. Se despidió de la corte y marchó hacia el sur, a sus dominios de Beaumont, que habían padecido mucho bajo la ocupación de Waleran de Saint-Pol. Dejó a Felipe en el séquito del delfín; el muchacho no deseaba otra cosa. Antes de su partida, Crisuna de Pisan le ofreció un libro de poemas suyos titulado Epístolas de Othea a Héctor.

A cambio, Carlos le regaló su cruz de oro; no era lo bastante rico para recompensaría con una suma principesca de dinero. La amistad de la poetisa le había reconfortado, con lo que abandonó Vincennes bastante menos amargado y triste de lo que había venido.

En un día lluvioso y frío de la primavera del año 1413 entró en Blois Felipe, conde de Vertus, a lomos de su caballo, procedente de Paris. No llegaba con la pompa debida a su rango, con un séquito bien armado, sino presuroso, sobre una montura cualquiera, acompañado únicamente de dos palafreneros. Sin cambiarse siquiera de ropa, Felipe fue a ver directamente a su hermano; lo halló en su antigua sala de estudio, revisando cuentas y recibos, ayudado por maese Garbet y varios escribientes. Al ver a Felipe, Carlos se incorporó de un salto, con una exclamación de asombro. El muchacho aún jadeaba tras la rápida galopada y la carrera; venía, además, disfrazado: traía manto, gorra y calzas propias de un mercader y estaba recubierto de fango y suciedad.

—He huido de Paris —dijo, sin dejar hablar a su hermano, mientras tiraba nervioso de los cordones de su manto—. He cabalgado durante dos días y dos noches sin interrupción, hermano. Venían pisándome los talones.

Carlos indicó a los escribientes que podían retirarse. Maese Garbet, por ser de confianza, permaneció de pie detrás de la mesa, con gesto preocupado.

—Siéntate, Felipe —dijo Carlos—, y cuéntame lo sucedido. —Apartó de un puntapié el manto húmedo y sucio que Felipe había dejado caer al suelo, e hizo que éste se sentara en el banco—. Hace ya varios días que llegó aquí otro fugitivo, tu

médico de cámara, el maestro Pion.

—Entonces aún vive, ¡gracias a Dios! Creí que lo habían liquidado —exclamó Felipe; Carlos se acercó un taburete con el pie y prosiguió:

—Pues no, pero cuando llegó, su estado era bastante más grave que el tuyo, hermano. Venía a pie, semidesnudo y muerto de hambre. Sigue guardando cama y está demasiado enfermo como para contar muchos pormenores. Sé que en Paris ha estallado una revuelta, y que el pueblo asedia la Bastilla.

Felipe hizo un gesto excitado de impaciencia. —De eso hace ya varias semanas —, ¡desde entonces han ocurrido tantas cosas! Esa chusma de los carniceros domina Paris, armada de grandes cuchillos y hachas.

Han fortificado sus barrios como si fueran fortalezas. Ninguno de esos individuos sigue trabajando, sólo se dedican a patrullar y a saquear, matando a todo aquél cuyo aspecto no sea tan cochambroso como el suyo y que no grite tan fuerte como ellos.

Bueno, todo eso ya lo sé. —Carlos atajó con un gesto el torrente de palabras de su hermano—. ¿Podrás contar tranquilamente lo que sabes o prefieres dormir y comer antes?

—¿Estás loco? ¡No estoy cansado, hermano! —Jamás se había visto expuesto a un peligro tan grande, ni había vivido tan de cerca acontecimientos tan importantes. A su juicio, estaba muy enterado de la situación, por lo que podía informar a su hermano tan bien como los emisarios o las cartas de la corte, si no mejor—. Te contaré todos los pormenores. Todo comenzó ya cuando llegué a Paris con la reina y monseñor de Guyena. A diario había disturbios delante de palacio y reyertas en las calles, por el hecho de que el rey haya hecho las paces con nosotros. Evidentemente el de Borgoña es el instigador de todo ello. Todos los días, esos carniceros se congregaban delante de Saint-Pol, pidiendo a gritos la presencia de monseñor de Guyena. Finalmente éste tuvo que asomarse a una ventana, por las buenas o por las malas. Esos individuos tienen a un orador, que es cirujano o algo por el estilo, que fue quien se dirigió a monseñor, diciéndole que él era su única esperanza, pero que tenía malos amigos y consejeros, y que se comportaba como un calavera y un derrochador. Sí, eso decía ese cirujano, hermano, mientras los maestros carniceros, vestidos con sus mejores galas, asentían todo el rato; pero el populacho que siempre los acompaña agitaba navajas y bastones. Llevan gorros blancos, esos tipos, como una especie de emblema, todo Paris los lleva, pues quien no lo hace es hombre muerto. Entonces monseñor de Guyena, para provocar a los carniceros, se puso un capirote cuyas largas faldas le caían por encima de los hombros, con lo que parecía que llevaba los distintivos de nuestro partido.

Con gesto excitado describió cómo el populacho, armado de hachas y garrotes, había subido corriendo las escaleras de Saint-Pol, invadiendo las salas de palacio; cómo había arrastrado consigo a numerosos cortesanos prominentes, entre ellos a Luis de Baviera, hermano de la reina, y a varias damas de honor que habían participado en el banquete del delfín. Los prisioneros fueron encerrados en el Louvre,

custodiados por la multitud enardecida. El de Borgoña, quien había acudido a toda prisa desde el Hotel d'Artois, había intentado calmar a la gente interviniendo personalmente, pero nadie le hacía caso. Al parecer, ni siquiera los maestros carniceros conseguían imponer su autoridad a sus criados y aprendices. Una delegación —de la que Felipe recordaba los nombres de Saint-Yon y Thibert— había acudido a pedir perdón a monseñor por el comportamiento de las tropas populares; pero inmediatamente después aparecieron las mismas tropas, capitaneadas por el antiguo verdugo municipal, Capeluche, y un desollador, Caboche, el peor sedicioso de todos, procediendo a un nuevo saqueo en palacio, con la intención de capturar y asesinar esta vez a todo aquel que en algún momento hubiera tenido algo que ver con el partido de Orléans.

—Aún no sé ni cómo logré escapar —concluyó Felipe, mientras tomaba su copa y, antes de beber, la alzaba maquinalmente hacia su hermano, con gesto cortés—. Tuve que escalar un muro, y luego un campesino me ayudó a atravesar el Sena en una barca de remos. Un criado de monseñor de Berry me tuvo escondido varios días en una cabaña en los campos junto al Hotel de Nesle. Allí aún pude enterarme de otras noticias: los carniceros custodian al delfín, sin permitir que éste reciba a nadie. Con todo, consiguió enviarme un mensaje: aquí lo traigo… —Felipe se sacó de la manga una hoja de papel sucia y arrugada en la que el delfín había escrito de su puño y letra, con grandes letras torcidas: «Reclutad aliados y tropas: ayudadme. Me están amenazando, quieren obligarme a que renuncie a mis derechos en favor de mi hermano el de Turena. Exigen la lucha armada contra el partido de Orléans. ¡Estad alertas! ¡Ayudadme!».

Carlos de Orléans se había vuelto a poner en contacto con sus antiguos aliados los duques de Alenon y de Borbón, y el conde de Armañac. El delfín enviaba constantemente emisarios y cartas pidiendo ayuda urgente. En Paris reinaban la confusión y el desorden. Los carniceros, quienes querían arremeter contra los *armañacs* y los ingleses al mismo tiempo, estaban reuniendo los fondos necesarios para emprender una campaña. Los nobles y ciudadanos acomodados eran asesinados o expulsados de la ciudad, y sus casas, saqueadas.

Esta vez Carlos veía ante sí un nuevo cometido: marcharía sobre Paris, no tanto para combatir a su enemigo capital el de Borgoña, sino como defensor del reino, de su soberano y de su gobierno. Sin lugar a dudas, jamás las circunstancias le habían sido más favorables a él y a su causa. Comprendía que lo que él nunca hubiera podido lograr por sus propios medios, lo habían propiciado ahora la necedad y la exaltación del populacho. El de Armañac acudió con un contingente militar bastante mayor que el de antaño. Aunque Carlos lo trataba invariablemente con palpable reserva, él se comportaba frente a su yerno como si entre ambos nunca se hubieran producido roces. Buscaba continuamente la compañía de Carlos: durante las deliberaciones o

comidas se sentaba junto a él, cabalgaba a su lado, caminaba con él, y adoptaba una actitud que quería dar a entender que era el confidente y brazo derecho del de Orléans. Frente a aquel proceder, Carlos no supo oponer otras armas que la frialdad y el silencio, si bien comprendía muy bien que el de Armañac consideraba a su alcance el objetivo tan anhelado. Olía el éxito y quería ser el primero en recibir regalos y favores cuando el de Orléans llevara la batuta en Paris. Aunque Carlos infería del comportamiento de su suegro que la victoria final estaba próxima, veía el futuro con preocupación y presentimientos sombríos.

El primer día de agosto apareció el de Orléans con sus ejércitos ante las puertas de Paris; le ofreció su ayuda al rey, a cambio de las posesiones que le habían sido arrebatadas, la completa rehabilitación y la restauración del buen nombre de su difunto padre.

Al ver aquel cinturón de hombres armados en torno a la ciudad, cundió la agitación en las filas de la milicia popular. Los hombres se congregaron en la plaza mayor para esperar las órdenes de Caboche, pero aun antes de que el desollador pudiera abrir la boca, comenzaron a escucharse acá y allá, entre la multitud inquieta y agitada, gritos en favor de la paz, que fueron coreados rápidamente. Todos los que no pertenecían al entorno inmediato de Caboche estaban más que hartos de aquella situación de asesinatos y pillajes, de arbitrariedad e inseguridad. Los talleres permanecían cerrados, el comercio estaba paralizado y el suministro de víveres sufría continuos trastornos. El privilegio de andar armado por la ciudad y de hacer correr la sangre impunemente no compensaba todas aquellas incomodidades.

—¡Paz! ¡Paz! ¡Los que quieran la guerra, que se pongan a la izquierda, los que quieran la paz, a la derecha! —gritó una voz de entre la multitud. Aquella propuesta halló un eco favorable. Coreado inicialmente por unos cuantos, al poco tiempo retumbaba en la plaza aquel clamor de más de mil gargantas. La voz de Caboche se ahogó en el griterío, y tuvo que contemplar impotente cómo aquellos que hasta entonces habían sido sus seguidores se concentraban en el lado derecho de la plaza. Nadie osó quedarse a la izquierda. Esto tuvo importantes repercusiones: en espacio de veinticuatro horas cambió por completo la situación en la ciudad.

Las puertas se abrieron y Carlos de Orléans y sus principescos aliados entraron en Paris. Los habitantes de la ciudad, exultantes, no hicieron las cosas a medias: en las plazas y esquinas se encendieron grandes hogueras festivas, y hasta bien entrada la noche se bailó y bebió al aire libre. El vino y la excitación hicieron caer al pueblo en el extremo opuesto: aún antes del amanecer fueron expulsados de la ciudad Caboche, Saint-Yon, Thibert, el de Troyes y otros muchos carniceros y aprendices, y sus casas, saqueadas e incendiadas. En la vivienda de Caboche se halló un documento en el que figuraba, entre otras, la firma del de Borgoña, y que contenía una larga lista de nombres de ciudadanos de Paris, acompañados de una letra: una M, una P o una R.

Esto significaba, respectivamente, muerte, prisión o rescate. Muchos de los nombres así señalados pertenecían a personas que siempre habían sido partidarios

acérrimos del de Borgoña. El hallazgo de este documento supuso el fin del poderío del duque; el pueblo, que en otros tiempos lo había seguido ciegamente, se volvió ahora contra él de modo unánime. Cuando el de Borgoña se enteró de que las gentes en las calles competían con los *armañacs*, gritando: «¡Perros borgoñones, os vamos a cortar el pescuezo!», y que habían comenzado a detener a los funcionarios nombrados por él y a matar a sus sirvientes, consideró que su vida ni siquiera estaba a salvo en la torre del homenaje del Hotel d'Artois. Huyó precipitadamente de París, abandonando a sus seguidores a su precaria suerte.

Apenas hubo llegado a Arras, se enteró de que venían sus enemigos, bajo las banderas reales, para obligarle por la fuerza de las armas a que pidiera perdón y expiara sus faltas. Junto al delfín acudía al combate Carlos de Orléans; delante de él veía el toldo de seda del carruaje en el que viajaba el rey, y por encima de su cabeza ondeaban los pendones azules y dorados de Francia y los estandartes en los que se leía «Justicia» y «El camino recto». En algunos momentos aún creía soñar; cerraba los ojos, pensando que, cuando volviera a abrirlos, vería a su alrededor los muros de Blois o el paisaje desolado de Gien. Pero la realidad era que se había convertido en hombre de confianza y favorito de la familia real, que se preocupaban por su suerte y defendían su causa. Ahora había salido a castigar al de Borgoña, justificado y apoyado por la autoridad suprema; casi había logrado su objetivo y cumplido su tarea.

Sin embargo, seguía teniendo motivos de desasosiego. No tenía más que volver la cabeza para ver cabalgar al de Armañac tras de sí, con su sempiterna sonrisa astuta y torcida en sus labios agrietados.

La obstinada presencia del gascón preocupaba a Carlos; le recordaba involuntariamente a los buitres que, en tiempos de guerra, revolotean a menudo por encima de los ejércitos que avanzan, con la instintiva certeza de que no tendrán que esperar mucho tiempo por su carroña. Durante su breve estancia en la corte, el de Armañac ya se había granjeado numerosos enemigos debido a su conducta grosera y repulsiva y a su codicia desvergonzada. Carlos sabía que incluso aquellos que simpatizaban con la causa de Orléans, condenaban la alianza con el gascón. Muchos veían con temor y descontento que el ejército con el que partía el rey para luchar por la causa de la justicia, se compusiera en sus tres cuartas partes de mercenarios salvajes y poco fiables; el recuerdo de los desmanes cometidos en los alrededores de Paris aún estaba fresco en la memoria de todos.

El hecho de que el rey y el delfín se hubieran dejado convencer para llevar en el brazo derecho las bandas blancas de los *armañacs*, constituía a los ojos de los hombres de juicio la mayor de las vergüenzas, e incluso una gran imprudencia: el rey debía estar por encima de las distintas facciones, sin identificarse con aquella abominable horda de soldados. Carlos temía que los que así hablaban muy pronto tuvieran razón. El tiempo demostró efectivamente que sus temores eran fundados: las ciudades que fue conquistando el ejército camino de Arras, fueron saqueadas por

completo y reducidas a cenizas, a pesar de las órdenes del rey. Carlos vio la ciudad de Soissons, después de los estragos causados por gascones y bretones; mientras viviera, jamás olvidaría la imagen de aquellos horrores: las vigas calcinadas y paredes ennegrecidas, los cadáveres mutilados de mujeres y niños, y las hileras de personas ahorcadas en árboles y empalizadas. A lo largo de los años había aprendido a dominarse, pero al contemplar aquella inútil destrucción, aquel ensañamiento animal, no pudo contenerse. ¿Cómo podía estar bendecida una empresa que debía su éxito a métodos semejantes?

A Carlos no le extrañó que el ejército real embarrancara a las puertas de Arras; la ciudad resultó inexpugnable. Además, el campamento hubo de soportar intensas lluvias, así como brotes de fiebre entre las tropas. El final de la campaña fue ignominioso; se celebraron negociaciones de paz, nuevamente a petición del delfín, quien sufría con la humedad del clima y comenzaba a aburrirse. Por quinta vez en espacio de siete años, le rogaron a Carlos que tendiera la mano a su adversario. Carlos rehusó por tres veces, pero tuvo que obedecer después de que el delfín, colérico, abandonara la tienda dando grandes zancadas. Pero Carlos no se dignó mirar ni hablarle al de Borgoña. El rey, lo bastante lúcido como para comprender que el joven duque de Orléans estaba profundamente ofendido, creyó que debía dársele satisfacción de alguna manera.

—Que se celebre, a nuestro regreso a Paris, un funeral en Notre-Dame por mi difunto hermano, cuya alma mora ahora en el Paraíso —musitó el enfermo, gesticulando con vehemencia, al arzobispo de Reims—. Con miles de velas y antorchas y colgaduras negras, caballeros y sacerdotes y niños cantores, como en las exequias reales. Yo también asistiré, en mi reclinatorio —concluyó en tono misterioso, asintiendo con la cabeza, como un niño satisfecho.

Así sucedió. Frente al altar mayor, repleto de candelabros de oro y llamas destellantes, Carlos oyó cómo ensalzaba el recuerdo de su padre nadie menos que el doctísimo y elocuentísimo maestro Gerson, quien veinte años antes había calificado a Luis de Orléans de derrochador, mujeriego y hereje, en una diatriba igualmente apasionada.

Hacia finales del mes de octubre, Carlos se dirigió al castillo de Riom, para encontrarse allí, por primera vez en cuatro años, con su mujer, Bonne de Armañac.

—He hecho venir a mi hija a Riom —le había dicho el de Armañac, al poco tiempo de regresar de Arras—. Tiene a la sazón quince años, y edad suficiente para tener descendencia. Puedes llevártela ya, querido yerno; me resulta demasiado caro el seguir manteniéndola.

Fue entonces cuando Carlos se dio cuenta de que jamás le dedicaba palabra o pensamiento alguno a su joven esposa. Varios años antes aún le había enviado regalos formulariamente, por Año Nuevo y por su día onomástico: anillos, alfileres, un tríptico dorado con ángeles tocando el arpa… La madre de su esposa, hija del duque de Berry, le había escrito cartas de agradecimiento en nombre de la muchacha; por

ellas se enteraba siempre de que Bonne se encontraba bien y que pensaba en él con respeto y cariño. Carlos sabía que aquéllas no eran sino frases de cumplido, por lo que jamás les había concedido mayor importancia. Cuando, tras el descalabro de Saint-Cloud, había perdido el contacto con el de Armañac, también había dejado de enviar cartas y regalos a Bonne, no tanto deliberadamente como por simple descuido. Bonne para él apenas pasaba de ser un nombre: jamás pensaba en ella y, si alguna vez lo hacía, era con cierta displicencia, por tratarse de la hija de un hombre que no le inspiraba sino irritación y desprecio.

Las palabras del de Armañac le recordaron que ella existía realmente, que en el tiempo transcurrido había crecido y que tenía derecho al respeto debido a su rango de duquesa de Orléans, y a las atenciones y cuidados de su esposo. Carlos no podía eludir estas obligaciones.

Mientras cabalgaba camino de Riom, acompañado de gran número de jinetes y sirvientes, pensaba, con la resignación que había ido adquiriendo en los últimos años, que en cierto modo debía alegrarse con aquella solución: había llegado a una edad en que al hombre le conviene estar casado. Si bien hasta entonces había tenido poco tiempo y deseos de pensar en las mujeres, no era ajeno a la pasión ni al deseo; podía imaginarse perfectamente aun aquello que no había experimentado. Comprendía ahora qué era lo que Isabela había echado en falta en su persona; ahora que él mismo conocía el suplicio del deseo insatisfecho, recordaba con compasión a su difunta esposa. A Carlos los escrúpulos siempre le habían impedido buscar los placeres efímeros que están al alcance de la mano o que se pueden comprar. En los campamentos militares en las inmediaciones de Blois, en el campamento a las puertas de Saint-Denis y en las ciudades que él había atravesado al frente de sus tropas, siempre había habido un sinfín de mujeres que le hubieran otorgado sus favores a la menor indicación.

Aunque nadie se lo habría reprochado si hubiera cedido a sus impulsos —precisamente su continencia suscitaba burlas y un cierto desprecio—, Carlos reprimía las pasiones que sentía aflorar. Anhelaba algo que él mismo aún no acertaba a perfilar claramente; sólo sabía que no le atraía la baja sensualidad, la exaltación ciega de los sentidos, sin más. En su soledad y castidad voluntaria, poseía al menos aquella sensación tan dulce y peculiar de expectación que ya le había atraído tanto de niño. Estas cosas y otras similares, las callaba prudentemente; era consciente de que lo consideraban un tanto extravagante, incluso sus propios hermanos. Felipe se jactaba de los pequeños lances amorosos que había vivido durante las campañas militares; y el mismo Dunois, a pesar de su corta edad, ya bromeaba y retozaba con las doncellas de su media hermana.

En París, en la corte de Saint-Pol, Carlos había descubierto un mundo nuevo; allí había una clase de mujeres que nunca había conocido antes. Al principio le habían impresionado profundamente su belleza, el lujo y refinamiento de sus atavíos, sus modales corteses y su brillante conversación; pero pronto pudo comprobar que, en

muchos casos, tras los labios sonrientes y los ojos brillantes se ocultaba una oscuridad jamás imaginada. Monseñor de Guyena, el delfín, diestro desde hacía mucho tiempo en las artes de la diosa del Amor, invitó a su primo a que asistiera a fiestas privadas. Carlos bebía y bailaba como los demás —había ido comprendiendo que a menudo resulta perjudicial destacarse demasiado—, pero su corazón estaba transido de amargura.

A petición del delfín se había quitado el luto: por primera vez desde la muerte de su padre llevaba vestiduras de colores, violeta y brocado de oro, carmesí y plata, como su regio primo. No se sentía a gusto en medio de aquel lujo inusitado: se veía a sí mismo como una veleta dorada, como un papagayo de abigarrado colorido. Las coquetas damas de honor y muchachas casquivanas que acompañaban al delfín en sus festejos, no le hacían ningún favor a Carlos interesándose por él.

Despreciaba éste al príncipe heredero por no hartarse de aquel género de vida; el delfín pasaba sus noches en orgías, y los días en casas de juego y baños. También Carlos visitó estos lugares, mientras estuvo en su séquito. Comprendía que debía considerar un gran honor el poder sentarse, en compañía del heredero de la corona, en una cuba llena de agua humeante, mientras jóvenes semidesnudas les ofrecían vino y dulces.

Así pues, cuando el de Armañac le comunicó que Bonne estaba en Riom, no lo dudó ni por un momento; antes bien, se alegró de tener una razón para poder abandonar la corte. El ambiente en Saint-Pol comenzaba a resultarle opresivo; le sorprendía que Felipe no percibiera el aire frío y viciado de aquel nido de intrigas, donde la reina, desde su inmóvil obesidad, atendía a los bailes y juegos con mirada astuta y penetrante, y donde el rey recorría errante los salones, murmurando aturdido, seguido por cortesanos indiferentes y desvergonzados; siempre que no se encontrara enfermo, profiriendo roncos gritos y aporreando una puerta cerrada. Ahora que por fin reinaba la paz, el rey podía disfrutar de su pasatiempo favorito: procesiones y representaciones de la Pasión. Para complacer a su rey el Bienamado, el pueblo de Paris recorría las calles descalzo y empuñando cirios encendidos.

Los niños pequeños llevaban banderolas doradas y lirios de cartón, mientras cantaban himnos de alabanza y letanías. En la plaza mayor se escenificaron misterios: el pecado original y la expulsión del Paraíso, la historia de Cain y Abel, y la Pasión y Crucifixión de Nuestro Señor.

Rodeado de su cortejo y sus parientes, el rey se hallaba sentado en una tribuna engalanada; con la cabeza apoyada en las manos, contemplaba, ora llorando, ora riendo y exultante, lo que acontecía en el escenario. Al final se dirigió a los actores, con gran indignación de la reina y de su hijo.

—Yo soy igual a vosotros, hermanos —decía en tono lastimero, mientras se sacudía de la manga un puñado de moneditas y las repartía entre los actores—. Ni más ni menos que un pobre comediante. ¡Orad por mí, hermanos, orad por mí! —Se quedó allí hablando y gesticulando, hasta que se lo llevaron a su carruaje.

Desde que habían apartado de él a Odette de Champdivers —la reina la había devuelto a su padre, cuando se reveló que iba a darle un hijo al rey: ¡ella no quería bastardos peligrosos en la corte!—, nunca había vuelto a recuperar plenamente el juicio.

No, Carlos no lamentaba dejar atrás Paris; si bien ignoraba lo que le aguardaba, después de todo lo que había vivido nada podía ser tan penoso como para no poder acomodarse a ello. Así llegó a Riom; en los extensos bosques que rodeaban el castillo, el follaje relumbraba con tonalidades cobrizas y ambarinas, al sol de octubre. Los arbustos perdían ya las hojas, y los campos y prados despedían un halo parduzco. A Carlos el otoño le atraía más que cualquier otra estación; sentía cierta afinidad con aquel mundo al filo del invierno, cuando el campo parece recubierto de oro rojo y ocre, como la página de un breviario iluminado, y cuando los gritos de las aves, en su huida hacia el sur, tienen un sonido melancólico a la par que siniestro.

El castillo de Riom surgió por encima de las tonalidades ígneas del arbolado; de los tejados inclinados y de las torres ondeaban los pendones de Orléans, Armañac y Berry. Carlos saludó con la mano a las personas que habían acudido desde los pequeños cortijos junto al camino. Veía flotar humo entre los árboles, y el resplandor de las hogueras. Un grupo de niños acompañó corriendo a la comitiva durante un buen trecho, pero cuando ya se divisaban los muros de Riom, desaparecieron en el bosque entre risas y gritos. Las señoras de la casa aún no podían recibir a monseñor de Orléans; Carlos infirió esto último de la confusión de maestresalas y criados. Había llegado antes de lo previsto; como el tiempo prometía ser tan bueno, había partido muy temprano de su hospedaje.

Carlos rió para sus adentros. Alzó la vista a las ventanas que daban al patio interior; se imaginaba que, tras aquellos gruesos muros, estarían engalanando afanosamente a su esposa. Por primera vez le invadió una sensación de curiosidad, mezclada de cierta inquietud; no sentía deseos de entrar en el castillo. Llamó a un paje y volvió a salir por el portón; prefería esperar un rato en los bosques extramuros.

Dejó que su caballo fuera al paso, mientras las ramitas crujían bajo los cascos. El sonido de risas y cantos le guió hasta el lugar donde estaban jugando los niños. Desde la profundidad del bosque contempló la escena, sin ser visto. Los niños jugaban al corro; estaban sucios y harapientos, pero sus ojos brillaban y sus risas eran despreocupadas. Cogidos de la mano, daban vueltas y más vueltas. En medio del corro cantaba una muchacha con un pañuelo azul anudado a la cabeza.

Tanto la melodía como la letra le resultaban conocidas a Carlos; en su infancia había aprendido una canción parecida, en la que en un momento dado había que salir corriendo e intentar alcanzar un punto determinado, antes de que la persona en el centro del corro consiguiera atrapar a alguien. Ya salían los niños disparados en todas direcciones; la muchacha del pañuelo azul se quitó rápidamente sus chanclas de madera y emprendió la persecución. Aquel espectáculo alegre y emocionante divirtió tanto a Carlos que decidió dar algo a los niños. Sin duda pertenecían a las casas y

cortijos de los granjeros y criados de Riom. Los niños caían unos sobre otros, retozando y riendo a carcajadas. La muchacha había atrapado a uno de ellos, lo que provocaba la hilaridad de todos. Estaban tan enfrascados en su juego, que no vieron al forastero hasta que éste se detuvo junto a ellos; lo miraron boquiabiertos, asustados y confundidos, y los más pequeños se escondieron detrás de las faldas de la muchacha. Tomando un escudo de oro de su faltriquera, Carlos se lo entregó, con palabras amables; ella, en lugar de darle las gracias, se quedó contemplándolo en silencio con unos ojos tan dorados como el follaje por encima de su cabeza. Aquella mirada le extrañó; no estaba acostumbrado a que las campesinas lo miraran de aquel modo, con aquella atención no exenta de un asomo de velada ironía, pese a cierta timidez que distaba mucho de ser servil.

Durante unos instantes permanecieron así, juntos e inmóviles: los niños amedrentados, la muchacha descalza y Carlos, ricamente vestido de oro y marrón, a lomos de su caballo Perceval. Reinaba en el bosque un silencio absoluto; sólo el paje, que permanecía a cierta distancia tras los árboles, tosió brevemente; no comprendía qué hacía su señor por allí. De pronto pareció deshacerse el hechizo: la muchacha recogió sus sayas y salió corriendo, seguida de los niños, que gritaban atemorizados. En un abrir y cerrar de ojos todos habían desaparecido de la vista, rápidos como liebres y ardillas. Carlos rió perplejo; volviendo grupas, regresó lentamente a Riom.

En una sala de techos altos y paredes encaladas, fue recibido por la condesa de Armañac y sus damas. Carlos conversó un buen rato con su suegra sobre los acontecimientos en la corte, sobre sus propios planes, sobre disposiciones relativas al séquito de Bonne y sobre la posición futura de ésta. Precisamente se disponía a preguntarle dónde estaba, cuando oyó tras sí un leve crujido.

—He aquí a mi hija, monseñor —dijo la condesa, visiblemente aliviada. Carlos se volvió hacia su esposa; hubo de inclinarse profundamente para levantarla de su reverencia.

—Bienvenido, monseñor —dijo la señora de Orléans, ofreciéndole la mejilla para el ósculo de salutación. Carlos no la reconoció hasta que sintió que ella le deslizaba disimuladamente en la mano un escudo de plata.

Bonne fue para Carlos una fuente inagotable de alegrías y sorpresas desconocidas; todo en ella le resultaba nuevo y apasionante. Él, que no había conocido en su vida más que preocupaciones y pesares, que siempre se había visto obligado a controlarse y a actuar juiciosamente, pudo disfrutar por primera vez de una felicidad tan deslumbrante como inesperada. Le aconteció a Carlos lo que suele ocurrir normalmente a las personas retraídas y solitarias en circunstancias semejantes: se entregó por completo, sin reservas. Su corazón rebosaba tanto amor hacia Bonne, que era incapaz de expresar plenamente lo que sentía.

Todo lo que no podía formular con palabras o traducir en actos le oprimía como

un dolor que era, al mismo tiempo, fuente de felicidad.

Pasaban los días, pero Carlos había perdido por completo la noción del tiempo. La arena del reloj, la sombra en el cuadrante tan sólo le indicaban que pasaba el tiempo en compañía de Bonne; siempre estaban juntos, y en todas partes: primero en Riom, y luego en Montargis, uno de los castillos que poseía Carlos. La joven duquesa de Orléans tenía un carácter risueño y juguetón; era ágil, veloz y alegre como un pájaro, ligera como las hojas al viento, despreocupada sin ser frívola, y cambiante sin ser voluble. Poseía todas las cualidades de las que carecía Carlos, y que éste había anhelado: el don de vivir con candor y naturalidad, dejándose llevar tranquilamente por las alegres ocurrencias, riendo a carcajadas con ganas, gozando plenamente de las cosas buenas, mostrando cariño y ternura sin recelo. Todo el mundo la quería, viejos y jóvenes, niños y mayores, cortesanos y sirvientes.

Carlos, por su parte, no podía estar ni un momento sin ella; si no la veía, añoraba tanto su presencia, que no hallaba sosiego; si la veía, no pensaba en nada más. Era consciente de que en Bonne, a pesar de su juventud, había hallado una mujer excelente; su madre la había educado con sensatez. La condesa de Armañac, una mujer desengañada y escarmentada por los avatares de una vida azarosa, no había descartado la posibilidad de que el de Orléans acabara siendo un pobre exiliado. Bonne sabía leer, bordar y tocar el laúd, como correspondía a una mujer de alcurnia; pero también sabía cocer pan, preparar una sopa o lavar ropa. En el destartalado castillo de Armañac había aprendido cómo había que remendar las ropas usadas una y otra vez; era buena administradora y vigilaba atentamente a doncellas y criados. Al mismo tiempo le habían inculcado la noción de que las personas de alcurnia son responsables del bienestar de sus subordinados; la mujer del de Armañac, quien se había visto continuamente ante la obligación de aliviar las necesidades causadas en el castillo y sus alrededores por la crueldad de su esposo, no había podido o querido ahorrarle a su hija las escenas de enfermedad y miseria. Bonne visitaba a los pobres, cuidaba a los enfermos y jugaba con los niños. Esta costumbre la siguió manteniendo incluso en los castillos en los que residía con Carlos por más o menos tiempo. Juntos viajaban de una región a otra, a fin de examinar los daños en las posesiones azotadas y abandonadas por la guerra, y para ver cómo se presentaba la cosecha y la producción de los campos. Con su buen criterio y claro entendimiento, Bonne era una gran ayuda para Carlos.

Cada día le sorprendía más que ella fuera hija del temido gascón; nada en ella le recordaba a su suegro, a no ser el color de sus ojos.

Bonne se parecía a su madre; su padre, a quien había visto en contadas ocasiones, le inspiraba temor, y lo que oía contar de él, la avergonzaba.

Carlos hubiera querido colmar de regalos a su joven esposa; por primera vez lamentó amargamente el haber vendido todas sus joyas y alhajas. Pero Bonne, riendo, refutó sus manifestaciones de pesar. A ella no le interesaban las joyas ni los vestidos de seda, decía, mientras lo abrazaba con fuerza:

—La salud y un corazón alegre son para mí las joyas más preciadas, y, naturalmente, el amor de monseñor.

—Ese jamás te faltará, Bonne —repuso Carlos—. Antes bien, temo que llegue un momento en que ya no sepas qué hacer con él.

Bonne lo miró con ojos brillantes y sacudió la cabeza. Hallaban se en su aposento en Montargis; en la chimenea el fuego lanzaba altas llamaradas, y fuera el viento de febrero sacudía los postigos. Carlos se aflojó el cinto y colocó sus vestiduras una a una sobre el arcón que había a los pies de la cama, demorándose intencionadamente, a fin de poder seguir mirando a Bonne, quien, vestida con un amplio camisón blanco, estaba arrodillada frente al fuego sosteniendo en sus brazos un gatito que había encontrado en alguna parte. Su larga melena negra y ensortijada le llegaba al suelo; no soportaba los gorros de dormir.

—Bonne —dijo Carlos de pronto—. Quisiera llevarte conmigo a Blois.

Es donde más me agrada estar. Creo que a ti también te gustará.

—Es natural. —Alzando la cabeza, Bonne lo miró sonriente por encima del hombro—. Además, allí están las pequeñas. Va siendo hora de que te ocupes de las pobrecillas. Pero de momento tendremos que quedarnos aquí, ¿no es así?

Carlos estaba esperando una embajada de Asu; por otra parte, la duquesa de Bretaña, esposa de su antiguo aliado, había anunciado su visita. Los emisarios lombardos venían a rendir homenaje a su joven duque, en nombre de la población de su dominio; el viaje de la señora de Bretaña, sin embargo, obedecía a razones menos agradables, según se había enterado Carlos por cartas que había recibido. En los últimos meses, él se había mantenido deliberadamente al margen de la política; no había secundado ninguna iniciativa ni había mostrado interés alguno por recabar noticias. Pero era imposible eludir la realidad, encerrándose tras los frágiles muros de un castillo de ensueños; finalmente, muy a su pesar, Carlos hubo de afrontar los hechos.

Había muerto el rey de Inglaterra. El hijo que le sucedió con el nombre de Enrique V, tras una juventud desenfrenada se había revelado como un hombre profundamente religioso, calculador y ambicioso, resuelto a llevar a cabo la conquista que su padre, entorpecido continuamente por disturbios interiores, no había osado emprender.

El joven rey había contemplado la agitación en Francia con creciente confianza; se consideraba enviado por Dios para castigar a aquellas gentes indisciplinadas. Las regiones de Guyena, Poitou, Angers y Périgord correspondían a Inglaterra desde antiguo, opinaba, pero sería más conveniente y sencillo en muchos aspectos si pudiera unir Inglaterra y Francia bajo una sola corona. Había llegado el momento de emprender una acción rápida y enérgica.

Enrique contempló el juego y ordenó sus triunfos. Tras su derrota ante París, Juan de Borgoña había iniciado nuevamente negociaciones con Inglaterra; a Enrique no le costó mucho trabajo convencerlo para que firmara una declaración de no

intervención. Seguidamente envió una embajada a la corte del rey de Francia con unas exigencias inauditas: la mano de la pequeña infanta Catalina, una dote de dos millones de francos de oro y varios territorios importantes.

Comoquiera que no era probable que confiara en que semejantes exigencias fueran atendidas, estaba claro cuáles serían las consecuencias. El duque de Berry y su yerno el de Armañac, quienes a la sazón dominaban el Consejo, alargaron las negociaciones cuanto les fue posible, mientras mandaban correos a los príncipes, pidiéndoles que enviaran soldados. Carlos también había recibido un llamamiento de estas características. En los últimos tiempos le llegaban noticias cada vez más frecuentes sobre inminentes operaciones militares; al parecer, los duques de Borbón, de Alenon y de Bretaña ya se encontraban atareados reclutando tropas.

Carlos sabía que, en las circunstancias actuales, sería imposible llegar a un acuerdo con Inglaterra; también él creía que habría una guerra. En honor a Bonne, decidió aprovechar la visita de la duquesa de Bretaña para llevar, por una vez, el tren de vida acorde con la alcurnia y el rango de la casa de Orléans. Con este fin, pidió prestado dinero y empeñó pertenencias, para saborear a cambio la satisfacción de ver cómo Bonne, ricamente ataviada, recorría las salas engalanadas y presidía una mesa bien provista. Se obsequió principescamente a los invitados con cacerías, bailes y torneos. Mientras la duquesa de Bretaña y sus consejeros le hablaban de la necesidad de prepararse de inmediato para la guerra —había corrido la noticia de que el rey Enrique estaba a punto de embarcarse con un gran ejército—, Carlos, sonriente, dedicaba un brindis a su joven esposa. En su honor había mandado bordar en las mangas de su túnica el inicio de una canción de amor que cantaban sus juglares: «*Madame, je suspius joyeux*», «Mi señora, nunca fui tan dichoso».

La luna se ocultaba tras las nubes, y una fría llovizna descendía del cielo. Prácticamente no había viento, pero durante las largas noches la humedad desapacible se hacía más insoportable que un frío seco. En la cenagosa llanura se había levantado el impresionante campamento de tiendas de los ejércitos franceses; centenares de grandes fuegos humeaban en la niebla, y, más allá de aquel cinturón de hogueras, las antorchas se movían como cometas por la oscuridad. De los altos techos inclinados de las tiendas, pendían lacias las enseñas y pendones, y el agua goteaba por los escudos dorados y plateados. Dentro de las tiendas los caballeros de alcurnia velaban, mientras bebían vino, jugaban a las cartas y conversaban; los soldados al raso intentaban calentarse yendo de un lado a otro dando fuertes pisadas, o luchando, entre empujones e imprecaciones, por hacerse con un lugar junto a alguna de las hogueras. Sobre todo los gascones y bretones, quienes constituían, como de costumbre, la inmensa mayoría de la infantería, estaban resentidos.

Odiaban como la peste las expediciones en la parte más septentrional del reino. En Arras habían tenido lluvia, niebla y lodo hasta la saciedad. ¿Por qué se

empeñarían los capitanes en librar batallas en pleno otoño?

Era la noche del veinticuatro al veinticinco de octubre; estaba próximo el invierno. Hubiera sido conveniente atacar mucho antes a los ingleses, en cuanto habían desembarcado, cuando habían puesto sitio a Harfleur o cuando, debilitados por la enfermedad y por las pérdidas sufridas, habían comenzado su temeraria marcha hacia el norte, en dirección a Caláis, atravesando el territorio enemigo. Ésta era la opinión de la mayoría de los soldados, hombres de armas y caballeros del ejército. Aquellos que entendían algo de estrategia opinaban que el condestable y los demás capitanes de alcurnia se aferraban erradamente a su propósito de librar una batalla espectacular conforme a las antiguas leyes de la caballería, con un desafió formal, posición de batalla y el respeto de todas las reglas de la agonística caballeresca.

Este deseo de desquitarse dignamente de las derrotas sufridas medio siglo antes en Crécy y Poitiers, había llevado al mando supremo a demorarse deliberadamente, con gran disgusto de los guerreros experimentados; no había por qué tratar a aquel puñado de ingleses exhaustos con tantos miramientos: ¿acaso alguien dudaba de la victoria?

Eran cincuenta mil hombres contra once o, a lo sumo, doce mil. Los condes y barones de Francia no desaprovecharon aquella ocasión de ostentación militar. Habían sacado de sus arcas y arsenales sus armaduras de parada, los espadones de sus antepasados y los yelmos coronados y empenachados; habían desenrollado sus pendones bordados y pintados, y habían mandado sobredorar de nuevo sus blasones. Se trataba de defender el honor de Francia contra el enemigo capital; había llegado el momento tan esperado. Entre los franceses de renombre, no había quien no tuviera algún abuelo, padre o pariente que vengar.

Los leones rampantes, halcones y águilas, grifos y panteras se mantenían preparados, con sus garras afiladas y sus lenguas bífidas: no temían al unicornio inglés.

En un claro entre las tiendas, varios caballos pesadamente armados, recubiertos con gualdrapas abullonadas, permanecían inmóviles bajo la lluvia; únicamente se veía cómo sus ojos húmedos brillaban tras los grandes orificios de las máscaras de hierro casi grotescas que llevaban. Los hombres de armas que iban a montar aquellos monstruos se dejaban ya embutir en sus armaduras por pajes y criados. Con las piernas y los brazos separados estaban los caballeros en sus tiendas. Por debajo de los toldos abiertos intercambiaban palabras con sus amigos y parientes, que estaban en la misma situación que ellos. Mientras tanto, se pasaban copas y fuentes; no merecía la pena ayunar en vísperas de una victoria tan fácil como la que les esperaba.

Los soldados de rango inferior, que se alojaban en tiendas de pieles y bajo techados de madera y paja, tampoco estaban dispuestos a privarse de los placeres a los que estaban acostumbrados; habían traído los carros de pertrechos hasta dentro del campamento, repartían comida y bebida y se revolcaban por el lodo con las rameras que formaban parte del tren del ejército. Los caballos, reunidos en una gran

manada entre empalizadas, relinchaban incesantemente, intranquilos por las hogueras y la lluvia. Más allá del vaho rojizo que flotaba por encima del campamento, surgían formas oscuras: arbustos, una hilera de árboles, un cobertizo abandonado. Cuando aparecía vagamente la luna tras las nubes y neblinas, se distinguían sobre el cielo nocturno las pesadas torres y murallas del castillo que había dado nombre a aquella comarca: Azincourt.

Al filo de la medianoche, Carlos de Orléans abandonó la tienda del condestable, en la que estaban deliberando los jefes del ejército: los duques de Borbón, Bar y Alenon, los condes de Eu, Vendóme, Marle, Salm, Roussy y Dammartin, el mariscal de Longny, los almirantes de Brabante y Dampierre y un gran número de capitanes. Tras largas discusiones, se había decidido quiénes encabezarían la vanguardia, el centro, la retaguardia y los flancos; comoquiera que todos los personajes de alcurnia deseaban ocupar un lugar en las primeras líneas, estas filas se compondrían casi exclusivamente de príncipes y nobles, con sus heraldos, pajes, escuderos y acompañamientos armados. Los caballeros de rango inferior, así como los hombres de armas, arqueros y soldados de infantería fueron relegados de antemano a la retaguardia.

Carlos, quien durante toda la noche había seguido en silencio la disputa, se levantó para marcharse en cuanto supo que pertenecería a los jefes de la vanguardia; él mismo había solicitado dicho puesto, ya que su rango le confería tal prerrogativa. No sentía ganas de permanecer en aquella compañía hasta el amanecer. Había acordado emprender una expedición de reconocimiento al campamento inglés, que se encontraba a varias millas de distancia contra el cerro de Maisoncelles.

En su tienda se hallaban expuestas las piezas de su armadura; maquinalmente examinó los brazales y grebones, y comprobó la movilidad de las escamas de la gola y los guanteletes. Tenía un peto nuevo de hierro negro pulido, adornado de pequeños lirios dorados. En la superficie reluciente veía cómo, a la luz de la antorcha que había por encima de su cabeza, se reflejaba vagamente su rostro. Apartó la mirada, mientras le recorría un escalofrío de expectación. Durante cinco años casi no había hecho más que andar errante al frente de un ejército, pero jamás había participado personalmente en los combates: jamás había disparado una flecha, utilizado su espada ni alzado su escudo en actitud defensiva, salvo como ejercicio. Carlos se conocía lo bastante para saber que no estaba llamado a convertirse en un héroe militar, pero, al fin y al cabo era un hombre. Como era natural, anhelaba destacarse. Aún no había sido armado caballero, por no haber participado nunca en una lucha de hombre a hombre. A fin de poder entrar en combate como un caballero hecho y derecho, había proyectado aquella expedición nocturna, en la que sin duda habría golpes.

Antes de salir de Blois, aún se había ejercitado a fondo durante varias semanas con la lanza y la espada; se había esforzado al máximo, ya que Bonne lo miraba desde la ventana de su aposento. Era ella la razón primordial por la que deseaba alcanzar la gloria militar; además, esperaba tener la oportunidad de liberar a Juan, su

hermano, si el ejército inglés era derrotado. Con toda seguridad se devolvería al hermano de Carlos a Francia, a cambio de prisioneros ingleses. Sin embargo, junto con estos pensamientos brotó también cierto temor en su corazón: el temor ante el peligro desconocido, ante la flecha que tal vez habría de alcanzarle, ante el enemigo que podría derrotarlo en una lucha cuerpo a cuerpo, ante la muerte que nunca le había sido menos grata que ahora. Tomó su espada, un arma fina y hermosa con empuñadura en forma de cruz, perteneciente a la dote que había traído su madre de Italia; durante un instante la mantuvo alzada en las palmas de las manos. La hoja, al captar el resplandor de la antorcha, parecía una larga línea de luz. Carlos había mandado bendecid aquella arma ante el altar de Saint-Sauveur en Blois; ahora, a medianoche en su tienda en Azincourt, volvió a implorar susurrante la bendición de Dios y san Dionisio para la espada con la que tenía que reparar el deshonor de Francia y recuperar a su hermano.

Oyó voces y ruido de pisadas fuera; se descorrió el cortinaje que tapaba la entrada de su tienda y entraron dos hombres vestidos de cota de malla y sobrevesta: Arturo, conde de Richemont y hermano menor del duque de Bretaña, y el mariscal Boucicaut. A este último, que había sido un gran amigo y confidente de su padre, Carlos lo había conocido en fecha relativamente reciente; hacía pocos años que el mariscal había regresado de Italia, de donde había sido expulsado por los habitantes rebeldes de Génova y sus alrededores, que se habían rebelado contra el dominio francés. Boucicaut había envejecido mucho; su pelo era cano y su porte, menos firme que antaño, pero la mirada seria y franca y el gesto sereno y tranquilizador seguían siendo los mismos. El de Richemont era un joven de la misma edad que Carlos, vivo, locuaz e inquieto, que habría de representar al de Bretaña en los tiempos venideros.

—Orléans —dijo el de Richemont—…, estamos preparados. Veo que tú también has tenido el acierto de dejar aquí ese arnés tan pesado. Con todo ese hierro es imposible caminar. Primero debemos tantear la situación en el campamento inglés. Aquello está tan silencioso… Han apagado casi todos sus fuegos. Me pregunto qué estarán haciendo.

Boucicaut sacudió la cabeza y miró a Carlos, probable que estén durmiendo —observó tranquilamente—. Han tenido que recorrer un largo camino, marchando por territorio enemigo durante veinte días sin suficientes víveres. Mañana se les presenta una ardua tarea, y ellos lo saben muy bien.

El de Richemont resopló, incrédulo, mientras se cubría la cabeza con la gorguera de su cota.

—La semana pasada, mis tropas apresaron a varios ingleses en los combates junto al Somme. Al parecer, cuando se menciona la potencia de nuestro ejército, se dicen unos a otros: «Bastantes para ahuyentar, suficientes para apresar, ¡más que suficientes para matar!». Y Enrique afirma que está totalmente satisfecho con los efectivos que trae. Dios sin duda lo ayudará, dice, pues los franceses no son más que unos pecadores.

Carlos dilató las aletas de la nariz esbozando una sonrisa burlona, pero Boucicaut se apresuró a decir:

—Así y todo, no debemos mofarnos de la actitud del rey Enrique. Nadie puede negar que es un hombre piadoso y honrado, que lleva una vida austera y que da un buen ejemplo a sus soldados. Hay que decir en favor de los ingleses que ellos no han traído consigo vino ni mujerzuelas y que no desperdician su tiempo jurando y jugando a los dados. Nuestro ejército es tristemente famoso por su indisciplina y su libertinaje, y merecidamente, pues entre la soldadesca reina un desorden sin igual.

Carlos había comenzado a prepararse en silencio para la expedición nocturna; el de Richemont, quien le estaba ayudando a ponerse la sobrevesta, se encogió de hombros, diciendo impaciente:

—Vamos, señor Boucicaut, conozco al rey Enrique. No olvidéis que pasé cuatro años en Inglaterra, y tuve ocasión de tratarle de cerca.

Bebe como un cosaco, por lo que a mujeres y dados se refiere, tampoco se queda corto, creedme. Sí, ahora parece haberse convertido en el brazo derecho de Dios, o, al menos, eso es lo que finge, pero, por lo que a mí respecta, me permito considerarlo un redomado hipócrita.

—Seguramente exageras, Richemont —dijo Carlos, mientras se ceñía cuidadosamente la bandolera—. Por desgracia, no puedo decir que al rey Enrique le falte razón cuando nos califica de cuadrilla pendenciera y desordenada. Dios sabe que no somos capaces de gobernar el reino como es debido.

El joven de Richemont no escuchaba. Se paseaba de un lado a otro de la tienda, contemplando la armadura de Carlos, extendida sobre su cama de campaña, y comprobando con el dedo el filo de la punta de una daga.

—Digan lo que digan del rey Enrique, no se le puede tachar de cobarde —prosiguió Carlos—. Cuando hace dos semanas recibió nuestro desafió, pudo haberse atrincherado en alguna ciudad. En cambio, continuó tranquilamente su camino y nos respondió con toda dignidad que no necesitaba fijar ninguna fecha o lugar, pero que siempre que quisiéramos, podríamos encontrarlo en campo abierto.

—Sí, sí, todo eso ya lo sé. —El de Richemont se volvió bruscamente—. ¿Ya estás listo, Orléans?

—Llevamos con nosotros a doscientos hombres, monseñor —dijo Boucicaut, quien durante la conversación había permanecido en silencio junto a la entrada de la tienda. La familiaridad con la que el de Richemont trataba al sobrino del rey le parecía totalmente reprobable; en su juventud, los vasallos de la corona de Francia tenían mejores modales. A Carlos lo contemplaba con cierta preocupación. Aunque el joven se comportaba con dignidad y sus palabras denotaban sensatez, a su juicio el hijo de Luis de Orléans era un tanto blando: le faltaba el nervio, el don de hacer valer su autoridad, de actuar como un jefe militar. A los veinte años, Luis de Orléans siempre había mostrado, en los momentos decisivos, un entendimiento agudo y rápido y una gran perseverancia. Y éste era uno de esos momentos decisivos.

Boucicaut era lo bastante experimentado para saber que el tamaño del ejército francés no lo hacía en absoluto invencible. El mando supremo estaba demasiado fragmentado, la mayoría de las tropas se habían reunido a toda prisa y no actuaban de manera coordinada, y había una falta total de orden y disciplina; además, debido a las envidias intestinas, la moral estaba baja. Por otra parte, a Boucicaut la formación proyectada le parecía desafortunada: ambos flancos estarían construidos por hombres de armas, lo cual ciertamente sería muy vistoso, de no ser por lo accidentado del terreno. Como campo de batalla se había elegido el valle entre Mincourt y el vecino pueblo de Tramecourt. Un arroyo lo atravesaba en sentido longitudinal y, dado lo angosto de la vaguada, era imposible desplegar allí la caballería. Por ello, el condestable había decidido que el orden de batalla constaría de treinta y dos filas.

Boucicaut no acertaba a ver las ventajas de esta formación; al fin y al cabo, esto no haría sino ocasionar una confusión inmediata en una lucha cuerpo a cuerpo. Sin embargo, sus objeciones no habían conseguido hacer cambiar de parecer a D'Albret, y los jefes habían aprobado la propuesta del condestable por mayoría de votos.

Los soldados que acompañarían a Carlos en la expedición de reconocimiento esperaban tras la última hilera de tiendas. Carlos, el de Richemont y el mariscal se dirigieron hacia allí. La luna, que se había mostrado un instante a través de un claro entre las nubes, volvió a ocultarse tras nuevos aguaceros. Rápidamente los hombres se adentraron en las tinieblas, mientras la lluvia se desataba en ráfagas por encima de sus cabezas.

—¡Dios mío, qué lodazal! —murmuró el de Richemont, contrariado, volviendo la cabeza hacia Carlos—. La que nos espera mañana. Hasta los tobillos…

Siguieron avanzando trabajosamente por el fango, en dirección a Tramecourt. Al cabo de cierto tiempo comprobaron que el suelo estaba menos pantanoso; tras un ascenso, se encontraron en el terreno en declive a la entrada de Maisoncelles, la aldea en la que pasaba la noche el ejército inglés. Tan sólo les separaban del campamento enemigo unos setos y grupos de matorrales. Había un olor inconfundible a caballos y a tizones húmedos. También se vislumbraba, acá y allá, por entre las ramas, el velado resplandor de una hoguera casi extinguida.

El de Richemont se quedó atrás con los soldados, junto a una arboleda. Boucicaut y Carlos emprendieron el reconocimiento, acompañados únicamente por media docena de hombres; querían adentrarse cuanto fuera posible en el campamento enemigo, antes de ser descubiertos. La idea de observar de cerca a los ingleses, sin ser vistos, atraía sobremanera a Carlos, más aún que la de entablar una batalla con ellos.

La lluvia remitía, y volvieron a abrirse las nubes. Los hombres se ocultaron rápidamente entre las sombras del arbolado. El grupo se dividió. Carlos oyó cómo el mariscal se alejaba con sus soldados; él eligió, tras una corta espera, el camino que llevaba directamente al campamento inglés. A dos pasos por delante de sus hombres, se deslizó agachado por entre la fronda. Se rasgó la sobrevesta al engancharse con

una rama y tropezó con un tronco. Ambas veces le pareció que el ruido debía de oírse hasta muy lejos en el silencio. Pero nada se movía entre los cobertizos y chozas de Maisoncelles; la aldea parecía completamente desierta.

Carlos y sus hombres se habían aproximado a una distancia de unos cien metros del campamento; ahora que se encontraban tan cerca, advirtieron en la oscuridad la presencia de los centinelas ingleses.

Vislumbraron una sombra fugaz que se recortaba sobre el resplandor difuso entre las casas más apartadas, y oyeron un tintineo y el crujido de paja al ser pisada.

Carlos había emprendido aquella expedición de reconocimiento, movido por el ansia de aventuras; también quería distinguirse, para que sus hazañas llegaran a oídos de Bonne. Mientras se encontraba allí a las afueras de Maisoncelles, en aquella noche lluviosa y neblinosa, la imagen de Bonne cruzó sus pensamientos como en un destello; seguramente estaría durmiendo entre las verdes colgaduras de su lecho, con una mano bajo la mejilla y los negros cabellos extendidos sobre las almohadas. A menudo la había visto así acostada, al resplandor de la noche. ¿Qué soñaría? En aquellos momentos volvía a invadirle la antigua sensación de soledad; ella respiraba allí, junto a él, y sin embargo no estaba. No soportaba que se separara de él ni siquiera en sueños.

De nuevo repiqueteaba la lluvia sobre las hojas secas bajo los arbustos. Carlos oyó toser al centinela inglés. Percibió entonces otros ruidos, un murmullo apagado y monótono de varias voces. Escogió a un acompañante entre sus soldados, uno de sus propios palafreneros.

Juntos se arrastraron por la hierba mojada y aplastada hacia uno de los cobertizos. La lluvia vino en su ayuda; arreció el aguacero, y el murmullo del agua que caía impidió que fueran oídos. En la oscuridad avanzaron sigilosamente junto a las paredes húmedas y sucias de las casuchas de Maisoncelles; sin apenas darse cuenta, se encontraron de pronto en medio del campamento enemigo. Una hilera de cobertizos y almiares protegía a los ingleses de las miradas del exterior, pero quien consiguiera salvar estos obstáculos dominaba todo el campamento.

La mayoría de los soldados se había cobijado en las cabañas y cobertizos que habían sido desalojados la víspera por los habitantes de la aldea; a la luz de varias antorchas, Carlos se percató de la actividad reinante. Por lo que podía ver, nadie dormía, pero tampoco se hablaba.

Dentro de las cabañas se habían encendido fuegos; los soldados que se resguardaban en su interior estaban preparando sus armas, afilando espadas y hachas, partiendo estacas y remendando prendas de cuero.

Carlos y su acompañante se habían dejado caer en un montón de paja mojada, ocultándose en ella. No muy lejos de allí, en una cuadra derruida, varios arqueros tendían nuevas cuerdas en sus ballestas de mano y de manopla, y en unos inmensos arcos. Las armas distaban mucho de ser nuevas y las partes rotas estaban recubiertas de cuerda y correas, pero sus propietarios las cuidaban solícitamente, como a fieles

camaradas. Aquellos arqueros pertenecían a una raza desconocida para Carlos; parecían aún más grandes y de complexión más recia que los picardos y flamencos, y llevaban sus cabellos rojizos formando melenas cortas. Se afanaban en su tarea diligente y silenciosamente; en todo Maisoncelles reinaba idéntica calma, tanto en las cabañas como en sus alrededores.

A lo lejos había varias decenas de tiendas de paño parduzco; también allí Carlos vislumbró el apagado brillo de numerosos yelmos y armas. El murmullo parecía acercarse; entre las oscuras siluetas de los árboles y cobertizos detrás de las tiendas, aparecieron luces, antorchas y lamparillas que humeaban y centelleaban bajo la lluvia. De todas partes acudieron entonces hombres que salían de las cuadras, cabañas y almiares. Arrodillaban se en el fango con la cabeza descubierta, murmurando las palabras con las que se implora el perdón de los pecados: «*Miserere mei*, *Domine, miserere mei, quoniam in te confidit anima mea*».

Se trajeron faroles y más antorchas; Carlos podía distinguir claramente a los sacerdotes en medio de los hombres arrodillados. Entre ellos se encontraba también un anciano envuelto en una capa pluvial empapada, quien se volvía continuamente a izquierda y derecha con la mano alzada, impartiendo bendiciones. Los soldados presentaban un aspecto sucio y desarrapado, con sus viejos jubones de cuero y sus bacinetes abollados; llevaban colgados del cinto cuchillos y hachas, como los aldeanos. Los arqueros y ballesteros iban con los brazos al descubierto y llevaban gorros de cuero, abrochados bajo la barbilla.

Carlos buscaba en vano a los caballeros; no se divisaban en ningún lado escudos, pendones ni cotas de malla. Los caballos que los ingleses habían traído de Harfleur se alineaban bajo cobertizos construidos a toda prisa; prácticamente sólo había animales de carga y de tiro, pero éstos habían sido provistos de paja y de mantas como si pertenecieran a las razas más nobles.

Los soldados congregados entre las cabañas se hicieron a un lado al aproximarse un hombre a lomos de un pequeño caballo gris. Se trataba de un hombre aún joven, que iba con la cabeza descubierta y envuelto en un manto oscuro. Dio varias órdenes escuetas con voz clara y fría, desapareciendo a continuación tan rápido como había venido.

Los sacerdotes siguieron su camino, acompañados de portadores de antorchas; al son de una campanilla, entonaron de nuevo la letanía.

Los soldados regresaron a sus tareas, y volvió a reinar el silencio.

Carlos se hallaba muy impresionado por la actitud de los soldados en el campamento inglés; le parecía que allí las gentes se preparaban de manera bastante más digna para la batalla que en Azincourt. Por otra parte, comprendía que aquellos hombres pasaran la noche trabajando y rezando; no les concedía muchas probabilidades de éxito, antes bien lo contrario: ahora que había visto sus escasos pertrechos y la composición tan limitada de su ejército —que se reducía principalmente a infantería ligera y arqueros—, daba por segura la victoria francesa.

Oculto con sus soldados tras la arboleda que había, bajando de Maisoncelles, se dispuso a aguardar el regreso de Boucicaut. El mariscal volvió con bastante rapidez; se había acercado al campamento por el lado oriental y sus impresiones coincidían prácticamente con las de Carlos. Sin embargo, a diferencia de éste, él creía que, en las actuales circunstancias meteorológicas, el ejército inglés tenía una ventaja en aquel terreno: las tropas ligeras se desplazaban con mayor facilidad y tenían mayor movilidad que los hombres de armas y los lansquenetes.

Boucicaut no podía lamentar lo bastante que los jefes franceses hubieran rechazado una y otra vez los ofrecimientos de París y de otras ciudades de enviar tropas de infantería.

Por entre los árboles regresaron rápidamente junto al de Richemont y su tropa. Juntos se dirigieron nuevamente hacia Maisoncelles, pero esta vez sin guardar silencio; allí su llegada fue advertida de inmediato. Los centinelas dieron la alarma, y de todas partes acudieron presurosos los ingleses, creyendo que se trataba de un ataque del enemigo. Cuando se percataron de que sólo se trataba de un desafió para una escaramuza, reservaron sabiamente sus fuerzas. Salieron varios centenares de soldados para librar una pelea corta y no demasiado intensa. Tras haberse producido varias bajas en ambos bandos, se retiraron tanto los franceses como los ingleses.

Carlos sufrió un rasguño en la nuca; notó la sangre cálida y viscosa bajo su gorguera de malla. Aquello lo llenó de gran satisfacción. Ahora por fin, pensaba, podía participar honrosa y merecidamente en la batalla: ya no era un bisoño. En la escaramuza junto a Maisoncelles acababa de matar, por primera vez, a un hombre. Todo había sido tan rápido que, cuando sucedió, apenas si se había percatado de ello, pero ahora recordaba estremecido y excitado el grito seco del soldado y su caída. De regreso en su tienda, contempló su espada: llevaba las huellas de su acción. El escudero de Carlos acudió al instante para limpiar el arma. Al ver las manchas de sangre en el paño, Carlos notó con repentina e intensa sorpresa que su orgullo y su satisfacción desaparecían como por ensalmo. Le avergonzó aquel sentimientos; comprendió que debía callarlo.

Con amargura pensó que con ello, una vez más, quedaba de manifiesto su incapacidad como guerrero. No, él no tenía madera de héroe.

Despuntaba la mañana del día veinticinco de octubre de 1415, festividad de San Crispín. En lontananza asomaban temblorosas y débiles las primeras luces del alba, en un cielo cargado de nubes. Aunque había dejado de llover, una densa niebla flotaba por encima del campo.

En el campamento francés reinaba la confusión, debido a las órdenes contradictorias y la falta de organización. Cuarenta mil hombres estaban armándose; los heraldos corrían de un lado para otro entre aquel hervidero de gente, gritando y tocando con todas sus fuerzas sus clarines y trompetas. Los caballeros con sus pesadas armaduras, a quienes habían aupado sobre sus monturas varias horas antes, abandonaron lentamente el campamento, en una interminable comitiva de grotescos

muñecos de hierro ataviados con plumas mojadas, de vivos colores, y mantos empapados. Se habían calado las viseras y mantenían de antemano las lanzas enristradas. Al salir al campo, los caballos de batalla, con su pesadísimo cargamento, se hundieron profundamente en el lodo amarillento; los jinetes se vieron obligados a espolear a sus monturas, como única posibilidad de hacerlas avanzar. En su lucha por seguir adelante, los cascos de las caballerías levantaban una lluvia de fango; la tierra blanda sorbía y burbujeaba, y pronto las largas gualdrapas y vistosas bardas quedaron manchadas de manera irreconocible. La formación de las tropas originó problemas imprevistos; por más que el condestable D'Albret diera sus órdenes, sus comandantes no conseguían imponer la disciplina a aquella inmensa multitud de hombres de armas que se movían desordenadamente.

Carlos, quien se sentía muy incómodo en su armadura negra —le parecía como si le faltara para siempre la luz y el aire dentro de aquel pesado caparazón—, experimentaba grandes dificultades para volver a reunir a sus propios soldados. Seguido de su heraldo y del capitán De Bracquemont, recorría el campo buscando a sus vasallos entre aquella muchedumbre apelotonada, y les ordenaba que se dirigieran a un punto determinado donde había mandado plantar su estandarte; este ejemplo fue imitado de inmediato por otros jefes. Los caballeros y sus cuerpos especiales se agruparon alrededor de aquellas señales, con lo que finalmente se fue clarificando el orden de batalla. Entonces se puso también de manifiesto que el valle era, en efecto, demasiado angosto: los guerreros estaban tan apiñados que apenas conseguían moverse.

Cuando un caballo avanzaba o retrocedía un paso, la fila entera tenía que acompañarlo. Al ver aquella vanguardia ridículamente profunda, Boucicaut perdió los estribos. Allí se apretujaban sólo duques, condes y barones, con sus escuderos, portaestandartes y trompeteros como únicos acompañantes. Ciertamente era un espectáculo impresionante, pero ¿aún no habían escarmentado aquellos individuos con lo que había acontecido en Nicópolis en su día?

—Eso ocurrió hace veinte años —dijo D'Albret, encolerizado—. Dejadme tranquilo, Boucicaut. Ocupad vuestro puesto, ¡ahora no tenemos tiempo de escuchar vuestras historias!

—Por amor de Dios, ¡ensanchad la línea de batalla en lugar de hacerla tan profunda! —gritó aún el mariscal por encima del barullo de los que esperaban. Pero D'Albret ya se alejaba, entre juramentos, para supervisar los progresos en el centro y la retaguardia.

Boucicaut se abrió camino hasta situarse junto a Carlos en la primera fila. Este último había vuelto a abrir su visera, terriblemente sofocado; su corazón latía como si fuera a estallar, y sudaba bajo la carga de metal y malla.

—Que Dios nos asista, no consigo sacar a mi caballo del cieno —dijo Boucicaut, muy irritado—. De este modo no podremos pasar a la carga.

¿Por qué no me hará caso D'Albret? Esto es cosa de locos. ¡Mira aquellos

hombres de armas completamente amontonados! Ya sabía yo que aquí no habría sitio para los flancos. La única solución es desplegarse, desplazando el combate a un terreno más alto y dejando aquí sólo a la infantería. ¡De eso me han servido mis treinta años de experiencia, luchando en Francia y en el extranjero, para que luego me aparten como a un patán cuando ofrezco mis consejos!

Carlos se movía inquieto. Él también se percataba de que su caballo se hundía cada vez más en el cieno; el animal sólo acertaba a sacar sus patas una a una, con gran esfuerzo. Mientras tanto, había clareado lo bastante para distinguir los cerros. Entre los setos y matorrales cercanos a Maisoncelles, se vislumbraba ya al enemigo; descendía éste por la ladera, en grandes grupos a la vez: arqueros con arqueros, lanceros con lanceros.

—A ese hombre lo vi yo ayer —dijo Carlos de pronto—. Era quien daba las órdenes. El que monta ese pequeño caballo gris. ¡El animal no es mucho más grande que un potro!

Boucicaut mantenía la mano encima de los ojos, haciéndose sombra sobre ellos.

—Ése es el rey en persona —observó—. ¿No lo sabíais, monseñor? He oído decir que en Inglaterra utilizan mucho ese tipo de caballos pequeños. Son fuertes y veloces.

Carlos se inclinó hacia adelante en el arzón, con una exclamación de asombro. El rey Enrique llevaba consigo a un portaestandarte y vestía una coraza blanca, pero por lo demás no había otros signos externos de su dignidad que lo distinguieran de los hombres de armas que lo rodeaban. Los ingleses formaron con una rapidez asombrosa, sin que pareciera importarles mucho el fango. Sin embargo, eligieron para ello un campo algo más alto, que estaba menos encharcado que el resto del valle. Los arqueros constituían la inmensa mayoría de las filas del ejército, que ahora se había desplegado en un frente muy amplio que sólo contaba cuatro filas de profundidad. Los arqueros de la línea frontal clavaron delante de ellos en el suelo afiladas estacas de madera, formando así una especie de empalizada que les brindaba cierta protección.

Ambos ejércitos se encontraban frente a frente en posición de batalla. A un lado se divisaba un bosque de banderas y banderolas, plumas y lanzas, una masa compacta de caballeros aherrojados en sus armaduras plateadas y sobredoradas, ataviados todos ellos como participantes en un torneo. Al otro lado del campo, una hilera oscura sin pompa ni esplendor, formada por hombres vestidos de cuero y lana basta, con bacinetes planos en la cabeza, muchos de ellos descalzos, y, los más, armados con arcos, hachas, picas y mazas.

—¡Dios mío, pero si no son más que campesinos y artesanos! —exclamó D’Albret, de pie en los estribos—. ¡Luchamos hoy contra simples aldeanos, caballeros! ¿Acaso piensa el rey Enrique que su caballería es demasiado excelsa como para rebajarse a guerrear contra nosotros?

El rey Enrique se preparaba para el combate, según se advertía claramente. Le colocaron un yelmo coronado en la cabeza; incluso a gran distancia se percibía el

brillo de las piedras preciosas. En medio de tanta vulgaridad, aquella corona constituía el punto de mira de sus adversarios. El de Alenon juró a voz en grito que no cejaría hasta haberle arrancado una a una las flores de oro. El rey recorría ahora con rapidez el frente de su ejército; de vez en cuando detenía brevemente su montura para dirigirse a los soldados. Hecho esto, descabalgó y se unió a los jefes del ejército, que aguardaban a varios pasos de distancia delante de la primera fila de arqueros.

—Esto va a comenzar, monseñor —dijo Boucicaut; volviéndose hacia Carlos, le dirigió, conforme a las antiguas leyes de la caballería, una petición de perdón—. Antes de emprender la lucha, monseñor, os pido que queráis perdonarme el mal que haya podido haceros, como también yo os perdono. —Carlos recordó que aquélla era una vieja costumbre. Se inclinó hacia Boucicaut, y luego formuló a su vez la misma pregunta al caballero que tenía al otro lado. En toda la vanguardia, los caballeros estaban perdonándose mutuamente de esta manera. Algunos incluso se abrazaban, en la medida en que se lo permitían los brazales. Aquel espectáculo provocó gran asombro entre los ingleses.

Eran aproximadamente las diez de la mañana; había dejado de llover, pero el cielo estaba cubierto de nubes grises y compactas, hasta donde alcanzaba la vista. El suelo pantanoso despedía una humedad fría y penetrante. El rey Enrique, quien había permanecido durante un rato con los brazos en jarras, mirando hacia las líneas francesas, le dijo varias palabras a un caballero que estaba a su lado. Éste avanzó unos pasos, se volvió, arrojó al aire un bastón y gritó: «*Nowstrike*!», «¡Al ataque!». Los soldados respondieron a dicha orden con un griterío que a la caballería francesa le pareció horrísono y bárbaro, como de una manada de fieras.

D’Albret dio la señal de pasar a la carga. Carlos se caló rápidamente la visera, empuñó su lanza con más fuerza y se dispuso a hacer lo que veía que intentaban los hombres a su izquierda y a su derecha: arremeter a toda velocidad contra el enemigo. Hincó las espuelas en los flancos de su caballo, pero éste no conseguía dar un solo paso. Pugnaba en vano por despegarse del fango profundo.

—¡Al ataque! ¡Al ataque! ¡San Dionisio por Francia! —gritaba el condestable, ronco del esfuerzo y la furia; los caballeros lastimaban a sus monturas, entre imprecaciones, pero todo en vano. Incluso aquellos que habían conseguido avanzar varios metros, volvían a hundirse irremisiblemente en el cieno, que, desde los albores de la mañana, había sido revuelto por los cascos de las caballerías.

Mientras tiraba de las riendas espoleando desesperado a su caballo, por primera vez en su vida le invadió a Carlos una angustia mortal.

Por entre las aberturas de su visera veía cómo se aproximaban los ingleses, sin prisa pero con decisión; los arqueros ya echaban mano a sus aljabas repletas de flechas. Dentro de su arnés negro y a lomos de su caballo recubierto de escamas de hierro, se encontraba como aprisionado en un muro de cuerpos embutidos en armaduras igualmente pesadas; no podía avanzar para luchar ni retroceder para huir; a él y a sus compañeros no les quedaba otra alternativa que esperar.

Los ingleses se detuvieron y tensaron sus arcos; de inmediato, diez mil flechas cayeron silbantes sobre la vanguardia francesa. El condestable había salido a galope para ordenar a los flancos del ejército que intervinieran inmediatamente; ambos escuadrones se pusieron en movimiento con dificultad. Se acercaban los caballos en apretada formación, piafando y tropezando en el cieno profundo de la vaguada.

Pero entonces salieron bruscamente más arqueros de los bosques que había en la pendiente junto a Maisoncelles, los cuales habían permanecido emboscados allí con tal fin. La caballería, alcanzada en el flanco por una lluvia de flechas, sufrió grandes pérdidas; de los más de mil hombres de armas, sólo varios cientos consiguieron llegar a la estrecha franja de terreno entre ambos ejércitos. Los caballos, heridos y aterrorizados, se negaban a obedecer a sus jinetes. Se encabritaban, y, entre resoplidos, embestían lateralmente a las filas de caballeros armados, causando allí más desgracias que las que habían ocasionado los ingleses. Hombres y animales caían unos sobre otros, y los cuerpos quedaban aplastados entre las piezas de acero. Cundió la confusión entre las filas compactas, y muchas lanzas se quebraron con el impacto que produjo el retroceso de la primera línea.

Los ingleses aprovecharon de inmediato el desorden en la vanguardia francesa; arrojando sus arcos, arremetieron con picas y mazas contra los caballeros, que, semihundidos en el cieno, se agarraban unos a otros. Carlos, que se encontraba en el centro de la línea frontal francesa, había conseguido permanecer sentado en su arzón. Había perdido su lanza, por lo que desenvainó rápidamente la espada. Boucicaut había saltado de su caballo. Comprendiendo la utilidad de dicho proceder, Carlos quiso seguir su ejemplo, pero no logró sacar a tiempo el pie del estribo; el escarpín puntiagudo de su armadura se había enganchado. Vio que ya era demasiado tarde: los ingleses se acercaban, gritando desaforadamente y levantando a su paso una lluvia de fango. Una nube de jabalinas los precedía.

El caballo contiguo al de Carlos fue herido mortalmente; se desplomó hacia un lado, y su jinete cayó contra Carlos, arrojándolo casi del arzón. La montura de Carlos, atemorizada, se abalanzó hacia adelante; el joven aún consiguió levantar a tiempo su escudo, que le había entregado su paje cuando se había dado la señal de cargar. Por todas partes llovían golpes y tajos.

—¡Bonne! —exclamó Carlos. La sangre le zumbaba en la cabeza, y sintió cómo su caballo se tambaleaba. A su alrededor el fragor de la batalla era ensordecedor: los gritos de los combatientes, los alaridos de hombres y monturas al ser abatidos, el estrépito de las armas contra los arneses, y el rumor sordo de miles de pies que pataleaban. La infantería inglesa se movía por entre las filas como segadores en un campo de trigo; con ambas manos blandían sus mazas guarnecidas de púas y sus hachas cortas. Los caballeros y sus acompañantes, hacinados en grupos, se defendían como podían, pero apenas si eran capaces de moverse. Aquellos que caían quedaban tendidos unos encima de otros, formando obstáculos: montañas de cadáveres, despojos de caballos, escudos y armas.

Carlos luchaba como un poseso, dominado por una única idea: ¡no quería morir, quería vivir, vivir, volver junto a Bonne, junto a Bonne, junto a Bonne! Sin saber lo que hacía, murmuraba incesantemente el nombre amado mientras arremetía contra los hombres que lo acometían por todas partes, como un enjambre de tábanos. La angustia mortal le daba una fuerza que jamás había poseído. Continuó rechazando los ataques hasta que su caballo, alcanzado por una jabalina enemiga, se desplomó debajo de él. Consiguió saltar al suelo, hundiéndose hasta los tobillos en una masa de cieno y sangre. No obstante, siguió luchando con idéntico denuedo; vio que había matado a tres o cuatro ingleses, pero ahora se encontraba en una posición desfavorable respecto de sus agresores. Mientras intentaba parar los golpes, miraba a su alrededor buscando gente conocida. Pero sólo veía por doquier gestos desesperados de defensa y, finalmente, de derrota. Creyó descubrir al de Alenon, todavía a lomos de su caballo, con su pendón hecho jirones envolviéndole el cuello; inclinado hacia adelante, repartía hachazos a diestro y siniestro, mientras los muertos se apilaban en torno a él y la gualdrapa de su montura se empapaba en sangre. Carlos aún vio otra cosa. Cerca de él yacía un cadáver que pudo reconocer gracias a su armadura. Era Felipe de Nevers, hermano menor del de Borgoña, quien, pese a la prohibición y las amenazas, se había unido al ejército francés, ya que consideraba deshonroso mantenerse al margen. Estaba tendido boca arriba con los brazos extendidos, junto a su escudero, su portaestandarte y varios caballeros pertenecientes a su séquito; su visera estaba abierta. Carlos se quedó lívido de terror y espanto. Redobló sus intentos por librarse de sus asediadores. Quería intentar escapar hacia el centro o la retaguardia, donde aún no se luchaba. «Tengo que despojarme de mi armadura», pensó, confuso y mareado. En ese preciso instante acusó un golpe en mitad de la cabeza. Un dolor lacerante le atravesó la nuca y la espalda, y se dio cuenta de que aquello era el final. Entonces cayó en el fango junto a su caballo muerto.

Inicialmente no supo dónde se encontraba. Un gran peso le oprimía las piernas, y sobre el hombro y el pecho notaba otra cosa más ligera, blanda e informe. Intentó moverse, pero su cuerpo estaba entumecido y dolorido, y tenía agarrotados la cintura, los brazos y las muñecas. Le parecía estar flotando en un líquido tibio y viscoso. De pronto se percató de la verdad. «Estoy vivo», quiso decir, pero su lengua se negaba a obedecerle. Abrió los ojos con dificultad; sus párpados parecían pegados con el mismo líquido tibio; por el olor descubrió que era sangre.

Aún tenía la visera cerrada; como no podía mover los brazos, no conseguía levantarla. «He de seguir luchando», pensó, cobrando progresiva conciencia. Al mismo tiempo se percató de que no oía ningún ruido. O, mejor dicho, si había ruidos, pero no los gritos ni el estruendo sordo de la batalla. Curiosamente, oía el viento, y, a cierta distancia de donde se encontraba tendido, voces de hombres. Arrastraban algo por el suelo que tintineaba y golpeteaba. Aquel mismo ruido creyó percibirlo también algo más lejos, no en un solo lugar, sino en todas partes. Pero a pesar de las voces y

de aquel arrastrar y repiquetear, reinaba un silencio que sólo podía indicar una cosa: la batalla había terminado, la lucha estaba decidida.

¿Qué día era? ¿Cuánto tiempo había permanecido tendido en aquel lugar? Se movió, pero un intenso dolor le obligó a permanecer quieto. Tras las aberturas de la visera sólo vislumbraba un resplandor grisáceo. Había también algo oscuro tapándole la cabeza, parecida a un paño, bandera o sobrevesta. Y aquel peso sobre sus piernas…; se estremeció. Se encontraba tendido entre los cadáveres, y tendría que esperar hasta que vinieran a buscarlo. «¡Bonne!», pensó, llenándose de desazón. ¿Y si no lo encontraban? ¿Y si lo dejaban perecer allí bajo un montón de muertos? Volvió a abrir la boca, sin conseguir emitir sonido alguno. Hizo un esfuerzo supremo. Algo pareció desgarrarse dentro de su pecho, y un dolor punzante como una cuchillada le traspasó las costillas. Así y todo, consiguió ladearse un poco. Sin embargo, no lograba mover las piernas. Pareció transcurrir una eternidad hasta que pudo acercar hacia sí el brazo derecho; hubo de levantar la cabeza a la altura de su mano para poder abrir la visera. Estaba encasquillada, pero al final consiguió levantarla. Se encontraba en medio de una masa confusa de cadáveres, metal retorcido y lanzas quebradas; un caballo se había caído de través sobre sus piernas; no podía ser su propia montura. No conseguía descubrirla; probablemente se encontraría bajo los cuerpos que yacían a sus espaldas. Un hombre al que no conocía, envuelto en una túnica estrellada, se apoyaba contra su hombro.

No supo identificar a los demás cadáveres; llevaban sus yelmos cerrados o estaban tan desfigurados o cubiertos de sangre coagulada que sus rostros va no eran reconocibles.

Carlos siguió incorporándose lentamente, hasta que pudo mirar por encima de aquel muro de cuerpos. Todavía se encontraba tan aturdido por la caída y tan atontado por el dolor y la pérdida de sangre, que la visión del campo de batalla de Azincourt apenas le impresionó o sorprendió. Hasta donde le alcanzaba la vista sólo veía muertos, montañas de muertos, muertos vestidos con sus arneses, muertos envueltos en túnicas de colores. Allí donde había estado el campamento francés, en la pendiente entre Azincourt y Tramecourt, sólo quedaban restos pisoteados de tiendas, carros destrozados y grandes montones de pertrechos.

Atardecía. Nubarrones bajos que amenazaban lluvia surcaban veloces el cielo, movidos por el viento que se había levantado. Aún no había oscurecido. En aquella hora de penumbra, entre la luz y las tinieblas, se movían hombres en numerosos grupos por el campo. Carlos los reconoció al instante: eran arqueros ingleses, como aquellos que lo habían derribado. Comprendió claramente lo que estaban haciendo. De las montañas de cadáveres extraían espadas, puñales y escudos, arrancaban pendones y mantos, y buscaban agachados objetos de valor, anillos, hebillas y bandoleras. Con suma rapidez y destreza despojaban a los muertos de sus yelmos y armaduras; sin prisas registraban concienzudamente todos los montones de cadáveres del campo de batalla. Amontonaban las armas en grandes pilas; las joyas y los objetos

de valor desaparecían en los sacos que cada uno de los hombres arrastraba tras de sí. Aún no habían llegado los saqueadores al lugar donde se hallaba Carlos, pero éste temía que lo descubrieran antes de la anochecida. Le quedaba una única oportunidad: si la oscuridad les impedía encontrarlo, podía intentar arrastrarse hasta los bosques o, tal vez, hasta el castillo de Azincourt. El señor de Azincourt era vasallo del duque de Borgoña, pero cualquier cosa era preferible a ser capturado por los ingleses.

Cautelosamente se deslizó de nuevo en el fango, acurrucándose lo más cerca posible de los muertos. Quizá los saqueadores no llegaran a donde estaba él. Sentía en la cabeza un dolor punzante e insoportable, y sentía sed. Se hundió en un estado febril de semiinconsciencia.

Creyó hallarse acostado en Blois, entre las frescas sábanas; Bonne se acercaba a él con una copa en la mano, no sabía si era de agua o vino.

«Déjame beber», musitó, y entonces sintió cómo un líquido le humedecía realmente los labios. No estaba soñando. Dos hombres lo mantenían incorporado, sosteniéndolo por debajo de los brazos, y un tercero le daba algo de beber. Le habían despojado de su yelmo, y su cabeza estaba húmeda y fría de la sangre y el sudor. Luego se lo llevaron a rastras y en brazos, alternativamente, recorriendo una distancia que se le antojó interminable, a través de hoyos llenos de cieno, remontando una pendiente, por encima de las ásperas raíces y desniveles del bosque. Aún no era capaz de sostener la cabeza, y perdía el conocimiento una y otra vez. Finalmente sintió cómo lo tendían en el suelo, junto a una hoguera; varios hombres hablaban en voz baja. En su mente los sonidos de la lengua extranjera se confundían en un murmullo. Sólo se dio cuenta vagamente de que le quitaban la armadura; luego perdió el conocimiento durante largo tiempo.

Cuando abrió los ojos, se hallaba sobre una yacija de paja dentro de una tienda. Habían descorrido el cortinaje de la entrada; podía ver una hilera de cobertizos y casuchas, que eran, inconfundiblemente, los de Maisoncelles. Delante de la tienda había un centinela. Era un día claro; por doquier reinaba una intensa actividad. Los ingleses se disponían a levantar el campamento. Los animales de carga, atiborrados del botín de guerra, pasaban lentamente delante de la tienda. Con un estremecimiento, Carlos veía, entre las armas y escudos apilados en grandes montones sobre los carros, los pendones azules y dorados de Francia, desfigurados, rotos, manchados de sangre y fango. Encima de un carro vio una coraza de un blanco resplandeciente, con un sol dorado en el peto.

—¡Ésa es la armadura del de Alenon! —dijo Carlos en voz alta. Un hombre que se encontraba acurrucado sobre un montón de paja al fondo de la tienda, y cuya presencia no había advertido, repuso:

—Sí, monseñor, allá van los abigarrados juguetes de Francia: armaduras de parada y banderas de seda. ¿Por fin habrá quedado claro que con eso no se gana una guerra?

Carlos se volvió con dificultad.

—¡Boucicaut! —exclamó. El mariscal alzó su fino rostro y asintió lentamente. Sólo llevaba encima una camisa de cuero, sucia y rota, y un par de escarpines. No estaba herido.

Carlos notó que él mismo, bajo la manta de pieles, estaba desnudo; le habían envuelto las piernas con vendas.

—No estáis herido de gravedad, loado sea el cielo —susurró Boucicaut con voz ronca—. Seguramente podréis montar a caballo hoy mismo.

—¿Adónde nos van a llevar?

Boucicaut suspiró; al cabo de un momento respondió:

—A donde plazca al rey Enrique, monseñor. He oído decir que embarcaremos en Caláis, rumbo a Inglaterra.

—¿Al exilio? —A despecho de sus miembros doloridos, Carlos se sentó derecho, y dijo con vehemencia—: No quiero. Eso es imposible. El delfín pagará sin duda un rescate por mí.

—No estéis tan seguro de ello, monseñor. —Boucicaut encogió los hombros, abatido—. Eso no ocurrirá tan pronto. Somos un gran grupo y representamos un capital: vos, los monseñores de Borbón y de Richemont, los condes de Eu y de Vendóme, y unos mil quinientos nobles más. He visto a los señores de Harcourt y Craon y a numerosos conocidos. Todos ellos nombres de alcurnia por los que el rey Enrique podrá pedir un alto precio. Habrá de transcurrir mucho tiempo antes de que se llegue a un acuerdo en lo que a nosotros respecta. De todos modos, no podemos quejamos. Esta catástrofe la debemos a nuestra propia soberbia e ineptitud.

A Carlos la posibilidad de perecer en el combate le había inquietado menos que esta nueva perspectiva: el exilio en tierra extraña.

Temblando de frío y de debilidad, permanecía sentado con la mirada fija ante sí y el entrecejo fruncido, sumido en hondas reflexiones.

—Debo mandar enseguida un emisario a mi mujer y mi hermano —dijo inquieto —. Podemos vender tierras y castillos. Mi suegro está en Paris; sin duda podrá utilizar su influencia.

—Podéis intentarlo, monseñor. —Boucicaut sacudió la cabeza, con gesto de duda —. Pero me temo que seáis vos a quien el rey Enrique tarde más en liberar. Sois el más importante de todos los prisioneros; es a vos a quien tratan con más consideración. Ha sido el propio médico del rey Enrique quien os ha vendado y cuidado. A los ingleses les interesa mucho el manteneros sano.

El centinela que estaba apostado delante de la tienda se movió.

Carlos y el mariscal miraron hacia la entrada y vieron aproximarse a tres hombres: un anciano caballero de rostro pálido y severo, un soldado que traía varias prendas de vestir encima del brazo, y un criado con una bandeja con pan blanco y vino.

—Me llamo Tomás Herpingham y soy consejero del rey Enrique —dijo el caballero lentamente en francés, haciendo una rígida reverencia ante Carlos—. Hablo

y comprendo vuestra lengua. El rey os ruega que vistáis estos ropajes y comáis algo. Mañana al amanecer partiremos hacia Caláis. Se han puesto caballos a vuestra disposición y a la del mariscal.

Calló unos instantes, pero Carlos no respondió. Herpingham tosió, prosiguiendo en tono seco y circunspecto:

—Entre los prisioneros se encuentra un tal De Néry, que afirma ser escudero vuestro. Podemos mandarlo venir, si ése es vuestro deseo.

Carlos asintió. Había dejado de escuchar lo que el inglés seguía diciendo; estaba tramando un plan. Jean de Néry debía huir para llevarle noticias a Bonne. El recuerdo de su mujer lo llenaba de rabia impotente. Ella estaría ahora en Blois, ajena a todo lo que le había sucedido. ¿Cuándo volvería a verla? Se le ocurrieron proyectos descabellados: por la noche saldría sigilosamente de la tienda, se apoderaría de alguna arma y de un caballo y se escaparía a galope tendido, atravesando la región de Picardía, hasta llegar a Paris.

Herpingham se despidió y abandonó la tienda; se acercaron los hombres que traían la ropa y la comida. Carlos dejó que le vistieran el jubón y la túnica, con actitud indiferente; rechazó, sin embargo, el pan y el vino. Luego vinieron a buscar a Boucicaut; en su lugar trajeron a Jean de Néry a la tienda de Carlos. Por el escudero se enteró del desarrollo exacto de la batalla. En un tiempo relativamente corto, los ingleses habían aniquilado la vanguardia del ejército francés; aquellos que no murieron en el ataque, fueron conducidos como prisioneros detrás de las líneas. A continuación atacaron, bajo el mando del propio rey Enrique, el centro del ejército francés, que opuso resistencia.

Al contemplar la matanza, las tropas de la retaguardia habían huido más allá de los cerros. El centro no resistió por mucho tiempo; el de Alenon, quien se había abalanzado sobre el rey Enrique para arrancarle la corona de la cabeza, fue muerto casi instantáneamente, lo cual hizo perder a sus caballeros el poco valor que les restaba. Se entregaron, con lo que quedó decidido el combate.

Mientras los ingleses clasificaban a sus prisioneros, se dio la alarma desde Maisoncelles. Un hombre de armas acudió a galope con la noticia de que los gascones y bretones de la retaguardia francesa volvían a aproximarse al campo de batalla dando un rodeo; según parecía, además, grupos de ellos se proponían saquear el campamento de Maisoncelles. El rey Enrique ordenó a sus hombres que formaran nuevamente en posición de batalla; a fin de tener libertad de movimientos y estar a cubierto en caso de ser atacados por la espalda, fue preciso matar a los prisioneros sobre el terreno. Se designó a doscientos guerreros para que hicieran las veces de verdugos. Cuando a continuación los ingleses se dispusieron a arremeter contra las tropas que se acercaban, éstas al parecer habían desistido ya de su proyectado ataque. Sin mirar atrás, huyeron por los cerros. Los prisioneros de la vanguardia, que se encontraban custodiados en otro lado del campo de batalla, habían salvado la vida. Los condujeron a Maisoncelles.

—¿Quiénes han perecido? —preguntó Carlos, cuando hubo callado el escudero. El muchacho susurró una extensa lista de nombres: D'Albret, los duques de Alenon y de Bar, los señores de Dampierre, Dammartin, Salm, Roussy y Vaudemont, todos aquellos que ni siquiera dos días antes se habían reunido en la tienda del condestable, tan seguros de su victoria. También habían caído los gobernadores de Maon, Caen y Maux y el valeroso arzobispo de Sens, así como príncipes y nobles sin cuento, con sus escuderos, heraldos, hombres de armas y palafreneros.

—Dicen que hemos perdido a más de diez mil hombres, monseñor —concluyó Jean de Néry, cabizbajo—. ¡Diez mil! Y los ingleses a lo sumo mil quinientos.

Al atardecer entró en la tienda el propio rey Enrique, acompañado únicamente de Tomás Herpingham, quien portaba una antorcha. El rey cerró el cortinaje de cuero tras de sí, permaneciendo de pie frente a la yacija de paja de su prisionero. Enrique no era tan alto como parecía visto a cierta distancia, pero sus espaldas eran anchas, y sus miembros, fuertes y resistentes. Su cabeza era redonda, y llevaba el pelo muy corto. En su rostro fino y alargado, de frente alta, nariz recta y labios carnosos y colorados, relumbraban dos ojos de color azul grisáceo muy claro. Por encima de la cota de malla llevaba una sobrevesta con los rojos leones rampantes de Inglaterra.

Carlos trató de levantarse del lecho para saludar a su visitante; el rey Enrique contempló en silencio sus intentos antes de decir secamente, al cabo de unos instantes:

—Quedaos tendido, querido primo, aún estáis demasiado débil como para teneros en pie.

Hablaba un francés casi perfecto, pero su pronunciado acento confería a sus palabras un tono áspero. Carlos inclinó la cabeza, agradeciendo el favor; apoyándose sobre los codos, permaneció a los pies de Enrique.

—¿Cómo os encontráis, querido primo? —preguntó el rey, sin que sus ojos reflejaran el más mínimo asomo de amabilidad.

Carlos respondió con desgana:

—Bien, monseñor.

—Me han dicho que rehusáis comer y beber —prosiguió Enrique—. ¿Es cierto eso?

—Es cierto que estoy ayunando —dijo Carlos—. Difícilmente os asombrará que no sienta apetito.

—Hum. —Enrique arqueó sus finas cejas rojizas—. Os aconsejo, querido primo, que comáis lo que os sirvan. No tiene sentido que padezcáis hambre, movido por el arrepentimiento o la vergüenza. Pienso que Dios me ha concedido la victoria, no tanto por mis merecimientos, sino para castigar a los franceses. Es de todos sabido que este reino es un auténtico pandemónium de pecado e inmoralidad. Probablemente sepáis mejor que yo el desorden que reina en el gobierno francés. A nadie sorprenderá que tamaños excesos hayan provocado la cólera de Dios. Yo en este caso sólo he sido un instrumento divino, querido primo.

Si bien el rey levantaba un poco la voz al afirmar todo esto, el tono de sus palabras no delataba emoción alguna. Sus ojos claros y fríos permanecían clavados en Carlos. Éste inicialmente había mantenido la vista fija ante sí, pero cuando el rey terminó de hablar, le dirigió una mirada rápida de asombro. Se preguntaba si Enrique estaría hablando en serio; sus palabras eran tan desapasionadas… No había en ellas sentimiento, tan solo cierta fría pedantería.

—No hay nada que hacer —añadió, creyendo que Carlos quería formular un reparo—. Las cosas tenían que ser así, querido primo. Es preferible que os resignéis.

—¿Pensáis llevarme a Inglaterra, monseñor? —preguntó Carlos; no era capaz de pensar en otra cosa. La mirada del rey se tomó más clara y penetrante.

—Así es —contestó afirmativamente. Sin embargo, al ver que Carlos quería seguir preguntando, añadió de inmediato—: Pero no hablaremos de eso ahora. A su debido tiempo, en Londres, examinaremos la cuestión de vuestra condición de prisionero de guerra. Creo que podrá ser muy provechoso el que mantengamos una conversación seria, querido primo. Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

—Monseñor —comenzó Carlos de nuevo. Sin dejar de observar el ceremonial debido al rey, intentaba dejar traslucir algo de su desazón y anhelo. Era preciso que éste lo escuchara, aunque en lo más profundo de su corazón sabía perfectamente que cualquier intento de ablandar al inglés era vano. Así pues, se limitó a pedir—: ¿Podríais poner en libertad a mi escudero, monseñor? Os pido que añadáis el importe de su rescate al mío; en una suma tan grande, eso apenas supondrá diferencia alguna. Antes de embarcarme para Inglaterra, quisiera enviar un mensaje a la señora de Orléans.

—Es verdad, estáis casado. —Enrique arqueó nuevamente las cejas, mirando a Jean de Néry, quien permanecía detrás de su señor en actitud respetuosa—. ¿Es éste vuestro escudero? Por mí, podéis dejarlo partir.

El muchacho no pudo reprimir un movimiento brusco de sorpresa. El rey Enrique frunció el entrecejo por un momento y se apartó con un breve ademán, dando a entender a Carlos que daba por terminada la conversación.

Carlos permaneció en vela toda la noche. Hizo que su escudero repitiera hasta la saciedad todos los mensajes destinados a Bonne. Sin embargo, tras pensarlo mejor, le pidió al muchacho que lo acompañara hasta Caláis; allí le sería más fácil encontrar un caballo. Además, Carlos esperaba poder hacerse allí con papel y pluma; quería escribir una carta de su puño y letra.

En medio de sus compañeros de infortunio —una triste comitiva—, Carlos recorrió a caballo el largo camino hasta Caláis. Desde lo alto de los cerros por encima de Maisoncelles, contemplaron por última vez el campo de batalla: los campesinos de la comarca habían acudido en gran número a Mincourt para buscar prendas y armas aprovechables entre los cuerpos semidesnudos.

Al frente marchaban los arqueros, con la cruz roja de Inglaterra sobre el pecho; caminaban encorvados bajo el peso de su botín de guerra. Enrique encabezaba el cortejo, rodeado de portaestandartes y heraldos. En último lugar iban, con la cabeza gacha y paso cansino, las filas de prisioneros, custodiadas por hombres de armas. La ciudad de Caláis, desde hacía mucho tiempo en manos de los ingleses, aguardaba vestida de fiesta. El día de Todos los Santos hizo Enrique su entrada en la ciudad. Los prisioneros de la realeza fueron alojados en un castillo cercano al puerto. Desde la estrecha ventana enrejada de su habitación, Carlos vio el mar por primera vez en su vida, una extensión agitada, tocada de vetas marmóreas verdosas y blancas, un páramo de agua. Soplaba un fuerte viento; nubes brumosas surcaban presurosas el cielo incoloro. En el puerto se hallaban anclados los barcos de Enrique, una selva de mástiles.

También Jean de Néry se preparaba para el viaje; a petición de Carlos, el rey Enrique le proporcionó un poco de dinero y una montura. Carlos entregó al muchacho cartas para Bonne y su hermano Felipe, para el de Mornay, el delfín, y para Bernardo de Armañac. Cuando el de Néry estaba a punto de abandonarle, Carlos se quitó del dedo un anillo para que se lo entregará a su mujer; era un anillo de oro, esmaltado en azul, con una inscripción grabada que decía: «*Dieu le scet*, Dios lo sabe». Tanto su padre como su madre habían llevado aquella alhaja, para que les recordara día y noche sus quejas contra el de Borgoña. Ahora aquel lema cobraba, por vez primera, un sentido distinto para Carlos. Ya no pensaba en el de Borgoña, sólo pensaba en Bonne, con el anhelo desesperado de sus veinte años. *Dieu le scet*, Dios lo sabe. Dios sabe cuánto la amo. Dios sabe cómo sufro. Dios sabe lo que será de mí.

El día quince de noviembre, los marineros del rey Enrique izaron las velas de los barcos cargados de soldados, prisioneros y botín de guerra. Aun antes de que hubieran salido del puerto de Caláis, se levantó un fuerte viento. Se arremolinaron nubes oscuras procedentes del nordeste, y las olas se encresparon, coronadas de espuma. Desoyendo la advertencia de los marineros, Carlos permaneció en cubierta. Veía el agua verde negruzca que subía y bajaba, sentía la espuma que le azotaba el rostro con sonido siseante, y oía el viento que silbaba al rozar las cuerdas. Desvaneciese en lontananza la costa de Francia, y con ella, para siempre, Bonne y su juventud.

LIBRO SEGUNDO

El camino de Monchaloir

1.— Exilio

Paix est un trésor qu'on ne peut trop louer.[12]

CARLOS DE ORLÉANS

Westminster, Windsor, la Torre de Londres: distintos nombres, pero siempre y en todas partes los mismos muros, las mismas ventanas angostas. No faltaban tapices murales, mantas calientes ni cubiertos de plata, pero delante de la puerta había hombres armados, que lo acompañaban en silencio cuando abandonaba los cómodos aposentos para un corto paseo. En Westminster y Windsor aún era posible creerse huésped en regios palacios, pero la estancia en la Torre llevaba el sello inconfundible del cautiverio, pese a los tapices y almohadones.

Al poco tiempo de llegar, los príncipes de la sangre, es decir, los duques de Orléans y de Borbón y el conde de Richemont, fueron separados de sus compañeros de menor abolengo. A Carlos le costó tener que separarse de Boucicaut; durante las primeras semanas del exilio había nacido una profunda amistad entre el mariscal y él. Carlos tomaba como ejemplo el proceder digno y tranquilo de Boucicaut; aquel hombre de mediana edad había aprendido en las mazmorras turcas de Basaach cómo debían soportarse semejantes adversidades.

El mariscal había tenido una vida extremadamente azarosa; podía jactarse de haber conocido a los hombres más importantes de su época: Carlos el Sabio, el gran condestable Du Guesclin, Felipe de Borgoña, Luis de Orléans, Gian Galeazzo de Milán y tantos más, papas y príncipes, estrategas y gobernantes de todas partes del mundo. Había estado en tierras lejanas allende el Danubio, en Oriente: Constantinopla, Acre, la ciudad santa de Jerusalén. De todo ello sabía contar relatos apasionantes, pues, además de soldado, era hombre cortés y erudito. El escribir poesías constituía uno de sus pasatiempos preferidos.

—Tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo, ya sea en el cautiverio o durante las largas marchas de una campaña militar —había dicho con su sonrisa tranquila e inocente, cuando Carlos lo sorprendió en una ocasión escribiendo versos, en el castillo de Windsor. Carlos, quien se sumía en un estado de melancolía en cuanto carecía de algo en que distraer sus pensamientos se dejó convencer para escribir complicadas composiciones en verso; al poco tiempo, Boucicaut y él mantenían conversaciones en ingeniosas formas poéticas sobre un sinfín de cuestiones de poca

monta, siempre que no estuvieran jugando una partida de ajedrez. La destreza poética que Carlos había poseído de niño, le ayudó; además, durante el último año había compuesto numerosas coplas en honor a Bonne, destinadas a ser cantadas por los juglares. Los versos le brotaban con tanta fluidez de la pluma, que Boucicaut, versificador laborioso, observo asombrado:

—Sin duda alguna, habéis heredado este don de vuestro padre, monseñor, pues recuerdo muy bien que, cuando él estaba en vena, escribía versos realmente armoniosos.

Carlos, que se acordaba de la canción del Bosque de la Larga Espera, calló; siempre que oía ensalzar las dotes poéticas de su padre, recordaba involuntariamente cómo la había cantado Herbelin, cómo su madre había abandonado la sala, tambaleante, y cómo habían traído a Dunois junto a ellos. Boucicaut no tardó mucho en descubrir que Carlos siempre sentía una secreta vergüenza de su padre y que escuchaba con la mirada baja las alabanzas y palabras de encomio referentes al difunto. En lo más profundo de su corazón seguía poniendo en duda la buena fe y la inocencia de su padre, por cuyo honor había luchado incesantemente durante ocho años. Fue Boucicaut quien por primera vez le proporcionó un juicio imparcial sobre el difunto; aquel hombre que había vivido casi a diario en la proximidad de Luis de Orléans, consiguió que reviviera para el hijo la figura del padre, evocando una imagen infinitamente más nítida y veraz que la que habían creado otrora en la mente de Carlos las palabras apasionadas de Valentina o las murmuraciones de los cortesanos. También por primera vez Carlos oyó hablar sin prejuicios de Juan de Borgoña. Boucicaut había tenido sobrada oportunidad de conocer a fondo al enemigo de la casa de Orléans en las cárceles turcas.

A raíz de las conversaciones con Boucicaut, Carlos comenzó a ver los acontecimientos de los diez últimos años desde otra perspectiva.

A veces le parecía como si Francia se desplegara ante él como un tapiz bordado de vivos colores, cuyas figuras contemplaba desde cierta distancia. Sobre un fondo de ciudades, bosques y ríos, viñedos, praderas y campos de labor, veía desfilar a los hombres y mujeres que vivían en Francia. Veía que quienes ceñían coronas y mitras, empuñaban una espada afilada o sostenían una bolsa repleta de dinero, eran dueños y señores de la vida y la muerte del pueblo, sin reparar en las grandes muchedumbres que, fuera, extendían sus manos a la sombra de castillos y catedrales. Los gobernantes se disputaban la corona y el cetro, mirando únicamente las posesiones del contrario. El que los lobos de Noraran los rebaños, que los salteadores despojaran a los peregrinos, que los ladrones y asesinos obraran impunemente, y el que el frío, el hambre y la peste diezmaran a la población con sus afiladas guadañas, poco importaba a los príncipes y prelados. Cuanto más le hablaba Boucicaut de la obligación que tienen los príncipes y nobles de proteger al pueblo indefenso, más fuerza cobraban las escenas en la imaginación de Carlos, al tiempo que lo iba invadiendo un intenso temor por la suerte de su país. Así como a duras penas había

podido soportar las críticas del rey Enrique, le constaba que Boucicaut hablaba con conocimiento de causa. Las conversaciones con el mariscal proporcionaron a Carlos abundante materia de reflexión. También le ayudaron a sobrellevar las primeras semanas de exilio, y a sobreponerse a las dudas y la desesperación que le atormentaban tan pronto se veía abandonado a su suerte.

Boucicaut, al elegir los temas de conversación, le obligaba a pensar en otras cosas que no fueran la añoranza de Bonne. El mariscal conocía por experiencia propia el dolor que Carlos había de soportar ahora, pero sabía también que la actividad intelectual ayudaba a olvidarlo temporalmente. Temía que el joven tuviera que prepararse para un exilio prolongado; por tanto, no estaba de más señalarle cómo había que curtirse para una prueba de aquellas características. Sin embargo, muy pronto Carlos se vio obligado a prescindir del apoyo que suponía para él la presencia de Boucicaut. El rey Enrique asignó los prisioneros a distintos nobles y príncipes de su entorno inmediato; únicamente Carlos, el duque de Borbón y el conde de Richemont permanecerían de momento a su cargo.

La custodia de exiliados extranjeros de alcurnia constituía una fuente adicional de ingresos nada desdeñable para los grandes de Inglaterra; además del rescate exigido, se obligaba a los prisioneros a pagar cantidades considerables en concepto de alojamiento y manutención. También podían contratar a servidumbre, a cambio de una compensación adicional, y hacer traer de su país ropa y objetos de su uso personal. Carlos sabía que su hermano Juan seguía alojado en este régimen como «huésped» del conde de Clarence. A pesar de las gestiones de Carlos, aún no se habían visto, pero la suerte de Juan le constaba sobradamente a través de cartas y mensajes verbales. El de Clarence, dispuesto a obtener pingues beneficios, cobraba muy cara su hospitalidad.

Carlos había sido autorizado a arreglar sus asuntos financieros por mediación de un banquero florentino establecido en Londres, Giovanni Vittori, quien se declaró dispuesto a adelantarle importantes sumas de dinero. Pero ¿qué podían suponer cantidades de cuatro o aun seis mil escudos de oro en comparación con la fortuna, más cuantiosa que la dote principesca más espléndida, que sin duda se pediría como rescate por él y por su hermano? Vittori negoció con el tesorero y los representantes de Carlos en París y Orléans, quienes le prometieron que se haría todo lo posible por reunir dinero para el duque. Carlos estaba convencido de la buena fe de sus consejeros y funcionarios, pero sabía mejor que nadie las dificultades que experimentarían sus allegados para reunir las sumas requeridas. Mientras tanto, seguía reflexionando acerca de otras maneras de obtener dinero. Realizó de memoria un inventario de los objetos de valor, tapices y muebles que había en los distintos castillos de su propiedad; consideró la posibilidad de vender su dominio de Asti. Pero, ¿cómo podría arreglar estas cosas y otras similares?

Si bien Vittori era un hombre de negocios hábil y sagaz, no era la persona más adecuada para hacer las veces de embajador en cuestiones tan relacionadas con la

política. Carlos solicitó encarecidamente que se le otorgara el favor de poder mantenerse personalmente en contacto con su canciller y sus secretarios, abogados y consejeros.

Aunque por el momento no se le dio autorización para escribir cartas, se le prometió que se convocaría a varios de sus funcionarios para que acudieran a entrevistarse con él —bien que bajo vigilancia—, con objeto de que pudiera arreglar sus asuntos.

Al haber sido privado de la compañía de Boucicaut, a Carlos le costaba gran esfuerzo pasar los largos días sin ataques de melancolía y desesperación. En Westminster y Windsor sus compañeros de infortunio y él al menos habían podido disfrutar de ciertas distracciones, como la cetrería, los paseos por los parques brumosos y desprovistos de hojas, y la equitación. Pero la Torre era un laberinto de gruesos muros de piedra; en el patio crecía un poco de hierba y había alguno que otro árbol. Había oído decir que en aquel lugar se celebraban las ejecuciones.

—Por eso la hierba aquí es rala y pardusca —decía el de Richemont—. La tierra está saturada de sangre. —Carlos, por otra parte, no salía mucho al patio. El contacto del aire frío y húmedo le hacía sentirse aún más pesimista que la permanencia en su habitación.

Para el de Borbón, el de Richemont y él, habían dispuesto una sala en la que podían reunirse a conversar o a jugar una partida de ajedrez.

La estrecha pieza no tenía ventanas, sino únicamente unos respiraderos en lo alto de las paredes, que podían cerrarse con unos postigos.

Bajo la amplia chimenea ardía un gran fuego, que, sin embargo, apenas conseguía ahuyentar el frío que corría por el embaldosado. No había en la estancia otros muebles que una mesa, un banco, un reclinatorio y un aparador sobre el cual por las tardes ardían velas en candeleros. En la habitación había continuamente una docena de hombres armados, al mando del capitán de la guardia; durante las reuniones de los príncipes, un escribiente vestido de hábito, que entendía el francés, permanecía sentado en un banquito apoyado contra la pared, con la mirada baja y las manos ocultas dentro de sus mangas.

La presencia de aquel testigo silencioso e inmóvil molestaba más a los prisioneros que el ruido de las armas, y las pisadas, toses y voces apagadas de los soldados de la guardia, que se encontraban junto a la puerta al fondo de la estancia.

Los encuentros con el de Borbón y el de Richemont no le proporcionaban a Carlos ningún tipo de distracción o consuelo. Le parecía como si en realidad jamás hubiera conocido a aquellos dos hombres, a quienes había tratado durante años. Por primera vez comprendió el sentido de la máxima de que en la adversidad ahora el verdadero carácter. El duque de Borbón, que desde siempre había sido cauteloso y asustadizo por naturaleza, se pasaba la mayor parte del día con la mirada perdida ante sí, presa del abatimiento; frente a sus guardianes se mostraba dócil y cortés, pero era tacaño a la hora de dar propinas y siempre hallaba infinidad de excusas, cuando de

asuntos pecuniarios se trataba. Aunque a él, al igual que a Carlos y al de Richemont, le habían asignado un banquero como agente y podía disponer de dinero, no era infrecuente que sus dos compañeros de infortunio hubieran de pagar las facturas de su manutención y alojamiento; el de Borbón rara vez llevaba más de un par de monedas de plata en su faltriquera. Si bien rehusaba jugar por dinero, miraba ávidamente cuando Carlos y el de Richemont apostaban una cantidad a los naipes, y calculaba las pérdidas y ganancias de los jugadores hasta el último centavo.

En aquellos días el de Richemont hacía gala de una actitud insolente y ruidosa y de una insensibilidad ostentosa, que a juicio de Carlos obedecía más a la desesperación que a una verdadera indiferencia. El de Richemont adoptaba una postura desafiante; canturreaba al pasar junto a la guardia, hablaba a voces despotricando del rey Enrique, y nada ni nadie se libraba de sus burlas mordaces ni de sus críticas y vituperios. También frente a sus compañeros de infortunio adoptaba una actitud hostil; constantemente se producían disputas y malos entendidos.

Carlos, de por sí fácilmente irritable, comenzó a evitar la compañía del de Borbón y el de Richemont. Permanecía cada vez más tiempo en la estancia que le había sido asignada: una habitación cuadrada, amplia y bastante acogedora, desde cuya ventana divisaba el Támesis. Detrás de aquellos diminutos cristales emplomados acabó pasando gran parte de la jornada, siempre que la niebla no entorpeciera la vista, cosa que, por desgracia, sucedía con harta frecuencia. Pero cuando el tiempo estaba despejado, había muchas cosas que ver en la parte del río encuadrada entre los dos grandes puentes.

Debajo de su ventana se encontraba la triple muralla, más allá de la cual aún había un pequeño muelle, donde estaban amarradas varias barcazas. Carlos sabía que allá abajo había en la muralla una pequeña poterna abovedada; cuando lo habían traído a la Torre, al pasar había reparado fugazmente en la pesada verja de hierro suspendida delante de la misma en aquellas aguas negruzcas que rompían contra los muros con siniestro chapoteo. En el Támesis embarcaciones grandes y pequeñas navegaban incesantemente en ambas direcciones; los barcos de carga largos y estrechos, con doce remeros a ambos lados, pasaban velozmente; a su lado, los transbordadores y botes parecían avanzar cual tortugas por encima del suave oleaje del río. En el muelle de la orilla opuesta se hallaban anclados los grandes bajeles; allí estaban también los almacenes oficinas. «Igual que junto al Sena», pensaba Carlos, con el corazón lleno de dolor. El mismo trasiego de barcos, los mismos puentes cargados de casas, la misma agua verdosa y negruzca con sus destellos plateados, en constante movimiento.

Era la niebla gélida e impenetrable que llegaba desde el mar la que a Carlos le seguía resultando ajena y hostil, aquella neblina que penetraba en su habitación atravesando incluso las rendijas de puertas y ventanas. Nada le resultaba más odioso que las horas pasadas en medio de aquel halo que al resplandor de las velas y el fuego del hogar adquiría tonalidades rojizas, y que al respirar le irritaba la garganta y el

pecho. Cuando no podía mirar al exterior, se sentaba a la mesa junto al fuego. Disponía de un misal y un salterio; aún no había conseguido otro tipo de lectura. Pero no lograba mantener la atención fija en aquellas palabras archiconocidas; por encima del libro abierto, miraba al infinito. Se encontraba con Bonne en Blois; intentaba imaginarse continuamente lo que estaría haciendo y diciendo, y con quién estaría hablando. ¿Cómo sobrellevaría la separación? ¿Lloraría, pensaría mucho en él? Veía mentalmente su rostro, pálido entre los negros mechones de sus cabellos; veía brillar las lágrimas en sus grandes ojos, que él había comparado con dos topacios. Carlos se enfrascaba detalladamente en lo que serían sus actividades diarias: ora iba a la misa del alba, para rezar pidiendo que él retornara sano y salvo; ora se hallaba en las dependencias de las mujeres para dar indicaciones a las muchachas que se dedicaban a las labores de costura; ora hablaba con el de Mornay y con el abogado maestro Cousinot, su canciller, sobre los medios para liberarlo; ora se encontraba comiendo en el sitial de honor a la cabecera de la mesa; ora se acostaba en la cama de colgaduras verdes. Al imaginarse todo aquello, Carlos ocultaba la cabeza entre las manos ahogando un sollozo. Hubiera dado sin pensarlo cuanto poseía por ver a Bonne una sola vez, por hablar con ella y tocarla. En ocasiones le dominaba su anhelo, y no conseguía quedarse quieto ni sentarse. Entonces andaba de una pared a otra, jurando a media voz, a veces rezando. Pero aquello tampoco lo aliviaba; entonces se echaba sobre el lecho, dando puñetazos contra la almohada o contra la dura pared detrás de los tapices, hasta que, rendido, se daba cuenta de lo inútil de semejante comportamiento. Casi siempre lograba controlarse, aunque sólo fuera por no exponerse ante sus guardianes, quienes de cuando en cuando llamaban a su puerta para ver lo que hacía.

Las heridas de sus piernas habían sanado, si bien persistía un doloroso tirón muscular que a veces le causaba grandes molestias. Dormía mal y, por regla general, pasaba las noches en vela. Tumbado boca arriba escuchaba los distintos ruidos: el crepitar del fuego en la chimenea, el ir y venir de los centinelas al otro lado de la puerta, el sonido del viento al sacudir los postigos… Veía desfilar ante sus ojos todos los sucesos de su vida. Recordaba de pronto acontecimientos que creía haber olvidado, pequeños episodios de su niñez, o rostros y voces de personas que habían muerto hacía tiempo. Pensaba en su padre y su madre, en sus vidas, que otrora le habían parecido tan lejanas y ajenas, pero que ahora se habían vuelto familiares gracias a las palabras esclarecedoras de Boucicaut. Pensaba en el rey, tan digno de lástima pese a su corona y a su púrpura; en la reina, con su astuta sonrisa; en el delfín, de quien murmuraban que estaba enfermo. Esto último no le extrañaba a Carlos: en otros tiempos, a menudo se había preguntado cómo era posible que el heredero de la corona soportara impunemente tanto vino y tantos placeres. Recordaba ahora los violentos y convulsivos accesos de tos que en ocasiones sufría el delfín. También pensaba Carlos en el conde de Armañac, quien tan astutamente había sabido mantenerse lejos del campo de batalla. Pensaba en el duque de Borgoña, su enemigo

capital, quien —sorprendentemente— había resultado ser una persona como todas las demás. Carlos no lo aborrecía ni despreciaba menos que antes, pero ahora lo veía de otra manera, no tanto ya como la encarnación de todos los males, sino como alguien a quien han engañado sus propias pasiones.

También pensaba Carlos en Francia, en aquel país abandonado y empobrecido, amenazado por todas partes. En la Torre de Londres se dio cuenta de hasta qué punto su país se hallaba sumido en una profunda postración; lo que allá no había visto, enfrascado como estaba en enemistades familiares y luchas de partidos, lo comprendía ahora; al haber luchado exclusivamente por los intereses de Orléans, no había comprendido que Francia en realidad no tenía otra protección que la que le brindaban él y sus aliados. Ciertamente habían cumplido muy mal su cometido. El de Borgoña aspiraba a seguir las huellas de su padre, intentando agrupar sus dominios para formar un reino cuyos intereses eran bien distintos a los de Francia; Inglaterra se proponía hincar las garras con mayor fuerza que nunca en las zonas costeras y las provincias meridionales. Por mucha desconfianza que se profesaran mutuamente ambas potencias, en todo momento estarían dispuestas a aunar sus esfuerzos si se trataba de someter a Francia.

Cuando reflexionaba sobre estas cosas, Carlos sentía inquietud y profunda vergüenza, y se llenaba de temor y desesperación. Su partido debía ser el partido de Francia, proteger al rey, mantener la autoridad de éste. ¿A quién había oído hablar en estos términos? ¿Había sido a Dunois, su medio hermano? Sí, recordaba que Dunois había dicho lo mismo, o, al menos, algo parecido.

—Tengo que ponerme en contacto con Felipe, con mi gente —murmuró Carlos en la oscuridad de las colgaduras de la cama—. Tengo que saber lo que ocurre, lo que se proponen, lo que hace el de Armañac. Si es el de Armañac quien lleva la batuta, todo está perdido. Tengo que prevenir al delfín y a la reina contra el de Armañac.

Cada día aguardaba impaciente la audiencia que le había prometido el rey Enrique; pero éste parecía haber olvidado aquella promesa.

Durante la primera semana de su estancia en Inglaterra, había visitado repetidamente a sus prisioneros principescos, tratándolos con obsequiosidad. Luego, sin embargo, éstos ya no lo habían vuelto a ver, ni habían sabido nada de él. Carlos comprendió que su traslado a la Torre, así como el de sus dos aliados principescos, no había sido fortuito.

Los días transcurrían lentamente; la única distracción la proporcionaban los cambios meteorológicos. Carlos miraba por la ventana contemplando los barcos y las gaviotas que revoloteaban por encima del agua chillando y describiendo grandes círculos; contaba las torres, que se recortaban con claridad sobre el cielo cuando hacía buen tiempo.

Ya iba conociendo las voces de las campanas de Londres; nada le hacía ansiar tan

profundamente el regreso a su patria como aquel coro recurrente de tañidos profundos y sonoros.

Las Únicas personas con las que hablaba eran su ayuda de cámara, los capitanes de la guardia, el sacerdote que venía a confesarlo y, de tiempo en tiempo, el de Borbón y el de Richemont. El mundo parecía reducirse de pronto a un puñado de personas.

Hacia finales de enero acudió a visitarlo Giovanni Vittori. Aquel florentino llevaba casi veinte años viviendo en latitudes septentrionales, primero en Brujas y luego en Londres; hablaba el flamenco, el francés y el inglés con la misma soltura que su propia lengua. Era un hombre grueso pero ágil, de nariz menuda y aguileña, y ojos muy oscuros y vigilantes. Venía ataviado como un rey, envuelto en pieles y terciopelo, y llevaba en el sombrero joyas en forma de estrellas. Cuando entró en la habitación de Carlos, lo hizo con tanto respeto y tanta ceremonia como si el duque aún viviera libremente en su propio país con gran pompa y aparato. Observando todas las formas, se interesó por el estado de salud y el bienestar de monseñor, se deshizo en cumplidos y rehusó por tres veces el asiento que se le ofrecía. Finalmente se sentó en el borde del banco con gesto de disculpa. Carlos lo dejó hablar, sin decir palabra; conocía los modales de Vittori: sin duda alguna, todas aquellas manifestaciones de cortesía servirían de preludio a una exposición muy formal. Siguiendo una indicación de Carlos, el ayuda de cámara trajo vino y dulces.

—Monseñor —comenzó Vittori—, hay nuevas de Orléans. He recibido la visita de uno de vuestros secretarios, el maestro De Tuilléres. Está esperando la autorización del rey para venir a informaros personalmente acerca de la situación en vuestros dominios y para escuchar vuestras órdenes.

—¿Hay noticias de la señora de Orléans, mi mujer? —preguntó Carlos, sin mirar al banquero. El florentino alzó las manos en ademán de disculpa.

—¡Ay, monseñor, de eso no me habló el maestro De Tuilléres! Pero no hay nada que me haya hecho inferir que la señora duquesa no se encuentre bien.

—Bueno, bueno —dijo Carlos secamente. Suspiró. Hubiera deseado salir corriendo, atravesar la puerta, las filas de centinelas, los patios y explanadas de la Torre, los portones y puentes, hacia el lugar en que se encontraba el de Tuilléres, aquel hombre que aún había visto a Bonne hacia pocas semanas. El banquero siguió hablando:

—Hemos hecho un inventario, monseñor, de lo que puede venderse. En la actualidad ya no disponéis de bienes líquidos. Tendréis que tomar medidas muy drásticas para poder obtener medios de pago.

—Está bien —observó Carlos—. Vended lo que os parezca: yo aprobaré cualquier medida. Lo único en donde no quiero que se economice más es en la administración de mi mujer, mi hermanita y mi hijita.

Bien sabe Dios que viven con gran austeridad. Por otra parte, aún desconozco el importe del rescate que pedirán por mí…

El florentino asintió con la cabeza.

—Naturalmente, monseñor, sobre esto último no podemos hacer sino conjeturas. Pero debéis ciento treinta y tres mil escudos de oro a monseñor de Clarence, por monseñor vuestro hermano. Os habéis comprometido a pagar dicha cantidad antes del primero de julio de mil cuatrocientos diecisiete.

—Entonces, eso tiene prioridad absoluta.

—El de Tuilléres ha traído seis mil quinientos escudos —prosiguió el banquero —. Al parecer es el importe de las contribuciones de vuestros súbditos. Desde vuestra llegada yo os he adelantado doce mil escudos, monseñor; de éstos, se han pagado once mil al tesorero del de Clarence; los recibos obran en mi poder.

—En ese caso, evidentemente os quedaréis con el dinero que ha traído el de Tuilléres. —Carlos se tapó los ojos con la mano, durante un instante—. No quiero que salgáis perjudicado.

—¡Ay, no, monseñor, os estoy muy reconocido! —Vittori reía, moviendo sobre el tablero de la mesa sus dedos cargados de sortijas—. Hago por vos lo que puedo. Mirad, monseñor, he aquí el inventario… —Palpándose la manga, sacó varios rollos, que alisó delante de Carlos—. Muebles, tapices, un tríptico de oro macizo, libros…, ésos son los objetos más valiosos. A cambio, probablemente conseguiré diez mil escudos de compañeros míos y de mis propios fondos. ¿Que esos objetos valen más? Es posible, monseñor, pero no me atrevo a garantizar más de diez mil. El resto son pequeñeces que habría que tasar por separado. Enviaré gente a Orléans.

—Vittori —dijo Carlos de pronto—, hace años el rey de Francia concertó un acuerdo con mi difunto padre, en el que declaraba que se haría cargo de los rescates de los hijos de mi padre, en caso de que éstos fueran apresados. Esto me lo ha dicho el mariscal Boucicaut. Ese documento debe hallarse en alguna parte. El delfín podrá…

—¡Monseñor, monseñor! —El florentino se levantó de un salto del banco, golpeándose la frente—. ¡El delfín de Francia ha muerto, monseñor! Ahora que mencionasteis al rey… ¿No lo sabíais? La noticia se ha sabido en Londres hace ya algún tiempo; el señor de Tuilléres aún me lo comentó. Falleció antes de la Pascua de Navidad.

—¿Qué ha muerto? —Carlos desvió la mirada, para no dejar translucir su conturbación—. Había oído que monseñor de Guyena estaba enfermo.

—¡Ay, enfermo, enfermo! —dijo el banquero, encogiéndose de hombros—. ¿Qué otra cosa pueden decir? ¡Pero el delfín fue envenenado!

—¿Está demostrado? —preguntó Carlos ásperamente. Vittori volvió a encoger los hombros; su gesto, más elocuente que las palabras, indicaba claramente que nadie ponía en duda la muerte violenta del heredero de la corona francesa. Carlos se negaba a creerlo. Sabía que los médicos tendían a hablar de envenenamiento con excesiva rapidez, cuando su propia ciencia se había revelado insuficiente para sanar a un enfermo. Volvió a recordar los accesos de tos y el sofoco febril del delfín. Sacudió la

cabeza.

Pero Vittori aún no había terminado de hablar. Lanzando una mirada rápida hacia la puerta entreabierta, tras la cual se apostaban los centinelas, prosiguió en voz más baja:

—Monseñor, sé poco de la política de vuestra patria; me limito a repetir lo que he oído a conocidos, personas de confianza, os lo puedo asegurar, que viajan con regularidad por negocios a los puertos de Flandes, y que están allí muy bien relacionadas. Al parecer, el difunto delfín, a quien Dios tenga en su gloria, había nombrado a vuestro suegro, el señor de Armañac, condestable de Francia y había prohibido al duque de Borgoña que pusiera los pies en Paris.

Carlos estaba a punto de contestar con vehemencia, pero Vittori sacudió la cabeza, tapándose los labios con el dedo.

—Monseñor, seguramente los caballeros que os vigilan aquí no quieren que os enteréis de esta noticia. Sin duda estoy incurriendo en un delito. Se supone que yo solamente trato con vos de asuntos pecuniarios.

—De modo que ahora se ha convertido en delfín mi primo el de Turena —dijo Carlos a media voz; ya no hacía caso de lo que decía el florentino—. Mi primo el de Turena, que está casado con la sobrina del de Borgoña, la heredera de Holanda, Zelanda y Henao. Eso significa que, si el rey muriera… ¿Qué hace monseñor de Borgoña? —preguntó de improviso, agarrando a Vittori del brazo—. ¿Hay noticias del de Borgoña?

—¡Por amor de Dios, monseñor! —El banquero comenzaba a inquietarse de veras; pugnaba por desasir su manga de la mano de Carlos—. ¡Por Dios, no olvidéis dónde estamos! Monseñor, he prometido bajo juramento que no hablaría de política… Estoy arriesgando mi vida.

—Entonces no hubierais hablado —dijo Carlos con rudeza. Soltando al hombre, se volvió hacia la chimenea. La noticia lo había sobresaltado en gran medida. ¡El de Armañac, condestable! Eso significaba que el gascón se hallaba al frente del gobierno, y que era dueño y señor de París. Por otro lado estaba el de Borgoña, estrechamente emparentado con el nuevo delfín; éste seguramente aún se encontraría en territorio flamenco, sin duda alguna en el entorno inmediato del de Borgoña y dentro de su esfera de influencia. Era evidente que aquella situación generaría una lucha aún más encarnizada, si cabía, que todas las anteriores, y que una victoria, ya fuera del de Borgoña o del de Armañac, sólo podría llevar aparejada la destrucción final de Francia; en el primero de los casos, el reino sería anexionado irrevocablemente a los territorios bávaro borgoñones, y en el segundo, el país, una vez esquilmado y saqueado a conciencia por el de Armañac, quedaría a merced de quien quisiera intentar hacerse con el poder supremo. Carlos comprendía ahora también la razón por la que el de Armañac no había participado personalmente en la batalla de Azincourt; los ingleses le habían prestado un servicio impagable al aniquilar o apresar a la mayoría de sus rivales en la lucha por el poder en el gobierno.

Giovanni Vittori se había quedado quieto junto a la mesa. Sus sentimientos frente a Carlos eran ambivalentes. Por una parte, el joven duque, quien seguramente pasaría el resto de su vida en prisión —Vittori no se hacía muchas ilusiones respecto de la clemencia inglesa—, le inspiraba compasión; como hombre de mundo, aquel destino le parecía ciertamente digno de lástima. Por otra parte, el banquero comprendía perfectamente el punto de vista de los guardianes de Carlos: mientras se mantuviera encerrado al de Orléans, éste constituiría una fuente de ingresos prácticamente inagotable. También a él, el ocuparse de las cuestiones pecuniarias de monseñor no podía reportarle sino beneficios, e incluso le convenía que el cautiverio de éste fuera prolongado.

Pero, ¿por qué razón habría de permitirse que el joven se consumiera de anhelo, privándole de noticias de su patria? Vittori deseaba estar a bien con todo el mundo, en la medida de lo posible. La mano derecha no tenía por qué saber siempre lo que hacía la izquierda.

Miró por encima del hombro hacia la puerta; para mayor seguridad, se entretenía enrollando los documentos que había traído, mientras seguía hablando a media voz.

—Monseñor, dicen que el duque de Borgoña quiere poner cerco a París, pero ignoro qué hay de cierto en ello. Si en cambio puedo comunicaros otra noticia con absoluta seguridad: el emperador Segismundo ha emprendido viaje hacia París para una visita a la corte. Circulan rumores de que se propone mediar entre vuestro rey y el rey Enrique. Se espera que llegue aquí pasada la Pascua Florida.

Carlos se volvió rápidamente.

—Si eso es cierto, Vittori, son buenas noticias —dijo, con mirada tensa y sorprendida—. Pero, ¿cómo os habéis enterado? —El banquero sonrió satisfecho; había pasado el enfado.

—El señor de Tuilléres me ha dicho que en Paris se están efectuando los preparativos. Al parecer, el rey Segismundo se propone celebrar allí los Carnavales. Tengo amigos en la corte de Westminster que formarán parte de la comitiva que saldrá a recibir al rey en Dover.

Llamaron a la puerta; el noble que estaba al mando de la guardia miró hacia adentro e hizo una seña a Vittori, para indicarle que había transcurrido el tiempo permitido para la entrevista. El banquero comenzó a despedirse de Carlos, entre un sinfín de reverencias y formalidades.

—Vittori, me habéis prestado un gran servicio —dijo Carlos rápidamente en voz baja—. No lo olvidaré. Espero que en lo sucesivo queráis seguir trabajando para mí de este modo: están en juego intereses bastante más importantes que los míos. Intentad ejercer toda la influencia de que dispongáis para que me permitan hablar con el de Tuilléres.

Y si de veras queréis ayudarme, enviad noticias mías a la duquesa de Orléans en Blois.

Ahora que Carlos albergaba esperanzas de una pronta liberación, los días se le antojaban más largos. Su padre siempre había mantenido relaciones amistosas con Segismundo, cuando éste aún era rey de Hungría. Ahora que Segismundo había sucedido a Roberto de Baviera como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, a Carlos aquella amistad podía resultarle muy provechosa. No dudaba que Segismundo conseguiría que le permitieran regresar a Francia; quizás el emperador estuviera dispuesto a pagar el rescate de sus propios fondos, o a adelantar parte del mismo. Carlos aguardaba la llegada del soberano con creciente impaciencia; mientras tanto, intentaba enterarse de noticias acerca de los acontecimientos en Francia por todos los medios imaginables.

Inesperadamente el rey Enrique había autorizado a Carlos para que recibiera la visita del de Tuilléres, como también la de ámese Cousinot, canciller de Orléans, quien había llegado a Inglaterra poco tiempo después que el primero. Cousinot le entregó una carta de Bonne, escrita por Garbet, pero firmada por su mujer. En ella le comunicaba que había permanecido en Blois junto a Juana y Margarita.

A fin de reducir sustancialmente los gastos de la administración ducal, había despedido a gran parte del personal de servicio. Se habían vendido ya muebles y candelabros e incensarios de plata de la capilla de Orléans. La suma alcanzada —quinientos escudos de oro— había sido confiada por ella a maese Cousinot. Sentíase, por otra parte, muy confortada por el apoyo y el cariño de Dunois, quien también enviaba saludos respetuosos a monseñor su hermano, así como sus mejores votos por que éste regresara pronto, sano y salvo.

> *¿Han sanado vuestras heridas?,* preguntaba también Bonne. *¿Os cuidan bien en la fortaleza de la Torre? Maese Cousinot os lleva ropa de cama, un estuche con peines, vuestras propias navajas de afeitar, seis pares de calzas, media docena de servilletas y tres grandes tabletas de piñonata, que os he preparado yo misma. Lleva almendras.*
>
> *Yo rezo por vos, y, hasta vuestro regreso, como también después, seguiré siendo por siempre vuestra esposa devota y fiel, Bonne de Orléans.*

Carlos contempló, profundamente conmovido, las letras picudas de aquella firma bajo el texto escrito en la hoja amarillenta, tan esbeltas, rectas y animosas como la propia Bonne. Para adornarlas, había trazado a su alrededor una línea llena de florituras. Sin duda, Garbet se lo había sugerido, pensaba Carlos sonriendo. Era evidente que no era muy experta en caligrafía: el adorno no estaba muy logrado, pero a pesar de los trazos confusos, el conjunto le reconfortó: ya sólo con ver aquellas pequeñas líneas torpes, que se enrollaban a izquierda y derecha como banderitas en un desfile triunfal, se sentía animado y esperanzado.

El escribiente de Cousinot deshizo el envío; Carlos reconoció alborozado sus

propios estuches tan utilizados, con las navajas para afeitarse y realizar sangrías, y las tijeras, peines y limas de uñas. La piñonata de Bonne —nuégado preparado según receta meridional— había sufrido un poco de resultas de la travesía; pero jamás en su vida Carlos había recibido un regalo con tanta alegría como aquella golosina blanca y azucarada. Por lo demás, Cousinot le confirmó a Carlos lo que éste ya sabía por Vittori y el de Tuilléres: solamente sería posible reunir el importe de su rescate si se vendían bienes raíces: tierras, castillos…

Cousinot aconsejó a Carlos que hipotecara todas las posesiones que pudiera, y que, por espacio de un año, suspendiera los sueldos y asignaciones de sus funcionarios, cortesanos y miembros de su servidumbre, y redujera drásticamente los salarios de los jefes de guarnición de los castillos de Orléans. Fueron sobre todo estas medidas las que a Carlos le resultaron más enojosas; sólo las habría concebido como última solución.

—Perdonadme, monseñor, pero de hecho ya os encontráis en una situación extrema —dijo Cousinot seriamente, al ver que Carlos formulaba reparos—. Resulta duro, ya lo sé: al fin y al cabo, yo mismo formo parte de vuestra alta servidumbre. Pero cualquiera que os quiera bien y que desee sinceramente vuestra liberación, se avendrá a ello. Sólo queda esperar que más adelante podáis pagar las debidas compensaciones. Sin estas medidas no podréis hacer nada, monseñor. Y aun así, vuestras cargas económicas siguen siendo considerables: la totalidad de vuestra servidumbre evidentemente se alimenta y viste a vuestras expensas, y vos le proporcionáis alojamiento y protección. En todo el país tenéis a vuestro servicio a un total de casi mil personas, entre miembros de vuestro séquito y sirvientes, monseñor. Es cierto que son muchas menos de las que había en tiempos del difunto monseñor vuestro padre, pero para vuestra economía sigue siendo una cantidad excesiva. Me temo que no os quede otro remedio que firmar estos documentos; es en vuestro propio interés.

Carlos acabó firmando, pero con gran dolor de corazón. Mientras escribía, el abogado lo contemplaba con gesto pensativo y preocupado. Observaba la palidez de su semblante y las sombras que había bajo sus ojos. El alojamiento era decente, pensaba Cousinot, recorriendo la estancia con la mirada; había tapices, cortinas, objetos de plata sobre la mesa, suficientes velas y un buen fuego en el hogar. Con un suspiro sacudió la cabeza mientras se pasaba la mano extendida por la cara. Si a él, que sólo estaba allí de visita por vez primera, le resultaba opresivo aquel lugar, ¿no sería tanto más descorazonador para su señor, que estaba acostumbrado a pasear a caballo, a realizar viajes y expediciones, y a recorrer los incontables salones de Blois y Saint-Pol? A través de los diminutos cristales de la ventana veía una estrecha franja de cielo, aquel cielo gris y apagado del mes de febrero, que sólo anunciaba lluvia y más lluvia. El agua del Támesis golpeaba en pequeñas olas contra el muelle que había bajo los muros de la Torre; en el río resonaban los gritos de los marinos y barqueros y los incesantes chillidos de las gaviotas, que volaban rozando el agua, en busca de

comida. A Cousinot le impresionó mucho la solidez de la Torre; quien permaneciera encerrado dentro de sus muros, estaba más alejado del mundo que un exiliado en Ultima Thule. Un auténtico laberinto de portones y accesos cercados por muros conducía al patio interior, alrededor del cual se agrupaban los edificios principales. Por todas partes no se divisaban sino altos muros, adarves, torres y almenas. La fortaleza estaba llena de gente armada; con sus centinelas provistos de lanzas y picas, sus pesadas verjas y sus puertas guarnecidas de hierro, cada uno de los portones constituía de por sí una fortaleza.

¿Cómo está la situación en Paris, Cousinot? —preguntó Carlos de pronto, mientras apartaba los documentos—. Podéis hablarme con franqueza, pues en las últimas semanas he recibido reiteradas noticias.

De ello infiero que el rey Enrique ya no quiere que permanezca ajeno a cuanto acontece en Francia.

Cousinot juntó sus manos finas y huesudas, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué es lo que sabéis, monseñor?

—Sé que el duque de Borgoña estuvo con un ejército a las puertas de París, junto al pueblo de Lagny —repuso Carlos lentamente—, pero que no pudo poner cerco a Paris, al haber reforzado mi suegro la ciudad con sus tropas gasconas. Sé que hubo peleas y escaramuzas, en las que los soldados borgoñones llevaron continuamente la peor parte. —Calló un instante, escrutando al canciller con mirada penetrante—. Me pregunto cómo mi suegro consigue dominar la ciudad de París, cómo la gobierna, ahora que se ha convertido en condestable. Cousinot mantenía la vista baja.

—Monseñor de Armañac gobierna cual suelen gobernar los tiranos en Milán y en Venecia —dijo, con fingida impasibilidad—. O sea, con el verdugo como brazo derecho y sus mercenarios gascones como cuerpo de funcionarios. Todos los días hay ejecuciones; si duda de la lealtad de alguien, no tiene contemplaciones con él. Las nuevas ordenanzas han sido declaradas nulas y han sido derogadas. Su preboste, el señor Tanneguy du Châtel, es una marioneta que obedece ciegamente las órdenes del de Armañac. La burguesía ha tenido que entregar todas las armas; si alguien es visto con un cuchillo o un hacha, es condenado a la horca. Comprendedme, monseñor, yo no niego que un proceder semejante tal vez sea lo único que infunda respeto a ciertos elementos del pueblo de París. Nosotros mismos hemos podido ver lo que sucede cuando se deja que el populacho obre a su antojo. El de Armañac ha disuelto la gran corporación de los carniceros, despojando a los decanos de todo su poder. A aquellas personas del Parlamento, del Tribunal de Cuentas o de la Universidad que no eran de su agrado las ha mandado encerrar, expulsar de la ciudad o asesinar. Monseñor de Armañac es un salvaje, pero es inteligente y es un hombre de acción.

Carlos miró a su canciller con escepticismo.

—No tenéis por qué ensalzar al de Armañac por el hecho de que esté emparentado conmigo. Me pregunto cuáles serán las consecuencias de ese proceder tan drástico.

—Ya se pueden ver, monseñor. Dentro de París se está formando de nuevo una facción que simpatiza con los borgoñones, que seguramente será más fuerte y poderosa que antaño, puesto que el nuevo delfín es borgoñón. Por otra parte, el duque de Borgoña está llevando a cabo una campaña en todo el reino para ganarse adeptos. Me han contado que en las ciudades que hasta ahora nos apoyaban a nosotros, le prestan un oído solícito.

—Sí, de eso ya me había enterado yo también. —Carlos suspiró, pensativo, mientras movía uno de los rollos de pergamino de un lado a otro de la mesa.

—Monseñor —dijo Cousinot quedamente—, ¿tenéis alguna idea de las intenciones del rey Enrique? Quiero decir: ¿creéis probable que vuelva a atravesar próximamente el paso de Calais, o pensáis que hará por llegar a un acuerdo, ya sea con nuestro rey o con el de Borgoña?

Carlos respondió que apenas había visto al rey inglés; aunque había estudiado detenidamente con el de Borbón y el de Richemont los posibles proyectos de Enrique, todo lo que pudiera decir se basaba en suposiciones.

—La postura del rey es un enigma para mí —dijo, encogiéndose de hombros—. Primero nos trató como a sus huéspedes, luego fuimos encerrados aquí, sin que nos fuera permitido escribir o deliberar con nuestros consejeros. Ahora de pronto se nos vuelven a autorizar estas cosas. Por fuerza debe guardar relación con la visita del emperador Segismundo. ¿Sabéis algo al respecto, Cousinot?

El canciller torció el gesto.

—El emperador llegó a París la víspera de mi viaje hacia aquí —contesto—. Lo vi fugazmente.

—¿Qué tipo de hombre es? Era amigo y aliado de mi padre.

—Hum. —Coussinot resopló—. No acierto a creerlo, monseñor. El emperador Segismundo es de la misma calaña que su pariente Wenceslao de Bohemia: siempre está bebido y rodeado de mujeres. Cuando me embarqué en Calais, ya me contaron que prefería frecuentar las casas de baños de Paris que la sala del Consejo del rey. No me hago muchas ilusiones por lo que se refiere a su mediación; carece de dignidad y de prestigio. Además, monseñor —Cousinot clavó su mirada penetrante y sombría en Carlos, mientras hacía un gesto con la mano—, sospecho, y temo, que el rey Enrique no os considere únicamente como una fuente de ingresos, ¡sino también como una pasadera en sus intentos de apoderarse de la corona de Francia!

—¡¿A mí?! —preguntó Carlos con vehemencia.

—Sí, sí, a vos, monseñor. A vos y a vuestro hermano y a los monseñores de Borbón y de Richemont. Creo que, en el fondo, al rey Enrique no le satisface en absoluto el hecho de que el nuevo delfín haya mamado desde pequeño las ideas borgoñonas. ¿No os parece a vos también que es harto improbable que el de Borgoña apoye las pretensiones del rey Enrique al trono de Francia, ahora que él mismo puede sentarse en él, a través de su marioneta, el delfín? Es por ello, monseñor, por lo que quisiera conocer las intenciones del rey Enrique.

¿Cuáles serán las intenciones del rey Enrique? Esta pregunta también se la había hecho Carlos continuamente desde su llegada a Inglaterra.

Para el joven, el rey seguía siendo, en todos los aspectos, una personalidad tan enigmática como le había parecido durante la conversación en la tienda junto a Maisoncelles: cortés y compasivo, pero, al mismo tiempo, frío y recriminador; contrario a la pompa y a los honores, pero, tras el regreso a Londres, celosamente apegado a un solemne ceremonial; según sus propias palabras, solamente le interesaba la paz con Francia y una solución digna y sensata de los conflictos, pero en realidad —eso saltaba a la vista— rebosaba de sentimientos hostiles.

Aunque desde el día posterior a Azincourt había sostenido que él no era más que un instrumento divino, esto no le impedía recibir con agrado las manifestaciones de júbilo de su pueblo y los homenajes de su entorno.

Carlos recordaba cada momento de aquel desfile triunfal a través de las calles de Londres, tan ignominioso para él y para sus compañeros de infortunio; aún veía mentalmente cómo Enrique, tocado con una gran corona relumbrante, cabalgaba despacio bajo un palio rojo y dorado. Grandes multitudes vitoreantes le impedían el paso una y otra vez; en cada esquina, en cada plaza, querían cantar sus alabanzas, representar en su honor escenas alegóricas u ofrecerle obsequios. Finalmente la comitiva había llegado a la catedral de San Pablo; allí, arrodillados en medio de gente armada, Carlos y los nobles franceses tuvieron que contemplar cómo el rey victorioso cumplía sus devociones durante horas enteras, entre resplandor de velas y salmos cantados; un ángel dorado descendió de la techumbre abovedada para incensarlo. Ya en Westminster, Carlos había intentado en numerosas ocasiones que el rey le concediera una audiencia, pero Enrique solía hacer una cortés reverencia y preguntarle por el transcurso de una cacería con halcones o las impresiones de un paseo por los jardines reales.

Las palabras de Cousinot volvieron a sumir a Carlos en profundas reflexiones, sobre todo cuando el canciller, en una visita posterior a su señor, no se limitó a alusiones vagas.

—Supongo que vuestra libertad os será muy preciada, monseñor —le dijo a Carlos, con mirada atenta y penetrante—. Tal vez esa libertad estuviera a vuestro alcance, si el rey Enrique, al igual que su padre antes que él, buscara en efecto un acercamiento a nuestro partido, por pensar que de este modo conseguirá antes su objetivo que recurriendo a la ayuda del de Borgoña. Si éste fuera el caso, y yo, personalmente, estoy convencido de que así es, monseñor, la suerte estaría en vuestras manos.

Carlos permaneció en silencio durante un rato; se dirigió a la ventana y miró al exterior. La lluvia formaba una neblina que flotaba por encima del río.

—Sé a qué os referís, Cousinot —dijo al fin, sin volverse—. Hace varios meses seguramente no hubiera deseado otra cosa que poder jugar mis cartas con ventaja, si

se presentara una ocasión semejante. Deseo volver a Francia, Cousinot, a Blois, junto a mi mujer. Pero desde que estoy aquí, he reflexionado mucho. Comprendo que tanto nosotros, los miembros de la casa de Orléans, como monseñor de Borgoña y los seguidores y partidarios de ambos, hemos traicionado y saqueado Francia, y que, en nuestra ignorancia o deliberadamente, hemos causado la ruina del reino. Francia está moribunda, Cousinot. Sí, tal vez podría comprar mi libertad asestándole el golpe de gracia a mi país enfermo. En otros tiempos jamás me di cuenta de estas cosas; Dios sabe que empleé mal mi tiempo. Pero ahora no estoy tan seguro de que la libertad signifique tanto para mí.

—Como gustéis, monseñor —repuso Cousinot al fin—. Hagáis lo que hagáis, podéis contar conmigo. ¿Queréis que permanezca en Londres durante algún tiempo para ayudaros con mis consejos, si fuera necesario, en caso de que se presentaran nuevas perspectivas tras la visita del emperador Segismundo?

Cuando ya se estaban preparando en Westminster las dependencias oficiales del propio rey Enrique para alojar al regio visitante, por fin Carlos fue llamado para una audiencia. Rodeado de hombres armados —parecía casi una escolta triunfal, pensaba Carlos con amargura—, cabalgó hacia el castillo del rey. Por las calles, las gentes lo contemplaban con curiosidad y recelo: ¿era aquél uno de los señoritos franceses que, la víspera de la batalla de Azincourt, se habían mofado del rey Enrique? ¿Por qué no se decapitaba a semejantes fanfarrones?

Carlos no miraba en derredor suyo; mantenía la mirada fija ante sí, en silencio. Hacía ya varias semanas que no había salido al aire libre; el viento fresco y el pálido sol de marzo le hicieron bien. En aquel barrio de la ciudad a orillas del Támesis olía a pescado y a cordeles húmedos, a río y también a agua salada. Había gran movimiento de gente, vendedores y navegantes, mozos de almacén y feriantes. Carlos, a quien el idioma inglés ya no le resultaba tan extraño al oído, captó varios sonidos familiares: eran los mismos reclamos y gritos de los mercaderes que había oído desde su prisión.

El rey Enrique lo recibió en una de las salas del Consejo del palacio de Westminster. Hallábase el rey sentado en un sitial bajo un dosel de madera tallada, rodeado de consejeros y cortesanos; la mayoría de aquellos caballeros se retiró una vez que el rey hubo saludado al duque de Orléans. Permanecieron únicamente en la sala el canciller de Enrique, el arzobispo de Durham, los duques de Northumberland y Westmoreland, y el marqués de Kent, todos ellos parientes y amigos de confianza del rey. Enrique saludó a Carlos del modo habitual, besándolo en la mejilla; luego le señaló un asiento colocado junto al solio real para que se sentara. Mientras Carlos contestaba a las palabras del rey y se sentaba, los grandes señores permanecieron de pie a su lado, en silencio. Tanto su actitud como la del rey Enrique denotaban a las claras que todo aquello no era sino el preludio de una conversación seria y formal. Enrique vestía una túnica sobria, pero probablemente para que no hubiera dudas

acerca de la naturaleza de la conversación se había colocado la pequeña diadema real; sus ojos claros parecían aún más duros y brillantes que las piedras de aquella cinta dorada.

—Querido primo —dijo Enrique, en su francés cauteloso—, no perderemos nuestro tiempo en formalidades. No es preciso que os pregunte cómo os encontráis, pues estoy bien informado de vuestra vida en la Torre. Sé que coméis poco, que salís poco y que apenas os relacionáis con vuestros principescos compañeros. ¿Hago, pues, bien en suponer que la estancia allí os resulta molesta y que no os desagradaría cambiar de ambiente?

Carlos, erguido y con las manos apoyadas en los brazos de su asiento, no dejaba traslucir emoción alguna ni en el gesto ni en la mirada. Contemplaba al rey, intentando adivinar sus intenciones.

—No ignoráis, querido primo, que el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico se encuentra en Paris y que se dispone a honrarnos también aquí con su visita, por mor de la paz entre nuestro reino y Francia.

Carlos asintió.

—Estoy al corriente, monseñor —dijo lacónicamente.

—Bien. —En los ojos de Enrique se encendió un repentino brillo, aquel brillo que a veces confería a su mirada tanta viveza—. La aspiración del emperador de lograr la paz, merece todos mis respetos. Por lo que a mí respecta, es mi sincero deseo que se solucione el conflicto sin derramamiento de sangre. Quisiera ahorraros un segundo Azincourt. —Arqueando las cejas, miraba a su preso con cierta curiosidad; pero la mirada sombría y cansada de Carlos no se alteró—. Querido primo —prosiguió el rey —, ya comprenderéis que vuestra suerte depende en gran medida del transcurso de las negociaciones entre el emperador Segismundo y yo. Sin duda, él presentará también propuestas referentes a vuestra liberación. Personalmente me agradaría mucho poder dejaros regresar a vuestra patria. En cuanto a las negociaciones de paz, dado el desenlace de la batalla de Azincourt y en vista de la situación que reina actualmente en Francia, es a mí a quien corresponde fijar las condiciones. Supongo que conoceréis mis exigencias, ¿no es así, querido primo? Tal vez sea provechoso que vuelva a recordároslas: sostengo los plintos consignados en su día en el tratado de Brétigny: ¡Calais, Montreuil, Boulogne, Aquitania, Turena, Angulema, Anjou y Normandía pertenecen por derecho a Inglaterra!

—No comprendo, monseñor, por qué discutís estas cosas conmigo —dijo Carlos en tono glacial; miró fugazmente de soslayo a los consejeros del rey, pero éstos permanecían impávidos, en actitud respetuosa, junto al solio real—. Es cierto que soy señor de Angulema, pero dicha región la recibió mi casa de la corona, como señorío. En cuanto a las demás provincias y regiones que acabáis de mencionar, aún es menos lo que puedo deciros.

Enrique alzó la mano y dijo rápidamente:

—Si discuto estas cosas con vos, querido primo, es porque considero, y no sin

razón, que aquí representáis en cierto modo al gobierno actual de Francia. Sois sobrino del rey por añadidura, estáis estrechamente emparentado con los señores de Armañac y de Berry, los cuales, como todo el mundo sabe, son ahora los hombres más poderosos del Consejo. Sin duda, mantendréis relaciones con ellos.

—Os equivocáis, monseñor, y os ruego que me perdonéis. No puedo ni quiero hacer valer en modo alguno mi autoridad en este asunto.

Efectivamente, desde que se me ha permitido mantener contactos, he intercambiado cartas con mis parientes en Francia. Pero en ellas me he ocupado exclusivamente de la cuestión de cómo reunir los rescates para mi hermano el de Angulema y para mí. En cuanto a las condiciones de un tratado de paz, seguramente soy la persona menos indicada para representar al gobierno de Francia ante Vuestra Merced.

—Al contrario, querido primo, sois la persona idónea. —Enrique tamborileaba impaciente sobre el brazo de su asiento con el gran sello que llevaba en el dedo índice de su mano derecha—. Estoy completamente informado de lo que habéis hecho en los últimos años, y sé cuál es el papel que desempeñáis en el partido de Armañac. Habéis llegado muy lejos; al fin y al cabo, vuestros compañeros de partido han conseguido hacerse con el mando, pese a los obstáculos y las dificultades.

Ello es tanto más triste cuanto que resulta imposible mantener el orden y la disciplina en vuestra patria; solamente es posible gobernar cuando se ha ganado la ayuda y el beneplácito de Dios. Pero vayamos al grano, querido primo. Sabéis que puedo hacer valer pretensiones legítimas al trono de Francia.

Mientras hablaba el rey, Carlos había estado contemplando los rosetones compuestos de pequeños cristales azules y encarnados que había detrás del solio real; las ventanas relumbraban al sol cual rosetas de zafiros y rubíes. Luego volvió la vista a Enrique.

—Lo que yo sé es que el único que podía hacer valer semejantes pretensiones con cierto fundamento era el difunto rey Ricardo —dijo lentamente—. Descendía del rey Eduardo Tercero, quien estaba emparentado con nuestra casa real. Pero… —por primera vez asomó una chispa de ironía en los ojos y la voz de Carlos—. Pero, si no me equivoco, vos no pertenecéis a ese linaje, ¿no, monseñor? Si mis informaciones son correctas, vuestro padre, que Dios tenga en su gloria, no era en modo alguno candidato a la sucesión.

Enrique palideció, incomodado. Se traslucieron las pecas de su nariz y mejillas, que en otras circunstancias apenas se percibían, ya que normalmente su rostro estaba bastante bronceado.

—Inglaterra reivindica la posesión de Francia —dijo en tono tranquilo y glacial, al cabo de un rato—. E Inglaterra soy yo, querido primo. Eso es un hecho innegable, que para mí está por encima de toda duda. No podéis sino salir beneficiado si me reconocéis como vuestro legítimo soberano: tendréis la libertad y una reducción considerable de vuestro rescate, conservaréis vuestros señoríos y se os restituirán

inmediatamente todos los territorios que os ha arrebatado el duque de Borgoña. Además, en todo momento tendréis plena participación en las negociaciones. Os lo digo sin ambages, como es mi costumbre; no veo razón para andarme con rodeos con vos, querido primo. A cambio de mis favores, quiero poder contar con vuestro apoyo y lealtad, tanto de palabra como de hecho. Vos y vuestros familiares habréis de garantizarme que haréis todo lo posible por obtener una confirmación escrita de mis derechos, firmada por vuestro rey. Cuando muera Carlos Sexto, recaerá en mí la corona de Francia. Tomaré por esposa a la infanta Catalina; de ese modo, seguirá reinando la sangre de los Valois. Creo que mi propuesta no es en absoluto irrazonable. Vos no salís perdiendo en nada, a lo sumo ganando. Probablemente los monseñores vuestros compañeros de prisión seguirán gustosos vuestro ejemplo, cuando se enteren de que reconocéis mis pretensiones.

—Yo ni siquiera reconocería las pretensiones de un descendiente directo del rey Eduardo Tercero —repuso Carlos en tono reflexivo, sin dejar de mirar los relumbrantes rosetones—. Estimo que tan sólo mi soberano y señor el rey Carlos o uno de sus hijos legítimos puede ocupar el trono de Francia.

—El rey está loco, y el delfín sin duda es enemigo vuestro —observó Enrique con dureza—. En este caso, la lealtad no puede suponer sino vuestra propia perdición. ¿O acaso, querido primo, acariciáis propósitos menos nobles, con el apoyo del señor de Armañac? Al fin y al cabo, estáis estrechamente emparentado con la casa real, y la mortalidad entre los hijos del rey no deja de ser notable…

Los ojos castaños de Carlos —los mismos ojos de su madre, Valentina— comenzaron a llamear. Al percibir aquella mirada, Enrique dijo rápidamente, no sin cierta secreta delectación:

—En cuanto a la muerte del anterior delfín, si es cierto que fue envenenado, estoy dispuesto a creer que en esta ocasión ha de culparse a monseñor de Borgoña.

—Desconozco los pormenores del asunto —le atajó Carlos con gesto cortés—. Pero eso no viene al caso, monseñor. He de rechazar vuestra oferta sin la menor vacilación. Considero que es un precio demasiado alto por mi libertad. No obstante, desearía que me comunicarais en breve cuál es la cantidad que exigís por mi rescate.

Los consejeros de Enrique no ocultaban su disgusto; el arzobispo de Durham se acercó al rey y le habló rápidamente en voz baja. Enrique se encogió de hombros.

—No dudo, querido primo, de que cambiaréis de opinión una vez que hayáis conversado con los monseñores de Borbón y de Richemont. Tal vez sea más prudente que aplacéis vuestra decisión hasta dentro de varios días. Pero no os demoréis demasiado, pues comprenderéis que, para agilizar las negociaciones, sería muy deseable que cuando llegue el emperador Segismundo, pudiera comunicarle ya determinados hechos.

Carlos se levantó e hizo una reverencia.

—Ya os he dado mi respuesta, monseñor —dijo secamente—. Y os puedo anticipar que los señores de Borbón y de Richemont comparten por entero mi

opinión, como fieles vasallos de nuestro rey. Ahora os pido que me permitáis volver a la Torre.

Enrique siguió conversando durante varios instantes, en voz baja, con el arzobispo de Durham y el duque de Northumberland. Luego despidió a Carlos con un ademán y un breve saludo. Los acompañantes de Carlos entraron para llevárselo; la escolta armada esperaba al otro lado de la puerta. Apoyando la cabeza en la mano con gesto pensativo, Enrique contempló a su prisionero de guerra mientras éste se alejaba. Carlos de Orléans no era demasiado alto y en su túnica de damasco negro —que le había regalado el rey de Inglaterra— parecía algo escuálido y juvenil. Pero se movía con una dignidad innata; sin prisa, erguido, saludando ceremoniosamente, sin servilismo, abandonó la sala.

En el transcurso del mes de abril se dio la bienvenida en Londres, con gran pompa y aparato, al emperador Segismundo. El espléndido recibimiento lo llenó de satisfacción; en un latín chapucero y no muy escogido declaró a voz en grito a todo aquel que quisiera escucharle, que allí en Inglaterra sabían hacer las cosas como era debido: copiosos banquetes, desfiles, cacerías…: aquello era cosa de hombres. De la proverbial magnificencia de la corte francesa no había vislumbrado nada: aquello era una pobretería desordenada, la comida era mala y había pocas distracciones dignas de un soberano. Al rey no lo había visto, pues estaba de nuevo enfermo; la reina, en cambio, se había esforzado por complacer a su invitado. Ella sí que sabía —sin que esto trascienda, caballeros— las cosas que le interesan a un hombre, ¡ja!, ¡ja!; y a continuación Segismundo se inclinaba hacia los cortesanos ingleses, no por altivos menos curiosos, para describirles los placeres de los bailes nocturnos de Isabel, en los que todas las mujeres eran viciosas y todos los hombres hacían trampas jugando a los dados. En su juventud, veinte años antes —en la época de su gran campaña contra los turcos—, Segismundo había sido un hombre rudo y frívolo, pero también, hasta cierto punto, entusiasta y bienintencionado. Pero con el paso de los años se habían ido acentuando los rasgos más primitivos de su carácter; una vida de guerra, intrigas, disipación absoluta y autoritarismo habían hecho de Segismundo un hombre imprevisible, grosero y glotón. Había emprendido el viaje a Francia e Inglaterra movido más que nada por la vanidad: anteriormente jamás había tenido autoridad para intervenir en los asuntos de aquellos reinos otrora tan poderosos.

También sentía curiosidad por conocer a Enrique, el hijo del difunto duque de Lancaster, el usurpador. El que Segismundo deseara ayudar al rey francés obedecía principalmente a su odio inveterado, pero aún vivo, hacia el de Borgoña. El antiguo rey de Hungría nunca había podido olvidar que debía su derrota frente a los turcos a los caballeros llevados por el de Borgoña.

Curiosamente, el gobierno francés no había aprovechado aquellos antiguos agravios; en Paris se habían comportado con tanta indiferencia, e incluso

desvergüenza —pensaba Segismundo—, que a nadie podía asombrarle que esto hubiera afectado un tanto su actitud benevolente.

Allá donde iba, creía advertir que era objeto de burla y desaprobación por su proceder, su manera de hablar, su predilección por las francachelas y sus visitas a las casas de lenocinio.

Segismundo había llegado a Londres, acompañado del arzobispo de Reims, que le había de servir de consejero, en una disposición de ánimo sumamente irritable. Y he aquí que le aguardaban arcos triunfales, clamor de trompetas y comités de recibimiento; le fueron ofrecidas para su alojamiento las dependencias oficiales del propio rey Enrique, y se le dispensaron todas las atenciones imaginables. Segismundo, sumamente sensible ante semejantes manifestaciones de cortesía —en Westminster procuraban evitar recordarle continuamente su origen eslavo, así como su escaso comedimiento y su falta de dignidad—, se sintió predispuesto a prestarle a Enrique un oído más que solícito.

Pronto declaró que, en la elaboración de un tratado de paz con Francia, las ventajas deberían estar plenamente de la parte de Enrique; vistas las circunstancias, esto no dejaba de ser razonable.

En el transcurso del verano, Carlos había sido trasladado a otra estancia, que no daba al Támesis sino a uno de los patios interiores más pequeños de la Torre. También allí el suelo estaba recubierto de cuero y las paredes, de tapices tejidos primorosamente, y había una cama confortable y un asiento recubierto de cojines; sin embargo, el lujo de aquel entorno atormentaba a Carlos casi más que en la otra habitación, en la que había vivido tantos meses. La vista sobre el río le había distraído mucho, sobre todo en los meses de primavera, cuando los días eran más largos, el tiempo solía estar despejado y el movimiento en el río parecía aumentar de día en día. Contemplando los barcos, las gentes en el muelle al otro lado del río, y el ajetreo en los puentes y sus inmediaciones, Carlos al menos había podido olvidar fugazmente la desazón que le amargaba la vida. Apenas recibía noticias de Francia, la navegación ya no era segura para los ciudadanos, y a los emisarios ya no se les autorizaba a atravesar el paso de Calais. Le comunicaron que Enrique había conseguido conservar Harfleur tras una batalla naval en la desembocadura del Sena, y que el de Armañac había regresado a Paris como un perro apaleado. No omitían notificarle reiteradamente cómo el duque de Borgoña, quien había vuelto a firmar un tratado de no intervención con Inglaterra, infestaba el norte de Francia con sus ejércitos.

Este tipo de nuevas eran las que recibía el joven, pero las noticias que anhelaba con todo el corazón, las noticias de Bonne, directas o indirectas, las noticias de Paris y las de Blois, no llegaban. Desde que le habían asignado su nuevo alojamiento, buscaba más a menudo la compañía del de Borbón y el de Richemont. A ellos al menos le unía una suerte común, eran el único vínculo con Francia que aún poseía.

Pero pronto se percató de que entre sus antiguos aliados y él se había producido un distanciamiento. Aun cuando hablaban con él o jugaban juntos al ajedrez o a los naipes, por lo demás mantenían las distancias. A veces le parecía a Carlos como si le tuvieran miedo. Evitaban hablar de política; cuando respondían a sus palabras o preguntas, lo hacían de un modo que hacía sospechar a Carlos que le guardaban rencor por el hecho de haberles impedido acceder a las propuestas de Enrique. Esto le sorprendía y ofendía más de lo que hubiera creído posible tras tantas decepciones.

El cuarto de Carlos daba a un pequeño patio cuadrado y pavimentado. En las grietas y huecos entre las piedras asomaban varias briznas de hierba, por toda vegetación. La fuerza de la costumbre impulsaba a Carlos continuamente hacia la ventana; con un leve sobresalto, descubría una y otra vez que fuera no había nada que ver, excepto muros de piedra. En una ocasión, mientras estaba mirando con las manos en las espaldas, llamó su atención algo que se movía tras una ventana que había frente a la suya, al otro lado del patio. Al fijarse mejor, Carlos vio, en la sombra del profundo hueco de la ventana, a un hombre que mantenía agarrados los barrotes con ambas manos. Aquel prisionero lo estaba espiando a él, de eso no cabía la menor duda. Carlos hizo un ademán involuntario; el hombre tras la otra ventana le saludó con la mano y se retiró. Durante los días posteriores, este juego se repitió varias veces; Carlos, a su vez, comenzó a devolverle el saludo a su vecino de enfrente. Éste a menudo asomaba el rostro en la abertura entre los barrotes; se trataba de un hombre aún joven, de cabellos negros y la tez pálida de quien ha vivido encerrado durante largos años. Por lo que acertaba a ver Carlos, vestía con elegancia; también su porte delataba una alta cuna.

Inicialmente Carlos evitó hacer indagaciones, movido por la prudencia: no quería ocasionarle problemas a aquel extraño. Pero al final consiguió enterarse, mediante un rodeo, de que el prisionero de la habitación frente a la suya era nada menos que Jacobo Estuardo, el pretendiente a la corona escocesa, quien permanecía en la Torre desde su adolescencia. El ayuda de cámara que había informado a Carlos, al ver que aquellas noticias interesaban a su señor, le proporcionaba a diario nuevas informaciones sobre su vecino. El rey de Escocia —tal como era llamado— era un hombre sabio e instruido, que pasaba sus días escribiendo y estudiando. Consumía más velas que cualquier otro prisionero, ya que a veces permanecía noches enteras seguidas leyendo en la cama. También componía poesías; sus guardianes le oían versificar en voz alta, cuando apoyaban el oído contra su puerta. En aquellos días de otoño surgió entre Carlos y el infortunado rey una peculiar y tácita amistad. Se saludaban por la mañana, por la tarde y por la noche, conversando por señas acerca del tiempo, sobre su mutuo estado de salud y sobre otras cosas que podían expresarse de aquel modo tan rudimentario. Carlos abrió uno de los escasos libros que poseía, para indicarle cuánto anhelaba poder disponer de más lectura.

Pocos días después, el ayuda de cámara le llevó, con mucho misterio, un ejemplar de la Consolación de la Filosofía, de Boecio, en un volumen de cuero desgastado y

hojas manoseadas. En una de las guardas había una poesía escrita en lengua escocesa, según infirió Carlos, pues había infinidad de palabras que no le parecían inglesas. Lamentó no poder descifrar aquellos versos; hubiera deseado saber en qué pensaba aquel rey prisionero entre las cuatro paredes de su cuarto, y adónde se evadía su mente. El libro de Boecio fue el primero y último signo palpable de amistad que recibió Carlos de Jacobo Estuardo. Alrededor del día de Difuntos, echó de menos a su vecino en la ventana; cuando vio que pasaban los días sin que nada se moviera tras los barrotes, Carlos interrogó cautelosamente a su sirviente: ¿acaso el rey de Escocia estaba enfermo? El hombre repuso que no era así; por orden del rey Enrique, el prisionero había sido trasladado al castillo de Windsor.

En una ocasión Carlos fue autorizado a visitar a su hermano Juan. No se habían visto desde hacía cuatro años; cuatro años que parecían toda una vida. En aquel tiempo, Juan de Angulema se había hecho adulto; aquel niño callado y débil se había convertido en un joven taciturno, de rostro serio. Los hermanos permanecieron juntos durante varias horas, hablando de todo lo que les afectaba e inquietaba, de sus esperanzas y expectativas; también hablaron del pasado, de Blois y sus padres y de la lucha que había ensombrecido su infancia. Frente a Juan, Carlos podía hablar tranquilamente de Bonne; aquél aún no la conocía, por lo que escuchaba lleno de interés. Él poder referirle cosas de ella, retratándole con palabras su aspecto y modo de ser, la hacía más cercana y real. En la soledad de su cuarto, a veces le parecía como si ella se le escapara; había intentado desesperadamente retener su imagen en la mente, recordar el sonido de su voz y de su risa. Por la noche a veces despertaba, con el corazón alegre y animoso, de un profundo sueño que luego no conseguía recordar; le parecía entonces como sí Bonne hubiera estado con él en sueños; en la oscuridad creía percibir aún el calor del lugar en el que había reposado, y el perfume de sus cabellos sobre la almohada. Todos los intentos de volver a evocarla eran vanos, como también las plegarias, los esfuerzos mentales y las tentativas de evadirse de nuevo; no le quedaba sino el sabor amargo de la soledad. Desesperado, enterraba su rostro en la almohada. Con su hermano Juan podía hablar de todas estas cosas, lo cual en cierto modo lo aliviaba. Sin embargo, no tuvieron mucho tiempo para entregarse a especulaciones tan personales: como no era seguro que volvieran a verse en breve, debían aprovechar cada instante.

De una carta del rey Enrique V de Inglaterra a Su Cristianísima Majestad Segismundo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, de enero de 1417:

Así pues, es una gran satisfacción para Nos poder comunicaros que Nuestros derechos indiscutibles a la corona de Francia han sido reconocidos

por Juan, duque de Borbón, quien actualmente permanece en Nuestro reino en calidad de prisionero de guerra, y por Arturo, conde de Richemont; que el dicho Juan, duque de Borbón, ha declarado en Nuestra presencia que, durante su estancia en Nuestros dominios, ha llegado al convencimiento de que Nuestras pretensiones al trono de Francia están justificadas; que se ha comprometido bajo juramento a esforzarse denodadamente en pro de la realización de las condiciones consignadas en el año de Nuestro Señor de 1360, en el tratado de Brétigny; que, por último, el dicho Juan, duque de Borbón, nos rendirá vasallaje, como a su único Señor y Rey legítimo y soberano, y que, si Nuestras exigencias no fueren atendidas por el gobierno de Francia, transferirá sus territorios y dominios a Nuestras manos.

Carlos, quien se encontraba escribiendo sentado a la mesa, preguntó sin volverse:

—¿Qué sucede, Chomery? —Había oído el ruido de la puerta que se abría y se volvía a cerrar. Suponía que era Jean Chomery, su ayuda de cámara francés, pues era el único que solía entrar y salir de este modo.

—A la paz de Dios, monseñor —dijo una voz a sus espaldas.

—¡Cousinot! —Carlos se levantó bruscamente de su asiento, dirigiéndose hacia su canciller, sorprendido y alborozado—. Cousinot, ¿por qué nadie me ha anunciado vuestra llegada? Hace poco tiempo recibí una carta de mi hermano en la que me escribía que me traerían dinero; pero no me decía que vendríais vos. ¡Qué inmensa dicha para mí!

—He de hablaros rápidamente, monseñor —se apresuró a decir el abogado en voz baja—. He conseguido llegar hasta vos mostrando el salvoconducto que me otorgaron el año pasado, cuando estuve en Londres. Pero el caballero que está al frente de vuestros guardianes ya se mostró reticente. Efectivamente, esta vez no he pedido autorización, puesto que estoy seguro de que el rey Enrique no me dejaría veros.

Carlos condujo al canciller hasta el banco bajo la ventana, el único lugar de la habitación que recibía algo de luz del sol, al menos durante el verano, aunque sólo hacia el mediodía.

—Sé que el rey Enrique no me es muy propicio, desde que rehusé reconocerle como mi soberano —dijo sorprendido—. Mandó que me trasladaran a esta estancia, que sin duda es más oscura y tristona que mi alojamiento anterior, pero por lo demás no he advertido represalias. Si comprendo que, debido a las operaciones bélicas, no he de esperar muchas visitas o cartas.

—Entonces aún no sabéis nada; ya me parecía difícil que os hubierais enterado.

Cousinot miró hacia la puerta. Fuera sonaba, como de costumbre, el ruido de pisadas y un suave tintineo; varios soldados montaban la guardia delante de la puerta de Carlos, andando de un lado para otro.

Carlos le dirigió una mirada atenta a su canciller; rara vez había observado en aquel semblante circunspecto tantos signos de agitación.

—Monseñor —dijo Cousinot rápidamente en voz baja—, intentaré poneros al corriente de todo en muy poco tiempo. Temo que enseguida vengan a buscarme. El delfín murió hace una semana en Compiégne; vuestro suegro, el señor de Armañac, me rogó que os comunicara expresamente que el delfín tenía una fístula en el oído izquierdo; lamentaría mucho que, debido a informaciones erróneas, dierais crédito a los rumores que corren entre los ingleses y los borgoñones. Nuestro nuevo delfín, monseñor de Viennois, se encuentra en París, bajo la protección personal del señor de Armañac, a quien considera su consejero y hombre de confianza en todos los aspectos.

Carlos agarró a su canciller por el brazo.

—¡Cousinot, no me contéis lo que el de Armañac os ha ordenado decirme! —le apremió—. Contadme lo que vos pensáis de todo esto. Por amor de Dios, hablad con franqueza. ¿Vos no os creéis lo de la fístula, verdad?

Cousinot mantenía clavados sus ojos penetrantes en Carlos; en las comisuras de los labios finos y descoloridos del canciller palpitaba un leve temblor.

—No, no me creo lo de la fístula, monseñor —dijo—. Creo que el señor de Armañac sentía que se le escapaban las riendas del poder y recurrió a un medio indigno y reprobable para asegurarlo de nuevo. El de Borgoña tenía todos los triunfos, dado que el delfín estaba totalmente bajo su influencia; pero el de Armañac recordó a tiempo que en su entorno inmediato también tenía a uno de los hijos del rey, a monseñor Carlos, el menor de todos. El nuevo delfín no es más que un niño de unos doce o trece años de edad, según creo, y los parientes de su mujer, los príncipes de Anjou, en los últimos años se han convertido en partidarios acérrimos del de Armañac. Ahora este último ostenta al delfín como si fuera su estandarte.

—Y al rey ya no le queda otro hijo varón —musitó Carlos, sorprendido y profundamente consternado—. No hay otro heredero de la corona más que éste… —Recordaba muy bien al muchacho que ahora se había convertido en delfín de Francia; lo había visto cuando residía en París tras el cerco de Arras: era un niño extremadamente feo, cabezón, y de piernas tan escuálidas como sus hermanos. Pero, así como en las facciones de los monseñores de Guyena y de Turena aún se apreciaba algo del atractivo que había caracterizado a Carlos VI en su juventud, el hijo menor de éste era francamente feo. Tenía la frente alta y abombada, las orejas separadas del cráneo, y los ojos, de color azul pálido, prominentes y tristones. El hecho de que sobre los hombros de aquel muchacho tímido y nervioso hubiera de descansar ahora el destino de Francia, a Carlos le pareció poco menos que una catástrofe; varios años antes ya había oído murmurar que el hijo menor del rey había heredado el frágil sistema nervioso de éste. Los que referían esto, aducían un sinfín de ejemplos. Carlos recordaba aquellas palabras asustado y horrorizado.

—Comprendo muy bien lo que esto significa, Cousinot —dijo al fin, con voz pausada, al abogado, quien lo miraba preocupado y atento—. Este desplazamiento del poder tendrá para el reino consecuencias importantes y de gran alcance, que apenas si

me atrevo a imaginar. Así pues, mi suegro el de Armañac conjetura ahora que todos aquellos que apoyan al delfín se unirán a su partido. ¡Si lo consigue, se convertirá en un hombre extraordinariamente poderoso!

—Monseñor, ¿os dais cuenta también de lo que esto supone para vos? El partido de Armañac es el vuestro. Esta corriente puede empujaros hacia el trono de Francia. No olvidéis que, físicamente, el delfín es de constitución frágil, y parece probable que también lo sea psíquicamente. Sin duda, el rey Enrique ya habrá llegado a las mismas conclusiones. Os estáis convirtiendo en un adversario cada vez más peligroso para él, y, por ello, en una presa tanto más importante. Monseñor, creedme, hemos de hacer lo imposible por liberaros. No podemos desdeñar ningún medio, absolutamente ninguno. Comprenderéis que también el de Borgoña hará cuanto esté a su alcance con tal de impedir vuestro retorno… ¡Escuchad!

En el pasillo junto a la estancia de Carlos se oían pasos rápidos y retumbantes que se acercaban, espuelas que tintineaban y la voz dura de *sir* Robert Waterton, el noble que estaba al mando de los guardianes.

Cousinot se levantó del banco.

—Encargadme, monseñor, que transmita en vuestro nombre alguna comunicación importante al rey de Inglaterra. Confiad en mí, soy vuestro devoto servidor, y sé muy bien lo que os aconsejo. Monseñor, si tenéis en algo vuestra libertad, dadme este mandato, pues, tan cierto como que Cristo murió por nosotros, no os liberarán bajo ninguna otra condición.

Durante un instante, Carlos vislumbró como en un destello las imágenes que, desde Azincourt, habían flotado tentadoras ante sus ojos: el bajel que surcaba velozmente las olas rumbo a Francia, la costa amarillenta de Calais, el recibimiento en el suelo patrio, las ciudades y campos de Ile de France, Paris, el paisaje ondulante a orillas del Loira, el perfil de Blois recortado sobre el cielo, las afiladas torres de Saint-Sauveur, las almenas de la torre del homenaje, su entrada triunfal por el puente levadizo, la explanada y el patio hasta llegar al portón en donde se encontraría Bonne, sollozando y riendo y radiante… Luego vio a Robert Waterton, quien entraba en la habitación seguido del oficial de la guardia; vio también la mirada tensa, casi implorante de Cousinot. Afloró a sus labios la palabra «sí», pero aún titubeaba. ¿Le juraría fidelidad al rey Enrique por razones de diplomacia? «Alta traición», pensó confuso y permaneció en silencio. Con gesto elocuente y desesperado, Cousinot abandonó la estancia por orden de Waterton.

De una orden escrita del rey Enrique V de Inglaterra, dirigida al caballero Robert Waterton en junio de 1417:

… Nos os ordenamos que Carlos, duque de Orléans, actualmente residente en la Torre de Londres como prisionero de guerra, sea transferido

inmediatamente al castillo de Pontefract, en York, bajo estricta vigilancia, para una estancia de duración indefinida…

La arena se desliza en un susurro por el reloj, convirtiéndose en una suave cortina de tonalidades rosadas que, al principio, forma en el fondo una capa apenas perceptible, y, luego, gradualmente, un montoncito cada vez más alto y pronunciado; antes de que uno se dé cuenta, la bola inferior de cristal se ha llenado completamente y ha transcurrido una hora, una hora larga y valiosa de una vida, que, de pronto, parece estar compuesta por una cantidad aterradora de estas horas. La persona a quien pertenece dicha vida ve, con una mezcla de ansiedad, pesar, impaciencia y desesperación, cómo cae la arena con ese sonido susurrante; ve avanzar el tiempo con inexorable lentitud, y, a la vez, con inexorable rapidez. En ese cristal en forma de ocho se cuentan sus horas, esas horas valiosas y baldías; las horas perdidas se agrupan formando días, que, a su vez, se alinean formando semanas, las semanas se vuelven meses, y los meses se disponen, a la sazón, a unirse en docena para emprender el vuelo como otro año transcurrido.

Para quien, sumido en tales reflexiones, ve escaparse el tiempo entre sus manos, el viento, las nubes, la lluvia y la luz del sol y de la luna no pueden ser sino signos aciagos. Tras la ventana aparece y desaparece el resplandor de los astros, por las paredes se arrastra una mancha de luz de sol, una franja de luz de luna. Las estaciones se suceden: ve cómo el follaje de los grandes árboles de la pradera al exterior del castillo se va secando y cayendo, cómo durante cuatro meses los mismos árboles se yerguen cual candelabros bajo el cielo invernal, cómo en cierto día de primavera flota un halo verdoso entre las ramas grisáceas, y cómo finalmente, en pleno estío, el aire caliente tiembla alrededor de las copas de los árboles en plenitud. Todo ello lo ve el prisionero de Pontefract, de pie ante su ventana.

Puede mirar más allá de las murallas exteriores del castillo; entre la doble hilera de almenas hay un adarve sobre el cual ve pasear a un centinela de un lado a otro, un soldado tocado con un bacinete y con la cruz roja de Inglaterra en el pecho. Siempre son hombres distintos los que montan la guardia allá fuera, la guarnición de Pontefract es numerosa. Cuando el prisionero tras la ventana comienza a reconocer las caras, sabe de inmediato, con una sensación de amargura, que se ha vuelto a cerrar un ciclo, que el tiempo le ha vuelto a arrebatar un pedazo de su vida. Cada seis horas hay cambio de guardia; como ya se ha dicho, la guarnición es numerosa. Ya ha visto a los mismos hombres una y otra vez, los reconoce, piensa: «Ahí está el pelirrojo, ahí el barbinegro, ahí el-de-la-cicatriz-en-la-mejilla, ahí el-de-más-de-seis-pies-de-alto». ¿Cuántas horas, cuántas, Dios santo, cuántas horas habrán transcurrido ya, para que sea capaz de distinguir a todos estos individuos?

Mirando por la ventana, busca deliberadamente algo que no cambie, algo que no permita medir el tiempo. El cielo no le sirve para ello.

En el verano, las nubes pasan flotando, de un color blanco resplandeciente, llenas de luz; tal vez sean las mismas nubes que más tarde se deslicen por el cielo de Blois, las mismas nubes que, alguna vez, habrán pasado por allí, arrojando una sombra fugaz sobre la cara alzada de Bonne. En el otoño las nubes son más inquietas, más informes; desgarradas, presurosas, planean por encima del campo; a veces vienen demasiado cargadas de lluvia como para poder alcanzar el horizonte y rompen encima de Pontefract, atormentando con ello aún más al solitario hombre en su torreón, obligándole a escuchar durante horas y días el murmullo del agua que fluye, un sonido engañoso que sólo trae un olvido aparente. Sueña con los ojos abiertos, creyéndose en otro lugar; una voz clara y argentina le susurra palabras al oído, estalla una risa, o pequeños sollozos se suceden formando una melodía en la que reconoce una canción que cantaba hace mucho tiempo: «*Madame, je suys plus joyeulx*». Se tapa los oídos con las manos para no tener que seguir oyendo el ruido de la lluvia, pero no consigue desterrar esos suaves e incesantes chapoteos, tintineos y gorgoteos que se transforman claramente, como por encantamiento, en la voz de Bonne, sobre todo por las noches.

Prefiere escuchar los gemidos y bramidos del viento invernal, que parece habitar estas regiones, puesto que jamás abandona Pontefract, sino que ulula y silba alrededor de las torres, a ratos maligno o desesperado, pero siempre como un visitante aterrador. El prisionero, que se halla tendido, insomne, bajo una cubierta de pieles, siente cómo, a pesar del fuego y las colgaduras protectoras de la cama, las frías corrientes le rozan las mejillas y la frente; las llamas de las velas oscilan, y los finos tapices murales se balancean incesantes. Se oye el movimiento de los ratones que, tras el entarimado de los muros, roen y mordisquean la madera, intentando llegar hasta las migas debajo de la mesa. El hombre acostado en el lecho —un lecho bueno y caliente— aguarda la llegada del día; aguarda el primer canto del gallo con sus estridencias, el menor indicio de que se calme ligeramente el viento, el peculiar zumbido que inunda la oscuridad justo antes del amanecer; aguarda los ruidos en Pontefract y sus inmediaciones que anuncien el cambio de guardia y la llamada a la actividad: el toque de una corneta, el retumbar de pisadas en la escalera y la galería, los relinchos de los caballos, y el tintineo de armaduras y armas. Aguarda el repicar de las campanas de la iglesia, cuya aguja puede distinguir de día por encima de las copas de los árboles del campo. Cuando finalmente entra su criado con una bebida matinal y utensilios para lavarse, abre los postigos de las ventanas y aviva el fuego, el prisionero se incorpora en la cama con un suspiro: comienza de nuevo la lucha contra la jornada.

Tanto en invierno como en verano otea el horizonte, esa línea levemente ondulante que se vislumbra entre los grupos de árboles tras las murallas de Pontefract; esa línea desigual, que sube aquí y baja allá, siempre permanece igual, pese a los cambios de estación: el paisaje de York siempre le muestra el mismo perfil a este ser que permanece solitario junto a la ventana y que halla cierto consuelo al

contemplar esa línea familiar. Aprende a conocer la brumosa luz del sol septentrional, el frío crudo y penetrante del invierno, cuando los campos muestran sus oscuros terrones de tierra; descubre el secreto de la neblina estival, que surge del suelo por la mañana temprano y tras la puesta de sol, y que flota por encima del campo en largos jirones. Conoce los numerosos pájaros y sus reclamos; adivina, por su forma de virar, remontarse o rastrear, si se anuncia tormenta o tempestad, si el día traerá lluvia, si ese año el invierno llegará pronto o si ya no está lejos la primavera.

Ve cómo en el cielo nocturno los planetas y constelaciones cambian de posición en el transcurso de unas semanas; en septiembre llueven destellos en la profundidad de color negro azulado, en el invierno las estrellas relumbran tan frías como el hielo que cuelga del caño bajo su ventana en puntiagudos festones. Cuando comienza el otoño, el viento le trae fragancias familiares, el olor a hojas podridas y a setas, a niebla matinal, cuero y arneses. En la lejanía del bosque oye sonar los cuernos de caza, los excitados ladridos de los perros y el retumbar de cascos, que se propaga por el suelo. Los árboles del prado se visten de rojo y de oro, y, con la prodigalidad propia de la naturaleza, sueltan una hoja tras otra. La belleza de los árboles tortura al cautivo como ninguna otra imagen; piensa en una floresta vestida de rojo otoñal, más allá de las murallas de Riom, en otro otoño regio y esplendoroso —¿hace cuánto tiempo?, ¿cuatro, cinco años?—; piensa en los paseos a caballo a través de la crujiente hojarasca, a la silenciosa luz del sol de noviembre, y en Bonne, risueña, a lomos de su caballo Mirabel.

En días como éste, el joven a quien vigilan en su estancia del torreón de Pontefract, no puede permanecer junto a la ventana; se retira a la sombra y se pasea de un lado a otro con las manos a la espalda, como es su costumbre. En otras ocasiones, se sienta a leer, inmóvil, junto a la chimenea. Los libros se alinean ordenadamente sobre una mesa junto a él: la Política de Aristóteles, una crónica de la conquista de Jerusalén, un libro de medicina y una edición de Boccaccio; son éstas las obras que le ha llevado el maestro Cousinot al prisionero en su última visita. Normalmente el joven consigue abstraerse de sí mismo y de su entorno durante cierto tiempo, merced a la lectura; su espíritu se mueve ágil y libre por un mundo de sabiduría y de rica imaginación.

Pero no siempre puede disfrutar de este tipo de evasiones: basta una palabra, una frase o un pensamiento para devolverlo rápidamente al presente o —peor aún— para evocar el recuerdo junto con su compañero, el anhelo. Siguiendo los consejos de su amigo el mariscal Boucicaut, se impone a sí mismo una actividad; le han autorizado la posesión de recado de escribir y de papel, y ahora, día a día, realiza la labor propia de monjes y escribanos: copia libros con su letra vistosa y uniforme, recopila máximas, redacta una pequeña glosa de los Dísticos de Catón. Su ayuda de cámara Chomery, *sir* Robert Waterton y los nobles de entre los guardianes que tienen acceso al prisionero, ven cómo esta figura vestida con una túnica negra y tocada con un bonete de terciopelo con faldas, sentada erguida detrás de su mesa, realiza

invariablemente dicha actividad durante el largo invierno; la hoja de pergamino sobresale del inclinado pupitre, mientras la diestra de monseñor avanza pausada y concienzudamente por los renglones marcados en rojo. Mantiene la vista fija en su trabajo, que parece tenerle totalmente enfrascado; sus pálidos labios están apretados y continuamente frunce el entrecejo durante un instante, pues le cansa mirar tan fijamente. Cuando le hablan, guarda cuidadosamente la pluma y responde con la cortesía que le caracteriza; pero nunca aparece una sonrisa en ese rostro tan contenido a pesar de su juventud. Robert Waterton, un hombre curtido por una vida frecuente al aire libre, y por la caza y la guerra, sospecha —con razón— que la falta de ejercicio físico supone un suplicio para el joven; así pues, le permite pasear por el patio, si bien nada en la orden escrita del rey Enrique lo menciona.

Pero al cabo de varios días, el prisionero renuncia ya a dicho favor: prefiere permanecer de pie junto a su ventana encima del adarve, antes que caminar como un caballo que da vueltas a una noria, contemplado por media docena de hombres armados, en la pequeña parte del patio que se le ha reservado, rodeado de altos muros por todas partes.

Un rápido y espumoso torrente desemboca de pronto en una balsa. Inicialmente el agua empuja aún con gran fuerza, formando pequeñas ondas en abanico, pero llega un momento, un lugar, en que hasta la última onda se extingue y en que la superficie brilla inmóvil como un espejo oscuro. Del mismo modo el alma del prisionero de Pontefract se ha remansado como esas aguas tranquilas en las que ya no hay empuje ni corriente; lo que cae en la superficie, flota durante unos instantes, para hundirse luego en la oscuridad del fondo. Se vislumbran imágenes: nubes, copas de árboles, un pájaro, tallos movidos por el viento. De vez en cuando algo remonta desde las profundidades, y estalla una burbuja en la superficie. El prisionero recuerda de pronto con toda nitidez algún episodio de su niñez, imágenes ya olvidadas retornan a su mente; si cierra los ojos los años se esfuman, y vuelve a estar en los castillos con sus nombres solemnes y rimbombantes: Montargis, Montils, Asniéres, Beaumont, Crécy-en-Brie. Vuelve a ser un niño que vaga de puntillas por los altos salones; el sol del mediodía entra por los postigos entreabiertos, las partículas de polvo revolotean en esos surcos resplandecientes, y a esa luz, que es como el reflejo del oro, ve desfilar por las paredes a reyes y héroes. Hay también santos que oran, hermosas mujeres sonrientes que tocan el laúd o sueltan halcones que emprenden el vuelo; el unicornio blanco atraviesa el bosque, mirando de soslayo hacia el niño con su ojo que brilla misteriosamente, y más allá, en el prado tapizado de flores, retozan ciervos, perros y liebres, mientras junto a la maleza del fondo los pavos reales despliegan su plumaje. El niño prosigue como hechizado su sigiloso caminar por las estancias vacías, en las que flota un olor a viejos entarimados y tejidos saturados de polvo. Llega a una habitación completamente revestida de tapices verdes, donde pequeños ángeles

bordados aletean en sus vestiduras doradas de rígidos pliegues, mientras tocan clarines y trompetas. Atravesando una pequeña puerta, se encuentra de pronto en una estancia en cuyas paredes, sobre un fondo de oro y seda, se bañan niños en las pequeñas olas transparentes de un río. Finalmente el niño se detiene ante un tapiz que representa a una pareja de jugadores de ajedrez, un caballero y una dama, sentados ante un tablero repleto de piezas rojas y doradas. La escena sigue sorprendiéndole por el parecido que guarda el caballero con su padre: un rostro fino con labios que esbozan una sonrisa cortés, y en los ojos la misma mirada peculiar y enigmática, a la par que inquieta, burlona e implorante, que llena al niño una y otra vez de asombro cuando se encuentra con su padre.

Durante años, día tras día, el niño sigue recorriendo esas salas, rodeado de la magnificencia roja, dorada y verde de los tejidos; las paredes de los castillos de su padre son como otras tantas páginas de un gigantesco libro; allí le salen al encuentro, en tamaño natural, los héroes de la Antigüedad, los reyes que fueron sus propios antepasados, y los santos y santas de las leyendas, quienes lo invitan a su propio mundo de tonalidades doradas, entre las flores y los brotes o a la sombra de bosques encantados; le muestran panoramas en lontananza o tras las ventanas de sus palacios: un campo de trigo dorado, un jardín primaveral, unas montañas azuladas que se recortan sobre un cielo claro. Entre los setos en flor, reina la diosa Venus, sentada en su trono, rodeada de sus cancilleres y chambelanes, los miembros de su Consejo y de su cortejo, y su hijo, el dios del Amor, conduce ante su presencia a todos aquellos que quieren ser sus súbditos. Le han explicado al niño que se trata de una alegoría; para que lo comprenda mejor, su preceptor, ámese Garbet, le ha citado aquellos pasajes del Román de la Rose que le parecen apropiados para los oídos juveniles.

Pero el niño, al crecer, pronto ya no necesita palabras para comprender; el misterioso resplandor del colorido de los tapices, esa imbricación armónica de formas y líneas, despiertan resonancias en su corazón. Las figuras de los tapices murales siguen acompañándolo, sí, las nociones de sus libros de cortesía adoptan las formas de esas bellas mujeres esbeltas y ataviadas de vivos colores, de esos aguerridos caballeros, de los valerosos santos y sufridos mártires. Durante los largos años de guerra y preocupaciones, el muchacho —y, más tarde, el joven—, arrinconó su recuerdo; en la dura realidad no ha habido mucho lugar para las criaturas imaginarias y simbólicas. Pero ahora pasan a poblar la soledad del prisionero, penetran en el silencio de esas horas que avanzan baldías, trayendo el olvido entre los pliegues de sus túnicas. Llaman a la puerta de aquel que, en compañía de sus libros, meditabundo, sueña despierto, día y noche, en un abigarrado cortejo de meros símbolos: el Pesar y la Esperanza, la Tristeza, el Anhelo, el Consuelo, la Fortuna, el Recuerdo y la Melancolía, el Amor, y, por último, la Muerte. Se le aparecen los períodos de su vida, la Infancia y la Juventud, ricamente ataviadas con imágenes de su agitado pasado. Llega un día en que el prisionero, por distraerse, comienza a plasmar sobre una hoja en blanco su propia historia en verso, con el estilo ligero y

fluido que le ha caracterizado desde niño; las palabras e imágenes le manan espontáneamente de la pluma: no le supone esfuerzo alguno, se limita a recoger el curso de sus pensamientos, una alegoría en la que él mismo desempeña un papel rodeado de dulces símbolos hechos realidad. Tras haber sido introducido en el mundo por la Dama Naturaleza, ésta le confía al cuidado de la Niñez, para que vele por él con ternura por algún tiempo, sin permitir que le confundan los Pensamientos Tristes ni el Abatimiento. Pero un mensajero alado, el Tiempo presuroso, aparece volando en la morada de la Niñez, anunciándole que, por orden de la Naturaleza, en lo sucesivo será la juventud quien lo cuidará y guiará. Mi pues, ha de abandonar para siempre la morada de la Niñez en compañía de la juventud.

En casa de la juventud hay una estancia luminosa; tras las blancas columnas de las ventanas arqueadas, se extiende el esplendoroso campo del mes de abril, con sus margaritas que brillan cual estrellas en la hierba tierna, y las tenues nubes parecen diluirse como la espuma del mar en el firmamento. Una mañana temprano —el día de San Valentín—, mientras las alondras remontan jubilosas el aire, la señora de la Juventud entra en la estancia del joven, despertándole con una sonrisa.

—Has dormido demasiado tiempo —dice—. Levántate, hoy quiero conducirte ante aquel que es tu señor y el mío, el Amor, pues ya es hora de que comiences a servirle.

Acompañado de la juventud, el muchacho recorre el largo camino atravesando los campos titilantes de sol. Llegan a las puertas de un hermoso castillo, situado en medio de bosques y jardines. El portero, la Compañía, les franquea amablemente la entrada, y los maestresalas, la Acogida y la Alegría, los guían al salón donde se halla entronizado el Amor, en medio de sus seguidores ataviados con trajes de fiesta, que cantan y bailan. Pero al muchacho le invade el temor y la angustia de no ser lo bastante experimentado ni cortés para servir a este brillante monarca.

La pluma del prisionero avanza, rascando levemente, por las hojas; el Amor y la Juventud conservan en toda circunstancia sus formas y facciones ideales. Desfilan solemnes por su sueño como regias figuras bordadas en rojo, dorado y verde, de afilados dedos y una sonrisa dulce y misteriosa en los labios. Pero él mismo, como mortal, se mueve en medio de los súbditos del Amor como lo hiciera otrora entre los cortesanos de Saint-Pol: esquivo y azorado, ceremonioso sin llegar a ser afable, lleno de admiración y anhelo, pero sin ser capaz de mostrar dichos sentimientos. El Amor llama a la Belleza y le encarga que haga cambiar de conducta a aquel forastero en el Huerto del Amor; en otros tiempos consiguió someter a Sansón y a Salomón, por lo que no es posible que se le escape un mozalbete inexperto. La Belleza, una mujer deslumbrante, lo mira; su mirada penetra hasta lo más profundo del corazón del joven, donde le provoca un dolor incurable. Se da por vencido y se muestra dispuesto a servir dócilmente al Amor como vasallo. Mientras el médico del Amor, la Esperanza, atiende al herido, la Lealtad y la Buena Fe elaboran el acuerdo y lo proveen de sellos: hecho en el día de San Valentín, mártir, en la ciudad de los Dulces

Anhelos.

Estos pasatiempos causan un efecto sorprendente en el ánimo del prisionero. Los inicia por aburrimiento y por una vaga nostalgia de una infancia despreocupada que pasó con excesiva rapidez. Al escribirlos, el joven ha lamentado el paso del tiempo y ha recordado con amargura la verdadera imagen de su juventud: los placeres del amor cortés sólo los conoce de oídas, pues jamás dispuso de tiempo ni libertad para madurar lentamente en esos días de abril envueltos en un brillo verde y dorado, hasta convertirse en hombre. Cuando relee su poema, le parece insulso y alambicado; tras las imágenes de la alegoría, apenas si se adivina el sentido más profundo. ¿Cómo ha de demostrar que ha servido al Amor y que aún lo sirve, y que lo servirá mientras viva?

Durante las largas horas de las noches de vigilia, evoca de nuevo, palabra por palabra y frase por frase, las baladas que en tiempos compuso para Bonne sin otra intención que la de que ella oyera cómo la ensalzaban los juglares en sus canciones durante las cenas. Corrige y mejora las rimas y metáforas de aquellas estrofas escritas otrora de manera apresurada por un corazón rebosante. Anota lo que ha conseguido reconstruir, cuando se cansa de leer a Aristóteles o cuando no está inspirado para glosar ingeniosamente los Dísticos de Catón. Toma una gran hoja de vitela, y, tras doblarla en ocho partes, escribe en aquel librillo sus baladas; la inicial de cada poema se ve provista de pámpanos y flores de tinta roja; al fin y al cabo, le sobra tiempo para esta labor monacal.

«Fresca y radiante, con juvenil prestancia: / ojos risueños, labios rojos y dulces… / Virtudes son que adornan a mi Dama».

Sin embargo, las palabras que plasma con tanto cuidado, letra a letra, sobre la hoja que tiene delante, se convierten en sus enemigas más encarnizadas; en lugar de darle el olvido, hacen que reviva los sentimientos que le inspiraron cuando las concibió. Cuando creía haber vencido aquel anhelo desesperado y ardiente que lo atormentó en los primeros años de su soledad, éste viene a acosarlo de nuevo con renovada fuerza. Tras los renglones se esconde, tentadora e inalcanzable, la imagen de Bonne. El tiempo transcurrido desde que estuvieron juntos por última vez, la distancia, los silencios entre ellos, la han hecho cambiar. Ya no es únicamente la amiga más querida, la joven esposa: en ella parecen haber concurrido el encanto y la seducción de todas las mujeres. Se ha convertido en la belleza misma, en el amor, la juventud, como una estrella infinitamente lejana. El prisionero de Pontefract sucumbe víctima de la divinidad que, inocentemente, ha evocado con su lenguaje etéreo y elegante; con sus canciones, quiere liberar su corazón de preocupaciones, no le queda otra medicina. Escribe una canción tras otra, y en sus versos se reflejan sus añoranzas, sus anhelos, su inconsolable dolor y la esperanza que vive en él. Estas baladas ocupan el lugar de las cartas que no le permiten escribir; dentro de los constreñimientos de la forma y la rima, consigue plasmar aquello que jamás sabría expresar, aunque le estuviera autorizado escribir cartas. Lo que al principio no pasaba

de ser un mero pasatiempo, se convierte en una necesidad cada vez más imperiosa. Igual que el vino jamás sacia la sed, sino que, por el contrario, despierta el deseo de volver a beber, así también cada verso encierra en sí el germen del siguiente; cuando, al fin, ha concluido el envío, ya brota en él el inicio de otro poema, un lamento, una alabanza o la expresión de un anhelo.

Sabe muy bien que en el mundo exterior, más allá de los muros de Pontefract, las olas se estrellan incansables contra los rompientes, por muy sumido que él se encuentre en aguas estancadas. De cuando en cuando, su sirviente capta noticias que se transmiten los soldados de Waterton. De esta forma, durante los largos años de su cautiverio, el solitario joven se entera en su torreón de nuevas inquietantes; no son más que vagos rumores, pero éstos reflejan los terribles acontecimientos que tienen lugar muy lejos, allá en Francia. Para el prisionero todos estos rumores son absolutamente creíbles; como quiera que conoce a los actores y el escenario, no se atreve a poner en duda ni la noticia más sorprendente o disparatada.

El de Borgoña, que quiere a toda costa controlar al nuevo delfín, ha reunido grandes ejércitos; mientras en Normandía el rey de Inglaterra conquista impunemente una ciudad tras otra, se celebran negociaciones secretas entre el de Borgoña y la reina desterrada; ésta parece haber sido secuestrada repentinamente y llevada a la ciudad de Troyes, que ha sido ocupada por los borgoñones. Se publican bandos: «La autoridad del de Armañac en París es ilegal, el gobierno legítimo tiene su sede en Troyes. La reina Isabel gobernará Francia, junto con el de Borgoña, en nombre del rey, quien está demasiado enfermo como para regir personalmente los destinos del país. ¡Todo aquel que siga al de Armañac es reo de alta traición!». De este modo, el reino tiene ahora dos gobiernos.

El prisionero de Pontefract se entera, con creciente desazón, de cómo su suegro, el de Armañac, lucha en vano contra la marea creciente de odio popular. En París estalla una rebelión, y son los propios ciudadanos quienes dan entrada a las tropas del de Borgoña. Los carniceros y sus aprendices, que antaño fueron desterrados de la ciudad, son los primeros en precipitarse, sedientos de sangre y de venganza, sobre los partidarios del de Armañac, saqueando y asesinando. ¿Qué habrá de cierto en las historias que Chomery, el ayuda de cámara, susurra lleno de espanto al oído de su señor? De nuevo se mencionan los nombres de Simón Caboche y de Capeluche, el verdugo, y se habla de una muchedumbre feroz y hambrienta que ahora quiere desquitarse de los años de obligado vagabundeo. En las calles, casas e iglesias se amontonan los cadáveres; con el calor de la canícula, no se consigue dar abasto cavando fosas. Al prisionero no le cuesta creer que se mate por matar. Tampoco duda que los nobles y los caballeros de alcurnia del ejército del de Borgoña rivalicen en crueldad y codicia con el populacho saqueador. Y le parece más que probable que, por añadidura, con el hedor se produzcan epidemias en la ciudad y en sus alrededores.

Es el propio Waterton quien le comunica finalmente que el condestable de

Armañac ha sido prendido y muerto y que se ha expuesto su cadáver desnudo durante tres días; para que, incluso así, siguiera reconocible para todos, lo ataviaron con el emblema de su partido: bandas blancas, esta vez cortadas de su propia piel. Ni siquiera cuando Waterton le cuenta esto, el prisionero muestra susto ni sorpresa. Puede imaginárselo perfectamente.

Ahora que ha muerto su suegro y que, según se cree, va declinando el poder del partido de Armañac, vuelven a autorizarle cierto contacto con sus parientes y seguidores. Escribe urgentemente extensas cartas a Bonne, a Felipe, a Cousinot y a su hermano el de Angulema, cuyo rescate todavía no se ha logrado reunir. Tarda mucho tiempo en recibir respuesta. Esta llega finalmente en la persona de su devoto canciller, quien de nuevo ha emprendido la travesía y el viaje por tierra para llevarle a su señor algunas nuevas y dinero para sus gastos. Una pequeña cantidad de oro —¡los tributos no han producido mucho, pues ya no quedaba nada por vender, y ha habido que gastar dinero para reforzar los castillos de Orléans!— ya le ha sido entregada a Giovanni Vittori en Londres.

Cousinot se halla sentado a la mesa, frente al prisionero; Waterton, que ha de estar presente durante la entrevista, se encuentra junto a la ventana; no se le escapa ni una sola palabra de la conversación. Antes de que pudiera pasar a ver a su señor, Cousinot ha sido registrado para comprobar que no llevaba encima armas ni documentos secretos; sin embargo, no se ha encontrado nada sospechoso. El canciller está bastante más callado y sombrío que otras veces, el fino cabello en sus sienes se ha vuelto completamente blanco, se han hundido sus mejillas, y está encorvado por el cansancio.

El viaje a Pontefract ha sido largo y pesado, y, desde el último encuentro con su señor, Cousinot ha sufrido numerosas penalidades en las ciudades empobrecidas del dominio de Orléans, y en el inhóspito castillo de Blois. Encuentra muy cambiado al prisionero, no tanto en cuanto a su apariencia, sino en su actitud y conducta. El joven parece indiferente, distraído; da la impresión de estar algo ausente, si bien formula y contesta las preguntas con la cortesía y parsimonia que le caracterizan. Escucha impasible las noticias: los partidarios de Orléans y de Armañac se han atrincherado en las provincias y en las ciudades y castillos del corazón del reino, fortificados a toda prisa.

Los monseñores de Vertus y Dunois se dedican incesantemente a reclutar tropas y poner las fortalezas en estado de defensa. Cousinot cita una larga lista de nombres, de aquellos que han sido nombrados capitanes y jefes de guarnición. Waterton tose y se acerca a la mesa: esas comunicaciones no le parecen imprescindibles.

—¿Qué nuevas hay de mi esposa? —pregunta el prisionero; por primera vez, Cousinot vislumbra un leve resplandor en sus ojos oscuros y apagados. El abogado deliberadamente ha evitado tocar el tema hasta ese momento. Sospecha que sus noticias no le agradarán a monseñor.

—La señora de Orléans ya no vive en Blois —responde rápidamente, sin mirar a

la cara al joven que tiene enfrente—. Por muchas razones resultaba más aconsejable que retornara junto a su madre. Ahora que ha muerto monseñor de Armañac, muchos de nuestros antiguos aliados están dispuestos a optar nuevamente por nuestro partido…, siempre y cuando tengan la certeza absoluta de que los familiares cercanos del de Armañac no ejercen influencia alguna sobre nosotros.

Un puñetazo sobre la mesa le hace callar; Waterton, que había vuelto junto a la ventana, se vuelve con premura, pero el prisionero ya ha recobrado el dominio de sí. Se traga las palabras que afloraron a sus labios.

—¿Dónde está mi mujer ahora? —se limita a preguntar.

—La señora de Orléans se encuentra con su madre en el convento de los Cordeleros, en Rodez —dice Cousinot, sin levantar la cabeza—. Monseñor Juan de Armañac, su hermano, se ha declarado dispuesto a pagarle una anualidad, a fin de que al menos pueda subvenir decorosamente a sus necesidades. Vuestra hija y vuestra hermana, monseñor, permanecen en Blois. A ambas no podemos costearles más que dos doncellas.

—Está bien, Cousinot. —El prisionero hace un gesto con la mano; durante algún tiempo reina el silencio en la estancia en semipenumbra. *Sir* Robert Waterton se impacienta.

—Rogaría a Vuestra Merced que prosiguiera la entrevista. El rey os ha autorizado esta visita para que podáis arreglar vuestros asuntos.

Nuevamente se barajan cifras y números. Cousinot le muestra documentos con cuentas, desglosadas en ingresos y gastos. El joven lee en silencio; finalmente firma lo que se le pide.

—Veo que aún adeudamos setenta y cinco mil escudos a monseñor de Clarence —observa con una sonrisa abatida y burlona, mientras devuelve los documentos uno a uno a Cousinot—. Sospecho que mi hermano el de Angulema y yo habremos de encontrar la piedra filosofal, si no queremos permanecer encerrados de por vida. Por amor de Dios, Cousinot, encargaos en primer lugar del rescate de mi hermano. Así se lo he prometido.

Sir Robert Waterton interviene una vez más en la conversación.

—Quizá no esté de más que el señor Cousinot os informe, monseñor, de la situación casi desesperada de vuestro partido. Ahora que la reina de Francia y el duque de Borgoña residen de nuevo en París y han tomado al rey bajo su protección, no parece que vuestros aliados consigan tenerse en pie, pese al hecho de que el delfín supuestamente los apoya, cosa de la que dudo. Prefiero creer que vuestros *armañacs* obligan al príncipe a ser parcial. El señor Cousinot debe señalaros sin falta que el gobierno de Francia está dispuesto a aceptar las propuestas del rey Enrique; por otra parte, los duques de Borbón y de Bretaña, como sabéis, se han avenido a razones. Me parece, monseñor, que va siendo hora de que vos también os convenzáis de que es inútil seguir oponiendo resistencia. Tal vez podáis darle cartas a vuestro canciller en las que ordenéis a vuestros familiares y partidarios que secunden inmediatamente al

gobierno en lo que se refiere al reconocimiento de las legítimas pretensiones del rey Enrique. Quiero señalaros una vez más, monseñor, que cualquier otra solución no puede sino resultar catastrófica para vos y para los vuestros. Vuestro partido y el delfín sólo cuentan con partidarios en las provincias centrales y en las más meridionales. Las restantes regiones de Francia están enteramente en manos del duque de Borgoña y de nuestras tropas. Os interesará saber, a este respecto, que los soldados del rey Enrique han tomado también la ciudad de Ruán.

El joven, que ha estado escuchando con la mirada apartada, repentinamente se inclina por encima de la mesa hacia su canciller, preguntándole casi incrédulo:

—Cousinot, ¿de veras podéis afirmar, sin faltar a la verdad, que monseñor de Borgoña y la reina presencian estas conquistas de los ingleses sin mover un dedo por poner a salvo el país y el trono?

El canciller lanza una mirada fugaz a Robert Waterton.

—Sí —responde—, puedo afirmarlo, monseñor. Dios sabe que me avergüenza profundamente él tener que reconocerlo. Pero en nuestro reino la situación es tal, que para aquella que ciñe la corona y para su vasallo más poderoso resulta más ventajoso entregar el país al enemigo que defenderlo. En el Consejo ya se están preparando para negociar con el rey Enrique. Perdonadme, monseñor, pero ésa es la verdad.

—¡Ya lo habéis oído! —Robert Waterton ha recibido órdenes de la superioridad de ejercer presión sobre el duque de Orléans, aunque naturalmente sin recurrir a la violencia; tampoco es preciso; al fin y al cabo, un hombre tan experto en estas lides aún dispone de innumerables métodos para lograr su objetivo. La reclusión solitaria propicia la inseguridad, suscitando además unas ansias casi desesperadas de obtener la libertad a cualquier precio. Una noticia desalentadora o la actitud vacilante de los propios consejeros pueden dar el empujón decisivo. Waterton opina que el prisionero ya se ha ablandado; por ello, reflexiona rápidamente cuáles serán los términos en que luego anuncie al rey Enrique que también el de Orléans reconoce la soberanía inglesa, y que el rey no ha de temer en Francia ningún tipo de resistencia organizada de esa parte. El caballero mira expectante hacia el joven, que permanece inmóvil en su asiento. Cousinot libra una lucha en su interior; por grandes que sean sus deseos de ver libre a su señor en un breve espacio de tiempo, no consigue acallar los comentarios que le dicta su orgullo.

—Monseñor, hay un consuelo en medio de toda esta miseria. Me consta, pues a diario he recibido pruebas de ello, que el pueblo de Francia y la mayoría de nuestra caballería no se sienten tentados tan rápida y fácilmente a traicionar al rey y al reino como el de Borgoña.

Dios sabe que ha habido muchas disputas y disensiones entre la gente, pero he visto con mis propios ojos cómo los enemigos más encarnizados se mostraban unánimes en su indignación ante las cosas que acontecen en Francia. El gobierno ha abandonado por completo a su suerte a la ciudad de Ruán, cuando ésta se ha visto asediada; no puedo expresaros cuánto ha tenido que sufrir la población antes de

rendirse. Incluso a muchos de los que simpatizaban con los borgoñones se les han abierto los ojos, al experimentar de cerca que no son los intereses del país y del pueblo de Francia los que mueven a su jefe. Creedme, monseñor, en la actualidad el poder del duque de Borgoña sólo es aparente. Las gentes piden a gritos que se actúe contra los invasores ingleses, y exigen que se defienda el reino. Desconfían del de Borgoña más de lo que podéis sospechar. Si he de responderos verazmente, tengo que deciros esto: la situación allá es miserable. El rey Enrique gana terreno diariamente y parece que en breve sus exigencias serán atendidas por escrito por el de Borgoña y la reina. Dios sabe cuáles serán las condiciones. Pero toda Francia sabrá, monseñor, que aquellos que quieran luchar en pro de la legitimidad pueden acogerse a las banderas de Orléans. En este sentido, creo que resulta muy favorable que el delfín se encuentre en nuestras filas…

—¡Basta, señor Cousinot! —Waterton hace un ademán furioso, dirigiéndose a la puerta para abrirla—. La entrevista ha terminado. Dudo que se os conceda una nueva oportunidad de hablar con monseñor.

De este modo le ocasionáis más daño que beneficio. No es culpa mía si no habéis alcanzado a concluir vuestras conversaciones de negocios.

El prisionero también se ha levantado. Se despide de su canciller tendiéndole la mano.

—Cousinot, éstas son mis órdenes para mis hermanos, mis capitanes y funcionarios, y para todos mis aliados, vasallos y partidarios: es mi deseo que, a partir de ahora, se sometan por entero a la autoridad de monseñor el delfín y su Consejo. Si os he comprendido bien, Cousinot, nuestro partido se ha convertido en el partido del delfín y de Francia.

No puedo sino pedirle a Dios que asista a monseñor de Viennois y a los nuestros en la tarea de preservar el honor del reino, y que Él les indique el camino para salir de esta selva. Encareced a mis hermanos que ante todo sirvan los intereses del delfín. Si ello significa que se demore mi liberación, que sea lo que Dios quiera. Enviad esto a mi mujer, si tenéis ocasión.

Waterton toma la hoja de vitela firmemente enrollada del prisionero y examina rápida y recelosamente el texto; al ver que sólo contiene versos, se encoge de hombros y le tiende el rollo a Cousinot.

—Comunicadle que me encuentro sano —prosigue el joven—. No tengo más que decir. Que Dios os acompañe, Cousinot; os agradezco infinitamente vuestra dedicación y leales servicios. Puede que volvamos a vernos, o puede que no.

El canciller se postra de hinojos delante de su señor y le saluda con el mayor respeto y ceremonia. Le invade una repentina certeza de que no volverá a ver al duque. Quisiera decir algo, expresar de alguna manera el afecto que profesa a su joven señor, y que ha ido creciendo en él desde aquellos días en que servía a la señora de Orléans y a sus hijos.

En ese instante recuerda la reunión de París, en la que el abad de Sérizy

pronunció su alegato en favor del difunto duque de Orléans; es como si viera de nuevo a Valentina, sentada en medio de los cortesanos hostiles, con su hijo mayor a su derecha, y de nuevo recuerda las palabras que murmuró al contemplar a aquel mozalbete de semblante serio vestido de luto: Son ciertamente unos hombros muy jóvenes los que han de soportar la carga de semejante herencia; temo que monseñor sucumba bajo su peso. No puede sino rendirse a la evidencia de que, efectivamente, su señor ha sucumbido bajo dicho peso; busca palabras para manifestar el apego que, a pesar de todo, tiene a este joven, quien al menos ha demostrado poseer una dignidad fuera de lo común para su edad.

—Monseñor, perdonadme si en alguna ocasión hubiera llegado a dudar de lo acertado de vuestro juicio y de vuestro proceder. A menudo, en mis reflexiones, me mostré reacio a vuestras propuestas.

Waterton, que ya se encuentra apostado junto a la puerta, chasquea los dedos. El prisionero hace que su visitante se levante y él mismo lo acompaña varios pasos hacia la puerta.

—Sé lo que queréis decir, Cousinot —dice; esboza una leve sonrisa de amargura, mientras le tiemblan las aletas de la nariz—. No tenéis por qué disculparos. Nos han tocado vivir tiempos duros y procelosos, que requieren grandes hombres y jefes experimentados. Desgraciadamente no soy ni lo uno ni lo otro, Cousinot. No soy más que una persona de buena voluntad, pero el juego político me sobrepasa. No me es dado ganar con malos naipes. Marchaos ahora, querido amigo, y que Dios os proteja, a vos y a Francia… ¡Acordaos de mi hermano el de Angulema! —aún acierta a gritar, antes de que se cierre la pesada puerta tras Waterton y Cousinot. En la semipenumbra del rellano ve por última vez el rostro del canciller al marcharse. Levanta la mano, en un saludo. Luego vuelve a estar solo.

Je fu en fleur ou temps passé d’enfance,
Et puis aprés devins fruit en jeunesse;
Lors m’abaty de l'arbre de Plaisance,
Vert et non meur, Folie, ma maistresse.
Et pour cela, Raison qui tout redresse
A son plaisir, sans tort ou mesprison,
M'a bon droit, par sa tresgrant sagesse,
Mis pour meurir ou feurre de prison.

En ce j’ay fait longue continuance,
Sons estre mis a l’essor de Largesse;
J’en suy contant et tiens que, sans doubtance,
C’est pour le mieulx, combien que par peresse
Deviens fletry et tire vers vieillesse.
Assez estaint est en moy le tison

De sot desir, puis qu'ay esté en presse
Mis pour meurir ou feurre de prison.

Dieu nous doint paix, car c'est ma desirance!
Adonc seray en l'eaue de Liesse
Tost refreschi, et au souleil de France
Bien nettié du moisy de Trislesse;
J'attens Bon Temps, endurant en humblesse.
Car j'ay espoir que Dieu ma guerison
Ordonnera; pour ce, m'a sa haultesse
Mis pour meurir ou feurre de prison.

Fruit suis d'yver qui a meins de tendresse
Que fruil d'esté; si suis en garnison,
Pour amolir ma trop verde duresse,
Mis pour meurir ou feurre de prison.[13]

Reina un silencio absoluto en la estancia en lo alto del torreón de Pontefract. Nunca fue este silencio tan difícil de soportar como en los días que siguen a la visita de Cousinot. De nuevo le ha invadido la desazón al solitario habitante, los libros ya no le proporcionan distracción, el cincelar versos ya no le supone una evasión, por más que, con los pensamientos y poemas que dedica a Bonne, pugna por recobrar la disposición de ánimo que, antes de la visita del canciller, le hacía estar casi contento. Su anhelo era el anhelo amoroso; su pesar, primordialmente, dolor ante la felicidad tan efímera y temor de no poder volver a revivirla. Pero pese a las remembranzas agridulces, pese a la melancolía y a las rachas de violenta desesperación, jamás la existencia se le había antojado insoportable. Transcurrían sus días como si estuviera sumergido en aguas tranquilas; todo lo que agitaba su corazón se convertía sin esfuerzo en canción, y, pese a tanta amargura, podía experimentar una vaga sensación de complacencia.

Ahora, sin embargo, no consigue volver a hallar esa calma beatífica, esa indiferencia hacia el mundo y sus agitaciones. Piensa continuamente en las palabras de Cousinot. Le atormenta la preocupación, la preocupación por Bonne y por su suerte, la suerte de una mujer empobrecida que ha de refugiarse en un convento; la preocupación por Felipe y Dunois, que han de enfrentarse a la triple tarea, nada fácil, de defender su herencia, reunir el importe de rescates y cumplir sus obligaciones feudales; la preocupación por las pequeñas niñas indefensas en Blois; la preocupación por Francia, desgarrada y saqueada. Desde su niñez ha cumplido escrupulosa y puntualmente sus obligaciones religiosas, sin parar mientes en el sentido de la oración y el ritual. A las numerosas ceremonias y solemnidades que, año tras año, ocupaban un lugar preeminente en la vida de los duques de Orléans, asistió lleno de respeto y

algo aturdido por el efecto del resplandor de las velas, el olor a incienso, los cánticos religiosos y los destellos del oro y los colores en un ánimo tan sensible a la belleza como es el suyo. Aunque conoce la concentración de la oración, y la emoción que produce la palabra de Nuestro Señor, sólo en el presente periodo de su cautiverio toma plena conciencia del sufrimiento de Dios, que hasta entonces ha sido para él una noción aceptada como algo evidente, pero no una vivencia. Aquí también, en la habitación de Pontefract, contempla en sus oraciones, por la mañana, al mediodía y por la noche, la imagen del crucificado, colocada sobre la mesa ante un tríptico de madera pintada. Por primera vez, experimenta hasta lo más profundo de su corazón el sentido de esa figura clavada en el madero; los miembros descarnados y heridos, tallados con gran verismo en el marfil, se contraen en la cruz no sólo por el dolor físico. El prisionero levanta sus ojos y ve en el crucifijo los muertos de los campos de batalla, los habitantes torturados de Soissons, Saint-Denis y todas las demás ciudades ocupadas y asoladas por gente de armas, ve los cuerpos yertos de las víctimas de las guerras civiles, los niños muertos y las mujeres maltratadas; ve, por último, la imagen de los horrores que conoce de oídas: los fosos secos de la ciudad sitiada de Ruán, en los que se apretujan semidesnudos mujeres, niños y ancianos, tras haber sido expulsados de la ciudad por la guarnición muerta de hambre, para ser luego empujados de nuevo hasta allí por los asediadores, y condenados a pudrirse como despojos.

Los emblemas de la lírica cortesana se desvanecen por unos instantes; el sentimiento que lo domina ahora, no puede expresarlo en el lenguaje elegante y nostálgico de las coplas que ha dedicado hasta entonces a Bonne y al amor. El dominio de sí mismo, cultivado con tanto esmero y perseguido con tanto afán, le abandona, igual que en el momento de la muerte de su madre, del saqueo de Saint-Denis y de los asesinatos de Soissons, y durante la lucha desesperada en el campo de batalla de Azincourt. Se pasea inquieto de un lado a otro, mientras miles de proyectos, miles de pensamientos cruzan su atormentada mente.

Quiere evadirse, librarse a costa de lo que sea de la opresión de esos muros de piedra a su alrededor. Quiere huir, y emplear su buen criterio sentido de la responsabilidad recién adquiridos al servicio de su país, de su indefenso rey y del inexperto delfín.

Pero la puerta reforzada con herrajes permanece inexorablemente cerrada, los barrotes delante de la ventana no ceden, y los centinelas bien armados que no entienden el francés se relevan en el pequeño descansillo frente a su puerta. De cuando en cuando vienen su ayuda de cámara, Waterton o un oficial de la guardia; y luego, invariablemente, el viento, los ratones tras el entarimado, la lluvia y los ruidos indefinidos que suelen percibirse entre los viejos muros. Sabe que en este mismo castillo de Pontefract, veinte años antes, murió el rey Ricardo de muerte repentina y misteriosa. ¿Cómo? ¿Dónde? Conoce los rumores que circularon en su momento; ahora que reina Enrique, hijo del usurpador, nadie se atreve a desempolvar estas

historias, pero el recuerdo permanece vivo en Pontefract y sus alrededores.

Súbitamente le vienen a la memoria unas palabras que escuchó de niño; oye la voz apagada de su padre que habla de un confinamiento solitario en la oscuridad, de inanición, de cadenas inhumanamente pesadas. Pontefract… Pontefract… Esta palabra resonó en alguna ocasión en la mesa ducal de Asniéres y Beaumont, en el silencio del dormitorio de doña Valentina. Una palabra como cualquier otra, que, para el niño que la escuchó por casualidad, aún no estaba cargada de amenaza. El prisionero piensa ahora en su regio predecesor; ¿habrá sido aquí, en este mismo lugar, donde el rey Ricardo, aherrojado, aguardó su final? ¿El mismo rey Ricardo que conoce por las historias de su primera mujer, Isabela: un hombre que hacía ejecutar sin compasión a los grandes del reino que se mostraban contumaces, pero que se despidió con besos y lágrimas cuando marchó a la guerra? Inquieto, se revuelve en la cama. ¿Acontecerá con él lo mismo que con el rey Ricardo hace tiempo? ¿Le aguardan también a él la oscuridad, el hambre y la sed, tal vez el puñal traicionero de un asesino, o comida envenenada? ¿Acaso no sabe el rey Enrique tan bien como él mismo que puede transcurrir mucho tiempo antes de que se logre reunir el rescate? ¿Soltaría el inglés a su prisionero, incluso si se le ofreciera ahora mismo la totalidad del importe?

Transcurren las semanas en tristeza e incertidumbre. Luego, sin embargo, se evidencia un cambio repentino; *sir* Robert Waterton, quien hasta entonces se ha limitado a visitar al prisionero para interesarse formulariamente por su bienestar y por los deseos que estén dentro de los límites de lo realizable, y para controlarlo, el mismo *sir* Robert Waterton aparece cierta tarde —y pronto todas las tardes— para una visita bastante prolongada. Al principio le cuesta ostensiblemente renunciar a su rígida actitud de guardián, a su irascibilidad, severidad y laconismo, para mostrarse de pronto cortés y locuaz. En estas ocasiones ya no se presenta vestido de armadura y sobrevesta, como acostumbraba, sino de cortesano. Sus abigarradas vestiduras le hacen parecer aún más grueso y fornido; es evidente que él tampoco se siente a gusto vestido con su larga túnica y su capirote de faldas dentadas, todo ello completamente nuevo y confeccionado según la última moda francesa. Aún sigue llevando largos sus cabellos cobrizos. Entra en la habitación del prisionero con el entrecejo fruncido y una sonrisa forzada. Dos criados pertenecientes a su servidumbre traen bandejas con fruta, vino y dulces, colocándolas sobre la mesa.

El joven, que se encontraba leyendo en su pupitre, contempla la escena arqueando las cejas. Finalmente acepta la invitación de Waterton de sentarse junto a él; el caballero ha abandonado su actitud reservada. Ya no se comporta como un guardián, sino como un anfitrión frente a un huésped de alcurnia. La conversación de ambos hombres versa sobre el tiempo, sobre la caza, los caballos y perros, las armas y —de pasada, fugazmente— sobre los libros: a Waterton no le gusta la lectura; beben juntos, e incluso acaban sacando un tablero de ajedrez. El caballero juega de acuerdo con su manera de ser: con cierta rudeza y precipitación, sin astucia ni premeditación.

El prisionero, desde pequeño un jugador avezado, le gana una partida tras otra sin esfuerzo. Esta escena se repite durante bastante tiempo; Waterton visita al joven de continuo. Charlan, beben y juegan, el caballero con cierta forzada jovialidad, el duque con un recelo apenas disimulado tras su comportamiento cortés. No hablan de política, si bien en más de una ocasión las conversaciones parecen derivar en tal dirección. Es precisamente el afán de Waterton por evitar estos temas lo que levanta las sospechas del prisionero. Cuando al cabo de varias semanas el caballero lo ha visitado casi a diario, pasando en su compañía las últimas horas de la tarde, a Carlos le consta con certeza que dichas visitas apuntan a un objetivo determinado, y que el vino y las conversaciones de hombre a hombre han de allanar el camino…, pero, ¿hacia qué? Carlos mantiene una actitud de espera; de tiempo en tiempo observa atentamente a su guardián, intentando adivinar las intenciones de éste tras la mirada de sus ojillos verdosos, que en ocasiones contemplan las piezas del ajedrez con desesperación casi infantil. Un día, por fin, Waterton comienza a hablar, en un tono tan forzadamente indiferente que no puede ser sincero, de las acciones bélicas en Francia. Enumera una lista terriblemente larga de nombres: las ciudades de Normandía y Picardía que han sido ocupadas por los ingleses, algunas tras un asedio, las más, sin embargo, tras una rendición voluntaria de sus habitantes.

—La población sabe que el rey Enrique no tolera el pillaje, sus soldados son disciplinados —dice Waterton—. Las gentes pueden seguir cultivando sus tierras y comerciando. Pronto se convencerán de que el gobierno del rey Enrique sólo les reporta seguridad y beneficios.

Carlos no responde; se limita a girar su copa de plata entre los dedos índice y pulgar. Waterton prosigue:

—Además, es inútil que las ciudades opongan resistencia. Tarde o temprano habrán de deponer las armas, puesto que nadie acude en su ayuda, ni de parte del gobierno ni en nombre del delfín y de vuestro…, perdón, de su partido. Dudo mucho, por otra parte, de que la llegada de ejércitos de auxilio pueda frenar el avance del rey Enrique. Nuestras tropas están perfectamente adiestradas y nuestros métodos de combate son distintos y mejores que aquéllos a los que aún se aferran en el continente. En los últimos cien años ha quedado bien claro que las tácticas guerreras han cambiado, monseñor. Es opinión corriente entre nosotros que los tiempos en que se libraban las batallas en un lugar determinado, conforme a reglas estipuladas de antemano, han pasado a la historia. ¡Una guerra no es un torneo! La rapidez y la eficacia, tanto en la estrategia como en los pertrechos, son mucho más valiosas que vistosos despliegues de armamento. Nos sigue asombrando que en Francia no vean esto o no quieran verlo. En el asedio de Ruán, por ejemplo, las gentes aparecieron sobre las murallas con sus sempiternas catapultas y toneladas de pez, métodos que sólo están calculados para distancias cortas y para ataques que se desarrollan a ras de suelo. Pero el rey Enrique quiere acabar con la anticuada costumbre de asaltar literalmente las fortalezas. ¿Aún no os habéis enterado de su nuevo método? Se sirve

de lo que nosotros denominamos trincheras; en ellas, los soldados están protegidos contra los proyectiles. Tras esas trincheras nosotros disponemos nuestra artillería, compuesta de cañones y de grandes máquinas de guerra; es curioso que vuestros compatriotas no recurran más a estos artefactos.

—Posiblemente nuestros guerreros a estas alturas ya habrán aprendido la lección que les ha dado el rey Enrique con sus conquistas —contesta Carlos con una leve sonrisa irónica—. Difícilmente podrán cerrar los ojos a las ventajas que reportan vuestras tácticas guerreras. Ya sabéis que son los maestros más severos los que suelen tener los alumnos más aplicados.

—Hum. —Waterton mira rápidamente de soslayo a su compañero de mesa—. ¿Creéis entonces, monseñor, que pronto Francia opondrá una resistencia organizada? ¿Acaso estáis mejor enterado que yo de la situación en vuestro país?

Hay algo en el tono del caballero que hace levantar la vista al prisionero.

—Creía que el rey Enrique estaba a punto de concluir acuerdos con aquellos que, según él, representan a la corona de Francia —dice sin inmutarse, pero sus ojos castaños se han tornado repentinamente penetrantes y vigilantes. En la mirada del inglés ve recelo y curiosidad, aunque también cierta ansiedad. A partir de ese momento, la conversación en la que ambos hombres han intentado sonsacarse mutuamente toma un giro decisivo. Si bien Waterton no admite nada abiertamente, ni cita el menor dato, Carlos comprende lo que está sucediendo allá en Francia. Las negociaciones entre el rey Enrique y el gobierno francés se han estancado: ha surgido alguna dificultad imprevista, ¿pero cuál? Waterton no parece tener inconveniente en dejar entrever quién es el causante de los problemas, y pronto el joven sabe cómo ha de interpretar las palabras de su guardián: a cambio de acceder a los deseos del rey Enrique, el duque de Borgoña plantea determinadas exigencias que al rey le parecen excesivas y, además, demasiado arriesgadas para su propia persona. Si Francia no se rinde por las buenas, habrá que conquistarla por la fuerza, pero esto sólo es posible si el de Borgoña permanece neutral. Si éste, por el contrario, cambia la neutralidad por una actitud hostil, el rey Enrique necesitará la ayuda de otro partido francés para poder sostenerse.

Gradualmente el prisionero logra averiguar la verdad a través de las palabras de Waterton: para mayor seguridad, el de Borgoña busca el acercamiento al delfín. Puede hacerlo, ahora que el partido de éste ya no lleva el sello de Orléans ni de Armañac. Carlos comprende ahora también cuál es el objetivo del rey Enrique; como quiera que éste no tiene seguridad en lo que se refiere a las consecuencias de las tentativas del de Borgoña, se dirige nuevamente a la única persona que, en caso de prestar su plena colaboración, podría ejercer su influencia sobre la decisión del delfín: el duque de Orléans.

Aún es más lo que consigue averiguar el prisionero durante estas conversaciones. Waterton muestra continuamente un interés inusitado por los breves contactos que mantuvo monseñor con aquel que se pretende rey de Escocia.

—No ignoramos que Vuestra Merced solía conversar por señas con Jacobo durante los últimos meses de su estancia en la Torre.

—Sí, ya lo comprendí al ver que el rey de Escocia era transferido a Windsor —contesta el prisionero con una sonrisa—. Lo lamenté mucho.

Así no tuve ocasión de devolverle el libro que tuvo la gentileza de prestarme.

La mirada de Waterton se posa en la mesa en la que se encuentran los libros y manuscritos. El joven llama a su sirviente, quien está apostado en la puerta junto a los dos criados de Waterton, dispuestos a servir a los caballeros en cuanto éstos deseen algo.

—Traedme el libro del rey de Escocia.

Waterton frunce el entrecejo con desconfianza al serle entregada la Consolación de la Filosofía de Boecio. El prisionero pasa la hoja de la portada para señalarle los cinco o seis renglones escritos por el rey de su puño y letra.

—Hacedme un favor, *sir* Waterton, y decidme qué pone ahí. —El caballero se inclina rápidamente sobre el texto; su avidez hace sospechar al prisionero que también la efímera amistad entre dos príncipes exiliados ha levantado sospechas. Tras haber murmurado a media voz durante varios instantes, Waterton levanta la vista.

—Es un poema —dice, hosco, aunque no sin una chispa de delectación en sus ojillos verdosos.

—Ya me lo imaginaba. Tened la bondad de traducírmelo, señor. Ya sabéis que yo también peco de versificador.

Waterton se atusa las barbas; finalmente se encoge de hombros y, accediendo a la petición, lee en voz alta, en su francés torpe y vacilante:

—Venid, todos vosotros, que deseáis saludar esta mañana del mes de mayo… Ha llegado para vosotros la hora de la dicha… Cantad conmigo: ¡Marchaos invierno, desapareced! ¡Venid, verano, dulce estación soleada!

—Vaya, vaya. —El prisionero sonríe—. Son unos versos muy hermosos. Mereció la pena esperar durante dos años para escuchar este mensaje.

—¿Qué queréis decir con eso? —pregunta Waterton, suspicaz, mientras cierra el libro de golpe—. ¿Acaso esas palabras tienen para vos un segundo sentido, que sólo conocéis vos y Jacobo de Escocia?

El joven arquea las cejas, mientras se borra de su rostro la sonrisa.

—Ahora comprendo lo que pretendíais, *sir* Waterton. Mucho me temo que esta vez llevabais un camino errado; no he tenido el placer de intercambiar correspondencia con el rey Jacobo, y por señas resulta imposible discutir de política.

—¿El rey Jacobo? —pregunta Waterton, mirándolo de reojo. Suspira: la misión que le ha encomendado el rey Enrique dista mucho de ser fácil. Luchar, organizar, vigilar fortalezas, ejercer el control, todas éstas son tareas que Waterton sabe desempeñar con eficacia. Pero esta labor de tantear el terreno cuidadosamente so capa de conversaciones corteses, estas escaramuzas diplomáticas le desagradan. El otro no se expone. Waterton lo ha sabido desde el principio. En sus informes suele describir

al prisionero como una persona cortés, circunspecta, dócil y, en apariencia, resignada: un carácter completamente impenetrable del cual se puede esperar cualquier cosa. Tras sus conversaciones, le comunica al rey el resultado extremadamente pobre de las mismas:

Monseñor no da a conocer opinión alguna, por lo que es imposible saber si, pese a todas las precauciones está o ha estado en contacto con el delfín de Francia o el pretendiente a la corona de Escocia.

No parece estar al corriente de los disturbios nacionalistas en Escocia. Suele conducirse con tranquilidad como de costumbre, dedicándose a leer, escribir y mirar por la ventana durante horas. Cuando conversamos, se comporta como si no comprendiera las intenciones de Vuestra Majestad.

La respuesta del rey Enrique entraña una nueva misión para Waterton.

Ganad su confianza. Dadle más libertad, invitadle a vuestra casa.

Hacedle comprender que para él es de la máxima importancia concluir un acuerdo con Nos.

Carlos de Orléans caminaba lentamente de un extremo al otro del huerto de Pontefract; si bien estos paseos le habían sido autorizados hacía ya bastante tiempo, le seguía sorprendiendo una y otra vez la frescura y fragancia de aquel aire saludable. Apenas conseguía imaginar que otrora había disfrutado sin restricciones de este placer. En aquel entonces siempre se hallaba demasiado absorto y apesadumbrado por las preocupaciones como para percatarse de los cambios de estación; sólo de modo incidental había apreciado la belleza de las hojas y flores, así como la delicia que supone el respirar profundamente el olor a tierra y a verde, y el volver el rostro al sol.

No se encontraba solo; a su lado caminaba la mujer de Robert Waterton, recogiéndose cuidadosamente el vestido, para que la hierba húmeda por el rocío no le mojara el borde. Los hijos de Waterton, dos niños y una niña pequeña, corrían delante de los adultos, saltando, retozando y gritando, llenos de vitalidad. Los árboles estaban cargados de grandes manzanas, peras y ciruelas, aún sin madurar; el perfume amargo de la fruta verde llenaba el aire. El huerto era grande y estaba bien cuidado, pero se apreciaba claramente que la tierra de aquella región era pobre: la hierba no crecía y los manzanos no alcanzaban gran altura.

El jardín se hallaba junto a la muralla, al socaire de Pontefract, aún aquende el foso; por este lado, los altos muros del castillo estaban recubiertos de vid silvestre. Al borde del agua, *lady* Waterton tenía un jardín de flores, donde crecían rosas silvestres y dedaleras. Carlos recordaba los magníficos jardines de Saint-Pol y Vincennes, lo que no le impedía alabar los macizos de la señora de Pontefract; era evidente que les había dedicado mucho amor y cuidados, y que se enorgullecía del resultado. Era una mujer aún joven, no mucho mayor que el propio Carlos; tenía ojos azul claro y mejillas lozanas, y los mechones que le sobresalían por debajo de la toca eran negros

como el azabache. Aquellos cabellos, aquella sonrisa fácil e infantil, y algo en su manera de andar, le recordaban continuamente a Bonne.

Cuando vio a *lady* Waterton por primera vez, se percató, con sorpresa y también con cierto dolor, de aquel parecido; no conseguía apartar la vista de ella. A veces, cuando caminaba a su lado sin mirarla, casi le parecía como si fuera Bonne en persona. Observaba sus gráciles movimientos y el brillo de sus mechones negros: entonces le invadía un ardiente deseo, y tenía que reprimirse violentamente para no extender los brazos y comprobar si al tocarla y besarla subsistiría la ilusión. Pero en cuanto la oía hablar, con su voz aguda y tímida, en su francés dificultoso y sus frases algo forzadas, volvía a la realidad. Ella era una extraña: sus ojos claros pero carentes de profundidad y su boca de labios finos y pequeños lo demostraban a las claras. Waterton, quien generalmente estaba muy ocupado por las mañanas y durante las primeras horas de la tarde, había encargado a su mujer que acompañara al prisionero de alcurnia durante sus paseos: con su presencia, así como la de los niños, sin duda el joven olvidaría un poco que, más allá del bajo muro del jardín y del huerto, se encontraba apostada la guardia. *Lady* Waterton, quien jamás había participado en la vida de corte y que era de carácter callado y tímido, inicialmente emprendió esta tarea con desgana, pero pronto hubo de reconocer que el cometido de entretener a monseñor era menos difícil de lo que había temido. El duque era joven, educado y discreto, y se llevaba bien con los niños. Su singular cortesía al principio la confundió: no estaba acostumbrada a tanto ceremonial. Pero la sencillez del duque ganó el pleito; poco a poco *lady* Waterton fue perdiendo su timidez y acabó charlando con él tan animadamente como con sus hijos y sus doncellas.

A Carlos le agradaban sus historias. Precisamente lo limitado de sus perspectivas y la relativa trivialidad de sus vivencias le proporcionaban la distracción que necesitaba. Ella le contaba lo que habían dicho y hecho sus hijos, le describía cómo un gato había intentado capturar a su pájaro, y cómo avanzaba el tejido que tenía en su telar. También le hacía innumerables preguntas: ¿era cierto que en la corte de Francia las mujeres llevaban vestidos con colas de hasta seis pies de largo y sombreros de dos varas de altura? ¿Era la reina Isabel de veras tan gruesa que había que conducirla a todas partes en un sillón de ruedas? ¿Era verdad lo que había oído decir: que en Paris había un mercado en el que se subastaban doncellas y criados?

Carlos, sonriendo, respondía afirmativamente a todas estas preguntas; cuán lejanos, cuán grotescos casi, parecían la vida de corte y el bullicio de las calles allá en Francia, vistos desde esta arboleda fresca y olorosa. Así transcurrían para él casi todos los días de buen tiempo en el huerto de Pontefract, en compañía de la familia de Waterton. Los niños lo querían mucho, aunque con ellos era difícil conversar. No sabían francés y cuando Carlos intentaba dirigirse a ellos en inglés, prorrumpían en carcajadas.

Si en alguna ocasión no estaban presentes los pequeños, el tiempo pasado en compañía de la joven esposa de Waterton cobraba un carácter distinto; pese a los

esfuerzos de ambos por seguir conversando de manera despreocupada y desenfadada, de cuando en cuando se hacía un silencio que los confundía. Bajo la fresca techumbre formada por los árboles del huerto o sentado en el banco de piedra del jardín de flores, Carlos se percató de algo que, en la soledad de su torreón, casi había olvidado: que era un hombre joven y sano. Su sangre no se apaciguaba tan rápidamente como su corazón, y su corazón, bien lo sabía Dios, seguía tan lleno de dolor y desasosiego como el primer día tras la batalla de Azincourt. Las formas simbólicas que habían poblado su mundo imaginario eran menos tentadoras que aquella mujer joven y lozana a su lado, que tanto se parecía a Bonne. En cierto modo era su añoranza de Bonne lo que le impulsaba hacia *lady* Waterton. Sabía muy bien que aquel sentimiento no era amor: el miedo al desencanto que sigue inexorablemente a la satisfacción del deseo, le impedía cortejarla en serio. Por otra parte, no era su intención agraviar a Waterton. Así y todo, era consciente del peligro que escondían aquellos encuentros; no se le escapaba que también la mujer de Waterton se esforzaba por agradarle. Ahora compartía a menudo las comidas con el caballero y su esposa; luego jugaban al ajedrez. En algunas ocasiones hablaban —más abiertamente ya— de política. Waterton apreciaba a su prisionero, aunque no lo admitiera. Una vez acostumbrado a los modales franceses de monseñor y a su extremado formalismo, tras todas aquellas pamplinas se vislumbraba una personalidad cordial y sincera, opinaba el caballero. El duque no era un señorito; al parecer se había defendido valerosamente en Azincourt, y no cabía duda de que era una persona juiciosa y que, ante la adversidad, sabía comportarse como un hombre. Waterton cumplía escrupulosamente la misión que le había sido encomendada: intentar ganarse al joven de Orléans para la causa del rey de Inglaterra; con gran asombro por su parte, comprobó que el hecho de no conseguirlo no le causaba disgusto ni pesar. Admiraba en secreto la tenacidad del prisionero; se requería un gran valor y dominio de sí para poder seguir oponiendo resistencia con tamaña firmeza durante los largos años de una reclusión solitaria, sin abrigar apenas esperanzas de ser liberado. A Waterton dicha resistencia en sí le parecía inútil —¿quién podía oponerse seriamente al creciente poderío del rey Enrique?—, pero tenía que admitir que la postura del de Orléans era digna de un caballero, por muy baldía que fuera. Percibía también el cambio operado en su mujer desde que acompañaba al prisionero en sus paseos; observaba que soñaba despierta encima de su costura o breviario, y que se sonrojaba absorta en sus pensamientos. Esto le llevó a vigilar al duque con gran atención, pero no vio motivo alguno para poner fin a aquella relación amistosa.

Waterton no era un hombre celoso; suponía, además, que su mujer conocía sus obligaciones y que el de Orléans era lo bastante juicioso para no meterse en un avispero. No obstante, permaneció alerta, tratando a su prisionero con la debida reserva.

—Éste será un buen año frutero —dijo *lady* Waterton, mientras de puntillas apartaba sonriente las ramas de un peral cargado de fruto—. Aquí no siempre tenemos seguridad en cuanto a la cosecha. Es ésta una región inhóspita, monseñor. Nuestros veranos rara vez son lo bastante calurosos y secos, y en cualquier estación el viento sigue siendo frío.

—De eso ya me he percatado, señora —repuso Carlos. Ella lo miró por encima del hombro.

—Vos jamás habéis estado más allá de aquellos cerros. Allí no hay sino terreno pantanoso y brezales, fríos e inhospitalarios, incluso en pleno verano. En Francia no existen regiones parecidas, ¿verdad?

En vuestro país todo son viñedos y campos verdes y extensos bosques.

Éste es un país solitario y tenebroso; los que aquí vivimos nos vemos privados de muchas cosas.

—Pontefract es una fortaleza real. Entonces, ¿estáis condenados a vivir aquí por causa mía? No puedo sino esperar que el rey Enrique ordene transferirme a regiones más meridionales, señora. De ese modo me sentiría menos culpable ante vuestros ojos.

—¿Creéis que es cierto lo que dicen, que nuestra sangre es menos caliente y que tenemos menos gracia y alegría que en otros países?

Carlos tomó la mano que ella le tendía y la condujo por debajo de la arquería de árboles frutales hasta el jardín de flores; tras el verdor de los groselleros se traslucía el brillo de las rosas. Los niños ya se encontraban arrodillados en la hierba junto al agua, y se dedicaban a arrojar piedrecitas y ramitas al foso.

—No soy yo el más apropiado para enjuiciar esa apreciación señora, pues he tenido poca ocasión de conocer lo que se entiende aquí por gracia y alegría. Pero es mi parecer que nuestra sangre no se rige por el viento o el frío o la soledad, sino más bien por la fuerza de nuestros sentimientos.

Lady Waterton suspiró; sus dedos se movían involuntariamente por la palma de la mano de Carlos. En cuanto se dio cuenta de ello, se sonrojó; lanzó una mirada rápida y confusa hacia sus hijos. En silencio se sentaron sobre el banco. El joven duque escudriñaba los lejanos cerros, que se mostraban de color parduzco a la luz matutina.

«Pantanos inhóspitos, vastos brezales», pensaba, «me han puesto aquí a buen recaudo en Ultima Thule. No podría escapar ni aunque me soltaran». Percibió en su costado el calor del brazo de *lady* Waterton; el banco era pequeño y estrecho, por lo que se veían obligados a aproximarse más de lo que permitía la cortesía. Ella permanecía inmóvil, mirando con los ojos castamente entornados la flor que llevaba en la mano, pero Carlos sabía que ella deseaba con todas sus fuerzas que él se diera cuenta de su cercanía. Se volvió hacia ella; veía la negra trenza de sus cabellos que le rozaba la lozana mejilla. También veía, bajo los blancos párpados y pestañas

temblorosas, su mirada tensa y expectante. Carlos, quien casi a diario era testigo de la actitud benévola, pero ruda e indiferente, de Waterton hacia su mujer, casi sintió lástima. «La compasión y el deseo juntos son buenos alcahuetes», pensó con ironía. Pese a su gesto cortés de disculpa, se levantó tan precipitadamente que la joven mujer soltó la flor, asustada. Acudieron los niños con la esperanza de que él los levantara en brazos y diera vueltas con ellos, como en otras ocasiones. Pero monseñor no estaba de humor para retozar; permanecía en silencio junto a los rosales.

Durante la comida, Waterton le anunció una nueva importante: se había enterado por fuente fidedigna que esta vez llevaban buen camino las deliberaciones entre el de Borgoña y el delfín. Se había concertado un encuentro en Montereau, a orillas del río Yonne, donde residía temporalmente el delfín.

—Según dicen, el delfín de Francia es un joven extremadamente asustadizo y cauteloso, y su Consejo lo componen casi exclusivamente simpatizantes de los *armañacs*, como sabéis. El antiguo preboste de Paris, el señor Tanneguy du Châtel, es su canciller. Si estos hombres cooperan en la preparación de dicha reunión, casi hay que dar por descontado que los partidos se unirán, y en este caso, seguramente contra el rey Enrique. —Waterton entorno los ojos, escrutando con atención al prisionero por entre sus pestañas rojizas.

—Son noticias importantes —dijo Carlos.

—¡Hum! Por mucho que sin duda os alegre oír que Francia presumiblemente oponga resistencia, ¿no os dais cuenta de las consecuencias que tendrá para vos semejante alianza? ¿Acaso consideráis tan probable que el de Borgoña contribuya a vuestra liberación o que el delfín haga algo por vos, mientras colabore con el de Borgoña?

—Estoy convencido de que se olvidarán de mí. —Carlos tomó varios sorbos de su copa, sonriendo con ironía—. Mientras monseñor el delfín y el duque de Borgoña sirvan idénticos intereses, harán bien en olvidar que yo también pertenezco a su partido.

—¡De modo que sois consciente de ello! —Waterton se movía en su asiento, con mirada cada vez más tensa—. ¿Comprendéis entonces que ya no podéis contar con ayuda de Francia y que redunda en vuestro propio interés el aceptar la mano que os tiende el rey Enrique? ¿Os hacéis cargo, por fin, de que no podéis sino salir ganando si reconocéis las exigencias inglesas?

—No me interpretéis mal. Considero que las noticias de Francia son sumamente favorables —dijo Carlos, inclinando levemente la cabeza hacia donde estaba Waterton—. Daré gracias a Dios si resulta ser cierto que ha terminado la guerra civil y la enemistad inveterada entre los vasallos del rey. Yo me consideraría feliz si mi libertad fuera el precio de la unidad del reino.

—¿No creéis que deberíais someter este asunto a reflexiones más detenidas, monseñor? —preguntó Waterton tras un breve silencio—. Comprenderéis que muy pronto me pedirán vuestra respuesta. ¿No sería preferible que cambiarais impresiones

al respecto con vuestro hermano, monseñor de Angulema? Tal vez su opinión difiera de la vuestra.

—Mi hermano piensa como yo. —Carlos sacudió la cabeza, al ver que el caballero se disponía a replicarle—. *Sir* Waterton, es inútil seguir hablando sobre estas cosas.

—Pero, ¡por san Jorge y Nuestra Señora! ¿Acaso os agrada tanto permanecer encerrado durante años y años? —Waterton descargó ambos puños sobre el tablero de la mesa, haciendo temblar las copas—. ¿Pensáis que ya habéis vivido lo bastante? ¿No deseáis emprender nada más?

—Bueno… —Los pálidos labios de Carlos esbozaron una sonrisa fugaz—. Para mí desgracia, soy de sangre real, señor. Me debo a mi rango, lo quiera o no. Nunca me preguntaron lo que me agradaba a mí personalmente. Como quiera que en realidad nunca pude prestar servicio alguno a mi patria cuando aún participaba plenamente de la vida, he de hacerme útil, mal que bien, ahora que estoy condenado a una existencia de paciente sufrimiento. Lo menos que se puede esperar de mí es la lealtad al partido que apoya a la realeza en mi patria.

—¿Incluso cuando ese partido no mueve un dedo por liberaros?

—Waterton resopló indignado y despectivo, y vació su copa de un trago.

—Señor, quisiera hablaros ahora de otras cosas. Para mí sería un gran honor si me permitierais que ofreciera a vuestra señora esposa y a vuestros hijos unos obsequios. —Carlos hizo un ademán, llamando a Chomery, quien se encontraba detrás de él; el sirviente extrajo una caja de su faltriquera y la colocó sobre la mesa, delante del joven—. Cuando aún estaba en Londres, me mandaron varias pequeñeces desde Blois —aclaró Carlos, mientras sacaba de su interior una copa dorada y tres cintos de plata repujada—. Me complacería mucho, señora, si quisierais aceptar estos objetos para vos y para vuestros hijos, como regalo mío.

Las mejillas de la joven mujer se tiñeron de un vivo carmín; hizo un movimiento como si quisiera extender la mano, pero al percatarse de que Waterton la miraba fijamente permaneció inmóvil en su asiento y bajó la vista. El caballero chasqueó los dedos; los camareros y el maestresala se retiraron hasta la puerta.

—Perdonad, monseñor —dijo Waterton secamente—, pero estos obsequios que ofrecéis a mi mujer son bastante valiosos. Tal vez sea costumbre en Francia, vuestra patria, pero aquí no somos tan espléndidos cuando no hay un motivo especial para ello.

—Lo hay —repuso el joven, mirando tranquilamente a Waterton—. Son regalos de despedida.

—Por lo que a mí me consta, no nos vais a abandonar.

—No, claro. —Carlos no dejaba de mirarlo fijamente—. Pero me temo que haya abusado con excesiva frecuencia y largueza del tiempo de vuestra esposa, *sir* Waterton. En mi alegría por gozar de su agradable compañía olvidé que ella tenía otras obligaciones más importantes que cumplir, además de pasearse por el huerto

con un personaje tan ocioso como soy yo en la actualidad. Tal vez sea yo también el culpable de que vuestros hijos pequeños falten a menudo a sus clases matinales. Me dispensasteis una merced por la que os estaré eternamente agradecido. Por ello, os pido como un favor especial, señor, que me permitáis entregar estos obsequios, como prenda de mi gratitud por tantas horas soleadas y despreocupadas.

—Hum. —Waterton carraspeó. No obstante, tomó la copa y los cintos que le ofrecía Carlos, y, tras contemplar admirativamente dichos objetos de valor, se los deslizó por encima del tablero de la mesa a su mujer, quien permanecía inmóvil en el asiento contiguo al suyo, con la mirada baja—. Puedes darle las gracias a monseñor, querida.

Lady Waterton musitó unas palabras; sus finos labios temblaban, y le costaba reprimir sus lágrimas de vergüenza y desencanto. Carlos, quien quería ahorrarle más sufrimientos, pidió a Waterton que le dispensara de la partida de ajedrez.

—Os conduciré de nuevo a vuestra habitación —dijo Waterton, levantándose. Seguido de los hombres armados, que nunca estaban muy lejos, ambos recorrieron los pasillos y salas de Pontefract, aquellos espacios vacíos de piedra, en su mayoría fríos y desprovistos de muebles. Carlos miraba a su guardián; aún no sabía cómo habría interpretado Waterton su comportamiento. El caballero permanecía callado; sólo cuando, llegados a la estancia del torreón, estaba a punto de despedirse, dijo secamente:

—No podéis estar sin realizar ejercicio físico. Comprendo que no os atraiga él pasearos entre los árboles frutales de allá abajo. Os puedo ofrecer un buen caballo. Hacedme el favor de cabalgar conmigo a diario, monseñor. Cuando llegue el otoño también podremos ir de caza: hay aves en los pantanos. No me importan las órdenes del rey —añadió con deliberada rudeza, al ver que Carlos hacia un ademán de sorpresa—. Lo haremos bajo mi responsabilidad. Buenas noches, monseñor.

De una resolución del Consejo, de diciembre de 1419:

> *… que el caballero Robert Waterton sea destituido de su cargo; que a partir de este momento se confíe la guardia de Carlos, duque de Orléans, al caballero Thomas Burton.*

En la forest de Longue Actente
Chevauchant par divers sentiers
M'en voys, ceste année presente,
Ou voyage de Desiriers.
Devant sont allez mes fourriers
Pour appareiller mon logis
En la cité de Destinée;

Et pour mon coeur et moy ont pris
L'ostellerie de Pensée.

Je mayne des chevaux quarente
Et autant pour mes officiers,
Voire, par Dieu, plus de soixante,
Sans les bagaiges et sommiers.
Loger nous fauldra par quartiers,
Si les hostelz sont trop petits;
Toutesfoiz, pour une vespree,
En gré prendray, soit mieulx ou pis,
L'ostellerie de Pensée.
Prince, vray Dieu de paradis,
Votre grace me soit donnee,
Telle que treuve, a mon devis,
L'ostellerie de Pensée.[14]

Se descorrieron los cerrojos y la llave chirrió en la inmensa cerradura.

Carlos de Orléans, que se encontraba de pie delante del pupitre, de espaldas a la puerta cerró su libro; ya sabía quién entraba en la estancia.

Thomas Burton solía venir envuelto en un olor a caballos y a aire libre; siempre iba vestido de cuero y mallas, como distintivo de su cargo militar.

Tras un breve saludo, dijo, desenrollando una gran hoja de pergamino:

—Monseñor, tened la bondad de escuchar la noticia que he recibido de Londres. El rey me encarga que os informe acerca del tratado concluido con él por el rey de Francia en Troyes, el día veintiuno de mayo del presente año.

—No faltaba más, señor. —Carlos se sentó en el banco junto a la mesa, clavando su mirada en el cuadrángulo iluminado de la ventana. Thomas Burton carraspeó, se sujetó los guantes bajo la axila para poder sostener libremente el pergamino y comenzó a leer con voz seca y fría:

—Nos, Carlos, rey de Francia por la gracia de Dios, hemos acordado y decidido:

»Que con miras al próximo matrimonio de Nuestro muy querido Hijo Enrique rey de Inglaterra heredero y regente de Francia, y Nuestra muy querida Hija Catalina, nuestros súbditos y los de Nuestro mencionado Hijo podrán relacionarse y comerciar libremente y en paz unos con otros, tanto aquende como allende el mar.

»Que, tras Nuestro óbito, serán transferidos inmediata y definitivamente la corona y el dominio de Francia, con todos los derechos y privilegios inherentes a ellos, a Nuestro Hijo el dicho rey Enrique y a sus herederos.

»Que, como quiera que Nuestro estado de salud Nos impide casi de continuo ejercer el gobierno durante el tiempo que Nos reste de vida el poder real lo ejercerá Nuestro Hijo Enrique mencionado anteriormente.

»Que Nuestro mencionado Hijo trabajará con todas sus fuerzas para someter de nuevo a nuestra obediencia a todas las ciudades, pueblos, fortalezas, regiones y súbditos de Nuestro reino que ahora se muestran rebeldes y contumaces, optando por el partido que suele denominarse comúnmente: el partido del Delfín y de Armañac.

»Que, habida cuenta de los delitos y transgresiones cometidos en Nuestro reino por aquel que se denomina a sí mismo Carlos, delfín, Nos declaramos que Nos ni Nuestro mencionado Hijo ni tampoco Nuestro dilecto Sobrino Felipe, duque de Borgoña, negociaremos en modo alguno con el dicho Carlos».

—Un momento, señor —díjole Carlos, alzando la mano—. Tal vez podáis aclararme aquí una duda. ¿Cómo es posible que aquellos que han redactado este tratado hayan pasado por alto los legítimos derechos de monseñor el delfín?

—¿Legítimos? —Burton bajó la hoja, mirando con frialdad al prisionero—. Aquel que actualmente se denomina a sí mismo delfín no tiene ningún derecho legítimo al trono de Francia, monseñor.

—Explicadme eso, por favor. —Carlos sentía cómo comenzaba a perder los estribos—. Monseñor el delfín es el único hijo varón del rey que queda con vida.

Burton se encogió de hombros.

—Es precisamente en este punto donde ha surgido la duda —repuso con indiferencia, volviendo a enrollar el pergamino—. Es más, se ha demostrado que ese joven no es hijo del rey.

Carlos se levantó.

—¿Y quién se atreve a hacer tamaña afirmación?

—La propia reina Isabel —respondió el caballero, arqueando las cejas, como dando a entender que todo aquel asunto le parecía extremadamente embarazoso—. Nadie mejor que ella puede saberlo.

Reinó un prolongado silencio en la estancia. El prisionero se dirigió hacia la ventana y miró al exterior; Burton permanecía en el mismo sitio, y se golpeaba impaciente la palma de la mano con el rollo de pergamino.

—Creía haber visto y oído muchas cosas repugnantes a lo largo de mi vida —habló Carlos por fin, sin volverse—. Pero ésta es, sin lugar a dudas, la peor de todas. Jamás hubiera imaginado que una madre pudiera traicionar a un hijo de semejante manera, ni que una esposa pudiera ofender tan profundamente a su marido. ¿Y acaso la reina tuvo a bien revelar el nombre de la persona en quién recae el honor de la paternidad del bastardo de Francia?

—No fue preciso que Su Majestad hiciera tal cosa —contestó Burton, con aparente indiferencia, en aquel tono frío y desapasionado que solía emplear siempre que conversaba con su prisionero—. Es un hecho conocido que el año del nacimiento del supuesto delfín marcó el inicio de la amistad notoria entre la reina de Francia y vuestro difunto padre.

Carlos notó cómo un escalofrío le recorría la espalda; apretó los puños sobre la repisa de la ventana. En su fuero interno, Burton había esperado una reacción

asustada o furibunda; era muy consciente de que no hubiera podido herir más profundamente a su prisionero sino, precisamente, con aquellas palabras. El inglés titubeó. Era casi inimaginable que un hombre de honor escuchara imperturbable semejante ofensa. Pero la persona que se encontraba delante de la ventana no se movía ni profería palabra alguna. Burton adoptó una postura envarada y dijo:

—Sólo me resta la obligación de comunicaros que el duque de Borgoña fue asesinado el día veintiséis de agosto en Montereau.

France, jadis on te souloit nommer,
En tous pays, le trésor de noblesse,
Car un chascun povoit en toy trouver
Bonté, honneur, loyauté, gentillesse,
Clergie, sens, courtoisie, processe;
Tous estrangiers aimoient te suir,
Et maintenant voy, dont j'ai desplaisance,
Qu'il te convient maint grief mal soustenir,
Trescrestien, franc royaume de France!

Scez tu dont vient ton mal, à vrai parler?
Congnois tu point pourquoy es en tristesse?
Conter le vueil, pour vers toy m'acquiter,
Ecoutes moy et tu feras sagesse.
Ton grand ourgueil, glotonnie, paresse.
Couvoitise, sans justice tenir,
Et luxure, dont as eu abondance,
Ont pourchacié vers Dieu de te punir,
Trescrestien, franc royaume de France!

Dieu a les bras ouvers pour t'acoler,
Prest d'oublier ta vie pacheresse;
Requier pardon, bien te vendra aider
Notre Dame, la trespuissant princesse,
Qui est ton cry, et que tiens pour maistresse;
Les sains aussi te vendront secourir,
Desquelz les corps font en toy demourance.
Ne vueilles plus en ton pechié dormir,
Trescrestien, franc royaume de France!

Et je, Charles duc d'Orléans, rimer
Voulu ces vers, ou temps de ma jeunesse,
Devant chascun les vueil bien advouer,
Car prisonnier les fis, je le confesse;
Priant a Dieu, qu'avant qu'aye vieillesse,

Le temps de paix partout puist avenir,
Comme de coeur j'en ay la desirance,
Et que voye tous tes maulx brief finir,
Trescrestien, franc royaume de France![15]

En la primavera del año 1421, Carlos recibió la visita de uno de sus escribientes de Blois. Apenas conocía al hombre; le sorprendió que no le hubieran enviado a su secretario, el de Tuilléres, o a Denisot, el primer escribiente de su cancillería. Aquel nuevo emisario era un monje viejo e insignificante, que miraba indefenso a su alrededor mientras lo registraban los soldados de la guardia. Con gran asombro de Carlos, había traído con él un perrillo peludo, que se coló husmeante por la puerta abierta de la habitación del prisionero aun antes de que la guardia hubiera terminado su labor. Carlos intentó acariciar al animal, pero éste se escapó de un salto.

—No se deja acariciar por nadie, si no es con mi consentimiento, monseñor —dijo el escribiente, haciendo una reverencia al entrar—. ¿No me reconocéis? Soy Jean le Brasseur, estuve hace años a vuestro servicio, en vuestra capilla de Blois. Monseñor Dunois me envía con dinero y noticias relativas a la administración de vuestros dominios.

Mientras tanto también había aparecido Burton en la estancia, acompañado de un escribiente y un intérprete. El caballero cumplía escrupulosamente todas las órdenes que recibía de Londres. Había que anotar todo lo que hablaran el prisionero o su visitante; al más mínimo intento del duque de pedir o transmitir información sobre las acciones políticas o militares del supuesto delfín, Burton debía interrumpir inmediatamente la entrevista. Sólo podían abordarse asuntos pecuniarios o de administración de bienes, o noticias familiares. Burton miró con desprecio al emisario de Blois; le sorprendía que aquel individuo bobalicón y asustadizo hubiera conseguido recorrer sin tropiezo el largo camino hasta Pontefract.

Carlos se había sentado; el escribiente permanecía ante él en actitud humilde, con el perrito en brazos.

—Monseñor —dijo en voz baja, con un ligero ceceo—, por desgracia, vengo también como portador de una mala noticia. Con gran asombro y profundo pesar me he enterado aquí de que vos aún ignoráis este suceso funesto. Monseñor, plugo a Dios llamar a su seno a vuestro hermano, monseñor Felipe de Vertus.

Carlos se levantó. El escribiente prosiguió, con la cabeza gacha:

—Monseñor de Vertus fue enterrado en la iglesia de Saint-Sauveur alrededor de la festividad de la Natividad de Nuestro Señor. Que Dios os dé fuerzas para soportar esta prueba, monseñor.

Carlos se santiguó, tapándose la vista con la mano. Permaneció así, inmóvil, durante largo tiempo. «La Muerte escoge bien a sus víctimas», pensaba, «a un joven en la flor de la vida; Felipe, mi hermano alegre y despreocupado, mi confidente y

sustituto, el capitán de mis ejércitos, mi amigo y compañero de juegos de la infancia. Ahora la casa de Orléans se ve representada en Francia por el bastardo de mi padre y dos niñitas menores de edad. ¿Qué esperanza nos resta a mi hermano el de Angulema y a mí?».

—Monseñor Dunois se ha encargado de todo —prosiguió el escribiente, con su monótono tono de voz—. En Blois y en vuestras restantes posesiones, las cosas siguen su curso como antaño. Monseñor de Vertus nos deja un gran vacío, pero su muerte no supone cambio alguno en la administración de los dominios ni en la gestión de los asuntos domésticos.

Carlos observó al monje con atención, por vez primera; el hombre miraba discretamente con sus grandes ojos saltones, algo melancólicos, hacia un punto a la altura del cinto de Carlos, y hablaba con voz tan monocorde como si recitara una lección aprendida de memoria.

Mientras tanto, no dejaba de acariciar al perrillo, que se ocultaba casi por completo entre los pliegues de su hábito. Burton bostezaba abiertamente y los otros dos hombres no disimulaban su ludibrio ni su aburrimiento. Pero Carlos no podía apartar de si la idea de que el emisario de Blois era mucho menos inocente e insignificante de lo que pretendía aparentar. Aquel tono tedioso era demasiado obvio para ser auténtico, y en aquellos peculiares ojos saltones se atisbaba una actitud vigilante.

Mientras el escribiente les informaba de manera realmente soporífera acerca de las cosechas de grano y las vendimias, la recaudación de portazgos y tributos, los gastos inherentes a la reparación y el mantenimiento de los castillos y edificios anexos, así como los gastos de manutención y asistencia de los funcionarios, etcétera, etcétera, Carlos lo miraba fijamente. De cuando en cuando, el escribiente ponía énfasis en alguna palabra determinada, de manera sólo perceptible para quien hubiera hablado el francés desde pequeño. De este modo, Carlos pudo enterarse, bajo la mirada vigilante de Burton, de numerosas noticias dignas de interés; de las comunicaciones de apariencia meramente administrativa supo inferir, gracias a la entonación del emisario y la manera en que éste ordenaba la información, que todas las fortalezas de Orléans estaban bien provistas de soldados y de grandes reservas de armas y alimentos; que las tropas enemigas ya habían invadido las regiones periféricas del noroeste; que en las grandes ciudades de su dominio residían muchos capitanes y consejeros del delfín; que en todas partes se hacían a toda prisa los preparativos para operaciones militares; y que todo el dinero que aún podía obtenerse en las regiones empobrecidas y abandonadas, se empleaba en armamentos y forraje.

—Por desgracia, monseñor —concluyó el escribiente, tomando varios saquitos de lino parduzco de su faltriquera y ofreciéndoselos a Carlos con una reverencia—, esto es todo cuanto podemos entregaros en la actualidad: ciento ochenta y cuatro escudos; tal vez sea suficiente para facilitaros un tanto la existencia aquí durante algunos meses.

Monseñor Dunois espera de todo corazón poder enviaros más dinero en el transcurso del verano. ¿Queréis hacerme el favor, monseñor, de firmar los documentos que hube de entregar al señor Burton al llegar aquí? Son poderes para monseñor Dunois y dos actas de venta de tierras.

—Está bien —dijo Carlos pensativo. El escribiente se acercó humildemente, tendiéndole el perrillo.

—¿No os importaría sostenerme este animalito por un momento, monseñor? —dijo el monje, mirando a Carlos con una sonrisa casi bobalicona. Mantenía la cabeza ladeada, mientras ofrecía el perro a su señor—. Así, si os parece bien, podré ir a buscar los documentos que guardan esos señores escribientes.

A Carlos le pareció como si el emisario hiciera un gesto apenas perceptible con la cabeza. Sorprendido, tomó al animal y lo colocó a su lado sobre el banco. Era uno de esos perros que se suelen denominar perros lulú, diminuto, delgado y veloz, de ojos vivarachos y cola de largo pelo. Carlos le rascó por detrás de las orejas y, mientras jugaba distraídamente, le colocó la mano sobre la cola, que brillaba como la seda. Su mano no se movió de allí; bajo el largo pelaje encontró atado un rollito pequeño y duro. Carlos miró al monje, quien permanecía inclinado delante de él.

—Un hermoso animal —dijo con calma—. ¿Es vuestro?

El escribiente esbozó una amplia sonrisa.

—Me acompaña a todas partes, monseñor. Si alguna vez me mandan volver a Pontefract, os lo traeré de nuevo de visita.

Mientras Jean le Brasseur recogía los documentos en cuestión de manos de Burton y sus escribientes —llamando la atención de todos por su torpeza: se le caían las hojas, derramó un tintero…—, Carlos se entretenía con el perro. El animal permitió tranquilamente que Carlos rompiera con su uña los hilos con que se había atado el papel, firmemente enrollado, bajo la cola. Cuando el escribiente, murmurando disculpas, se acercó de nuevo adonde se encontraba Carlos, éste ya había guardado la carta dentro de su manga.

* * *

Carta enviada por Dunois, bastardo de Orléans, a Carlos, duque de Orléans, en la primavera de 1421:

Monseñor mi hermano: Sin duda ya te habrás enterado de las catástrofes que han asolado el reino desde el tratado de Troyes. El rey Enrique se cree dueño y señor; en el Consejo, en la Universidad y en las campañas militares, su palabra es ley. Es cruel, severo y presuntuoso, según testimonio de todos los que lo tratan de cerca. Doña Catalina ha dado a luz a un hijo, lo que ha afianzado el convencimiento del rey Enrique de que le ha ganado definitivamente la

partida al delfín. En la tabla de mármol de Saint-Pol se ha borrado el nombre de monseñor de la lista de hijos del rey. En nuestro dominio y en el Sur, gracias a Dios, se sigue siendo fiel al legítimo heredero de la corona y no se da crédito a los pérfidos rumores. Supongo que ya sabrás a que me refiero. Monseñor el delfín se considera el legítimo regente de Francia. Tiene dieciocho años de edad y, a mi juicio, es algo tímido y poco inclinado a actuar por su cuenta. Se desalienta con facilidad. Es nuestro deber darle un sentimiento de seguridad y mostrarle que defendemos fielmente sus intereses. Debemos apoyarlo con nuestra dedicación y lealtad, y nuestra fe en el carácter legítimo de su nacimiento.

Monseñor, mi querido hermano, no parece que la alianza del rey Enrique con el nuevo duque de Borgoña vaya a ser muy duradera. A Felipe de Borgoña no le agradan los ingleses; al parecer, los legados del rey Enrique en Calais lo trataron bastante irrespetuosamente. Según tengo entendido, monseñor no hace sino buscar excusas cada vez que el rey Enrique le pide que envíe tropas: los ingleses luchan ahora prácticamente solos, apenas se ven borgoñones en sus filas.

Se trata ahora de reunir a todas las fuerzas nacionales bajo una sola bandera; ahora que parece inminente la destrucción total del reino, es nuestra obligación sagrada mantener la unidad. Hace unos días oí decir que Arturo, conde de Richemont, se propone ofrecer sus servicios al delfín. Creo que debemos alentar esta iniciativa. Ante todo, desearía llegar a un acuerdo con el de Borgoña. El partido de Orléans pertenece al pasado, mi señor hermano, preciso es reconocerlo. No hay ya razones para continuar la enemistad a muerte, ya que el asesino de nuestro padre tuvo su merecido castigo en Montereau. La salvación de Francia exige que seamos uno.

En breve volveré a enviarte al mismo emisario. Procura tener preparada una respuesta y haz por entregársela. Él ya se las ingeniará para ocultar tu carta. Que el Señor esté contigo, monseñor mí hermano, y que Él te dé la fuerza para soportar tu infortunio. Aquí la lucha continúa: tú tampoco desearías otra cosa. Pero, en cuanto nos sea posible, reuniremos los fondos necesarios para tu rescate y el de monseñor de Angulema.

Pide la bendición de Dios para ti, tu servidor,

Dunois, bastardo de Orléans.

De un mensaje oficial enviado desde Londres a *sir* Thomas Burton, en septiembre de 1422:

… que en el último día del mes de agosto del presente año de nuestro Señor, de 1422, falleció en el castillo de Vincennes en Francia nuestro muy querido y respetado soberano y señor, Enrique V, rey de Inglaterra, y regente y heredero de Francia, a consecuencia de una dolencia intestinal que contrajo durante el sitio de la ciudad de Cône.

El rey partió de esta vida reconciliado con su Creador. En su lecho de muerte nombró como regentes de su hijo de corta edad, que lo sucederá a partir de hoy como nuestro muy querido y respetado rey Enrique VI, a los duques de Bedford y Gloucester, cuyas serán las órdenes que habréis de recibir en lo sucesivo. En lo referente a la custodia del duque de Orléans, queda dispuesto lo siguiente: por expreso deseo del difunto rey Enrique, el dicho Orléans no será liberado antes de que nuestro actual rey haya alcanzado la edad adulta. Si esto no se cumpliere estrictamente, sería de temer que el dicho Orléans se aprovechare de la ausencia temporal de una fuerte autoridad real para unirse en Francia a aquellos que no reconocen las legítimas pretensiones de Inglaterra. El duque de Gloucester os ordena, por ende, que transfiráis al dicho Orléans a la fortaleza de Fotheringhay, en Northampton.

Del diario de un habitante de la ciudad de Paris, 1422:

… así pues, el día veintiuno del mes de octubre, festividad de Santa las once mil Vírgenes, partió de esta vida el buen rey Carlos, quien reinó más tiempo que cualquier otro rey de la Cristiandad desde que se tiene memoria, pues fue rey de Francia durante cuarenta y tres años consecutivos.

En su lecho de muerte sólo estuvieron presentes su canciller, su primer chambelán, su confesor y varios sirvientes. Estuvo de cuerpo presente en el palacio de Saint-Pol, en su propia cama, por haber fallecido en dicho lugar; yació allí durante tres días con el rostro descubierto, en medio de cirios ardientes, con un crucifijo a sus pies, y cualquiera que lo deseara, podía pasar a verlo y a rezar por su alma.

Posteriormente fue colocado en un féretro de plomo y transportado a la capilla de Saint-Pol, donde permaneció por veinte días sin ser inhumado, hasta que regresara de Inglaterra el duque de Bedford, regente de Francia.

El día diez de noviembre, el cuerpo de nuestro difunto rey fue trasladado desde su palacio de Saint-Pol a la catedral de Notre-Dame de París, acompañado de sacerdotes y prelados, y del rector y los doctores de la Universidad. Fue portado del modo en que suele transportarse el cuerpo de Nuestro Señor con ocasión de la festividad del Redentor, recubierto de un pesado paño de brocado de oro, tocado con una corona, llevando en la diestra

un cetro y en la siniestra una moneda de oro y otra de plata. Y por encima de él, varios caballeros portaban un palio de color bermellón y azur, sembrado de lirios de oro. Llevaba guantes blancos, ricamente bordados de piedras preciosas, y envolvía su cuerpo un manto de ceremonia de color púrpura, ribeteado de armiño. Tras el féretro caminaban los pajes y escuderos del difunto rey, seguidos del duque de Bedford, regente de Francia. Pero en el cortejo fúnebre no iba ni un solo príncipe de la sangre, ni un solo pariente, lo cual era un espectáculo bien triste. Y el pueblo de París, que se había congregado en gran número para ver pasar el cuerpo por las calles, prorrumpía en llanto y sollozaba y se lamentaba cuando desfilaba a su lado la comitiva: «Vos marcháis en paz, pero aquí nosotros nos quedamos atrás, sumidos en la angustia y la miseria».

En la iglesia de Notre-Dame ardían doscientas antorchas; fue allí donde se celebraron las vigilias y se oficiaron los funerales. Tras las exequias, se condujo al rey a la abadía de Saint-Denis, para darle allí sepultura. Desde Paris, más de ocho mil personas marcharon tras la comitiva. Una vez que el rey fue colocado en su tumba, el arzobispo de Saint-Denis pronunció su bendición, como es usual. Luego todos los oficiales y maceros rompieron en dos sus espadas y atributos oficiales, arrojándolos a la sepultura en señal de que, junto con la vida del rey, también terminaba su mandato. A continuación, los portaestandartes bajaron sus banderas y pendones. El rey de armas se adelantó, acompañado de numerosos heraldos y seguidores, y gritó encima de la sepultura: «¡Que Dios se apiade del alma de Carlos, rey de Francia, sexto de dicho nombre, nuestro legitimo soberano y señor!», y, seguidamente: "¡Dios conceda larga vida a Enrique, rey de Francia y de Inglaterra por la gracia de Dios, nuestro soberano y señor!".

Entonces volvieron a alzarse los pendones, y todos aquellos que se encontraban en torno a la tumba gritaron: "¡Viva el rey!".

Durante el regreso a París, el duque de Bedford, regente, hizo que portaran delante de él la espada del difunto rey, como símbolo de su dignidad. El pueblo, indignado al ver aquello, murmuraba descontento, pero no tuvo otro remedio que aceptarlo. Así terminó la vida de nuestro nobilísimo rey Carlos, en el cuadragésimo tercer año de su reinado, en cuya mayor parte no conoció más que desgracias y sufrimientos, debido a las disensiones entre sus parientes cercanos. Que Dios, en su infinito amor y compasión, tenga piedad de su desdichada alma.

En las calles de París, por encima de las parduscas aguas del río Sena, flota la neblina propia del mes de febrero. Pese al frío y la humedad, las calles de la ribera

izquierda del río están tan abarrotadas de gente como cuando se celebran fiestas o procesiones. Pero ahí termina toda semejanza; el ánimo de la muchedumbre que se apretuja silenciosa y apresurada por entre las hileras de casas, en dirección a las grandes plazas del mercado, no es festivo ni piadoso. En toda la ciudad de París se percibe una tensión más turbia y fría que la niebla invernal: la conciencia de la rutina total, de una miseria sin perspectivas, sin esperanza.

Desde que se tiene memoria, jamás la indigencia espiritual y material había alcanzado cotas tan altas dentro de la ciudad.

Cual jinetes del Apocalipsis han invadido la ciudad el hambre, la muerte, la peste y la destrucción, para no abandonarla. Los años ya no se subdividen en estaciones sino en catástrofes: durante los inviernos, más crudos que nunca, a diario mueren miles de personas de frío; durante los veranos, la peste y las afecciones intestinales siegan la vida de otras miles, y en toda estación el hambre se cobra sus víctimas. Cuando la nieve recubre las tierras circundantes y el suelo está helado, salen de los bosques manadas de lobos que llegan hasta los arrabales de París en busca de alimento: los niños, los cadáveres en las iglesias y todos aquellos que se encuentran solos e indefensos al aire libre son presa de las fieras hambrientas. Hay gran escasez de víveres, y, cuando llegan suministros, son prácticamente impagables. Las gentes apenas ganan dinero, pues debido a la guerra y a la mortandad, en todas partes el trabajo está paralizado; las malas hierbas recubren los campos, las guadañas y los arados están oxidados, los animales de tiro y de carga son sacrificados, y los cobertizos, cuadras y talleres se derriban para servir como leña. Por otra parte, los impuestos sufren recargos casi diarios; el de Bedford necesita dinero urgentemente para continuar la guerra, y sus funcionarios y alguaciles son implacables. El corregidor es un hombre despiadado, que vela por que aun el delito más insignificante sea castigado con las peores penas corporales. También ha bajado el valor del dinero: una moneda de dieciséis denarios ya no vale más que dos denarios, lo que una limosna.

En el verano de 1424, una plaga de langostas asola el país, destruyendo los cultivos de los campos. Apático y resignado, el pueblo de Paris aguarda la llegada del invierno, un invierno largo y crudo, sin leña ni provisiones, un invierno de enfermedades y privaciones. No pasa una sola semana sin que los heraldos del de Bedford anuncien en las calles vacías y en las plazas desiertas las últimas victorias inglesas.

Y esto aún es más duro de soportar que el frío y el hambre. La conciencia de haber sido invadidos por una potencia extraña, de estar entregados a gobernantes que son forasteros, la sensación de la propia ruina e impotencia, hacen que las gentes pierdan las últimas esperanzas. Han sido traicionados, vendidos. Las rebeliones y guerras civiles, desórdenes y privaciones que han tenido que soportar en los últimos cien años parecen insignificantes en comparación con esa gran ignominia: que Francia esté perdida, que haya dejado de existir como reino independiente. En los

territorios ocupados por los ingleses, ya no se cree que haya salvación posible; las gentes apenas si se atreven a pensar en el joven que, allá en el Sur, se llama a sí mismo «rey» y trata de oponer resistencia a las tropas del de Bedford, que avanzan por todas partes. ¿Tendrá derecho a ostentar legítimamente el título y el poder real?

Nadie lo sabe. La única persona que puede saberlo, calla: Isabel, la reina viuda, que se ha retirado para siempre en el corazón de Saint-Pol; sólo es posible acceder a sus aposentos atravesando un dédalo de salas y jardines desiertos y abandonados. Los abigarrados tapices que cuelgan de las paredes recuerdan aún el esplendor y la vida despreocupada de antaño; pero las fuentes callan, los parques están llenos de maleza, y tras las ventanas de las salas, otrora llenas de resplandor de velas y bullicio festivo, no hay sino silencio y oscuridad.

La reina ya no sale de sus aposentos. Año tras año, no ve a su alrededor más que aquellas paredes adornadas de flores tejidas y palomas de oro; año tras año, permanece inmóvil en su sillón de ruedas, ella, que en otros tiempos sólo era feliz viajando, desde Saint-Pol a Vincennes, de Vincennes a Melun, de Melun a Creil y Saint-Onen, a Chartres y Compiégne, visitando castillos, conventos y catedrales. Permanece sentada de espaldas a la ventana; cuando no pasa las largas horas del día con la mirada fija, en silencio, pide que le traigan comida o sus joyeros. Come con avidez y torpeza; la salsa le escurre por los labios y la barbilla cayendo sobre sus vestiduras de luto; muerde los huesecillos de las aves hasta romperlos con los dientes y chupar el tuétano; escupe los huesos de las frutas a su alrededor. A sus objetos de valor les dedica la máxima atención. Encorvada hacia adelante, hurga, con sus dedos engarabitados por la gota, entre el oro y las grandes piedras resplandecientes; extrae ristras de perlas de las profundidades y hace caer de entre sus manos, una y otra vez, una lluvia rutilante de rubíes y zafiros, y monedas, anillos y hebillas de oro. Si alguien se acerca a ella en uno de estos momentos, es rechazado con un gruñido. Al otro lado de las puertas de su aposento, sus sirvientes escuchan el tintineo del oro y el ruido de collares. La reina vive en completa soledad; no quiere enterarse de noticias ni recibir visitas. No quiere saber nada, le basta con su oro, con los capones asados, que por desgracia cada vez le cuestan más dinero, y con sus pensamientos.

La habitación de los tapices floreados está poblada de sombras silenciosas; sin hacer ruido, casi sin moverse, se deslizan frente a esta mujer, hundida pesadamente en su sillón de ruedas: Valentina, con su triste sonrisa; la joven y pálida Isabela; Luis, jugando con su guante; el duque de Borgoña y su esposa Margarita, severos y recriminadores; los duques de Borbón y de Berry, dos ancianos desconfiados tras su apariencia cortés; Juan de Borgoña, con sus ojos fríos; los delfines muertos, muchachos pálidos y desmedrados, encorvados bajo el peso de la púrpura; y, por último, Carlos, su esposo, con sus ojos desorbitados por la locura. Esta comitiva, una procesión de sombras, está en constante movimiento. Sus silenciosos componentes no le dirigen la palabra, no la saludan, ni la miran siquiera. Sin rozar el suelo, pasan junto a ella, día y noche. Traen un vago olor a polvo y descomposición, a realidades

lejanas y remotas. Pero estas cosas la reina no las cuenta a nadie, ni aun a su confesor, quien acude a visitarla todas las semanas.

De varias cartas enviadas en secreto por Dunois, bastardo de Orléans, a Carlos, duque de Orléans, en los años de 1428, 1429 y 1430:

… Estamos prácticamente arruinados, monseñor mi hermano; son pocas las esperanzas que tengo de que cambie nuestra suerte en un futuro próximo. En los últimos quince años, jamás nuestra situación había sido tan desesperada como ahora; y tú sabes muy bien lo que eso significa. Quiera Dios que el rey —pues aquí lo consideramos como nuestro legítimo soberano, aunque aún no haya sido coronado en Reims— lo comprenda así y abandone esa maldita indecisión que le caracteriza. Lamentablemente, su incapacidad de actuar de manera enérgica nos ha reportado ya múltiples fracasos. Para su desgracia, se deja llevar ciegamente por sus favoritos; si estos caballeros obran de buena fe, las cosas aún marchan relativamente bien, pero Dios nos guarde si llevan la batuta los intrigantes; y de ésos hay muchos en el entorno inmediato de monseñor. Esto no hace sino alargar la guerra; no se opone una resistencia firme. Todo lo más, se produce alguna que otra escaramuza; y todos los logros de los valientes guerreros, especialmente los de nuestras tropas auxiliares escocesas, se desbaratan de inmediato al no existir una autoridad palpable en nuestra causa.

Al de Bedford no le quedan más que unos veinte mil soldados sobre las armas, como mucho, y éstos se hallan desperdigados por los territorios ocupados. En el año 1424 derrotó a nuestras tropas junto a Verneuil, con un ejército que no sumaba más de cinco mil hombres; la torpeza de los favoritos del rey convirtió dicha batalla en un segundo Azincourt . La fuerza del de Bedford estriba en que es hombre de gran perspicacia que mantiene apretadas las riendas, y que, con su aplomo, consigue que todos, amigos y enemigos, crean en la superioridad de Inglaterra. Pero cualquiera que reflexione un poco se percata de que todo esto no son sino bravatas, de gran calibre, pero bravatas al fin. No en vano sabemos que en Inglaterra la situación es harto delicada. Si he de dar crédito a las noticias, el gobierno está tan revuelto que a diario aumenta el riesgo de una guerra civil. Por otra parte, nadie puede afirmar que el de Borgoña simpatice con los ingleses; antes bien, los vínculos entre ambos partidos son tan frágiles que amenazan romperse en cualquier momento».

Ha sucedido lo que yo estaba viendo venir desde hace tiempo: los ingleses han puesto sitio a Orléans, bajo el mando de William de la Pole, conde de Suffolk. Han ocupado la fortaleza de Tourelles junto al puente del Loira, y han construido numerosas fortificaciones y trincheras al sur, oeste y noroeste de la ciudad. Si consiguen tomar Orléans, será nuestra perdición: entonces los

ingleses dominarán todo el territorio del Loira, Turena, Berry y el Sur.

Si bien de momento aún podemos hacer llegar soldados y provisiones, no parece probable que la ciudad resista. Ya llevo aquí varios meses como capitán de la guarnición; ciertamente hay tantos defensores como agresores, pero entre las tropas dentro de Orléans cunde el desánimo y el pesimismo; no hay esperanzas de un futuro mejor ni fe en una victoria final. La población está atemorizada y desesperada, a la par que extenuada a resultas de la guerra tan prolongada. Es este desánimo generalizado, señor hermano, el que nos llevará a la perdición a menos que se produzca un milagro.

Dunois, bastardo de Orléans, no creía en los milagros, al menos no en el sentido de que la indecisión, el temor y la necedad pudieran tornarse repentinamente en valor, arrojo y perspicacia. Desde que servía al «rey de Bourges» como jefe de su ejército, había podido conocer de cerca la incapacidad casi enfermiza de aquél en lo que a dotes de mando se refería. Sabía que aquel hombre, que sufría una grave tara hereditaria, jamás reuniría por sí solo las fuerzas necesarias para ceñir dignamente la corona de Francia. La suegra del rey, la enérgica y ambiciosa duquesa de Anjou, así como los favoritos de éste —en su mayoría caballeros empobrecidos procedentes de las regiones meridionales, que no buscaban sino el provecho propio—, eran los auténticos gobernantes, divididos entre sí y eternamente enzarzados en disputas e intrigas. Mientras los ingleses, sin esforzarse demasiado, estrechaban cada vez más el cerco en torno al corazón de Francia, y mientras bandas errantes de la más diversa calaña acosaban a la población en la depauperada corte de Bourges se perdía el tiempo en luchas mezquinas por la preferencia, los honores y los favores.

Dunois se mantenía deliberadamente apartado de aquel ambiente insano; cuando su cargo le obligaba a ir a Bourges, se parapetaba tras una actitud adusta y un silencio obstinado. Prefería la compañía de los capitanes curtidos y endurecidos por la lucha, como La Hire y De Broussart, incultos y rudos en su trato, pero al menos leales y tan implacables con los defectos propios como con los de sus soldados.

Dunois había luchado codo con codo junto a estos aguerridos soldados en todos los combates librados contra los ingleses: en las derrotas de Cravant, Ivry, Verneuil, y en aquella única victoria, tan laboriosa, de Montargis. Para Dunois los años habían transcurrido en una larga concatenación de asedios y batallas, campañas a tal o cual sitio atravesando todas las ciudades y castillos del frente, escaramuzas, salidas y expediciones. ¿Y cuál era el fruto de todo este esfuerzo? Le parecía como si sus compañeros de armas y él imitaran al hombre de la leyenda que quería intentar levantar un dique de arena contra la marea creciente; nunca acertaba a concluir su labor, pues, en cuanto se descuidaba, el mar volvía a abrirse paso. Fue allá sobre las murallas de Orléans cuando a Dunois le invadió realmente la desesperación. Sabía que no había más de cinco mil ingleses asediando la ciudad, y que las filas de éstos se veían diezmadas incesantemente por las deserciones y enfermedades; pese a esto,

Dunois no conseguía incitar a la guarnición de Orléans para que llevara a cabo otras acciones que no fueran algunas contadas salidas, emprendidas sin demasiada combatividad. En el fondo, a los asediados les era indiferente que los ingleses tornaran la ciudad o no. Muchos opinaban que era mejor rendirse cuanto antes.

Hacia el mes de febrero del año 1429, Dunois se enteró de que se acercaba desde Paris un convoy inglés con víveres para los asediadores, compuesto primordialmente de carros con pescado salado para la Cuaresma. Resolvió arriesgarse realizando una salida hacia la dirección de donde debía de venir el convoy; partieron rápidamente emisarios hacia Blois para ordenar al conde de Clermont, quien se hallaba estacionado allí con sus soldados, que atacara a los ingleses desde el lado opuesto. Debido a la calma del de Clermont —quien adolecía claramente del mismo deplorable defecto que también había caracterizado a su padre y a su abuelo del linaje de los Borbones—, toda la empresa, que requería una actuación rápida y certera, se vino abajo. Los franceses, aunque muy superiores en número, fueron derrotados en un encarnizado combate, que desde entonces pasó a llamarse la Batalla de los Arenques. Esta derrota no hizo sino agravar, hasta donde era posible, la decaída moral de las tropas estacionadas dentro de la ciudad de Orléans. En un último y desesperado intento de sacudir al rey de su estado de letargo, Dunois envió al capitán La Hire al castillo de Chinon. La Hire halló al rey, tan asustadizo como de costumbre, escondido en uno de los cuartitos a los que sólo se podía acceder a través de puertas secretas. La derrota lo entristecía, pero no supo decir —ni menos aún hacer— mucho más.

La Hire regresó a Orléans amargado y ofendido; mientras soltaba las imprecaciones más terribles —nadie sabía tantas como él—, dio cuenta de su visita.

—Será mejor que aquí nos liquiden a todos, bastardo —concluyó gruñendo—. Así en lo sucesivo el rey podrá encargarse personalmente del trabajo sucio, junto con esos sinvergüenzas y cretinos que se apiñan en derredor suyo como piojos sobre una cabeza enferma. A menos que decida recurrir a esa campesina de Lorena, de la que ahora hablan tanto en Chinon. Llegó un mensajero enviado por el capitán De Baudricourt desde Vaucouleurs. Al parecer, anda por allí una muchacha que pretende expulsar a los ingleses de Francia y conducir al rey hasta Reims. Y, por desgracia, el rey no tiene otra cosa que hacer que escuchar este tipo de chismes. Éstas son mis noticias, bastardo.

Dunois, quien se hallaba sentado a una mesa firmando órdenes de pago para la soldada de sus hombres —como último recurso para tenerlos contentos—, no contestó de inmediato. Cuando La Hire se disponía va a abandonar la estancia —sin dejar de jurar entre dientes—, Dunois repuso, sin levantar la vista de los documentos que tenía delante:

—Deja que el rey se divierta a su manera, La Hire. Un niño que juega no molesta.

¡Cumpliremos con nuestro deber, y basta!

En los días que siguieron, Dunois se dedicó a obtener por su cuenta informaciones acerca de la muchacha de Lorena. Con gran asombro comprobó que la población de la ciudad y de sus alrededores estaba enterada al detalle de su vida y milagros. Los rumores habían llegado a la región del Loira desde Domrémy y Vaucouleurs, la región de donde era oriunda Juana; pues éste era su nombre. Era hija de un labriego, según decían las gentes, una muchacha animosa y formal que apacentaba las ovejas de su padre. Pero ahora había escuchado voces, de los mismísimos santos de Dios, según parecía, quienes le habían mandado que liberara Francia e hiciera coronar al rey. Pese a la oposición de sus padres y familiares, había marchado a Vaucouleurs, a fin de pedirle una escolta armada al capitán De Baudricourt, representante del rey. Estos rumores, de por sí harto sorprendentes siguieron corriendo por pueblos y ciudades. Las gentes recordaban una antigua leyenda que se contaba en las regiones fronterizas de Lorena: de un robledal surgiría un día una joven doncella que salvaría al reino. Revivía ahora aquella predicción semiolvidada. ¿Acaso no había tras las tierras del padre de Juana un robledal, vestigio de los extensos bosques de los tiempos prehistóricos?

Dunois escuchaba todas estas historias en silencio; no podía sino sonreír ante la credulidad del pueblo, que, basándose en una antigua profecía, estaba dispuesto a ver inmediatamente en aquella muchacha de Domrémy la Doncella tan esperada que traería la salvación. Lo que sí suscitaba su interés y asombro era el hecho de que Juana tuviera el valor de aferrarse a sus convicciones en presencia del capitán de Vaucouleurs e incluso ante el mismísimo duque de Lorena. ¿Qué era lo que movía a aquellos hombres a escucharla y a apoyarla en su propósito? Comprobó que ella ejercía un prodigioso poder sobre las gentes —incluso las que jamás la habían visto —, pues alteraba los ánimos, despertaba la expectación de grandes acontecimientos, y hacía revivir la esperanza. ¿Y a qué se debía aquel entusiasmo? A un vago rumor, a una historia simple que corría de ciudad en ciudad: que una muchacha campesina estaba convencida de haber sido enviada por Dios para salvar al reino. Dunois era plenamente consciente de que el profundo anhelo de paz y libertad que tenían las gentes desempeñaba un papel importante en aquel asunto; no obstante, iba comprendiendo de día en día que Juana, la —como ya la llamaban por doquier—, debía de poseer en gran medida lo que, desde hacía años, deseaba incesantemente al rey, a los jefes de los ejércitos y gobernantes, y también, secretamente, a si mismo: la capacidad de volver a infundir ánimos a una multitud sumida en la desesperación y resignación más completas.

Desde Orléans siguió con atención el curso de los acontecimientos; se enteró de cómo Juana, vestida con ropas de hombre y acompañada de varios jinetes, había recorrido el camino hasta Chinon, a través del país asolado y empobrecido, atravesando parte del territorio enemigo, en largas jornadas; de cómo había mantenido la calma y el optimismo cuando sus compañeros vacilaban, y de cómo en

toda circunstancia se mostraba firmemente convencida de su misión. Aún más importante le pareció a Dunois la noticia de que en Chinon no se había dejado engañar por la broma poco caballeresca que le había intentado gastar el rey; sin apenas dignarse mirar al cortesano disfrazado que estaba sentado en el trono, al instante había señalado a aquel que se encontraba entre los espectadores y al que se obstinaba en seguir llamando «delfín», ya que aún no había sido coronado en Reims. Su proceder digno y discreto no había dejado de impresionar al rey; y, más aún, la conversación que había mantenido la Doncella a solas con él. Nadie sabía lo que se había hablado durante esa entrevista; pero desde entonces nadie del entorno del rey osaba poner abiertamente en duda sus palabras. Con prudencias, los favoritos se tragaron su desconfianza y sus críticas; no era posible luchar contra el entusiasmo que crecía por doquier.

Cuando finalmente un capítulo de eclesiásticos hubo interrogado a fondo a Juana, a petición del rey, en materia de fe, emitiendo de manera unánime un juicio favorable sobre su persona, Dunois consideró oportuno encarecer al rey, en una carta, que éste le enviara a la Doncella a Orléans, al frente de tropas auxiliares y de un convoy de víveres.

A principios de abril recibió noticias desde Chinon, en las que se le comunicaba que el rey había confiado a Juana el mando de la misión que él le había pedido.

Hacia el mediodía del día veintinueve de abril de 1429, Dunois cruzó el Loira acompañado de La Hire y de varios jinetes, dirigiéndose al pueblo de Chécy para recibir allí a la Doncella, la cual avanzaba hacia Orléans por la ribera izquierda del río con parte de las tropas auxiliares de Blois. Hacia un tiempo caluroso y despejado, y el anchuroso río brillaba a la luz del sol. Dunois cabalgaba con la cabeza descubierta.

Como de costumbre, se mostraba poco comunicativo; La Hire, en cambio, que cabalgaba a su lado, no paraba de hablar. El capitán no conseguía hacerse a la idea de que se esperaran de una mujer acciones que no habían logrado acometer guerreros experimentados. Estaba dispuesto a creer que aquella muchacha fuera más piadosa y valerosa que la mayoría; pero, por lo demás, todo aquel asunto para él no dejaba de ser una farsa. Dunois escuchaba en silencio; de cuando en cuando ladeaba la cabeza, para ver cómo se deslizaban por el río las barcazas destinadas a transportar más tarde hasta Orléans las provisiones traídas por el convoy. En un momento dado, se levantó en los estribos y, haciéndose sombra con la mano, volvió la vista: sobre el cielo despejado se recortaban claramente las fortificaciones de los ingleses, quienes se encontraban estacionados en la otra orilla, más allá de Jargeau, frente a Orléans. En Chécy, por lo que se veía, el pueblo entero había salido a recibir a la Doncella Juana, que se acercaba ya por el sur.

Cuando Dunois y sus hombres salieron de Chécy por la puerta opuesta, vieron

que las tropas de refuerzo y de avituallamiento ya se encontraban esperando en el campo.

—¡Por las penas del infierno, una vanguardia formada por sacerdotes! —exclamó La Hire, prorrumpiendo en carcajadas. Efectivamente, las primeras filas del ejército de auxilio de Juana parecía componerse sólo de frailes, capitaneados por un monje agustino que enarbolaba una enseña con la imagen del crucificado. Pero Dunois, sin prestar atención a las inyectivas burlonas de La Hire, paseaba rápidamente su mirada por las filas. Una enseña blanca, decorada con lirios de oro y abigarradas figuras, se movía en su dirección. Los soldados se hicieron a un lado para dar paso a una pequeña comitiva, compuesta por un jinete vestido con un peto blanco, montado en un corcel negro, seguido de dos escuderos y varios hombres de armas con sus palafreneros y pajes.

Dunois desmontó y se dirigió hacia ellos. Vio que el jinete del peto blanco y el pendón era Juana. Ella detuvo su caballo y lo miró desde lo alto con sus ojos serios y brillantes.

—¿Sois el bastardo de Orléans?

—Yo soy —respondió Dunois, sosteniendo su mirada penetrante—. Vuestra venida me causa una alegría indecible. Juana frunció el entrecejo; su joven rostro franco y robusto se ensombreció.

—¿Es cierto que vos habéis dado órdenes a los capitanes que me han acompañado desde Blois de conducirme por esta ribera del río, impidiendo lo que yo quería, es decir, seguir adelante hasta el lugar en dónde se encuentran Talbot y el de Suffolk con sus ingleses?

—Efectivamente, yo las di. —Dunois asintió con la cabeza—. A mí y a mis hombres, que en esto tienen aún más experiencia que yo, nos pareció que sería más prudente evitar por ahora un enfrentamiento con los ingleses.

—¡En el nombre de Dios! —exclamó Juana en voz tan alta y vehemente, que todos cuantos se hallaban por allí callaron en actitud de escucha—. ¿Pretendéis saber más que Dios, nuestro supremo Soberano y Señor? Y os traigo la ayuda de Dios, que es la más poderosa que existe. Y esto Dios no lo hace por mí, sino por la intercesión de san Luis Carlomagno. No permitirá que los ingleses conquisten Orléans. Ya monseñor de Orléans, nuestro duque, le devolverá la libertad.

—Eso sería una inmensa ventura para mí y para Francia —repuso Dunois en tono serio; no osaba sonreír ante aquellas palabras infantiles, pronunciadas con tanto ardor y convicción—. Es mi mayor deseo que Dios permita retornar junto a nosotros a monseñor mi desventurado hermano. —Juana lo miraba fijamente con sus grandes ojos brillantes de color castaño claro.

—Sin duda lo hará, bastardo, puesto que Él, después del delfín, a quien más ama es al duque de Orléans. Y yo os digo que en los próximos combates he de hacer importantes prisioneros de guerra ingleses que podremos canjear por monseñor. Es una gran vergüenza que los ingleses ataquen las ciudades y dominios de monseñor,

cuando él no está en condiciones de encabezar personalmente la defensa. No saben lo que significa el honor caballeresco.

Dunois desvió la mirada. Las palabras de Juana le divertían y conmovían al mismo tiempo. No dejaba de ser sorprendente oír hablar de «honor caballeresco» a una muchacha campesina, que otrora había apacentado ovejas. Era evidente que ella no tenía la menor noción de cuestiones militares, de política ni de estrategia, y que carecía de práctica guerrera. Tampoco le asombraba; ¿cómo iba a tenerla? Lo que sí poseía en gran medida era aquel elemento inefable e inexplicable que confiere a una persona el sello inconfundible de caudillo de otras: la actitud de autoridad serena, el tono que no admite réplica, la inconmovible seguridad, que tanto llamaba la atención en una muchacha cuyos abuelos aún habían sido siervos. Parecíase a las representaciones de los arcángeles: radiante, combativa, asexuada. Por encima de su peto blanco resplandecía su rostro fresco y ancho de facciones enérgicas, con aquella luz interior que debió de inundar a san Miguel y a san Jorge al vencer al dragón. Por encima de su cabeza, de cabellos castaños espesos y cortos, ondeaba su pendón, blanco como la nieve, que mostraba por un lado la imagen de Dios Padre, sentado sobre un arco iris, y, por otro, los lirios dorados de Francia.

Montaba con desenvoltura, derecha, con sus largas piernas extendidas en los estribos. Los escuderos detrás de ella portaban sus armas así como otra enseña, con la imagen de Nuestra Señora. En su séquito se encontraban un sinfín de capitanes prominentes del ejército real, que la habían acompañado desde Blois.

Dunois no podía disimular su alegría y satisfacción; si alguien podía dar nueva vida a aquella empresa, aunque sólo fuera con su presencia, por fuerza había de ser la Doncella. No podía ni quería profundizar en la cuestión de si realmente la había enviado Dios, ni de si tenía el don de profecía. Sólo comprendía que llegaba en el momento oportuno. En aquella situación de extrema necesidad no bastaban las palabras del rey, las órdenes de los capitanes ni las exhortaciones y bendiciones de la Iglesia. En esto estribaba la gran fuerza de Juana: su aparición, conducta y apariencia no eran comparables a nada que se hubiera visto con anterioridad. Ella era totalmente nueva, original y tan inesperada como son los propios milagros.

«Ya hay bastantes hombres aguerridos y valerosos en el ejército», pensaba Dunois, mientras volvía a mirar a Juana, «pero dejemos que sea ella quien nos acompañe. Nos dará la unidad, el empuje y el entusiasmo de que hemos carecido en los últimos cien años. Ella será para nosotros lo que la santa oriflama, una señal del favor divino; así al menos han de verla nuestros soldados. Y no me cabe la menor duda de que así la verán».

—Venid a cabalgar a mi lado, bastardo —dijo Juana de pronto, con un ademán digno de un rey—. Quiero que permanezcáis a mi derecha ahora y más adelante, cuando luchemos. Sois mi amigo y hermano de armas.

Mientras avanzaban por el camino que conducía desde Chécy hacia el embarcadero de transbordadores frente a Orléans, Juana reanudó la conversación.

—¿Dónde se encuentran los ingleses ahora? —preguntó, recorriendo con la mirada la ribera opuesta del Loira.

—Esperad hasta que lleguemos al recodo del río —contestó Dunois—. Podremos distinguir entonces sus banderas en la fortaleza de Tourelles.

—Pronto dejarán de ondear allí. —Juana sonrió, mirando ante sí, con los ojos muy abiertos. Dunois, quien deseaba descubrir dónde radicaba el secreto de su aplomo, dijo a media voz:

—Y digo yo: si Dios quiere ayudarnos, ¿por qué razón no ha expulsado antes a los ingleses? —La Hire, que cabalgaba inmediatamente detrás de Dunois, oyó estas palabras y se echó a reír, si bien de un modo menos ruidoso que de costumbre; también él se encontraba, a pesar suyo, algo impresionado por el porte digno de Juana. A aquella pregunta ella no sabría responder tan fácilmente, pensaba, mientras, inclinado sobre el arzón, aguzaba el oído en son de escucha.

Juana se indignó.

—Está tan claro como la luz del día —dijo. Los hombres advirtieron ahora por primera vez su acento de Lorena—. Si luchamos con valor, Dios sin duda nos concederá la victoria. Si mantenemos entre nosotros la unidad y no pecamos, de palabra ni obra, contra los mandamientos de Dios, Él nos ayudará. La victoria no se nos regala: habremos de sacrificar bastante sangre y sudor para conseguirla, bastardo.

—*Mort de ma foi*, ¡cómo habla! —dijo el capitán bretón, deslizando hacia atrás su casquete de cuero para rascarse, Juana se volvió.

—¡Cómo jura La Hire! —se limitó a observar.

—¡Por las penas del infierno! ¿Cómo sabéis que me llamo La Hire?

—Los soldados de mi tropa han dejado de jurar —prosiguió Juana, sin apartar su mirada de La Hire—. Se lo he prohibido. Y desde el primer día en que asumí el mando, expulsé a las rameras y mujerzuelas que deshonran al ejército. No tolero entre mis hombres la indisciplina ni las groserías. Si queréis servir en mi tropa, La Hire, debéis dejar de jurar. Ésta es una guerra santa.

—¡Por todos los diablos! ¡Entonces ya no podré abrir la boca!

La Hire estaba demasiado perplejo como para incomodarse ante aquella inusitada prohibición.

—Podéis decir: «¡Por mi bastón!» —le aconsejó Juana amablemente, señalando el bastón de mando que La Hire, al igual que Dunois y los demás jefes, llevaba colgado del cinto—. De este modo ambos estaremos contentos, y no se ofenderá a Dios.

—¡Por mi… bastón! —exclamó La Hire, atónito ante su propia obediencia.

—Sabéis tratar muy bien con la gente de armas, Juana —dijo Dunois—. Eso es importante. Se hace difícil creer que hayáis vivido alejada de la guerra y de los soldados, allá en Domrémy.

—Eso no es cierto, bastardo. —Juana se volvió de nuevo hacia él, mirándole con seriedad—. Año tras año hervía nuestro pueblo de fugitivos que habían sido

expulsados de sus pueblos y granjas por los ingleses y los borgoñones. Hubimos de cobijar a muchas personas hambrientas y exhaustas. Y en una ocasión también nosotros tuvimos que huir hacia los bosques. Cuando regresamos, los agresores habían incendiado nuestra iglesia y saqueado nuestras casas. No, sé muy bien lo que significa la guerra. Quisiera echarme a llorar de pena por Francia, si no supiera que es una tarea luchar por mi patria, en lugar de lamentarme.

Para eso vine al mundo. He de liberar a Francia y conducir a monseñor el delfín hasta Reims. Y así lo haré. Pero ha de ser pronto, bastardo, pronto, pues mi tiempo es breve.

—¿Por qué, Juana? —preguntó Dunois, sorprendido; pero ella sacudió la cabeza y cerró los ojos, como si sintiera un repentino dolor. Era evidente que no quería seguir hablando del tema. Dunois prosiguió—: Quisiera que pudierais infundirle al rey un poco de vuestro propio valor, Juana. Le hace muchísima falta.

De nuevo se iluminaron de alegría los grandes ojos de Juana.

—¡Oh! Pero ahora se siente seguro, bastardo, ¡creedme! Él es nuestro soberano, el legítimo heredero de Francia.

—¿Fue eso lo que le dijisteis cuando hablasteis con él en Chinon? —Juana se limitó a sonreír. En un recodo del camino, Dunois extendió el brazo—: ¡Allí está Orléans!

Juana se levantó en los estribos y miró a su alrededor.

—¿Por qué no nos atacan los ingleses? —preguntó tras unos instantes—. Creí que no nos permitirían llegar hasta la ciudad.

—En los últimos tiempos, los ingleses han sufrido bastantes reveses. Además, ahora somos superiores en número. El hecho de que hayan conseguido mantenerse en sus fortificaciones frente a Orléans lo debemos a nuestra propia pusilanimidad desde la Batalla de los Arenques. Han pasado tranquilamente el invierno bajo nuestras propias murallas sin que nosotros los hayamos importunado demasiado. Están tan seguros de su victoria que ni siquiera se esfuerzan por luchar por ella.

—¡Oh! Pero están muy equivocados. —Juana comenzó a cabalgar más rápido, mientras mantenía la vista clavada en la ciudad allende el río; los tejados y torres se recortaban oscuros sobre el cielo vespertino rojizo y translúcido. El río estaba repleto de barcos y almadías, sobre los que se apiñaban ciudadanos y hombres armados. También las murallas hervían del gentío que enarbolaba banderas y pendones, antorchas guirnaldas de verdes hojas. En el resplandor del atardecer se acercaban a Orléans las tropas auxiliares: los soldados en filas bien ordenadas por tierra, y los barcos del convoy lentamente por el río. Lo que Dunois apenas había osado esperar, lo veía ahora con sus propios ojos: las gentes de Orléans no cabían en sí de alegría y entusiasmo.

A Juana le miraban como si fuera el mismo Dios; cuando entró en la ciudad, tras haber cruzado el río con Dunois, los capitanes del ejército y su séquito, en las calles había tal gentío que la comitiva no podía avanzar sino paso a paso. Todos querían ver

de cerca a Juana, o tocar su caballo o un borde de su túnica. Muchas mujeres y niños caían de rodillas, cual suele hacerse al paso de una procesión. Juana sonreía a todos, y se dirigía a quienes se agolpaban en torno a ella.

—¡Orléans no caerá! Estad tranquilos, Dios expulsará a los ingleses del país, ¡pero hemos de luchar con tesón y valentía para conseguirlo, queridas gentes! —decía una y otra vez, alzando su pendón, a fin de que todos pudieran contemplar la imagen de Dios Padre con el mundo en Su mano.

Cuando atravesaban una de las plazas, salió de un pórtico un sacerdote, manteniendo un crucifijo delante de sí.

—¡Mirad! —dijo Juana a Dunois—. Piensa que estoy endemoniada.

¡Ven aquí, hermano! —gritó con su voz clara y potente, mientras se ponía de pie en los estribos—. ¡No pienses que voy a salir volando ni a esfumarme!

A varias mujeres que le tendían sus rosarios para que ella los bendijera al tocarlos, les dijo con soma bienintencionada:

—Podéis hacerlo vosotras mismas, ¡esos rosarios ya están bien como están!

Dunois se sentía tan alborozado que tenía ganas de echarse a reír.

Era casi demasiado hermoso para ser verdad: Juana se mostraba valiente y, además de su convicción, poseía un gran sentido común. Durante aquel recorrido por las calles repletas de gentes exultantes y agradecidas, nació en el corazón de Dunois un profundo cariño hacia Juana. Era un sentimiento sumamente prodigioso, puesto que no se parecía en nada a la amistad que había profesado Dunois a algunos hombres ni a la pasión que habían despertado en él algunas mujeres.

Para él, Juana no era hombre ni mujer; le parecía un ser del orden al que pertenecen los niños y los ángeles, clara y sencilla, sin una auténtica noción de pecado ni tinieblas, a quien su profunda y pura bondad movía rápidamente tanto a la compasión como a la alegría.

Mientras se encontraba arrodillado junto a ella en la catedral de Orléans, donde se celebró en su honor una ceremonia de bienvenida, le invadieron durante un instante un temor y una tristeza inexplicables. A través de una nube de incienso vio el resplandor de las velas del altar, de decenas de afiladas lenguas de fuego que oscilaban blancas y doradas delante del retablo de tonalidades opacas; bajo las bóvedas resonaban las voces agudas de los niños de coro. Juana oraba en voz alta, con los ojos abiertos. Mientras la contemplaba de soslayo, Dunois de pronto cayó en la cuenta de que sus temores guardaban relación con ella. A aquellos que se diferencian demasiado de sus semejantes, les aguarda una dura suerte en la tierra. Dunois, quien pensaba apoyar a Juana y protegerla, en la medida de lo posible, en el cumplimiento de aquella misión extremadamente pesada que había emprendido, comprendió que a ella la acechaba un gran peligro, tanto en sus logros como en sus fracasos; por otra parte, conocía sobradamente el ambiente de la corte de Bourges, la inconstancia del rey y la tendencia que tienen las gentes en general de gritar hoy «¡hosanna!» y mañana «¡crucifícalo!». Apretó sus manos con más fuerza alrededor

de la empuñadura de su espada e inclinó la cabeza para orar.

Cuando más tarde se dirigían hacia la vivienda de Jean Boucher, tesorero del duque de Orléans —donde pernoctaría Juana—, ésta se mostraba muy animada.

—Mañana llegará el resto del convoy —le dijo a Dunois, mientras cabalgaban por las calles oscuras, acompañados de portadores de antorchas—. En cuanto amanezca, saldré al encuentro de los hombres. Pero esta vez obraré a mi albedrío, bastardo. Entraremos en Orléans por la ribera opuesta del Loira, por el lado de Beauce, por entre las fortalezas inglesas. Creedme y veréis cómo los ingleses ni siquiera dispararán contra nosotros desde sus fortificaciones. No se atreverán a tocar un solo cabello de nuestras cabezas cuando los sacerdotes de mi vanguardia entonen el *Veni Creator*. Y en cuanto hayan llegado a la ciudad todas las provisiones, podremos efectuar una salida y conquistar una de sus fortalezas. No me contradigáis ahora, bastardo, sucederá tal como he dicho. Valor y confianza en el poder de Dios, ¡eso es todo cuanto necesitamos!

—Hum —dijo Dunois, con gesto irónico—. Posiblemente tengáis razón, Juana. Vuestro es el mando, yo no pienso oponerme.

—¡No soy yo quien capitanea los ejércitos, sino este estandarte, bastardo! —Juana alzó su mano izquierda y tocó con cuidado los flecos dorados de la inmensa enseña—. Él nos llevará a la victoria. Y una vez que el enemigo haya sido derrotado y que monseñor el delfín haya sido coronado en Reims como es debido, liberaremos al duque de Orléans. Si es preciso, cruzaré el mar para ir a buscarlo a Inglaterra. Eso mismo fue lo que les dije a la hija y al yerno del duque, la señora y monseñor de Alenon, a quienes fui a visitar en Saumur. ¿Cuánto tiempo lleva preso el duque en Inglaterra, bastardo?

Dunois, con la mirada fija en las llamas oscilantes de las antorchas que precedían la comitiva, repuso:

—Catorce años.

* * *

Nouvelles ont couru en France
Par maints lieux que j’estoye mort,
Dont avoient peu desplaisance
Aucuns qui me hayent à tort;
Autres en ont eu desconfort,
Qui m’ayment de loyal vouloir,
Comme mes bons et vrais amis.
Si fais a toutes gens savoir
Qu’encore est vive la souris!

Je n'ay eu ne mal ne grevance
Dieu mercy, mais suis sain et fort.
Et passe temps en esperance
Que paix, qui trop longuement dort,
S'éveillera et par accort
A tous fera liesse avoir.
Pour ce, de Dieu soient maudis
Ceulx qui sont dolens de veoir
Qu'encore est vive la souris!

Jeunesse sur moy a puissance,
Mais Vieillesse fait son effort
De m'avoir en sa gouvernance,
À present faillira son sort.
Je suis assez loing de son port,
De pleurer vueil garder mon hoir.
Loué soit Dieu de Paradis
Qui m'a donné force et pouvoir
Qu'encore est vive la souris!

Nul ne porte pour moy le noir,
Ont vent meillieur marchié drap gris;
Or tiengne chascun, pour tout voir,
Qu'encore est vive la souris![16]

Para Carlos de Orléans, quien se encuentra en el castillo de Ampthill, en el condado de Bedford, las pocas cartas que ha recibido de Dunois a lo largo de los años 1430, 1431 y 1432, a través de Jean le Brasseur y su perrillo, son hitos en una inmensidad de tiempo baldío. Afortunadamente su guardián y anfitrión, el caballero John Cornwall, señor de Fanhope, le deja cierta libertad; puede pasear, montar a caballo y, con una escolta armada, cazar en los alrededores. En el castillo dispone de varios aposentos cómodamente amueblados, y tiene a su servicio a personal de habla francesa. Posee ahora gran cantidad de libros y, si así lo desea, tiene la oportunidad de frecuentar la compañía de nobles del círculo de amigos de Cornwall. Sin embargo, no se habla de política; las noticias sobre las operaciones militares y sobre la situación en Francia le son ocultadas cuidadosamente. Cuando Le Brasseur lo visita para presentarle cuentas y documentos que ha de firmar, siempre hay en la estancia media docena de hombres, a fin de interrumpir de inmediato cualquier contacto que no sea exclusivamente administrativo. No siempre Carlos logra adueñarse de las cartas que se ocultan con tanto ingenio bajo el largo pelaje del perro. En más de una ocasión se ha visto obligado a devolverle el animal a Le Brasseur sin haber logrado

su objetivo, por considerar que la coyuntura era poco favorable. Por nada del mundo quisiera que sus guardianes descubrieran el modo en que recibe información, pues si no pudiera volver a contar con las visitas de Le Brasseur, se rompería para siempre todo contacto entre su medio hermano y él.

Las cartas, diminutos rollitos de papel fino, de apretada escritura, las guarda en una caja plana de madera, que siempre lleva encima. Por la noche, a la luz de una vela, protegido cuidadosamente dentro de las colgaduras de su cama, lee y relee una y otra vez las hojitas que, para él, representan a Francia. Si bien de este modo está al corriente de muchas cosas y aún barrunta muchas más, no consigue obtener una visión clara de la situación real. Se compara a sí mismo con un ciego que tantea con sus dedos un terreno desconocido: aunque conoce los contornos de todo cuanto tiene a su alcance, no acierta a imaginarse bien el conjunto.

Así, en una carta que recibe a principios de 1430, lee que en el mes de mayo del año anterior fue levantado el sitio a la ciudad de Orléans en un plazo de cuatro días; la guarnición luchó de modo verdaderamente heroico bajo el mando de una muchacha, Juana, a la que desde entonces llaman en todas partes la Doncella de Orléans. A Dunois le falta espacio para extenderse en detalles acerca de esta jefa de ejército tan prodigiosa a los ojos de Carlos; pero su nombre, mencionado con respeto y cariño, se repite una y otra vez en el informe sobre los acontecimientos. Pese a la oposición del favorito real La Trémoille, Juana condujo al rey a través del territorio enemigo hasta Reims, donde fue ungido y coronado rey de Francia. Al frente de ocho mil hombres, Juana despeja de tropas inglesas la región a orillas del Loira. La fama de Juana hace que Normandía, Picardía e Ile de France se declaren dispuestas a reconocer al rey. Ahora Juana quiere liberarlo a él, al duque de Orléans. En Jargeau, Juana captura al conde de Suffolk, y, tras consultar a Dunois, lo suelta a cambio de un rescate de 20 000 escudos de oro, amén de la promesa de que, cuando vuelva a Inglaterra, se esforzará en pro de la liberación de Carlos de Orléans y Juan de Angulema.

—Juana… Juana… —murmura Carlos dubitativo; no alcanza a comprender cómo una mujer puede ejercer la autoridad en medio de hombres como Dunois, Gaucourt, Richemont y Alenon. ¿De veras creerán que esa Doncella de Orléans conseguirá lo que no lograron los mejores jefes de ejército? Pero ahora que el mismo Dunois, siempre tan tranquilo y sereno, escribe con tanto entusiasmo, sospecha que allá en Francia se vive en un delirio de esperanza y renovados ánimos. Por otra parte, es innegable que, según las noticias recibidas, los ejércitos reales obtienen importantes logros.

> *Se vislumbra ya el final*, le comunica Dunois al final de una carta*; en breve marcharemos con Juana sobre París. Albergo grandes esperanzas de que aquellos que simpaticen allí con nuestra causa nos abran las puertas. ¡Tal vez, querido hermano, podamos vernos dentro de poco tiempo!*

Las noticias que recibe Carlos tres meses más tarde son bastante menos esperanzadoras. Los ingleses consiguieron rechazar el asalto a París, y las tropas del rey tuvieron que retroceder por el Loira, e incluso hubieron de ser disueltas en parte, por falta de dinero. ¿Y Juana? Por primera vez, Carlos percibe la duda y desazón tras las palabras de Dunois.

Sería preferible que Juana retornase a Lorena, escribe el bastardo, *antes de que su torpeza y su temeridad la hagan cometer graves errores.*

Luego pasa casi un año entero antes de que Carlos vuelva a recibir visita de Le Brasseur. Ya se ha hecho a la idea de que le traerá malas noticias; por el caballero Cornwall se ha enterado de que el niño Enrique VI, de diez años de edad, ha sido llevado a París, donde se le ha coronado con toda pompa como rey de Francia e Inglaterra conjuntamente. Carlos considera improbable que esto hubiera ocurrido si las cosas les fueran bien a sus correligionarios allende el Loira. También le han anunciado a bombo y platillo que una tal Juana, apodada la Doncella de Orléans, una agitadora, bruja, rebelde contra la autoridad inglesa y hereje, ha sido apresada en una contienda en las inmediaciones de Compiégne. La breve carta que Carlos recibe finalmente de Dunois en julio de 1431 no hace sino confirmarlo.

La traicionaron y vendieron. Permaneció demasiado tiempo entre nosotros. Comoquiera que el rey ya no la necesitaba, no movió un dedo por salvarla. En la corte de Bourges siguen ahora a un nuevo profeta, un pastor oriundo de Géveau, a quien por ahora le parece más seguro adular al rey que salir a pelear por Francia como hizo Juana. Los ingleses les entregaron a la Universidad, y, particularmente, a su amigo y protector Pierre Cauchon, el nuevo arzobispo de Beauvais. Y, como era de esperar, Juana fue acusada de herejía. La obligaron a confesar —ignoro de qué procedimientos se valieron— que servía al diablo. Pero, aunque sabía lo que le aguardaba, se retractó de su confesión. El día treinta de mayo fue quemada en Ruán.

No sé si era una enviada de Dios. Era valiente y piadosa, y nos dio en el momento crítico la fuerza que necesitábamos. Pero debió haber reconocido que había cumplido su misión tras conducir al rey hasta Reims. No quiso abandonar su puesto, incluso cuando dejó de oír las voces que, según ella, le daban sus órdenes. Gustaba de ejercer el mando y marchar al frente de una tropa. Nada le era más grato que alentar a sus soldados en la lucha. Era un placer que no quería perderse.

En muchas ocasiones, desde la derrota a las puertas de Paris, sus acciones me parecieron descabelladas y le reproché su falta de juicio. Pero ahora que sé cómo ha muerto, para una no es menos santa y heroica que los mártires, cuyas

vidas leíamos de pequeños. Con su muerte muchos han recuperado la confianza que perdieron cuando la suerte se tomó adversa. Sin duda alguna, el pueblo francés la recordará con amor y respeto, y, alentado con el ejemplo de su constancia, perseverará en su lucha contra Inglaterra. Pero el rey habrá de lamentar amargamente el haberla abandonado a su suerte. Por lo que a mí respecta, sé que jamás podré volver a hallar la alegría verdadera en este mundo, ahora que no volveré a ver a Juana a lomos de su corcel negro, enarbolando por delante de ella, bien alta, su reluciente enseña, y gritando: «¡Vamos, bastardo, ya está amaneciendo; hay que poner manos a la obra!»

Vuelve a transcurrir lentamente otro año. En ese tiempo, varias noticias llegan a oídos del prisionero, y no sólo a través de cartas procedentes de Francia; las palabras de sus sirvientes y de sus visitantes ingleses le permiten inferir alguna que otra nueva, y de cuando en cuando se entera de algún rumor, de algún eco de los acontecimientos en Londres o en ultramar, en Francia y Flandes. Los ingleses tienen problemas en los territorios que aún mantienen ocupados: los disturbios y rebeliones de la población están a la orden del día, y poco a poco han de ir abandonando un sinfín de ciudades y pueblos donde antaño estaban firmemente atrincherados. En el gobierno de Londres reina la discordia entre los partidos de Gloucester y Winchester; los males que Enrique V creía combatir en Francia, han pasado ahora a Inglaterra, como si de una enfermedad contagiosa se tratara: las enemistades enconadas entre grandes señores, y los disturbios nacionales.

Hay poco dinero para continuar la guerra. Por ello, el contingente de tropas inglesas estacionadas en Francia no asciende a más de cuatro o cinco mil soldados. El duque de Borgoña, quien oficialmente sigue siendo aliado de Inglaterra, se abstiene de cualquier acción de apoyo.

Carlos se entera de que en Inglaterra se han alzado voces en favor de la paz. En cuanto esto ha llegado a sus oídos, aguarda con febril impaciencia las noticias de Dunois. Paz…: esta palabra, que desde hace muchos años no ha osado pronunciar siquiera en sus pensamientos, lo sume ahora en un estado de continua desazón. La paz: he ahí su única posibilidad de ser liberado; tras más de diecisiete años de cautiverio es plenamente consciente de ello. Para su hermano el de Angulema y para él, todo depende de la paz, y ahora que dicha paz parece posible y que la libertad se halla casi a su alcance, apenas si es capaz de seguir esperando, aún por más tiempo.

«¡Dios mío! Ojalá el rey aproveche la ocasión que se le brinda», piensa. «Ojalá se den cuenta allá en Francia de que jamás se les ha presentado oportunidad más favorable: a los ingleses les va tan mal que no les importará retirarse a cambio de algunas tierras y algo de dinero. Quiera Dios que pronto se entablen negociaciones».

En regardant vers le païs de France
Un jour m'avint, a Dovre sur la mer
Qu'il me souvint de la doulce plaisance
Que souloye oudit pays trouver
Si commençay de cueur a souspirer
Combien certes que grant bien me faisoit
De voir France que mon cueur aimer doit

Je m'avisay que c'estoit non savance
De telz soupirs dedens mon cueur garder
Veu que je voy que la voye commence
De bonne paix, qui tous biens peut donner
Pour ce, tournay en confort mon penser
Mais non pourtant mon cueur ne se lassoit
De voir France que mon cueur amer doit.

Alors chargay en la nef d'Esperance
Tous mes souhaitz, en leur priant d'aler
Outre la mer, sans faire demourance
Et à France de me recommander.
Or nous doint Dieu bonne paix sans tarder!
Adonc auray loisir, mais qu'ainsi soit
De voir France que mon cueur amer doit.

Paix est tresor qu'on ne peut trop loer;
Je hé guerre, point ne la doy prisier
Destourbé m'a long temps, soit tort ou droit
De voir France que mon cueur aimer doit.[17]

En el transcurso del año 1434, el Consejo de Inglaterra transfirió la custodia de Carlos a William de la Pole, conde de Suffolk, el mismo Suffolk que había dirigido, cinco años antes, el asedio de la ciudad de Orléans, y el mismo Suffolk que, tras haber sido apresado por Juana junto a Jargeau, había sido puesto en libertad a cambio de un rescate de 20 000 escudos de oro. El de Suffolk cumplió la palabra de honor que había dado a Dunois: la mejora en las circunstancias de Carlos se debía en gran medida a su intervención. Desde su regreso a Inglaterra, el de Suffolk había encarecido insistentemente al Consejo que se confiara al duque de Orléans a su tutela.

Así fue como Carlos abandonó finalmente, con gran acompañamiento de jinetes y hombres armados, los boscosos cerros y valles que rodeaban Ampthill, para dirigirse a la nueva morada que le había sido asignada: el castillo de Wingfield, desde antiguo la residencia del linaje De la Pole. El castillo de Wingfield no estaba muy lejos del mar, entre verdes llanuras y campos de labor, divididos en parcelas por setos e hileras

de árboles. Unos pequeños molinos apresaban entre sus aspas las ráfagas saladas que traían a aquellos parajes un olor a algas y espuma. Allí las nubes parecían más etéreas y veloces que en cualquier otra parte. Ni los inhóspitos cerros cerca de Pontefract, ni los bosques en las inmediaciones de Bolingbroke, ni los parques majestuosos y sombríos de Ampthill habían oprimido el ánimo de Carlos como este paisaje ventoso, monótono y frío, bajo un cielo incoloro. Aquella región era la completa antítesis del exuberante valle del Loira, la patria perdida, por la que tanto suspiraba su corazón dolorido.

El castillo de Wingfield señoreaba la aldea del mismo nombre, un grupo de cabañas y pequeños cortijos con techos de paja, situados en medio de huertos y campos con árboles frutales. Frente al castillo, en el extremo opuesto del pueblo, una iglesia alzaba al cielo su torre achatada. El castillo condal, con sus murallas y fosos, torres angulares y almenas, ofrecía un aspecto sobrecogedor. Con el ánimo sombrío, Carlos se dejó conducir por encima del puente levadizo, a través del pesado pórtico, hasta el interior de Wingfield. Pero el recibimiento superó todas sus expectativas. El de Suffolk se mostró como un anfitrión afable y cortés, y su joven esposa Alicia, nieta del poeta Chaucer, cuya obra conocía también Carlos, era una mujer culta e instruida como pocas. Ambos hablaban correctamente el francés, como todos los linajes nobles oriundos de Normandía. Si bien Carlos a lo largo de los años había aprendido a expresarse en un inglés bastante correcto, el conde de Suffolk y su mujer, en atención a él, jamás se servían de dicha lengua en su presencia. Lo trataban exclusivamente como a un invitado, permitiéndole que tanto en el castillo de Wingfield como en sus alrededores se moviera libremente sin las molestias de una escolta armada.

El de Suffolk tenía dos años menos que Carlos, por lo que era un hombre en la flor de la vida. Desde Azincourt había estado casi ininterrumpidamente sobre las armas; había participado en todas las batallas y asedios importantes, y, tras la muerte del de Salisbury, había asumido el mando supremo de los ejércitos ingleses en Francia. Pero ahora —no se cansaba de repetirlo— se había hartado de la vida de campaña; tras veinte años luchando, ni siquiera el cargo militar más importante podía tentarle a permanecer en Francia.

—Bastante tengo con administrar mis dominios y arreglar mis asuntos personales —le decía cierto día a Carlos, tras haber oíd misa, mientras atravesaban lentamente la nave de la iglesia de Wingfield.

Las columnas se alzaban cual troncos blancos y se ramificaban formando pequeñas bóvedas de abanico, como un bosque de mampostería blanca. Delante del altar se encontraban las tumbas de los antepasados del de Suffolk; encima de los sepulcros yacían, esculpidos en piedra, los caballeros, armados de pies a cabeza, apretando piadosamente entre sus manos la empuñadura de sus espadones. Como de costumbre, Carlos deletreaba al pasar las frases latinas que se habían grabado en los laterales de aquellos monumentos: «*Aquí descansa en paz Michael de la Pole, conde*

de Suffolk», «*Aquí esperan el día del Juicio los restos de John de la Pole, señor de Wingfield*».

—Creedme, monseñor —prosiguió el de Suffolk—, es preciso haber visto tanta guerra como yo para comprender que la paz es el bien más preciado.

Carlos se detuvo.

—Tal vez eso aún se comprenda mejor cuando se es un pájaro enjaulado, como yo —dijo, mirando a su anfitrión con su sonrisa distraída e irónica—. Y, ciertamente, estoy convencido de que habéis escogido la mejor parte, señor. Una vida tranquila en las propias posesiones, rodeado de parientes y amigos, ¿qué más puede ansiar un hombre? La ambición y el afán de aventuras son malas compañías. Personalmente, no concibo existencia más apetecible que la que vos mismo lleváis en la actualidad. Ya quisiera yo poder imitaros, allá en Francia. Precisamente porque ansió una vida semejante desde lo más profundo de mi corazón, y porque estimo que es derecho de toda persona el poder saborear tranquilamente los placeres de un hogar, ¡tal vez por eso sea yo el partidario de la paz más convencido que podáis encontrar, señor!

El de Suffolk se volvió a medias para mirar a su huésped. El inglés era más alto y más fuerte que Carlos, y aparentaba mucha menos edad.

Durante los largos años de forzada inmovilidad en espacios cerrados, Carlos había perdido la flexibilidad de sus andares y la musculosa agilidad que le habían caracterizado de joven. Su cuerpo se había vuelto pesado y fofo, y su rostro estaba prematuramente ajado. En las comisuras de la boca y las aletas de la nariz se percibían arrugas descendentes, testigos de la amargura y del pesar soportado en silencio.

Aunque no había cumplido aún los cuarenta años, caminaba como un hombre de más edad, con cautela, algo cargado de espaldas, lentamente, como con desgana. Siempre vestía ropajes negros, desprovistos de adornos, de corte extremadamente austero; tanto en invierno como en verano solía envolverse en un manto forrado de pieles: dentro de los muros de los castillos reinaban el frío y la humedad, y él tendía a sufrir de gota.

Al de Suffolk, quien nunca lo había visto antes, le costaba trabajo creer que el de Orléans alguna vez hubiera sido joven; en aquel hombre taciturno, algo grueso, no había nada que recordara la juventud.

En ocasiones, durante alguna conversación sobre temas de su interés, el duque solía olvidar hasta tal punto las circunstancias en las que se encontraba, que se despojaba, fugazmente, de aquel manto de tristeza e inercia. En esos momentos su voz, de por sí agradable, cobraba claridad, y relumbraba en sus ojos una chispa risueña, mientras movía con gestos vivos sus manos bien formadas. Entonces también parecían desaparecer como por ensalmo su tedio y su melancolía, y hacía gala de una agudeza y un donaire que cautivaban tanto más al de Suffolk y a su esposa cuanto que ambos cónyuges, por su educación y hábitos, estaban familiarizados desde hacía mucho tiempo con las formas francesas. A su prisionero también lo estimaban mucho

como persona; era muy raro encontrar a alguien que, pese a su rango, se comportara con tanta modestia y reserva, sin perder en ningún momento el dominio de sí ni sus buenas maneras. Además, era evidente que dicha actitud no era fruto de la superficialidad ni la indiferencia. A nadie que tratara al duque de Orléans en la vida diaria podía escapársele que el curso de los acontecimientos le afectaba profundamente.

El de Suffolk lo apreciaba en grado sumo; no obstante, le parecía que a veces el duque se comportaba con excesiva resignación y apatía; pero ¡por todos los cielos!, el hombre llevaba veinte años cautivo, por lo que no era de extrañar que su agilidad se hubiera resentido. Al de Suffolk le parecía poco probable que este hombre avejentado, que mostraba un notable interés por las cuestiones del espíritu, aún deseara participar en el escenario político. Era a todas luces inútil mantener al de Orléans en Inglaterra por más tiempo; cualquiera que tuviera cierto conocimiento de lo que acontecía al otro lado del paso de Calais, no podía sino convencerse de que era bien poco lo que podía hacer el de Orléans, ya fuera a favor o en contra de Inglaterra. Desde los días en que reinara Enrique V, las relaciones entre ambos países habían sufrido modificaciones tan drásticas, y los asuntos nacionales habían cobrado un carácter tan distinto, que al duque, cuyas opiniones y actitudes eran aún las de un hombre de veinte años antes, le costaría gran esfuerzo obtener una visión de la nueva situación, cuánto más el dominarla como diplomático. Por ello, al de Suffolk los titubeos del gobierno con respecto a la liberación de Carlos de Orléans le parecían altamente exagerados; durante años había señalado una y otra vez cuán inútil era prolongar el exilio de éste. ¿Por qué no se fijaba de una vez el importe del rescate y los plazos de pago? O, pensándolo mejor, ¿por qué no se dejaba regresar al de Orléans a Francia, bajo su palabra de honor y a cambio de determinadas garantías?

Al joven Enrique VI la propuesta le parecía razonable, pero los regentes y la mayoría de los consejeros reales se oponían a ella. Opinaban que, para Inglaterra, Carlos de Orléans y su hermano constituían dos valiosas bazas, que de momento convenía guardar; tal vez llegara pronto la ocasión de obtener el máximo provecho de ellas. No en vano el de Orléans seguía siendo —aun cuando el cautiverio le hubiera dejado mayores secuelas de las que había sufrido— cabeza de una de las casas más importantes de Francia; era probable que hiciera valer de nuevo su influencia o su poder.

Al de Suffolk le irritaban secretamente todos aquellos reparos ridículos del Consejo. Él, que había luchado durante más de veinte años en Francia, conocía bien la situación en dicho país. Sabía por experiencia propia que era Dunois, el bastardo, quien representaba en realidad a la casa de Orléans, y seguramente con bastante más pericia y energía de lo que jamás hubiera podido mostrar el duque en parecidas circunstancias.

Algunas veces, cuando se encontraban en la sala mayor, el conde de Suffolk escudriñaba en silencio a su invitado. Veía al de Orléans sentado entre los cómodos

cortinajes verdes, que, siguiendo la costumbre francesa, colgaban siempre alrededor de su asiento o banco, inclinado sobre el libro que tenía ante él en el atril, con la cabeza apoyada en la mano. Incluso dentro de casa gustaba de tocarse con su capirote de terciopelo; al leer se servía de unas lentes, dado que su vista había empeorado considerablemente en los últimos años. Aquel pálido rostro de facciones delicadas expresión melancólica, con sus labios finos y nariz noble y algo aguileña, no era en modo alguno el semblante de un ambicioso hombre de mundo, de un diplomático agudo y emprendedor, de un jefe de partido sediento de poder. Los libros que había frente a monseñor en el pupitre, no podían sino apartarlo mucho de semejantes afanes: La Imitación de Cristo, y la Consolación de la filosofía.

Aquel hombre, que le leía a *lady* Suffolk los róndeles y vi reíais compuestos por él, escritos en unas hojas ya algo amarillentas, jamás querría dedicar tiempo o esfuerzo alguno a las intrigas políticas. Esto al menos era lo que le parecía al de Suffolk.

Los dos hombres se detuvieron dentro de la nave de la iglesia de Wingfield, que aparecía iluminada por el reflejo de la luz del sol en los muros blanqueados.

—Hace tiempo que debía haberse logrado la paz entre Francia e Inglaterra —dijo el de Suffolk con voz queda—. En 1428, aún antes de que pusiéramos cerco a la ciudad de Orléans, ya se hablaba de negociar. Aquel que se llama a sí mismo vuestro rey, no parecía reacio a llegar a un acuerdo con nosotros. El que continuaran las hostilidades se lo debe vuestro país a esa campesina que luego fue quemada en Ruán: un ser fanático, necio y obstinado, sin la menor noción de estrategia, y, en los combates, de una temeridad desconcertante. ¿Qué sentido puede tener enardecer a los soldados y al pueblo, cuando esos arrebatos temporales de entusiasmo no son reflejo de una aspiración común? Con su locura, esa mujer perjudicó mucho a vuestro país: no hizo sino soliviantar al pueblo, pero éste carece de la energía necesaria para pasar a la acción. —Carlos se limitaba a asentir, sin mirar a su interlocutor. El de Suffolk tosió y prosiguió rápidamente—: Por otra parte, parece que ahora van por buen camino las negociaciones entre vuestro… eh… rey y el duque de Borgoña. Se celebrarán deliberaciones en Arras. No parece interesaros mucho la noticia, ¿me equivoco, monseñor?

—Me pregunto si eso significará la paz —dijo Carlos, encogiéndose de hombros —. No estoy muy seguro de ello.

—Tal vez yo pueda tranquilizaros. También han partido hacia Arras representantes de nuestro gobierno. Queremos intentar llegar a un arreglo con Francia. Afortunadamente participarán en las deliberaciones mediadores prestigiosos y experimentados: el internuncio papal Albergati y el cardenal de Chipre. Además… —el de Suffolk hizo una pausa; comprobó con satisfacción que la mirada apagada y sombría del de Orléans se había avivado repentinamente con una chispa de interés—, además hoy he recibido un mensaje de Londres en el que se me comunica que en breve visitarán al rey portavoces, para debatir las posibilidades de un tratado general

de paz. Con tal motivo, me han convocado para que acuda al palacio de Westminster.

La chispa se apagó; Carlos se dirigió lentamente a la puerta de la iglesia, caminando por encima de las losas.

—Perdonadme, señor, pero soy incapaz de imaginarme cómo podrá llegarse a un consenso. Ignoro las exigencias que presentarán las distintas partes, pero me temo que sean tan diametralmente opuestas que resulte imposible llegar a un acuerdo.

—Monseñor. —El de Suffolk lo siguió rápidamente, asiéndolo por el borde de una de sus mangas. Volvió a toser, al ver que Carlos le dirigía una mirada escrutadora y penetrante—. Monseñor, en Londres consideran que la presencia de un francés experimentado e influyente podrá favorecer en gran medida el curso de las negociaciones. En una palabra, querrían que vos me acompañarais a Londres.

—¿Para interceder por las exigencias de vuestro gobierno? —preguntó Carlos con una extraña sonrisa, que confundió ligeramente al de Suffolk—. Hace diecisiete años ya me pidieron algo semejante —prosiguió Carlos, sin apartar su mirada del de Suffolk—. En aquella ocasión, consideré que mi honor y mi conciencia me obligaban a rechazar aquella propuesta sin más. Al mirar atrás, no puedo por menos de pensar que he pagado bastante caro aquel breve momento de satisfacción personal.

—¿Estáis insinuando que ahora habéis cambiado de parecer? —preguntó el de Suffolk, tenso. Sin dejar de sonreír, Carlos recorrió con la mirada el rostro que tenía frente a él: en la tez bronceada del de Suffolk se destacaban varias cicatrices como rayas blancuzcas.

—¿Acaso creéis que aún tengo alguna influencia sobre mis compatriotas, monseñor? —El de Suffolk apartó la vista involuntariamente y se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo, monseñor? Sois el duque de Orléans. Hasta la fecha se os ha considerado lo bastante importante, y peligroso, como para manteneros encerrado bajo siete llaves.

Carlos tomó sus guantes del cinto y se los puso con movimientos pausados y reflexivos; mientras lo hacía, mantenía la mirada fija en la puerta abierta, por la que entraba la luz del sol inundando la iglesia.

—Es cierto; pero comprenderéis que no os puedo dar una contestación inmediata —dijo, al cabo de unos instantes—. Permitidme que reflexione sobre ello, señor.

Transcurría lentamente la noche. Carlos, apoyado en la pila de almohadas de su cama, había apagado la vela que tenía a su lado; permanecía inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, viendo cómo las estrellas cambiaban de lugar en aquella parte del firmamento que veía a través de su ventana. Un viento frío le traía aquella fragancia tan familiar del mar; pensaba —¿por primera vez en cuántos años?— en el barco que algún día lo devolvería a Francia. Francia, aquella larga línea de arena grisácea delante de Calais. Suspiró, sin moverse. Esta vez estaba al alcance de su

mano, decía la voz interior con la que solía dialogar; esta vez la libertad pasaba tan cerca de él, que sólo podría culpar a su propia necedad si la dejaba escapar. El corazón de Carlos, oprimido por el tedio y la amargura, no replicaba, si bien sabía perfectamente que aquella libertad tenía un precio, y no solamente en escudos de oro.

«Ya tengo cuarenta años», reflexionaba Carlos, con los ojos clavados en el firmamento titilante de estrellas. «Lo que me quede de vida quiero pasarlo en mi propia casa, en mis propias tierras, a mi manera. Dios sabe que no es mucho pedir». «Bonne», decía la voz en su interior. Parecía un eco, la sombra de un sonido. Carlos hubo de sonreír, lleno de profunda amargura y sorpresa. ¿Bonne? No recordaba el aspecto de Bonne, ni acertaba a evocar sus palabras ni el timbre de su voz: ya no era más que un nombre para él, un nombre que en su corazón despertaba únicamente agradecimiento por una dicha remota, una dicha tan deslumbrante que su resplandor le había acompañado durante los largos años de profunda soledad.

Sabía que Bonne vivía aún en Rodez, retirada en el convento de los Cordeleros, como correspondía a una señora cuyo marido mora en el exilio en tierra extraña. Sabía por las cuentas que le mandaba Vittori, que ella había enviado regularmente cantidades de dinero. En dos o tres ocasiones, en todos aquellos años, había recibido noticias directas de ella: breves misivas escritas por un escribiente. Le había costado mucho trabajo percibir en aquellas frases ceremoniosas el calor que sin duda Bonne habría querido darles. No dudaba de su fidelidad; comprendía que había elegido voluntariamente la reclusión tras los muros conventuales para sentirse cercana a él, al menos en lo que se refería a la sensación de soledad. Comprendía que ella vivía tal como se imaginaba la existencia de él, y que en ello hallaba cierto consuelo.

Su imagen se le había escapado —¿qué podía esperar?— pero, aunque él no pensara conscientemente en ella, ella vivía en él; sus vidas estaban unidas, y ni el tiempo ni la distancia podrían separarlos en la tierra.

Era cuando pasaba las hojas de lo que solía denominar, con melancólica ironía, su «Libro de Pensamientos», cuando ella se le antojaba más real: Bonne vivía en las canciones, róndeles y baladas de la manoseada vitela. El amor, el deseo y el calor del recuerdo le habían inspirado en otros tiempos las palabras con las que había recreado su imagen. Aún recordaba la impotente amargura con que —¿diez, doce años antes?— había comprobado que ni siquiera al releer aquellas canciones, ni al enfrascarse en los reflejos de los sentimientos otrora tan vivos, podía hacer revivir su corazón. Por costumbre siguió dedicando versos a Bonne, pero lo que en un principio había sido una apremiante necesidad, con el paso del tiempo se convirtió en una actividad a la que se dedicaba primordialmente para ahuyentar el tedio mortal; cincelaba sin pasión y con esmero un verso tras otro, esforzándose por vencer las dificultades que le planteaba el estrecho corsé de la forma y la rima artificiosa. Pero durante este quehacer la imagen de Bonne se había ido desdibujando. Cuando ahora hojeaba su «Libro de Pensamientos», tan sólo le invadía una leve nostalgia por el amor perdido y una sensación de burlona indulgencia ante la propia nostalgia.

Desde que vivía en el castillo de Wingfield, pensaba más en Bonne que en los años anteriores; no tanto en ella misma, sino en lo que ella representaba: la vida hogareña, la solicitud femenina, el refugio y la paz definitiva en la que se diluyen todas las tensiones. Su mirada seguía en secreto a *lady* Suffolk, cuando ésta se encontraba cerca de él. La serena desenvoltura con la que ella se ocupaba de su comodidad le hizo añorar de nuevo a aquella mujer que aguardaba su retorno allá en Rodez; se habría convertido, sin duda, en una mujer extraña, madura, marcada por la larga soledad, pero tal vez, precisamente por eso, en la compañera que necesitaba. Quería tener hijos e hijas; sucesores, herederos.

Jamás había experimentado antes aquella sensación, el deseo de verse rodeado por sus hijos, de tocar sus cabezas, darles un nombre, y ver cómo iban ocupando uno a uno los lugares que les estaban reservados.

Su hija Juana era una mujer adulta, esposa del duque de Alenon, y probablemente incluso madre. Apenas recordaba cosas de su niñez: los escasos encuentros, tímidos y fugaces, entre aquella niña pequeña y él no le habían dejado un recuerdo grato. Había sido padre en un momento en que él mismo apenas podía prescindir del suyo. Ahora deseaba ver perpetuado su linaje.

Volver a casa…; en su corazón bullía, con progresiva intensidad, el sentimiento que en el transcurso de los años había aprendido a reprimir a costa de tanta amargura. La brisa nocturna parecía traer, junto con el olor a mar y a pastos, un perfume de libertad. Mientras se hallaba tendido en su cama, inmóvil, contemplando las pálidas estrellas, le invadieron repentinas oleadas de excitación e impaciencia; su corazón palpitaba con fuerza, y su boca estaba seca del desasosiego.

«Qué poco me conozco», pensaba con ironía. «Creía que había aprendido a aceptar mi suerte con resignación. Creía que todo me era indiferente. Pero al cabo de veinte años de cautiverio, mi corazón palpita al pensar en la mera posibilidad de volver a casa, con más fuerza que la víspera de Azincourt».

Su voz interior, moderada, cautelosa y crítica, formulaba reparos:

¿Cuál sería su papel en la conferencia de paz? ¿Qué exigencias le plantearían? Carlos no escuchaba.

—¡Francia! ¡Francia! —exclamó en voz alta. Le asaltaban, por todas partes, oleadas de recuerdos e imágenes, anegando en ellas la razón.

Se abandonó por completo a aquel placer, cosa rara en él. Se encontraba allá lejos, en el camino vecinal que conduce hasta Blois, a orillas del Loira. El paisaje ondulante y exuberante, verde y dorado, vestido de primavera, se extendía ante su mirada. Veía las flores entre la hierba, las vides en las colinas, los destellos de la corriente y las grandes velas de los barcos que navegaban hacia Orléans. Veía también las torres de Blois recortándose sobre el cielo. Las alondras alzaban veloces el vuelo en el cielo titilante de luz. Estaba en casa.

Carlos recuperó la conciencia al comprobar que sus sienes estaban empapadas de lágrimas.

Entre los legados venidos de ultramar se encontraban representantes del duque de Borgoña. Carlos, que había esperado que le presentaran en primer lugar a las delegaciones de Bourges y a los portavoces de los jefes de las casas feudales, se mostró sorprendido y desilusionado. Lo que más había temido, una entrevista con el gobierno inglés en la que se le prescribiera una línea de conducta determinada, no había sucedido. Al parecer, desde las altas esferas no intentaban influir en él en modo alguno. En compañía del de Suffolk, Carlos asistió a todas las deliberaciones; tanto los ingleses como los borgoñones lo trataban con gran respeto y se le rendían todos los honores inherentes a su rango.

Pero no se sentía seguro; comprendía ahora, mientras le invadía una desmedida irritación ante el propio fracaso, que se había convertido en un mero espectador, ajeno a lo que allí se trataba. Ya no estaba acostumbrado a las reuniones, las discusiones, a las réplicas rápidas y agudas. Por otra parte, había hechos que desconocía, y aquellos que conocía no siempre los situaba en un contexto adecuado. Como quiera que quería evitar a toda costa cometer faltas y errores, callaba más de lo que tal vez resultara oportuno en alguien que ha de mostrar que permanece a la altura de las circunstancias. Sorprendido e incomodado contemplaba el comportamiento, a su juicio arrogante, de los legados del de Borgoña: un grupo compuesto por nobles de rango inferior y ricos comerciantes flamencos, ataviados todos ellos como reyes, con un aplomo y una reserva de que tan sólo hacen gala quienes se saben seguros de su propio poder.

Cuando en una ocasión les comentó algo en este sentido al de Suffolk, su anfitrión y guardián le lanzó una mirada rápida y escrutadora, y, tras reflexionar unos instantes, dijo al fin:

—No os debe asombrar, monseñor. El duque de Borgoña es el soberano más poderoso del continente.

—¿Soberano? —Carlos arqueó las cejas.

—Por supuesto, monseñor. Al duque de Borgoña apenas se le puede seguir considerando un vasallo de la corona francesa. Él tampoco lo hace, como se desprende de todos sus actos. Y tampoco tiene por qué hacerlo. Su influencia es tan grande, y es tan rico, que en Turquía los paganos ya lo llaman «el poderoso duque de Occidente». —El de Suffolk sonrió con prudencia—. Si realmente se lograra un acuerdo entre vuestro… rey y el de Borgoña, sin duda será este último quien fije las condiciones. Y el hecho de que Inglaterra negocie con Francia, en realidad equivale a que Inglaterra, junto con el de Borgoña, decide sobre la suerte de Francia. Sí, monseñor, y si he de seros totalmente sincero, incluso he de reconocer que, tal como están las cosas, parece más bien como si el de Borgoña decidiera tanto sobre la suerte de Francia como sobre la de Inglaterra. Se mire por donde se mire, el de Borgoña es quien mueve la mayoría de los hilos. No, no, monseñor, estoy hablando en serio: en los diez últimos años se ha ido operando un cambio del que conviene que seáis

consciente. Habéis de ver al de Borgoña como a un soberano independiente.

Carlos sacudió la cabeza.

—¿De modo que he de asumir que mi primo el de Borgoña ha logrado aquello por lo que tanto su padre como su abuelo lucharon incesantemente: una Borgoña independiente de Francia?

—Exacto, exacto, así es, monseñor. Es preferible que os hagáis cargo de la situación. Así os será más fácil adoptar vuestra postura durante las próximas deliberaciones. No estaréis sentado frente a representantes de aquel que se llama a sí mismo rey de Francia. —Como buen inglés, el de Suffolk seguía rehusando otorgarle a Carlos VII el título que a su juicio correspondía a Enrique VI—. Estaréis sentado frente a los portavoces de un poderoso Estado vecino, que dispone de suficiente influencia en Francia como para hacerse oír también en asuntos internos franceses.

—¿Qué es lo que en realidad se espera de mí? —preguntó Carlos de pronto; el de Suffolk percibía claramente su nerviosismo.

—Ya sé que el vuestro no es un cometido fácil, monseñor. Habréis de encontrar un camino entre las distintas partes. Se trata de que mantenéis, por un lado, que el de Borgoña acepte sugerencias nuestras, y, por otra, de que evitéis que el partido de Bourges, por llamar de alguna manera a ese grupo, formule propuestas o presente proyectos contrarios a los deseos del de Borgoña. A mi juicio, debéis comenzar informándoos muy detalladamente de las distintas tendencias; sobre todo, dentro del partido de Bourges. Si mis informaciones son correctas, las distintas casas de la nobleza están dispuestas a hacerle más concesiones al de Borgoña que vuestro… rey. Sería deseable que nuestro gobierno pudiera llegar a un acuerdo en el que participaran conjuntamente el de Borgoña y las casas francesas. Para nosotros ésa es sin lugar a dudas la solución más favorable.

—¿Significa eso la exclusión del rey de Francia? ¿Se trataría, pues, de tenderle una celada?

El de Suffolk se encogió de hombros.

—Resulta muy difícil hallar un nombre apropiado para este tipo de sutilezas políticas, monseñor.

Carlos se apartó lentamente. Encontraban se ambos en una estancia de la vivienda fortificada del de Suffolk, en Londres, una casa hermosa y grande, construida enteramente de piedra, cerca del palacio real de Westminster. Carlos estaba confuso e inseguro, ahora comenzaba a comprender que, en el camino hacia la libertad, había más de un peligro que combatir y más de una dificultad que salvar. Se hallaba en un laberinto en el que su noción del espacio y su sentido de la orientación eran totalmente insuficientes.

—Dios mío, pero entonces será preciso que me den autorización para entrevistarme con representantes de mi casa, así como con los de las casas de Bretaña, Alenon y Borbón —dijo al fin—. ¿No podría encontrarme en Dover o en cualquier otro lugar de la costa con legados procedentes de dichas regiones? De ser

posible, querría hablar con mi medio hermano, el señor de Châteaudun.

—Lo comprendo, monseñor, y personalmente vuestro deseo dista mucho de parecerme irrazonable —dijo el de Suffolk, encogiendo los hombros—. Haré todo cuanto esté en mi mano por convencer al Consejo. Pero de antemano os advierto que lo veo difícil. El gobierno opina que vos podéis mantener esta línea de conducta sin necesidad de celebrar ulteriores conferencias, y que los legados que ya han acudido aquí desde Bourges y los señoríos, tienen autoridad suficiente para dar a conocer vuestros consejos en Arras.

«¡Ay!», pensó Carlos, «Ahora me toca sentir un golpecito de la fusta inglesa». Se despertó en él un rastro de su antigua actitud vigilante. Comparábase a sí mismo con un viejo perro de caza, cojo y medio ciego, al que vuelven a soltar en el campo: el animal ya no vale gran cosa, pero repite instintivamente los gestos de antaño, aguzando el oído, husmeando el suelo y adentrándose en la maleza. Se dio cuenta de que el de Suffolk lo observaba con grave atención, aunque su mirada expresaba también preocupación y amistad; sin duda alguna, el inglés se interesaba por su suerte.

«Le inspiro compasión, piensa que ya no valgo para estas cosas, que fracasaré», pensó Carlos. Le invadió la indignación, que lo sacudió como una corriente. Sintió cómo en su interior despertaba algo cuya existencia jamás había percibido: una ambición desesperada, el ansia de mantenerse a flote, de hacer valer su autoridad, de ganar la partida a cada uno de sus adversarios mediante hábiles e implacables maniobras.

—Monseñor —dijo el de Suffolk de repente—, permitidme que os dé un buen consejo: si deseáis veros libre en un plazo relativamente corto, procuraos el apoyo y la amistad del duque de Borgoña. Mostradle buena voluntad y acceded a sus deseos. Es el único que os puede ayudar, monseñor; ¡de vos depende que quiera hacerlo!

De una carta escrita en 1434 por el abad del convento de los Cordeleros de Rodez a Carlos, duque de Orléans, residente en Suffolk House, en Londres:

> *«… y es nuestro triste deber, monseñor, comunicaros el fallecimiento de la señora Bonne de Armañac, duquesa de Orléans, quien dentro de estos muros llevó una existencia tan piadosa y caritativa, que en todas partes tenía fama de santa.*
>
> *»Fueron incontables sus buenas obras, grande su compasión, y por siempre loadas su generosidad y abnegación. De ella puede decirse con razón que daba de comer al hambriento, vestía al desnudo y consolaba a los afligidos. Que Dios Todopoderoso se apiade de su alma y la llame ante Si en el Paraíso».*

J'ay fait l'obseque de ma Dame

Dedens le moustier amoureaux,
Et le service pour son ame
A chanté Penser Doloreux;
Mains sierges de Soupirs Piteux
Ont esté en son luminaire;
Aussi j'ay fait la tombe faire
De Regrez, tous de lermes pains,
Et tout entour moult richement,
Est escript, Cy gist vrayement
Le tresor de tous biens mondains.

Dessus elle gist une lame
Faicte d'or et de saffirs bleux,
Car saffir est nommé la jame
De Loyauté et l'or eureux.
Bien lui appartiennent ces deux,
Car Eur et Loyauté pourtraire
Voulu en la tresdebonnaire
Dieu qui la fist de ses deux mains,
Et fourma merveilleusement,
C'estoit, a parler plainnement,
Le tresor de tous biens mondains.

N'en parlons plus; Mon cueur se pasme,
Quant il oyt les fais vertueux
D'elle qui estoit sans nul blasme,
Comme jurent celles et ceulx
Qui congnoissoyent ses conseulx;
Si croy que Dieu la vuoulu traire
Vers lui pour parer son repaire
De Paradis ou sont les saints,
Car c'est d'elle bel parement,
Que l'en nommoit communement
Le tresor de tous biens mondains.

De riens ne servent pleurs ne plains
Tous mourrons ou tart ou briefment.
Nul ne peut garder longuement
Le tresor de tous biens mondains.[18]

Varias de las condiciones del tratado concluido en 1435 en Arras:

I. El rey de Francia, Carlos, séptimo de dicho nombre, pedirá perdón al duque de Borgoña y expresará su arrepentimiento por el asesinato cometido en tiempos en Montereau, en la persona del difunto duque Juan de Borgoña; esto ha de hacerlo en persona o a través de apoderados facultados personalmente por él. Castigará a los autores del crimen y/o a sus descendientes, y los desterrará del reino. Pagará al duque de Borgoña una indemnización de cincuenta mil escudos de oro.

II. El rey concederá al duque de Borgoña y a sus herederos, tanto en línea masculina como femenina, la propiedad inalienable de todas las ciudades de la región del Somme, a saber: Maon, Châlons, Auxerre, Péronne, Mont-Didier, Saint-Quentin, Amiens, Abbeville y Ponthieu, con las correspondientes tierras y fortalezas, así como el usufructo de las mismas y el derecho a imponer tributos.

III. El duque de Borgoña queda exento de la obligación de vasallaje o de rendir pleitesía al rey de Francia.

Priés pour paix, doulce Vierge Marie,
Royne des cieulx, et du monde maistresse,
Faictes prier, par vostre courtoisie,
Saints et saintes, et prenés vostre adresse
Vers vostre filz, requerant sa haultesse
Qu'il lui plaise son peuple regarder,
Que de son sang a voulu rachater,
En deboutant guerre qui tout desvoye;
De prieres ne vous vueilliez lasser,
Priez pour paix, le vray tresor de joye!

Priez, prélats et gens de sainte vie
Religieux, ne dormez en paresse,
Priez, maistres et tous suivant clergie,
Car par guerre faut que l'estude cesse;
Moustiers destruits sont sans qu'on les redresse,
Le service de Dieu vous faut laisser,
Quand ne pouvez en repos demeurer;
Priez si fort que briefment Dieu vous oie,
L'Eglise veut à ce vous ordonner;
Priez pour paix, le vrai trésor de joie.

Priez, princes qui avez seigneurie
Rois, ducs, comtes, barons pleins de noblesse,
Gentils hommes avec chevalerie;
Car meschants gens surmontent gentillesse;

En leurs mains ont toute vostre richesse,
Debats les font en haut estat monter,
Vous le pouvez chascun jour voir à clair,
Et sont riches de vos biens et monnoie,
Dont vous deussiez le peuple supporter;
Priez pour paix, le vrai trésor de joie.

Priez, peuples qui souffrez tyrannie
Car vos seigneurs sont en telle faiblesse
Qu'ils ne peuvent vous garder pour maistrie,
Ni vous aider en votre grand destresse;
Loyaux marchands, la selle si vous blesse
Fort sur le dos, chacun vous vient presser
Et ne pouvez marchandise mener,
Car vous n'avez sûr passage ni voie,
En maint péril vous convient-il passer;
Priez pour paix, le vrai trésor de joie.

Priez galans, joyeux en compagnie,
Qui despendre desirez a largesse;
Guerre vous tient la bourse desgarnie.
Priez, amans, qui voulez en liesse
Servir amours, car guerre par rudesse,
Vous destourbe de voz dames hanter,
Qui maintes fois fait leurs vouloirs tourner;
Et quant tenez le bout de la couroye,
Un estrangier si le vous vient oster;
Priez pour paix, le vrai trésor de joie.

Dieu tout puissant nous vueille conforter
Toutes choses, en terre, ciel et mer;
Priez vers lui que brief en tout pourvoye;
En lui seul est de tous maulx amender;
Priez pour paix, le vrai trésor de joie.[19]

2. El Libro de Pensamientos

II n’est nul si beau passe temps
que de jouer a la Pensée.[20]

CARLOS DE ORLÉANS

El día once de noviembre del año 1440, partió de Saint-Omer una brillante comitiva hacia la ciudad-jardín de Gravelinas. Isabel, duquesa de Borgoña, salía a recibir a un huésped ilustre que había llegado a Calais aquella mañana, procedente de Inglaterra. Hacía un tiempo ventoso pero despejado; los pendones, de color rojo, verde y dorado, ondeaban firmes al viento, y los velos de las damas volaban cual ráfagas de niebla.

Todos los personajes de renombre de Flandes y Borgoña se habían unido al séquito de la duquesa, movidos, por una parte, por el deseo de rendir honores a su señora, pero, principalmente, por la curiosidad de ver a aquel hombre que había vivido veinticinco largos años de cautiverio lejos de Francia. Isabel de Borgoña cabalgaba bajo un palio bordado de leones y lirios, cuyos largos flecos dorados revoloteaban al viento. Su rostro brillaba de contento y satisfacción, pues aquel día se presenciaría su triunfo, el éxito de una maniobra política emprendida y dirigida por ella.

La joven Isabel, tercera esposa del duque de Borgoña, era hija del rey de Portugal y princesa de la casa de Lancaster; sentía un marcado interés por las cuestiones políticas, y, desde su llegada a los dominios borgoñones, había seguido atentamente la evolución de las relaciones tanto nacionales como exteriores. Su esposo, quien confiaba en su buen criterio, le encomendaba a menudo la dirección de negociaciones y, en general, de todos aquellos asuntos que requerían sagacidad, paciencia y tacto. Solía considerarla como su embajadora más competente. Comoquiera que ella era de natural más sosegado, prudente y apacible que él, y sabía ser muy paciente, retirándose incluso temporalmente de escena cuando era preciso, le prestaba grandes servicios. Negociaba con representantes del clero y de la burguesía, recibía embajadas, y resolvía de manera satisfactoria un sinfín de problemas de política interna.

Así pues, cuando en el año 1438 Isabel pidió que se le permitiera presidir en Saint-Omer las conferencias relativas al restablecimiento de las relaciones

comerciales anglo flamencas —las hostilidades con Inglaterra suscitaban un rechazo generalizado entre los comerciantes, artesanos y maestros de *aja* de los Países Bajos —, el de Borgoña accedió de inmediato. El que su esposa quisiera desempeñar este cometido le quitaba trabajo y, además, le ahorraba la enojosa tarea de tener que volver a buscar personalmente el acercamiento a los ingleses, cuya cooperación le resultaba cada vez más necesaria por mor de la prosperidad en Flandes. Se había enterado de que, al otro lado del paso de Calais, habían comenzado a tejer por su cuenta paño e hilo, con bastante éxito; había que evitar a toda costa que esto llevara a Inglaterra a dejar de comprar los tejidos flamencos. A la postre, la alianza con Carlos VII de Francia había resultado menos ventajosa de lo que había parecido inicialmente; aquel rey vacilante, de una timidez enfermiza, en el transcurso de los años se reveló como un soberano que, pese a su reserva y su cautela, seguía una línea de conducta determinada. Era lo bastante juicioso como para rodearse de consejeros experimentados y jefes de ejército competentes. Desde que el de Richemont, a la sazón condestable de París, había reconquistado esta ciudad a los ingleses, la autoridad del rey fue reconocida de nuevo en todo el país, aun en aquellas regiones que todavía se encontraban en manos del enemigo.

Pero a continuación, la nobleza y los jefes de las casas feudales, que desde el tratado de Troyes habían apoyado en su totalidad la causa de Carlos VII, se dispusieron a pasarle la factura: los nobles señores de Bretaña, Borbón, Alenon, Armañac, Foix, Lorena, Anjou y otros muchos condes y barones deseaban obtener tierras, dinero, privilegios y altos cargos en el gobierno. El rey, quien no se fiaba de ellos, en lugar de atender sus exigencias, hizo lo que en un pasado remoto habían hecho su padre y su abuelo: se rodeó de consejeros del patriciado y la burguesía, a quienes encomendó la revisión de las finanzas patrias y de la administración de justicia. Comoquiera que le resultaba excesivamente costoso continuar la guerra con tropas compuestas en su mayoría por nobles con su séquito y sus mercenarios, decidió formar un ejército permanente compuesto por soldados que se comprometieran a cumplir un tiempo determinado de servicio.

Con esto, sin embargo, el rey se granjeó la enemistad de la alta nobleza y de los capitanes de ejército, los cuales hasta la fecha habían actuado con gran autonomía. Despechados, no se limitaron a protestar, sino que se reunieron abiertamente, con tanta más razón —según pensaban— cuanto que en sus filas se hallaba el primogénito del rey, el delfín Luis. El príncipe, un muchacho insatisfecho y desabrido pero muy sagaz, quien no ocultaba los sentimientos de aversión y desprecio que profesaba a su padre, participó activamente en la conspiración. Si bien Carlos VII consiguió desbaratar un primer intento de arrebatarle el poder, los titulares de los señoríos continuaron reuniéndose en secreto.

El de Borgoña contemplaba con atención todo esto, a una prudente distancia. A pesar de que los duques de Alenon y de Bretaña le habían pedido su cooperación, él se mantuvo sabiamente al margen; no quería cosechar los frutos hasta que estuvieran

maduros.

En Inglaterra la rebelión de los nobles despertó gran interés, junto con la esperanza de que tal vez con la ayuda de aquellos personajes descontentos fuera aún posible sentar en el trono de Francia a Enrique VI. El Consejo de Westminster recordó entonces muy oportunamente que también Carlos, duque de Orléans, quien desde 1436 residía en la Torre de Londres bajo la custodia de lord Cobham, pertenecía a la nobleza feudal de Francia. Dada la situación, podía resultar provechoso permitirle que se pusiera en contacto con sus iguales allá en ultramar. Con este fin, le señalaron la promesa que había hecho tres años antes jurando sobre los Evangelios.

Así pues, cuando en Saint-Omer, durante una entrevista entre el portavoz inglés e Isabel de Borgoña, se mencionó el nombre de Orléans, los legados de Enrique no se opusieron a que, dadas las circunstancias, el duque participara en las negociaciones para un tratado general de paz. Isabel estaba convencida de que el de Orléans podría constituir el eslabón que faltaba entre la casa de Borgoña y las casas feudales francesas. Indudablemente, Carlos, a cambio de su libertad, estaría dispuesto a ponerse al servicio del duque de Borgoña.

Isabel, a quien no le arredraba el esfuerzo que supondría llevar a cabo un doble juego diplomático, resolvió hacer suya la causa de Carlos. Las negociaciones sufrieron un considerable retraso por la situación que reinaba en Inglaterra, con dos partidos que se disputaban el poder: el primero era favorable a los borgoñones, el segundo no. Pero finalmente se fijó el rescate de Carlos en cien mil marcos ingleses, una cantidad importante. La duquesa de Borgoña consiguió reunir el importe exigido como garantía, en el plazo de un año. De este modo logró al mismo tiempo los dos objetivos que se había propuesto: el restablecimiento de las relaciones comerciales entre Inglaterra y Flandes, y la liberación de Carlos de Orléans. De las cartas que había intercambiado con el prisionero, ya había podido concluir que la gratitud de éste no tenía límites, y que estaba dispuesto a devolver de cualquier forma el favor recibido. Mientras en la corte de Borgoña se hacían los preparativos para recibir al de Orléans con el mayor aparato —se trataba de causarle una buena impresión a primera vista—, la infatigable Isabel se ocupaba de otros aspectos concernientes al futuro de su ilustre protegido.

En el séquito de Isabel había una joven dama de honor, sobrina del duque de Borgoña. Se llamaba María de Cléveris y había crecido en la corte de su tío. Procedía de una familia numerosa. Pese a ostentar un título antiguo y renombrado, los de Cléveris no disponían de gran fortuna, por lo que la duquesa de Borgoña había asumido la tarea de casar a las hijas de su cuñada y pagar su dote. Recordando la vieja máxima de que una alianza sólo es sólida cuando se ve sellada por un compromiso matrimonial entre los miembros de ambos partidos, Isabel había decidido darle al duque de Orléans por esposa a María de Cléveris. Este matrimonio lo vincularía al de Borgoña. Comoquiera que Carlos en sus cartas se había mostrado

dispuesto a aceptar la propuesta, ya se había redactado el contrato matrimonial y se habían hecho los preparativos oportunos para los desposorios. Sólo restaba esperar la llegada del futuro esposo.

María de Cléveris tenía catorce años, era rubia y esbelta, y de ojos alegres; sin embargo, sus facciones eran algo toscas, su nariz era demasiado grande y sus dientes, feos. Poseía modales corteses, gustaba de cazar y bailar, y jugaba bien a los naipes; la duquesa Isabel consideraba que su hija adoptiva era un excelente partido para un hombre que había vivido durante años recluido en soledad. Los sentimientos de la futura esposa no contaban; todo el mundo opinaba que no había podido ser más afortunada.

En las capitulaciones matrimoniales Isabel había incluido una cláusula por la que se estipulaba que tres cuartas partes de la dote habrían de destinarse a la compra de castillos y posesiones para la esposa y sus futuros hijos.

—¡De este modo, si en algún momento el duque de Orléans se arruinara al pagar el importe total de su rescate, a ti al menos te quedan bienes, querida! —le había explicado la duquesa de Borgoña con una sonrisa de mujer de mundo. Sin embargo, a María no le hacían mella este tipo de consideraciones. Le preocupaban otras cosas. Sabía que su futuro esposo tenía cuarenta y cinco años; era de la misma edad que su tío el de Borgoña, a quien admiraba en grado sumo. El duque, con su cuerpo grande y ágil y su semblante expresivo, era un hombre muy bien parecido, a más de alegre, fastuoso y cortés, y más rico y poderoso que cualquiera de los reyes y emperadores de los que ella hubiera oído hablar. No obstante, era consciente de que esta brillante imagen también tenía su contrapartida. Para María, que había crecido muy rápidamente en las antecámaras de la señora de Borgoña, no era un secreto que el duque no siempre se atenía a la divisa que había adoptado con ocasión de su tercer matrimonio: «*Autre n'aray*», «Jamás amaré a otra». Así y todo, María de Cléveris esperaba de todo corazón que su futuro esposo se pareciera a monseñor de Borgoña, y que su llegada fuera la culminación de su maravillosa adolescencia, la cual se había iniciado tan repentinamente cuando los emisarios del de Borgoña fueron a buscarla a Cléveris. Había abandonado para siempre su tierra natal, la región boscosa y pantanosa entre el Mosa y el Rin. Su infancia había transcurrido en el castillo de su padre en Cléveris, una imponente fortaleza de piedra gris construida sobre un cerro frondoso.

Desde su ventana, la pequeña María había escudriñado el paisaje un día tras otro. Conocía cada declive, cada valle, la cima verde de cada cerro, y cada recodo del anchuroso y reluciente Rin. Con su mirada, seguía la corriente hasta donde se perdía en lontananza entre las azuladas y borrosas colinas. Para la niña, el misterioso *Caballero del Cisne que había visitado a Elsa de Brabante* no era sólo una leyenda; esperaba y creía que también vendría a buscarla a ella por encima de las relucientes ondas de la corriente, si perseveraba en su callada contemplación. No había sido un barco tirado por cisnes lo que había visto llegar, sino un carruaje brillante y dorado,

rodeado de hombres de armas que enarbolaban las enseñas de Borgoña. Su padre puso reparos; no le agradaba ver partir a sus hijos hacia los palacios de Bruselas y Gante, de donde regresaban con unos modales excesivamente ceremoniosos y remilgados. Pero María era la sexta de sus hijas: no podía darle una gran dote. Como una reina partió la niña de Cléveris, en aquel carruaje, hacia una existencia desconocida. A través de las ventanillas del coche veía cómo cambiaba paulatinamente el paisaje; cómo los bosques daban paso a praderas, huertos, y extensos campos de trigo y de lino. Atravesaba pueblos bulliciosos y alegres; las calles rebosaban de gentes bien vestidas y diligentes. En Flandes cualquier día parecía un día de mercado. La magnificencia de las grandes ciudades impresionó a la niña, pero fue al hacer su entrada en el castillo en donde residía su tía Isabel cuando realmente enmudeció de asombro. Avanzaba sobre relucientes suelos de mosaicos, entre paredes recubiertas de tapices; en jaulas doradas cantaban pájaros de abigarrado plumaje, y en las salas y corredores veía a seres que a ella le parecían príncipes y princesas, pero que la saludaban entre reverencias.

María tardó poco tiempo en olvidarse del castillo de Cléveris y de la austeridad de su infancia. El lujo de los de Borgoña también la envolvía a ella; parecía haberse convertido en una princesa de la sangre, distinguida e intocable. El hecho de que no fuera más que un peón en el tablero de sus poderosos familiares, un instrumento para sellar acuerdos y alianzas, un medio de invertir dinero y de atraer tierras y posesiones dentro de la esfera de influencia borgoñona, no parecía importarle; en realidad, apenas era consciente de ello.

Ahora iba a convertirse en duquesa de Orléans; según le habían dicho, su futuro esposo había sido un hombre poderoso en Francia y sin duda alguna volvería a serlo en cuanto regresara a sus dominios. Le habían dado a leer los poemas que monseñor había enviado desde Inglaterra al duque y la duquesa de Borgoña para agradecerles su mediación. María se imaginaba a su futuro esposo como un hombre cortés de apariencia digna, noble, tal vez algo melancólica, y envuelto en un halo interesante debido a su prolongado exilio. Seguramente la amaría y reverenciaría, y le dedicaría además muchos versos hermosos.

Expectante, María cabalgaba entre las damas que acompañaban a la duquesa a Gravelinas. La arena húmeda y gris salpicaba bajo los cascos de los *ambladores* vistosamente enjaezados, y el fuerte viento levantaba una y otra vez los mantos y velos; con sus vestidos violetas y verdes, las mismas mujeres parecían banderas. En un lugar resguardado entre las dunas se habían levantado las tiendas engalanadas con blasones y pendones; era ése el lugar señalado para el encuentro. Los palafreneros se encargaron de los caballos; la duquesa, con su séquito de nobles y damas, buscó cobijo en los pabellones.

María de Cléveris permanecía detrás de su protectora, pero procurando tener una buena perspectiva de la pendiente de la duna, recubierta de grama plateada y reluciente. Al cabo de poco tiempo se vislumbraron los pendones azules y dorados de

Orléans en la cima de la duna; un grupo de jinetes cuyos mantos ondeaban al viento descendió hacia el campamento ducal. María contemplaba la escena con el corazón palpitante; desmontaron los jinetes y tres de ellos se acercaron al pabellón, mientras Isabel salía a su encuentro, alzando ambas manos en gesto de saludo.

Un heraldo alzó la trompeta, tras lo cual exclamó con voz potente:

—¡El duque de Orléans, el conde de Fanhope, el señor Robert Roos!

Dos de los señores, un caballero alto y ricamente ataviado y un joven vestido de armadura, se arrodillaron en la arena a cierta distancia de la tienda. El hombre que se acercaba solo era un hombre maduro bastante corpulento, que caminaba encorvado, como oprimido por un inmenso cansancio. Vestía un manto negro y amplio; entre las faldas dentadas de su sombrero, su rostro aparecía muy pálido, con surcos junto a las aletas de la nariz y las comisuras de la boca. No fue sino al detenerse ante la duquesa cuando asomó a su semblante triste y marchito una sonrisa. Se arrodilló, quitándose el sombrero. María de Cléveris vio que sus cabellos eran de color ceniciento.

—Pero si es un hombre anciano —susurró una de sus acompañantes, dirigiendo a la novia una mirada compasiva. María se sonrojó de vergüenza y disgusto, bajando la vista.

—Bienvenido, bienvenido a tierras borgoñonas, monseñor —dijo Isabel de Borgoña con una sonrisa—. Alzaos, alzaos.

Carlos de Orléans tomó la mano que ella le tendía, y repuso en tono despreocupado pero con voz temblorosa de la emoción:

—Señora, en vista de todo lo que vos habéis hecho por mi liberación, yo no puedo sino someterme por entero a vuestra voluntad. Soy vuestro prisionero.

Aquella tarde llegó también a Gravelinas el de Borgoña. Ambas comitivas, la de Isabel y su invitado, y la del duque, se encontraron ante el pórtico principal de la parroquia de San Willibrordo. Las gentes, que habían acudido desde todas partes para ver con sus propios ojos cómo se saludaban los duques de Orléans y de Borgoña, protagonistas de una enemistad familiar a la sazón casi legendaria, se agolpaban tras las barreras colocadas a toda prisa, a fin de no perderse el más mínimo detalle de tamaño evento. Los heraldos habían mantenido el contacto entre ambas comitivas principescas, procurando que llegaran al mismo tiempo a la plaza de la iglesia. Ya se acercaban por ambas partes los portaestandartes y trompeteros que precedían a los personajes de la realeza. En las escaleras de la iglesia aparecieron, rodeados de sacerdotes y monaguillos, los dos obispos que oficiarían la solemne ceremonia, un inglés y un borgoñón. La multitud prorrumpió en vítores, mientras se arrojaban gorros al aire, se agitaban pañuelos y se aplaudía.

—¡El Bueno! ¡El Bueno! —gritaban las gentes junto al camino—. ¡Borgoña mantiene, mantiene Borgoña!

El de Borgoña avanzaba despacio, sin saludar, pero con una leve sonrisa en los

labios. Miraba fijamente ante sí, contemplando la abigarrada profusión de banderas y pendones al otro lado de la plaza. Por encima de sus vestiduras negras y apagadas —desde el asesinato de su padre no se había despojado del luto—, se veía su semblante grave y pálido por la tensión. Era plenamente consciente de que ahora debía vencer la desgana que había sentido hasta el último momento ante aquel encuentro. Isabel había allanado el camino hacia ello, encargándose de las ceremonias de bienvenida propiamente dichas. Él, por su parte, ya no tenía mucho que decir. Comprendía que, en las actuales circunstancias, no tenía sentido proseguir la enemistad con la casa de Orléans; por otra parte, apenas conocía a su primo segundo y no tenía motivos para temerle personalmente. Eran los intereses políticos los que exigían aquella reconciliación, no había otra alternativa posible.

Así y todo, seguía sintiéndose culpable frente a su padre y su abuelo, quienes seguramente hubieran rechazado cualquier acuerdo con los de Orléans. «Pero yo no colaboro con él, yo lo utilizo», pensaba el de Borgoña, mientras maquinalmente le hacía una seña a su maestro de ceremonias; el grito de «Largesse!» que surgía de entre las filas de espectadores, no podía quedar sin respuesta. Una lluvia de pequeñas monedas de plata cayó tintineante sobre el empedrado, pero el de Borgoña no se volvió siquiera cuando el pueblo, entusiasmado, franqueó las barreras gritando y empujando. A todo esto, las comitivas ya se encontraban en un espacio abierto de la plaza de la iglesia; por ambas partes descabalgaban. Isabel tomó a su invitado de la mano y lo condujo hacia adelante; ya se acercaba por el otro lado el duque de Borgoña con paso lento y ceremonioso, con la mano derecha sobre la insignia del Toisón de Oro, que le colgaba de una pesada cadena alrededor del cuello. A una prudente distancia de los personajes de la realeza, seguían los cortesanos y altos dignatarios. Los heraldos alzaron las trompetas, el pueblo prorrumpió en vítores y por entre las puertas abiertas de la iglesia se escuchó el sonido de cánticos solemnes.

Carlos de Orléans, quien durante el trayecto hacia Gravelinas había departido cortés pero algo distraídamente con su noble anfitriona —él también sentía cierta desazón ante el inminente encuentro—, miró a la cara al de Borgoña. El semblante de éste se había tornado muy pálido, y ya no sonreía. En medio de un tenso silencio, ambos hombres permanecían inmóviles, frente a frente. A ambos les pareció en aquel momento como si el abismo que los separaba fuera insalvable. Cada uno de ellos leía en la mirada del otro las razones que hacían imposible aquella amistad; entre los dos relampagueó, como en un destello, toda una vida de luchas, engaños, disputas y odios recíprocos, una larga serie de batallas y asedios, de falsos tratados de paz, de intrigas y argucias. Se interponían entre ambos el puente de Montereau, la oscura esquina junto al palacio Barbette, los cuerpos muertos y mutilados de sus padres, la satisfacción que ninguna de las dos partes había obtenido jamás por entero. Tan intensa era la fuerza de aquel odio heredado, que tanto el de Orléans como el de Borgoña retrocedieron involuntariamente. Aquello que sobre el papel, durante las negociaciones con emisarios y representantes, mentalmente, había parecido

perfectamente posible, se desvanecía ahora que ambos se contemplaban cara a cara. A su alrededor todo el mundo aguardaba en medio de un profundo silencio; se había extinguido el eco de las trompetas y habían enmudecido las voces de la iglesia. Los cortesanos aguardaban, aguardaban los jinetes y hombres de armas de la escolta, aguardaban los sacerdotes en la escalinata delante del pórtico de la iglesia, aguardaba la muchedumbre, repentinamente apaciguada, tras las barreras. Sólo se escuchaba el aleteo de banderas y pendones ondeando al viento, el piafar de los caballos sobre el empedrado y, tras las dunas, el murmullo del mar al invadir la playa.

Carlos vio cómo la boca del de Borgoña, de rasgos acentuados y firmemente apretada, comenzó de pronto a temblar, presa de una emoción incontrolable; al mismo tiempo, sus propios ojos se inundaron de lágrimas. Ambos dieron simultáneamente un paso hacia adelante y se abrazaron. Permanecieron así durante unos instantes, sin poder proferir palabra; cada uno de ellos sentía cómo el cuerpo del otro se agitaba convulsivamente, intentando a duras penas contener los sollozos.

De pie ante el altar, entre el arzobispo de Rochester, los señores de Fanhope y Roos, y varios jurisconsultos ingleses, Carlos leyó con voz potente el juramento que ya había prestado antes de salir de Inglaterra, en la abadía de Westminster:

«Yo, Carlos, duque de Orléans, juro sobre los Santos Evangelios de Dios, tocados aquí por mí, que cumpliré fielmente todas las cláusulas contenidas en los acuerdos y tratados concluidos entre el serenísimo príncipe Enrique, rey de Inglaterra por la gracia de Dios, y yo, Carlos de Orléans, a saber: que en el plazo de medio año satisfaré el importe restante de mi rescate, ciento sesenta mil escudos de oro; que en el plazo de un año pondré paz entre Inglaterra y Francia; y que, si no me fuere posible cumplir estas promesas, al cabo de un año retornaré voluntariamente al cautiverio. Esto lo juro y prometo. *Sic me Deus adiuvet et haec sancta*!».

Desde Gravelinas, los duques se dirigieron, tierra adentro, hacia Saint-Omer. En la comitiva reinaba un ambiente festivo; sentados sobre una carreta pintada de colores iban músicos cantando una canción tras otra bajo el cielo otoñal, las doncellas de Isabel reían con sus voces claras, y en todas partes bromeaban y charlaban los cortesanos, mientras las campanillas que colgaban de las riendas y gualdrapas producían un variado tintineo.

Carlos, quien cabalgaba bajo palio entre el duque de Borgoña y su esposa, era el único que no conseguía hallar la compostura adecuada. Si bien en aquél su primer día de libertad se sentía como embriagado, sabía que, detrás de él, seguían cabalgando los señores ingleses con su séquito, y cuando recorría con la mirada el paisaje que se extendía a ambos lados del camino, veía con desazón praderas húmedas y llanas, molinillos de viento y campanarios achatados; podía creerse de nuevo en las cercanías de Wingfield. En seguida comenzó a atardecer, y de los arroyuelos de aguas tranquilas que surcaban los campos surgieron las brumas; los sauces, torcidos por el

constante empuje del viento, se alineaban al borde del agua, nudosos y pelados, como monstruos con formas casi humanas. Olía a cieno y a hierba húmeda, a niebla y a marismas.

A Carlos le recorrió un escalofrío; aquella humedad le llegaba hasta la médula. En verano estas mismas praderas lucían exuberantes, pero cuán sombrías y desiertas, cuán profundamente monótonas se tornaban en los meses fríos del año. Encontrábase sumido en una extraña disposición de ánimo; tras los últimos años de reclusión casi total en la Torre, le costaba trabajo volver a adaptarse a la vida de corte con su complicado ceremonial y sus formas rigurosamente establecidas.

Durante su cautiverio había perdido la costumbre de distinguir claramente entre los rangos superiores e inferiores, entre señores y sirvientes; a cuantos veía solía tratarlos como amigos. Tras los solemnes oficios religiosos celebrados en Gravelinas, había saludado a señores del séquito del duque cuyos nombres o caras le resultaban familiares —puesto que le habían visitado con frecuencia legados del de Borgoña—, pero, de la manera en que la duquesa Isabel arqueaba sorprendida las cejas o su primo el duque se apartaba con un leve gesto de desaprobación, Carlos pudo inferir que se hallaba en una sociedad cortesana infinitamente más rígida y formulista, sujeta a preceptos mucho más severos de los que jamás habían regido en la corte de Francia.

El duque y la duquesa de Borgoña parecían encumbrados como deidades; cualquier acto o palabra iba acompañado de un despliegue ceremonial; sólo se les podía dirigir la palabra de rodillas, con la mirada baja, y en todo momento se les rendían unos honores que Carlos sólo había visto tributar antiguamente al rey de Francia en ocasiones de gran solemnidad. «No es preciso que el de Borgoña me convenza de su poder y riqueza», pensaba Carlos, algo molesto ante tanta pompa. «También me daría cuenta sin toda esta ostentación. El que yo me encuentre aquí, el que acepte sus condiciones, el que haya de agradecerle el haber adelantado parte de mi rescate, todo ello no sería posible si él no dispusiera de los medios para hacer valer su autoridad.

A fe mía, que no necesita para nada todo este teatro». Efectivamente, para Carlos el comportamiento de los cortesanos con respecto a los duques no pasaba de ser un abigarrado espectáculo de títeres. Durante sus años de cautiverio había perdido el gusto por estas cosas. Se propuso prescindir por completo de semejantes pamplinas inútiles y afectadas cuando se hallara de nuevo en Blois.

Sin embargo, tampoco podía deleitarse tranquilamente con la perspectiva de volver a Blois; sus pensamientos seguían envueltos en una sombra de inquietud: no regresaría solo a casa. En la tienda entre las dunas a las afueras de Gravelinas, la duquesa de Borgoña le había presentado a su prometida; «una niña vestida de ceremonia, que tuerce el gesto porque le parezco demasiado viejo», había pensado cuando se inclinó a saludarla en términos corteses, pero acaso poco floridos a juicio de María. Tras aquel primer encuentro ella había vuelto a ocupar su puesto entre las damas de honor de la duquesa. Desde entonces, Carlos ya no había tenido ocasión de

hablarle. La perspectiva de aquel matrimonio lo oprimía, aunque no dejara de ser consciente de las ventajas de semejante enlace en las circunstancias actuales.

No se sentía con fuerzas para complacer a una mujer tan joven. ¿Qué podría unirlos? ¿De qué hablarían? Se sentía ridículo; no le agradaba la idea de tener que ganarse ahora el favor de una muchacha de catorce años. Él ya no entendía de artes amatorias; su vida había sido una vida sin mujeres, aparte de alguna que otra aventura fugaz, breves encuentros con mujeres y muchachas cuyos nombres ya había olvidado hacía tiempo. Una camarera de *lady* Fanhope, la esposa de un caballero en cuya compañía solía ir de caza en Ampthill, una joven de alcurnia para quien había compuesto varios poemas en inglés… Aquellos recuerdos habían palidecido rápidamente. En cambio Alicia, *lady* Suffolk en ella sí que no podía pensar encogiéndose de hombros.

Cuando se acordaba de la sorpresa que ésta le había reservado, le embargaban aún el disgusto y la perplejidad; parecía tan fría y casta como los santos de piedra de la iglesia de Wingfield, una anfitriona digna, majestuosa y solícita. Pero en Londres, durante una ausencia temporal del de Suffolk, repentinamente se había revelado muy diferente, y, ante la dilatada experiencia que mostró tener, Carlos no había podido sino sucumbir. Se había lanzado a la aventura, como una persona hambrienta se abalanza sobre un mendrugo de pan. Posteriormente lo había querido seguir alojándose en casa del de Suffolk; sobre todo, cuando se percató de que su anfitrión se había tomado lo sucedido con gran laconismo, declinando las excusas y explicaciones con gesto benévolo e indiferente. Más tarde Carlos se había enterado de que el propio conde de Suffolk tenía numerosos hijos bastardos, tanto en Inglaterra como en Francia.

Una vez en la Torre, se le habían desvanecido al prisionero los deseos de compañía femenina. El sentimiento de culpabilidad, que jamás le había abandonado por completo, unido a la conciencia de la propia incapacidad de volver a cortejar a una mujer tras tantos años de obligada soledad, seguía atormentándole, ahora que estaba a punto de iniciar una nueva etapa de su vida como marido de una muchacha inexperta.

Aun antes de que oscureciera por completo llegó la comitiva ducal a Saint-Omer. A la luz del crepúsculo, Carlos consiguió distinguir las altas murallas y torres de la ciudad, que se alzaba por encima de la llanura como una escarpada cordillera. A sus puertas se encontraban los notables, los clérigos de la abadía de Saint-Bertin y numerosas delegaciones de las corporaciones, a la espera de la ilustre compañía; los portadores de antorchas acudieron presurosos; a través de la puerta abovedada se veía una plaza iluminada por hachones, donde los alguaciles se esforzaban por despejar el camino que había de recorrer la comitiva.

El preboste de Saint-Omer pronunció un discurso de bienvenida, dirigido principalmente a Carlos.

—Monseñor —concluyó el magistrado, mientras con una profunda reverencia

ofrecía a Carlos el texto caligrafiado en pergamino—, la población de nuestra querida ciudad ha aumentado considerablemente durante los últimos días: desde muy lejos han acudido las gentes para presenciar vuestra entrada solemne, así como los festejos para celebrar vuestro regreso. Incluso han venido desde Picardía e Ile de France a daros la bienvenida. Para nuestra región es un gran honor el poder brindarle su hospitalidad a Vuestra Merced, como primera de todas. Si os place, mañana acudirá una delegación de la ciudad a ofreceros regalos de bienvenida; esperamos que nos queráis permitir que os entreguemos una contribución a vuestro rescate, monseñor.

Estas palabras fueron acogidas con vítores por los concurrentes y los miembros del séquito del de Borgoña; este último sonreía, mostrando su aprobación. Carlos percibió aquella mirada, y su rostro se crispó un poco; comprendió que la generosidad y la hospitalidad de la ciudad de Saint-Omer también formaban parte de un proyecto cuidadosamente trazado.

Entre clamor de trompetas y a la luz de cientos de antorchas atravesaron la puerta y entraron en la ciudad. La multitud congregada junto al camino se mostraba pródiga en sus manifestaciones de júbilo. Los gritos de «¡Viva Borgoña! ¡Viva Orléans! ¡Dios bendiga al de Orléans! ¡Bienvenido el duque de Orléans!» resonaban de calle en calle, y de plaza en plaza. No obstante su ánimo pesimista, Carlos se dejó arrastrar por aquel homenaje: jamás le habían saludado en ningún lugar con vítores que estuvieran destinados a su persona. El resplandor de las antorchas y los gritos y aplausos de aquella marea de gente se le subieron a la cabeza, y comenzó a saludar a izquierda y derecha, sin preocuparse del solemne comedimiento del duque de Borgoña y su mujer, quienes, silenciosos e inmóviles en sus monturas, escuchaban impasibles aquel torrente de aclamaciones. Cuando Carlos por fin llegó a la abadía de Saint-Bertin, se hallaba pletórico y cansado de tantas emociones; allí le aguardaba nuevamente un comité de bienvenida, compuesto de prelados y jerarcas. Los viajeros desmontaron; precedidos de niños cantores portadores de antorchas, se dirigieron al refectorio, donde se serviría la cena.

—Aquí se encuentran reunidas muchas personas que quieren saludaros personalmente, querido primo —dijo el de Borgoña, mientras caminaba junto a su invitado—. Os daréis cuenta de que vuestra venida se considera como un acontecimiento de gran importancia, tanto en mis dominios como en Francia. Por lo visto, las ciudades francesas aguardan con impaciencia el momento en que las visitéis en vuestro camino hacia Blois. Vuestro viaje de regreso será poco menos que una marcha triunfal.

—Me cuesta creer que todas estas muestras de respeto estén dirigidas a mí —observó Carlos sonriendo, mientras enjugaba su rostro acalorado con un pañuelo—. Este recibimiento me ha cogido desprevenido.

Ya me había hecho a la idea de que, a este lado del paso de Calais, las gentes se habrían olvidado de mí…

El de Borgoña arqueó las cejas con gesto sorprendido e irónico.

—Vamos, vamos, querido primo, sois demasiado modesto. ¿Cómo iban a olvidaros? El nombre de Orléans no es de los que se olvidan fácilmente. Según tengo entendido, durante vuestra ausencia, han defendido bien vuestros intereses. Ahora no os resta sino volver a empuñar las riendas vos mismo. De vos depende exclusivamente el que tengáis en el futuro influencia y poder.

Carlos hizo un ademán dubitativo, mientras miraba de reojo a su primo, que andaba con gran comedimiento y parsimonia.

—Tal vez esperen demasiado de mí. No olvidéis que durante todos estos años he permanecido completamente al margen del curso de los acontecimientos. Es cierto que de cuando en cuando me enteraba de algunas noticias. Pero sigo sin poder formarme una opinión clara de la situación. El rey de Inglaterra me ha encomendado ahora una misión sumamente difícil y delicada.

El de Borgoña sonrió, sacando el labio inferior; por unos instantes Carlos percibió en él un gran parecido con su padre.

—En cuanto os hagáis cargo de dónde radican vuestros intereses, no os podréis quejar de falta de cooperación en estos dominios ni en Francia, querido primo.

—¿A Mis intereses? —Carlos sonrió, no sin amargura—. Para mí sólo cuenta, ahora mismo, un único interés: el de mi infortunado hermano el de Angulema, quien aún permanece en Inglaterra.

El de Borgoña frunció el entrecejo.

—Así y todo, supongo que os informarían exhaustivamente antes de que partierais de Inglaterra —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿O acaso ignoráis que los príncipes de Francia se ven cada vez más postergados, que corren el peligro de perder su influencia en el Consejo y en el gobierno, y que sus antiguos privilegios se ven violados? Sin duda alguna, como cabeza de una casa feudal, ya habréis tomado partido, querido primo. Os encontráis en buena compañía. Además, en lo sucesivo podéis contar con mí apoyo, sobre todo ahora que me consta que queréis cooperar conmigo en la defensa de mis intereses. Pero ya estamos llegando al refectorio, querido primo, y no me parece que la ocasión ni el lugar sean muy apropiados para una conversación formal, ¿no os parece? Ya tendremos oportunidad de volver a deliberar detalladamente. Y ahora mostraos seguro, alegre, esperanzado ante el futuro, monseñor: la cabeza alta, el corazón animoso. Todo lo que veis a vuestro alrededor sucede en vuestro honor. Nosotros os queremos bien, nos alegramos de que hayáis retornado sano y salvo, y queremos ayudaros cuanto de nosotros dependa a reunir la totalidad del importe de vuestro rescate. Vamos, sois un hombre importante, no tenéis por qué dudar ni mostraros abatido.

A través de las puertas abiertas de par en par, les salió al encuentro el resplandor de innumerables antorchas y velas; los pajes y los maestresalas del de Borgoña se alineaban en actitud respetuosa junto a la entrada de la sala. Al lanzar una mirada al interior, Carlos entrevió largas mesas aderezadas y engalanadas, y el abigarrado bullicio de los numerosos invitados que esperaban; en medio de aquella profusión de

colores y destellos, los almidonados velos de los tocados de las mujeres se movían cual velas en el mar. Encabezada por el abad de Saint-Bertin y por varios eclesiásticos de pontifical, y seguida de cerca por una interminable comitiva de cortesanos, la ilustre compañía entró en aquel refectorio transformado en sala de banquetes.

—Una vez más: bienvenido, monseñor —dijo Isabel de Borgoña, aun antes de que se hubieran sentado bajo el amplio dosel—. Aquí viene alguien que quiere saludaros en primer lugar. Espero que os agrade esta sorpresa.

De entre el grupo de personas que aguardaban, se adelantaron dos hombres; Carlos reconoció de inmediato a uno de ellos: era el anciano arzobispo de Reims, a quien había visto cinco años antes durante las deliberaciones en Londres. El prelado se acercó lentamente, asintiendo y sonriendo, y alzando la mano derecha, en la que relumbraba su gran anillo, en ademán de saludo. El otro permaneció algo rezagado; Carlos vio que era un hombre de estatura mediana, de anchas espaldas, rostro curtido y ojos claros de color gris verdoso, que lo miraba a la cara con atención; en su pecho brillaba la insignia de la Orden del Puerco Espín, colgada de una pesada cadena.

—Que Dios os bendiga, monseñor —dijo, deteniéndose frente a Carlos—. Veo que no me reconocéis. Soy vuestro medio hermano, Dunois.

Las fiestas y ceremonias en Saint-Omer parecían no tener fin. Cada vez que Carlos, cansado y perplejo ante tanta variedad, tanto boato y tanta alegría festiva, creía que ya todo habría terminado, los heraldos y maestresalas del de Borgoña anunciaban nuevas diversiones. Justas, banquetes, desfiles y competiciones enmarcaron los dos acontecimientos más importantes de aquellas semanas: el nombramiento de Carlos como caballero de la Orden del Toisón de Oro, y su matrimonio con María de Cléveris. Comenzaba aquél a sentirse ya aturdido.

Pero comoquiera que todos aquellos festejos se celebraban en su honor, no podía sustraerse a los mismos. Sentado en silencio, esforzándose por sonreír con cortesía, contemplaba aquellos interminables torneos, que no le interesaban excesivamente. No comprendía cómo era posible que personas adultas se entusiasmaran y emocionaran al ver a aquellos caballeros de abigarrados atavíos que se dedicaban a arremeter unos contra otros. En su calidad de invitado de honor, le correspondió a él entregar los premios y dirigirse a los vencedores.

Desempeñó esta tarea con benevolencia y parsimonia, no sin cierta ironía, recurriendo a giros y expresiones desusadas, y a menudo, a petición de las damas presentes, intercalando versos improvisados sobre la marcha. Su intervención fue muy aplaudida, y por todas partes se oía encomiar su apacible carácter, su agudeza y su paciencia ante la adversidad. «El buen duque de Orléans», le llamaban en casi todos los discursos y proclamaciones. A Carlos esto le divertía en secreto.

«De modo que es ésa la impresión que causo en mis semejantes», pensaba con ironía. «Gordo y viejo para mi edad, amansado para siempre por los reveses, un personaje bonachón que como poeta no está mal». La voz interior con la que se había

familiarizado tanto durante los años de cautiverio, parecía exhortarle de continuo para que adoptara este mismo parecer. «Así son las cosas, acéptalo, reconoce que ésa es la realidad, recuerda lo que aconteció con el tordo de la fábula que quería competir con halcones y gavilanes…». Cuando le invadían semejantes pensamientos, surgía de nuevo la imagen tentadora de Blois, un puerto seguro, el último refugio, lejos de la política y de las intrigas, lejos de la vida de corte, de las obligaciones sociales, de la pompa y el boato vanos. Evocó la vida con la que había soñado estando en Inglaterra; una existencia plácida, entre amigos de confianza, libros y escritos, en un mundo poblado por las criaturas de sus sueños y meditaciones. Desde que desembarcara en Calais, todas aquellas visiones de futuro habían palidecido. Lo que inicialmente había considerado como una misión que había de cumplir antes de poder disfrutar de su tranquilidad, ahora, en medio de todos aquellos hombres y mujeres ambiciosos que rodeaban al de Borgoña, aparecía bajo una perspectiva diferente.

Allá lejos, en las estancias silenciosas y retiradas de Pontefract, Ampthill, Fotheringhay y Bolingbroke, había olvidado la realidad; había menospreciado las tentaciones y placeres del mundo porque habían desaparecido de su vista. En Saint-Omer, Carlos cayó con los ojos abiertos en la red que le había tendido el de Borgoña para cazarlo: las fiestas, reuniones, ceremonias y homenajes, deferencias y honores, calculados cuidadosamente para hacerle olvidar un pasado de aburrimiento, apática resignación y obligada templanza, no dejaron de surtir efecto. Pese a su secreta irritación ante tantas diversiones infantiles y vanas, pese a su fatiga e impaciencia por cumplir cuanto antes sus misiones, Carlos de día en día se iba sintiendo más insertado en la vida efervescente de aquella sociedad. Cuando el de Borgoña, en medio de un esplendor y un boato fabulosos, le colgó del cuello aquella distinción ambicionada por reyes y emperadores, el collar del Toisón de Oro, sintió cómo despertaba en su interior el deseo de intentar volar de nuevo con los halcones y gavilanes. No se resignaba a creer que estuviera aliquebrado, todavía no. Aún podía desempeñar un papel significativo y prestar servicios a su patria y su pueblo. Si era cierto lo que el de Borgoña y sus hombres de confianza le habían comunicado durante varias conversaciones: que el rey de Francia deseaba proseguir la guerra contra Inglaterra, que violaba tratados, incumplía sus promesas, y se dejaba gobernar públicamente por sus favoritos del estado llano, los cuales se proponían acabar para siempre con el poder de los príncipes feudales; si todo aquello era cierto, parecía necesaria su intervención.

Al fin y al cabo, si deseaban que él mediara en este asunto, si consideraban que él era el hombre idóneo para establecer, por una parte, el contacto entre el de Borgoña y los príncipes vasallos, y, por otra, para informar al rey de las quejas y deseos de este grupo poderoso, esto debía considerarlo como una prueba inequívoca de sus aptitudes.

¿Acaso no era inútil dudar de su propia capacidad, cuando todos se esforzaban por convencerle de lo contrario? La creciente conciencia de su propia valía se vio

reforzada en gran medida cuando una legación procedente de Brujas acudió a él para rogarle humildemente que intercediera cerca del duque de Borgoña en favor de la ciudad. Algún tiempo antes, habían surgido disensiones entre el de Borgoña y los habitantes de Brujas; ahora éstos le pedían a Carlos, que gozaba ya de fama de pacificador, que quisiera restablecer el buen entendimiento entre la burguesía y el duque. El de Borgoña se dejó convencer, mas no sin dar a Carlos la ocasión de abogar extensamente por la causa de Brujas; una vez concluido el trato, Carlos no pudo sino creer que realmente aquella solución tan favorable se debía a su actuación.

Con esta confianza en sí mismo, tomó por esposa a María de Cléveris ante el altar de la catedral de Saint-Omer; ahora ya podía dejar que una brillante comitiva de nobles lo condujera hasta la cámara nupcial, sin sentir vergüenza ni disgusto ni temer las burlas o la compasión. María, haciendo gala de su educación principesca, no dejó traslucir su decepción llorando o suspirando. Cuando se encontraba en compañía de otras personas, se comportaba con dignidad y comedimiento, y cuando estaba a solas con su esposo —algo que en aquellos días ocurría en contadas ocasiones— se mostraba dócil y obsequiosa.

A Carlos lo invitaban cada vez más a menudo a tomar parte en deliberaciones, tanto con el de Borgoña y su Consejo como con personajes de alcurnia de otros lugares. Veía claramente lo que el de Borgoña deseaba de él: quería que le señalara al rey su negligencia en el cumplimiento de las cláusulas consignadas en el tratado de Arras, y que preparara un encuentro de los príncipes feudales. El de Borgoña deseaba también que Carlos, en el transcurso de una solemne ceremonia religiosa, jurara fidelidad al tratado de Arras, dando su aprobación a todos los puntos incluidos en él. Fue entonces cuando surgieron los primeros problemas entre huésped y anfitrión. Había un áspid oculto entre las flores; sin duda, el de Borgoña esperaba que el de Orléans manifestara su sentimiento de culpabilidad y contrición por el crimen cometido en Montereau. Sin embargo, Carlos rehusó pronunciar dichas fórmulas: él no tenía nada que ver con aquel asunto. Dunois, a quien también habían convocado para prestar el juramento de fidelidad, no tenía la menor intención de reconocer el tratado de Arras.

Esto suscitó una violenta discusión entre Carlos y él.

—Yo he jurado fidelidad al rey —dijo Dunois—. Además, no acepto que el de Borgoña se haya desvinculado sin más de la corona. Tampoco el rey parece dispuesto a tolerarlo por mucho tiempo.

—¡Pero el rey no rechazó el tratado!

Dunois hizo un gesto elocuente.

—El rey no es tan necio como al parecer piensan aquí. Es bastante más astuto de lo que inicialmente creíamos. El hecho de que haga cosas con las que muchos estén en desacuerdo, no significa que carezca de entendimiento. Para mí sigue siendo la persona que ocupa el primer puesto en el reino; considero que es mi obligación servirle.

—¡Pero, por Dios, en tus cartas tampoco te mostraste siempre como un súbdito sumiso, hermano! —Carlos, que se encontraba sentado ante una mesa llena de documentos, se quitó los lentes, sacudiéndolos furiosamente contra el dorso de su mano—. Creo recordar que en más de una ocasión condenaste su proceder en términos bastante críticos.

—Puede ser —dijo Dunois con calma—. Pero tampoco oculté nunca que para mí lo primero es la unidad del reino. Cuando el rey perjudicaba dicha unidad, su conducta me merecía graves reparos. Pero ahora que resulta que él busca esta unidad, por los medios que sea, yo lo apoyo.

Carlos suspiró incomodado e impaciente.

—Le tienes en gran estima desde que te otorgó un condado —observó ásperamente. Dunois le lanzó una mirada rápida, y luego comenzó a pasearse por la estancia con las manos en la espalda.

—No puedo tomarte a mal el que no me conozcas lo bastante para saber que tengo en poco los títulos y honores, monseñor mi hermano.

Pongo a Dios por testigo de que prefiero el nombre de bastardo de Orléans a cualquier otro. Yo sirvo a Orléans, como lo he hecho siempre, y Orléans es un feudo de la corona francesa. Espero no tener que presenciar cómo Orléans sigue el ejemplo de Borgoña sustrayéndose a la autoridad del rey, por creerse demasiado superior para ser un estado vasallo.

Carlos se levantó.

—¿Acaso me crees capaz de semejantes tendencias, hermano?

—Aún no sé lo que debo pensar —repuso Dunois, encogiéndose de hombros—. Lo único que veo es que tú ofreces de buena fe tus servicios en un asunto que seguramente no favorecerá la unidad del reino. La paz con Inglaterra, ésa aún me parece una causa provechosa, y si hay que convencer el rey para ello, gustosamente te apoyaré en todo momento, mi señor hermano. El resto me sabe demasiado a alta traición.

El reino debe su ruina a la ambición y la intolerancia de los príncipes feudales. ¿Es preciso volver a cometer el mismo error, ahora que por fin estamos a punto de salir a flote tras tantos años de miseria? Comprendo tus aspiraciones. —Volviéndose, se detuvo delante de Carlos—. Es humano el que quieras hacerte valer de nuevo. Pero si de veras quieres cubrirte de gloria, debes servir los auténticos intereses de Francia.

—Olvidas una cosa —dijo Carlos, con la voz empañada por la ira—. Y es que yo debo mi liberación primordialmente al de Borgoña. Si la duquesa y él no hubieran perseverado y no hubieran pagado una parte considerable de mi rescate, aún me encontraría en la Torre, querido hermano. En cambio tú, con todo tu amor patrio, no conseguiste que el rey se preocupara por mí ni por nuestro hermano el de Angulema. ¿No crees que lo menos que puedo hacer es corresponderle de una manera recíproca al de Borgoña?

—¡Por Dios y san Dionisio! ¿Acaso estás ciego? —Dunois descargó su puño

sobre el borde de la mesa—. ¿Aún no has comprendido, desde que estás aquí, lo que se propone el de Borgoña? Divide y vencerás: es una antigua máxima, hermano, pero aún sigue vigente. Desde hace cincuenta años, los de Borgoña persiguen un objetivo determinado, eso salta a la vista. Mira a tu alrededor, mira cómo el de Borgoña mima y favorece a los Países Bajos, para asegurarse un bloque fuerte al norte y al este del reino. ¿No te das cuenta de su poderío? Es más rico que todos los príncipes de la Cristiandad juntos, ninguna potencia extranjera podrá contrariarle una vez que se haya afianzado. Él te ha comprado, hermano, igual que puede comprar a cualquier otra persona sí se le antoja. Ahora te hará trabajar por la defensa de sus intereses. Yo no puedo olvidar que durante años tuvimos que luchar en vano por la rehabilitación de nuestro padre y por la reparación del crimen de la rue Barbette. ¿Y acaso alguien nos ofreció a nosotros una compensación?

Se hizo un silencio. Carlos mantenía la mirada baja; Dunois permanecía inmóvil.

—Yo estoy atado con promesas al de Borgoña —dijo Carlos al fin, en tono apagado—. Ya no puedo retroceder.

—Procura presentar cuanto antes tus respetos al rey. —Apoyando ambas manos sobre la mesa, Dunois se inclinó hacia su hermano—. El rey se encuentra ahora en Paris. Ve a hablar con él, antes de emprender cualquier otra acción. Prestarás un gran servicio al reino si consigues reconciliar con el rey a los príncipes vasallos.

Mientras Carlos contemplaba pensativo los documentos que tenía delante, Dunois escudriñaba atentamente a su hermano. En aquel hombre grueso, algo fofo y encanecido, con sus dudas y su inseguridad, su miedo a desagradar y sus ansias de complacer, quedaba poco de aquel joven guerrero que en 1415 abandonó Blois para luchar contra los ingleses. En aquellos tiempos Carlos también le había parecido más blando y vacilante que la mayoría, pero nunca había sospechado que su hermano pudiera llegar a ser calculador, ambicioso, cobarde y necio.

—Deberías escuchar a aquellos que quieren apoyarte de palabra y de obra, monseñor mi hermano.

Carlos levantó la mirada, con un suspiro.

—He contraído compromisos con el de Borgoña. No veo cómo podría sustraerme a suscribir el tratado de Arras, el cual, por otra parte, jamás fue rechazado por el rey, aunque luego él tampoco se haya atenido a lo pactado. No cometo traición haciendo lo que también hizo el rey. Sólo me niego a reconocer culpa o complicidad alguna en lo que se refiere al asesinato del difunto duque de Borgoña. Naturalmente, estoy dispuesto a visitar al rey, en cuanto pueda marcharme de aquí.

Pero, en el nombre de Dios, hermano, no agraves aún más mis problemas mostrándote ahora obstinado. Prestemos ambos la declaración que se nos pide, no es más que una mera formalidad.

—¡No pienso hacerlo voluntariamente! —respondió Dunois—. En mil cuatrocientos treinta y cinco me negué a hacerlo porque no podía comunicártelo ahora me niego porque estoy en desacuerdo contigo.

—Entonces te lo ordeno —dijo Carlos con vehemencia—. No en vano sigo siendo el jefe de nuestra casa.

—Lamento que juzgues preciso hacer valer tu autoridad de este modo. —Dunois se cuadró, como quien escucha una orden—. Te obedeceré por ser mi hermano. Pero no olvidéis tan pronto, monseñor, que durante vuestra ausencia velé en cuerpo y alma por el bien y el honor de vuestra casa.

—Lo siento, pero no puedo revocar esta orden —dijo Carlos, sentándose de nuevo, con lentitud—. Me consta que no me abandonarás, hermano.

—Efectivamente, en eso tenéis razón. —Dunois soltó una risa sarcástica. Carlos dijo, sin mirarlo:

—Recuerdo que en una ocasión, hace mucho tiempo, me aconsejaste que concertara una alianza con el enemigo, porque creías que con ello a la larga yo podría servir mejor al reino. En aquel entonces yo seguí tus consejos, hermano. No eras más que un muchacho; posteriormente, yo nunca te reproché el que me hubieras llevado por un camino errado.

Tras estas palabras, ambos hombres permanecieron largo tiempo en silencio. Carlos movía pensativo sus lentes por encima de la hoja de papel que tenía frente a él; Dunois contemplaba, con el entrecejo fruncido, los tapices con sus relumbrantes hilos dorados y plateados, que el de Borgoña había mandado colgar en las salas y estancias de la abadía, en honor a sus huéspedes. Finalmente Dunois, de modo ceremonioso, pidió permiso para retirarse; tras despedirse, abandonó la estancia con circunspección.

Hacia mediados de enero llegaron a Paris Carlos y su joven esposa, con gran acompañamiento de nobles, pajes, sirvientes y soldados. El de Borgoña había cedido generosamente parte de su propio cortejo para dar mayor realce al retorno de Carlos a Blois. Por otra parte, en todas las ciudades que había visitado Carlos a su paso, las familias de la nobleza habían acudido a ofrecerle sus hijos como pajes o escuderos y sus hijas como damas de honor, con la esperanza de poder asegurarles así un buen futuro. Cargados sobre carretas se transportaban los espléndidos regalos con que les habían obsequiado las municipalidades: servicios de mesa de oro y de plata, tejidos y tapices, y toneles de vino; Carlos había aceptado aquellos regalos con gratitud, puesto que sus propios objetos de valor habían sido vendidos o empeñados hacía mucho tiempo. Tampoco había desdeñado las sumas que le habían ofrecido las ciudades de Brujas, Amiens, Tournai, Gante y otras muchas, para contribuir a su rescate. Sin duda obraban así para complacer en primer lugar al de Borgoña. Carlos pensó, con cierto sarcasmo, que era preferible tragarse todos los sentimientos de vergüenza y amargura ante aquellas muestras de caridad disimuladas tras un vistoso ceremonial; a decir verdad, no podía permitirse el lujo de mostrarse demasiado soberbio.

Así fue como entró, cabalgando con María a su lado, en la ciudad de Paris, en

medio de una pompa casi digna de un rey. El de Richemont había salido a recibirle a las puertas de la ciudad, acompañado de varios altos magistrados y cortesanos; por lo demás, su llegada no pareció despertar demasiada atención. En las calles descuidadas, con sus casas destartaladas y descoloridas, había algunos grupos diseminados de gentes que se detenían escrutando con curiosidad aquella comitiva que hacía su entrada en la ciudad. El hecho de que en el cortejo ondearan las enseñas y blasones de Orléans y Borgoña en total armonía, apenas suscitaba asombro en una generación que no recordaba la guerra civil de casi treinta años antes.

Carlos miraba en silencio a su alrededor, embargado por la emoción. La ciudad aparecía triste y maltrecha; las casas que habían sido derribadas para servir de leña durante los rigores de los últimos inviernos de ocupación, no habían sido reconstruidas; otras muchas carecían de postigos y voladizos. Las calles se encontraban en un estado deplorable, llenas de socavones, grietas y desigualdades, y repletas de inmundicia.

Pero cuando Carlos alzaba los ojos, veía cómo las torres de las iglesias y castillos se recortaban sobre el cielo conformando aquella silueta que le era tan familiar.

La conversación languidecía; en silencio cabalgaban juntos a través de la ciudad desastrada y sombría, hacia el Hotel des Tournée les, propiedad de Carlos, que había sido acondicionado a toda prisa para alojarlos a él y a su mujer. Pasaron junto al palacio de Saint-Pol, que ahora se encontraba deshabitado, abandonado y deteriorado, como tantas otras residencias de la realeza en la ciudad. En los torreones habían dejado de ondear las flámulas, y las verjas estaban cerradas con cadenas herrumbrosas. Carlos alzó la vista hacia aquellas hileras de oscuras ventanas ocultas tras los postigos; era allí donde había muerto la reina Isabel varios años antes, olvidada y desatendida, inválida y retraída. Su última aparición en público había sido con ocasión de la solemne procesión de coronación de su nieto Enrique VI, que contempló de pie tras una de las ventanas; luego se había retirado para siempre entre las sombras de Saint-Pol.

—Es mi propósito visitar al rey durante los días de mi estancia aquí —le dijo Carlos al de Richemont—. ¿Dónde se encuentra en la actualidad?

El condestable arqueó las cejas.

—El rey cada día está en un lugar distinto. No tiene tiempo para tener casa y corte. Va de ciudad en ciudad para examinar la situación, para acabar con los focos de resistencia y para revisar la administración. Creo que podrás hallarlo en Sens, Orléans; allí al menos es donde llegó ayer.

—En ese caso, enviaré emisarios a Sens para pedirle audiencia.

El de Richemont arqueó nuevamente las cejas, escrutando de soslayo el pálido perfil de Carlos.

—No te imagines que tendrás un recibimiento como el que te preparó el de Borgoña —observó—. Aquí se trabaja duro. —Carlos sonrió, haciendo un gesto con la mano.

—Seguramente mi regio primo querrá verme a mí y a mi mujer, ahora que he vuelto a Francia tras una ausencia tan prolongada. Tal vez quiera tratar conmigo asuntos importantes. Al fin y al cabo, no lo visito sólo como pariente, sino como mediador y delegado. Sin duda el rey querrá dedicarme algo de su tiempo.

—Ya veo que no lo conoces. —El de Richemont soltó una risa irónica e irritada —. El rey es un hombre extremadamente cauto y desconfiado. Sus consejeros son personas de gran perspicacia. ¿No sabes cómo lo llaman? «*Le Bien-Servi*», el Bien Servido. Créeme, aquellos que le sirven con tanta devoción, velan por su bien y por el de todo su reino.

La sonrisa se borró del semblante de Carlos. Miró fugazmente a María, quien cabalgaba a su derecha, pálida de cansancio y tiritando en su manto forrado de pieles; permanecía por completo ajena a la conversación.

—¿Qué quieres decir con eso, Richemont? —preguntó Carlos en voz baja. El condestable se encogió de hombros.

—Sólo quería advertirte de algo que tal vez aún no supieras —repuso impasible —, pensando en que quizás hicieras caso del consejo que te da alguien que está al tanto de la situación.

Carlos, quien recordaba los acontecimientos que habían tenido lugar en Londres en los años 1417 y 1418, desvió la mirada y calló.

En los días que siguieron a su llegada a Paris, recibió a delegaciones de la Universidad, a magistrados y a un sinfín de altos funcionarios y prelados, que acudían a darle la bienvenida y a ofrecerle regalos; el reunir una suma para el rescate de monseñor había supuesto un gran esfuerzo para aquella ciudad depauperada. En la catedral de Notre-Dame se celebró una misa solemne en su honor; la iglesia había sido engalanada, se habían expuesto valiosas reliquias, las campanas tañían y una multitud curiosa y hambrienta de diversiones, congregada en la plaza de la iglesia durante la ceremonia, prorrumpió en vítores al ver salir a Carlos y su mujer.

No se había vuelto a saber nada de los emisarios enviados por Carlos a Sens. Cuando éste ya llevaba una semana en París, finalmente regresaron con la respuesta del rey.

—El duque de Orléans será bien recibido, siempre y cuando acuda a Sens acompañado únicamente por varios sirvientes de confianza. No se apreciará la presencia de hombres armados ni de un gran acompañamiento.

—¿Qué quiere decir el rey con eso? —preguntó Carlos, algo desconcertado, a Dunois, quien se encontraba con él desde hacía varios días.

Dunois se acarició la mejilla. No podía sino sonreír al ver el semblante asombrado y decepcionado de su hermano, quien seguramente había contado con un gran recibimiento.

—Significa que debes dejar aquí a todos esos borgoñones —repuso con calma—. El rey quiere recibir a su primo el de Orléans, no al protegido del de Borgoña.

—¿Protegido? —Carlos arrojó irritado el documento sellado sobre la mesa—.

Que quede bien claro que realizo todos mis actos por voluntad propia. Cuando abogo por la paz con Inglaterra, actúo por convencimiento. Si apoyo las aspiraciones de los vasallos de la corona, lo hago en agradecimiento a aquel que pagó parte de mi rescate y en solidaridad con mis parientes los de Alenon, Armañac y Bretaña. Por otra parte, yo también tengo varias quejas justificadas. Que nadie me tenga por una marioneta.

—Ve a ver al rey e intenta ganarte su confianza —le aconsejó Dunois en tono moderado—. No será fácil, pero merece la pena. Yo ya he hecho lo que he podido por aplacar su desconfianza. He intentado explicarle tu punto de vista, hermano. Pero es preciso que el rey se entere ahora directamente por ti de cuáles son tus opiniones.

Carlos, que se encontraba frente al fuego del hogar, de espaldas a Dunois, no respondió. Estaba muy disgustado: ¿qué podía importarle al rey si aparecía en Sens con una docena de acompañantes o con varios cientos? No es que él tuviera apego a aquella ostentación, pero tampoco quería dejarse achicar. Bastantes humillaciones había tenido que soportar ya en el pasado. La exigencia del rey era irrazonable, y no parecía tener otro objeto que el de bajarle los humos a su visitante; Carlos opinaba que, sobre todo por aquéllos a quienes representaba, no tenía por qué tolerar una actitud semejante. Si se plegaba a aquellas condiciones tan altaneras del rey, perdería toda su dignidad y autoridad. El de Borgoña se sentiría agraviado, no sin razón, si lo trataban así en la persona de su representante, Carlos.

—Diles a los mensajeros que desisto de mi visita al rey —dijo Carlos en tono glacial, sin volverse—. Mañana partiré hacia Blois.

El sol estival arde sobre las casas de Blois, escalonadas sobre el cerro en la ribera izquierda de la corriente. Debido a la prolongada sequía, el río se ha retirado dentro de su cauce; las aguas resplandecientes de sol se ven bordeadas por grandes bancos de arena, sobre los que juegan los niños durante todo el día y se arrodillan mujeres que lavan al borde del agua. En un altozano prominente a mitad de la ladera del cerro, se yergue la fortaleza con su color gris negruzco y sus piedras corroídas; pero los postigos están pintados de azul claro y rojo, el estandarte ducal ondea en las torres y en los adarves, y los puentes, portones y galerías hierven a todas horas de criados, pajes, escuderos y funcionarios pertenecientes a la administración ducal. Tras veinticinco años, el castillo de Blois ha revivido al albergar de nuevo en sus muros a Carlos de Orléans.

La presencia de la familia ducal ha hecho aumentar la actividad en las estrechas y empinadas callejuelas y en las plazas con su pavimentación irregular. Resuenan el rumor de voces, el ruido de pisadas, el piafar de caballos y el traqueteo de carros, en esta ciudad que durante años sólo pareció escuchar el murmullo de los arroyos y los monótonos crujidos de una noria.

Entre los puestos del mercado vuelven a verse, como antaño, los marmitones, maestresalas y ayudas de cámara del castillo; en las praderas junto a la ciudad se adiestran pajes y escuderos en el manejo del arco y la jabalina. De la explanada y el patio del castillo trascienden de nuevo a las calles de Blois los relinchos de los

caballos y el fragor de las armas. A menudo sale también la joven duquesa con sus doncellas y su séquito, en sus carruajes de vivos colores, cuando marcha a recorrer los campos, o a caballo cuando va a cazar aves en los terrenos pantanosos y solitarios al otro lado del río. Otras veces la ilustre compañía desea pasearse en barco por el Loira; en barcazas adornadas con tapices y banderas desciende río abajo hasta Chaumont y Amboise, para regresar desde allí a Blois a caballo.

Los habitantes de los pueblos y granjas junto al río salen a disfrutar del vistoso espectáculo; bajo tiendas de seda se divisa a las risueñas damas de alcurnia y a los cortesanos ataviados con sus abigarradas vestiduras, sentados sobre esos barcos que surcan despaciosamente las aguas del río. Todos los que viven a orillas del Loira en la región de Orléans y en la apacible Turena, alaban al duque, quien ha vuelto a su lado como un auténtico príncipe de la paz; la renacida prosperidad y el restablecimiento de la paz en estas regiones, que durante tanto tiempo han sido escenario de luchas, se atribuyen al regreso de Carlos.

Muchos lo ven, además, como un héroe, un mártir; aquellos que aún eran niños cuando salió de Blois, sólo recuerdan que luchó en Azincourt y que languideció en las cárceles inglesas. Han sufrido de tal manera los horrores de la guerra en sus propias carnes que no pueden sino ensalzarlo cuando se enteran de que se esfuerza en pro de la paz, y de que intenta propiciar un acercamiento entre el rey y los príncipes descontentos. Es un hecho innegable que el duque se dedica en cuerpo y alma a este objetivo; viaja sin cesar, reaparece por varios días consecutivos en Blois, para volver a marchar, con su séquito de hombres armados y consejeros, hacia Bretaña, Armañac, Borbón y Foix, pero también hacia el norte, hacia Hesdin, en Borgoña, donde se encuentra con el poderoso duque. Cuando reside en Blois, apenas se le ve fuera del castillo; por ello se agradecen las contadas ocasiones en que se vislumbran aquella figura siempre vestida de negro, aquel rostro amable.

Ni siquiera le toman a mal cuando manda anunciar recargos de los tributos sobre el vino, la sal, el trigo y la fruta; todos comprenden que le interesa reunir cuanto antes grandes cantidades de dinero: ¿no ha de retornar al cautiverio si no ha pagado la totalidad de su rescate en el plazo de un año? ¿Acaso los ingleses no tienen aún cautivo a su hermano, monseñor de Angulema?

Por esta razón, los habitantes de Orléans y de las ciudades y pueblos circundantes soportan sin rechistar lo que en otras circunstancias posiblemente hubiera originado una rebelión; tras la angustia y la confusión de los años de guerra, tras la autoridad severa y militar de Dunois, y tras la incertidumbre y perplejidad ante las nuevas medidas y reformas promulgadas por el rey, el gobierno de Carlos vuelve a conducirlos dentro de los cauces conocidos. A cambio de la obediencia y del pago de impuestos, se disfruta de tranquilidad; la presencia del duque abre perspectivas de una intensificación del comercio, mayores posibilidades de hacer negocios, y prosperidad.

El noble señor, por su parte, es una persona apacible y bondadosa; por doquier se

le considera como un héroe nacional, y se le alaba además como un gran poeta. Las baladas y róndeles que había enviado de cuando en cuando desde Inglaterra a parientes y amigos, cartas en verso, han ido cobrando notoriedad también fuera del reducido círculo de iniciados; todo ser medianamente culto ha oído hablar de su poesía o ha leído algo de ella. Desde que cundió la noticia del regreso de monseñor, han acudido a presentarse ante él infinidad de escribientes, amanuenses, encuadernadores e iluminadores; es de todos sabido que el duque es un gran amante y conocedor de libros y manuscritos; que inmediatamente después de su regreso a Blois mandó buscar su biblioteca, que se encontraba en las bóvedas subterráneas de la fortaleza de La Rochelle; y que, pocas semanas después, se trajeron en carretas y barcos los libros que había reunido durante su cautiverio. Cuando llegó a Blois el cargamento de grandes infolios, el bibliotecario de monseñor contó a la concurrencia la procedencia de dichos tomos: se trata de los libros que pertenecieron al rey Carlos el Sabio, abuelo del duque; el regente Bedford los robó del Louvre, pero, tras la muerte del de Bedford, monseñor consiguió recuperar en Londres los valiosos manuscritos.

Estas cosas y otras semejantes no hacen sino incrementar el prestigio del duque; por otra parte, cuando aparece en público siempre tiene para todos una palabra amable, un saludo cordial. A todos los pobres y vagabundos se les brinda en Blois comida y techo, nadie acude a él en vano si busca ayuda. Él es el buen duque, «le bon duc d’Orléans».

Pero ¿cómo vive el propio Carlos, desde su regreso a casa? Desde el momento en que, en el camino vecinal cerca de Orléans, doscientos niños pequeños que enarbolaban banderolas salieron a su encuentro para darle la bienvenida, le invadió el deseo de hacer realidad lo que esperaban de él aquellos niños que cantaban, aquellas gentes que se apiñaban al borde del camino: que él traería la paz; que él, como mediador, pondría fin a las diferencias entre el rey y sus vasallos.

Por primera vez desde que pisó tierra firme, ha clarificado sus deseos y criterios: ahora se siente capaz de ordenar sus impresiones, de abarcar los hechos que, durante su estancia en Saint-Omer, durante el fatigoso viaje y durante el breve paso por Paris, lo sumieron en tanta confusión. Cuando, tras llegar a Gien y ver el Loira, avanzaba a través de aquel paisaje amado, la brisa fresca disipó también las dudas y recelos de su corazón. Éste es su país, éste es el suelo al que todo su ser tiene tanto apego: los campos en declive, el anchuroso río, las ciudades y castillos que le son tan familiares desde su infancia más temprana. Este paisaje ondulante signe siendo también en invierno el jardín de Francia, lleno de vida y de color; verdes y castañas las colinas, las casas y torres con sus tonalidades grises o rojizas, y la corriente resplandeciente, que en cada recodo muestra una fisonomía diferente: alternativamente azul plateado o gris metálico, aderezada con el oro sumergido de los bancos de arena bajo la superficie del agua, con pequeñas islas e incontables barcos.

Bajo este cielo Carlos ni siquiera puede guardarle rencor al rey.

Mientras avanza devorando el paisaje con sus ojos hambrientos, respirando a pleno pulmón el aire fresco que reúne en si el olor a tierra agria, comienza a comprender cuál es la tarea que de veras quiere desempeñar. No quiere volver a tomar partido, no quiere ser ni el adalid de los caballeros feudales ni el servidor del rey: quiere ser imparcial e independiente, ofrecer su colaboración para encaminar a la concordia a los adversarios y para conciliar intereses encontrados. Lo que el de Borgoña desea de él, no es incompatible con sus propios deseos. A su pariente poderoso le ha prometido que visitará a los vasallos de la corona, que escuchará sus quejas y propuestas, y que, seguidamente, pedirá autorización al rey para organizar una reunión de los señores feudales, en la que éstos puedan dar a conocer sus reparos y deseos.

Si bien sospecha que el plan del de Borgoña sólo es inofensivo en apariencia, él se ha propuesto firmemente que no participará en una posible conspiración, y que se limitará a ejercer de mediador. Con motivo de la proyectada reunión de los príncipes, sin duda tendrá ocasión de visitar al rey; tal vez entonces consiga vencer la desconfianza y la resistencia de éste, y demostrar que él ha venido al reino para desempeñar un papel que hasta entonces nadie ha podido ejercer, puesto que nadie antes que él se ha encontrado al margen de todos los partidos. Cuando el rey comprenda la importancia de esta labor y reconozca los méritos del mediador, habrá llegado el momento propicio para hablar sobre la paz con Inglaterra, para allanar paso a paso el camino hacia el fin de todas las hostilidades entre los dos reinos.

A pesar de su buena voluntad y de su celo, Carlos es consciente de que le aguardan muchos problemas y decepciones. Sabe demasiado bien que, en la práctica, frente a los príncipes no puede actuar con tanta reserva como quisiera. Está unido a ellos por los lazos de la sangre; también depende de muchos de ellos, por lo que se refiere a contribuciones a su rescate y al de su hermano. Ya le han hecho promesas en este sentido; teme que, en lugar de pedirle que les restituya el dinero, le exigirán que actúe con igual correspondencia en otros ámbitos. Aun antes de que terminen los festejos de bienvenida en Orléans, Beaugency y Blois, Carlos envía emisarios y legados a las residencias de los de Bretaña, Armañac y Borbón, anunciando su visita. En Blois ya se están realizando los preparativos para su partida; la joven duquesa, cansada y enferma de tanto viajar, no lo acompañará. Durante los pocos días de sosiego que le quedan antes de su viaje, Carlos vuelve a explorar el castillo y sus alrededores. Mientras María, rodeada de sus doncellas, permanece en las dependencias del ala destinada a las mujeres, Carlos recorre a solas las salas y corredores por las que solía deambular cuando era un muchacho, tan enfrascado en sus pensamientos como ahora.

Han cambiado muchas cosas en Blois; durante largos años, el castillo fue un hervidero de gente de armas y constituyó una plaza fuerte de la región del Loira, un punto de encuentro de jefes de ejército, un lugar en el que se podía pertrechar tranquilamente a las tropas, realizar ejercicios y reunir provisiones. Todos esos años

han dejado su huella en el castillo. Las salas y estancias que pertenecieron a la corte ducal fueron desalojadas y destinadas a otros usos. Antes de la llegada de Carlos se colgaron apresuradamente varios tapices y se colocaron algunos muebles. Pero es evidente que se ha intentado aprovechar lo poco que han dejado los acreedores. Sólo el cuarto del torreón, en el que vivió de joven, permanece intacto: allí siguen la cama, el asiento con su pupitre y el anaquel junto al hueco de la ventana. En uno de los estantes polvorientos está su viejo salterio con su desgastada encuadernación de cuero.

Carlos permanece largo tiempo en la pequeña estancia, abrumado por los recuerdos. Aquí fue donde escribió su carta al rey, aquí habló con Dunois sobre los ejércitos de auxilio ingleses, aquí yacía despierto por las noches al resplandor del tizón del brasero, cavilando sobre la lucha contra el de Borgoña, sobre la insolencia del de Armañac, sobre la escasez de dinero, sobre la reparación de su honor. Ha transcurrido una vida entera; ¡cuán inocente, ignorante y confiado era entonces!

Carlos suspira y se encoge de hombros; lentamente desciende por la escalera de caracol, y, atravesando la galería de madera junto al muro meridional de Blois, que ahora está totalmente recubierto de vid silvestre, penetra en las dependencias en las que vivió con Bonne. Avanza con cautela por el suelo polvoriento, comportándose involuntariamente con tanto comedimiento como si se encontrara en un lugar sagrado, en un panteón. Las habitaciones están vacías; ya no cuelgan tapices de las paredes, y ha desaparecido el bastidor que había en el hueco de la ventana. Tampoco están ya los bancos, la mesa, el reclinatorio; tan sólo queda, en el último de los aposentos, el dormitorio, la cama de colgaduras verdes en la que soñó de niño, en la que luchó contra sus ansiedades juveniles, en la que durmió junto a Bonne. Acaricia una de las columnas y contempla las tablas desnudas, las colgaduras desvaídas y desgastadas, que ahora están recogidas. Llaman su atención unas pequeñas ralladuras en la madera de la cabecera; se acerca, mientras extrae los lentes de la manga. Al inclinarse hacia adelante, acierta a leer: «Dieu le scet», grabado en la madera con un alfiler.

Una profunda emoción invade a este hombre que, solitario, con unos lentes ante sus ojos miopes, permanece, en aquella habitación destartalada y olvidada, junto a lo único que le resta de los pocos días verdaderamente felices de su vida: una vieja cama, un recuerdo, un saludo de aquella que un día durmió aquí entre sus brazos. Aquí fue donde ella descansó, aguardando, esperando, rezando, palpándose el anillo en el dedo: «Dieu le scet». Y en una ocasión, para infundirse ánimos, en alguna noche interminable de verano o alguna tarde tormentosa de invierno, grabó estas palabras en la madera encima de su cabeza: «Dieu le scet».

Con dedos temblorosos, Carlos se quita los lentes; cegado por las lágrimas que pugna por contener, regresa a través de las salas vacías a la parte habitada del castillo.

* * *

En el transcurso del año 1441, Carlos viaja a Bretaña, donde en Nantes el duque le prepara un grandioso recibimiento. Allí se encuentra con numerosos conocidos de otros tiempos, los cuales, para su disgusto, le rinden unos honores casi reales. Estas zalemas le repugnan: ¿acaso se supone tácitamente que ambiciona el trono? Por todos lados le ofrecen dinero y regalos; no puede sino aceptarlos y agradecerlos, también en nombre de su hermano el de Angulema. Entre los nobles invitados de la corte del de Bretaña también se encuentra su yerno, el duque de Alenon; la mujer de éste, su propia hija Juana, su única hija, murió hace unos años.

El de Alenon, con sus modales atildados y su porte altivo, no le resulta demasiado simpático. Con amargura, Carlos se da cuenta de cuán relativa es la noción de parentesco; no siente afecto alguno por este extraño, y comprende perfectamente que las muestras de cortesía del de Alenon sólo se deben a su supuesta relevancia política. Por otra parte, no consigne apartar de si la idea de que en la corte de Nantes, tras la apariencia de galantes diversiones, ocurren cosas que no aguantarían la luz del día; a su juicio, se celebran demasiadas reuniones que se interrumpen de pronto cuando se acerca una persona no iniciada. Durante las cacerías y las comidas se intercambian palabras y miradas que no acierta a interpretar. Algo le están ocultando, algo que no osan confiarle. Observa que el duque de Bretaña y sus nobles franquean con impunidad las fronteras de Normandía, territorio que a la sazón sigue estando ocupado por los ingleses; que en las cacerías y francachelas de los bretones participan de continuo señores ingleses, entre ellos el heraldo real. Su yerno el de Alenon parece constituir el centro de dicho grupo. Carlos lo espía, intenta ganarse su confianza, busca cautelosamente que éste le dé explicaciones cuando habla con él, pero el de Alenon responde con evasivas, y su mirada evita encontrarse con la de Carlos.

La enigmática actividad de los nobles bretones inquieta a Carlos tanto más cuanto que se ha sabido que en el gobierno de Inglaterra vuelve a llevar la batuta el partido belicista que preside el impetuoso Humphrey de Gloucester. Aquellos que desean la paz con Francia, que han liberado a Carlos de Orléans y que aguardaban expectantes los resultados de su intervención, pasan a un segundo plano. Se han vuelto a movilizar las tropas inglesas estacionadas en Francia. Carlos escucha en silencio; las noticias de las victorias del rey en Creil y Pontoise le dan que pensar. Comprende por qué el rey se ha opuesto hasta entonces a hacer las paces con Inglaterra; la suerte está ahora de parte de Francia; lo que el rey ha reconquistado en la contienda ya no tiene que incluirlo en las negociaciones de paz. Debido a sus propias luchas partidistas, Inglaterra se ha debilitado más que nunca; en el carácter de Enrique VI, nieto de un demente, se manifiestan de día en día más rasgos extraños.

En cierto modo, la supremacía temporal del partido belicista en Inglaterra supone una ventaja para Carlos, puesto que a dichos caballeros, que siempre quisieron impedir su liberación, no tiene por qué rendirles cuentas si, al cabo del año, no ha satisfecho las condiciones establecidas. Si de momento no cambia la situación en

Westminster, tiene cierto respiro. Por otra parte, le invade una rabia impotente cuando piensa en su desdichado hermano, quien lleva ya treinta años preso, y cuya liberación depende de los esfuerzos de aquellos que propugnan la paz.

En los meses que siguen, Carlos viaja incesantemente; visita a unos y otros en majestuosos castillos e imponentes fortalezas. Escucha las quejas que tienen los señores del proceder del rey. Todos esperan, igual que Carlos, que termine pronto la guerra con Inglaterra, si bien por motivos distintos. Si la suerte le sigue sonriendo al rey y a sus tropas, sin duda expulsará a los ingleses. Si logra la victoria, será más poderoso de lo que jamás habrá sido un rey francés en los últimos cien años. Y cuando la autoridad del rey es intocable los príncipes feudales y los señores de la nobleza apenas cuentan. Por ello éstos desean de todo corazón que se haga la paz, antes de que el rey haya afianzado su poder por doquier.

—Sí, claro —dice Carlos una y otra vez, pensativo, cuando se le comunican estas opiniones en conversaciones privadas—. Ciertamente…

—Los años de su cautiverio han sido una buena escuela para él. Ahora le resulta muy útil el ser capaz de ocultar sus pensamientos, de escuchar con calma, de responder con cortesía, sin mostrar disgusto, desdén o desagrado. Para él, el rey es una figura extraña e incomprensible: aquel personaje débil y apocado se ha ido volviendo cada vez más temible y respetable. Carlos aún no sabe qué actitud adoptar frente a él. Los príncipes feudales, en cambio, no le inspiran más que desconfianza y un cierto desprecio. Ahora ve con más claridad que nunca cómo estos hombres, que sin excepción se pretenden reyezuelos, supeditan los intereses del reino a los suyos propios.

Con el corazón apesadumbrado viaja en octubre al castillo de Hesdin, en las fronteras con Flandes, donde le espera el de Borgoña.

El actuar con independencia ha aguzado el entendimiento de Carlos. A aquel hombre de boca grande e ojos insondables, que le invita a Hesdin para una conversación formal, lo ve de manera distinta al anfitrión distinguido y cortés de Saint-Omer. Aun así, también en Hesdin ambos duques se ven rodeados del fausto del que el de Borgoña no sabe prescindir; en el castillo engalanado con banderas y pendones se encuentran cientos de seguidores, en carretas se transporta hacia allí vino y caza en abundancia, y desde Flandes traen valiosos tapices y el servicio de mesa de oro del duque. En cada comida, los juglares, arpistas, malabaristas, bufones y poetas hacen gala de sus habilidades.

También aquí, el duque de Borgoña y su hijo de diez años, conde de Charolais, que le acompaña, avanzan solemnes y ceremoniosos por entre las filas de cortesanos que se inclinan o se hincan de hinojos, también aquí se suceden con escrupulosa exactitud las distintas formalidades del ceremonial de cada jornada. Pero, al menos para Carlos, se percibe una diferencia sustancial.

Allá en Saint-Omer, fueran cuales fueren las intenciones del de Borgoña, Carlos era un invitado de honor; a Hesdin acude como un vasallo que visita a su soberano. El

hombre que, sentado a su lado, bajo un dosel de brocado de oro, le hace una pregunta tras otra, frío y sagaz, es un importante estadista, gobernante de extensos territorios.

Una persona que sabe mantener unidos en un solo reino regiones tan dispares como Holanda, Frisia y Zelanda, Henao, Gúeldres, Luxemburgo, Brabante, Flandes, Picardía y Borgoña, además del Franco Condado, Rethel, Lieja y Luxemburgo, por fuerza ha de poseer en grado sumo la capacidad de complacer sopesadamente a todos, y de mantener el propio poder, sin perder de vista miles de intereses distintos.

Este hombre pausado y comedido difiere totalmente de aquel que tanto había inquietado a Carlos en su juventud; lo que en Juan sin Miedo era cólera, vehemencia y obstinación, en Felipe, a quien llaman «el Bueno», es una desenvoltura majestuosa e innata, la fuerza contenida de quien, en su camino hacia un gran objetivo, ha vencido casi todos los obstáculos con éxito.

El joven conde de Charolais observa todo atentamente con sus grandes ojos negros, los ojos de su madre portuguesa Isabel: una figura principesca ataviada de oro y negro, con la insignia del Toisón de Oro sobre el pecho. Carlos casi siente compasión por el muchacho, que algún día habrá de administrar tamaña herencia. Comunica sus experiencias al de Borgoña. Su anfitrión apenas hace comentarios; escucha erguido en su sitial, asintiendo imperceptiblemente con la cabeza. Finalmente dicta sus órdenes —a Carlos, al menos, así se le antojan sus palabras—: ahora deberá informarse al rey de Francia acerca de la proyectada conferencia de príncipes feudales, y ahora deberá pedírsele que envíe también a sus propios representantes y portavoces.

—Vos os encargaréis de presidir la conferencia, querido primo —dice el de Borgoña, mientras desliza su mano grande y bien proporcionada por el collar del Toisón de Oro—. Dirigiréis las deliberaciones y notificaréis por escrito al rey el resultado de éstas. Expondréis detalladamente todos los puntos, sin omitir presentar vuestras propias quejas. Por último haréis hincapié en que los príncipes de Francia exigen del rey que cumpla de inmediato todas las condiciones del tratado de Arras.

—¿Qué esperáis vos de esta conferencia? —pregunta Carlos, a su vez cauteloso —. ¿Esperáis intimidar al rey?

El de Borgoña hace un gesto.

—Eso es imposible de prever, querido primo. No sabemos si la actual firmeza del rey y su actual aplomo son algo más que una máscara. Sin lugar a dudas, la conferencia contribuirá a orientarnos en este sentido.

A petición de Carlos, Dunois se presentó ante el rey. Carlos había esperado resistencia; pero el rey no se mostró asombrado ni reacio, autorizó la reunión y envió a su canciller como representante. En el mes de febrero del año siguiente se celebró en la ciudad de Nevers el congreso de los príncipes feudales, un acontecimiento puramente formal, que no tenía otro objetivo que el de mostrar la unanimidad de

aquellos personajes descontentos.

Carlos, quien, en su calidad de presidente, tenía que escuchar y dirigir todos los discursos, alegatos y debates, desde el primer momento se convenció del carácter ambiguo de la reunión, que se había anunciado como una conferencia «para promover los intereses del rey». Los intereses planteados no eran en modo alguno los del rey. Los señores de Alenon, Vendóme, Borbón y muchos más, pidieron la restitución o donación de tierras, dinero, bienes y altos cargos. Todos se quejaron de los nuevos decretos, del hecho de que el rey no los consultara en cuestiones importantes, y del poder de ciudadanos como Coerír, Brezé o Bureau.

Carlos se vio ante la tarea, nada fácil, de formular estas quejas y exigencias en términos corteses y respetuosos, para que pudieran ser presentadas al rey. Comoquiera que se esperaba de él que también planteara sus deseos, hizo constar en el escrito que seguía esperando la restitución de las posesiones que le habían sido quitadas en 1408, y que carecía de suficientes recursos para vivir conforme a su rango y para pagar su propio rescate y el de su hermano.

Los documentos fueron llevados por mensajeros al rey, que a la sazón inspeccionaba sus tropas en Limoges. Al cabo de pocos días regresaron ya con noticias sumamente insatisfactorias para los príncipes que esperaban en Nevers. El rey había escuchado la lectura de las declaraciones con impaciencia y desgana; finalmente se limitó a observar que no tenía tiempo para contestarles a los señores uno a uno, por lo que éstos deberían contentarse con que reflexionara sobre sus quejas y exigencias. Al mismo tiempo, Carlos recibió una carta de Dunois en la que éste le encarecía que fuera a visitar al rey cuanto antes.

El gran maestre del rey se acercó a Carlos, quien, mientras esperaba, contemplaba desde el hueco de una ventana los tejados y patios del castillo de Limoges.

—El rey puede recibiros ahora, monseñor —dijo el noble, haciendo una reverencia.

Carlos se levantó y se dejó conducir a través de una serie de pequeñas habitaciones revestidas de tapices oscuros. Finalmente llegaron ante una puerta custodiada por centinelas escoceses; varios pajes y miembros del séquito del rey hablaban en voz queda en la pequeñísima antesala, por su tamaño casi una alcoba, que daba acceso a la sala de audiencias. Al entrar Carlos en la estancia, las conversaciones enmudecieron; unas manos abrieron solícitamente la puerta revestida de herrajes, tras la cual se encontraba el rey. Con un saludo, Carlos penetró en la sala.

El rey se hallaba en medio de la habitación, con las manos en la espalda; en la pared que había detrás de él, un cortinaje bordado cayó suavemente formando pliegues, mientras se oían unas leves pisadas que se alejaban atravesando una estancia contigua, sin duda alguna las pisadas de una mujer. Carlos, postrado de hinojos en un saludo ceremonial, alzó la vista a su regio primo y homónimo. Vio a un hombre de mediana estatura, de cabeza grande, facciones toscas y ojos claros y desconfiados. Vestía el rey un jubón plisado de brocado, que dejaba al descubierto sus

piernas flacas y rodillas huesudas.

—Alzaos, alzaos, querido primo —dijo; su voz era suave, casi tímida—. Por fin hemos podido vernos. —Avanzando un paso, contempló a Carlos con atención, como buscando un parecido en el rostro de su pariente. Finalmente, se mostró satisfecho; volviéndose, señaló un banco situado sobre un estrado.

Carlos lo siguió hasta el asiento, reprimiendo una sonrisa de complicidad. Sabía por qué el rey lo había mirado con tanta atención. Intuía que aquel hombre retraído y taciturno que tenía enfrente seguía albergando la duda que había nacido en él desde que su madre Isabel lo traicionó. Carlos notaba claramente que el rey había recelado encontrarse con su primo, temiendo que un cierto parecido entre ambos diera pábulo a su propia desazón, así como a nuevas habladurías de los demás. Permanecieron unos instantes en silencio en la penumbra de la estancia; fuera, en el patio, se oían los relinchos de los caballos y los gritos de los componentes de una comitiva que regresaba de una temprana partida de caza.

—No me fue posible recibiros antes —dijo el rey, en su tono suave y apagado—. En los últimos meses he estado sumamente atareado. Como sabéis, los ingleses siguen intentando reconquistar territorios y ciudades fuera de Normandía. Son duros de mollera. Por otra parte, a mi juicio aún había demasiados señores rebeldes que, con sus mercenarios y su chusma errante, hacían la vida imposible a los honrados ciudadanos. Desde que mandé ejecutar al bastardo de Borbón, se les han bajado los humos. Espero que ahora comprendan que no reporta ventajas volverse contra mí. —Carlos asintió con la cabeza, pero no dijo nada. El rey prosiguió—: ¿Habéis venido, primo, a defender personalmente la causa de los vasallos de la corona y sus seguidores?

—Es mi sincero deseo ayudar a restablecer el buen entendimiento entre vos y vuestros vasallos, Majestad —repuso Carlos con cautela—. Pero si he venido aquí, ha sido en primer lugar para presentaros mis respetos y ofreceros mis servicios.

—Hum. —El rey desvió la mirada con gesto brusco. Carlos pudo contemplar entonces su perfil: la gran nariz prominente, los ojos algo saltones y la frente abombada—. Poniéndoos al frente de un grupo de señores que no quieren sino contrariarme, me habéis hecho un flaco servicio. En otros tiempos, vuestro nombre siempre estuvo estrechamente unido al de nuestra casa real; vuestros hermanos me han servido lealmente.

—Lo sé, Majestad. —Carlos volvió a inclinar la cabeza—. Creedme, a mí también me mueve exclusivamente el deseo de paz y de concordia.

Desde mi regreso a Francia, me ha tomado algún tiempo hacerme una idea clara de la situación en el país. Por nada del mundo quisiera ponerme al frente de quienes aspiran a poner cortapisas a vuestra autoridad. Sólo deseo ofrecer mis servicios como mediador. Esto a mí me resulta más fácil que a cualquier otra persona, puesto que, tras una ausencia tan prolongada, apenas se me puede considerar ya parcial.

El rey arqueó las cejas, sacudiendo lentamente la cabeza.

—Aun así, sostengo que haríais mejor en renunciar a dicho papel de mediador —dijo; era imposible saber si estaba incomodado o no—. Si necesito de vuestros servicios, tened por cierto que os lo haré saber, primo. Por vuestro medio hermano me he enterado de que estáis dispuesto a mediar en caso de que se entablaran negociaciones de paz con Inglaterra. A su debido tiempo, tendré gustosamente en cuenta vuestro ofrecimiento.

—Perdonad, Majestad, pero en este aspecto no soy totalmente libre de hacer lo que yo quiero. —Carlos hizo un gesto, mientras contemplaba al rey con cierta sorpresa; ¿cómo habían podido describirle a aquel hombre como un ser débil e inseguro? La persona que le estaba hablando era plenamente consciente de su propio poder, y elegía sus palabras con la calma y la seguridad propias de aquellos que saben que la decisión final sólo les compete a ellos—. Comprenderéis —prosiguió Carlos— que me interesa mucho que se logre rápidamente la paz con Inglaterra. En tal caso, sin duda allí serán menos severos por lo que se refiere al cumplimiento de las cláusulas que rigen el pago de mi rescate y el de mi hermano. Tal vez incluso estén dispuestos a soltar a éste.

Mientras perduren las hostilidades me resultará muy difícil reunir las sumas requeridas dentro del plazo establecido.

—Sin duda alguna, primo —repuso el rey pacientemente—. Podéis tener la certeza de que haré las paces en cuanto se me presente una ocasión propicia para ello. En cuanto a vuestros asuntos pecuniarios, estoy dispuesto a ofreceros una compensación económica. De resultas del cumplimiento de vuestro deber para con el reino, habéis permanecido durante veinticinco años en tierra extraña como prisionero de guerra. Esto no lo olvidamos. Es mi intención resarciros hasta cierto punto de las pérdidas que hayáis sufrido en dichas circunstancias. He decidido asignaros una anualidad, a fin de que podáis llevar una vida acorde con vuestro rango. En mi cancillería han preparado, además, un documento en el que se consigna que os regalo una cantidad de ciento sesenta mil escudos de oro, para contribuir a vuestro rescate. Os ruego que consideréis esto como un gesto de amistad.

—¡Majestad! —Carlos se incorporó, profundamente sorprendido—. No sé qué decir…

Por primera vez percibió en los tristes ojos azul pálido del rey la sombra de una sonrisa, y algo más que no supo explicar. Bajó la vista, con cierta desazón, y se sentó de nuevo.

—No digáis nada, primo —dijo el rey, con voz suave y pausada—, pero, si queréis hacerme un favor, regresad a vuestras posesiones. Os habéis instalado en Blois, ¿no es así? Es una hermosa región. Ningún lugar me es tan grato como las orillas del Loira. Os envidio. —Suspiró levemente, mientras sus ojos se desviaban hacia el lugar donde se había movido la cortina al entrar Carlos—. Es un gran placer poder estar allí en compañía de…, de la persona amada, en medio de los campos y bosques. Debéis dar gracias a Dios, primo, por poder disfrutar de tamaña dicha.

Espero que os cueste poco trabajo romper los vínculos que os atan a ciertos señores. A fin de cuentas, vos sólo actuabais como mediador. Además, el congreso ya ha terminado. En la actualidad estoy contestando a cada uno de los peticionarios por separado, una actividad larga y tediosa, os lo aseguro. Por lo que respecta al duque de Borgoña, ¿qué le impide venir a presentarme personalmente sus quejas? ¿Por qué han de defender sus intereses ciertas personas que no tienen nada que ver con el tratado de Arras? Yo estoy dispuesto a recibir al de Borgoña o a sus portavoces. Tal vez podáis mencionar este punto en su momento, primo.

El rey se levantó y se dirigió lentamente, con cierta rigidez, a la ventana abierta de par en par, desde la que se observaba un continuo revolotear de palomas, como si alguien las estuviera alimentando desde una ventana contigua. El rey se quedó mirando hacia el exterior, sonriendo absorto. Pero de repente distrajo su atención el bullicio que producían en el patio los cazadores que regresaban; se inclinó hacia adelante y frunció el entrecejo, mientras su boca grande y tosca se contraía en una mueca de dolor. Carlos, quien lo había seguido hasta el hueco de la ventana, se fijó a su vez en el tumulto allá abajo, en los nobles que hablaban a voz en grito en medio del patio empedrado, mientras los criados y mozos de cuadra se llevaban los caballos y reunían a los perros, todavía excitados, en traíllas. Destacaba del grupo un joven, por su peculiar apariencia y su desaliño. Tenía un rostro afilado y amarillento, de rasgos pronunciados, el pelo largo y lacio, y manos grandes. Se hallaba de pie, algo encorvado, y arqueaba la fusta entre sus manos, mientras miraba con expresión burlona a sus compañeros. Finalmente hizo una observación en voz baja; los caballeros a su alrededor prorrumpieron en sonoras carcajadas, que a Carlos le parecieron forzadas.

—Es mi hijo Luís —dijo el rey, no sin amargura—. La espina que tengo clavada en el corazón, como suele decirse. Vuestro futuro rey, primo. Aquellos que ahora se vuelven contra mí eligiéndolo a él como eje de sus rebeliones, no saben lo que hacen. Creen utilizarlo, pero os puedo asegurar que es él quien los utiliza a ellos. Es la araña que chupa por completo a su presa y la deja consumida colgando en su tela: una imagen aleccionadora. El rey suspiró y se retiró de la ventana. Mirando con tristeza el rostro asombrado de Carlos, prosiguió:

—No ignoro las actividades de monseñor mi hijo. Sé que intercambia correspondencia en secreto con el de Borgoña, y que celebra continuamente deliberaciones con los señores feudales. Sé que él los incita a rebelarse. No lo hace sólo por contrariarme, si bien sabe Dios que a nadie odia tanto como a mí. Tiene sus propios proyectos, sigue su propio camino. Creedme, esta traición dentro de mi propio bando me resultaría difícil de sobrellevar si no me apoyaran fieles amigos y leales servidores. Me interesa mucho poder contar con buenos amigos.

Merece la pena guardarme fidelidad.

Carlos volvió a inclinarse; en la penumbra de aquella silenciosa sala de audiencias, cara a cara con aquel rey que, pese a su sonrisa tímida, mantenía una

actitud tan sosegada y segura, le invadió una sensación de opresión, de desazón. Aquel ser le parecía más enigmático que nunca; no sabía si le inspiraba compasión o aversión, recelo o respeto.

En otros tiempos, aquel hombre de mirada escrutadora a la par que tímida e indirecta, había sido un joven nervioso y enfermizo, que durante las audiencias se mordía las uñas y que prefería ocultarse de la vista de todos; una persona sin carácter, gobernada por aventureros ambiciosos. Carlos sintió curiosidad por saber quiénes se hallaban ahora detrás del rey; sin duda, el secreto de su sosiego y de su aplomo radicaba en la clase de apoyo que recibía. Carlos sabía perfectamente que unos consejeros experimentados y unos magistrados competentes podían mover a un rey a firmar decretos y resoluciones que hiciera creer de puertas afuera que era el propio monarca quien ejercía una gran autoridad. Pero, ¿quién de entre los hombres que se encontraban detrás del trono podía mostrarle a un ser enfermizo y asustadizo el camino hacia la disciplina y el dominio de sí, hacia el desarrollo de sus propias dotes? ¿Tal vez el banquero Jacques Coeur, consejero y financiero del rey, un hombre viajero, casi tan rico y poderoso como un príncipe? ¿De Brezé, Dammartin, Bureau? ¿Todos aquellos patricios de quienes no había oído hablar sino despectivamente? Lo dudaba; ¿acaso ellos podían salir airosos allí donde habían fracasado incluso Dunois y el de Richemont? Muchos pensaban que era la suegra del rey, la experimentada Violante de Anjou, quien había conseguido operar paulatinamente aquella transformación.

Mientras Carlos contemplaba pensativo las figuras del tapiz, creyó oír de nuevo un leve crujido al otro lado de la pared. Conocía aquel mudo: las mujeres acostumbraban llevar ahora vestidos de cola y largas mangas de seda, que crujía a cada paso, a cada movimiento. Entre los pliegues del cortinaje vio cómo aparecían tímidamente los dedos de una diminuta mano. El rey, al ver eso, dijo de pronto en voz alta:

—Querido primo, lamento que no podáis ser mi huésped por mucho tiempo.

Los dedos volvieron a deslizarse tras el cortinaje. Carlos comprendió que quienquiera que estuviera allí detrás había creído erróneamente, juzgando por el silencio en la estancia, que el rey volvía a estar solo. Sonrió y desvió la mirada.

Más tarde, durante la comida, escudriñó con atención a las mujeres del cortejo real, las esposas de los caballeros del séquito del rey y del delfín. La reina, con la que el rey —como todo el mundo sabía— rara vez coincidía bajo el mismo techo, se encontraba en otra parte. Aquellas damas que comían en silencio, con la mirada baja, rodeadas de cortesanos igualmente apáticos —la corte del rey para muchos era sinónimo de tedio y austeridad—, a Carlos le parecían tan insulsas e insensibles como muñecas vistosamente ataviadas. La respuesta a la pregunta que le rondaba no la recibió hasta el último día de su estancia en Limoges. Hallábase paseando por los jardines, acompañado por varios señores del cortejo real. El delfín Luis, quien parecía haberlo rehuido de manera deliberada durante los días anteriores, se unió al grupo y

permaneció al lado de Carlos, mientras caminaban entre los setos, los cuadros de hierba segada y los arbustos en flor. Era poco comunicativo; pero Carlos observaba que su mirada penetrante y algo burlona no se apartaba de él. Recordó las palabras del rey; efectivamente, parecía una araña que, aunque ocupada en apariencia tejiendo con laboriosidad su red, no pierde de vista a su presa.

—Haced el favor de saludar de mi parte a vuestro yerno, monseñor de Alenon, si lo vierais próximamente —dijo de pronto el heredero de la corona—. Decidle, si queréis, que aguardo con impaciencia noticias nuevas.

Carlos miró aquellos ojos oscuros y relumbrantes.

—Ignoraba que conocierais tan bien a mi yerno, monseñor.

—De hecho, incluso somos muy buenos amigos. —El delfín soltó una risita—. Apenas si podemos prescindir el uno del otro.

A Carlos le invadió una sensación desagradable. ¿Acaso pretendían atraerle una vez más al mundo peligroso y oscuro de las intrigas?

¿Constituían las palabras del delfín una contraseña, una indicación? ¿O tan sólo lo estaban poniendo a prueba? Se llenó de enojo y desconfianza hacia el de Alenon, aquel hombre lo bastante ambicioso y falto de principios como para mezclarse en los enjuagues más repugnantes.

Cuando iba a manifestarle al delfín su postura neutral y distante, sintió que éste le agarraba violentamente por la manga con unos dedos que parecían garras. Carlos lo miró asombrado e incomodado; el príncipe heredero le señaló con la cabeza un camino lateral. Bajo los arcos de verdes tilos se acercaban varias mujeres con rosas en las manos. La que encabezaba el grupo iba ataviada como una reina; un velo fino y delicado ocultaba sólo en parte el brillo de su aderezo. Al ver a Carlos y al delfín, se detuvo e hizo una profunda reverencia; luego pasó lentamente a su lado, con la mirada baja. Tenía un rostro joven, redondo y pálido, y una boca muy pequeña. Carlos se fijó en sus manos. Supo con certeza que se trataba de la mujer que había esperado detrás del tapiz mural.

—¿No la conocéis? —le preguntó el delfín al oído, con voz suave y silbante—. Se llama Agnés, Agnés Sorel, y es la concubina de mi regio padre; y no sólo su concubina, sino también su Consejo y parlamento.

Acabáis de conocer al verdadero gobierno de Francia, monseñor, no lo olvidéis.

Carlos cumple el deseo del rey. Regresa a Blois para una estancia más larga de la que jamás ha podido disfrutar allí. Por primera vez dispone de tiempo y de tranquilidad para decorar y amueblar las dependencias que desea ocupar. Elige una serie de habitaciones del ala oeste del edificio principal, desde donde se ve el río. En ellas se ordenan sus numerosos libros en anaqueles construidos expresamente para ese fin; allí se coloca su gran mesa, donde gusta de sentarse para leer o escribir, así como su silla rodeada de cortinajes, que monseñor puede desplazar a su antojo junto a

la chimenea o junto a alguna de las ventanas.

Desde la ciudad de Orléans se traen nuevos tapices, que representan el curso del Loira, desde su nacimiento hasta el lugar en que desemboca en el mar, junto a Saint-Nazaire. De este modo Carlos puede seguir, dentro de los muros de su castillo, la corriente amada en su recorrido junto a ciudades y fortalezas, entre bancos de arena e hileras de álamos, entre colinas o montañas, viñedos y amplias llanuras.

Y cuando estas imágenes pierden fuerza para él, no tiene más que subir dos escalones para acceder a cualquiera de los huecos de las ventanas: al pie de la pendiente sobre la que se asienta Blois, ve resplandecer el agua, ve moverse las hojas de los álamos refulgiendo ora verdes ora plateadas a la luz del sol, ve cómo giran las aspas de los molinos sobre el puente, y cómo se deslizan los barcos sobre la corriente.

También el gran séquito que le rodea va tomando cuerpo paulatinamente. Carlos nombra a funcionarios y altos cargos, fija sus salarios y les asigna sus cometidos. Muchos de ellos son borgoñones o picardos que se unieron a él cuando marchó de la corte del de Borgoña a París; pero de día en día va aumentando el número de sirvientes procedentes de Orléans y Blois. El gobernador del dominio de Orléans es el señor Jean de Saveuses, quien ha sucedido al fiel y competente Pierre de Mornay; durante el cautiverio de Carlos, el de Saveuses cruzó repetidamente el paso de Calais para llevar dinero al banquero Vittori. En prueba de su agradecimiento por los servicios prestados, Carlos lo ha colmado de favores; el de Saveuses es su amigo y brazo derecho.

Luego están los chambelanes, los señores que componen la cámara de cuentas de Carlos, que registran sus gastos e ingresos, y los recaudadores de impuestos; el capellán, los escribientes, los sacerdotes y los niños de coro; los ayudas de cámara con su cohorte de sastres, zapateros y peleteros; el bibliotecario, el armero, el tapicero, los encuadernadores, el orfebre, los jefes de cocina y bodegueros, los cocineros y marmitones, los camareros y coperos, los jardineros, el caballerizo y sus mozos, los jinetes y escuderos, los pajes, los músicos, bufones y momeros, y, por último, un hombre que goza de la total confianza de los miembros de la familia ducal, Jean Cailleau, el médico de cámara.

La duquesa tiene su propio séquito, con doncellas y pajes, arpistas y bufones, sastres y camareras.

La vida en el castillo de Blois transcurre como en una pequeña ciudad; en las escaleras, las salas y los corredores, y entre los distintos edificios, hay un trasiego continuo de gentes laboriosas. Todos quieren al duque, quien se comporta como un padre bondadoso; para todos tiene una palabra amable, un saludo cordial, un pequeño presente de cuando en cuando. Conoce los nombres de todos los niños que retozan en la plaza en el patio, permanece al corriente de las bodas y bautizos, de las ocasiones de luto y de alegría en la vida de cada cual.

Cuando alguien está enfermo, pasa a visitarlo; envía al señor Cailleau con medicinas y emplastos, y da dinero para que pueda proveerse de todo lo necesario.

Si alguien quiere visitar a algún pariente lejano, tiene deudas o problemas, y se entera el duque, éste lo manda llamar a su gabinete de estudio. Se quita los lentes, se pasa la mano sobre los ojos cansados y pide explicaciones. Luego le envía a la cancillería ducal con un documento firmado por él o a alguno de los señores de su cámara de cuentas. Allí se le paga lo que necesite, siempre y cuando se trate de una causa justificada. Si se casa alguna doncella del séquito ducal, ésta acude al altar ataviada como una reina; monseñor le presta generosamente las joyas de sus arcas.

Nadie tiene por qué andar en Blois con calzas rotas o ropas desgastadas; cada cual recibe anualmente dos juegos de ropa, uno para el invierno y otro para el verano. El duque no se ocupa solamente de las personas que forman parte de su corte; también los parientes y amigos menesterosos de éstas, y todo aquel que pase necesidad en Blois y sus alrededores, pueden acudir a él. Así y todo, la liberalidad no es su virtud más encomiada; se le elogia aún más por su amabilidad, por la cortesía con que trata a todos sin distinción. Si monseñor se entera de que algún escudero, ayuda de cámara o aprendiz de barbero de su servidumbre sabe jugar al ajedrez o a los naipes, lo invita a probar suerte jugando con él. Por encima de la mesa de juego y del tablero de ajedrez nacen numerosas amistades; más de uno que se sienta frente a su señor como criado, se levanta al término de la partida despidiéndose de él como amigo. Quien se encuentre con el duque por los pasillos o en el huerto, es saludado amistosamente con una palabra cordial o jocosa. Él es confidente, consejero y consolador en numerosas cuestiones. Cualquier habitante de Blois daría la vida por monseñor.

Son los libros, las pequeñas ocupaciones y el interés por la vida de las gentes a su alrededor lo que le proporciona a Carlos las distracciones que necesita; en Blois, ese panal lleno de abejas laboriosas, olvida sus preocupaciones, su infelicidad. Su breve actividad política le ha dejado un sabor amargo, una sensación de decepción, de fracaso, la impresión de haberse esforzado en balde. Al duque de Borgoña le ha comunicado, en términos cautelosos, que desea abstenerse de ulteriores reuniones de los príncipes; no obstante, se declara dispuesto a convencer al rey, en cualquier momento, para que reciba en audiencia al de Borgoña o a cualquiera de los demás señores, si así lo desearan.

Al mismo tiempo pone de manifiesto que sigue siendo partidario de la paz con Inglaterra y que, si se presenta la ocasión, prestará toda su colaboración. Así se lo comunica en una carta al conde de Suffolk, quien pertenece al partido pacifista en el gobierno inglés. Pero ¿cuándo se presentará esa ocasión tan anhelada? ¿Cuándo considerará el rey que el momento es propicio para plantear exigencias? ¿Cuándo entrará en razón el partido que en Inglaterra aún quiere continuar la guerra? Cada vez que Carlos piensa en su hermano, le invade una sensación de desánimo rayana en la desesperación. ¿Cuánto tiempo aún?

Pero todavía hay más. A Carlos le preocupa su yerno el de Alenon, de quien dicen que está dispuesto a servir a cualquiera que le proporcione dinero para el juego y los excesos. Tiene fama de borracho y libertino, de falso e infame. Se murmura que, a

cambio de dinero y favores, ya ha entregado a los ingleses varias fortalezas en Normandía y Bretaña. Carlos intenta abordar reiteradamente a su yerno, a través de cartas y emisarios, y convencerle de que acuda a visitarlo a Blois; pero el de Alenon se mantiene distante. Carlos quisiera romper toda relación con él, pero, pensando en sus nietos, es incapaz de hacerlo. Ha de considerar con seriedad la posibilidad de que no llegue a tener otros herederos que los hijos de su hija. Las posibilidades de contar con descendencia propia parecen haberse desvanecido por completo; María, duquesa de Orléans, es de constitución débil: desde su llegada a Blois ha enfermado ya en numerosas ocasiones.

Durante una conversación confidencial, el médico Cailleau, sacudiendo la cabeza, le ha comunicado a Carlos sus impresiones: la duquesa es frágil como el cristal, y además sufre de anemia y de ataques de tristeza y apatía indeterminadas.

Las doncellas lo saben muy bien; la duquesa tan pronto permanece en cama durante largos días, negándose a comer y sollozando sin cesar, como desea ataviarse como para una fiesta, ordena que se ensille su caballo o que se tenga preparada una embarcación. Pese a las advertencias y objeciones de quienes la quieren bien, sale afuera, así llueva o brille el sol. Ríe sin parar, parece incansable, galopa por las praderas o navega durante todo el día. Es tan caprichosa como el tiempo en el mes de marzo; pero su constitución se resiente con todos estos caprichos.

Carlos asiente, suspirando, pero no contesta. Sabe que Cailleau, su viejo amigo, conoce tan bien como él la causa de los cambios de humor de María. Recuerda las lágrimas y las risas convulsivas de Isabela entonces era demasiado joven para ser un buen esposo, ahora se encuentra demasiado viejo para complacer a su mujer. Siente mucho cariño por María, quien, para él, no pasa de ser una niña cuyos únicos pensamientos y preocupaciones se refieren a los vestidos, las joyas, las excursiones en barco y similares; tiene pájaros y perros, bufones y músicos en abundancia, un buen caballo de silla y todo un cortejo de jóvenes a su alrededor. Por lo que a él respecta, no tiene inconveniente en que ella se divierta todo lo que quiera; ¿de qué le serviría la compañía de un hombre de quién la separa toda una vida de preocupaciones y tristeza? Él no quiere molestarla; ¿para qué? Frente a ella, se comporta con cortesía y amabilidad, procurando colmar sus deseos; pero nadie puede pedirle que se muestre joven y ardiente, puesto que ya no lo es.

Es sobre todo cuando se dirige junto a María hacia la iglesia o la sala de audiencias, cuando es más consciente de su propia torpeza, obesidad y falta de atractivo: no deja de ser un hombre bastante grueso y encanecido, que camina con paso cansino al lado de una mujer joven y esbelta, que lo supera en estatura.

Cuando Cailleau le enumera cautelosamente distintos remedios posibles, Carlos sacude la cabeza; ni las píldoras ni las hierbas conseguirán volver a María contenta y feliz. Desde una ventana que da al patio la ve alejarse a caballo, entre doncellas risueñas y lozanas, jinetes jóvenes y aguerridos y pajes juguetones. Sus ropajes, que siguen los cánones actuales de la elegancia, a Carlos le parecen ridículos: colores

vivos, mangas dentadas y abullonadas, hileras de campanillas y zapatos tan largos y puntiagudos que casi es imposible no tropezarse con ellos; pero son jóvenes y apasionados, y están rebosantes de vida. Siente una profunda compasión por María; ¿estará condenada a languidecer a su lado?

Con un suspiro vuelve al libro que está abierto sobre la mesa. Pero, un día, cuando María y su corte han salido del castillo a celebrar la llegada del mes de mayo —en la pradera cubierta de flores que hay junto a Blois han plantado un mayo para la ocasión—, Carlos no consigue hallar solaz en la lectura y el estudio. Por primera vez en muchos años, por primera vez desde que, tras la muerte de Bonne, dejó de escribir poesía, recurre de nuevo al viejo cuaderno en que anotó verso tras verso durante su cautiverio. La sensación agridulce y nostálgica que le invade ahora, se le antoja demasiado fugaz y limitada para una balada; pero consigue plasmarla en varios róndeles. Cuando los jóvenes regresan de la pradera riendo y cantando, cargados de ramilletes y ramas en flor, Carlos también ha recogido su propia flor en este primer día de mayo. De pie ante la ventana, repite en voz baja los versos que ha escrito en el pergamino de su «Libro de Pensamientos».

Les fourriers d'Eté sont venus
Pour appareiller son logis,
Et ont fait tendre ses tapis,
De fleurs et verdure tissus.
En estendant tapis velus,
De vert herbe par le païs,
Les fourriers d'Eté sont venus

Coeurs d'annuy pieça morfondus,
Dieu mercy, sont sains et jolis;
Allez vous en, prenez pais,
Hiver, vous ne demeurez plus;
Les fourriers d'Eté sont venus![21]

En la primavera del año 1444, Carlos recibió al fin las anheladas noticias del rey. Los ejércitos de ocupación ingleses, que se habían visto obligados a retroceder hasta la costa, estaban cansados de tanto luchar.

El gobierno de Londres por fin se había ablandado y parecía dispuesto a renunciar a prácticamente todas sus exigencias. Si bien el rey de Francia continuó el asedio de las ciudades que aún ocupaban los ingleses, declaró que recibiría una embajada; Carlos de Orléans actuaría de intermediario en todo lo relacionado con ella.

Carlos, a quien se encargó que se pusiera en contacto con los representantes del

gobierno inglés, envió sin dilación mensajeros al de Suffolk y a *sir* Robert Roos. La respuesta le llegó de inmediato; el de Suffolk le escribió una larga carta en la que le comunicaba que él mismo formaría parte de la legación que cruzaría próximamente el paso de Calais, con un doble objetivo: concertar la paz o, cuando menos, un armisticio, y, a fin de sellar el buen entendimiento entre ambos reinos, negociar la posibilidad de un matrimonio entre Enrique VI y la hija de algún príncipe francés.

Las infantas de la realeza ya estaban todas dadas en matrimonio, por lo que no entraban en consideración; por otra parte, en ambos países aún estaba vivo el recuerdo de las trágicas bodas de 1396 y 1420.

«Pero», escribía el de Suffolk en términos formales —Carlos sabía cuán contrario era su antiguo guardián a que ocuparan el trono de Inglaterra esposas francesas—, «según tenemos entendido, hay hijas casaderas en las casas de Bretaña, Armañac y Alenon».

Carlos visitó a su soberano para transmitirle las intenciones de los ingleses. El rey rechazó con firmeza cualquier enlace entre el rey inglés y un miembro de alguna de las mencionadas casas feudales francesas.

—¿Acaso piensan que yo mismo voy a dar entrada al caballo de Troya? —dijo con su sonrisa amarga, algo desvaída—. Os pido, monseñor mi querido primo, que os pongáis de inmediato en contacto con mi cuñado el de Anjou; en él puedo confiar ciegamente. Tiene éste una hija. Es nuestro deseo que la ofrezcáis a los legados como prometida de nuestro primo, el rey de Inglaterra.

Así pues, Carlos comenzó en seguida a hacer los preparativos para su viaje a Tarascón, en el extremo meridional del reino, donde residía el de Anjou, quien, conforme a sus aspiraciones al trono de Sicilia, seguía llamándose a sí mismo «rey». Era unos diez años más joven que Carlos; de su padre había heredado una espléndida serie de impresionantes y rimbombantes títulos y aspiraciones a distintas coronas: le correspondía reinar —según le habían inculcado desde pequeño— sobre Jerusalén, Aragón, Sicilia, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Córcega, Barcelona, Piamonte. En realidad sólo poseía el dominio de Anjou y la región de Provenza, así como la de Lorena, que le había aportado su mujer al casarse con él. El rey Renato, como lo llamaba todo el mundo, desde que sucedió a su padre había tenido que hacer una guerra tras otra para defender sus derechos; en estas luchas había llevado invariablemente las de perder, con lo que, de todo aquel poderío y gloria mundanas, de aquel reino que se extendía desde España hasta Jerusalén, no le restaban sino las brillantes coronas de su blasón.

Junto con el ducado de Lorena, su mujer le había aportado en su dote los conflictos armados con el de Borgoña. A Renato, éstos le supusieron, además de una derrota, un cautiverio de cinco años en tierras de Flandes. Durante aquella estancia forzosa en la corte del de Borgoña, se descubrió que Renato era un soñador inofensivo, un filósofo amante de las artes; el de Borgoña lo puso en libertad con toda tranquilidad y vio cómo se confirmaban sus suposiciones: el rey Renato no quería

sino dedicarse a sus múltiples aficiones bajo el sol de Provenza, sin volver a preocuparse de la política.

—Creo que por fin hemos concluido todos los asuntos —declaró el rey Renato levantándose, mientras se arreglaba los pliegues de su amplia y floreada túnica de brocado—. Basta ya de política, querido amigo, ni una palabra más. Disfrutemos ahora de este encuentro amistoso, del sol que Dios nos concede aquí con tanta abundancia, de las alegrías que nos ofrece la vida. Apenas he podido deciros aún cuán grata me es vuestra visita; somos hermanos, querido amigo, hermanos, ¡unidos con unos vínculos mucho más sólidos que los lazos de la sangre!

Carlos también se levantó, algo mareado por el calor y por el reflejo cegador de la luz del sol en el paisaje a su alrededor. Habían llevado a cabo sus deliberaciones bajo un amplio entoldado de tapices, en la galería abierta de estilo oriental que el rey Renato había mandado construir adosada a los muros de su castillo de Tarascón; allí se estaba como en lo alto de una nube, desde la que se podían contemplar sin estorbos aquellas tierras de vivos colores.

El vino frío de color dorado que les habían ofrecido los pajes resultó ser más fuerte de lo que hacía sospechar su aroma; Carlos se sentía sorprendentemente despreocupado, como si hubiera probado la bebida que trae el olvido. Tomando la mano que le tendía su anfitrión, se dejó conducir al interior, a las salas frescas y sombreadas del castillo; acompañaba a los príncipes un cortejo de músicos con laúdes y de juglares. Atravesaron unas estancias decoradas con mosaicos de estilo morisco; finalmente descendieron varios escalones.

El rey Renato dio unas palmadas, haciendo una indicación a su séquito; los nobles, pajes y sirvientes se quedaron atrás. Carlos y su anfitrión entraron en un portillo abovedado, estrecho y oscuro, practicado en uno de los muros exteriores.

—¡Seguidme, querido amigo, seguidme! —El rey Renato se volvió, sonriente, haciéndole señas; en su rostro ancho y cetrino relumbraban sus dientes blancos, mientras le hacía un gesto ampuloso de invitación.

Carlos se inclinó, asintiendo; estaba perplejo al tiempo que divertido por la alegría casi infantil de su principesco anfitrión, quien le había confesado que le interesaba infinitamente más la poesía de su visitante que todos los mensajes honoríficos de los gobiernos inglés y francés juntos.

El rey Renato abrió un postigo tan estrecho y bajo que ambos hubieron de agacharse. Al alzar la vista, Carlos no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Se encontraba en un huerto amurallado lleno de árboles en flor, y flores de vivo colorido; senderos pavimentados surcaban el jardín, en el que se oía el murmullo de tres fuentes. Entre las ramas de los arbustos se distinguían, encadenados a una percha o un columpio, pájaros exóticos de vistoso plumaje: llenaban el aire sus trinos dulces y penetrantes y el olor intenso y dulzón de las flores de los árboles. Los muros que

rodeaban el huerto eran tan altos que desde el exterior sólo se distinguían las copas de los árboles. Por encima del huerto de esas altas copas se desplegaba la bóveda celeste, de un azul intenso y deslumbrante.

Junto al postigo por el que habían entrado Carlos y Renato, había un pabellón abierto; encima de su brillante embaldosado se había tendido entre varios postes una lona que, por uno de los lados, colgaba hasta el suelo para amortiguar la luz. Bajo aquel toldo había un banco, un pupitre inclinado como el que solía emplear también Carlos al escribir, y una mesa repleta de estuches, cajitas e infolios. Fue hacia aquel cenador adonde el rey Renato condujo a su huésped, sin abandonar su actitud misteriosa.

Carlos, que creía haberse trasladado del mundo real a uno de aquellos jardines simbólicos y fantásticos de los que se hablaba en el Roman de la Rose, entró en el pabellón. Mientras el rey Renato se afanaba junto a la mesa y el pupitre, Carlos miraba como hechizado a su alrededor, contemplando los pájaros y los árboles, cuyos nombres desconocía, y el verde resplandor de la hierba y el follaje.

—Mirad. —Carlos obedeció a aquella invitación formulada en tono suave pero apremiante, y se volvió. El rey Renato había dispuesto sobre la mesa una serie de diminutos cuadritos de madera, pintados con miniaturas relucientes y doradas al estilo de los maestros flamencos, cuyas obras había conocido Carlos en la corte del de Borgoña. Aquello despertó su interés; calándose los lentes, se inclinó hacia adelante para ver de cerca las distintas escenas.

—Son realmente hermosos —dijo al cabo de un rato—. ¿Quién ha pintado estos cuadritos, monseñor? —El rey Renato, que había estado contemplando a Carlos con silenciosa atención mientras éste tomaba los cuadritos uno a uno en sus manos, se echó a reír; en su rostro grande y redondo, sus ojos negros y alegres relumbraban cual estrellas.

—¿De veras os gustan, querido amigo? —preguntó satisfecho—. Eso me complace. A mí también me parecen buenos. Yo mismo los pinté.

—Tenéis gran maestría —dijo Carlos, sorprendido—. Son auténticas obritas de arte.

El rey Renato se inclinó por encima de la mesa, con lo que su cara casi rozaba los cuadritos; con mucho cariño y cuidado, tocó la madera con las yemas de los dedos.

—Es cierto, son hermosos, son buenos —repitió varias veces, entusiasmado—. Los colores están bien mezclados. Observad la belleza de este azul; me ha costado una fortuna en lapislázuli. Pero compensa los gastos, merece la pena. Yo mismo me enseñé a pintar, cuando me hallaba preso en Flandes —prosiguió, volviéndose hacia Carlos—. Era éste mi pasatiempo, como para vos, en Inglaterra, la poesía.

—Por lo que veo, os sigue deleitando mucho. —Carlos sonrió, señalando las cajas con pinceles, el pupitre, y las botellas y recipientes para mezclar las pinturas que había a su alrededor—. A mí por desgracia el mundo me reclama demasiado, con lo que no puedo dedicarme a mis aficiones.

—¿El mundo? ¿El mundo? —Por primera vez se nubló el semblante infantil y bondadoso del rey Renato—. ¿A qué llamáis vos el mundo? ¿A las conferencias, los asuntos de Estado, las guerras, las escaramuzas políticas, las preocupaciones económicas, y las obligaciones para con éste y aquel otro? ¿Sabéis vos lo que es el mundo? —Tomando a Carlos del brazo, le obligó a fijarse de nuevo en los cuadritos expuestos; con su dedo índice grueso y moreno le señaló los asuntos de los mismos: santos, escenas mitológicas, figuras simbólicas—. Éste es el mundo, aquí está el mundo, al menos para mí —dijo con amorosa delectación—. Durante las horas que pasé pintándolos, por primera vez en mi vida me sentí realizado como persona. Nunca estoy tan satisfecho, tan profundamente feliz, tan agradecido al Dios que me ha creado, como cuando me hallo aquí, entre mis pinceles y mis colores, dando forma en la madera a mis pequeñas creaciones, mis pequeños mundos. Éste es el mundo, monseñor mi amigo, y todo lo demás no es sino sueño y apariencia, tan tenue como el humo. No me digáis que no lo sabíais desde hace tiempo.

É

—A menudo casi llegué a pensarlo —dijo Carlos, sin dejar de sonreír, absorto—. Pero jamás conseguí expresarlo tan claramente como vos lo habéis hecho, monseñor. Jamás osé imaginarme que la poesía pudiera ser el sentido y el objeto de mi vida. Pienso que tenía…, y tengo, otras muchas obligaciones que cumplir. Mi tiempo no me pertenece exclusivamente a mí.

—¡Querido amigo! —Alzando ambas manos, el rey Renato sacudió la cabeza, mientras sus ojos comenzaban a brillar de nuevo—. Cuánto os queda por aprender. Vos mismo no os conocéis, amigo. Sed sincero, reconoced que sólo vivís de verdad cuando versificáis cavilando y caviláis versificando. He tenido el privilegio de leer varias de las canciones que habíais enviado a vuestra difunta esposa en Rodez. ¿Para qué incurrir en comparaciones ni citar nombres como Virgilio u Horacio, a quienes aprendimos a amar y venerar como grandes poetas? El mirlo y la alondra pueden ser tan cautivadores como el ruiseñor, y el hecho de que Dios los haya creado demuestra que en este mundo hay lugar para su canto. Monseñor, mi querido amigo, esas canciones vuestras no son rimas convencionales, como las que todos aprendemos a componer tarde o temprano. En ellas habéis volcado vuestro corazón, emanan calor y verdad, como…, como… —Gesticulaba con vehemencia, buscando en vano una palabra apropiada. Carlos se encogió de hombros, sonriendo.

—Es cierto que, para escribir un buen verso, las emociones deben brotar del corazón —dijo en tono trivial; se daba cuenta de que él jamás podría hablar de estas cosas con tanto entusiasmo y tanta franqueza como el rey Renato.

—¿Y qué os impide amar, admirar e incluso penar, cuando no haya más remedio, con todo el corazón? —Carlos salió del pabellón, en pos de su anfitrión, a la claridad cegadora de la luz del sol; les salió al encuentro la fragancia agridulce y embriagadora de las rosas y las adelfas.

—Cuando murió doña Bonne, pedí en un poema que me dispensaran del servicio

del Amor —dijo Carlos, sin abandonar aquel tono entre nostálgico y jocoso—. Desde entonces apenas he vuelto a tomar la pluma. Vivo bajo la protección de Nonchaloir, la indiferencia estoica, la resignación fría y sosegada… Esto evita que me sienta tentado tan de continuo a escribir versos… Claro que… Se detuvo y extendió la mano hacia un racimo de flores.

—En vuestro jardín encantado, monseñor, me creería de nuevo joven y enamorado. Sí, si siguiera pensando más tiempo en esa posibilidad, me temo que las rimas y las imágenes brotarían con tanta profusión en mi corazón como las flores en este jardín. No tendría más que recogerlas.

—Y bien, ¿qué os impide hacerlo? —preguntó Renato, con el rostro radiante de gozo. Estuvo a punto de añadir algo más, pero de pronto se llevó un dedo a los labios, señalando con la cabeza hacia un arbusto en flor. De la espesura salieron dos pavos reales de blanco plumaje, que se acercaron con regia parsimonia; movían sus cabezas tocadas de coronas de plumas, de izquierda a derecha, con movimientos bruscos y altivos, mientras arrastraban tras de sí las largas plumas de sus colas plegadas. Al verse contemplados, se detuvieron y abrieron ceremoniosamente sus blanquísimos abanicos de plumas.

—Monseñor mi amigo —susurró el rey Renato—, ¿no sigue observando nuestra caballería aquella hermosa costumbre de antaño, de jurar, en ocasiones de gran solemnidad, por aves nobles, como garzas, cisnes o pavos reales? Me parece que las circunstancias se confabulan para arrancaros una promesa. Jurad que no traicionaréis el anhelo más profundo de vuestro corazón, que no os resistiréis por más tiempo a la musa, que es vuestra amiga y consoladora más fiel. Jurad que no volveréis a caer en el pecado de la infelicidad.

Durante un breve instante reinó un silencio total en aquel huerto titilante de luz y de color. Los pavos reales se paseaban silenciosos por la hierba, sobre el azur del cielo se recortaban inmóviles las relucientes hojas y olorosos racimos de flores de los altos arbustos. Finalmente Carlos levantó su mano derecha en aquel gesto que le era tan familiar.

Pensó que jamás había prestado un juramento más trascendental.

Balades, chançons et complaints
Sont pour moy mises en oublv,
Car ennuy et pensees maintes
M'ont tenu long temps endormy.
Non pour tant, pour passer soussy,
Essaier vueil se je sauroye
Rimer, ainsi que je souloye.
Au meins j’en feray mon povoir.
Combien que je congnois et sçay
Que mon langage trouveray

Tout enroillié de Nonchaloir.

Amoureux ont parolles paintes
Et langage frois et jolv;
Plaisance dont ilz sont accointes
Parle pour eux; en ce party
J'ay esté, or n'est plus ainsi;
Alors de beau parler trouvoye
A bon marchié tant que vouloye;
Si ay despendu mon savoir.
Et s'un peu espargnié en ay.
Il est, quant vendra a l'essav.
Tout enroillié de Nonchaloir.

Mon jubilé faire devoye,
Mais on diroit que me rendroye
Sans coup ferir, car Bon Espoir
M'a dit que renouvelleray;
Pour ce, mon cueur fourbir feray
Tout enroillié de Nonchaloir.[22]

A principios del verano, el rey recibió en Montils a la legación inglesa.

Por primera vez, la corte se despojó de la austeridad que la había caracterizado durante tanto tiempo; la visita de los señores ingleses se vio amenizada con fiestas, banquetes y justas. El rey Renato y su esposa acudieron a mostrarles a los legados a su joven hija, una hermosa muchacha de quince años, llamada Margarita. El de Suffolk, cautivado a pesar suyo por la prometida del rey, apenas puso reparos cuando resultó que Francia se manifestaba en desacuerdo con los deseos de Enrique VI y de su gobierno, en lo concerniente al tratado de paz. El rey de Francia estaba dispuesto a ceder Guyena y Normandía como estados señoriales, pero se mostró decidido a conservar personalmente, en todo momento, la soberanía sobre dichos territorios. Tras largas deliberaciones, presididas por Carlos, finalmente se llegó a una solución provisional, con la que ninguna de las dos partes salía perjudicada: se firmó un armisticio por espacio de dos años: Carlos aprovechó la oportunidad para arreglar con el de Suffolk sus propias obligaciones frente a Inglaterra; se fijaron plazos de pago. Al mismo tiempo tanto Carlos como el de Suffolk firmaron un documento en que se detallaban pormenorizadamente las condiciones para la liberación de Juan de Angulema.

Si bien la legación regresó a Londres inmediatamente después de las deliberaciones, a Carlos aún le quedaba mucha tarea por realizar.

Ahora que las hostilidades con los ingleses pertenecían al pasado, el rey quería dedicarse a acabar definitivamente con las bandas de mercenarios que todavía recorrían algunas partes del país dedicándose al pillaje; así pues, pidió a Carlos que se encargara de presidir las restantes negociaciones y de realizar los preparativos para el matrimonio por poder de la joven Margarita de Anjou. Carlos desempeñó puntualmente dicha misión, si bien no se encontraba con muchos ánimos para tales actividades. Sentíase muy cansado; los continuos viajes entre París y los distintos lugares adonde se desplazaba el rey, comenzaban a pesarle. Además de las gestiones diplomáticas, tenía que dedicar su atención a otras cuestiones. Aprovechó el que en sus viajes hubiera de atravesar numerosas ciudades y territorios de su propiedad, para poner orden en su administración.

Por otra parte, hubo de agotar todos los recursos para reunir la cantidad que había de pagar como anticipo del rescate de su hermano.

Todo el dinero que conseguía, ya fuera como préstamo o donación, lo enviaba en seguida al banquero del de Suffolk, quien se encargaría de las demás formalidades. Finalmente, en la primavera de 1445, recibió la noticia que había anhelado desde hacía tanto tiempo: se había alcanzado el importe de la garantía de ciento cincuenta mil escudos, en parte gracias a las frecuentes contribuciones de Dunois. Juan de Angulema estaba ya a punto de atravesar el paso de Calais.

Carlos hubiera deseado viajar de inmediato hacia Calais para recibir a su hermano, pero la boda de Margarita de Anjou lo reclamaba en Nancy. El rey Renato había elegido la capital de sus territorios de Lorena como escenario de los festejos; no escatimó dinero ni esfuerzos para hacer de la boda de su hija el pináculo de refinamiento cortesano.

De todas partes acudieron a Nancy príncipes y nobles para presenciar aquellas maravillas, para ver cómo la novia comparecía ante el altar ataviada con una túnica sembrada de margaritas de plata, de la mano del de Suffolk, para jurar fidelidad a su señor y esposo Enrique VI, rey de Inglaterra, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separara.

Las grandes campanas de la catedral de Nancy repicaron durante todo el día, y la población, exultante de gozo por el final de cien años de guerra y agitación, aclamó a la joven reina de Inglaterra, deseándole una larga vida, y ensalzándola y adorándola como si ella fuera la encarnación misma de la paz. Terminados los festejos, la corte regresó al castillo de Châlons, donde el rey gustaba de residir. Carlos de Orléans y su mujer siguieron el ejemplo de la mayoría de los príncipes reunidos en Nancy, marchando con el cortejo real, no tanto por asistir a las justas y competiciones que se celebrarían en Châlons, sino para encontrarse, por fin, con Juan de Angulema, quien les había comunicado que, antes de nada, quería presentarle sus respetos al rey.

Carlos de Orléans era uno de los pocos caballeros que prefería permanecer en las salas frescas y silenciosas del castillo, en lugar de frecuentar los campos de juego, las praderas o las cacerías. Su estancia predilecta era la biblioteca; el rey poseía una

hermosa colección de libros, en su mayoría crónicas y obras históricas. Mientras Carlos se dedicaba a la lectura —para acortar los días de espera hasta la llegada de su hermano—, su joven esposa María disfrutaba, en compañía de los cortesanos, de todas las diversiones y distracciones que pudiera anhelar.

Entre los caballeros que habían acudido a Châlons con la esperanza de ganar gloria en los torneos, se encontraba un joven, Jacques de Lalaing, que se había educado en la corte de Cléveris. Había sido compañero de juegos de los hermanos mayores de María. De niña, ésta había visto a menudo cómo se ejercitaban los muchachos, cómo competían corriendo o intentaban domar sus caballos. Cuando; en la corte de Châlons, Jacques de Lalaing se acercó a saludarla, María, emocionada y casi asustada, había reconocido en aquella figura caballeresca la imagen de sus sueños infantiles; aquel paladín que se dirigía hacia ella, envuelto en un halo de fama y juventud —no en vano pasaba por un luchador invencible en combates singulares y torneos—, se le antojó el Caballero del Cisne de la leyenda, el héroe que había aguardado con impaciencia oteando el Rin. En los días que siguieron, María se sintió cada vez más tentada a maldecir su suerte, que había hecho que no se encontrara con el de Lalaing hasta ahora.

Se veían continuamente, dado que ambos pertenecían al grupo de nobles y damas que solían acompañar a la joven esposa del delfín, Margarita de Escocia. Alrededor de la heredera de la corona, una mujer animada, inquieta y llena de ocurrencias caprichosas, jamás enmudecía el bullicio festivo; había tantas cacerías, banquetes, bailes, paseos por las praderas, justas poéticas y juegos de destreza, que Carlos apenas si veía a su mujer. Se alegraba de todo corazón al verla tan contenta y despreocupada; no fue sino al cabo de varios días cuando se dio cuenta de que el carmín de sus mejillas y el brillo de sus ojos no obedecían exclusivamente a las distracciones y a la vida soleada al aire libre. Fue en mitad de los preparativos de las justas; se había demarcado una palestra, se estaba construyendo una tribuna para los espectadores, y los maestros de ceremonias estaban sumamente atareados estableciendo el orden de los combates singulares y los combates simulados. Le mencionaron a Carlos el nombre de Lalaing, a quien casi todos consideraban ya el vencedor.

Carlos observó que el joven era muy diestro en todas las ramas del juego y el deporte; era fuerte y hermoso, y sabía comportarse con obsequiosidad. Sin embargo, era evidente que era bastante engreído y que sólo le interesaban las armas y las competiciones. Carlos lo comparaba mentalmente a un joven gallito que se pavoneaba combativo por un corral ajeno. Pero se le fueron las ganas de bromear, cuando vio que María se encontraba entre las mujeres que se esforzaban por que el de Lalaing, durante las justas, luciera sus colores o llevara sus velos o joyas como amuletos. Pronto quedó patente ante todo el mundo que dos jóvenes princesas de la corte, la señora de Orléans y la nuera del rey Renato, otorgaban abiertamente incontables favores al de Lalaing; éste era por turnos el compañero de mesa de una u

otra, su pareja de baile o su acompañante en los paseos a caballo o las partidas de caza.

Carlos seguía con la mirada, incomodado, a aquel alegre grupo que se reunía en las salas de festejos o en los jardines del castillo. Sin embargo, aún no juzgaba oportuno señalarle a María lo insensato de su proceder. Por otra parte, no quería ponerse en evidencia; ya había bastante gente que le confesaba que no sabía si realmente debía felicitarle por el hecho de tener una mujer tan joven.

Se acercaba el día del gran torneo; las expectativas en Châlons y sus alrededores aumentaron aún más cuando se anunció que el rey también participaría en él.

Carlos fue testigo involuntario de una conversación entre su mujer y Jacques de Lalaing que no hizo sino aumentar su preocupación y desazón. A la pareja ducal le había sido asignada como alojamiento una hermosa vivienda en la ciudad de Châlons; en ella se alojaban también los miembros de su séquito. Por regla general, Carlos no regresaba allí con su cortejo hasta altas horas de la noche; no era infrecuente que María volviera aún más tarde del castillo. La víspera de las justas, la comitiva de la duquesa se detuvo ante el portón cuando Carlos, acompañado de un paje, aún se encontraba en la penumbra del portal. A la luz de las antorchas que levantaban los sirvientes que habían acudido presurosos, vio desmontar a su mujer, ayudada por el de Lalaing, quien había venido acompañándola. María no soltó inmediatamente la mano del joven.

—Jacques, querido amigo —le oyó decir, en un tono que desconocía en ella—, cuando aún era niña te veía con mis hermanos. Hace tanto tiempo que te conozco que no considero una exigencia injustificada el pedirte que luzcas mis colores en las justas.

El de Lalaing la contempló sonriente.

—Señora, quien profesa afecto a los hermanos, no puede dejar de servir a la hermana.

—Jacques, en los últimos días has estado tan ocupado con los preparativos del torneo, que sólo nos hemos visto al despedirnos por la noche.

—Más vale tarde que nunca, señora —repuso el de Lalaing en voz baja, mientras retrocedía haciendo una reverencia. Las doncellas de María también habían descabalgado y se acercaron para entrar con ella en la casa. María se mostraba visiblemente decepcionada e insegura; durante unos momentos pareció librar una lucha en su interior.

Finalmente se quitó un anillo del dedo y se lo tendió al de Lalaing con gesto brusco, casi desesperado, que no admitía réplica. Sin aguardar respuesta, penetró de inmediato en el portal, pasando al lado mismo de Carlos, quien se había retirado en la penumbra. Estaba tan absorta en sus propios pensamientos, que ni siquiera lo vio.

Carlos, a quien no quedó más remedio que permanecer la mayor parte del día siguiente en una de las tribunas engalanadas con banderas y tapices que se habían construido alrededor de la palestra, tuvo sobrada oportunidad de comprobar de cerca

que María apenas acertaba ya a dominarse. No mostraba el menor interés por las escaramuzas entre dos caballeros que, vestidos con sendas armaduras negras, inauguraron el torneo con su combate. Pero su apatía desapareció por completo cuando el de Lalaing entró en la palestra sobre un caballo cubierto de adornos dorados y plateados. Carlos observó que muchas miradas estaban clavadas en su esposa; pero su disgusto se convirtió en compasión al percibir la causa de la confusión de María.

El de Lalaing lucia, en su yelmo y en su brazo, tanto los colores de María como los de la duquesa de Calabria, nuera del rey Renato; el joven había procurado ponerse a salvo de cualquier sospecha con una prudencia que a Carlos no le pareció muy encomiable. A las dos mujeres que le habían obsequiado con los signos de su favor, no les quedó otra alternativa que tomarse a broma el asunto. La señora de Calabria consiguió aplaudir riendo con aparente desenfado, pero María de Orléans permaneció en su asiento, pálida e inmóvil, junto a su esposo, tras la balaustrada cubierta de tapices, sin decir palabra. Carlos, que temía que rompiera a llorar, tomó su mano y la apretó con fuerza. Ella lo miró asustada, pero comprendió el consejo.

Cuando al día siguiente Carlos regresaba de la solemnidad religiosa con que se había clausurado el torneo, los heraldos del rey se acercaron a comunicarle que se esperaba la llegada de Juan de Angulema en Châlons hacia el atardecer. Carlos pasó las horas en una creciente ansiedad; el reencuentro con su hermano para él no sólo significaba la realización de un deseo que albergaba desde hacía mucho tiempo, sino también el final de todos sus desvelos diplomáticos y políticos.

Carlos tenía a la sazón cincuenta años; su resistencia física, que durante los años de cautiverio no había sido puesta a prueba, no estaba preparada para aquella vida de viajes, a menudo en circunstancias difíciles. Se cansaba rápidamente; sufría de mareos y dolores en la región cardiaca, que hacían aconsejable una vida tranquila. Además, su vista iba menguando; a pesar de que ya había encargado media docena de lentes con cristales más fuertes, le invadía constantemente el temor de no poder volver a servirse de sus ojos, cuando más los necesitara. Quería regresar a Blois y pasar aún varios años apacibles a orillas de la fulgurante corriente; quería poder llenar por fin sus días con ocupaciones y reflexiones que no fueran vanas y pasajeras. Al contemplar lo que había sido su vida, no hallaba sino una urdimbre enmarañada e irregular de acciones y pensamientos cuyo poso, bien mirado, era tan pobre como los restos de las telarañas que en otoño cuelgan rotas entre los arbustos, tras un aguacero nocturno. A veces le atormentaba la angustia de que, cuando le llegara la hora, tal vez hubiera de partir de esta vida insatisfecho, amargado, desilusionado, con el convencimiento de que había desaprovechado todas las ocasiones de lograr la paz interior y la verdadera felicidad.

Juan de Angulema llegó al castillo antes de la cena. Carlos se encontraba en el séquito del rey; pálido y conmovido, contempló cómo su hermano entraba en la sala. Apenas reconocía a aquel hombre que se acercaba, entre reverencias y saludos.

Envuelto en una amplia túnica ceremonial, que flotaba en numerosos pliegues alrededor de su cuerpo enjuto, caminaba algo encorvado y tosía de cuando en cuando.

Tenía una cabeza grande, un rostro lleno de surcos y arrugas, y unos ojos castaños y tristes. La mano que alzó cuando el rey se dispuso a saludarlo era tan descarnada que se le señalaban los nudillos. Mientras conversaba formalmente con el rey, con voz suave y apagada, sus ojos buscaban ya los de Carlos. Cuando al fin los hermanos pudieron abrazarse, les invadió una sensación de amarga emoción, más que de alegría. Mientras se golpeaban las espaldas en silencio, cada uno de los dos contemplaba con tristeza el rostro del otro.

«Dios mío, nos hemos convertido en unos auténticos carcamales», pensaba Carlos. «Vaya una vida la que hemos llevado, desde que nos despedimos allá en Blois, llenos de ideales nobles y heroicos, cuando él se ofreció como rehén. ¡Cuántas veces no habrá lamentado amargamente aquella decisión!».

Sin embargo, en los días siguientes al reencuentro, Carlos tuvo sobrada ocasión de comprobar que su hermano no albergaba sentimientos de pesar o reproche. Durante su cautiverio, Juan de Angulema se había convertido en un hombre piadoso, manso y filosófico; había reflexionado, estudiado y leído mucho; el mundo y todas sus agitaciones le eran ajenos. Contemplaba la vida de corte con un asombro un tanto infantil; con gran sorpresa de Carlos, manifestó deseos de participar en una de las danzas en rueda que se ejecutaban después de la cena.

—Nunca he bailado —dijo, excusándose por este repentino deseo—; me gustaría intentarlo al menos una vez.

Con un semblante serio ejecutó los pasos que le mostraron; sin embargo, no se dejó tentar por segunda vez. En lo sucesivo se contentó con ser espectador de aquella diversión juvenil.

Sin embargo, aquel ambiente despreocupado y animado que había reinado en la corte durante los meses de primavera, había dado paso a nuevas tensiones y disgustos. Aunque en apariencia todo seguía siendo alegre y festivo, bajo la superficie comenzaron a desencadenarse corrientes y contracorrientes. El rey no había desaprovechado el tiempo de verano, aquel periodo de sosiego y contento después de tantos reveses. Mientras sus invitados se divertían, él había asistido a las reuniones de su Consejo, en compañía de Agnés Sorel; los nuevos decretos, que tanto tiempo llevaba preparando, ya estaban ratificados por él, con lo que podían materializarse las proyectadas reformas y mejoras del ejército.

Carlos se dispuso a emprender viaje, aunque por razones distintas a las de sus iguales en rango. La vida de la corte le hastiaba. Por otra parte, pensaba que ya iba siendo hora de llevarse a María, antes de que se perjudicara a sí misma y su buen nombre. María se opuso a dicha partida con lágrimas y súplicas, pero Carlos no se dejó ablandar.

Acompañados de Juan de Angulema, viajarían a Paris para tratar a fondo, junto con la hermana de Carlos, los asuntos relativos a la casa de Orléans y a la herencia

paterna. Ni la perspectiva del viaje ni la de la estancia en Paris consiguieron sacar a María de su abatimiento. En el carruaje iba sentada en silencio junto a su marido, mientras contemplaba con apatía el paisaje inundado de luz estival. Carlos hubiera deseado poder dirigirle palabras de consuelo; continuamente buscaba la manera de mostrarle su simpatía. Pero le parecía que la ocasión aún no era propicia para una conversación confidencial; temía que cualquier tentativa en este sentido, en las circunstancias actuales, no podría sino provocar un distanciamiento entre su joven esposa y él.

En París volvieron a instalarse en el Hotel des Tournelles, aquel palacio algo destartalado, pero la mayor parte de su tiempo la pasaban en la residencia de la hermana de Carlos, Margarita, condesa de Etampes, quien los recibió con gran alegría y hospitalidad. Los problemas relativos a la herencia y la administración del dominio se solucionaron sin quebraderos de cabeza; el de Angulema aún pensaba quedarse en Paris por algún tiempo, pero Carlos, agradeciendo el que por fin hubieran terminado sus quehaceres, resolvió regresar inmediatamente a Blois. No obstante, antes de abandonar París, quiso visitar la capilla de Orléans en el convento de los Celestinos, pues aún no la conocía. Allí pasó largo tiempo arrodillado en oración junto a la sencilla lápida bajo la que descansaba el cuerpo de su padre y el corazón de su madre; a varios pasos de allí vio las losas adornadas con blasones, encima de la tumba de sus tres hermanos, a los que no había llegado a conocer.

Carlos permanecía inmóvil, de rodillas, sumido en sus reflexiones.

En la capilla reinaba un silencio total, y flotaba un olor peculiar a incienso y flores marchitas; con el resplandor del sol, que penetraba a través de las vidrieras de colores, se veían oscilar innumerables partículas de polvo. Finalmente se levantó con dificultad, suspirando; en sus oraciones no había hallado respuesta a la pregunta que le atormentaba: si los que allí dormían habrían hallado la paz, si gozarían del descanso, la liberación de todas las ataduras mundanas, si por fin habrían sido colmados sus anhelos.

Carlos se unió a su séquito, que se había quedado esperando al otro lado de las verjas que separaban la capilla de la iglesia. En compañía del de Saveuses y de su médico de cámara, Cailleau, se dirigió a la salida caminando lentamente por entre los altares y sepulcros. A esas horas del día la iglesia estaba desierta; tan sólo se veía a una mujer que rezaba junto a la imagen de la Madre de Dios, con el rostro oculto entre los pliegues de su toca. Mientras Carlos contemplaba en el pórtico de la iglesia las esculturas de sus abuelos —Carlos el Sabio, con un edificio en la palma de su mano; la reina Juana, con sus dedos afilados unidos en actitud orante—, se oyó un alboroto fuera de la iglesia, donde aguardaban los palafreneros con los caballos. Carlos salió del pórtico de la iglesia, detrás de los caballeros de su séquito. Al parecer, alguien había intentado cortarle la bolsa a uno de los escuderos; sin embargo, en seguida habían echado mano al joven ladrón. Carlos contempló al muchacho, a quien sujetaban unos soldados: era un rapaz de rostro moreno y ojos hostiles.

Permanecía acurrucado entre los dos hombres, mientras los tendones de sus pies descalzos no se distendían, y sus ojos se agitaban inquietos. Era evidente que buscaba la manera de escaparse. Carlos, que sabía la suerte que les esperaba a los ladrones sorprendidos in fraganti, sacudió la cabeza disgustado: ¿qué debía hacer con aquel muchacho? No sentía deseos de entregarle al prefecto a aquel aprendiz de cortabolsas.

—Esto te supondrá una marca con un hierro candente —dijo secamente—, siempre y cuando ésta sea la primera vez que hayas intentado robar.

—En cualquier caso, es la primera vez que me pillan —repuso el muchacho, en el tono franco y desvergonzado de los que se han criado en las calles.

—Hum. —Carlos lo examinó, no sin cierto asombro—. Si eso se llega a probar, te espera la horca. ¿No lo sabes?

En los ojos negros del muchacho asomó una chispa burlona.

—¡Pues no he de saberlo! ¡Vivimos en el camino de Montfaucon!

—No tienes pelos en la lengua —dijo Carlos ásperamente—. ¿Cómo te llamas?

El rostro flaco y moreno del muchacho se puso tenso.

—François —murmuró finalmente, con desgana.

—¿Y qué estás haciendo cerca de los Celestinos? A fe mía, que para ti y para tus compinches resulta más provechoso merodear por los alrededores de los mercados, o al otro lado del Sena.

François miraba al suelo, con gesto desabrido. Pero cuando el de Saveuses observó irritado que monseñor no tenía por qué darle una oportunidad de defenderse a semejante bellaco, el muchacho respondió rápidamente:

—Éstos esperando a mi madre, que está en la iglesia.

Carlos mandó a uno de sus pajes que fuera a buscar a la mujer que había visto allá dentro.

—Si descubro que me estás mintiendo, te entregaré a la justicia —dijo con severidad, mientras se enfundaba los guantes. El muchacho puso un gesto burlón, pero abandonó su actitud vigilante, y su cuerpo se distendió. Cuando condujeron a la mujer ante Carlos, ésta rompió a llorar.

Efectivamente, aquél era su hijo, el clavo que había de remachar su féretro, la espina en su carne —confesó entre sollozos—, un auténtico demonio, del que no podía hacer vida, un muchacho díscolo y caprichoso, escurridizo como una anguila y taimado como un zorro.

Carlos le dio un poco de dinero a la mujer, tras lo cual se volvió hacia François, que había estado escuchando las palabras de su madre con la mirada baja, pero con la boca contraída en una mueca de desprecio.

—¿No sabes quién soy? —le preguntó. El muchacho encogió los hombros con indiferencia, mientras se fijaba rápidamente en las banderolas de los jinetes y en la gualdrapa de la montura de Carlos.

—Familia del rey —observó malhumorado. Volvió a mirar y añadió, pese a su

desvergüenza, en tono vacilante—: Orléans, creo.

—Hum. —Carlos hizo un gesto a los caballeros de su séquito, haciendo ademán de montar. Cuando estaba a punto de poner el pie en el estribo, dijo por encima del hombro—: Soltadlo.

Los criados que mantenían agarrado al muchacho, obedecieron con desgana, pero François no vaciló ni un segundo. Aun antes de que Carlos se hubiera alzado en la montura, el joven ratero ya había desaparecido, veloz como el rayo, entre las casas que había frente a la iglesia.

En agosto llegaron a Blois el duque y la duquesa de Orléans, en unos días de gran calor. María se retiró inmediatamente a sus aposentos, presa de un nuevo ataque de melancolía. Carlos estaba preocupado; no hacía sino pasearse absorto de un lado a otro en su gabinete de estudio, o reflexionar sentado en el hueco de una ventana, mirando al exterior. Una tarde, contrariamente a su costumbre, se dirigió después de la cena a los aposentos ocupados por María, donde pidió que le anunciaran a su mujer. María estaba acostada, pero aún no dormía. La habitación estaba llena de doncellas que recogían ropa en los arcones, transportaban jarras y jofainas y preparaban una bebida. Dos perrillos correteaban estorbando a todo el mundo, ladrando y lanzándole furiosos mordiscos a la camarera, que estaba corriendo las colgaduras de la cama. Belon, el enano de María, comía higos en un rincón, con rostro compungido.

La aparición de Carlos causó gran conmoción; las muchachas se retiraron entre reverencias a una estancia contigua, tropezando con las prisas y la contusión; monseñor rara vez visitaba a la duquesa en su alcoba. Belon siguió a las doncellas, contoneándose y cojeando; sólo quedaron en la estancia los perrillos, que corrieron hacia Carlos ladrando enfadados. María se había incorporado en el lecho, y miraba a su esposo perpleja y azorada. Con su gorro de dormir de muselina parecía una niña que temiera ser castigada.

—Quédate acostada, María —le dijo Carlos para calmarla, con gesto tranquilizador—. Quédate acostada. Perdóname que venga a verte a una hora tan intempestiva, pero hace ya varios días que no sales de tus aposentos, y quisiera conversar tranquilamente contigo, querida. Permíteme que me siente al pie de la cama. ¿Podrías apaciguar a estos animalitos? Me temo que no consigamos oír nuestras propias palabras si siguen armando tanto alboroto.

María dio unas palmadas; los perrillos saltaron sobre la cama y se instalaron sobre el cobertor, cerca de ella. Carlos se sentó con cuidado, sonriendo amablemente a su mujer para que ésta se tranquilizara.

Sin embargo, María seguía estando inquieta y turbada, y en su semblante seguía dibujándose una expresión asustada. Carlos suspiró, mientras se pasaba fugazmente la mano por los ojos.

—¿Tanto te intimido, hija mía? —preguntó, meneando la cabeza, con ironía—. Sabes de sobra que yo no quiero más que tu bien. Nunca he pedido lo que no me fuera dado voluntariamente. Ya me conoces, María.

María mantenía la cabeza gacha, avergonzada, pero no decía nada.

Carlos prosiguió, sin mirarla a la cara:

—Ya sé que no soy más que un viejo aburrido, un compañero poco atractivo para alguien como tú, querida. Bien sabe Dios que a menudo te he compadecido de todo corazón, desde el día en que tuviste que tomarme por esposo. Me he hecho continuos reproches por no haber rehusado el matrimonio contigo, cuando ello aún era posible. Somos una pareja muy desdichada, hija mía. Soy plenamente consciente de que no puedo hacerte feliz. —Calló durante unos instantes, mientras contemplaba con la mirada apartada el diáfano cielo vespertino con sus tonalidades doradas—. Pero mira, el caso es que… estamos unidos para toda la vida. Por ti, querida, quisiera que no tardaras mucho tiempo en recobrar la libertad. Pero hasta entonces tendremos que acomodarnos a vivir juntos. Sé perfectamente lo que significa tener la sangre joven e inquieta y no poder satisfacer el deseo. Créeme, María, conozco los sentimientos que te atormentan. Por mi falta de dominio, en mi desesperación y rabia impotente, llegué a pecar hace años, durante mi exilio; deseé y poseí lo que no me correspondía, olvidando que me debía a mi rango y al honor de mi casa, por lo que, aun en la miseria y el tedio y en medio de las tentaciones, debía mantener una actitud digna. La experiencia, la amarga experiencia, me enseñó que esto último es lo que proporciona mayor satisfacción; parece un triste consuelo, un consejo duro, pero la conciencia de vivir acorde con preceptos nobles da una fuerza insospechada. El diamante ha de ser tallado y pulido para poder brillar con la máxima claridad. ¿Te canso? ¿Quieres dormir ya? —preguntó de pronto con voz suave, al ver que María se apoyaba en las almohadas con los ojos cerrados. Pero ella sacudió la cabeza—. No creas que he venido para reprenderte, María —prosiguió Carlos, intentando conferir un tono jocoso a sus palabras—. No sería yo la persona más indicada, no soy lo suficientemente virtuoso para poder hacerlo. Pero he estado reflexionando con detenimiento para ver de qué manera podría hacer tu vida un poco más llevadera, cómo podría proporcionarte una distracción, y cómo podría ayudarte a dar un sentido y un objeto a tu vida. Lo que aquí nos falta a ambos es un niño del que poder ocuparnos; así pues, he pedido a mi querido primo el de Borbón el favor de permitirnos educar a su hijo menor, como si fuera nuestro. Según tengo entendido, es un niño hermoso y simpático, de unos cinco o seis años de edad. ¿Qué te parece mi propuesta, querida?

Bajo los párpados cerrados de María asomaron las lágrimas; pero ella se llevó rápidamente la mano al rostro para enjugarías.

—¿Crees que te haría ilusión poder cuidar del pequeño? —preguntó Carlos, mientras la miraba cansado y preocupado. Los labios de María comenzaron a temblar; ella asintió—. Luego hay varias otras cosas que pueden proporcionarnos el

olvido y la paz interior —prosiguió Carlos con cautela; se apoyó en una de las columnas de la cama, mientras mantenía la mirada fija en una pequeña estrella que relumbraba en el cielo aún claro—. Aquí en Blois tenemos un tesoro en libros, querida, que muchos sabios nos envidian. En alguna ocasión me dijiste que sabías leer el latín; en ese caso, hay todo un mundo que se abre ante ti, en el que puedes viajar a tu antojo. Puedes admirar tantos paisajes y sitios, panoramas, que una —vida entera no alcanzaría para verlo todo, escrutarlo todo. No sé si alguna vez te he hablado de mi madre, pero conoces su historia, ¿no? Durante largos años vivió en medio de la soledad y las preocupaciones; ahora es cuando comprendo cuán profunda era la pena que había de soportar. Pero en la adversidad quedó patente la nobleza de su carácter. No sólo no se quejaba, sino que era un ejemplo para todos. Mi madre buscó y halló consuelo leyendo todo cuanto escribieron los hombres sabios y grandes poetas para orientarnos en esta selva intrincada que se llama vida. Es ésta una imagen con la que me familiaricé de pequeño. Mi madre me dijo en una ocasión: la vida es una larga espera del descanso en el Señor. Y sé que mi padre se consideraba a sí mismo como alguien que se hallaba perdido irremediablemente en el Bosque de la Larga Espera. También nosotros buscamos un camino en esta selva, querida. Tal vez estemos vagando en direcciones opuestas, inaccesibles el uno al otro. Pero, ¿por qué no habríamos de intentar encontrarnos? La fidelidad y la concordia pueden unirnos.

Volvió a callar durante unos instantes, volviéndose hacia ella; María levantó la vista y sus miradas se encontraron.

—Tal vez lleguemos a alcanzar juntos el final, la salida de esta selva, allí donde cobre sentido nuestro azaroso caminar. Soy consciente de que el viaje que te propongo está lleno de privaciones y peligros. Es posible que te esté exigiendo demasiado valor. Piénsatelo, pero ten el convencimiento de que todo cuanto te atañe me afecta de una manera profunda.

Carlos se levantó e hizo un gesto con la cabeza.

—Que descanses, querida. —María no contestó; permanecía inmóvil mirando los bordados del dosel de la cama. Carlos abandonó discretamente el aposento.

Tan pronto había regresado de su exilio, Carlos había enviado mensajeros a su primo Filippo Visconti, duque de Milán, para invitarle a entablar negociaciones referentes a Asti, que desde 1428 se hallaba bajo la protección de Filippo. Según le explicó Dunois, este acuerdo se había concluido en su momento con la condición de que los derechos del protector caducarían en cuanto el legítimo heredero y propietario de Asti pudiera volver a administrarlo personalmente. Tras demorarse largo tiempo, Filippo Visconti había comunicado a los emisarios de Carlos que devolvería el dominio a su tiempo; pero, pese a los requerimientos, peticiones y exigencias verbales, no había cumplido su promesa, con lo que, año tras año, la recaudación de los tributos iba a parar a los bolsillos del de Milán.

Carlos consideró la posibilidad de vender Asti y los territorios vecinos a su primo, pero Dunois le encareció la importancia que tenía para Francia el poder contar con un punto de apoyo tan estratégico allende los Alpes.

El rey de Francia seguía ostentando el título de señor de Génova; si en algún momento quisiera volver a hacer valer allí su autoridad, la posesión de Asti era de una importancia incalculable.

Dunois visitaba a Carlos casi a diario, desde que éste había regresado a Blois. Él también había partido de Châlons; las fiestas estivales habían tenido un final inesperado y triste, con la muerte repentina de la joven esposa del delfín, Margarita de Escocia.

—No sé si debo compadecería —dijo Dunois, encogiéndose de hombros—. Fue una vida desgraciada la suya. El delfín nunca ocultó su aversión hacia ella; continuamente pudimos presenciar cómo la atormentaba. La desventurada joven al menos descansará en su tumba.

Además, se ha desencadenado ahora una grave disputa entre el rey y el de Borgoña, o, mejor dicho, es el de Borgoña quien está furioso, puesto que el rey se mantiene, como siempre, a una prudente distancia, dejando que los acontecimientos sigan su curso. Ha comprendido que el poder del de Borgoña supondrá también su perdición. El imperio de éste no puede sino acabar desmoronándose, dado que sólo lo mantiene unido la ambición de un solo hombre. Creo que dentro de las fronteras de los territorios del de Borgoña se hablan seis o siete lenguas distintas; además, todas esas ciudades holandesas y flamencas tienen sus propias leyes y privilegios, que defenderán con uñas y dientes.

Ya se ven delegaciones de ciudadanos que acuden al rey para invocar su ayuda; los habitantes de Gante han viajado reiteradamente hasta Châlons. Créeme, el rey va por buen camino, por el único camino que podrá sanar al de Borgoña de su soberbia. Simplemente con aguardar y contemplar cómo los disturbios internos llevan a la descomposición del poderío del de Borgoña, el rey consigue más que con cualquier medida.

Finalmente abordaron la cuestión de Asti. Dunois opinaba que había llegado el momento de que Carlos insistiera enérgicamente en la devolución de su dominio; si fuera preciso, el rey debería enviar representantes a Milán para que quedara claro que ya se había esperado bastante. Durante estas deliberaciones, Carlos nombró gobernador de Asti a su medio hermano, otorgándole plenos poderes para tomar todas las medidas que considerara oportunas. Dunois, que no deseaba otra cosa, decidió atravesar los Alpes lo más rápidamente posible. Sin embargo, aun antes de que hubiera partido de Blois en dirección a sus propias posesiones para realizar allí todos los preparativos de su viaje, aparecieron —en los últimos días de agosto— correos de Asti con noticias alarmantes. Filippo Visconti había fallecido en Milán sin descendencia; en su lecho de muerte había nombrado heredero universal y sucesor a su pariente, el rey de Nápoles, si bien este último tenía bastante menos derecho a la

sucesión que Carlos, hijo de Valentina Visconti.

Carlos comprendió al instante que él no podría hacer frente por si solo a aquel torrente de complicaciones; tendría que renunciar a sus aspiraciones al ducado de Milán. Si quería salvar Asti —los habitantes del dominio, atemorizados ante la perspectiva de nuevos disturbios y atropellos, le suplicaban que no los abandonara a su suerte—, debería defender sus derechos recurriendo a la fuerza de las armas y proteger su dominio. Sin embargo, no estaba en su mano el reclutar un ejército; no disponía de suficiente dinero, y, desde las purgas del rey, ya no se encontraban mercenarios. Con toda probabilidad, las bandas aún existentes se encontrarían allende los Alpes sirviendo en las tropas de Sforza y de otros condotieros.

No obstante, Carlos tenía razones para suponer que podría obtener ayuda de aquellos que tuvieran más poder que él; Dunois ya había partido para plantearle la cuestión al rey, y desde Flandes había llegado un correo comunicándole que el duque de Borgoña, enterado del asunto, no tendría inconveniente en ayudar a su querido primo el de Orléans. Carlos comprendía muy bien que el ofrecimiento del de Borgoña obedecía más al deseo de contrariar al rey que a una preocupación amistosa.

Así fue como Carlos volvió a abandonar Blois con el corazón apesadumbrado. Viajando en largas jornadas, se dirigió apresuradamente a Dijon, donde esperaban las compañías borgoñonas. Por primera vez en más de treinta años, volvía a capitanear un ejército; el cabalgar durante la mayor parte del día armado de pies a cabeza le suponía un gran esfuerzo, pero no quería demorarse más. Los de Asti le enviaban incesantemente correos, encareciéndole que acudiera cuanto antes a su dominio para ponerlo en estado de defensa; también le hicieron saber que lo consideraban como el legítimo heredero de Milán. Mientras cabalgaba al frente de sus tropas, por los caminos que llevaban desde Lyon a Tarascón —atravesarían la cordillera en su vertiente más meridional—, Carlos no hacía más que sopesar si realmente le compensaba hacerse con el señorío de Milán. Comprendía que el ducado de su abuelo constituía una posesión valiosa pero demasiado peligrosa, que tal vez le proporcionara temporalmente poder y riqueza, pero también desasosiego y graves preocupaciones en lo que le quedara de vida. Por otra parte, sabía que sus hermanos, su hermana, sus nietos y sus parientes de la casa de Orléans esperaban de él que, al hacer valer sus pretensiones, incrementara el poder y el prestigio de todos, honrara el recuerdo de sus padres y preservara la herencia de su madre para sus descendientes legítimos. Las obligaciones pesaban más que sus propios deseos.

Tras un viaje agotador en medio de un calor tórrido, Carlos llegó a Asti. La ciudad, con sus casas de tonalidades blancas y amarillentas, encumbradas entre las colinas sembradas de viñedos sobre un fondo de montañas azuladas, se le antojó a Carlos de una belleza irreal. Los torrentes espumosos descendían por entre las rocas y picachos hasta la fértil meseta que rodeaba la ciudad; sobre el azur del cielo se recortaban ondeantes, sobre los tejados de las casas, las banderas con los colores de Orléans, en honor de Carlos. Pero la delegación de la burguesía, que salió a recibir al

duque a las puertas de la ciudad, ataviada con blancas vestiduras de fiesta, no pudo mostrarse tan alborozada como hubiera querido: varias horas antes habían llegado a Asti unos correos con la noticia de la derrota de los ejércitos franceses en Bosco. Los capitanes de las tropas de Carlos juzgaron que era inútil y arriesgado arremeter contra Sforza en esas circunstancias; no querían exponer a sus soldados a la matanza que sin duda coronaria tamaña temeridad.

Carlos efectuó consultas con la municipalidad de Asti; al poco tiempo envió tres grupos de jurisconsultos y oradores, acompañados de sus respectivas y nutridas escoltas armadas, a Milán, a la corte del rey de Francia y a la residencia flamenca del de Borgoña. El grupo enviado a Milán tenía por misión persuadir a la población para que declarara su lealtad al de Orléans; los emisarios enviados a Francia y Flandes pedirían refuerzos. Durante la espera, Carlos se hospedó en casa de un notario de Asti; en una estancia fresca, oscurecida por medio de toldos, se dedicaba a jugar al ajedrez con Cailleau, su médico de cámara, o con su capellán, siempre y cuando no se encontrara dictando cartas o decretos al secretario que había contratado en Asti. Se trataba de un hombre joven, llamado Antonio, que tenía una caligrafía muy vistosa y que hablaba y escribía el latín con soltura. A Carlos le había llamado la atención durante las ceremonias de salutación. Con voz potente había rendido homenaje al duque en majestuosos alejandrinos, compuestos por él mismo, en los que lo comparaba a Eneas por el respeto hacia la memoria de sus padres, a Catón por su gravedad y dignidad a Job por su paciencia, y a Ulises por su perseverancia ante la adversidad, y le deseaba finalmente la gloria militar de Alejandro Magno, la longevidad de Néstor, la abundante descendencia de Príamo y las riquezas de Jerjes. Carlos había escuchado todos aquellos floridos elogios y deseos con cierta ironía, si bien el entusiasmo y la imaginación del joven no dejaban de divertirle. Cuando descubrió que Antonio era, además, un escribiente diligente y competente, Carlos lo contrató, prometiéndole que también en Blois podría seguir desempeñando el cargo de secretario.

Las noticias procedentes de Francia y Flandes eran poco alentadoras; el curso de los acontecimientos en Lombardia y la victoria de Sforza hicieron desistir, tanto al rey como al de Borgoña, de ulteriores intervenciones en los asuntos de Milán. Carlos era consciente de que las vagas promesas que le hacían equivalían a una negativa; al no poder seguir pagando a sus tropas, las disolvió y las envió de nuevo a su patria.

También él partió de Asti, no sin antes prometer a la municipalidad y a la población que se esforzaría al máximo para conseguir del rey o de cualquier otro príncipe o gobernante los recursos necesarios para reunir un ejército que defendiera Asti contra la inminente protección de Sforza. Carlos cumplió su promesa e hizo cuanto estuvo en su mano. En lugar de regresar a Blois, se dedicó a visitar, con un séquito de hombres de su confianza, a todo aquel que pudiera proporcionarle la más mínima ayuda en este sentido. Aunque los caminos en el centro y el norte de Francia estaban poco transitables debido a las lluvias y nevadas, Carlos atravesó el país sin

concederse descanso. Mientras visitaba a familiares y amigos, y pedía ayuda al rey y al de Borgoña, el secretario Antonio escribía una carta tras otra a sus compatriotas de Asti exhortándoles a la paciencia y alentándolos, en nombre de su señor.

Las tentativas de Carlos no tuvieron éxito; el de Borgoña le hizo promesas que no cumplió, y el rey, totalmente ocupado por nuevas disensiones con el delfín, no tenía tiempo ni ganas de defender los intereses de su primo. Cuando Carlos, después de una última entrevista con el rey, se dirigía a su residencia temporal en la ciudad de Tours, comenzó a sentir mareos. Cailleau, quien, como siempre, se encontraba cerca de él, en esta ocasión consideró que era su obligación enfadarse de veras: monseñor había forzado su naturaleza desoyendo las frecuentes advertencias del médico. Con la salud no se podía jugar; ahora lo sentiría monseñor en su propia carne.

Carlos, tendido en la cama, con la mano izquierda apoyada en su corazón dolorido, que latía desacompasadamente, asentía en silencio a todo lo que decía el médico. No se opuso cuando Cailleau ordenó que se hicieran los preparativos para emprender el viaje de regreso, que se realizaría en pequeñas etapas. Finalmente Carlos llegó a Blois, para permanecer allí durante un tiempo. Él, que había salido al frente de un ejército, se veía obligado a regresar en una litera, entre la curiosidad y la compasión de las gentes que lo contemplaban al borde del camino.

Para el secretario Antonio, llamado Astesano, los años pasados al servicio del duque de Orléans han transcurrido tan despreocupados y veloces como el agua saltarina y cantarina de los arroyos que atraviesan la ciudad de Blois. En Blois, Antonio se siente casi tan a gusto como en su ciudad natal, en los Alpes italianos; pero en un aspecto Blois, a su juicio, se lleva la palma: en las viejas casitas de sus angostas callejuelas, viven más muchachas bonitas de las que jamás haya visto el enamoradizo escribiente. El castillo le parece más impresionante a medida que lleva más tiempo viviendo en él, y del anchuroso y resplandeciente Loira no se cansa de cantar las alabanzas; y esto no sólo por complacer a su señor, quien es capaz de pasar horas enteras mirando absorto esas aguas relucientes de color ora azul plateado ora verde negruzco, que se deslizan veloces, veloces hacia el mar.

En cuanto a la vida en Blois, a Antonio le parece que no ha podido ser más afortunado. En Blois siempre reina un ambiente como de víspera de fiesta. Las gentes tienen el corazón contento, siempre están dispuestas a reír y bromear y —¡feliz descubrimiento para quien, como Antonio Astesano, aspira a los laureles literarios!— todas están interesadas en la poesía. Es más, todo el mundo escribe poesía, aunque a menudo haya de recurrir a diccionarios de rimas. Pues las justas poéticas en el castillo están a la orden del día; dicen las gentes, riendo, que es la única debilidad del duque. Nada le agrada tanto como reunir a su alrededor, después de la cena, una vez terminado el trabajo, a invitados, funcionarios y sirvientes, e indicarles un tema que han de desarrollar en forma de balada o rondel. Luego reina el silencio durante varias

horas; por todas partes se ven ceños cavilantes, labios que musitan, ojos que miran sin ver.

Cuando finalmente se traen vino y refrigerios, comienza la competición; quienes hayan conseguido componer un poema se presentan ante el duque y el jurado —cuya composición varía cada semana— y recitan su obra en voz alta. El duque, todo oídos, permanece cómodamente sentado en su asiento, arropado en su manto negro. Mientras escucha, tamborilea con suavidad sobre sus labios con su dedo índice o juguetea, cauteloso, con sus lentes. En su rostro ajado y lleno de arrugas, bajo sus blanquísimos cabellos, sus ojos oscuros parecen muy grandes y vivos cuando desliza su mirada de uno a otro; todos cuantos lo ven así, coinciden en que son los ojos de un joven.

Por regla general, las justas poéticas en Blois revisten un carácter muy doméstico; el médico rivaliza con el canciller, o el interventor de la cámara de cuentas con un chambelán, la duquesa compite con un paje o un escribiente, y el duque en más de una ocasión ha entregado generosamente la palma a su ayuda de cámara o al capellán de la capilla de corte. Pero en otras ocasiones reina gran solemnidad en la sala mayor; cuando monseñor recibe a huéspedes de alcurnia o cuando visita Blois algún poeta o sabio de renombre, se dedica especial atención a la decoración y a la preparación de los refrigerios. En Blois se vive con austeridad, aunque sin estrecheces; pero cuando llegan invitados no se escatiman gastos en su honor. Se trae y se degusta el pescado más sabroso, la mejor fruta y los vinos más nobles, y la duquesa manda abrillantar y exponer sus escasos y valiosos utensilios de mesa sobre los trincheros.

Antonio prefiere escuchar las composiciones de poetas profesionales; a éstos, al fin y al cabo, les obliga su renombre a forjar rimas artificiosas, utilizar imágenes de gran hermosura, y mantener adecuadamente hasta el final la simbología elegida. Algunos realizan su cometido de manera realmente digna, improvisando versos que son a la vez coherentes, ingeniosos y armoniosos, o que, al menos, lo parecen, pues es fácil dejarse deslumbrar por tamaña profusión de baladas, *virelais*, canciones y ródeles. Solamente el duque tiene el oído agudo y el ojo avizor; sabe distinguir al instante la nota falsa, el oropel engañoso. Si asiente pensativo, el poeta puede darse por satisfecho; pero si llama al autor de un poema a su gabinete y le tiende un libro de hojas sueltas pidiéndole que escriba en el mismo su balada o canción, éste puede gloriarse de haber merecido el supremo elogio de monseñor: un lugar en su «Libro de Pensamientos». Muchos lo han visto en manos de monseñor o sobre su escritorio, pero sólo unos pocos han gozado el privilegio de leerlo.

La única ocasión de escuchar los versos de monseñor es cuando le toca el turno durante las justas poéticas; escudriñando con atención un punto determinado de la pared o más allá de la ventana, el duque recita en tono suave y uniforme lo que acaba de componer. Cuando termina, parece recobrar la conciencia; con una sonrisa tímida, hace un gesto amable cediendo el turno al siguiente orador.

Antonio Astesano ha iniciado la redacción de un magno documento, en el que

quiere recoger la historia de la casa de Orléans y demostrar, aportando gran cantidad de pruebas escritas, la legitimidad de las pretensiones del duque en lo referente a Asti y Milán. A monseñor le interesa el trabajo de Antonio, por lo que le proporciona incontables datos. Pero, a medida que el autor avanza en su labor, le va invadiendo un sentimiento de pesar; habrá de concluir su crónica con la vida del propio duque, ya que su casa no tiene herederos. Ningún hijo del de Orléans hojeará jamás el libro de Antonio; no será una valiosa guía, sino sólo un recuento de cosas pasadas. Antonio es plenamente consciente de que al duque dicha perspectiva también le llena de pesar y amargura; de la manera en que monseñor saluda, en la corte o por las calles, a los numerosos niños que llevan su nombre y a los que, a petición de sus padres, ha apadrinado, se desprende a las claras cuán grato le sería tener su propia familia.

Por lo que se refiere a la duquesa, ésta se muestra más reservada hacia los niños que continuamente cruzan su camino; pero a Antonio, con su gran sensibilidad, esta frialdad le inquieta más que la generosidad y benevolencia nostálgicas del duque. En estos diez años, la duquesa se ha convertido en una mujer pálida y callada, que se esfuerza a ojos vistas por asistir de manera digna a su marido, supervisando la administración de la casa ducal en Blois, recibiendo a huéspedes y haciendo obras de caridad. Aunque sigue gustándole salir de caza, preferentemente con halcones, han pasado a la historia los paseos por el río, las locas escapadas a caballo y las danzas en rueda en las praderas.

Los ancianos de Blois que aún recuerdan a la difunta doña Valentina dicen que la duquesa cada día se va pareciendo más a la madre de monseñor. Viendo de lejos a María de Orléans sentada en una de las salas o a la fresca sombra del cenador en el jardín de flores, con las vestiduras negras que ahora gusta de llevar, con un bastidor o un libro, y rodeada de doncellas tan laboriosas como ella, parece como si el tiempo se hubiera detenido por espacio de cincuenta años. Incluso los pesados tapices murales con las divisas bordadas en plata «*Rien ne m'est plus, plus ne m'est rien*» vuelven a colgar en los aposentos de la duquesa, y ésta lleva la joya de la que Valentina nunca se despojó tras la muerte de su marido: una fuente de lágrimas, compuesta de relumbrantes gemas artísticamente engarzadas en plata. María de Orléans ha cobrado gran afición a las labores; de un modo especial se dedica a confeccionar botones y cuentas con hilo de oro de Chipre. A todos se los regala, monseñor los lleva cosidos en su jubón y su manto, e incluso ensartados en su rosario. A Antonio la duquesa no le parece una persona alegre ni animada; aunque, siguiendo el ejemplo de su marido, intenta mostrarse amable con todo el mundo, su corazón no la acompaña. Incluso cuando acaricia los perrillos y pájaros que siempre tiene a su alrededor, su mirada permanece ausente. Ahora que Pedro de Beaujeu, hijo del de Borbón e hijo adoptivo de los de Orléans, pasa ya por un joven adulto, el cometido de María para con él ha llegado a su fin. Si hay algo que pueda recordarle el inexorable paso del tiempo, es sin duda la presencia de este espigado escudero que —parece que fue ayer— llegó a Blois siendo niño.

En una tarde de verano del año 1456, Antonio se dirigió, en compañía de varios escribientes más de la secretaría de monseñor, a la sala mayor, donde se serviría la cena. Atravesaron presurosos el jardín, deteniéndose brevemente junto al viejo aljibe, al que el duque hacía tiempo había mandado dotar de un surtidor. Dentro de aquel estanque de mampostería se alzaba, sobre una piedra, una gárgola de bronce. El mudo de los chorros de agua que salían por entre sus labios, y de los orificios de nariz y oídos, normalmente se oía hasta en lo más recóndito del castillo. Desde aquella mañana, sin embargo, la fuente había enmudecido; algo fallaba en el manantial. El duque, que de inmediato había echado de menos el ruido familiar, ya se había acercado por la mañana a la fuente, observando en tono burlón que ahora no le quedaba otro remedio que morir de sed junto a su surtidor. Antonio y sus amigos subieron a la sala por la amplia escalera.

Allí aún se estaban realizando los preparativos para la cena; bajo la supervisión del primer maestresala, Alardin de Monzay, tres o cuatro camareros colocaban los tableros de la mesa sobre los caballetes, y desdoblaban los manteles de hilo. Un muchacho recorría la estancia con un cesto en la mano y arrojaba hojas frescas sobre el suelo. En uno de los profundos huecos de las ventanas se oían risas contenidas; dos pajes del duque bromeaban con Pierre, el bufón. El arpista, con un pie apoyado en el travesaño de un banco, afinaba cuidadosamente su instrumento. Antonio se introdujo en otro de los huecos y, arrodillándose sobre la repisa de piedra de la ventana, se asomó al exterior.

El extremo sudoeste del castillo de Blois parecía un tapiz gigantesco de tonalidades verdes y doradas; en pocos años, la vid silvestre se había apoderado de casi todos los espacios abiertos del viejo muro. Al pie de la pendiente se extendía Blois, al calor abrasador del sol de la tarde. Había bajado el nivel del agua del río; los reflejos del sol en los bancos de arena que habían salido a la superficie eran tan fuertes que Antonio hubo de cerrar los ojos involuntariamente.

Mientras se apoyaba en la repisa, adormilado por el calor, captó la conversación que mantenía el alegre grupo en el nicho contiguo. Con gran mudo de campanillas e impostando exageradamente la voz, el bufón declamaba un rondel que sólo se componía de una sarta de disparates.

—Para ya, Pierre —dijo uno de los pajes—. Por lo que más quieras, dejemos de poetizar siquiera por un momento. Salvo cuando vamos a la iglesia, nos pasamos la vida versificando. Sobre el amor, sobre las cuatro estaciones, sobre la bondad de la señora duquesa…

—¿Y qué pretendes hacer entonces? —repuso el otro muchacho—. Al duque no le gusta ir de caza y está demasiado gordo para juegos de destreza o para montar a caballo. ¿Te lo imaginas participando en un torneo?

—Pues a juzgar por las historias que circulan, luchó bastante en sus años mozos. Ya sabrá lo que se requiere para ello. ¡No olvides que estuvo en la batalla de Azincourt!

El bufón comenzó a reír socarronamente, con voz chillona.

—Pues aquí tenemos a otro héroe de Azincourt, señores, al ilustre señor de Monzay, quien se encuentra ahí supervisando las mesas como un general que contempla el campo de batalla.

—¡Eh, De Monzay, eso no lo sabía! —exclamó uno de los pajes—. ¿Así que tú estuviste en Azincourt, compañero?

El maestresala se volvió bruscamente; un rubor intenso le teñía las mejillas.

—¡Calla, calla! —El bufón susurraba con voz tan aguda que sus palabras se podían oír hasta en los rincones más alejados de la sala—. No te metas con el de Monzay. No le agrada que le recuerden cómo los ingleses lo desnudaron y tuvo que salir corriendo de esa guisa.

Los pajes reían, medio burlones, medio admirados y escandalizados. El de Monzay dijo en voz baja:

—Más me hubiera valido que me hubieran liquidado allí mismo… o que me hubieran enviado a Inglaterra con el duque.

—¡Pero si te hubieras muerto de aburrimiento al otro lado del paso de Calais, hombre! —exclamó el bufón—. ¡Y ese clima! Me han dicho que en Londres la niebla es tan densa que no aciertas a ver más allá de tres pasos.

—El duque aún tuvo suerte de que lo liberaran.

—Él sí, pero su bolsillo se habrá resentido de un modo considerable. —El bufón profería unos gemidos y jadeos verdaderamente aterradores; de pronto dejó su farsa, y exclamó, cambiando el tono de voz—: ¡Escuchad, está cantando el arpista! Eso significa que hay una mujer cerca. ¿No os lo decía yo?, incluso son dos. Por ahí vienen unas doncellas de la duquesa, las dos más bonitas, si no me equivoco.

Antonio Astesano, quien, con su natural enamoradizo, solía cortejar por turnos a todas las damas de honor —sin éxito hasta entonces—, salió rápidamente del hueco de la ventana. Las dos jóvenes, Isabel y Annette, entraron en la sala con paso rápido y vaporoso. De sus elegantes sombreros puntiagudos colgaban velos de muselina blanca. Intentaban mantener un porte digno, pero en sus ojos claros bailaba la chispa inexplicable e incontenible que brota en las muchachas cuando se encuentran en compañía de hombres a quienes conocen lo bastante como para tomarles el pelo. Con mirada burlona y fingida altanería contemplaban a Antonio, quien les hizo una reverencia, y a los pajes, que las saludaron con camaradería.

—Señor de Monzay, la duquesa acaba de abandonar sus aposentos —dijo Isabel —. Supongo que los duques llegarán aquí de un momento a otro.

El maestresala hizo un ademán, dando a entender que todo estaba dispuesto. Dio unas palmadas; los criados que habían estado colocando platos y copas y que habían dispuesto las grandes rebanadas de pan en montones sobre las bandejas, se alinearon junto a la pared.

—¿Es cierto que esta noche volvemos a tener a un poeta como invitado? —preguntó Annette al de Monzay, llena de curiosidad. Ésta era la ocasión que había

estado aguardando Antonio; aun antes de que el maestresala pudiera responder, se adelantó para proporcionar la información deseada:

—Ha venido el señor François Villon, un poeta de París.

—¡De Paris, si, sobre todo de París! —exclamó el bufón con voz estridente—. Ha sido desterrado de París, señoras; menudo personaje es, según cuentan. Robos, asesinatos, inmoralidad…, y un largo etcétera. Al parecer, en alguna ocasión se ha visto ya con la soga al cuello. Sin duda esta noche serán versos bien distintos de los de la semana pasada, cuando monseñor dedicó un poema a esos estrambóticos tocados rabilargos que portáis las mujeres. Pronto monseñor versificará con tanta maestría como un bufón. Entonces no me quedará más remedio que quitarme de en medio…

—No te burles —dijo Annette, enfadada—. Monseñor es un hombre bueno y cortés. Sabemos que en realidad se ocupa de cosas muy distintas de vuestros tocados. Es una persona muy cordial: el pasado invierno me regaló dos escudos de oro, cuando lo había perdido todo jugando a los naipes.

—Al parecer son sobre todo las mujeres jóvenes las que saben apreciar las cualidades de monseñor —dijo el bufón, juntando las manos con gestos exageradamente ceremoniosos—. ¿Cuántos hombres de sesenta años tienen la dicha de ser consolados de todos los sinsabores de la vida por una mujer tan joven y cascabelera como la duquesa?

Entonces las muchachas se indignaron de veras. Intercambiaron una mirada de complicidad, tras lo cual Annette dijo secamente:

—Monseñor no es dichoso y la duquesa no es un «cascabel». Cállate ahora, que ya vienen.

Carlos de Orléans entró en la estancia por la puerta grande, conduciendo de la mano a su mujer. Como siempre, llevaba un manto de color negro apagado, suelto, sin cinto. Sus cabellos habían encanecido por completo y eran muy ralos; sus dientes comenzaban a deteriorarse.

Andaba con cierta dificultad; la primavera había sido húmeda y no acababa de verse libre de su reumatismo. Pero todo aquel que se hubiera cruzado alguna vez con su mirada oscura, que se hubiera familiarizado con las líneas sensibles e irónicas de sus labios y con el gesto vivo de sus manos juveniles, olvidaba rápidamente que monseñor ya había franqueado el umbral de la ancianidad. La duquesa parecía llevarle media cabeza a su esposo, quien siempre andaba algo encorvado.

Su rostro ovalado, de mejillas redondas y frente alta, estaba pálido; su boca esbozaba un rictus de triste resignación. Seguían a la pareja ducal los miembros de su casa: los gentileshombres de cámara, el tesorero, el médico de cámara, el bibliotecario, los señores de la cancillería y las doncellas de la duquesa. Entre los escribientes y amanuenses caminaba el invitado, Villon, en un jubón limpiado a toda prisa de polvo y suciedad; de cuando en cuando se restregaba con la palma de la mano las mejillas recién afeitadas. Sus ojos negros e inquietos escudriñaron

rápidamente el entorno, las caras de los miembros de la servidumbre y el interior de la sala. Carlos y su mujer se sentaron en el sitial bajo el dosel.

—Tomad asiento, señor —dijo Carlos a Villon, quien se había quedado algo indeciso entre los hombres a quienes correspondía sentarse en el extremo inferior de la mesa—. De Monzay, sentad algo más cerca de nuestro invitado, para que podamos hablar con él. Aquí en Blois llevamos una vida sencilla; supongo que nuestra comida os parecerá bastante frugal. Lo único bueno que tenemos aquí es el vino.

—Lo sé; en más de una ocasión tuve oportunidad de probarlo —repuso Villon, tomando asiento en el banco que le indicaba el maestresala.

Mientras se pasaban las bandejas, Antonio Astesano, quien durante el benedícite de rigor había estado observando con disimulo al invitado, le comentó en voz baja a su compañero de mesa:

—Ese individuo tiene la catadura de un proscrito.

—En cierto modo lo es —contestó el de Courcelles, uno de los señores de la cancillería—. Anda errante por estas tierras, casi siempre borracho y siempre envuelto en escándalos. Al parecer ha pasado el invierno en Chevreuse.

—¿En Chevreuse? Pero ¿no es ése un convento de monjas?

El de Courcelles guiñó un ojo:

—La abadesa es joven. Y, por lo que dicen, es amante de la poesía.

Antonio volvió a mirar al invitado. Villon comía con modales groseros, como si se encontrara en una posada al borde de un camino; mantenía constantemente empuñado su cuchillo, incluso cuando tenía la boca llena. Mientras tanto, sus ojos oscuros, hundidos en sus cuencas ensombrecidas, vagaban de un comensal a otro. En una de sus descarnadas mejillas se distinguía la rojez de una cicatriz apenas sanada, y en su cuello flaco y nervudo le bailaba la nuez cada vez que tragaba. Entre los aseados cortesanos del de Orléans, que conversaban y comían sosegadamente, destacaba como un cuervo maltrecho en un palomar.

De cuando en cuando clavaba sólo un instante la vista en su anfitrión, con mirada penetrante y escrutadora y la boca contraída en una mueca. Carlos, quien a su vez escudriñaba al poeta con atención, se topó con la mirada de éste en más de una ocasión.

—¿En qué estáis pensando, señor Villon? —preguntó Carlos de pronto, sonriente.

Villon puso el cuchillo sobre la mesa.

—Pensaba, monseñor, que las circunstancias actuales son bastante más agradables que las de nuestro primer encuentro.

—No me constaba que nos hubiéramos visto con anterioridad —dijo Carlos, arqueando fugazmente las cejas. Villon soltó una risa.

—Supongo que va habréis olvidado el incidente. Tuve el honor de hablar con vos ante las puertas del convento de los Celestinos de París, cuando visitasteis la ciudad en mil cuatrocientos cuarenta y cuatro. De eso ya hace más de doce años.

El anfitrión y su invitado cruzaron una mirada. Entonces Carlos comenzó a reír en

voz baja. Tomando su copa, dedicó un brindis a Villon.

—Bienvenido a Blois, don François. Apenas oso preguntaros sí os habéis enmendado desde que nos vimos por última vez.

—No, es mejor que no lo preguntéis —repuso Villon en idéntico tono de voz, alzando también su copa—. Pero esperaba hablar con vos de otros asuntos.

—Estoy deseando saber a qué debo tu visita. —Carlos hizo una indicación a los miembros de su séquito, dando a entender que deseaba que éstos reanudaran sus propias conversaciones. Villon se encogió de hombros.

—Podría deciros que he venido a serviros o alguna lisonja parecida.

Pero la verdad es que sentía curiosidad. Dicen que gustáis de la compañía de poetas, que sois más benévolo y generoso que la mayoría de los nobles y que vos mismo sabéis escribir buenos versos. No le haría ascos a un techo resguardado… durante unos cuantos días y noches. Y también me parecía una buena oportunidad para oíros versificar.

—Me complace observar que sigues siendo tan franco como…, como antaño. —Carlos contrajo sus labios en una sonrisa irónica—. Ya entonces pudiste comprobar que semejante sinceridad tiene un atractivo irresistible para mí.

—Tengo fama de ser el mentiroso más descarado bajo el sol —dijo Villon con indiferencia—. Y es un título que merezco plenamente.

La duquesa, que hasta ese momento había estado comiendo en silencio —tomando bocados minúsculos y rompiendo el pan con sumo cuidado—, alzó la cabeza y dijo en voz baja, mientras le dirigía al invitado una mirada rápida a la par que algo tímida y desconfiada:

—Monseñor, contadnos algo sobre el tema de la competición.

—Para hoy tengo dos temas —respondió Carlos—. Comoquiera que yo no acabo de decidirme, prefiero que lo elijas tú, querida. O, si no, que Villon lo eche a cara o cruz. El primer tema es: «Muero de sed al lado de la fuente».

María comenzó a sonreír tristemente, pero Pierre, el bufón, que, durante la cena, había estado sentado en el brazo del sitial de Carlos, gritó con voz chillona:

—Alto, alto, monseñor, ésa es una licencia poética, si me lo permitís. La fuente del jardín está rota, no lo negaré, pero ¿cómo os atrevéis a afirmar que morís de sed, cuando junto a vuestro plato tenéis una copa rebosante de excelente vino de Beaune? Soy yo quien muere de sed y, creedme, en este estado no es nada fácil ponerse a rimar.

Carlos le alcanzó su copa al bufón; el hombrecillo jorobado se acercó de un salto, agitando sus campanillas, y bebió varios sorbos.

Villon repitió el tema: «Muero de sed al lado de la fuente».

—La noción de sed no tendrá secretos para el señor Villon —dijo Pierre con una mueca socarrona, mientras se encaramaba de nuevo al brazo del sitial, donde se instaló cómodamente cruzando las piernas.

—El segundo tema —prosiguió Carlos— es el siguiente: «En el Bosque de Larga

Espera».

La duquesa hizo un gesto involuntario de sorpresa; pareció querer decir algo, pero calló, mirando su plato.

—Elijo el primer tema —dijo Villon—. Normalmente necesito más vino para poder improvisar unos versos, pero lo intentaré de todas formas.

María se levantó de pronto y dijo, en tono tan glacial y fuerte que todos los comensales levantaron la mirada:

—Me retiraré hasta que hayan levantado las mesas. Yo he elegido ambos temas.

—Te has cargado de trabajo, querida. —Carlos se alzó de su asiento, sorprendido. Entonces se levantaron todos los comensales, muestra de respeto habitual cuando el duque o su esposa abandonaban la mesa.

Carlos, al ver que María estaba disgustada u ofendida por alguna razón, añadió en tono cortés:

—Naturalmente, no estás obligada a participar, si no lo deseas. En realidad es un pasatiempo poco apropiado para una mujer como tú el tener que componer un poema sobre la sed y la larga espera. Supongo, querida, que esos temas no te dicen nada.

María, que estaba a punto de descender del estrado —sus doncellas va estaban esperándola, alineadas—, se volvió y dijo, en voz tan queda que sólo su esposo pudo entender sus palabras: —Monseñor, soy una mujer sin hijos.

El cortejo contempló de pie, en silencio, cómo se marchaba la duquesa. Carlos pareció repentinamente cansado y apático. Hizo un gesto al de Saveuses para que se acercara, y le pidió que anunciara que se aplazaría la competición hasta el día siguiente. Al mismo tiempo, encargó al chambelán que diera a conocer los dos temas, para que todos pudieran prepararse con tranquilidad. Carlos le dijo a Villon, quien había presenciado con gesto irónico y las cejas arqueadas el súbito cambio de ambiente:

—Ven conmigo a mi gabinete de estudio, maese François. Ahora dispondrás de un día entero para lograr la inspiración adecuada.

Villon siguió al duque hasta la biblioteca, donde había un olor a pergamino, tinta y cuero. Carlos se sentó cautelosamente junto a la larga mesa sembrada de papeles, y extendió la pierna que más le dolía encima de un escabel.

—Si mis informaciones no me engañan, han querido ahorcarte en Paris, ¿no es así? —preguntó, indicándole a su invitado que podía sentarse donde quisiera. Villon, quien había alzado la mirada para contemplar los libros de aquel descomunal anaquel, encogió los hombros:

—Casi ya lo había olvidado, monseñor. Lo que tuvo de importancia, lo plasmé en mis versos, para mí y para la demás gentuza que iba a bailar conmigo en la horca.

—De modo que, mentalmente, ya te has despedido en alguna ocasión de la vida —dijo Carlos con lentitud, mientras se limpiaba los cristales de los lentes en una de sus mangas—. Me gustaría que me dijeras qué se experimenta cuando uno ya ha saldado las cuentas con el mundo.

—Depende del apego que se tenga al mundo y a la vida… —contestó Villon; de nuevo relumbró en sus pupilas una chispa de burla, como una estrella fugaz—. Aun con la soga al cuello no me parece que hubiera dejado atrás nada de valor.

—Entonces eres un hombre libre, Villon. ¿Qué se siente cuando se es verdaderamente libre de todo?

—Entonces no pensé en ello. Me encontraba sentado encima de un montón de pajas hediondas en un calabozo del Châtelet, espulgando mis andrajos. Mi última comida la cambié por un trozo de papel, para escribir en él mi epitafio, esos versos de los que os hablaba antes: «Hermanos, que viviréis tras mí…».

—¿De modo que en tu corazón sólo había lugar para unos versos? Y todo cuanto te acontece, ¿no es para ti sino un motivo para rimar?

Villon esbozó una mueca y levantó sus largas manos descarnadas y oscuras en gesto de protesta.

—Dios sabe, monseñor, que no merezco el favor de la musa. Demasiado a menudo le he sido infiel con tentaciones más palpables. Pero ella es la única que no me hastía. En su honor proclamo desde hace mucho tiempo: «Rubias, castañas o morenas, iguales todas son», y que la belleza femenina desaparece sin dejar rastro, igual que las nieves del pasado invierno.

Carlos seguía contemplando absorto a su visitante. «No comprende lo que quiero decir», pensaba decepcionado y desengañado. «Al igual que los demás, él tampoco sabe contarme lo que quiero saber: y es que en su caso la libertad, la falta de ataduras es algo innato, como lo es en los pájaros el saber volar. A él no le atan cadenas de obligaciones, él no se ve oprimido por la sensación de ser responsable de tantas vidas, por la tarea de ser un eje alrededor del cual gira el mundo, aunque sea un mundo de cosas carentes de importancia. Y este hombre no es consciente de su propia libertad. ¿Cómo iba a esperar de él que me explicara lo que significa la ausencia de barreras entre sí mismo y la expresión de sus sentimientos?».

Suspiró, tosió varias veces y volvió a calarse los lentes. Villon, que había permanecido inmóvil sin dejar de mirarlo, dijo de pronto:

—Una persona puede ser su propio perseguidor, puede llevar consigo a su propio carcelero, monseñor. Puede, como sabéis, morir de sed, aunque tenga a su alcance las aguas más claras. Ser libre…, no serlo…, todos son conceptos relativos. Nadie tiene por qué arrastrar una carga más pesada de la que quiera llevar, y quien se deje atar es un necio. Los mayores necios son aquellos que llevan cadenas de telarañas y piensan que son impotentes.

Carlos no contestó en seguida. Apoyando la cabeza en la mano, contemplaba a su visitante, aquel rostro escuálido, de rasgos pronunciados, con sus ojos rodeados de sombras y su boca ancha y llena de amargura, el rostro de un hombre que había vivido intensa y apasionadamente. Carlos recordaba la tensa vigilancia, la mirada desencantada del muchacho al que habían sorprendido cortando una bolsa, junto al convento de los Celestinos; en el rostro del hombre que tenía delante, en la silenciosa

biblioteca de Blois, no quedaba rastro alguno de juventud, pese a que Villon aún no había cumplido los treinta años.

En aquella máscara tan sólo los ojos parecían, a veces, vulnerables, cuando se inflamaban fugazmente de cariño o de entusiasmo. Carlos, a quien por lo general no costaba trabajo hallar rápidamente un tono confidencial con que tratar a sus visitantes, en presencia de Villon casi se sentía incómodo. A ellos no los separaba sólo el ancho del tablero de la mesa, era todo un mundo lo que se interponía entre ambos. El sol poniente lanzaba reflejos rojizos sobre los tapices murales; en el boscaje al pie de la pendiente, un cuco cantaba incesantemente con su voz clara y aguda, y los álamos junto al río susurraban movidos por el viento del atardecer.

—Alguien me ha desafiado a jugar con él una partida de naipes —dijo Villon de repente. Su voz volvía a ser áspera e indiferente, como al principio de la cena—. Un hombre vestido de negro y verde, calvo y con una barbilla parecida a la de un pavo.

Carlos, despertando de golpe de sus cavilaciones, no pudo reprimir una sonrisa.

—Probablemente el señor Jean de Saveuses.

—Tendré que ocultarme, pues no puedo permitirme perder la partida —prosiguió Villon, encogiéndose de hombros. Carlos se palpó la manga y extrajo de ella tina bolsita negra de tela trenzada.

—Me resulta muy desagradable pensar que un invitado se pasea por mi casa con los bolsillos vacíos. Toma mi bolsa, pero no apuestes demasiado dinero, hermano.

Villon echó un rápido vistazo a la bolsa, con una mueca medio desafiante, medio cohibida. Sin embargo, no vaciló mucho tiempo.

Extendiendo su mano, atrajo hacia si la bolsita negra por encima del tablero de la mesa, mientras se levantaba.

—Sois extraordinariamente generoso, monseñor —dijo, haciendo ademán de querer hincar la rodilla ante su anfitrión. Pero Carlos evitó esta muestra de respeto, con gesto decidido.

—Déjalo, Villon —dijo secamente—. Vete ahora, tal vez te esté buscando el de Saveuses. Escribe un poema y gana mañana la competición. Buenas noches.

Villon, percibiendo el cambio de actitud y de tono de voz del duque, arqueó las cejas, hizo una fugaz reverencia y abandonó la estancia. Carlos permaneció sentado al resplandor del sol vespertino, que lucía deslumbrante y purpúreo entre los arcos de la ventana.

—Heme aquí —murmuró—, heme aquí encerrado en mi vieja piel: un hombre en el ocaso de la vida, encanecido, gordo, y tan cansado e indiferente hasta lo más profundo de mi ser, que doy la impresión de generosidad. —Sacudió la cabeza y suspiró; el sol le molestaba, cerró los ojos y apartó un poco el rostro.

Se dio cuenta de que ya llevaba viviendo diez años en el despreocupado, soleado y acogedor castillo de Blois, en un mundo que él mismo había creado. El estudio, el trato familiar con amigos y conocidos, y la dicha íntima que le proporcionaba el escribir versos le habían brindado una satisfacción tan plena que en su corazón no

había lugar para otros anhelos. El cariño del que se había visto privado de joven, y en la flor de la vida, lo recibía ahora con creces; estaba rodeado por los miembros de su casa, que lo trataban con devoción y lo querían. Sí, incluso podía permitirse pequeños caprichos, determinadas peculiaridades, arropado por la cordial y respetuosa indulgencia de su entorno. No le interesaba ya el mundo exterior; ni siquiera sentía curiosidad por saber lo que ocurría en las regiones y ciudades que había visitado en sus viajes, cuando le impulsaba el deseo de servir al rey y al reino o, incluso, ese lejano espejismo que se llama paz. El que la paz fuera realmente un espejismo, una quimera, lo había tenido que experimentar sobresaltado y profundamente desilusionado, cuando los ingleses, pese a todos los tratados y gestiones diplomáticas, habían vuelto a atacar en Normandía y Bretaña. Desde entonces se habían producido de modo incesante combates en las zonas costeras, en los que Francia salía ora victoriosa ora derrotada.

Carlos había dejado de profundizar en los avatares de la lucha y de la suerte guerrera; se hacía el sordo cuando sus cortesanos comentaban las noticias que los emisarios seguían llevando a Blois. Sí, algo sabía: por sus invitados de alcurnia se había enterado de que Brezé y Coeur habían caído en desgracia, para ser luego repudiados, y que Agnés Sorel había sufrido una muerte terrible; sabía que los habitantes de Gascuña, apoyados por los ingleses, se habían sublevado, precisamente cuando el rey parecía más abatido por el dolor y las adversidades. Sabía que el delfín, tras una acalorada disputa con su padre, había vivido desterrado de la corte durante muchos años; sabía también que el de Borgoña, víctima de las enfermedades, apenas si conseguía dominar sus propios territorios. Las ciudades más poderosas de Flandes y Henao, resentidas por el modo en que el duque creía tener que ejercer su autoridad, opusieron resistencia, en ocasiones pasiva, pero a menudo por la fuerza de las armas. De todos estos hechos estaba enterado Carlos, pero no le afectaban.

Se sentía cómodamente resguardado, envuelto y protegido por el silencio de Nonchaloir. El único rumor que toleraba allí era la desazón que provoca la inspiración poética. Parecían concurrir todas las condiciones para una vida despreocupada y pacífica; el hecho de que, pese a ello, no se sintiera realmente feliz, a Carlos le seguía causando diariamente una profunda sorpresa.

Un leve susurro junto a la puerta le hizo despertar, sobresaltado, de su ensimismamiento; se incorporó con esfuerzo en su silla y se ladeó, para poder mirar por encima del brazo de su asiento. Era María quien había entrado; cuidadosamente volvió a correr el tapiz que colgaba ante el hueco de la puerta. Se sentó frente a Carlos en el escabel donde éste había apoyado antes su pierna dolorida.

—Me he enterado de que habéis suspendido la competición poética de hoy, ¿es cierto? —preguntó suavemente. Siempre se dirigía a Carlos con gran formalidad—. ¿Acaso es por culpa mía?

—Me pareció que los temas habían suscitado tu desaprobación —repuso Carlos —. No tiene sentido competir escribiendo poesías, si no reina un ambiente alegre y

festivo. Sabes que, por encima de todo, me interesa mantener el buen entendimiento entre los miembros de mi casa.

María asintió sosegadamente, pero sus ojos no perdían su expresión triste y resignada.

—Ambos temas me parecen muy atractivos. Me he preguntado muy seriamente por qué motivo habéis elegido precisamente esos temas, que expresan, con palabras distintas, un mismo sentimiento de impotencia, de insatisfacción. Yo os creía satisfecho, monseñor.

—Cabe preguntarse si el hombre encuentra alguna vez la paz que colma los anhelos del alma. —Carlos se quitó los lentes, y por un momento apretó los dedos índice y pulgar de su mano izquierda contra sus ojos.

—Podemos buscar nuestro consuelo en Dios —dijo María tranquilamente.

—¿Y tú lo consignes, querida?

—Ignoraba que a vos os costaba trabajo, monseñor. Ignoraba que no existe fuente alguna que pueda calmar vuestra sed.

Carlos alzó la cabeza y miró sorprendido a su mujer. Jamás la había oído hablar de aquel modo; le parecía que sus palabras expresaban aquello que había pensado con tanta frecuencia, lleno de secreta amargura. Inclinándose hacia adelante, tomó su mano.

—Conozco una fuente fresca y profunda, que es pura y cristalina, y que refleja el azul del cielo. Si esas aguas claras no consiguen calmar mi sed, querida, es porque la sequedad que me abrasa por dentro es incurable. Y si en el Bosque de Larga Espera no consigo hallar el camino que acaba desembocando en una amplia llanura, tal vez se deba a que es mi sino andar errante.

—Nada anhelo tanto como compartir vuestra sed y acompañaros en vuestro azaroso caminar —dijo María, bajando la vista—. He tardado mucho tiempo en comprender que esto es un gran privilegio. Pero cuando quise unirme a vos en ese bosque del que me hablasteis en una ocasión, ya no pude encontraros. A menudo me pareció que vos me rehuíais deliberadamente, que preferíais la soledad a mi compañía.

Y yo pensaba que eso se debía a que vos habíais encontrado en vuestra soledad aquello que buscabais incesantemente: la fuente que puede calmar vuestra sed, el sendero que lleva a campo abierto. Como no quería turbar vuestra paz, permanecí rezagada, allí donde no os estorbara. Pero ahora sé que no sois feliz, monseñor, y también sé por qué.

Perdonadme que os lo diga, pero aquel que es egoísta y sólo está dispuesto a recibir amor, sin darlo, de día se sentirá oprimido y de noche no conseguirá dormir, atormentado por los pensamientos amargos.

Vos os mostráis benévolo y amable con todo el mundo, pero eso no tiene mérito, puesto que no os cuesta esfuerzo alguno. Vos no amáis realmente a la gente ni al mundo, monseñor. Os limitáis a pensar en vos mismo, y os encerráis en vuestros

propios pensamientos. Y a aquel que llama a vuestro corazón, no le franqueáis la entrada. Perdonadme, pero es la pura verdad.

Carlos permaneció sentado largo tiempo en silencio, con la cabeza gacha; María no se movía. La luz de la puesta de sol arrojaba su resplandor sobre los anaqueles; frente a aquel reflejo granate palidecían incluso las escenas de los tapices murales. Una copa que se hallaba sobre la mesa, relumbraba con tonalidades de rubí, como si contuviera la bebida ardiente de la que cuenta la saga; aquellos que humedecen sus labios en ella, olvidan el mundo y permanecen como cegados y aturdidos por el amor hasta el final de sus días. Pero el sol desapareció tras el borde del alféizar, la luz rojiza se desvaneció de las paredes y el cáliz mágico volvió a ser una copa con sedimentos de vino en el fondo. Carlos se llevó la mano fresca de su mujer hasta la frente y suspiró.

—Perdóname, querida —susurró—. Perdóname que haya sido tan injusto contigo.

Los cortesanos que, tras la partida de naipes, todavía se encontraban conversando en la penumbra de la sala, se levantaron apresuradamente de sus asientos al ver salir a monseñor y a su mujer, tomados de la mano, de la antecámara que lindaba con la biblioteca. Pero la pareja ducal no respondió a sus saludos, como de costumbre; vueltos el uno hacia el otro, en silencio, atravesaron la sala. Aún mucho después de que hubieran franqueado la puerta abovedada, seguían escuchándose en el silencio los pasos cautelosos de monseñor sobre las escaleras y el suave rumor de la cola del vestido de la duquesa.

Cierto día, a principios de la primavera de 1457, Jean Cailleau, médico de cámara y amigo fiel de Carlos, acudió ante su señor con semblante casi solemne. Hacía varios años que Cailleau ya no vivía en Blois; ahora era canónigo del convento de Saint-Martin en Tours. Sin embargo, siempre que requerían sus servicios en el castillo, acudía inmediatamente para realizar sangrías y prescribir medicinas, como en los viejos tiempos.

Hacia la Pascua Florida, la duquesa comenzó a quejarse y a sentirse indispuesta; Carlos envió un correo a Tours para mandar buscar a Cailleau. Éste hizo parte del recorrido en barco y parte a lomos de un mulo. Llegó a Blois antes de lo previsto, envuelto en un polvoriento manto, y con su arqueta llena de instrumentos y hierbas. Mientras examinaba a la duquesa, Carlos aguardaba en la biblioteca lleno de preocupación. Sabía éste que María no era de constitución fuerte, pero desde que entre ambos esposos había brotado tanto amor y tanta confianza, la idea de tener que perderla se le antojaba insoportable.

Habían pasado el otoño y el invierno envueltos en un profundo cariño; día a día iban recuperando lo que habían dejado pasar durante dieciséis años baldíos de matrimonio. Carlos había ido descubriendo, en medio de una creciente gratitud y asombro, que su mujer sabía otorgarle una verdadera amistad y una comprensión

profunda. En todas aquellas horas pasadas encima de libros y bastidores, había conformado su espíritu y su mente según sus necesidades. A sus sesenta años, Carlos descubrió también —con gran perplejidad— que él la hacía realmente feliz. María lo amaba pese a su edad y su obesidad. Aquella felicidad tardía no se parecía en nada a la radiante alegría que había conocido otrora con Bonne, a aquel delirio joven y apasionado.

Pero cuán bienhechora, cuán familiar y cuán pacífica era la compañía de una mujer tan apacible y prudente como resultó ser María. Su enfermedad inquietó considerablemente a Carlos; cuando vio el semblante grave e impasible de Cailleau, apenas pudo reprimir una exclamación de sobresalto.

—¿Cómo se encuentra mi mujer? —preguntó, esforzándose por mantener un tono sosegado.

—Monseñor —repuso Cailleau, dirigiendo a Carlos una mirada escrutadora—. Monseñor, puedo deciros lo siguiente: vuestra señora esposa se halla en estado de buena esperanza. Si Dios quiere, dará a luz dentro de medio año.

Carlos se sentó y se enjugó el sudor de la frente. Estaba tan sorprendido que no acertaba a decir palabra. Sin embargo, al darse cuenta de que Cailleau seguía mirándolo con grave preocupación, como si dudara de la buena acogida de la noticia que acababa de darle, comenzó a reír ruidosamente, como un muchacho.

—¡Por Dios, Cailleau, en toda mi vida no había recibido noticia más feliz!

Más tarde permaneció largo rato contemplando el paisaje bañado por la clara luz del sol primaveral, desde la galería del muro sudoeste de Blois. En los álamos que bordeaban la corriente despuntaba el verde follaje, las colinas aparecían cubiertas de nuevas cepas, y el mundo parecía nuevo y fresco como en el primer día de la creación.

A Carlos le pareció que jamás había visto nada más hermoso que su hijita María. Cuando oía hablar a las gentes de la espantosa fealdad de los lactantes, no podía sino sonreír compasivo. Permanecía absorto durante horas junto a la cuna en la que dormía la niña. Cuando no estaba a su lado, se distraía pensando en ella: ¿tendría todo cuanto necesitaba?, ¿la cuidarían bien? Rivalizaba con su esposa en muestras de afecto hacia la pequeña. ¡Cuánto más interesante era todo lo que la concernía que los acontecimientos que agitaban al mundo! El primer diente, los primeros pasos, la primera palabra, brindaban a Carlos ocasiones de convertir a su hijita en el centro de una fiesta doméstica, y de colmaría de regalos. Cuando la niña apareció por primera vez en el patio de Blois de la mano de su ama, Carlos mandó repartir tres escudos de oro entre los mozos de cuadra y los marmitones, que jamás habían visto a la infantina de Orléans, pidiéndoles que bebieran a la salud de la pequeña.

* * *

Aquel verano apareció Dunois en Blois, con gran acompañamiento.

Hacia bastante tiempo que no se habían visto ambos hermanos; Carlos jamás abandonaba Blois, y Dunois había estado ocupado durante todos aquellos años en las operaciones militares en Normandía y Bretaña al frente de los ejércitos reales. El hecho de que los ingleses hubieran sido derrotados una y otra vez, y que gradualmente hubieran tenido que abandonar de nuevo todos los territorios conquistados, se debía sobre todo a la actuación enérgica y experta de Dunois. El rey, quien confiaba ciegamente en él, lo había colmado de favores y títulos, y le había otorgado tierras y dinero. Había declarado legítimo el nacimiento de Dunois, confiriéndole el derecho, a él y sus descendientes, de llevar los nombres de Orléans y Valois, y de eliminar la barra de bastardía de su blasón. Dunois, quien a la sazón ya se había casado, había aceptado dicho privilegio para sus hijos; él mismo siguió aferrándose en toda circunstancia al nombre que le había dado su padre, y continuó firmando cartas y documentos con el nombre que había empleado siempre y que había oído añadido al suyo desde su infancia: Bastardo de Orléans.

Carlos recibió a su medio hermano con alegría. En los últimos diez años Dunois apenas había cambiado; en su rostro moreno y curtido no se veían arrugas, su pelo rojizo no había encanecido y sus ojos verdes seguían siendo tan claros como en su niñez.

Dunois llegó vestido de cuero y mallas, acompañado por una escolta nutrida y armada. Cuando Carlos le preguntó en tono jocoso a qué se debía aquel despliegue militar, Dunois frunció el entrecejo y dijo con voz sería:

—Me encuentro de paso, hermano. Acabo de conducir a un prisionero desde Paris a Nonette, residencia del rey en Borbón. Es por ello por lo que quería hablarte.

Las noticias que le traía Dunois llenaron a Carlos de consternación, si bien apenas le sorprendieron. Se referían a su yerno, el de Alenon, cuya conducta había seguido Carlos durante todo ese tiempo, lleno de recelo y temor.

El rey, quien de resultas de las adversidades y decepciones había recaído en su retraimiento, su apocamiento y sus dudas, había encargado a las autoridades eclesiásticas y al Parlamento que investigaran en Ruán y Paris el modo en que Juana, la Doncella de Orléans, había sido condenada y ejecutada en su día.

En el silencio de sus aposentos, aquel rey atormentado por la enfermedad y las preocupaciones era presa de una angustia mortal; recordaba que en una ocasión Agnés Sorel le había reprochado su indiferencia hacia aquella muchacha a quien debía su corona y su autoridad. En aquella ocasión había rechazado su consejo —la rehabilitación de Juana— de manera decidida. Pero ahora aquella omisión le pesaba como una culpa, como un pecado que lastraba su conciencia. No quería morir antes de haber reparado su falta.

Entre las numerosas personas que acudieron a Paris para testificar en el caso, se encontraba también el de Alenon, quien había hablado con Juana en repetidas

ocasiones. Mientras prestaba sus declaraciones, satisfecho ante aquella oportunidad que se le presentaba de desacreditar los actos del rey, en Bretaña se le incautaron a un espía inglés cartas escritas y firmadas por el de Alenon. En ellas, éste manifestaba su deseo de concluir una alianza con Enrique VI, se ponía al servicio de Inglaterra, junto con los habitantes de sus dominios, y citaba puntos de la costa donde podría desembarcar un ejército de ocupación.

El rey no lo dudó; de inmediato envió a Dunois a Paris, para que apresara al de Alenon bajo la acusación de alta traición. Posteriormente el de Alenon lo había confesado todo en el castillo de Nonette; como motivo de su traición había declarado que el rey lo tenía olvidado y Postergado.

Carlos escuchó estas noticias en silencio, sumamente impresionado, la deshonra del de Alenon, cuyos hijos eran al fin y al cabo nietos suyos, sin duda proyectaba su sombra sobre el honor de Orléans.

—Va a ser un final triste, el del duque de Alenon —dijo Dunois con gesto ceñudo; el yerno de Carlos desde siempre le había inspirado desconfianza—. Seguramente sus posesiones serán confiscadas, y su dominio revertirá de nuevo a la corona. Pero no me sorprendería que incluso tuviera que pagar su crimen con la vida; el rey parece decidido a condenarlo a la pena capital.

—¿No se celebrará un juicio? —preguntó Carlos lentamente. Dunois asintió.

—Es ésa la razón de mi visita, hermano. El proceso comenzará el día quince de septiembre en Vendóme. El rey también te ha convocado a ti, para que comparezcas y des tu parecer. No se te ocurra rehusar —se apresuró a añadir, al ver que Carlos hacia un gesto de desgana—. Nuestros amigos los de Bretaña y Borgoña también se han desentendido, y al delfín seguramente tampoco lo veremos. Si te interesa salvar todo lo salvable para tus nietos, has de aprovechar dicha oportunidad de tomar la palabra.

Carlos mantuvo la mirada desviada durante unos instantes.

—Me desagrada profundamente verme otra vez mezclado en un asunto tan dudoso —dijo al fin—. Comprenderás que, si quiero conseguir algo, habré de aducir circunstancias atenuantes en favor del de Alenon. Pero tienes razón, me prepararé para el juicio.

* * *

El proceso se celebró en la sala mayor del castillo de Vendóme. Se habían colocado tribunas engalanadas con tapices, a ambos lados y al frente del solio real. En ellas se sentaron los grandes del reino, distribuidos en cuatro filas: en primer lugar, los vasallos de la corona y los príncipes de la Iglesia, luego los representantes de la nobleza y el clero, y finalmente aquellos que hablarían en nombre de la burguesía. Centinelas armados vigilaban los accesos a las tribunas y los espacios entre las mismas. La sala estaba atiborrada de gran número de espectadores, que también se apiñaban fuera, en las escaleras y corredores. A la derecha del rey estaba

sentado su hijo menor, y, a continuación, en calidad de pariente más cercano, Carlos de Orléans.

El viaje a la corte y la estancia en la misma habían fatigado mucho a Carlos; ya no estaba acostumbrado a tanto barullo. Por otra parte, no estaba muy seguro del efecto que tendría su discurso en un auditorio cuyo deseo unánime era ver condenado a muerte al de Alenon. Tan sólo el arzobispo de Reims y un representante del de Borgoña pedirían clemencia, el primero por puro formulismo, el segundo por contrariar al rey.

Carlos contemplaba a su primo de cuando en cuando; el rey le parecía muy cambiado; sus facciones habían perdido fuerza y sus ojos se agitaban inquietos; no quedaba nada, o casi nada, del tono de autoridad ni del aplomo de antaño. Carlos sabía cuáles eran las causas de la amargura del rey; la pésima relación entre el delfín y él lo hería, y le atormentaba la angustia ante la suerte que le aguardaba al reino bajo semejante gobernante, y el pesar de no poder transmitir los derechos de primogenitura a su amadísimo segundo hijo. En los últimos doce años, el delfín no había visitado a su padre ni una sola vez; desde su destierro gobernaba a su arbitrio, rodeado de una corte de personajes de origen desconocido que habían sido ennoblecidos por él. El hecho de que también desplegara sus actividades en otros terrenos, quedó de manifiesto cuando se supo que, tras conocerse la noticia del encarcelamiento del de Alenon, había atravesado Francia a toda prisa para refugiarse en Flandes en la corte del de Borgoña. Para el rey esto había sido un duro golpe. Al mencionar el asunto, le había dicho a Carlos, con una sonrisa tímida y amarga:

—El de Borgoña no sabe lo que hace; piensa sacar tajada tomando bajo su protección al futuro rey de Francia. ¡Pero cuando se dé cuenta de que ha metido a un zorro en su corral va será demasiado tarde!

Envuelto en los rígidos pliegues de su manto de ceremonia, y bajo la sombra de la amplia ala de su sombrero, el rey escuchó inmóvil las intervenciones de los distintos oradores que se adelantaban para exponer sus opiniones. Cuando ya las palabras «pena capital» habían sido pronunciadas repetidas veces en el espacio encuadrado por la tribuna, le llegó el turno a Carlos. Se levantó y descendió con dificultad los tres escalones. Notaba cómo la mayoría de los presentes lo miraba con desaprobación y recelo; nadie dudaba que intentaría exonerar a su yerno o, al menos, atenuar su castigo. Aunque Carlos tenía preparado un documento con anotaciones, pensándolo mejor lo volvió a guardar en su manga, junto a los lentes que tampoco necesitaría. Hizo una reverencia y se dirigió al rey.

—¡Monseñor! A mi juicio hay tres cosas que convienen tener en cuenta cuando ha de expresarse una opinión en asuntos importantes: la persona que da el consejo, la persona aconsejada y la cuestión sobre la que se aconseja. En cuanto a lo primero: escrito está que *multi multa sciunl et se ipsos nesciunt*, ¡que muchos saben muchas cosas pero se desconocen a sí mismos! Cuando yo me paro a contemplarme y me doy cuenta de que he de aconsejaros aquí en vuestro interés y en el del reino, me parece

que, dada mi escasa sabiduría y erudición, resulta una empresa una tanto arriesgada el tomar aquí la palabra después de que lo hayan hecho tantos jurisconsultos conocidos y competentes. Yo no puedo si no aportar la luz de una vela entre tantas antorchas. Por ende, os suplico que tengáis en cuenta mi buena voluntad, si no alcanzara mi entendimiento.

»En cuanto a lo segundo, la persona a quien he de aconsejar: vos sois mi dueño y señor, a más de pariente, ante quien debo responder de mis actos. Finalmente os reconozco como a mi soberano. Y cuando digo "soberano", no puedo sino comprender el sentido profundo de dicha noción. Pues no dejáis de ser un ser humano como yo, un ser de carne y hueso, expuesto a peligros, amenazas, adversidades, enfermedades y sufrimientos. El que, pese a todo, hayáis conseguido mantener las riendas de vuestra autoridad como lo habéis hecho, en unos tiempos extremadamente difíciles, para mí es una prueba de que vuestra soberanía os ha sido concedida por Dios, el Rey de reyes, el Señor de señores. Por eso se os llama cristianísima majestad, por ello todos los súbditos de Francia os han de servir y apoyar como el representante de la autoridad de Dios.

»En tercer lugar: la cuestión en la que os he de aconsejar os concierne a vos y a uno de los vuestros de manera directa, dado que yo, pariente vuestro, estuve y esto y vinculado al enjuiciado y a su padre y a todo su linaje por los lazos de la sangre y de la amistad.

A continuación, Carlos recordó cómo ya su padre había concluido una alianza con el difunto duque de Alenon, cómo él mismo finalmente había sido apoyado por el duque y sus vasallos en la lucha contra el de Borgoña, y cómo un miembro de la casa de Alenon había caído gloriosamente en la batalla de Azincourt, al servicio del reino.

Mientras hablaba, no dejaba de ser consciente de que aquéllas no eran sino frases huecas; sabía perfectamente que el viejo Alenon no había buscado más que el provecho propio.

Por ello, cambió de estrategia y pasó a enumerar todos los hechos del de Alenon que pudieran considerarse como pruebas de amistad y de caballerosidad. Se estrujó los sesos para no omitir nada que pudiera destacar las posibles facetas favorables del carácter de su yerno y del padre de éste. Pidió al rey que, en este caso, sopesara detenidamente el bien y el mal y que, si prevaleciera esto último, se mostrara indulgente.

—Pues, en vuestra calidad de representante de Dios, debéis seguir Su ejemplo: «Haced como Yo he hecho», nos dijo, y "Tal como juzguéis, así seréis juzgados".

»En esta cuestión, mi consejo es el siguiente: a mi juicio, se trata de salvar la vida del de Alenon, en cuerpo y alma. Cristo dijo: "*Nolo mortem peccatoris*", «no quiero la muerte del pecador». Así tampoco vos podéis desear la muerte del de Alenon, puesto que de sus actos se desprende que no tiene juicio y que, si se le diera muerte ahora, sin tener ocasión de enmendarse y de purificar su alma, todos cuantos han exigido la pena de muerte, habrán omitido darle la última oportunidad a la que tiene

derecho cualquier pecador. Es un suplicio mucho mayor permanecer largo tiempo cautivo que morir de repente, pues, en este último caso, uno se ve liberado de las penas de este mundo. Sé de lo que hablo, pues, durante mi cautiverio en Inglaterra, a menudo deseé que me hubieran matado en Azincourt.

»Por ende, os aconsejo que, por mor de la seguridad del reino, pongáis al enjuiciado a buen recaudo, del modo que más os plazca, monseñor. Me parece justo que dispongáis de sus tierras y posesiones, pero también creo que deberíais atender de manera razonable a su mujer e hijos. Está escrito: "No hay que ensañarse con el inocente". Os ruego que queráis mirar como un padre por aquellos que pasarán a considerarse huérfanos. También es mi parecer que no deberíais olvidaros de sus sirvientes y acompañantes, que no tienen culpa alguna de lo sucedido. Cuidad de aquellos que ahora han perdido su sustento.

Yo declaro ante Dios, ante vos, monseñor, y ante todos los presentes, que he hablado con arreglo a mi honor y conciencia, movido exclusivamente por el deseo de servir los intereses del reino. En todo momento, si fuere preciso, estaré dispuesto a intervenir según mi leal saber y entender, aunque mi capacidad en este sentido es exigua. He dicho.

El rey suspendió la sesión; se notaba que estaba sumamente incomodado.

En los días que siguieron, Carlos tuvo ocasión de comprobar que su discurso no había tenido una acogida favorable. Con gran consternación y pesar observó que le dispensaban los mismos sentimientos de rechazo y desconfianza que los profesados hacia el de Borgoña y el delfín. Comenzaron a evitarlo, y sabía que a sus espaldas prevenían a la gente contra él. Además se enteró de que era su intervención la que había provocado el descontento del rey. Las posibilidades de clemencia para el de Alenon no habían aumentado con su discurso.

Inesperadamente hizo su aparición en Vendóme el de Richemont, duque de Bretaña. Aquello que en Carlos había parecido sospechoso, no pudo perjudicar al antiguo favorito y colaborador del rey. Pronto se anunció, durante el juicio, que el rey, «en consideración a la petición que Nos ha sido formulada por Nuestro muy querido y amado primo el duque de Bretaña, tío del dicho Alenon, había decidido conmutar la pena capital en pena de reclusión en una fortaleza. Carlos de Orléans regresó a Blois».

La vida en Blois discurría tranquila y apacible. Carlos leía o escribía en el silencio de la biblioteca, disfrutaba de la compañía de su mujer —hablando de todo lo que suscitaba su interés o en una silenciosa armonía, ella con su labor de hilo de oro, él con un libro en el que, sin embargo, apenas leía— y se entretenía con su hijita en el cuarto de los niños, el patio o el jardín de flores extramuros. La pequeña María era la niña de sus ojos; tenía casi tres años de edad, y era ágil de piernas pero aún más de entendimiento. Su clara vocecilla y sus modales dignos de pequeña mujercita lo tenían cautivado. Le regalaba pequeños salterios iluminados con miniaturas, minúsculos rosarios de cuentas rojas y doradas y una bolsa diminuta con moneditas

de oro para llevar colgada del cinto.

Cuando su mujer y él salían de Blois para visitar las ciudades y fortalezas de la comarca, siempre llevaban con ellos a su hija; la carita sonrosada de la infantina resplandecía como una rosa entre las negras vestiduras de sus padres. Así presenció las ceremonias celebradas en Orléans con ocasión de la rehabilitación de Juana de Arco, decretada por el rey; los habitantes de la región del Loira, que nunca habían dejado de recordarla con respeto y cariño, se dirigieron en procesión, con cirios encendidos, verdes ramos y enseñas de colores, hacia el puente por el que Juana, treinta años antes, había hecho su entrada triunfal en Orléans.

Algún tiempo después, la pequeña María de Orléans fue objeto de un homenaje que le tributó la ciudad. Sentada en brazos de su padre, miraba los bailes al aire libre y las largas mesas que se habían dispuesto en la plaza mayor, donde había vino y pan de especias para todo el mundo. El duque dio orden de soltar a todos los presos que se encontraran encerrados en los calabozos de la ciudad. Entre las personas pálidas, sucias y andrajosas que salieron, entre gritos y empujones, de las puertas de la prisión, se encontraba también François Villon. A quien habían encarcelado varios años antes por un delito cometido.

Con el desparpajo que le caracterizaba, fue a presentar inmediatamente sus respetos a Carlos, quien, sacudiendo la cabeza con sonrisa irónica, le tendió la mano y le pidió que participara en los festejos. Con su gran sagacidad, Villon descubrió rápidamente el objeto del interés y las atenciones del duque. A fin de granjearse su benevolencia en los tiempos venideros, Villon dedicó una oda a la pequeña María, en la que alababa la dignidad de su porte y lo principesco de su comportamiento, además de compararla a Casandra por su sabiduría, a Eco por su belleza, a Lucrecia por su castidad y a Dido por su nobleza. A Carlos le hizo muchísima gracia, pero también le enterneció; recompensó a Villon con largueza y le dio libertad para entrar y salir a su antojo en la residencia ducal.

Hacia mediados de julio del año 1461 llegaron correos a Blois con la noticia de la muerte del rey. Había pasado éste los últimos años de su vida en el solitario castillo de Mehnun-sur-Yévre, recluido como antaño en aposentos recónditos, huraño y receloso frente a todo aquel que se le acercara. Finalmente había rehusado ingerir alimentos, por temor a ser envenenado. Murió de hambre e inanición.

Comoquiera que el delfín aún no había regresado de Flandes, le correspondió a Carlos la tarea de organizar y presidir las exequias. Salió hacia Mehnun con gran acompañamiento para cumplir su triste obligación. Una vez amortajado, el cadáver del rey fue transportado a Paris con los debidos honores, y, tras los funerales, fue enterrado en la abadía de Saint-Denis.

El treinta y uno de agosto hizo su entrada en Paris el nuevo rey, Luis, undécimo de dicho nombre por la gracia de Dios, acompañado por el duque de Borgoña, el hijo

de éste y el duque de Cléveris. Carlos no estuvo presente en el brillante cortejo que siguió al rey por las calles de la ciudad; con su ausencia quería dar a entender que ya no ambicionaba pertenecer a la corte y que deseaba retirarse de la vida pública.

Desde una de las ventanas del Hotel de Tournelles contempló aquella fila interminable de señores ricamente ataviados, con sus acompañantes. Vio muchos rostros conocidos: Dunois, el de Angulema, el de Borbón, el de Etampes, y muchos más; el rey Luis cabalgaba bajo palio envuelto en una túnica blanca, pero tocado con un extraño gorrito negro, como si quisiera burlarse de toda aquella regia pompa. Su rostro seguía siendo tan afilado como otrora, y su expresión, igualmente malévola; miraba atentamente en derredor suyo al pueblo que lo vitoreaba a su paso sin demasiado entusiasmo.

Detrás del rey, Carlos vio cabalgar al de Borgoña, en un manto resplandeciente de joyas; se comportaba como si fuera el candidato a la coronación. Carlos lo observó con atención; se preguntaba si sería cierto lo que había oído murmurar a su alrededor: que Luis, ahora que se había convertido en rey, no parecía dispuesto a otorgarle a su protector el lugar de honor que éste esperaba obtener en el Consejo y el gobierno. Al parecer había habido graves disensiones entre Luis y el hijo del de Borgoña, el de Charolais; por otra parte, el nuevo rey de Francia había manifestado en tono irritado que consideraba totalmente exagerado que el de Borgoña le hubiera acompañado hasta París con un auténtico ejército de cortesanos y gente armada: el rey de Francia no necesitaba de todo aquello para asegurarse un gran recibimiento.

Carlos se consideró afortunado por poder despedirse de la vida de corte; al rey Luis no le ataba obligación alguna, y éste seguramente no volvería a requerir sus servicios; gracias a Dios, era demasiado viejo para la política y la diplomacia. Con resignación estoica, aguantó la sucesión de festejos y ceremonias; mientras los demás bailaban y bebían y se regalaban con los deliciosos manjares expuestos sobre las mesas vistosamente engalanadas, Carlos escuchaba la música sentado en un rincón tranquilo. Si permanecía en París era primordialmente por darle a María la oportunidad de disfrutar de las diversiones de la corte.

Había llevado una vida retirada durante mucho tiempo; merecía poder participar en los bailes ataviada como una reina. Pero al cabo de varias semanas María le hizo saber que ya estaba harta de tantos torneos, desfiles y banquetes; deseaba regresar a casa, junto a su hija.

También Carlos no hacía sino pensar en la pequeña, sobre todo desde que el rey le había manifestado, en su modo característico que no admitía réplica, que deseaba casar a la infanta de Orléans con su hermano menor. Carlos comprendía muy bien cuáles serían las consecuencias: sí el rey lograba su objetivo, Orléans volvería a caer en su poder.

En el otoño, Carlos y su mujer llegaron a Blois, donde se alegraron al ver que todos y todo seguía en buenas condiciones. A los pocos días, María entró sonriente en la biblioteca, donde su marido se encontraba contemplando unos manuscritos nuevos.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó Carlos, con gesto distraído, sin levantar la vista de las hojas ricamente iluminadas. María se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

—Monseñor —dijo Cailleau, mientras se bajaba cuidadosamente las mangas del tabardo, que se había arremangado hasta el codo—, ¿recordáis que en una ocasión, hace unos diez o doce años, hicimos una apuesta?

Carlos y el médico de cámara se encontraban en una de las antesalas que conducían al dormitorio de María; Carlos había manifestado su deseo de esperar allí mientras su mujer se hallaba dando a luz. De cuando en cuando salía Cailleau para comunicarle el estado de salud de la parturienta, sin omitir repetirle con insistencia que no había razón alguna para inquietarse.

—¿Una apuesta? —Carlos, quien continuamente intentaba captar sonidos tras las puertas cerradas de la cámara de alumbramientos, ¿se encontraría María realmente bien?, no recordaba nada.

Cailleau mantenía la cabeza profundamente inclinada, mientras se abotonaba las mangas.

—Sí, monseñor. Cuando una vez os dije que aún podríais tener un heredero, apostasteis quinientas libras a que eso no ocurriría. Monseñor —dijo, levantando la vista, sin poder disimular su alegría por más tiempo—, no sabéis con cuánta gratitud y alegría vengo a anunciaros que habéis perdido vuestra apuesta. Vuestra esposa acaba de dar a luz a un varón.

Las campanas tañían en Blois, Beaugency y Orléans, en todos los pueblos y ciudades a orillas del Loira. Las banderas y estandartes ondeaban azules y doradas recortándose sobre el cielo estival, y los heraldos atravesaban el país para anunciar por doquier con sus clarines lo que las gentes en los caminos ya sabían: que en el castillo de Blois había nacido un hijo, un heredero. Los que visitaron Blois en aquellos días, vieron a monseñor rejuvenecido; aún no acertaba a expresar su felicidad. A todos cuantos acudían a felicitarle los colmaba de regalos, pidiéndoles que rezaran por el bienestar del niño; el nacimiento de su hijo le parecía un milagro. Carlos se encargaba de los preparativos del bautizo mientras acunaban al lactante con la melodía de una antigua canción infantil sobre las campanas de la región, con la que también habían mecido a Carlos:

¡Orléans, Beaugency,
Notre Dame de Cléry,
Vendóme, Vendóme![23]

El niño se llamaría Luis, como su abuelo paterno; el honor de apadrinarlo correspondía al pariente más cercano de dicho nombre: Carlos descubrió con gran disgusto, que éste era el rey.

Esperaba y confiaba que el rey declinaría la invitación, pero una vez más se equivocó al calibrar el carácter de su soberano. Luis XI acudió a Blois, si bien en una disposición de ánimo que distaba mucho de ser benévola. El rey, que en su época de delfín se había aprovechado de los servicios de los príncipes vasallos descontentos y de la nobleza con sus ambiciones, tras su subida al trono se había mostrado más implacable con aquel grupo de lo que jamás había sido su padre. Haciendo caso omiso de sus objeciones y quejas, había recortado sus privilegios y había puesto coto a la autonomía con que éstos administraban sus propios territorios. En la época en que aún se fingía amigo de los caballeros de alcurnia, se había enterado de muchas cosas que ahora le eran de gran utilidad. Los tenía en sus manos, disfrutaba viendo su rabia y decepción, pero permanecía alerta. Sabía perfectamente que se fraguaban conspiraciones contra su persona; red de espionaje le había proporcionado todos los nombres y datos que necesitaba. Aguardaba el momento propicio, sin preocuparse de las iras de los príncipes feudales. Hasta entonces, nunca había oído mencionar el nombre de Orléans en relación con posibles conspiraciones; sospechaba, no obstante, que a partir de ahora Carlos se mostraría más ambicioso, al tener un heredero. De camino hacia Blois, tras llamar a su lado a uno de sus hombres de confianza, el rey le espetó ásperamente:

¿Qué hay de cierto en las habladurías que he escuchado, y que al parecer circulan por las regiones de Orléans y Turena, según las cuales al de Orléans le habrían predicho que su hijo ceñirá la corona de Francia?

El hombre supo decirle que, efectivamente, una anciana le había dicho algo semejante al duque de Orléans.

—Hnmm —se limitó a decir el rey—. Con todo lo viejo y lo bobalicón que es mi querido tío el de Orléans, por lo visto eso no le impide dejar preñada a su mujer. No lo perdáis de vista a ese viejo… —El rey se tragó a medias un improperio, y le indicó a su sirviente que podía retirarse.

Una vez en Blois, el rey manifestó que no deseaba malgastar su tiempo en formalidades o ceremonias. Se formó inmediatamente el cortejo bautismal en el jardín, junto a la torre del homenaje; desde allí los presentes se dirigieron, precedidos de portadores de antorchas, a la iglesia de Saint-Saumveur en la gran explanada, donde el arzobispo de Chartres dio la bienvenida a la ilustre compañía.

Con los labios contraídos en un mohín de cierto desagrado, el rey sostuvo al niño encima de la pila bautismal; el lactante, inquieto al notar el contacto de aquellas manos tan poco amorosas, hizo lo que, en otras circunstancias, apenas hubiera producido sorpresa. El rey devolvió rápidamente al neófito a su ama, y, tras limpiarse las mangas, dijo con una risita falsa:

—¡Qué atrevimiento el de este niño que no ha hecho más que venir al mundo!

Carlos excusó a su hijo, proponiendo apresuradamente que se dirigieran a los aposentos de la parturienta, donde la duquesa aguardaba a los invitados. El rey, con su paso algo arrastrado, encabezaba la comitiva; al parecer no era capaz de esforzarse por reír o por pronunciar palabras amables o jocosas. Saludó a María secamente, se quejó de los desmanes de su hijo, rehusó permanecer en Blois para el banquete bautismal. Cuando ya se volvía para abandonar la estancia, tropezó con uno de los tapices que colgaban del lecho hasta el suelo.

—¡Ésta ya es la segunda vez! —exclamó furioso; envolviéndose en su manto con gesto brusco, abandonó la estancia sin saludar.

Carlos pronto tuvo la ocasión de comprobar que el rey Luis no era de los que olvidaban fácilmente. Lo ocurrido en Blois pareció proporcionar al rey el pretexto que tanto tiempo había estado buscando para incluir a Carlos en las reprensiones y advertencias que dirigía a los príncipes feudales. En una cosa, al menos, había acertado: el nacimiento de su hijo llevó a Carlos a renovar sus tentativas de asegurarle a su descendencia la posesión de Asti. Venciendo su desgana, se dirigió al rey. Pero éste declaró, con visible delectación, que no pensaba ni remotamente ponerse a defender los intereses de Orléans allende los Alpes; se consideraba más amigo que enemigo de Sforza, por lo que no quería declararle la guerra.

—¿Por qué no vendéis Asti a Sforza? —le preguntó finalmente a Carlos, arqueando las cejas—. El dinero nunca os viene mal, ¿no es así, querido tío?

Carlos no quiso replicar a sus comentarios, y regresó a casa. El rey no tardó mucho tiempo en dictar una carta dirigida a Francesco Sforza, en la que, entre otras cosas, podía leerse: «El duque de Orléans no desea ceder Asti. De todos modos, creo que su salud va mermando y estoy seguro de que, en cuanto muera, será fácil apoderarse de Asti. Entonces tendremos también en nuestras manos a su hijo». Carlos, efectivamente, distaba mucho de encontrarse bien; desde hacía cierto tiempo sufría ataques agudos de gota, que le obligaban a servirse de un bastón para poder caminar. Lo que más le molestaba era que su brazo derecho estaba rígido y dolorido; tras varios intentos baldíos, hubo de renunciar a empuñar la pluma; se vio obligado a proveerse de un sello los documentos oficiales, para mostrar su aprobación, puesto que ya no era capaz de firmarlos. De cuando en cuando también sus ojos se negaban a obedecerle; en tales momentos, ni siquiera con los lentes más fuertes, inclinándose por completo por encima del libro, acertaba a distinguir más que unos signos vagos y grises. Se refugió en María, o en el cuarto de los niños, junto a sus hijos: en aquella compañía familiar lograba superar sus temores a la ceguera y a los achaques que le andaban rondando.

Ahora que aún podía, quería actuar en defensa de los intereses de sus hijos; lamentó amargamente el haber permanecido tantos años sumido en una cómoda tranquilidad. Por el bien de su hijo debía anudar relaciones importantes, concertar

alianzas; para conseguirlo, incluso estaba dispuesto a abrazar la causa de los príncipes rebeldes. Sentía que no tenía tiempo que perder; la muerte, o, peor aún, el desamparo total del cadáver viviente en que se convierte todo anciano inválido, podían asaltarle antes de lo previsto. Envió emisarios a Bretaña; su propio sobrino, Francisco de Etampes, había sucedido al de Richemont, quien había muerto varios años antes sin descendencia. El joven prometió a su tío que defendería Asti en el futuro, si era preciso por la fuerza de las armas, que conquistaría Milán y que apoyaría en todo momento a su joven primo el de Orléans. Por otra parte, Carlos hizo redactar a toda prisa el contrato matrimonial de su hijita María con su hijo adoptivo Pedro, hijo menor del de Borbón. Sin embargo, aún antes de que hubiera podido concertar un arreglo igualmente satisfactorio para su hijo y heredero, llegaron a Blois los emisarios del rey, tan bien informado como de costumbre, con una propuesta que le supuso a Carlos nuevos quebraderos de cabeza: el rey le ofrecía su hija Juana como prometida del heredero de Orléans, de un modo que parecía una orden más que una petición. Carlos, disgustado e inquieto, fue aplazando la respuesta decisiva, esperando que mientras tanto se presentara la oportunidad para solucionar el asunto de otro modo.

La amenaza de graves disensiones entre el rey y los vasallos de la corona hizo que, durante un tiempo, pasara a un segundo plano la cuestión del matrimonio propuesto. Los príncipes, quienes en los años que siguieron a la subida al trono del rey habían intentado en vano, mediante peticiones y audiencias, recuperar los honores que, según ellos, les correspondían por derecho, habían comprendido al fin los puntos de vista del rey: éste opinaba que la participación de los príncipes feudales en el gobierno del reino había de verse reducida al mínimo; no deseaba verlos en la corte ni oír sus opiniones en el Consejo: ya se encargaría él de elegir a las personas idóneas. Tampoco estaba dispuesto a restituirles los territorios y ciudades que les había arrebatado arbitrariamente al subir al trono; no dejaba de repetir que no permitiría que le amargaran el reinado las maniobras ambiciosas y egoístas de un grupo que siempre se había mostrado opuesto a un poder real fuerte y competente.

Carlos, quien al anudar sus vínculos con el de Borbón y el de Bretaña se veía nuevamente implicado en los asuntos de los príncipes vasallos, no pudo sino declararse solidario con las aspiraciones de un grupo en el que, por su nacimiento y su rango, ocupaba uno de los puestos más destacados. Asistió a las reuniones de protesta convocadas por el de Bretaña. El hecho de que a esas reuniones asistieran invariablemente representantes del de Borgoña, a Carlos no le hizo demasiada gracia; sus quejas y acusaciones superaban en virulencia a las de los demás: el rey se había vuelto a apropiar de las ciudades a orillas del Somme, y mantenía relaciones con las ciudades comerciales rebeldes a través de personas que había conocido en su día en Flandes. Finalmente los participantes en estas reuniones resolvieron agruparse abiertamente en una liga «para la defensa del bien común», que reuniría datos para demostrar que el rey, con su proceder, perjudicaba los intereses del país en lugar de servirlos. Sin embargo, aun antes de que consiguieran llegar a este punto, el rey —en

un escrito que demostraba lo bien informado que estaba— los convocó a una reunión en Tours. Los príncipes vasallos se dirigieron allí con el ánimo poco esperanzado; sabían que nada bueno podía depararles aquel hombre que durante veinte años había fingido amistad y familiaridad hacia ellos, movido por consideraciones diplomáticas.

Carlos acudió a Tours acompañado de Dunois, para asistir a las deliberaciones presididas personalmente por el rey. Con suma frialdad y sagacidad, Luis volvió a exponer su punto de vista, argumentando que se había visto obligado a tomar sus medidas debido a la situación caótica en que se encontraban los asuntos de Estado tras los últimos años del reinado de su padre. A propósito de las exigencias de los príncipes, habló largo y tendido sobre obligaciones, y sobre la obediencia y la lealtad. Finalmente declaró, recorriendo el grupo con nimia sonrisa forzada, que lamentaría mucho si en el ejercicio de su autoridad fuera preciso sacrificar a alguien. Los señores escucharon estas palabras en silencio; eran conscientes de la voluntad de hierro del rey, así como de la implacable aversión que éste les profesaba. Era evidente que aquella reunión no tenía otro objeto que el de hacerles sentir una vez más la amenaza del poder real antes de que prosiguieran por el camino emprendido; pero la decisión de los príncipes ya estaba tomada. Los de Bretaña, Borbón, Anjou y, sobre todo, Borgoña, no deseaban otra cosa que tomar abiertamente las armas contra aquel hombre que declaraba sin ambages que pensaba destruir de una vez para siempre el poder político de la nobleza.

Arrebujado en su manto forrado de pieles —hacía un frío glacial en aquellos días de diciembre—, Carlos se hallaba sentado entre los pares de Francia. Se encontraba muy cansado; de cuando en cuando tiritaba, como si tuviera fiebre. Cailleau había desaconsejado el viaje a Tours con la mayor insistencia; con aquel tiempo húmedo y desapacible, monseñor solía estar medio inmovilizado por la gota; además, desde hacía algún tiempo volvía a padecer del corazón. Pero Carlos, quien no quería dar la impresión de temer al rey ni de querer sustraerse a sus obligaciones para con sus aliados y parientes, no había querido quedarse en casa. En la sala de reuniones de Tours se arrepintió de su testarudez; su corazón latía con tanta irregularidad que apenas si conseguía respirar, sus pies estaban helados, y le costaba un inmenso esfuerzo permanecer erguido en su asiento, escuchar con atención las palabras de los que hablaban. Hubo un momento en que casi se durmió; Dunois le dio un suave codazo. Se despertó en el preciso instante en que el rey, en su intervención, ponía en tela de juicio la buena fe de Francisco de Bretaña, quien mantenía relaciones tan amistosas con los legados de Inglaterra y de Borgoña. El joven sobrino de Carlos mantenía los labios apretados con gesto furioso, pero no respondió a las acusaciones. Al término de la reunión se retiró sin decir palabra.

Carlos, que presumía que el hijo de su hermana estaba profundamente ofendido, decidió acudir al rey para intentar limpiar su nombre de toda sospecha. A Carlos le interesaba mucho ganarse el favor del joven; más adelante, Francisco de Bretaña podía ser un valioso amigo para su hijo. Finalmente el rey accedió a entrevistarse a

solas con el de Orléans. En el preciso instante en que se anunciaba la llegada de Carlos, salían de los aposentos del rey varios señores; profundamente sorprendido, Carlos reconoció a uno de ellos: era Dammartin, uno de los antiguos colaboradores de confianza de Carlos VII.

—¿Os sorprende, mi señor tío? —le espetó el rey, mientras observaba con los brazos apoyados en el alto respaldo de una silla—. Pero sentaos: apenas parecéis capaz de teneros en pie. Por muy venerable que sea la vejez, sus síntomas no dejan de ser molestos: piernas tambaleantes, dedos temblorosos, pérdida de cabello y de dientes ¿no es así, mi señor tío?

Carlos tomó asiento, sorprendido por aquellas palabras mordaces y burlonas. Por un momento sintió bullir en su interior la cólera y el orgullo, pero se reprimió; con tal de afianzar la situación de su hijo, estaba dispuesto a arrostrar algunos disgustos.

—Creía recordar que en otros tiempos Dammartin había suscitado vuestro descontento, Majestad, por el hecho de servir con tanta lealtad a vuestro padre —observó impasible. El rey comenzó a reír suavemente, con la barbilla apoyada en los puños; el resto de su cuerpo permanecía oculto tras el respaldo de la silla; aquella cabeza que se movía, con sus ojos negros y relucientes, llenos de burla y de desprecio, causaba una impresión grotesca, casi aterradora.

—Dammartin no es de esos hombres que siempre permanecen leales al rey quien quiera que éste sea —observó—. Es el prototipo del criado fiel: un bien que hay que conservar celosamente. Lo que me disgustaba cuando era delfín, me conviene perfectamente ahora que soy rey, querido tío.

—Ya lo he podido comprobar, Majestad —repuso Carlos suspirando—. Ésa es la razón de mi venida: el invocar vuestra indulgencia para con mi sobrino, monseñor de Bretaña.

—No es preciso. No malgastéis vuestras palabras, mi señor tío de Orléans. No aprecio vuestro entrometimiento ni me apetece escuchar vuestra palabrería, pues carezco de la paciencia y de la cortesía para escuchar vuestros tópicos hasta el final.

Carlos permaneció inmóvil en su asiento; se preguntaba si habría entendido bien al rey. Sabía de sobra que Luis lo aborrecía; pero pensaba que su edad y rango le conferían al menos el derecho a ser tratado con deferencia.

—No tenéis por qué mirarme con tanto estupor —prosiguió el rey, sin abandonar su tono de fría delectación—. Os confesaré que siempre me habéis parecido un viejo estúpido. Si sólo fuerais la mitad de inteligente de lo que vos mismo os creéis, seríais sin duda el hombre más sabio de Francia.

—Bien sabe Dios que nunca he tenido una opinión demasiado buena de mi propia persona. Estoy dispuesto a admitir que soy viejo y estúpido. Pero aún me queda suficiente juicio para saber que no hay nada más indigno que semejante tono en boca de aquel que ciñe la corona de Francia. No olvidéis tampoco que soy vuestro pariente, Majestad.

El rey volvió a reír entre dientes; alzando una de sus manos, extendió un dedo

largo y afilado hacia su invitado.

—Sois mi tío: el medio hermano de mi padre —dijo, visiblemente complacido al ver la consternación incrédula de Carlos ante aquellas palabras—. Nunca dudé que Isabel, aquella mujerzuela, dijera la verdad cuando llamó a mi padre, que Dios tenga en su gloria, bastardo de Orléans. No creáis que esto me afecta en lo más mínimo. Al contrario, prefiero esto a descender de un loco.

Carlos se levantó lentamente. Tenía preparada una respuesta: aquel rostro contraído en una mueca maligna y socarrona, aquel dedo índice alzado en un gesto grotesco, le recordaban irresistiblemente al hombre que en otros tiempos habían tenido que encerrar como una fiera, y que había que mantener oculto de la corte y del pueblo por sus extraños visajes.

—No quiero aburriros más con mi presencia, Majestad —dijo Carlos en tono formal. Durante unos instantes le pareció como si la estancia se desvaneciera, envuelta en una nebulosa gris, mientras un extraño zumbido invadía sus oídos. «Estoy enfermo», pensó sorprendido, "he de regresar a Blois". Oía su propia voz en la lejanía; las palabras sonaban lentas, opacas, entrecortadas—: Me apena profundamente que dudéis de la naturaleza de mis intenciones…, que me consideréis entrometido. Durante toda mi vida he intentado servir a mi rey… de corazón…, cumplir mis obligaciones para con mis amigos y parientes. He sido… un hombre…, de paz.

—¡Ah! —El rey profirió un sonido prolongado para manifestar su impaciencia y su aversión—. Os repito que me ahorréis vuestra palabrería. ¿Qué es lo que habéis sido, mi señor tío? ¿Qué habéis hecho en toda vuestra larga vida? ¿De qué manera habéis aprovechado la oportunidad que os fue concedida, a mi juicio en mayor medida que a otros, de poner orden en este reino, de mantener la paz, de preservar la autoridad real? ¿Qué habéis comprendido, con toda vuestra buena voluntad y supuesta sabiduría, de la evolución que estamos presenciando, del verdadero sentido de la lucha que ha tenido lugar aquí desde los días de mi bisabuelo, entre la corona y las fuerzas que pugnan por destrozarla? Para mí vos ya sois un cadáver, señor tío, pertenecéis a una realidad que ya ha muerto sin saberlo. Para mí no sois más que un viejo grotesco y estúpido, que renqueáis bonachonamente tras vuestros iguales, que extienden sus garras hacia el poder en una última y desesperada tentativa. Pero esos tiempos ya han pasado a la historia, querido mío, ya han pasado a la historia. Han pasado vuestros tiempos, los tiempos en que los caballeros de alcurnia eran pequeños reyes.

Sólo lugar para un único rey en Francia, para un único rey, por la gracia de Dios y con vuestra venia, y ese rey gobernará desde los Pirineos hasta las últimas fronteras de los Países Bajos. Quien quiera comer del pastel, será expulsado inmediatamente de la mesa. Creedme, mi señor tío: las migajas, si las hay, no serán para esos inútiles con sus ansias de ostentación, sus dorados blasones y sus títulos rimbombantes, sino para los artífices de la grandeza y prosperidad de las ciudades, para los hombres tras el

yunque y en los astilleros, para los tejedores y herreros, para los mercaderes y soldados, para todo aquel que sea trabajador e inteligente, así proceda del fango de una cloaca. A ésos recurriré y recompensaré según sus méritos, tío a un baldragas de alcurnia como vos, señor tío, que os dejasteis escapar todas las oportunidades y que os dejasteis arrastrar dócilmente por todo aquel que se esforzó en tirar de vos. Distinción, dignidad, modales corteses todo lo que queráis, pero con eso no habéis ayudado demasiado a vuestro rey ni a vuestro país. Regresad a Blois a confeccionar vuestras runas y a mecer cunas; bien sabe Dios qué pudisteis haber llegado a rey, que pudisteis haberle ahorrado a este reino medio siglo de miseria, si hubierais tenido en vuestras venas una sola gota de sangre de gobernante. Pudisteis haber estado donde estoy yo ahora, en lugar de encaminaros hacia la puerta tambaleándoos y llorando de humillación.

Carlos, que caminaba a tientas buscando la pared —no acertaba a ver nada, todo le daba vueltas—, se detuvo.

—Nunca pensé de mí mismo que tuviera grandes talentos. Cuando era joven, me preguntaba lleno de amargura por qué me habían impuesto precisamente a mí una carga tan pesada, por qué tenía que realizar una misión superior a mis fuerzas. Pero ahora sé que a cada persona se le asigna una vida que le permita aprender la lección que ha de aprender aquí en la tierra…

—¿Y vos qué habéis aprendido, señor tío? —preguntó el rey, riendo Carlos sacudió la cabeza. A ratos se sentía ligero y etéreo, luego le parecía como si un gran peso lo quisiera atraer hacia el suelo.

—He sido un alumno torpe…, a menudo testarudo y distraído…, pero cada vez comprendo mejor… que en esta vida no se puede ser lo bastante indulgente con los demás… y que sólo aquel que es humilde de corazón… y sincero…, podrá hallar y conservar los dones de Dios, la belleza y la felicidad.

—¿Eso es todo?

—Una hoja verde que resplandece a la luz del sol…, la risa de un niño…, la belleza de las palabras…

—Claro, claro. —El rey suspiró impaciente; ya no le divertía aquella conversación.

—No es sino una ínfima parte de la verdad —dijo Carlos con dificultad—, pero ha bastado para convencerme de que no sé nada. Desde que he comprendido esto, siento un profundo anhelo por adquirir la verdadera sabiduría. Soy consciente de que lo que hasta ahora consideraba como la realidad, no es la realidad. El mundo en que se lucha por ser grande y poderoso y temido, vuestro mundo, Majestad, es una quimera. —Tosió, jadeante—. No habré vivido en balde… si consigo… llegar a atisbar algo del mundo real.

El rey contestó en tono burlón; pero Carlos no entendió sus palabras. Perdió la noción del tiempo y del espacio. Le pareció como si gimiera, en actitud defensiva, como si buscara apoyo en un amigo, al que sin embargo no acertaba a reconocer en la

oscuridad.

Pasó mucho tiempo hasta que abrió los ojos; ya no estaba a oscuras; se hallaba tendido, en medio de un profundo silencio. Sobre un fondo de sombras verdes reconoció el rostro familiar de su amigo, el médico Cailleau. Carlos intentó sonreír: movió los labios, pero no consiguió proferir sonido alguno. Cailleau lo miraba con gesto serio y atento; a Carlos le produjo una impresión indeciblemente tranquilizadora: aquel rostro grande, lleno de arrugas, contraído por la preocupación y la tensión, que flotaba por encima del suyo. Le recordaba algo; en alguna ocasión había experimentado una sensación parecida, hacía mucho tiempo. Se dio cuenta de lo que era: era así cómo lo había mirado su nodriza, cuando él yacía en su cama, de niño. Él solía levantar su manita para intentar tocar las faldas de su toca blanca. Aquel recuerdo le divertía: durante toda su vida había olvidado aquella sensación de ser un niño pequeño e indefenso. En el follaje encima de su cabeza parecían moverse manchas de luz y de sombra, como cuando tiembla el verde de las copas de los árboles que se ciernen por encima de un sendero del bosque. Percibió el fresco olor a tierra húmeda y helechos, y oyó, más lejos, oculto bajo las hojas y los matorrales, el suave murmullo de una corriente. Carlos soltó un profundo suspiro de sorpresa y bienestar; tras el calor y la luz cegadora de los delirios febriles, el frescor del bosque era un bálsamo inefable para él. Movió sus pies, primero vacilante, como si dudara de su capacidad de caminar; lentamente siguió andando por entre la alta hierba sedosa y crujiente, bajo los árboles. Los pájaros y pequeños animales huían a su paso con leve aleteo o desapareciendo rápidamente entre la maleza. Por encima de su cabeza, el sol brillaba a través del follaje, veía la red de nervaduras que se recortaba oscura sobre las doradas hojas temblorosas. Se había creído solo; pero en un recodo del camino vislumbró una silueta que le esperaba. La reconoció al instante: era Nonchaloir, que le hacía señas, sonriente. Pero, sorprendentemente, por primera vez no sintió ganas de buscar su compañía; se adentró en la maleza. Mientras avanzaba por entre los altos arbustos, protegiéndose de las ramas que volvían a su sitio con un chasquido después de que él las hubiera apartado, oyó a su alrededor, tras el espeso boscaje, un sinfín de voces conocidas: su hijo pequeño lloraba, su hija lo llamaba entre risas, María le hablaba, con voz pausada y convincente, y luego le pareció como si todos hablaran a coro: los sirvientes y amigos de Blois, sus parientes y sus aliados; podía distinguir el vozarrón de Dunois, y el tono prudente con que Juan de Angulema solía argumentar. Deseaba huir de todos ellos; al-mora sólo quería que lo dejaran en paz, a fin de poder proseguir solo, libremente, su caminar por aquel bosque frío y silencioso. Apresuró el paso; se abrió camino por entre el verdor tierno y rumoroso de los jóvenes arbolillos, como un nadador surca las olas.

Percibía el perfume fresco y amargo de los renuevos, y el murmullo del arroyo parecía más cercano. No sabía lo que hallaría al final de su azaroso caminar, pero se sentía invadido por una sensación tan dominante de expectación, que le parecía imposible retornar o siquiera volver la vista atrás. No le importaba que el suelo bajo

sus pies comenzara a ascender hacia un collado, que las piedras y raíces entorpecieran su camino, que las zarzas, ortigas y hojas puntiagudas hirieran su rostro y sus manos. Tropezó y cayó, pero se incorporó y atravesó el intricado boscaje agachando la cabeza. A ratos le parecía como si uno hubiera salida; los pájaros cantaban con sus dulces trinos y reclamos en lo alto de las frescas copas, mientras él, sudoroso y jadeante, embargado por el ansia de avanzar, se encontraba preso entre una maraña de tallos y ramas. ¿Quién lo detenía? ¿Quién quería impedir que prosiguiera su camino hasta el final? Cedió la enramada, pasando de nuevo a un segundo plano. Se le acercó el rostro de Cailleau, grande y desdibujado; parecía preguntarle algo.

—¿Dónde estamos, Cailleau? —murmuró Carlos, inquieto; no comprendía por qué ya no vagaba por entre la maleza: ¿habría alcanzado su objetivo?

—En el castillo de Amboise, monseñor. —Oyó la respuesta de Cailleau como si viniera de muy lejos.

«Amboise, Amboise», pensó sorprendido; al mismo tiempo se dio cuenta que era el arroyo lo que producía aquel murmullo. Vadeó el agua fría y cristalina para alcanzar la otra orilla; allí se alzaban los troncos de los árboles, lisos y altos, desde el suelo recubierto de musgo; por encima de su cabeza, muy altos, veía su verde entoldado titilante de luz, que se movía impulsado por el viento. Avanzó presuroso, con paso ligero; desde las profundidades del bosque se le acercaron ahora la Juventud y el Anhelo, el Amor, la Alegría y toda una multitud de ágiles siluetas que no arrojaban sombra alguna sobre el suelo del bosque.

Aparecían bañadas en el resplandor del sol, que brillaba a través del follaje; parecían las figuras de las vidrieras de las iglesias. Con una sonrisa y un saludo las dejó atrás; se acercaba a la sazón otra comitiva, entre el tintineo de las gualdrapas y el rumor de los cascos de los caballos: eran los compañeros de sus años mozos, los amigos y camaradas en cuya compañía había ido de caza y marchado a la guerra. Pero no se unió a ellos, ya los había dejado atrás. Se acercó Bonne, descalza, con un pañuelo azul anudado a la cabeza; sus grandes ojos dorados estaban iluminados por una sonrisa de profunda alegría, y ella le tendía la mano. Se volvió hacia ella, haciéndole señas; pero el anhelo lo impulsaba hacia adelante, sin detenerse junto a ninguno de los personajes que seguía encontrando en su camino: príncipes y reyes, caballeros y sacerdotes, una comitiva casi interminable de hombres y mujeres, a quienes había conocido en algún momento; ellos veían con silenciosa atención cómo él pasaba a su lado, cómo se apresuraba por adentrarse en las verdes profundidades del bosque del que ellos acababan de salir.

Notó que algo brillaba delante de sus ojos, y que le deslizaban algo dulce que se deshacía sobre su lengua; cerca de él oía unos cánticos agudos. Fue el olor que penetró por su nariz lo que le hizo comprender lo que estaba sucediendo. Le estaban administrando los últimos sacramentos. Estaba agonizando. No conseguía moverse ni dar a entender con palabras o gestos que estaba consciente. Se sentía como

encadenado dentro de su propio cuerpo. Durante unos instantes luchó en vano por hacerse entender; «¡mi hijo!», pensó, lleno de angustia mortal.

Pero ya volvía a oír el susurro de la fronda, y el frescor del bosque lo tentaba irresistiblemente; prosiguió su huida a través de la suave hierba, que de pronto se le antojó muy alta. Comprendió a qué se debía esto: era un niño pequeño, los helechos y las plantas le llegaban más allá de la cintura, y los árboles se le antojaban altísimos. Se abrió camino tropezando y cayendo. Pero cerca de él descubrió los pliegues de un vestido de mujer, que olía a miel y rosas. Se levantó y, al alzar la vista, descubrió el rostro pálido y amoroso de su madre. Pero tampoco ella permaneció a su lado; aunque él le tendió los brazos, la vio desaparecer entre las sombras del bosque. Estaba solo, entre la impresionante maleza, amenazado por aquellas anchas hojas aterciopeladas en su cara oculta, por flores de colores, extrañas y venenosas, cuya forma se asemejaba a la de ávidos labios, y por tallos espinosos. Lloró pidiendo ayuda, jadeante.

Aún sentía un dolor abrasador cuando por fin abrió los ojos. Al final del estrecho sendero verde, vio, deslumbrante, el claro cielo. «Es allí», pensó sin aliento, «es allí». Con un grito de alegría y de liberación se abalanzó hacia adelante, hacia aquella luz.

Jean Cailleau, quien había permanecido de rodillas junto al lecho, sujetando la muñeca de monseñor, con el oído apoyado en su pecho, se levantó lentamente. Escrutó con amorosa atención aquel rostro inmovilizado en la contemplación de lo que durante tanto tiempo había esperado. Luego se inclinó hacia adelante y cerró suavemente los ojos del muerto.



HELLA S. HAASSE (1018-2011), hija de un funcionario del gobierno holandés, nació en Java en 1918. Estudió lengua y literatura escandinavas en la Universidad de Mmterrlam, en ese tiempo descubrió los poemas de Carlos de Orleans y se apasionó por el mundo medieval. Durante la ocupación nazi período en el que tuvo que abandonar sus estudios por negar su lealtad a los invasores, empezó a escribir *El bosque de la larga espera*.

Durante su larga carrera, Hella Haasse ha recibido en su país una gran cantidad de reconocimientos literarios. Al principio se trató de premios secundarios: en 1958 el premio Atlántico Internacional, y en 1960 el Premio Atlántico Internacional por *De ingewijden*; en 1962 el premio Visser Neerlandia por la obra de teatro *Een draad in het donker*; y en 1977 el Premio Blanco Literario por *Een gevaarlijke verhouding of Daal-en-Bergse brieven*. En 1992, la reina Beatriz le otorgó la Medalla de Oro de las Artes y de las Ciencias de la Orden de la Casa de Orange. Por el conjunto de su obra también ha recibido varios premios de mucho prestigio: en 1981 el Constantijn Huygens, en 1984 el P.C. Hooftprijs (Premio P.C. Hooft), en 1985 el Dr. J. van Praag y en 2004 el Premio de las Letras Neerlandesas.

Hella Haasse es la escritora holandesa más leída y traducida a diversos Idiomas.

Notas

[1]

En el Bosque de larga Espera,
Cabalgando por mil senderos,
Me adentré esta primavera
Viajando en pos del Deseo.
Delante van mis escuderos
Que en la Ciudad del Destino
Han de buscar mi aposento
Y el de este corazón mío
En el hostal del Pensamiento.
En mi Libro de Pensamientos,
Mi corazón hallé al narrar
La historia fiel de mi pesar,
Que iluminó mi desconsuelo. <<

[2] Así la dicha doña Valentina parió un hijo, al que llamó Carlos, en el año del Señor de 1394, el día 24 de noviembre, a la hora cuarta de la noche, bajo un signo favorable, según creo. <<

[3] Soy aquel que lleva el corazón vestido de negro. <<

[4]

Si he amado y me han amado, fue obra del Amor;

se lo agradezco, me considero afortunado por ello. <<

[5] Nada me resta, todo es nada. <<

[6]

Es la guerra mi patria,
mi techo un arnés,
y en toda circunstancia
mi vida lucha es. <<

[7] En francés «*paix fourré*»: una paz chapada, es decir, un simulacro. Se trata de un doble juego de palabras. *Paix*, además de paz significa también «portapaz u osculatorio». En cuanto al verbo *faurre*, además de «forrar o envolver», tiene el sentido de «revestir, estucar o chapar» algo, para que parezca mejor de lo que es. (*N. del T.*) <<

[8] Paz, paz, dice el profeta, ¡pero no hay paz! (*N. del T.*). <<

[9] *amblador*: Es una palabra que actualmente está en desuso y que refiere del animal o de la caballería o del caballo que ambla o camina a paso de una andadura a un tiempo a pie y la mano al mismo lado haciendo movimientos. (*N. del Ed.*) <<

[10]

En el bosquede Larga Espera.

Cabalgando por mil senderos… <<

[11] Dios salve al duque de Borgoña. (*N. del T.*). <<

[12] Es paz tesoro muy digno de encomiar. (*N. del T.*). <<

[13]

Estuve en flor en mis albores tiernos,
Y en juventud, apenas fruto diera,
Me arrebaté del árbol de Embeleso,
Sin sazonar, Locura, que es mi dueña.
Mas la Razón, que todo lo endereza
A su albedrío, sin yerro, o infamia,
Púsome aquí, en su sapiencia inmensa,
A madurar, cautivo entre las pajas.

En tal azar pasado he largo tiempo,
Sin que volar en Libertad pudiera;
Contento soy y tengo yo por cierto
Que es lo mejor, aun cuando con la inercia
Reseco esté y a la vejez ya tienda.
En mi interior extinta está la llama
De pasión llana, desde que me pusieran
A madurar, cautivo entre las pajas.

¡Dios nos dé paz, no es otro mi deseo!
Así bañarme en Aguas Placenteras
Podré, y al sol de Francia luego
Limpiar mi ser del moho de Tristeza;
Con humildad aguardo a que Dios quiera
Curar mi mal el día de Mañana,
Ya que Él mandó que me pusieran
A madurar, cautivo entre las pajas.

Fruto invernal soy yo, de más dureza

Que el estival; mas para que ablandara

Me han puesto aquí, do mi verdor yo pierda,

A madurar, cautivo entre las pajas. <<

[14]

En el Bosque de Larga Espera,
Cabalgando por mil senderos,
Me adentré esta primavera
Viajando en pos del Deseo.
Delante van mis escuderos
Que en la ciudad del Destino
Han de buscar mi aposento
Y el de este corazón mío
En el hostal del Pensamiento.

Caballos llevo yo cuarenta
Y otros para mis maceros,
En verdad, más de sesenta
Sin las mulas ni jumentos.
Cuarteles procurar nos hemos,
Si el hospedaje fuera exiguo;
Por una velada, empero,
Me alojaré, a mi albedrío,
En el hostal del Pensamiento.
Príncipe y Dios del paraíso,
Vuestra gracia concedednos,
Y así encontremos el camino
Hacia el hostal del Pensamiento. <<

[15]

Francia, otrora solían sé llamar,
En todas partes, tesoro de nobleza,
Pues cada cual podía en ti hallar
Bondad, honor, lealtad y gentileza,
Erudición, cortesía y destreza.
Todos tu ejemplo pugnaban por seguir
Mas ahora veo, con grande desengaño,
Los graves males que tienes que sufrir,
Reino de Francia, libre y cristiano!

¿Acaso sabes qué causa tu penar?
¿Y sabes tú por qué sientes tristeza?
Mi obligación contigo es de explicar;
Escucha bien y no harás torpeza.
Tu gran orgullo, glotonería y pereza,
Codicia injusta, lubricidad sin fin,
Pecados son, inmensos y nefandos,
Que debe Dios por fuerza corregir,
Reino de Francia, libre y cristiano!

Mas Dios piadoso te quiere abrazar,
Pronto a olvidar tu vida de impureza;
Pide perdón, y te vendrá a auxiliar
Nuestra Señora, la más alta princesa,
Tu advocación y dueña de grandeza.
Para asistirte, también vendrán a ti
Todos los santos que en ti están enterrados.

En tu pecado no quieras más dormir,

Reino de Francia, libre y cristiano!

Yo, Carlos, duque de Orléans, rimar

Quise estos versos, con juvenil viveza;

Estando preso compuse este cantar,

Lo que ante todos confieso con franqueza;

Rogando a Dios que antes de edad proyecta,

Paz por doquier pueda yo ver venir;

De corazón, es mi deseo claro,

Y que tus males en breve tengan fin,

¡Reino de Francia, libre y cristiano! <<

[16]

Noticias han corrido en Francia
Que diz doquier que muerto estoy;
Las cuales poco contrariaran
A quienes me odian sin razón;
En cambio dieron desazón
A aquellos que me quieren bien,
Y amigos son de corazón.
A todos hago, pues, saber
¡Que aún está vivo el ratón!

Dolor ni mal sufrí, a Dios gracias,
Mas fuerte y sano siempre estoy;
Mi tiempo paso en la esperanza
De que la paz, de su sopor
Despierte y, en compensación,
A todos gran contento dé.
Por ende, Dios dé maldición
A quienes les aflija ver
¡Que aún está vivo el ratón!

En mí la juventud aún manda,
Mas la Vejez a la sazón
Por dominarme ya se afana;
Por ahora es llana pretensión,
Que aún lejos de su puerto estoy;
Mi sucesor tranquilo esté.
Loado sea Nuestro Señor,

Que me dio tal fuerza y poder

¡Que aún está vivo el ratón!

Por mí de negro nadie esté,

Que el paño gris saldrá mejor;

Que todos vean que cierto es

¡Que aún está vivo el ratón! <<

[17]

Mirando un día hacia el país de Francia,
Me aconteció en Dover junto al mar,
Que aquel placer tan dulce recordara
Que en mi país solía yo encontrar;
Y así empecé muy hondo a suspirar,
Aunque en verdad fue gran consolación
El ver mi Francia, do tengo el corazón.

Mas comprendí que era locura sana
Tales suspiros en mi interior guardar,
Cuando ante mí la senda se allanaba
Hacia la paz, que a todos bien hará;
Pensando en esto hallé yo gran solaz
Mas no por ello mi corazón se batió
De ver mi Francia, do tengo el corazón.

Así cargué la nave de Esperanza
Con mis deseos, pidiendo que a ultramar
Quisieran ir, viajando sin tardanza,
Y mis noticias en Francia dar.
Dios nos conceda en breve buena paz.
Que me permita según es mi prisión,
El ver mi Francia, do tengo el corazón.

Es paz tesoro digno de alabanza;
La odiosa guerra siempre he de despreciar;
Pues largo tiempo su arbitrio me impidió
El ver mi Francia, do tengo el corazón. <<

[18]

Exequias yo hice a mi Dama
Penando en el templo amoroso,
Y oficios cantó por su alma
Un triste Pesar Lastimoso;
Cuantiosos Suspiros Piadosos
Velaron cual cirios su altar;
De Duelo una tumba arreglar
Mandé, de tristeza pintada,
Do escrito se ve ricamente:
Reposa aquí veramente
La fuente de dichas humanas.

Sobre ella una losa descansa
De azules zafiros y oro,
Zafiros de Lealtad probada
Y el oro de Azar Venturoso.
Fue aqueste en verdad su tesoro,
Pues grande Ventura y Lealtad
Plasmar quiso Dios con Bondad,

Creando sus manos entrambas
Tan rica figura excelente;
Era ella, cual de esto se infiere,
La fuente de dichas humanas.

Callemos, que mi alma desmaya
Oyendo los hechos virtuosos
De aquélla, que era sin mancha

Y dueña de ingenio donoso,
Que aquesto jurar pueden todos;
Sin duda, tal joya sin par
Dios quiso a su diestra llamar,
Do tiene a los santos compaña
Ornando los campos celestes,
Pues de ella decían las gentes
La fuente de dichas humanas.

Son llanto y pesar cosa llana;
Que a todos espera la muerte;
Guardar nadie puede por siempre
La fuente de dichas humanas. <<

[19]

Rogad por paz, dulce Virgen Maria,
Reina del cielo, y del mundo señora,
Pedid que rueguen, por vuestra cortesía,
Santos y santas, y sed intercesora
Para que vuestro hijo en esta hora
Tenga a bien su pueblo contemplar,
Que con su sangre fue su deseo salvar,
Y ponga fin a tanta guerra cruenta;
No queráis cansaros de implorar;
¡Rogad por paz, que es gracia verdadera!

Rogad, prelados y hombres de santa vida,
Monjes y prestes, despertad sin de mora,
Rogad, maestros de gran sabiduría,
Pues es la guerra de ciencia destructora;
Muchas capillas ruinas son ahora;
De Dios el culto abandonado está.
Es menester dejar la ociosidad;
Rogad tan fuerte que Dios pronto os atienda;
Esto la Iglesia os quiere encomendar:
¡Rogad por paz, que es gracia verdadera!

Rogad, monarcas, que tenéis señoría,
Duques y condes, barones de gran honra,
Gentiles hombres de alta caballería,
Pues a los justos los pérfidos derrotan;
Vuestras riquezas sus manos atesoran,

Hacen los pleitos su estado incrementar,
A diario podéoslo comprobar,
Y os han quitado los bienes y las rentas,
Con las que hubierais al pueblo de ayudar.
¡Rogad por paz, que es gracia verdadera!

Rogad, paisanos que sufrís tiranía,
Vuestros señores tal malestar soportan
Que ya no pueden guardaros, cual solían,
Ni ayudaros en vuestra grande inopia;
Leales tratantes, si el yugo os acogota,
En tanto todos os vienen a hostigar,
Y no podéis la mercancía llevar,
Ya que infestadas están todas las sendas,
Y graves riesgos habéis de confrontar.
¡Rogad por paz, que es gracia verdadera!

Rogad, galanes de alegre compañía,
Que en opulencia pasar soléis las horas;
La guerra os deja las bolsas vacías.
Rogad, amantes, que con pasión gozosa
Servís amores, ya que la guerra
impide que a vuestras damas vayáis a cortejar,
Haciendo a veces su voluntad cambiar;
Y así tengáis el cabo de la cuerda,
Un forastero os la ha de arrebatar;
¡Rogad por paz, que es gracia verdadera!

Que el Dios Supremo nos quiera confortar,
Sus criaturas en tierra, aire y mar;
Rogad que pronto a todo El provea,
Pues nuestros males sólo El sanar podrá;

¡Rogad por paz, que es gracia verdadera! <<

[20]

No hay más bello pasatiempo
que jugar al Pensamiento. <<

[21]

Heraldos de Estío han venido
A fin de aprestar su vivienda,
Dos ricos tapices ya cuelgan
De flores y verde tejidos,
Tendiendo tapices mullidos,
Que cubren los campos de hierba,
Heraldos de Estío han venido.

Están corazones festivos
Que otrora encogieran las penas;
Invierno, marchaos de estas tierras,
Que aquí no tenéis señorío;
Heraldos de Estío han venido! <<

[22]

Baladas, canciones y lamentos
Para mí han pasado al olvido,
Pues el tedio y mis pensamientos
Me han tenido muy largo dormido.
Mas ahora, en mis ratos perdidos,
He de ver si lograr aún podría
Como otrora, escribir poesía.
Quiero al menos mi suerte probar
Si bien de sobra me consta y se
Que mi lenguaje yo encontrare
Enmohecido de Nonchaloir.

Es de amantes pintar sus anhelos
Con lenguaje muy fresco y florido,
Pues conocen Solaz placentero
Que les habla muy dulce al oído;
Yo también milité en su partido,
Cuando bellas palabras y ricas
A buen precio hallar yo solía;
Pude así mi saber derrochar,
Mas si de éste un poco ahorré,
Puesto a prueba, forzoso es que esté
Enmohecido de Nonchaloir.

Jubileo tal vez debería
Celebrar, mas es vil cobardía;
La Esperanza me obliga a aguardar

Que mi ser renovado veré,

Y que mi corazón bruñiré

Enmohecido de Nonchaloir. <<

[23]

Escuchad nuestro pesar

Que nos hace repicar

De día, de noche! <<